This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 06827762 7

Nierozdzielny

ZMTK

VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

TOMO VII

ANDALUCÍA Y ARAGON

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»

1891

Nieremb.
ZMTA

P.C.

VARONES ILUSTRES

TOMO SÉPTIMO

VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

TOMO VII

ANDALUCÍA Y ARAGON

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1891

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
664784
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R

ANDALUCÍA

P. BASILIO DE AVILA

En los pocos años que vivió el fervoroso P. Basilio de Avila obró tanto que dejó de sí nombre eterno en su provincia de Andalucía.

Fué este apostólico varon natural de Sevilla, hijo de Francisco Fernandez Montañés, cónsul de la Casa de contratacion de Sevilla, y de doña Inés Fernandez de Avila, gente muy rica y honrada.

Llamábase antes Alonso de Avila, y despues que entró en la Compañía, tomó el nombre de Basilio, á contemplacion de D. Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada, que le fué siempre muy aficionado y grande favorecedor y estimador de sus obras y religion.

Estudió la gramática en Sevilla, y, siendo de trece años, oyó las Artes y se graduó de maestro en ellas; y á los diez y seis de su edad le enviaron sus padres á la Universidad de Salamanca, adonde se dió á los estudios de la sagrada Teología, y con las buenas muestras que dió de su ingenio tuvo opinion de letrado, y con ella pensamiento de pretender cátedras y los premios que se dan á las buenas letras y virtud.

Pero al mejor tiempo le trocó Dios el corazon y le aficionó á la Compañía; y dejando la honra y la pretension de todas las cosas de la tierra, se entró en ella el año de 1550 para abrazarse con la cruz y humildad de Cristo, no con poca admiracion de toda aquella Universidad y sentimiento de muchos estudiantes pobres, á quien él ayudaba liberalmente para continuar sus estudios.

Envió luego á sus padres las alhajas y aderezos de su casa, sus vestidos ricos y joyas que le habian dado ellos mismos, los cuales sintieron en extremo la mudanza de vida de su hijo.

El cual muy gozoso con su nuevo estado, para triunfar más del mundo, hacia muchas mortificaciones públicas; y, entre otras, salia por las calles y plazas de Salamanca mal vestido y cargado con una cesta como esportillero, llevando acuestas alguna cosa.

Fué esto causa de mayor sentimiento en sus padres, porque les escribieron una carta desde Salamanca en esta forma:

«Aquí se entró vuestro hijo á vivir con unos clérigos, que ni se sabe quiénes son ni qué órden tienen; y por medio de las escuelas donde él era tan conocido, le vieron atravesar con una sotana hecha mil pedazos, y con una cesta al hombro, y dentro de ella un vientre de carnero que lo llevaba á vender.»

Gran turbacion causó esta carta en el pecho de sus padres, que no se dolian tanto de la pérdida de su hijo, cuanto del riesgo que corria su persona y honra, si la gente, á quien se habia allegado, era sospechosa, como la carta lo significaba, y poco antes lo habian publicado en Salamanca los perseguidores de la Compañía.

Enviaron luego sus padres á Salamanca un escudero antiguo de su casa, para que le sacase de la Compañía; y si, todavía queria ser religioso, le persuadiese que á lo ménos tomase el hábito de alguna de las Religiones aprobadas y antiguas.

Mas, no habiendo el escudero podido persuadirle lo uno ni lo otro, rogaron sus padres á un tio suyo, religioso de la Orden de Sto. Domingo, varon grave y temoroso de Dios, que se llamaba Fr. Martin de Zamora, que tomase este negocio muy á su cargo.

El lo hizo, y fué á Salamanca, y dando y tomando con el P. Basilio, movido de sus buenas razones y del grande Instituto de la Compañía, y de su aprobacion por la Sede Apostólica; le confirmó en su vocacion, y vuelto á Sevilla, satisfizo á sus padres y los sosegó.

Ellos con las buenas nuevas que tuvieron y con la autoridad y buenas razones de aquel Padre de Sto. Domingo, trocaron toda la pena y temor, que antes tenian, en contento y deseo de ver á su hijo y conocer á la Compañía: á la cual despues amaron y favorecieron con sus personas, casas y hacienda.

En entrando en la Compañía el P. Basilio, parece que nuestro Señor le desnudó de todos los resabios y vanidades del mundo, y le vistió de un nuevo y celestial espíritu.

Y aunque el demonio pretendió turbarle con la representacion de las cosas que habia dejado, no pudo, porque entendió que sin comparacion era mayor gloria suya dejarse vencer de Cristo, alcanzando victoria del mundo, que triunfar de otros vencido de su vanidad.

Y para no olvidarse de esta verdad y dar á Dios la honra de haberle vencido, llenó las paredes de su aposento y los registros de su breviario de las palabras que se suelen escribir por los cantones en las oposiciones de las cátedras cuando alguno sale vencedor, y en lugar de poner *Basilio Víctor*, puso él *Jesucristo Víctor, Jesucristo Víctor*.

Las cuales palabras leia muchas veces, é ilustrado con la luz del cielo, de-

cia entre sí: «Del vencedor es dar leyes al vencido y hacer de él y de su hacienda á su voluntad; del vencido sujetarse, obedecer, entregar su persona y bienes, y seguir el gusto de su señor. Vencido soy y esclavo de Dios, reverenciar quiero sus leyes, despojarme de mí mismo y ponerme todo en sus manos para ser poseido de Él.»

Como lo decia así lo hacia, siendo raro ejemplo de virtud en todas las ocupaciones que tuvo de Superior, misionero y predicador, que desde luego empezó á ejercitar con admiracion de todos y fruto de innumerables, no ménos moviendo con su ejemplo, que exhortando con su palabra.

Porque fué verdaderamente su espíritu apostólico y grande, que hacia y enseñaba, haciendo con sus heróicas virtudes más ilustre su doctrina.

Era para consigo cruel, no perdonando género de penitencia y rigor que le fuese permitido de sus Superiores.

Castigaba su cuerpo con disciplinas hasta derramar sangre, lo cual él guardaba inviolablemente antes de ponerse á estudiar los sermones y predicarlos.

Su vestido era vil y desechado; su aposento, áun siendo Superior, el ménos acomodado y más sujeto á las inclemencias del cielo; su cama unas tablas, hasta que los Superiores se lo vedaron; el sueño poco, la oracion larga, mayormente la noche antes de predicar.

Era fervoroso y puntual en los ejercicios espirituales, y con su ejemplo despertaba y encendia á los demás; traia muy de ordinario aquellas palabras *hic et nunc* y con ellas se animaba á sí mismo y á los súbditos á no perder punto en el servicio de Dios, sin dilatar la buena obra para mañana, acordándose del *hic et nunc*.

Y fué cosa tan sabida y notoria entre los nuestros esta devocion, que por muchos tiempos quedó como en proverbio el *hic et nunc* del P. Basilio.

Ejercitaba su mucha caridad con todos, especialmente con los pobres y enfermos, procurándoles regalo y remedio; y cuando no podia visitarlos y servirlos por su persona, les enviaba sus amigos y devotos con medicinas y regalos, para que los sirviesen á la mesa, y les hiciesen las camas, y barriesen las enfermerías, como lo hacian con mucha edificacion.

Pero en lo que más se esmeró el P. Basilio, fué en el ministerio de la predicacion; del cual sentia altamente y llamaba á los predicadores *Salvadores de las almas y sucesores de Cristo en la conversion del mundo.*

Tenia sus hombros por muy flacos para tan gran carga, y á sí por indigno de tan gran honra; y cuanto él más se humillaba, tanto Dios más le levantaba y obraba cosas maravillosas por su predicacion.

Porque era en el púlpito el P. Basilio una trompeta divina, un trueno es-

pantoso, una llama de fuego que abrasaba, un rayo que aterraba y asombraba.

Fué el primero de la Compañía que entró en Sevilla y la edificó con su ejemplo; porque, habiendo sentido tanto, como hemos dicho, sus padres el haberse entrado su hijo en la Compañía, aunque poco á poco se fueron consolando, desearon mucho verle en Sevilla.

Escribiéronlo á nuestro P. S. Ignacio, y el Santo (como se puede creer) con luz del cielo se lo concedió, y así, vino de Salamanca con el P. Gonzalo Gonzalez.

Llegados á Sevilla, no queriendo el P. Basilio hospedarse en casa de su padre, pidieron limosna por la ciudad, y no habiendo llegado más que unos mendrugos de pan y alguna fruta, y en dineros diez maravedises, se recogieron á la noche en el hospital del Amor de Dios, y hallando cerradas las puertas, la pasaron sobre unas piedras, porque sus estatutos vedan abrirse á tales horas.

Fué conocido el P. Basilio por uno de sus condiscípulos; avisó luego á su padre, y él vino al hospital, y los llevó á su casa con igual gozo y admiracion de lo que en los dos padres resplandecia de virtud y perfeccion evangélica.

En esta casa de su padre comenzaron á hacer algunas pláticas espirituales, adonde concurrian los parientes y amigos del P. Basilio y otra gente honrada á quien traia la fuerza de sus palabras ó la novedad. La materia de sus conversaciones era aborrecimiento de pecados, enmienda de vida y amor de Dios.

Llevábanse los ojos con la modestia y los corazones con la suavidad de sus palabras y eficacia de razones, mejor obradas que dichas, y prendian fuego en las almas, y muchos de los oyentes reformaron sus personas y dieron de mano á trajes y galas, y pusieron freno á la libertad de sus costumbres.

Fundóse despues el colegio en Sevilla, donde vivian bien pocos de la Compañía, pero todos varones apostólicos y de grande penitencia y fervor; y así, admiraron á aquella ciudad, y sobre todos el P. Basilio; porque con estar allí á un mismo tiempo el otro admirable predicador, el P. Bautista Sanchez, era tanto lo que deseaban oir al P. Basilio, que antes de amanecer iban á buscar lugar para oirle, y los que no podian entrar, procuraban entrar por los techos.

Resolvíase el auditorio en lágrimas, y lo que más es, mudábanse en otros, porque enternecian sus palabras á las mismas piedras, y así, hizo raras conversiones.

Cuando predicaba del amor de los enemigos y de perdonar las injurias, era tanto lo que movia los corazones más duros, que allí, en el mismo ser-

mon, á voces se perdonaban los enemigos. Uno decia: «Desde aquí perdono la muerte de mi padre;» saltaba otro diciendo: «Yo la de mi madre;» otra mujer sobresalia: «Yo la de mi hijo,» y otros otras muertes y agravios grandes.

Ni sólo en la predicacion, pero en los demás ministerios de la Compañía, edificó este siervo de Dios á Sevilla, singularmente en el de la doctrina.

Fué grato espectáculo para aquella gran ciudad ver al P. Basilio ir en busca de los negros, y esclavos, y otra gente perdida, y apartándolos de sus bárbaros bailes y juegos, salir con todos los negros en procesion, haciendo la doctrina, y por otra parte ir al mismo tiempo el P. Bautista Sanchez con los muchachos de la ciudad en otra ordenada procesion cantando la doctrina cristiana.

Fué notable el fuego del divino amor que metieron en aquella gente estos raros varones. Las mujeres dejaban sus galas y se vestian de jerga, dejando los vestidos ricos de seda. Los hombres reformaron sus juramentos y otras muchas licencias, acudiendo á obras de misericordia, principalmente á los hospitales, donde llevaban muchas limosnas á los enfermos. Los magistrados velaban grandemente, y pusieron grandes penas á los juradores.

En esta sazon se dió principio al colegio de Granada, y, para que le tuviese bueno, vino á aquella ciudad el P. Basilio, nombrado por primer Rector del nuevo colegio: el cual comenzó á hacer dentro de casa el oficio de Rector y fuera el de predicador apostólico.

En lo uno y en lo otro resplandecia su profunda humildad, fervorosa caridad y encendido celo de la honra de Dios y salvacion de las almas.

Seguíanle, cuando predicaba, toda suerte de gente, y muy de ordinario el santo Arzobispo y muchos religiosos, admirados del raro talento que nuestro Señor le habia dado de púlpito, y llevados del raudal y corriente de espíritu con que arrebataba los corazones, y los trocaba, enternecia y traia para Dios.

No cabian los que le venian á oir en las iglesias, y así, predicaba en lugares anchurosos y descubiertos al cielo.

No se puede decir en pocas palabras las almas que sacó de las uñas de Satanás, y las restituyó á Cristo; los vicios que arrancó de la república; la reformacion que hubo de costumbres; las Religiones que enriqueció de excelentes sujetos con sus sermones, y la buena parte que de ellos cupo á la Compañía.

Entre los cuales fueron el P. doctor Madrid, que habia sido colegial de S. Bartolomé en Salamanca, y á la sazon leia cátedra de Teología en la Universidad de Granada, y en su capilla real era capellan del rey, y despues fué tan insigne varon y admirable predicador.

Otro fué el P. Francisco de la Torre, hijo de padres muy honrados, poderosos y ricos, que era canónigo de Granada y hombre criado en mucho regalo, abundancia y libertad, y muy dado á la caza con demasiado fausto, y tanto á la vanidad, que cuando entró en la Compañía, se decia en Granada, que habia sido la resurreccion de Lázaro.

En este número podemos poner al P. Diego de Bracamonte, que era hijo de un Alcalde de corte de Granada, y despues fiscal del Consejo real: el cual era mozo brioso, y gallardo, y muy entretenido en vanidades del mundo, en galas, caballos, criados y juegos: de manera que, cuando le vieron en la Compañía, apénas lo creian.

Entró asimismo por los sermones del P. Basilio en la Compañía el P. Pedro Bernal, licenciado de Leyes y abogado de fama en la Chancillería de Granada, catedrático de Cánones en la Universidad, que fué despues dos veces Provincial en la provincia de Andalucía.

Tambien entró el doctor Martinez, colegial del Colegio real y catedrático de Filosofía en la misma Universidad, y sobrino del Arzobispo D. Pedro Guerrero: el cual, diciéndole algunas personas que el P. doctor Martinez, siendo ya de la Compañía, hacia algunas mortificaciones para su humillacion indignas de su persona; respondió, levantando las manos y los ojos al cielo: «Bendito sea Dios, que así se quiere servir de cosas mias en su casa, sin merecerlo ellas ni yo.»

Este fruto tan grande que hacia con sus sermones el P. Basilio más era de su grande espíritu, profunda humildad y deseo de su mortificacion, que fué tanta, que siendo él Superior del colegio y hombre de tan buen entendimiento, letras y prudencia; la víspera del sermon en la noche, hacia que nadie faltase á la mesa, y en ella les decia lo que el dia siguiente pensaba predicar, y despues de cena con grande sencillez y verdad les rogaba que le advirtiesen de sus faltas, las cuales él enmendaba con tanta humildad y rendimiento, como si fuera un novicio de pocos dias.

No se desdeñaba de comunicar algunas veces sus sermones con un Hermano lego novicio, hombre espiritual y de grande oracion, holgándose de ser enseñado de todos, y más de aquellos que más trataban con Dios.

Igual á esta tan fina humildad era su caridad y el fuego del amor de Dios y de la salvacion de las almas que ardia en su pecho, y arrojaba llamas por su boca cuando predicaba, y abrasaba, y derretia los corazones de los oyentes.

Hizo este siervo de Dios una mision desde Granada á Loja y al Alhama con singular fruto y edificacion, obrando por él nuestro Señor cosas maravillosas, y socorriéndole por su santo Angel en sus necesidades.

Habiendo un dia hecho un sermon admirable, y antes y despues de él confesado mucha gente, hasta haber pasado el mediodia; yéndose poco á poco la gente, se quedó solo en la iglesia con su compañero, sin que ninguno se acordase de ellos, ni les ofreciese un pedazo de pan.

Cerró el sacristan la iglesia, y ellos se bajaron á la orilla de un rio que corre junto á Alhama, y, puestos á la sombra de un árbol, comenzaron con gran consuelo y confianza en nuestro Señor, á rezar sus Horas y alabar á su divina Majestad.

Era ya hora de vísperas, y los buenos obreros no se habian desayunado; mas nuestro Señor les proveyó milagrosamente de sustento por ministerio angélico; porque, volviendo la cabeza los siervos de Dios, vieron venir por entre los árboles un hombre de venerable edad y apacible semblante, el cual, llegándose á ellos, los saludó amorosamente y les puso en las manos una cestilla, en que venian unos panecillos blancos y otras cosas de comer, y, sin decirles más palabra, desapareció.

Ellos con aquel regalo de Dios satisficieron á su necesidad, y le dieron gracias de su paternal providencia, con la cual tiene particular cuidado de los que por su amor se olvidan de sí y son olvidados de los hombres.

Vuelto á Granada lleno de triunfos y despojos del infierno, prosiguió en su predicacion. Era por extremo celoso de la honra de Dios y de la dignidad sacerdotal, lo cual mostró en una ocasion que se le ofreció, de la manera que aquí diré.

Prendieron en Granada los alcaldes de córte un hombre, de quien se averiguó despues ser religioso de cierta Orden, y sacerdote, y que habia celebrado algunas veces Misa en una casa de campo de uno de los jueces de su causa.

Condenáronle á muerte, porque el delito era muy grave Sintió mucho el P. Basilio esta condenacion por ser contra las leyes divinas y humanas, y los alcaldes seglares no ser jueces legítimos de aquella causa.

Púsose entredicho, y no bastó para detener la ejecucion de la sentencia; porque, sin dar lugar á que le degradasen, le sacaron de la cárcel para la horca, en traje de ganapan, cargado de prisiones, con muchos arcabuceros y ballesteros de guarda, un garrote á la garganta, y el verdugo á su lado, para que, si de la iglesia quisiesen salir á quitársele, pudiese luego torcer el garrote y quitarle la vida.

Movido el P. Basilio de una novedad y rigor tan extraordinario que con aquel pobre religioso se usaba, y que con todas sus diligencias no lo habia podido estorbar, se determinó de romper por la gente, y hallarse en el suplicio para ayudarle á lo ménos á bien morir.

Y así lo hizo; porque no sin mucha dificultad entró en el lugar donde estaba, y su compañero, que era el P. Pedro Navarro, le confesó y luego se ejecutó la sentencia, poniéndole en la horca con extraño ruido y alboroto del pueblo y no menor gritería y voces de los ministros de justicia.

Entónces el P. Basilio, abrasado de un nuevo espíritu de un Elías, haciendo testigos á la tierra y cielo, á los ángeles y á los hombres de tan indigno espectáculo, citó y emplazó delante del tribunal del soberano Juez á los alcaldes que habian sentenciado á aquel religioso, para que juntamente con él pareciesen ante el Juez de vivos y muertos, á dar cuenta de un hecho tan enorme y escandalóso como habian ejecutado.

Quedaron asombrados los ministros de justicia con estas razones, y más con el fervor, semblante y extraordinaria fuerza de voz y espíritu con que las dijo.

El domingo siguiente, predicando en la iglesia mayor, exageró el caso con palabras de mucha ponderacion, y volviéndose á los jueces, les dijo: «No ahorcásteis á un hombre; á Cristo ahorcásteis, cuya persona y veces tenia en la tierra; y pues en ella no hay castigo que iguale á vuestro delito, yo os cito y emplazo delante el juicio de Dios, donde yo mismo que aquí os fuí consejero de la enmienda, allí seré el fiscal de vuestro delito.»

Cumplió Dios del cielo lo que su siervo habia dicho en la tierra; porque pocos dias despues murió el P. Basilio de su enfermedad, y la misma noche el principal autor de aquella condenacion y muerte partió de esta vida, y poco despues el segundo juez fué á dar cuenta á Dios, y sólo el tercero, que no habia querido firmar la sentencia, se escapó.

No paró el castigo de Dios en esto, ántes se extendió á las casas é hijos de los jueces que dieron la sentencia y á los ministros que la ejecutaron; porque sus casas y haciendas se perdieron, y sus mujeres é hijos vinieron á tanta pobreza y miseria, que de limosna se sustentaban, y los ministros casi todos murieron en breves dias: justo castigo de los que se atreven á Dios y á sus cristos y ungidos.

Pero volvamos al P. Basilio y digamos algo de su dichosa muerte.

Adoleció gravemente de una recia calentura y de una parótida: apercibióse luego de los divinos Sacramentos, y sabiendo el peligro en que estaba, se regocijó como hombre que tenia la muerte por seguro puerto de sus trabajos y por puerta del eterno descanso que esperaba.

Importunáronle los Padres que por despedida les dijese alguna cosa para alentarse en la vida espiritual, y díjoles: «Pluguiera á Dios, Padres, que esta lengua que se ha ejercitado en predicar, hubiera servido de estropajo en la cocina.»

El postrer dia de su vida, estando el santo Arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero visitándole, entró el médico, tomóle el pulso y calló. Rogóle con instancia el Padre, que le dijese lo que le quedaria de vida; rehusó de hacerlo, mas, viendo el contento que en ello le daba, le dijo que como cuatro horas.

Alegróse tanto con esta nueva, que al punto se sentó en la cama y asió al médico de las manos y se las besó diciéndole: «Buenas nuevas dé Dios á Vm. que tan buenas me las ha dado: y volviéndose al Arzobispo, le pidió su bendicion.

Diósela el Arzobispo, y él la recibió con muchas lágrimas de todos los circunstantes por la pérdida de tal Padre.

Dió su alma al Señor en 17 de octubre del año de 1556.

Fué su muerte muy sentida y llorada de toda la gente, que en su entierro hizo grande demostracion de la opinion que tenian de su santidad, y del amor y reverencia con que le oian, y el Arzobispo dijo: «No tenia mala cuenta el que así deseaba dar cuenta á Dios.»

Depositaron su cuerpo en la Encarnacion, por no estar aún labrada la iglesia del colegio.

Escribieron la vida de este fervoroso varon, el P. Orlandino en la primera parte de la *Historia de la Compañía,* y el P. Rivadeneira en la *Historia de las provincias de España.*

P. NIEREMBERG.

P. JUAN PABLO

FUÉ este venerable Padre ilustre en milagros: era natural de Granada, de condicion manso y agradable, gran ministro de ganar almas para Dios.

Fué Superior en Sanlúcar dos años en una casa que allí hubo, á la boca del rio de Guadalquivir.

Dió grandes muestras de su santidad en aquel pueblo. Predicaba en los templos, en la plaza, en los cantones de las calles y en la playa, cuando era tiempo de navegar á las Indias.

Tenia muy ardiente celo, anunciando el reino de Dios y reprendiendo pe-

cados: el fruto que cogia era grande, porque lloraban los hombres oyéndole, y venian á confesarse, mudando de allí adelante sus vidas.

Un dia que estaba aparejada la plaza para correr toros, siendo delante de la iglesia mayor, tocado del celo santo de veneracion de la casa de Dios, puesto á la puerta de la iglesia, movió á todos los que allí estaban que dejasen aquel juego y viniesen á oirle; vinieron todos llorando, y dejaron solo aquel espectáculo y la plaza desembarazada.

Su caridad era tal que, olvidado de sí mismo, acudia á socorrer las necesidades de los pobres, consolar á enfermos, ayudar á morir á cuantos estaban en peligro.

Muy ordinario le pedian que dijese el Evangelio á los enfermos, porque los sanaba milagrosamente, quitándoles las calenturas en poniéndoles las manos; y á una endemoniada libró del demonio, diciéndole un Evangelio.

Pagábale el pueblo esta caridad con otra tal; porque solia el Padre caer enfermo amenudo, y con oraciones y votos que ofrecian por su salud, le sanaban.

Trataba en sus sermones y pláticas de Cristo nuestro Señor, de su vida y méritos, con gran devocion y ternura; muchas veces eran tantas sus lágrimas, que no podia pasar adelante.

Hiciéronle despues Rector del colegio de Plasencia, y era tanta la perfeccion y devocion que plantó en sus súbditos, que parecia casa de ángeles.

Tuvo allí tambien gran falta de salud, y tenia algunas veces dolores muy agudos en todas las coyunturas, con tan gran paciencia, que no se le oia un quejido.

Admirábanse los médicos, y decian que, si otro alguno tuviera en solo un pié ó mano lo que el P. Juan Pablo tenia en todo su cuerpo, llenara de clamores la casa.

Preguntándole una vez de dónde le venia tan gran paciencia y serenidad de rostro con tales dolores, respondió que de la uncion interior con que el Señor regalaba su alma; porque era sumamente dado á la oracion y trato con Dios.

El sacerdote que le confesó generalmente al fin de su vida, dijo que murio vírgen y con otros dones de Dios singularísimos.

Estando en la Magdalena, heredad del colegio de Plasencia, vino á visitarle un religioso de cierta Religion, y con saber el Padre que iba enviado de D. Pedro Ponce de Leon, Obispo de Plasencia, para tomar informacion de *moribus et vita* de los de la Compañía, le recibió con extraordinario amor, y le hospedó, y acarició de manera, que por asistirle y regalarle se cansó, y como estaba flaco, le fué ocasion de una recia enfermedad, de la cual acabó el curso de su peregrinacion.

Asistió á su muerte el doctor Muñones, Canónigo Doctoral de Plasencia, Decano de Teología en Salamanca, y rogóle que se acordase de él en el cielo.

Calló un poco, y luego dijo: «Si el Señor se dignare que yo le vea, me acordaré de Vm. Y desde el punto que murió, se halló el Canónigo trocado en otro varon, con inspiraciones y fervores de vida más perfecta, con mucha mayor luz de la divina bondad y dolor de sus pecados; y tornando á hacer otra confesion general, desde la que hizo en Roma á los piés de nuestro Santo P. Ignacio, comenzó y prosiguió vida mucho más severa hasta que murió.

Escribió de este siervo de Dios el P. Luis de Valdivia.

P. NIEREMBERG.

P. ANTONIO DE CORDOBA

AUNQUE no fuera sino por la púrpura que no quiso y las esperanzas que dejó en el mundo, es digno de memoria este siervo de Dios; mas él fué varon tan grande, que con la humildad de su persona se hizo mayor que con la grandeza de su casa.

Fué el P. Antonio de Córdoba hijo de D. Lorenzo Suarez de Figueroa y de doña Catalina Fernandez de Córdoba, condes de Feria y marqueses de Priego, de los mayores señores de España.

Fué desde niño muy inclinado á todas las cosas de virtud, y despues de haber estudiado y sido Rector de la Universidad de Salamanca, al tiempo que aguardaba el capelo de Cardenal, que la Santidad del Papa Julio III, á instancia del príncipe D. Felipe, le habia prometido; movido del ejemplo del P. Francisco de Borja, que habiendo renunciado su Estado, se entró en la Compañía, y por consejo del P. Maestro Juan de Avila, cortó el hilo de sus grandes esperanzas, y se abrazó con la cruz de Cristo en la misma Compañía el año de 1552 de la manera siguiente:

Comenzaron á tratar con los nuestros algunas personas graves, al principio con recelo y recato y más por curiosidad y por saber lo que habia en ellos, que para aprovecharse de su conversacion; pero despues que los trataban y no hallaban los males que habian oido y sospechado, iban poco á poco desengañándose, y perdiendo el miedo, y tratando con más llaneza y seguri-

dad; por este medio algunos se aficionaron y se entraron en la Compañía.

Entre ellos fué D. Antonio de Córdoba, el cual se aficionó al trato y comunicacion con los nuestros, sintiendo con esto mucho provecho en su alma; pero muchos hombres graves le pretendieron apártar de su conversacion, temiendo no se le pegase alguna mala contagion.

Comunicó D. Antonio lo que pasaba en su alma con el P. Maestro Avila, rogándole le dijese lo que habia de hacer, si continuaria aquella comunicacion, con que se hallaba muy aprovechado en su espíritu, ó si la dejaria por excusar la murmuracion presente y el peligro para adelante.

El P. Maestro Avila le respondió estas palabras: «Bien me parece la conversacion que Vm. quiere tomar con los Padres de la Compañía de Jesus, porque el bien que ahora sienten en esa ciudad de ellos, ha muchos dias que yo lo siento. Sólamente mire Vm. que no sea en balde el buen ejemplo que le darán.»

Y en otra carta le da á entender cómo Dios por medio de uno de la Compañía habia hecho una gran mudanza en su alma.

Con estos documentos de un varon tan insigne y apostólico, como lo era el P. Maestro de Avila, se confirmó D. Antonio de Córdoba, y se alentó á tratar más familiarmente con los de la Compañía que estaban en Salamanca, y á llevar adelante lo que habia comenzado, creyendo más á lo que experimentaba en su alma, que á los dichos de la gente, que hablaban mal de lo bueno porque no lo conocian.

Y estando ya casi resuelto de pedir la Compañía, se lo procuró estorbar el demonio, haciéndole cruda guerra para disuadirle de su intento, poniéndole delante que las esperanzas que tenia eran tan grandes y tan debidas á su persona, casa y sangre; de suerte que antes de romper con ellas tuvo mucho que hacer y pelear consigo mismo, como lo muestra un capítulo de otra carta del P. Maestro Juan de Avila, que de Córdoba le escribió á los 5 de noviembre de 1550, por estas palabras: «Los peces grandes, dice, son malos de tomar; han menester muchas vueltas rio arriba y rio abajo, hasta que de cansados tengan poca fuerza y los prendan del todo en el anzuelo. Por lo cual no se maraville Vm. si tantos golpes le da nuestro Señor, y contradice á lo que llevaba pensado, y deseaba, que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de Vm. recios de domar y rebeldes á morir, y han menester que á poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan en Vm. sino la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor.»

Estas son palabras del P. Maestro Avila, el cual, despues que el P. Antonio entró en la Compañía, le escribió otra carta enseñándole lo que habia de hacer para agradecer y servir al Señor por aquella tan señalada merced que

le habia hecho de llamarle á la Compañía; la cual carta, por ser de tan santo varon y á propósito de la vocacion del P. Antonio á nuestra Religion, me ha parecido poner aquí:

«Sabido la mudanza de Vm. y las causas de ella, he dado gracias á la inmensidad de la bondad del Señor, que tan de verdad ha buscado á Vm. y tan misericordiosamente le ha hallado, y fuertemente llevado donde sin impedimento de ocupaciones extrañas pueda darle su corazon todo por morada sosegada y apacible, en la cual Él trate y tenga sus deleites, segun Él lo acostumbra á hacer con sus escogidos.

»No son aquestas pequeñas mercedes ni se deben pasar sin conocimiento, pues tengo creido que este es el sacrificio que el Señor muy de propósito pide en recompensa de sus mercedes, y por falta de esto ha quitado á muchos las dadas.

»Y tanto más conviene á Vm. mirar esto, cuanto su merced fué mayor por ser los peligros que le amenazaban mayores por la grandeza de su persona y ocupaciones, que segun el mundo le acompañaban. Y así, no ha hecho nuestro Señor menor hazaña en dar á Vm. luz para que hiciese lo mismo.

»Adore Vm. á Dios y tiéndase en el suelo conociendo su humildad delante de su alta Majestad, y agradeciendo *ex intimo corde* la merced recibida, ofrézcase en perpetuo don á Aquel cuyo es por muchos títulos, y no es de los menores haberle buscado y hallado, y puéstole en el lugar de los honrados de su casa por su sola bondad.

»¿Qué corazon hay que no se enternezca con esta merced y de verse prevenido de tal amor, que amó á quien le aborrecia? Y andando á porfía su bien y nuestro mal, nos ha tan poderosa y aventajadamente vencido, que no se ha contentado con enviar mensajeros de fuera y de dentro; mas tómanos por la mano como á otro Loth, y sácanos del lugar del peligro al monte donde nos salvemos.

»No olvide Vm. esta salida de Egipto, que es cosa en que intervienen grandes maravillas de Dios, y no se acaba si no es por el derramamiento de la sangre del Cordero, que ha dado voces delante del Padre, pidiendo que sea aplicada al ánima de Vm. limpiándola de todo el terreno deseo, y consagrándola al ejercicio del amor santo del Señor.

»Oido ha sido Cristo orando por Vm. segun podemos conjeturar. Dádole ha el Padre esta joya, para que de vil la haga preciosa y sea puesta en la cabeza del mismo Cristo, como jornal de sus grandes trabajos que por las ánimas pasó.

»Grande fué la guerra y salió vencedor, y dale el Padre ánimas que cor-

ran tras Él y le adoren, y *vinctae manibus post illum currant,* aparejadas para le servir, pues, por conjeturas, se ven redimidas por Él.

»Parte es ya Vm. de Cristo, despojo es de su victoria, tierra que le ha cabido en suerte, para que la labre y riegue y haga fructificar. ¡Oh, dichoso Vm. si sabe conocer su dicha, y de quién, y por quién le ha venido!

»Pídale Vm., pues tanto le ha dado sin merecerlo, que no consienta esta bondad, que á otro sirva su criatura sino á Él, que no miren sus ojos sino á tal hermosura, á tal Dios, bueno en sí y bueno para Vm.

»Gran carga le ha sido echada en trueco de las muchas de que le ha descargado, y dado ligereza de ciervo para correr sus caminos. En esto piense y esto agradezca, y porque es tan pobre para pagar, como lo fué para merecer lo recibido, haga cesion de bienes en las manos de su Señor, pidiéndole le tome por suyo y á su cargo para servirse de él á su contento; y suplicándole haga Él lo que quisiere de nos y en nos, pues *praestat sui iuris esse quam nostri.*

»Mucho creo he hablado para ánima á quien Dios habla, á la cual suele ser fastidiosa, y con razon, toda humana habla; mas el alegría que he tomado y el mandarme Vm. que escribiese, han sido la causa.

»Plega á la bondad soberana, que tan piadosa le ha sido, acabe lo comenzado para perpetua gloria suya. Amen. De Montilla á 16 de junio de 1552 años.—*Juan de Avila.*»

Vivió el P. Antonio quince años en la Compañía; los del noviciado y estudios gastó en Andalucía y fué el primer Rector del colegio de Córdoba; y hallándose por su humildad muy cargado y como oprimido de aquel peso, hizo tanta instancia á los Superiores, que le descargaron de él, y luego pidió licencia para enseñar gramática en una clase del mismo colegio de Córdoba.

Estando un dia en ella con sus discípulos, llegó á él el comprador del colegio y le dijo que la obediencia ordenaba que le siguiese, y, poniéndole una espuerta al hombro, le llevó consigo al rastro, y le dió una asadura, mandándole que la vendiese en seis reales y no ménos, precio excesivo y ocasionado á burla de todos, y á mucha mortificacion de quien la vendia.

Cargóle despues de un cordero que compró, y él le llevó á cuestas por las calles más conocidas, con grande admiracion de los que le veian y sabian quién era, y no con menor prueba de su rara y profunda humildad, en la cual se esmeró en gran manera, porque en su compostura y trato exterior no parecia sino algun hombre bajo ó afrentado públicamente por justicia, segun andaba de encogido y con extraña sumision en el hablar, mirar y vestir.

En sus sermones y en las pláticas dentro de casa su más ordinario tema era contra la soberbia; y, para dibujar al vivo la fealdad de este vicio, era

cosa maravillosa ver las semejanzas, comparaciones, ejemplos y palabras que se le ofrecian, y cuán eficaces eran los remedios que daba contra él, y la facilidad con que le curaba, como aconteció á un Hermano, que por un poco de oracion que tenia, se estimaba á sí y menospreciaba á los otros que carecian de ella, y dando parte al P. Antonio de su tentacion, se la quitó como con la mano.

Sólo mirarle con atencion deshacia la soberbia y vanidad de los que estaban tocados de ella, por la grande humildad que en su rostro y trato resplandecia.

Solia decir que algunas mujeres que habian sido grandes pecadoras y despues, alumbradas con la luz del cielo, se habian convertido al Señor, habian alcanzado grandes favores de su bendita mano y muchos grados de excelentes virtudes y santidad por el gran sentimiento que habian tenido de sus pecados y por entender cuán merecido tenian el infierno por ellos.

El trato de este Padre era tan apacible y sosegado, que parecia no tener pasiones, ó, lo que es más cierto, que las tenia tan mortificadas como si no las tuviera.

Tenia el gusto tan estragado, que no bebia vino, sino agua de tan mal olor que causaba molestia á los sanos. En sólo una cosa mostraba sentimiento, cuando veia algun religioso que desdecia en sus costumbres de la perfeccion y estado de la Religion.

Tenia grandes congojas de corazon y tristezas naturales, y una terrible hambre canina, y el hígado tan encendido y abrasado que, subiendo el calor á la cabeza, algunas veces, áun en invierno, era menester ponerla al cierzo para mitigar aquel fuego.

En todos estos males no sólo tenia el humilde Padre paciencia y sufrimiento, mas una tan extraña alegría y una boca llena de suavidad y de alabanzas del Señor, que convidaba á hacer lo mismo á los que lo veian; y no es maravilla, porque trataba muy familiarmente con Dios nuestro Señor y era muy dado á la oracion, y en ella el mismo Señor le enseñaba, alentaba, esforzaba y regalaba su espíritu.

Demás de la oracion ordinaria que se usa en la Compañía, solia cada noche tener otra hora de oracion, sin faltar; y muchas veces era delante del Santísimo Sacramento de rodillas, con tener el cuerpo muy enfermo y debilitado; y decia que con todas nuestras cosas debíamos ir á nuestro Señor sin que el temor de la irreverencia nos lo estorbase, pues era nuestro Padre; y que así como un padre, cuando ve que el hijo por ser pequeñito tiene poca fuerza en las manos para tener los regalitos y frutillas que le da, el mismo padre le aprieta los dedos para que no se le caigan, así Dios

nuestro Señor, como Padre piadosísimo, se humana en sus pequeñitos.

El P. M. F. Luis de Granada, en la vida que escribió del P. M. Juan de Avila, tratando de la entrada en la Compañía del P. Antonio de Córdoba, que hizo por consejo del mismo P. Avila y en tiempo que el Papa Julio III le habia ya nombrado por Cardenal, dice que, entre otras virtudes que este Padre tuvo, fué ser grande amigo de la oracion y predicador de ella; y que así, encomendando esta virtud en un sermon, se maravillaba cómo los hombres en vida tan acosada de trabajos, de necesidades y tentaciones, podian vivir sin el socorro de esta virtud; y discurriendo por todos los estados, decia: «Mujercilla, ¿cómo puedes vivir sin oracion? Labradorcico, ¿cómo puedes vivir sin oracion?» Y repitiendo estas mismas palabras, discurria por todas las otras calidades de personas; y tenia él mucha razon de maravillarse, pues no tenemos otro remedio despues de aquella desnudez en que nuestros padres nos dejaron, sino recurrir con la oracion á la misericordia de nuestro Reparador.» Esto es del P. F. Luis.

En la caridad de los prójimos fué muy señalado, porque gustaba mucho de confesar los pobres enfermos del hospital; y cebábase tanto en este ministerio de las confesiones, que una cuaresma casi le costara la vida; y nuestro Señor le daba especial gracia para robar los corazones de sus penitentes y para tratarlos con una blandura tan rara, que parecia los queria meter en sus entrañas, aunque tambien sabia usar del rigor cuando era menester.

Gustaba tambien mucho de hallarse al dar la limosna á los pobres á la puerta: pero con los Hermanos de casa era más excesiva su caridad, porque era muy afable y suave con todos, y con los enfermos lo era tanto, que por el sobrado cuidado y ansia con que la ejercitaba, fué necesario quitarle el oficio de Prefecto de la enfermería.

En viendo á alguno afligido, se afligia él, y se compadecia, y tomaba á pechos el consolarle y darle remedio. Y cuando él venia ó abrazaba á los que venian de fuera, parece que se derretia por el cordial amor que tenia en el Señor á los que abrazaba.

El último verano de su vida le fué á pasar en Oropesa por pura importunidad del conde Hernando Alvarez de Toledo, que era su primo, y le amaba y estimaba mucho: allí cayó enfermo.

Avisó luego á Alcalá para que le encomendasen á Dios, y le pidiesen verdadero dolor y arrepentimiento de sus pecados, y le enviasen un Padre que él pidió, con quien hizo una confesion general, y se consolaba de verle á su lado en aquel último trance, ya que moria fuera de colegio de la Compañía.

Encargó mucho al médico que le fuese avisando de su fin y del plazo que

le quedaba de vida, para irse aparejando y uniéndose más por entrañable afecto con su Señor.

Recibió todos los Sacramentos con singular devocion y gusto, y despues pidió un crucifijo, y hablando con él y haciendo dulcísimos coloquios, acabó santamente su peregrinacion en el mes de enero de mil y quinientos y sesenta y siete, y fué con mucha solemnidad enterrado en el convento de S. Francisco en el entierro de los Condes de Oropesa, y despues se trasladaron sus huesos á Montilla.

P. NIEREMBERG.

P. HERNANDO GUILLEN

FUÉ el P. Hernando Guillen natural de Carmona, diócesis de Sevilla, hijo de padres nobles y ricos y de los más principales de aquella villa. Fué en su tiempo mozo libre, valiente y ocasionado á pendencias; mas nuestro Señor, quebrantando el orgullo y brío natural que tenia, le trocó de tal manera en otro varon que, mudando de traje y vida, se dió á los estudios, y acabó los cursos de Teología, y se ordenó de sacerdote, y se dió al confesonario y al púlpito con tanto ejemplo, que engendró notable respeto y estima de su persona, áun en los que antes le conocian en el verdor de su juventud.

Entró en la Compañía á los cuarenta y un años de su edad y amoldóse á su Instituto como si naciera en ella, sirviéndose de los yerros pasados por espuela y motivo, para seguir más las virtudes á que el nuevo estado le obligaba.

Sentia tierna y amorosamente de Dios, y derramaba muchas lágrimas de dolor juntamente y de consuelo, acordándose de sus culpas y de las mercedes del Señor.

Era su corazon tan humilde, que no hay cosa tan vil en los ojos del mundo, como él lo era en los suyos. En el lugar, vestido, aposento y oficios siempre tomaba lo más vil y desechado: y cuando le dieron la profesion de cuatro votos, que tan bien merecia, se espantó, se entristeció, y con lágrimas de verdadera humildad dijo: «Mirad á qué ha venido la Compañía, que á mí me hacen profeso.»

Oyendo á un compañero suyo que referia el provecho que habia hecho en cierta mision, lo sintió con más extremo que los ambiciosos su deshonra, y se quejó, y le reprendió por ello.

Siendo Ministro, cuando el cocinero, ó despensero, ó cualquiera otro de los oficiales de casa le pedia ayuda, él les daba la suya y se ejercitaba igualmente con ellos en los más humildes oficios, diciendo que para esto era Ministro.

Era amador de la pobreza, cortando no sólamente las cosas supérfluas, sino tambien muchas de las necesarias.

El aposento ménos acomodado era el suyo, sin silla, ni mesa, ni libros curiosos, sino algunos pocos, viejos y forzosos para el estudio de cada dia; y para escribir los sermones, se servia de papeles viejos y cubiertas de cartas.

La comida muy limitada y la más vil y desabrida. Pedia que le repartiesen como á pobre las sobras de la mesa, y cuando se le hacia algun regalo por su edad y trabajo, hallaba mil razones para excusarlo, y lo mismo le acontecia cuando le querian dar algun vestido ó zapatos nuevos.

¿Pues qué diré de la enemistad que tenia con su carne, procurando domarla con ayunos, disciplinas y otras asperezas, mas que otros suelen regalarla, tratándola en la vejez con tanto rigor, como si fuera un mancebo muy robusto?

Hizo muchas misiones por lugares destituidos de doctrina y faltos de comodidad y regalo, y en ellos su caminar era á pié, la ropa y libros al hombro; y, para que el compañero fuese más descansado, á veces se cargaba tambien de la suya, y acomodando con toda caridad á su compañero, se quedaba antes del lugar en alguna choza y tomaba por cama la tierra dura.

Su comida eran algunos mendrugos de limosna, con algunas bellotas que él llevaba, ó algunas aceitunas de las caidas debajo del árbol donde se salia á comer.

Habiendo una vez ido á predicar á un lugar apartado, el Superior le mandó subir á una cabalgadura y que fuese en ella hasta el pueblo.

Propuso como humilde, y no siendo admitida su excusa, cumplió el órden como obediente, mas á la entrada del lugar se apeó de ella, y la tomó de la rienda, y la llevó por medio de la gente que aquel dia de fiesta venia con gran concurso á la iglesia á la voz del santo que predicaba.

A la vuelta obligó al compañero á subir en la cabalgadura, diciendo que á él le habian mandado ir á caballo, mas no volver. Encontrólos en el camino un hombre honrado, y saludó al Hermano, que iba á caballo, con mucha cortesía, y al Padre, que con semblante humilde y palabras honradas le habia prevenido, le respondió muy al desaire: «En hora buena vais.» No se

puede creer el gozo que recibió el buen Padre, cuando se vió tener en poco.

Si en las misiones le cogia la noche en el pueblo, dormia en la iglesia, ó sobre la tierra, ó sobre un escaño sin otro abrigo ni ropa.

Habiendo predicado un dia en un pueblo, el cura le quiso regalar en su casa: entendido del Padre, hurtóse de la gente, como solia, y salióse al campo; hizo un haz de leña, y echándole sobre sus hombros, volvió con él cerca del anochecer, para venderle y sustentarse de su trabajo.

Porque no pretendia otra comodidad ni regalo, sino la salvacion de las almas, por las cuales iba la suya con tan grande ansia de ganarlas para el cielo, que deseara, si le fuera posible, vivir por aquellos campos y sustentarse con yerbas, para estar más á mano de gente tan necesitada como la del campo de Andébalo, que fué el de sus hazañas, donde hoy vive la memoria de su doctrina y ejemplo.

Con ser de semblante severo, y de su condicion encogido y de poca gracia en el púlpito, era tanta la fuerza y ardor de su espíritu y tan verdaderas las muestras de su santidad, que robaba los corazones y hacia de ellos lo que queria.

En la oracion se regalaba tiernamente con Dios, y era regalado de él con muchos, dulces y vivos sentimientos de las cosas celestiales.

Cuando celebraba la Misa ó contemplaba los divinos misterios, con suma serenidad de rostro despedia muchas lágrimas de sus ojos, aunque por su humildad encubrió con perpetuo silencio los favores que de la mano del Señor recibia.

Fué honestísimo y muy recatado en el trato y confesiones de mujeres; oíalas sin enfado, enseñábalas con caridad, reprendiálas sin aspereza, sufria sus ignorancias con paciencia y mansedumbre, y compadecíase cristianamente de sus trabajos; mas nunca dió lugar á trato familiar y ménos recatado, ni admitió regalos, ni comedimientos, ni cortesías de mujeres.

Entendiendo que el Señor le queria llevar para sí, quiso morir humilde, como habia vivido: pidió el oficio de cocinero con tantas veras y tan grande instancia, que por no desconsolarle los Superiores hubieron de concedérsele.

Hacíale con extraordinario gusto y alegría, dando muestras de lo mucho que Dios obraba en su alma; fregaba los platos y ollas, barria la cocina y ocupábase en los otros ejercicios humildes, como si aquello solo supiera ó para aquello solo hubiera entrado en la Religion.

Aquí le tomó la voz del Señor; apretóle la enfermedad de la orina con vehementes dolores, que ni le dejaban reposar de noche ni descansar de dia; llevabálos con extraordinaria paciencia, y para sufrirlos se valia de la presencia del Señor, en cuya memoria y consideracion se regalaba su espíritu y

cobraba esfuerzo, para imitar en la muerte á Jesucristo, sin querer admitir ningun regalo de enfermo, por ser más semejante á su Señor.

Cuando los Superiores le obligaban con obediencia á tomar alguna cosa que á él le parecia regalo, aunque fuese necesaria para su enfermedad, instaba con lágrimas dentro de los límites de la perfecta obediencia, y no alcanzando lo que pedia, obedecia con lágrimas, porque así le atormentaba él regalo, como á otros la falta de lo necesario.

Estando ya cercano á la muerte, le preguntó el P. Rector de Trigueros, donde murió, si el temor de ella ó del juicio de Dios, del cual habia sido en vida muy temeroso, le causaba alguna congoja ó afliccion: le respondió que ninguna, porque el Señor por su misericordia habia trocado todos aquellos temores y angustias en amor y consuelo, y con él, recibidos los Sacramentos se le arrancó el alma, deseosa de verse en el cielo en compañía de aquel Señor, á quien con tanto ahinco y fervor habia servido en la tierra.

Era moreno de rostro, de semblante severo y cuerpo robusto; mas vistióle Dios en su muerte de una hermosura y gracia tan agradable, que se llevaba los ojos de todos y engendraba devocion en los corazones de los que le miraban.

Concurrió todo el pueblo, hombres y mujeres, viejos y niños á su entierro con devoto sentimiento de lo mucho que en este bienaventurado varon perdian.

Guárdase hoy en el colegio de Trigueros con mucha veneracion su calavera.

Murió el año de mil y quinientos y setenta y cuatro.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO GOMEZ

En la vida del apostólico varon P. Juan de Avila, que escribió, despues del P. Fr. Luis de Granada, el licenciado Luis Muñoz, autor bien conocido en España por la piedad y elegancia con que ha ilustrado tantas vidas de personas santas, hallo no moderadas memorias de muchos religiosos de nuestra Compañía, y he juzgado ser dignas de poner aquí como él las escribió.

Del P. Francisco Gomez dice así en el lib. II, cap. X: «Uno de los discípulos de mayor nombre que tuvo el P. Maestro Avila en Córdoba, fué el P. Francisco Gomez, natural de Fregenal.»

Empleó los años de su juventud, en que tanta parte suelen tener los vicios, en loables estudios de letras humanas y divinas, que hizo más lucidos con el resplandor de sus virtudes y vida anciana en años juveniles.

Dióse por discípulo del P. Maestro Avila, que predicaba á la sazon en Córdoba, en cuya escuela creció en espíritu y en el desengaño de las cosas humanas, primer fundamento de su magisterio.

Conoció el varon santo las aventajadas letras y gran talento del licenciado Francisco Gomez, y como siempre se valia de los que tenian sus discípulos en beneficio de los prójimos, le ordenó leyese Artes y Teología en Córdoba.

Profesó veinte y cuatro años continuos las letras sagradas, leyéndolas públicamente con notable aceptacion y lustre, hasta que se fundó colegio de la Compañía de Jesus en Córdoba, y se encargó de leer estas facultades.

Aficionado el P. Francisco Gomez del Instituto y vida de los Padres, cuando por sus grandes letras podia ocupar canongía Magistral ó una mitra; llamado de Dios, de consejo del P. Maestro Avila, entró en la Compañía á los treinta y cinco años de su edad, el de quinientos y cincuenta y nueve.

Conocióse con admiracion de todos la escuela en que se habia criado y cuán aventajado discípulo fué del venerable Maestro.

Comenzaron con la ocasion del nuevo estado á dar mayores resplandores sus virtudes. Creció el fervor de su espíritu la oracion continua y fervorosa, en que tiernamente se regalaba con nuestro Señor, sin que ocupacion ninguna fuese parte para divertirle de las horas de su contemplacion, de que sacaba alientos para la mortificacion en que fué admirable.

Declaró guerra á su cuerpo, sin perdonarle nada; y aunque gastado con trabajos y penitencias, jamás remitió un punto del rigor y aspereza con que se trataba.

Decia Misa con gran fervor y ternura, y desde el primer memento hasta las oraciones postreras eran sus ojos continuas fuentes de lágrimas tan suaves, que áun en los que las miraban engendraban tanta suavidad y ternura y tan gran aliento para amar á su Criador, que personas graves y doctas procuraban ayudarle á Misa por gozar de esta influencia.

Por excusar vanidad se retiró á una capilla donde á solas, á vista de Dios y de sus santos, gozaba de los regalos y gustos que no puede dar el mundo vano.

La virtud que más campeó en este gran varon fué la humildad, sin duda, profundísima, tanto más admirable en un hombre venerado por la grandeza de sus prendas, ciencia y autoridad.

Diéronse en él las manos amigablemente grande eminencia en el púlpito ó inteligencia de las sagradas letras, con una continua penitencia; prudencia grande con humildad de niño; un estudio continuo de la sagrada Teología con aspereza de vida rigurosa; extraordinaria discreccion con suma sinceridad y sencillez; gravedad con mansedumbre; afabilidad y dulzura en la conversacion, con un raro recogimiento interior; trato íntimo con Dios entre tantas y graves ocupaciones; una encendida caridad con los prójimos con mortificacion de pasiones admirable; gran autoridad con todos y un amor y trato llano con los pequeñuelos; un celo abrasado de la salud de las almas y de la gloria de Dios, que fué corona de todas sus virtudes.

Su opinion, y autoridad, y grandeza de su crédito pasaron los límites del Andalucía.

Fué venerado su nombre y estimado su parecer en las más insignes Universidades de España. El Maestro Mancio, de la sagrada Orden de Sto. Domingo, catedrático de Prima en Salamanca, tan conocido en estos reinos por sus grandes letras, consultado en Salamanca de algunos de aquella provincia, respondia que, teniendo al P. Licenciado (así le llamaban comunmente) que podia dar parecer en la materia más árdua, no era menester el suyo ni buscar otros.

Y el santo Maestro Avila decia que, estando en Córdoba el P. Francisco Gomez, no hacia él falta para dar consejo; y así, le remitió la direccion de la vida del doctor Pedro Lopez, médico del emperador, que se habia puesto en sus manos.

En esta ocasion le escribió el santo Maestro: «Ordene Vm. la vida como el P. Francisco le dirá, al cual puede Vm. obedecer seguramente y podrá hacer en los ejercicios de penitencia lo que el P. Licenciado le dijere, y Vm. le dirá sus fuerzas, para si es menester obrar más ó es menester quitar.»

Don Cristóbal de Rojas y Sandoval, Obispo entónces de Córdoba, despues Arzobispo de Sevilla, le llevó por su teólogo al Concilio provincial que se celebró en Toledo el año de 575; tan gran opinion tenia de su santidad y letras.

Dió en esta ocasion grandes muestras de su prudencia y valor; admiró su humildad.

Habiendo la santidad de Pío V prohibido en España correr toros, algunos caballeros de Córdoba, más alentados que cuerdos, se dieron por sentidos de la obligacion del *motu propio;* no les faltaron pareceres (haylos para todo) que lo podian hacer sin riesgo, entre ellos el del Obispo, sin duda mal informado.

El P. Francisco Gomez, con el celo grande que tenia que se evitasen pecados, tuvo traza, juntando pareceres de hombres doctos, de reducir al Prelado, con que evitó aquel escándalo; dispuso el caso con notable prudencia, y, sin reparar en el disgusto de los empeñados en el regocijo, hizo se obedeciese al Pontífice.

Acudió con su prudencia y consejo en una grande afliccion que hubo en su tiempo en Córdoba, en que la hambre y la enfermedad la iban arruinando lastimosamente.

Juntó copiosas limosnas con que remedió grandes necesidades; salió á la media noche con algunos de sus Padres á buscar por las calles y plazas pobres en quien la hambre y frio hacian pesadas suertes; mostró en esta ocasion su caridad, y su celo, remediando cuerpos y almas de muchos miserables.

Eranle intolerables al demonio virtudes tan heróicas; solia molestarle de mil modos. Yendo á acostarse una noche, se le atravesó en la cama en figura de un fiero y horrible negro; el Padre con un ánimo y señorío notable, sin turbacion le dijo: «Hazte allá, que ambos cabemos.»

No pudo el enemigo sufrir tan gran aliento, y huyó afrentado.

Fué dos veces Rector del colegio de Córdoba, que gobernó como Padre: aceptó el oficio con notable repugnancia, en especial la última vez. Deseaba, desocupado de todo lo exterior, darse del todo á Dios; usó para no entrar en el oficio de varios medios: no le aprovechando dijo: «Pues con los hombres no puedo, yo lo negociaré con Dios.»

Pidió á nuestro Señor libertad del cargo, y en recompensa le ofreció su vida. Aceptó nuestro Señor su ofrecimiento: á pocos dias le sobrevino la última enfermedad, que admitió gustoso y resignado.

Tuvo revelacion del dia de su muerte, que recibió con alegría entre los brazos y lágrimas de los suyos, echando á todos su bendicion. Dió el alma á su Criador dia de Sto. Tomás Apóstol, 21 de diciembre, año de 576, con universal sentimiento de toda la ciudad, que le amaba y veneraba como á santo.

Concurrieron, sin ser llamados, al entierro el Obispo, Inquisicion, Religiones y toda la nobleza.

Recibió Dios su alma para estrella de su firmamento en perpetuas eternidades.

P. NIEREMBERG.

P. IGNACIO DE FONSECA

FUÉ el P. Ignacio de Fonseca natural de la ciudad de Guadix, hijo de padres nobles y honrados, de venerable aspecto, blanda condicion, buena habilidad y entendimiento.

Estudió en Salamanca, y allí entró en la Compañía el año de 1558, de donde fué enviado á la casa de probacion de Simancas.

Allí con el ejemplo y fervor de los otros novicios y con el espíritu que el Señor le daba, se aprovechó mucho y echó hondas raíces en todo género de virtudes, y especialmente en la humildad, haciendo ofició de cocinero con tanto gusto, como si solo para aquel oficio hubiera entrado en la Compañía.

Habiendo caido enfermos casi todos los novicios, él los asistia de dia y de noche, aderezando en la cocina lo que habian de comer, sin acostarse ni dar reposo á sus cansados miembros, por no faltar un punto á la necesidad de sus hermanos, hasta que de puro trabajar, él tambien cayó malo, y le duró muchos meses la enfermedad, y de ella quedó quebrada la salud.

Tuvo despues continuos dolores de cabeza, y enfermaba á menudo de recio dolor de costado; pero él llevaba estos males con maravillosa paciencia, alegría y gozo de su alma; porque era hombre de gran devocion, oracion y familiar trato con Dios, muy dado á cosas de espíritu y amigo del recogimiento.

En las pláticas que tenia con los de casa y con los de fuera se echaba bien de ver que siempre andaba en la presencia de Dios y gozaba de su comunicacion.

Hiciéronle Rector de la casa de probacion del Villarejo de Fuentes, para que enseñase como buen Maestro á los novicios el camino de la perfeccion, y él lo hizo y sacó muchos discípulos, que fueron un raro ejemplo y dechado de toda virtud.

Teníanle comunmente todos por santo varon, y amábanle como á padre y pedíanle sus oraciones en sus trabajos, y por medio de ellas el Señor les hacia merced y les otorgaba lo que el Padre le suplicaba, obrando por su siervo cosas maravillosas.

En el Villarejo un hombre muy atormentado de terribles dolores de ijada y piedra, y que le llegaban á punto de muerte, pidió al P. Fonseca hiciese oracion á Dios por él. Hízola el siervo de Dios, y á poco rato con una

evacuacion grande de materia quedó tan sano, que nunca más sintió dolor de ijada.

Lo mismo aconteció al P. García Rodriguez, de nuestra Compañía: el cual estando enfermo y muy fatigado de vehementes dolores, y diciendo el P. Fonseca Misa por él, quedó tan libre de ellos, que nunca más le volvieron en toda su vida.

Tambien doña Juana de Castilla, estando muy al cabo de un recio tabardillo, cobró salud por las oraciones del P. Fonseca. Y de otro hombre se escribe que, estando con una vehemente melancolía y fuera de juicio, se dió una puñalada motal: vivió cinco ó seis dias despues, y el P. Fonseca movido de compasion de aquella pobre alma, por no haberse podido confesar, se puso en oracion y mandó á sus novicios que hiciesen lo mismo.

Oyó sus oraciones Dios, y fué servido que el hombre volviese en sí, y con gran dolor de sus pecados se confesase y muriese una buena muerte.

Muchas cosas de estas se cuentan de este santo varon, y otras en que se manifiesta su espíritu y la gracia que tenia del cielo.

Siendo Rector del colegio de Sevilla, vino á confesarse un soldado desgarrado y furioso, y por no querer hacer lo que estaba obligado, el confesor no le pudo absolver. Sintiólo sobremanera, y fuese á quejar al Rector, diciendo que aquel confesor debia de ser un idiota y que se maravillaba de sí que no le hubiese dado de puñaladas.

El P. Fonseca le habló mansamente, y le dijo: «Véngase Vm. conmigo, que yo le confesaré.» Confesóle y penetróle el corazon con sus palabras y reprensiones, de modo que comenzó á derramar muchas lágrimas, y habiendo entrado como un leon bravo, salió como manso cordero, é hizo penitencia, y mudó su vida, y en ella perseveró.

No es ménos admirable lo que le sucedió con cierta señora que tenia una criada en hábito honesto, y, al parecer, muy deseosa de perseverar en virtud. El P. Fonseca aconsejó á la señora que despidiese aquella criada, porque no convenia tenerla en casa: despidióla y volvióla á recibir, y dióla mucho en qué entender, porque vino á estar muy apretada del corazon y á perder el juicio, y se resfrió en sus buenos propósitos, y á la postre renunció los hábitos y se casó, siendo ya casi de cincuenta años.

No le faltaron sus trabajos y persecuciones, mas él las llevó, y muchas enfermedades, con rara alegría y serenidad, porque en todos los acaecimientos y varios sucesos de esta vida solia decir *Dominus est*, tomándolos todos como de su bendita mano.

Despues le hicieron Rector del colegio de Córdoba, y, habiendo ido á Sevilla á ciertos negocios, le dió un recio frio y calentura con dolores interio-

res, y le entró la enfermedad con tanta furia, que luego los médicos le desahuciaron y dijeron que no pasaria del segundo dia.

En este tiempo se confesó, y comulgó, y recibió la Extremauncion, habiendo pedido á los médicos que le hablasen claro, porque ninguna pena recibiria, ántes mucho gozo, en saber que seria cierta la salida de este destierro.

Y con ser los dolores muy intensos, los llevaba con tanta paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, que no sabia decir sino: *Fiat voluntas Domini.*

No quiso que le visitasen los seglares, por no interrumpir sus santos ejercicios y coloquios que tuvo con Dios.

Pidió perdon á todos los de casa, exhortándolos á la humildad y desprecio de todo lo visible, y encomendándoles muy afectuosamente la oracion y verdadera resignacion.

Los Padres que estaban presentes, viéndole tan fatigado de sus dolores, le dijeron que de buena gana los repartieran entre sí; pero él respondió que estaba muy contento con ellos, y con otros mayores, y de padecerlos hasta el dia del juicio, si aquella fuese la divina voluntad.

Con esta resignacion y sacrificio de sí mismo, acabó el curso de su peregrinacion y fué á gozar de la corona de la eterna retribucion en el mes de abril del año de 1577.

P. NIEREMBERG.

P. M. JUAN DE ALBOTODO

COGIÓ nuestro Señor, como rosa de las espinas, al P. Maestro Juan de Albotodo de los moriscos de Granada, y trájole á la Compañía para hacerle Padre de muchas gentes, á quien engendró para la vida eterna.

Fué tan bien inclinado desde niño á la virtud y cosas de la religion cristiana, que el Arzobispo, D. Pedro Guerrero, por las muchas esperanzas que de su buen ingenio y agradable natural concibió, le hizo ocupar en los estudios de gramática, de Artes y de Teología, de los cuales él dió tan buena cuenta, que alcanzó el grado de Maestro con aplauso comun y aprobacion de toda la Universidad de Granada, donde tenia beca en el colegio de S. Miguel primero, y despues en el de Sta. Catalina.

Entró en la Compañía en tiempo que no precedia informacion á la entrada; y en ella fué hombre muy manso, muy humilde y de extremada caridad para con los prójimos, y de rara mortificacion y aspereza consigo mismo.

Confesaba gran número de gente noble y plebeya con igual gusto y provecho de ellos, y el que una vez gustaba de su doctrina, no le dejaba; y para mejor ayudarlos y aficionarlos á la guarda de los mandamientos de Dios, esmerábase en darles ejemplo en toda virtud, poniendo todo su estudio en los consejos evangélicos.

Empleaba todos los dias en oir confesiones, ó predicar, ó ayudar á las almas, ó en descubrir y desterrar los engaños de sus naturales, para lo cual tuvo especial don de la gracia divina.

Fué tenido por apóstol de su nacion y maestro de la fe en todo el reino de Granada, amado, temido y venerado de sus moradores como santo, y como á tal cuando pasaba por el valle Alpujarras y otras poblaciones de esta gente, salian los niños, los hombres y las mujeres por las calles á besarle la mano ó la ropa.

Era ferviente amador y honrador de la religion cristiana y celoso defensor suyo, y no temia ponerse en manifiestos peligros de su vida, siempre que se le ofrecia ocasion de enseñarla.

Porque, aunque la luz de su doctrina y pureza de sus costumbres era manifiesta á los de su nacion, todavía muchos se cegaban con tan grande resplandor, y no podian sufrir la fuerza de sus razones, ni la gravedad y entereza de sus consejos, ni el rigor y aspereza de sus reprensiones, y por esto intentaron algunas veces darle la muerte: particularmente una noche algunos de ellos le llamaron á título de confesar un enfermo, cosa con que el siervo de Dios trocaba muy de gana el sueño.

Salió al punto de casa, guiándole sus enemigos por la estrechura de las callejuelas del Albaicin, llevándole de unas en otras con la oscuridad de la noche; y habiendo gastado en esto un buen espacio de tiempo, cuando estaban ya en parte más oportuna para ejecutar su maldad, lo estorbó el Señor, no atreviéndose ellos á hacer nada contra su siervo; y así, le dejaron al pasar de una encrucijada, sin saludarle ni hablarle palabra.

Cuando el Padre echó de ver lo que habia pasado, y cómo le habian dejado, no se turbó, ántes con gran serenidad y paz de su alma, tomó el camino para volver á casa con su compañero.

A la vuelta oyó al pasar de una callejuela muy oscura unos gemidos muy tristes y dolorosos; pidió en la primera casa un candil, y con él acertó á dar en un aposentillo de una casilla caida, donde halló uno de sus naturales, solo y arrojado sobre una esterilla, muriéndose sin remedio ni consuelo humano.

Llegóse á él, y hablóle con mucho amor y compasion. Preguntóle si queria confesarse; respondió el enfermo que sí. Hizo su confesion despacio y con gusto y sosiego, y poco despues dió el alma á su Criador.

Dió el Padre luego órden cómo los vecinos le amortajasen y le acompañasen con luces hasta el dia siguiente que le enterraron: con esto se volvió muy contento á casa, haciendo gracias á nuestro Señor que por medio de los engaños de los que le habian llamado á tal hora, habia remediado á aquel que no le habia llamado y estaba tan necesitado y desamparado de todo remedio; y crecióle la confianza en Dios y el ánimo de volver por la verdad de su fe y evangelio, diciendo que no tenia que temer á los enemigos, porque ó Dios le libraria de sus manos, ó le recibiria en las suyas, dándole gracia para derramar su sangre por su amor, que era mayor merced y la que él más deseaba; y así, le libró nuestro Señor de muchos peligros, sin que nadie se le atreviese de palabra ni de obra.

Sólo una vez que reprendia algunos moriscos que estaban en una taberna descompuestos, y decian palabras feas, uno de ellos le dijo que se saliese fuera, porque, si no lo hacia, le cortaria las narices. Salióse el Padre sin responderle palabra, por dar lugar á la cólera; mas el dia siguiente, riñendo aquel hombre en la calle, el otro con quien reñia le descargó una cuchillada y le cortó las narices.

El Arzobispo D. Pedro Guerrero se servia mucho de este celoso varon para la conversion de los moriscos así dentro de Granada como fuera, cuando salia á visitar su distrito.

El santo tribunal de la Inquisicion hacia lo mismo para la reduccion de los apóstatas de la fe, y la Chancillería real para disponer al suplicio á los condenados.

En todos lugares y personas obró el Señor por su medio maravillosos efectos, para gran gloria suya y salud de muchas almas; y en las más desahuciadas era más admirable la gracia divina.

No fué su talento limitado sólamente para sus naturales, aunque le escogió Dios primeramente para justificar su causa con ellos; extendióse á todos, y especialmente á gente principal y poderosa, que le amaba tiernamente por la suavidad de sus costumbres, por la suficiencia de letras, por su agradable trato y opinion de santidad.

Era en los sermones fervoroso y devoto: hacíalos en lengua arábiga á los de su nacion y en castellano á los nuestros con gran fruto.

Su caridad para con los pobres no tiene encarecimiento; amábalos como si fuera su verdadero padre, y ellos hubieran salido de sus entrañas.

El era procurador, solicitador y proveedor de los encarcelados; él los sus-

tentaba de las limosnas que con gran liberalidad le daban toda suerte de gente; él componia sus negocios, satisfacia por sus deudas, componia y acababa sus pleitos; él visitaba y regalaba á los enfermos, vestia á los desnudos, apacentaba los hambrientos, y los confesaba y enseñaba el camino de su salvacion; y era tanta su caridad, que parecia abrazaba toda la república, y que no habia en ella obra de piedad á que él no atendiese, sin embarazarse ni faltar.

Para esto tenia señalados muchos hombres, hijos suyos de confesion y señalados en virtud, para que le ayudasen, sin estorbarse los unos á los otros.

Tenia lista de los pobres de las parroquias, mayormente de los que llaman vergonzantes, y acudíales con particulares limosnas. Y tuvo, no sin grande acuerdo é impulso del cielo, gran cuidado de favorecer con parte de estas limosnas á monjas pobres y desamparadas, que son las que pasan más necesidades, y muchas veces con gran peligro de las almas.

En componer enemistades tuvo singular gracia, porque no sólamente alcanzaba perdon de las injurias ó remision de agravios por muchos años reservados á la venganza, sino que reducia los ánimos á una admirable union y concordia de voluntades con un estrecho vínculo de caridad.

Todas estas obras levantaba de punto su profunda humildad: cuanto más estimaban y le honraban los hombres, tanto él más se despreciaba, y se abatia, y tenia más presente la memoria de su linaje y la bajeza de sus padres.

Cuando alguna persona principal de las que trataban con él le hacia más honra de lo que el quisiera por su humildad, luego le decia quién era, si el no lo sabia, para que le tuviese en ménos.

Y áun estándose muriendo, venció con este ardid al demonio, el cual quiso acometerle con vanagloria, representándole los muchos y buenos trabajos de toda su vida, empleados en servicio de Dios y bien de su Iglesia; mas él conoció la tentacion de Satanás, y con alta voz, que todos la pudieron oir, dijo: «¿Morisquillo, y vos habeis de entonaros? ¿No sabeis la bajeza de vuestro linaje? ¿No os acordais que fueron vuestros padres unos pobres herreros?» Y otras cosas semejantes con que envió corrido al demonio, y él ganó mayor corona en el cielo.

Murió en Sevilla el año de mil y quinientos y setenta y ocho, á los catorce de mayo.

P. NIEREMBERG.

H. DIEGO DE YÉBENES

El H. Diego de Yébenes fué natural del pueblo de su nombre, en el arzobispado de Toledo.

Antes de entrar en la Compañía, sirvió en Granada á los pobres del hospital de S. Juan de Dios y en aquel hábito algunos años, trayendo su espuerta á cuestas, como usaban antiguamente aquellos Hermanos, antes que fuese Religion.

Acudia este siervo de Dios á los pobres con extremada caridad; las noches pasaba parte en oracion, parte en tomar algun reposo, que era poco y en el suelo sin otro regalo de cama.

Entró en la Compañía, y con el nuevo estado no se disminuyó, ántes creció la misericordia y cuidado de socorrer las necesidades de los pobres.

Quitábase la comida de la boca por dársela á ellos. Juntaba las sobras de la mesa y otras cosillas de casa con hortaliza de la huerta, y, con la bendicion del Superior, se lo repartia. Jamás le faltó qué dar; parecia que Dios se lo daba y que multiplicaba entre sus manos milagrosamente el manjar.

Muchas veces en la casa del Albaicin, donde fué cocinero algunos de los diez y siete años que ejercitó este oficio, no habiendo aderezado comida, sino tasadamente para seis, venian á la hora del comer otros tantos huéspedes, y él decia al Superior que no se congojase, que no les faltaria lo necesario; y repartia á todos lo poco que habia, sin que á nadie le faltase su ordinario, sino á él solo, por no salir de su paso ni faltar de su rigor y abstinencia.

Porque, con ser amigo por extremo de regalar á todos los de casa y á los pobres de fuera, consigo era tan escaso, que pasaba muy de ordinario con lo que se habia de echar á los perros; y hacíalo con tanto disimulo, que ninguno lo echaba de ver, sino el que de industria y atencion lo miraba á las manos.

Daba de comer y repartia á todos los de casa en la primera y segunda mesa con gran puntualidad y cuidado antes de sentarse á ella; y despues juntaba los mendrugos más duros y las sobras que comunmente se echan á mal, y cubríalas con un plato á título de que no se enfriasen, y con esto sustentaba un cuerpo enjuto, penitente, mortificado, sujeto y rendido á la razon, y el espíritu ligero y presto para las cosas de devocion.

Regálabase con otro pasto celestial y más sabroso manjar, que era la contemplacion de las cosas del cielo y de los misterios de la vida de Jesucristo nuestro Señor. En esto rumiaba de dia y de noche con tanta suavidad y dulzura, que de cuantas cosas miraba ó tomaba en las manos, ó tenia presentes, sacaba miel de divina contemplacion,

Muchas veces le hallaban arrebatado y enagenado de los sentidos: su mismo semblante declaraba la ternura de su corazon. Otras le veian en el coro, en la iglesia, en las capillas, en los rincones de la cocina puesto en profunda meditacion, destilando de sus ojos lágrimas con gran sosiego de cuerpo y serenidad de su rostro. . .

En su boca eran frecuentísimas las alabanzas de Dios, y saboreábase con repetir muchas veces el dulcísimo nombre de Jesus: y, como tenia el gusto hecho á estos sabores del cielo, amargábale todo lo de la tierra.

Palabra ociosa no se oia de su boca, rara prueba de santidad; ni la abrió jamás para murmurar de nadie ó decir faltas ajenas, teniéndola siempre abierta para excusarlas, especialmente cuando veia que los Superiores reprendian descuidos de alguno, con extraño encogimiento se allegaba y daba por él mil excusas.

Siempre le parecia que todos los otros de casa andaban cansados y fatigados del trabajo, y como si él estuviera holgado, trabajando de noche y de dia, pedia licencia para ayudarlos ó hacer sus oficios; nunca supo excusar cosas suyas, aunque tuviese mil razones en su defensa.

Siendo un dia portero, halló á la puerta de la calle una gallina muerta; tomóla, y pareciéndole que no tenia daño y que podria servir para sus pobres, aderezóla: llegó luego un pobre á pedirle limosna para dos ó tres pobres enfermos que tenia en su casa; dióle la gallina y muchas gracias á nuestro Señor porque aquel dia le habia dado qué dar á aquel pobre.

Viólo uno de casa y creyó que el Hermano habia tomado aquella gallina sin licencia del colegio; y, aunque con buen celo, avisó de ello al Superior, el cual lo creyó y reprendió al Hermano, y le dió una penitencia, y él la recibió con paciencia y con gusto, sin hablar palabra ni por sí ni contra el otro.

Alabó á nuestro Señor por la ocasion que le habia dado de merecer, y pidióle perdon por su Hermano; mas el mismo Señor, sin saberlo el H. Diego de Yébenes ni entenderlo, descubrió la verdad de lo que habia pasado, para que la virtud del inocente fuese más conocida, y la facilidad del acusador más confusa, y la credulidad del Superior más recatada y advertida.

De los males ajenos fué sobremanera misericordioso y compasivo; en sabiendo que alguno en casa estaba achacoso, luego pedia licencia para hacerle la cama y barrerle el aposento, y le llevaba flores para recrearle; y lo

mismo hacia con los mozos, con todo amor y humildad, y por este camino los ganaba y encaminaba á la virtud.

Hízosele á un mozo una peligrosa apostema en la garganta; desahuciáronle los médicos y mandáronle dar la Extremauncion. Estaba una noche ya sin sentidos y agonizando, sin esperanza de remedio humano.

Visitóle en aquella hora el Hermano, hablóle de Dios, exhortóle á conformarse en vida y en muerte con su voluntad, y luego tomó de la huerta no sé qué yerbas, é hizo de ellas un emplasto, y púsolo sobre la apostema, haciendo sobre ella la señal de la cruz; dentro de poco rato le hallaron los médicos alentado y con habla, la apostema abierta con notable mejoría, y dentro de pocos dias entera salud.

Su vestido siempre fué el más viejo y remendado y más vil, su lugar el más bajo y en todo lo peor.

Ayudábase mucho de la leccion espiritual de los libros devotos y vidas de santos, y procuraba imitar sus virtudes. Todas las cosas hacia con alegría, diligencia y puntualidad. Y con ser en el ejercicio de la oracion tan continuo y en las demás obligaciones de su oficio tan exacto, para todo le parecia que le sobraba tiempo, porque no perdió ninguno.

Los descuidos y culpas muy livianas, que como hombre no podia dejar de tenerlas, las sentia con más veras y las lloraba y castigaba con más amargura y rigor que otros las grandes; porque luego se retiraba á un lugar secreto, y con lágrimas abofeteaba su rostro, ó afligia su cuerpo con duros azotes, y tratábase como esclavo.

Solia pedir á nuestro Señor que su muerte para sí fuese sosegada para poder pensar en Él, y no cansada para los que le curasen.

Concedíósela nuestro Señor como la pedia; porque el mal fué breve, de un dolor de costado, que los cuatro primeros dias afligió el cuerpo con graves dolores y el alma con miedos del suceso de aquella jornada. Pero presto pasaron aquellos nublados y llegó la luz celestial, que serenó y llenó de gozo su corazon.

Todo su negocio era con Dios, y sus palabras de Dios, con quien se entretenia y con oir leer las vidas de los santos: reprendíase por verse tan desemejante de ellos y léjos de su perfeccion; ningun cuidado tenia de sí ni de su vida y salud, sino sólo si con su enfermedad daba alguno á los que le servian.

Recibió los santos Sacramentos con particular devocion y con gran júbilo de su alma; partió de esta vida á gozar del Señor á los 22 de enero del año de 1581.

P. NIEREMBERG.

H. RODRIGO DE FLORES

FUÉ el H. Rodrigo de Flores Coadjutor temporal y varon verdaderamente devoto, mortificado, humilde y de alta perfeccion, y un retrato de virtud y religion.

Desde que entró en la Compañía se aficionó mucho al ejercicio de la oracion; disponíase para ella con la continua mortificacion de la carne.

Padeció á los principios muy gran sequedad y desamparo del Señor, pero perseveró llamando á sus puertas, hasta que le abrió el divino Esposo y le métió en las bodegas del vino de su amor y dulzura, y tanto le comunicó de luz en el entendimiento y así hablaba él de los misterios de Cristo como si fuera un eminente y consumado teólogo; y tanto se encendió la voluntad en su amor, que su mayor gusto y regalo era el hablar y tratar con él.

Levantábase antes que los demás para gozar más tiempo de su amado (que así llamaba él á nuestro Señor) en la oracion, y pasaba en ella algunas noches, sin dar otro descanso al cuerpo sino el que redundaba en él del aliento y recreo del alma.

Arrebatábase muy de ordinario y quedaba levantado del suelo en el aire, sin uso de los sentidos, tanto que, metiéndole por los piés alfileres, no los sentia.

Entraron algunas veces á deshora personas graves y santas en su aposento y viéronle en oracion de rodillas, cercado el rostro de resplandor celestial y claro el aposento con luz del cielo, estando cerrada la puerta y ventana por donde pudiera entrarle la de la tierra.

Otra vez le hallaron en el coro puesto en oracion, los brazos en cruz y levantado del suelo en el aire, yerto el cuerpo, y tan fijo y firme, que nadie le pudo mover de un lugar ni reducirle á doblar los brazos. Duróle este éxtasis desde el Juéves Santo al poner del sol, hasta la mañana del dia siguiente.

En desembarazándose de sus oficios y ocupaciones exteriores, volvia sediento á la oracion, como ciervo á la fuente, y arrojábase en ella con tanto ímpetu, que parecia haber estado preso y violentado el rato que faltaba de aquel ejercicio.

Mas nunca por estar en él faltó punto á las ordinarias obligaciones de sus oficios, y andaba en ellos tan fervoroso, alentado y hacendoso, como si ninguna otra cosa pensara; de manera que de la oracion sacaba esfuerzo para el trabajo, y con el trabajo se disponia para la oracion.

Su ordinario vestido era una sotanilla parda, muy corta y muy vieja, y queriéndole hacer una nueva, no lo consintió, diciendo que pues él tenia el oficio más bajo, no era mucho que en el traje lo pareciese.

Era callado sin pesadumbre, y cuando hablaba, parecia pegar fuego con las palabras, por el encendido amor de Dios que ardia en su pecho.

Era amigo de penitencia, del ayuno, del cilicio y disciplina, sin que le hiciese estorbo para esto el ordinario trabajo de la cocina, ó de acarrear piedra á la obra de la Casa Profesa de Sevilla.

Deseaba verse en las Indias entre bárbaros ó en otros lugares donde le faltase lo necesario, por tener más que padecer y que ofrecer á Dios.

Era templadísimo en la comida en la cantidad y en la calidad del manjar, huyendo por todas vías lo que le podia dar gusto; la bebida en sus trabajos, sudores y cansancios, siempre fué agua; en las enfermedades tomaba de buena gana las medicinas amargas aunque entendiese no serle de provecho, teniendo por el mayor el mortificarse.

En el último tercio de su vida pidió muy de veras á Dios que le diese una larga y penosa enfermedad, para purificar su corazon y aparejarse mejor, y parecer más puro en su presencia.

Dióle nuestro Señor una calentura hética de seis meses, la cual llevó con admirable paciencia, con ardientes deseos de verse libre de las prisiones de nuestra mortalidad y gozar de la bienaventurada vista de su Señor, á quien con gran paz, quietud y alegría de su alma, habiendo recibido los divinos Sacramentos, dió su último espíritu el año de mil y quinientos y ochenta y cuatro.

P. NIEREMBERG.

P. JORGE ALVAREZ

El fervor de espíritu y eficacia de su palabra, juntamente con su heróica santidad, hicieron al P. Jorge Alvarez hombre admirable y digno de ser contado con los hombres apostólicos de su siglo.

Fué natural de Úbeda, hijo de padres humildes en oficio, aunque honrados en la suerte que tuvieron con tal hijo.

Entró en la Compañía ya sacerdote, y luego dió muestras de lo mucho

que Dios se queria servir de él. Señalábase sobre todos los de su tiempo en humildad, oracion, silencio, mortificacion de todos sus afectos, y en una perfecta renunciacion de todas las cosas de la tierra.

Decia Misa todos los dias con gran sentimiento y consideracion de los misterios de la Pasion y muerte de Jesucristo nuestro Redentor, que en ella se representan.

Viéronle muchas veces en el altar, estando en una capilla, cerrada puerta y ventana, rodeado de una extraordinaria claridad y hermosura, con no pequeña admiracion de los que le veian.

Era tan enemigo de la ociosidad, como ella lo es de la virtud; repartia el tiempo de manera, que para sí le tenia cumplido, y para los prójimos todo lo que habia menester.

Tenia insaciable sed del bien de las almas, porque sabia lo que habian costado á Dios; y para remediarlas, nunca se vió harto de padecer y trabajar por ellas, y no le sabia la comida ni tenia reposo en el sueño, cuando no habia hecho alguna buena suerte en las almas.

Y el Señor que le habia escogido para ministro suyo, le armaba con su espíritu y con su gracia, para rendir á hombres desalmados é incorregibles, y hacerles mudar la vida, y ablandar, y derretir en lágrimas corazones de piedras con las que él derramaba por ellos, y para quebrantar la rebeldía y obstinacion de algunos hombres poderosos, cuando se atrevian á Dios y á su santa ley; porque le habia dado como al Profeta Ezequiel una cara y una frente como de diamante y más fuerte que el pedernal, sin que ruegos, promesas, amenazas ni espantos fuesen parte para estorbarle lo que queria hacer.

Hubo en cierto pueblo de Andalucía un hombre rico y principal, y eclesiástico, que con grande escándalo de todo el pueblo estaba amancebado con una mujer tan públicamente, como si fuera legítima; avisóle el P. Jorge Alvarez, y reprendióle dos ó tres veces que quitase aquel escándalo y no fuese lazo del demonio para enlazar las almas y llevarlas tras sí al infierno.

Hízose sordo el hombre encarnizado en su propio deleite; no lo sufrió el corazon abrasado del amor de Dios de este santo Padre; aguardó dia y hora oportuna, y fuése á casa de aquel hombre á tiempo que estaba comiendo con su manceba, y aunque los criados se lo quisieron estorbar, espantados de sola su vista, no pudieron.

Entróse en la sala donde estaba, y despues de haber mirado con un semblante grave y severo al hombre, mandó con un imperio y libertad de siervo y ministro de Dios á la mujer que se levantase luego de la mesa y tomase su manto, porque no habia de quedar allí.

Y aunque el señor de la casa se turbó, y los criados estuvieron para echar mano del Padre y maltratarle, asombrados le dejaron salir con su intento, y sacar á la mujer de casa y llevarla con el mayor secreto y ménos ruido que pudo, y ponerla en puerto seguro.

Otra vez, viniendo del Ajatafe á pié, se encontró con unos arrieros que le rogaron que subiese en una cabalgadura, y él lo aceptó con agradecimiento. Avisáronle que adelante en un montecillo habia salteadores, y él les dijo que confiasen en Dios y no temiesen.

Llegados al monte, salieron los salteadores: mandó parar á los arrieros, y apeándose de la cabalgadura, se fué para los salteadores, y asiendo fuertemente del brazo al primero, le dijo con un semblante y voz terrible: «Decid hombre, ¿teneis licencia de Dios para salir á robar por los caminos?»

Cayó á esta voz tanto pavor en este hombre y en sus compañeros, que luego se desmayaron, y se les quebraron los brazos, y estuvieron delante de él todos como unos corderos, y excusaron sus robos con su necesidad y pobreza; y el bendito Padre, compadeciéndose de ellos, les repartió de lo que traian los arrieros, y despues les envió arrepentidos, teniéndole por santo y predicándole por tal.

De estas cosas hizo muchas con particular instinto del cielo, porque hablaba *tanquam potestatem habens,* y como hombre en quien hablaba Dios.

Estaba un hombre por un falso testimonio condenado á muerte sin culpa; supólo el Padre, é hizo gran diligencia hasta hallar el testigo falso y persuadirle que se desdijese por auto público, como lo hizo, y alcanzó de los jueces que soltasen al preso y no siguiesen al perjuro; y oyóle de confesion, y envióle animado á perseverar en la virtud, y con esto se libró de manifiesto peligro del infierno, porque dentro de tres dias murió de repente.

No tenia corazon para ver la inocencia oprimida y padecer á quien no tenia culpa. Sentenciaron á quemar á un hombre por nefando; constó al Padre de la falsedad de un testigo, y alcanzó de los jueces que se suspendiese la ejecucion de la sentencia por espacio de veinte y cuatro horas, en que pensaba hallar al acusador: hallóle en el campo, hablóle y exhortóle, y, puesto de rodillas, le rogó con profunda humildad que no se fuese al infierno, dejando que aquel hombre sin culpa perdiese su honra y su vida.

Viendo que no se movia, sino que negaba lo que habia hecho, con gran resolucion é imperio le dijo: «Mal hombre, ¿no temeis el castigo de Dios? venid luego conmigo, que yo os libraré de la justicia, y vos habeis de librar al otro de la muerte con vuestra confesion.»

No pudo el hombre resistir á la fuerza de estas palabras, y confuso y turbado hizo en presencia de escribano y de buenos testigos la declaracion del

falso testimonio que habia dicho, y el Padre le puso en salvo, y salvó la vida del condenado.

Mas no quiso nuestro Señor dejar sin castigo tan enorme delito; porque habiendo puesto el Padre en seguro al acusador, él se dió tan mala maña, que pocos dias despues fué preso de la justicia, y se ejecutó en él la sentencia de fuego que se habia dado antes por su acusacion al inocente.

La luz que nuestro Señor le comunicaba en la oracion no sólo se echó de ver en la claridad visible con que fué visto rodeado, sino con otros efectos maravillosos que descubrian la luz interior de su alma, con que sabia las cosas ausentes y penetraba los pensamientos más ocultos.

Pidió un dia muy de mañana licencia para ir á su feria, que era buscar almas. Preguntóle el compañero si podia aguardar un poco, porque tenia que hacer: díjole que sí, y poco despues, que apénas se habia partido de él, volvióle á decir: «Venga, venga presto Hermano, que hay priesa y gran necesidad.»

Salió al punto de casa, y á pocos pasos se encontró con un hombre que nunca habia visto; hablóle amorosamente, y trájole consigo á casa, y quitóle una soga que llevaba para ahorcarse: consolóle, exhortóle á penitencia, confesóle y envióle consolado y sin aquella pasion que le habia movido á desesperarse.

Otra vez encontró en el campo á un hombre muy acosado del demonio, que apretado de desgracias é infortunios temporales, trataba en su corazon de desesperarse, y con la luz que el Padre tenia del cielo conoció las tinieblas con que el pobre hombre estaba ofuscado.

Preguntóle dónde iba, y tanto le importunó, que le hizo confesar sus malos intentos, sin poderle reducir á que no se despeñase en aquel abismo de locura, y volviese en sí. Hincóse luego de rodillas, y ordenó á su compañero que hiciese lo mismo, pidiendo con mucha instancia á nuestro Señor la salud de aquella alma.

Fué cosa maravillosa que luego el hombre se paró, y estuvo sin moverse, hasta que, levantándose el Padre de la oracion, le halló trocado y manso como un cordero: llevóle consigo á una heredad, rogóle que se aparejase para confesarse generalmente con él, hízolo y trájole á la ciudad, y compuso sus negocios, y con esto le dejó consolado y fuera de aquel peligro.

No usaba de las leyes de la prudencia humana, ántes se gobernaba por una prudencia superior y del cielo, porque le habia comunicado Dios un señorío tan grande sobre las voluntades de los hombres, aunque fuesen ricos caballeros, señores y poderosos, que raras veces rogaba sino mandaba diciendo al uno: «Remediad tal viuda,» al otro: «Enviad tal comida á tal po-

bre, dad tal limosna á la cárcel; llevad regalos á tal enfermo,» y era obedecido con amor y reverencia comun de todo género de gente.

Y no sólamente en estas cosas, pero en otras mas dificultosas le obedecian; porque algunas veces le aconteció decir á personas no conocidas que encontraba: «Véngase conmigo y confiésese,» y ellos venian y se confesaban; y aunque antes no habian pensado sus pecados, era tanto el cuidado que el Padre ponia en examinarlos y el sentimiento que tenia, y tantas las lágrimas con que los lloraba, que ellos mismos se trocaban y confundian, y mudaban la vida, y se maravillaban de su mudanza y de su nueva vida.

Y no es maravilla que nuestro Señor diese tanta eficacia á sus palabras; porque le habia dado gran celo de su gloria, y una sed insaciable del bien de las almas, por las cuales no se cansaba de trabajar.

Sucedióle una vez venir á las doce del dia por el mes de julio, en Sevilla muy caluroso, sudando y sin haberse desayunado, y hallar un hombre que le dijo, que á media legua de la ciudad quedaba un pobre hombre muriéndose.

Al punto se puso en camino, y previniendo algunos regalos que pidió á gente devota, y con algunos hombres que llamó de la plaza, alargó el paso en medio del ardor de la siesta, buscó su pobre, y hallóle boqueando; tornóle en sí, y confesóle despacio; despues mandóle traer al hospital, y volvió á casa á las dos de la tarde con tanto gusto y alegría, como si viniera de fiesta.

Era padre de pobres, amparo de viudas, socorro de necesitados. Tenia conocidas sus casas, visitábalos á menudo, dábalos de comer y vestir, y confesábalos y esforzábalos á padecer por amor de Dios su trabajo; y con particular cuidado acudia á los pobres honrados y vergonzantes, y muchos le enviaban copiosas limosnas, porque sabian cuán bien las dispensaba, para que las emplease en remedio de los pobres.

Fueron tantas las limosnas que se repartieron en pobres en Sevilla por órden de este bendito Padre, que afirman que fueron más de treinta mil ducados, sin que jamás hubiese sospecha muy liviana en la gente de alguna codicia: tanta era la opinion de su santidad, y tanto el recato y limpieza con que él procedia.

Nunca quiso que el dinero entrase en su mano, sino que se dispensase por la de personas tenidas por santas y desinteresadas, á las cuales encomendaba que no se entendiese en la ciudad se daban por él aquellas limosnas.

El año de 1580 corrió el catarro general en España, y el de 81 y 82 fueron en Sevilla muy enfermos de peste. Quedaban muchos pobres desampa-

rados, y perecian; y el buen Padre, abrasado de caridad de compasion de sus prójimos, buscó medios, señalóles salarios, repartióles por las parroquias, señaló cuatro boticas en puestos acomodados, donde se daban las medicinas necesarias á los que en su nombre las pedian.

Visitaba cada dia una parroquia; hacia lista de los enfermos, y encomendaba á gente devota y caritativa el cuidado, y él mismo le tenia de enviarles ó llevarles todo lo necesario; y por este medio fué grande el número de gente que salvaron las vidas y áun las almas, á las cuales principalmente acudia el Padre con mayor fervor.

No se estrechaba su caridad en un lugar ni á un género de personas, ántes se extendia á todos los pueblos comarcanos y á todo linaje de hombres, cuando le era permitido de la obediencia; y entónces caminaba á pié, puesto el corazon en Dios, y los ojos en los caminos y campos, para ver si descubria alguna caza, para cogerla para Dios.

Hacíase familiar de los caminantes, llegábase á los labradores, y conforme la capacidad de cada uno les trataba de Dios y de sus misterios, y á todos convidaba con el Sacramento de la Penitencia. Estos eran sus cuidados y ansias. No llevaba pensamientos de otra posada, cama, ni comida más que de reducir almas al servicio de su Dios.

Pedia limosma para su pobre sustento; y para el poco sueño que de noche daba á su fatigado cuerpo, buscaba algun pajar adonde recogerse, sin querer admitir otra comodidad ni regalo de caballeros y personas conocidas suyas, que se le ofrecian é importunaban que le admitiese.

Una vez que ciertos hijos suyos espirituales desearon darle un dia de recreacion, no pudieron acabarlo con él, y procuraron sacarle de Sevilla á título de mision y de hacer bien á los prójimos, y él gustó de hacerlo; más porque no le obligasen á salir de su paso y subir á caballo, salió delante de ellos á pié, y llegó primero al pueblo donde iban, y, sin detenerse, comenzó luego á buscar gente para encaminarla á su salvacion.

Vinieron los compañeros, lleváronle á casa de una señora muy honrada y principal, donde le tenian prevenido hospedaje. Pasados los ordinarios comedimientos, se fué por la casa para buscar los criados y esclavos, é instruirlos en la doctrina cristiana, y oirlos de confesion.

Andando por la casa, oyó en un retrete suspiros de un enfermo, y halló en una camilla una esclava negra, enferma de camaras, tan asquerosa y de tan mal olor, que apénas habia quien se atreviese á entrar en su aposento.

El Padre la consoló con mucha ternura y caridad, y con el menor ruido que pudo, hizo traer agua caliente, lavóla, limpióla y acomodó lo mejor que pudo; oyóla de confesion, y habiendo cumplido con este oficio de caridad,

salió á ver si habia qué hacer en el pueblo; y entendiendo que trataban de regalarle, sin detenerse más que en juntar una poca limosna para los pobres, dió la vuelta á Sevilla.

Por donde quiera que iba, pegaba fuego á los corazones. Fué una vez con D. Francisco de Mendoza, conde de Monte Agudo, á visitar la costa y los presidios de Andalucía, y hacia ir á los soldados cantando por los caminos la doctrina cristiana, y alabando á Dios en voz alta, y diciendo á gritos: «Alabado sea Dios, maldito sea el pecado» y otras cosas semejantes, las cuales él comenzaba y el conde y los soldados repetian.

Siendo tan celoso y fervoroso siervo de Dios este Padre, no quiso el Señor que le faltase la prueba de la verdadera virtud, que son trabajos y persecuciones de los mismos á quien él hacia bien.

Dijéronle muchos denuestos, injurias y oprobios algunos hombres rasgados y que no tenian qué perder, oíalos él con una alegre serenidad é igualdad de ánimo, teniéndose en su corazon por digno de ser hollado de todo el mundo, y despues volvia con gran paz y modestia á proseguir el bien de aquellas almas, y convidarlas con la saludable medicina del Sacramento de la confesion.

Así le aconteció con un hombre de calidad, que en la calle públicamente dijo mil desatinos contra él y contra su Religion; mas, despues que satisfizo su cólera, tornó el siervo de Dios á hablarle de nuestro Señor, como si nada le hubiera dicho, con tanta paz y modestia, que admirado el hombre, allí luégo le pidió perdon; porque no hay fuerza que así quebrante la soberbia ajena, como la humildad propia.

Por este camino ganó al fin tanta estima y veneracion, que todos le obedecian en todo lo que les mandaba. Pedia los naipes, dábanselos; quitaba los tablajes y juegos; mandábales hincar de rodillas y besar el suelo, si juraban, y pedir á Dios perdon; todo lo hacian cón temor y reverencia.

Pero si los otros le honraban, él mismo se humillaba y buscaba las ocasiones para ser tenido en poco y menospreciado de todos. Persuadió á su padre que se recogiese á nuestra casa algunos dias é hiciese una confesion general. Y para que aquellos dias no estuviese ocioso, dijo al P. Rector que su padre era zapatero, que le mandase dar algunos zapatos que remendar, porque no estuviese ocioso.

Tuvo gran cuenta en la lengua; nunca le oyó nadie palabra airada, ni descompuesta, ni demasiada. En castigar su cuerpo era riguroso y severo; afable para con todos y para sí solo penitente y mortificador de sus apetitos; y esto le duró veinte y ocho años que vivió en la Compañía, los cuales trabajó de sol á sol, hasta que el Señor le llamó con una dichosa muerte, la

cual alcanzó de nuestro Señor por medio de un santo Hermano, como ahora diré.

Estaba en Sevilla el H. Rodrigo de Flores, Coadjutor muy fervoroso y santo y de igual espíritu que el P. Jorge, porque era verdaderamente devoto, mortificado, humilde y de alta perfeccion.

Estando, pnes, este santo Hermano muy cercano á la muerte, llegó á él el P. Jorge Alvarez, y, envidioso del bien que el Hermano por la muerte iba á gozar, con grande afecto, le dijo: «Hermano, ¿no me alcanzaria de nuestro Señor que fuese á tener la Pascua de Navidad en el cielo?» El Hermano le respondió que sí, y le prometió de hacerlo.

El suceso mostró que el Hermano no le habia engañado, porque á los once de diciembre, saliendo del confesonario, adoleció de una modorra el P. Jorge Alvarez, y á los veinte y cuatro del mismo, víspera de las Pascua de Navidad, recibidos los santos Sacramentos y respondiendo á las preces de la santa Iglesia muy devotamente, y regalándose con dulces y suavísimos coloquios con el Señor, al entrar de la Noche Buena fué su alma á gozar del buen dia de la eternidad en la bienaventuranza.

Concurrió el dia siguiente á su entierro gran número de gente, que no se hartaban de besarle los piés y tocar el cuerpo con sus rosarios.

Vino la música de la iglesia mayor sin ser llamada; y cuando le quisieron llevar á la sepultura, hombres y mujeres levantaron un extraordinario llanto y alarido, y comenzaron á porfía á despojarle de sus vestidos, sin que ninguno de los de casa fuese parte para estorbarlo.

Acabóse el entierro con un extraño silencio, llorándole todos, y teniendo le por santo, humilde en su trato, eficaz en sus palabras, acertado en sus consejos é irreprehensible en sus obras.

Entre los que se hallaron en su entierro, fué un hombre que tenia poco gusto con el Padre, y áun con aquella devocion del pueblo, por haberle hallado consigo riguroso en cierta ocasion; de suerte, que yendo los demás á besarle los piés, él solo se detenia; pero movido de cierta fuerza interior y divina, al fin llegó y besóle los piés, y tocóle las manos, y luego sintió un olor suavísimo que salia del cuerpo difunto, y se le pegó en sus manos de manera que le duró muchos dias aquella fragancia, y con ella se trocó, reconociendo la mano de Dios, que así honra á su siervo.

Otra doncella recogida, que padecia cierta enfermedad que le ponia en grande aprieto, con parte del cíngulo con que le llevaron al Padre ceñido á la sepultura, poniéndoselo encima y encomendándose al siervo de Dios, sanó; y lo mismo hizo otra persona que padecia una oculta enfermedad, y por el mismo cíngulo é intercesion del Padre quedó libre de ella.

Otras cosas semejantes se refieren haber obrado el Señor para manifestar cuán agradable le habia sido la vida de este P. Jorge Alvarez, la cual dejó escrita el P. Pedro de Rivadeneira.

P. NIEREMBERG.

P. RODRIGO ALVAREZ

EL padre de nuestro Rodrigo Alvarez fué de nacion portugués y su madre de Palencia, ciudad de Castilla la Vieja: ambos se fueron á vivir á Africa, en los presidios que entónces tenian los reyes de Portugal en las ciudades que se llamaban Azamor y Arcila.

Allí nació este siervo de Dios por el mes de setiembre del año de mil y quinientos y veinte y tres; despues, siendo niño, vinieron sus padres á España.

Estudió las primeras letras y gramática en Lebrija, donde sus padres hicieron asiento, y despues en Alcalá de Henares Artes y Teología.

Tuvo desde su tierna edad grandes impulsos á la virtud y no ménos graves tentaciones contra la castidad, que le hacian dar voces á Dios y salir por los campos clamando al cielo, y diciendo: *Domine, vim patior, responde pro me.*

Sirvieron estas tentaciones para darse más á las penitencias, y á domar su carne, y hacer más oracion, é invocar en su favor á la Madre de toda pureza y Vírgen de las vírgenes, nuestra Señora, y para vivir con más recato en la conversacion y trato con las mujeres, á las cuales no osaba alzar los ojos.

Duró esta batalla y dura pelea algun tiempo, hasta que el Señor, viendo que peleaba como soldado esforzado y salia con victoria, le apareció y mandó al espíritu de la fornicacion que le dejase, y desde entónces le sosegó y le dió una serenidad de espíritu y una sujecion y obediencia de la carne á la razon, como si no tuviera cuerpo de carne; y así, permaneció vírgen por toda su vida.

Dejáronle sus padres rico patrimonio y él le repartió todo á los pobres, y, para sustentarse y hacer algun provecho á los prójimos, puso en Lebrija una escuela de gramática, enseñando á los mozos juntamente letras humanas y virtudes divinas.

Aconsejáronle que se ordenase de Misa para ser provechoso á las almas. Vino á Sevilla y presentóse al Provisor del Arzobispo, y díjole: «Aquí me presento para que Vm., si viere que para honra de Dios y servicio de su Iglesia conviene ordenarme, Vm. lo haga, y si no, no; que sólo pretendo agradar á nuestro Señor.»

El Provisor se sintió mover interiormente tanto, que le respondió que no podia dejar de ordenarle, porque allá dentro de su alma le mandaba Dios que lo hiciese; y así, le hizo ordenar de todas órdenes el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, dispensándose con él en la falta de uno de los ojos.

Despues de ordenado sirvió en Sevilla á los pobres del hospital del Amor de Dios en el oficio de cura, y continuó tambien la enseñanza de la gramática, hasta que nuestro Señor le llamó para la Compañía, que fué de esta manera:

Visitábale Dios nuestro Señor y la gloriosa Vírgen María su Madre visiblemente algunas veces: entre ellas, una vez que le apareció Cristo nuestro Señor, le dijo: «Sígueme.» No entendió por entónces cómo mandaba Cristo que le siguiese, ó en el estado de sacerdote que tenia, ó mudando aquel linaje de vida y entrando en alguna Religion.

Acudió á nuestra Señora, y suplicóle que le declarase la voluntad de su Hijo y cómo mandaba que le siguiese. Respondióle la Santísima Vírgen, que entrando en la Compañía.

Vino luego á Sevilla de Jerez, donde á la sazon estaba, y pidió al P. Diego de Avellaneda, Provincial, que le recibiese, y pidióselo de esta manera: representóle que era hombre entrado en edad, tuerto de un ojo, mal agestado y feo, y en la manera de hablar desagradable y las otras faltas de su persona, y que si con ellas habia de ser para servicio de Dios que le recibiese, y si juzgaba lo contrario, que él no lo pedia.

Consultado el negocio, entendieron los Padres que era de Dios, y le admitieron á los 12 de agosto del año de 1568, á los cuarenta y cinco de su edad.

Hízose luego niño con los niños, y siendo antes maestro de espíritu, puso el suyo en manos del Superior con tanta resignacion y verdad, como si nada supiera de la vida y ejercicios espirituales.

Fué grandemente exacto y perfecto en la observancia religiosa, pobrísimo en su persona, humilde en sus acciones, sin ningun resabio de vanidad, muy dado á la penitencia y mal tratamiento de su carne, á la obediencia tan rendido y sujeto, que no queria decir su parecer en cosas graves, sin tener primero licencia de los Superiores ó haberlo comunicado con ellos.

La pureza de su alma era tan rara, que no sólamente no cometia pecados

graves, pero ni aún los veniales á sabiendas, ó como llaman los teólogos, de eleccion. Especialmente aborrecia el vicio comun de la murmuracion, y obligóse con voto particular de jamás decir palabras que fuesen en ofensa de persona alguna; y esto guardaba más con los sacerdotes, religiosos, Prelados y príncipes, á quien no consintió que se tocase ni se hablase mal en su presencia.

Ardia de amor de Dios, y tenia el de Jesucristo nuestro Señor tan entrañado en el alma, que sus palabras eran como hachas encendidas que pegaban fuego y abrasaban los ánimos de los que las oian.

De este amor nacia el que tenia á sus prójimos, cuyos trabajos sentia tanto como los propios y procuraba remediarlos, especialmente los espirituales del alma; y aunque él se ocupaba continuamente en estos santos ejercicios, siempre eran mayores sus deseos que sus trabajos; porque si confesaba á uno deseaba confesar á todos, y si remediaba á uno, remediar á todos, abrazándolos en su corazon y ofreciendo aquel su deseo al Señor, el cual le dió singular gracia para consolar á los afligidos en cuerpo ó en espíritu, que venian á él por remedio, y con sola su vista y presencia, sin hablarle, volvian consolados.

Un penitente suyo se halló una vez muy angustiado, porque le apretaban mucho que pagase un tercio de la casa en que habitaba y no tenia con qué; acudió muy congojado al P. Rodrigo Alvarez, y declaróle la pena en que estaba y el quebranto de su corazon.

Compadecióse el Padre de él, hizo oracion y suplicó á nuestro Señor que remediase aquella necesidad, y dió su lienzo á aquel hombre diciéndole que le tomase, y con él pagase lo que debia: ¡cosa maravillosa! halló en él puntualmente cuanto habia menester para su deuda, poniéndolo allí Dios maravillosamente sin tener antes el lienzo nada. Con esto, pagando la deuda, salió de aquel cuidado y afliccion aquel hombre y publicó la maravilla que Dios habia obrado por intercesion del Padre.

A otro á quien habian hurtado como doscientos reales, tambien nuestro Señor por las oraciones del Padre se los restituyó.

Otra vez, hallándose un hombre en gran trabajo, vino á él á favorecerse de su oracion: habiéndole oido el Padre, se mesuró y estuvo como suspenso y en oracion un poco, y díjole: «Vaya á la Madre de Dios y dígale de mi parte que se lo quite;» obedeció el hombre, y la Madre de misericordia de tal manera le oyó, que al mismo punto que se puso delante de su imágen, quedó libre totalmente de su afliccion; tanta era la cabida y devocion que con esta Señora tenia.

Vino á él un estudiante grandemente perseguido y combatido de tenta-

ciones y espíritu de desconfianza, y dióle cuenta del caimiento del alma y de su tristeza y afliccion. Respondió el Padre: «Hagamos oracion, que yo siento lo contrario y que vos os habeis de salvar;» hiciéronla ambos, y apénas habian rezado un Ave María, cuando al mancebo le sobrevino un gozo y alegría del cielo tan extraordinario que no le cabia en el alma, y redundaba tambien en el cuerpo, y desde entónces quedó con grande serenidad y sosiego de espíritu y confianza de su salvacion.

Por medio de esta misma oracion remedió otros muchos casos que quiero dejar por decir uno que le aconteció con una mujer, con que á ella libró de pecado y á un Padre de la Compañía, de la infamia que la misma mujer le habia impuesto.

Aficionóse á un Padre de nuestra Compañía esta mujer locamente; asaltóle é hizo sus diligencias para vencerle, y, por la gracia de Dios, halló en él resistencia. Para vengarse de él, trocando el amor en odio, quejóse al Superior del Padre, diciendo que la habia solicitado. Y para hacer más creible su falsedad dió señas conocidas, señalando el lugar y otras circunstancias que ella antes sabia.

Aunque el religioso de quien deponia la mujer, era muy siervo de Dios, y en este género toda su vida honestísimo, todavía los Superiores sintieron mucho el caso y no pudieron los méritos pasados librar á aquel Padre de la sospecha presente.

Pusiéronle en grande aprieto; mas el P. Rodrigo Alvarez afirmó que el Padre estaba sin culpa, y llamó á la mujer y la reprendió ásperamente, y con gran severidad la mandó que declarase la falsedad de su acusacion.

Cayó en ella tan grande admiracion y espanto de lo que el Padre la dijo como si lo leyera en su corazon; y arrepentida de su maldad declaró la verdad y haber levantado testimonio al buen religioso en venganza de la constancia que él habia tenido en no dar lugar á sus ruegos.

Tuvo una devocion extraordinaria y familiar y regalado trato con nuestro Señor, del cual en la oracion era muy favorecido y visitado muchas veces con muy particulares demostraciones de estrecha familiaridad y amor; guardólas él con tanto secreto, que hizo voto de no descubrirlas mientras viviese á persona alguna, temiendo el viento de la vanidad.

Y para que descubriese estos favores de Dios, fué necesario que el Superior le quitase la obligacion del voto que habia hecho, y mandarle que descubriese los secretos de su corazon á ciertos Padres graves que señaló, y así lo hizo.

Tenia tanta cabida con Cristo nuestro Señor, que algunas veces hablaba con él *tanquam vir ad virum*, viéndole y oyéndole como un amigo que

habla y trata con su amigo, y lo mismo le acontecia con nuestra Señora la sacratísima Vírgen María.

De esta comunicacion le nació un entrañable amor y devocion que á Hijo y á Madre tenia, y una memoria y ponderacion admirable de la Pasion y muerte del Señor; y las palabras con que hablaba de la alteza de esta obra eran tan graves y tan encarecidas, que enternecian y abrasaban los corazones.

De este mismo principio nacia la estima de los otros y la desestima de sí mismo, el recogimiento y guarda de los sentidos, y un concierto en todas sus obras, y un gusto, y un sabor en todas las cosas de Dios, y la luz y claridad con que algunas veces, estando en oracion, fué visto su rostro resplandeciente y arrebatada su alma con la dulzura y fuerza de la contemplacion.

Una vez le halló el P. José de Cuadros, de nuestra Compañía, puesto en oracion con un pequeño Cristo en las manos, con la boca abierta á sus piés, el rostro más blanco que la nieve y las mejillas encendidas como dos rosas y bañadas de lágrimas, tan enajenado de los sentidos y tan embebido en Dios como si estuviera ya difunto; y despues que volvió en sí, queriendo el P. Cuadros saber de él lo que aquello habia sido, le respondió: «Hijo mio, cuando estuviéremos en la vida eterna, le diré lo que ha pasado aquí, que hasta entónces no se puede decir.»

De esta misma comunicacion con Dios le nació un admirable don de consejo y direccion de almas temerosas y afligidas, y una paciencia generosa y constante para padecer muchos y gravísimos dolores y tormentos con alegría por amor del Señor.

Muchos fueron los que debajo de velo de piedad y devocion eran tenidos por espirituales y favorecidos extraordinariamente de Dios, los cuales verdaderamente eran ilusos y engañados del demonio; y el P. Rodrigo Alvarez, contra el parecer de personas doctas y graves, que tenian por bueno aquel espíritu, los desengañó y descubrió los embustes y marañas de Satanás.

De estos, uno fué un hombre principal y devoto que se ocupaba en santos ejercicios y meditaciones; examinóle el Padre y halló que el espíritu que le gobernaba interiormente era espíritu de mentira y no de verdad, ni de Dios, con no poca admiracion de los que le habian aprobado su modo de proceder; pero presto se desengañaron, porque, estando un dia confesando el Padre á algunos de sus penitentes, vino este caballero para confesarse, y puesto ante él de rodillas comenzó á mudar los colores y trocar el semblante en terrible figura, y con extraña fiereza se levantó del suelo, y asiendo del Padre le trajo á mal traer, queriéndosele comer á bocados y diciendo á voces: «A este perro le quiero mal desde que nació.»

Acudieron los presentes y libráronle de sus manos; recogiéronle en nues-

tra casa algunos dias para que el Padre más despacio le curase, y por sus oraciones fué libre del espíritu malo que le seguia.

A una mujer recogida se le aparecia el demonio muy de ordinario en figura de un hermoso Niño Jesus, y se recostaba en sus brazos y la regalaba con palabras amorosas y fingidas, para despeñarla en pecados y errores.

Habian aprobado su espíritu varones doctos y religiosos; mas el P. Rodrigo Alvarez reconoció el peligro, y echó de ver que el demonio con aquella falsa apariencia entretenia aquella pobre mujer, y que muchos dias de fiesta la persuadió que no fuese á Misa, diciéndola que, pues tenia consigo el verdadero Dios, no tenia que ir á buscarle á la iglesia; y con su enseñanza y oraciones le sacó de aquel laberinto y peligro en que estaba.

Otro hombre criado en virtud muchos años y tenido por santo, comunicó las cosas de su alma con él: díjole que le diese por escrito sus cosas para pensar en ellas y encomendarlas á Dios, antes de resolverse y darle su parecer.

Tomó el otro la pluma en su casa para hacerlo, y el demonio comenzó á estorbarlo diciendo á grandes voces y muchas veces: «Ay que me matan.» Con esto cayó el hombre en su engaño, y contó al Padre el suceso, y quedó remediado.

Echó con sus oraciones un demonio, el cual en viéndole dijo: «Vete de aquí, tuerto maldito, que no te puedo ver de mis ojos desde el dia que naciste, porque naciste para mi daño y tormento.»

Tambien lanzó otro demonio de una mujer á quien tenia sin habla. Este demonio se fué tras del Padre á su aposento, y allí arremetió á él y le maltrató hasta sacarle un bocado del pecho, diciendo: «Perro tuerto, ¿por qué me persigues?» Llamó el Padre á Jesus en su ayuda, y al ruido y voces acudió gente y el demonio le dejó.

Hay, como estas, escritas otras cosas en que se echa de ver el grande aborrecimiento que los demonios le tenian y las muchas almas que el buen Padre les quitaba de entre las uñas con la vida, oracion y doctrina.

No fué menor la gracia particular y luz del cielo que el Señor le comunicó para aconsejar y enderezar las almas y todo género de negocios espirituales, y en prevenir y ver mucho antes lo que habia de suceder; y esta luz le comunicaba nuestro Señor, porque cuando alguno le consultaba, antes de responder, se recogia y trataba la respuesta con Dios, pídiéndole que alumbrase su entendimiento y pusiese acierto en sus palabras.

Aconsejó á un hombre anciano y virtuoso que echase á una criada de casa ó la pusiese en estado. Echólo en olvido, y encontrándole otro siervo de Dios, le abrió el Señor los ojos y vió que estaba cercado de muchos de-

monios y oyó que le decian: «Ves allí al que recibió buenos consejos de tal Padre y no los guardó.»

Consultó con él un hombre rico, que habia venido de Indias con cincuenta mil ducados, si tornaria otra vez á embarcarse. Aconsejóle el Padre que no tornase á embarcarse; hízolo con todo eso, y cayó en manos de enemigos, y perdió la mitad de su hacienda.

Volvió la segunda vez al mismo viaje y pasó en él extraordinarios trabajos, y entre ellos una sed mortal. Perdióse al fin la nao en que iba, y casi por milagro salvó la vida sobre una tabla. Porfió la tercera vez, pensando rehacerse de los daños pasados; mas la nao donde habia cargado todo el resto de su hacienda, dió al través en la barra, y perdió con ella las esperanzas de alzar cabeza en su vida.

Reconoció en la pobreza y miseria cuán acertado le hubiera sido el consejo del P. Rodrigo, y recibió las pérdidas con paciencia en castigo de su porfía.

Habia un santo ermitaño que en todas sus cosas solia seguir el consejo del Padre; una vez sin decirle nada se mudó de una celda á otra; súpolo el Padre y envióle á decir que no entrase en aquella celda porque no le convenia. No le obedeció, y en pocos dias perdió la vista de los ojos.

Volvió á la celda primera y cobró la vista; despues de algun tiempo, viéndose con ella, buscando mayor soledad, tornó al lugar que habia dejado, donde no mucho despues acabó la vida y el Padre tuvo revelacion de su muerte, y mucho antes que se supiese, dijo á sus parientes que encomendasen á Dios su alma, señalando el dia y la enfermedad de que habia muerto.

Llegó una persona grave á pedirle que rogase á Dios por su padre y dijese una Misa por su salud, porque acababa de tener cartas que quedaba enfermo, y el Padre le respondió: «Yo diré la Misa por su alma.» Replicó ella: «Por su salud la pido, que no es muerto.» Tornó á responderle: «Por su ánima se la diré.» Reparó mucho en esta respuesta, y el dia siguiente recibió mensajero con aviso de su muerte.

Lleváronle una vez á visitar un enfermo que estaba á lo último con grandes muestras de devocion; mas el Padre, luego que entró donde estaba el enfermo, le dijo que se dejase de vanidades y tratase de veras de volverse á Dios, y confesar sus pecados, y de alcanzar el cielo, y no de dejar el buen nombre que pretendia en la tierra. El hombre se reconoció y se reportó de las palabras que con vanidad decia á los circunstantes animándolos al servicio de Dios, y trató de su remedio.

Otras muchas cosas le sucedieron en que parecia que leia los corazones de las personas con quien trataba, y entendia sus intentos, y comprendia lo que ellas mismas no sabian explicar ó no osaban preguntar.

Mas no estimo yo en tanto estos dones de Dios de que habemos hablado, aunque se deben estimar en mucho, como la singular y admirable paciencia y sufrimiento con que este siervo de Dios llevó sus trabajos y enfermedades y padeció con alegría y esfuerzo raro y perseverante extraños dolores por muchos años.

Era ferviente amador y honrador de la fe, y pedia á Dios continuamente en sus oraciones que no le sacase de esta vida sino bebiendo primero el cáliz de su pasion.

Todo lo que deseaba era morir por Cristo, y el Señor, aunque no le concedió la corona de mártir, dióle largas y penosas enfermedades, con excesivos dolores de piedra y riñones que le sirvieron de un continuo y prolijo martirio, porque él los padecia no sólo con paciencia, sino con particular gozo y dulzura de su corazon.

El mismo Padre escribió un papel de su mano en que, entre otras, dice estas palabras: «Domingo último de diciembre de 1582, se resolvieron los médicos ser esta enfermedad que padezco de piedra, la cual naturalmente, segun la sentencia de todos ellos, poco á poco me acabará la vida, y, segun me va apretando, parece que antes de mucho me acabará; mas tengo esta enfermedad y trabajo por particular regalo y misericordia de nuestro Señor, porque me previene y dispone para que me apareje á bien morir.

»Muchos años ha que en todas mis oraciones pido á nuestro Señor el don del martirio y hámele conmutado Su Majestad en esta enfermedad, que, segun dicen los médicos, es un martirio largo; y pues Su Majestad me ha hecho tan singular misericordia, yo le bendigo y acepto libremente este trabajo y enfermedad que Dios me da por su eterna providencia, como si me lo diera á escoger y me lo pusiera en mis manos.

»Y porque yo no sabré cómo deba agradecer ni dar las gracias debidas por tan señalada misericordia, pido á mi Señora, la sacratísima Vírgen María, Madre de Dios, y á todos los santos de la córte del cielo, que agradezcan y den gracias por mí á nuestro Señor y me alcancen particulares favores y fuerzas para que lleve este trabajo con mucha paciencia y conformidad con la Divina voluntad y con grande alegría, pues me cupo alguna partecica de la cruz santísima de nuestro Señor Jesucristo »

Despues, temiendo que la fuerza de los dolores le podian hacer perder el juicio, y con la falta de él decir algunas cosas mal dichas; hace una larga y devota protestacion revocando y dando por ninguno todo lo que en tal caso dijere ó hiciere.

Cuando los dolores eran más recios, y le ponian en mayor aprieto y como á cuestion de tormento, decia con lágrimas, regalándose con ellos: «Más

quiero estos dolores que ser ángel, ni arcángel, ni serafin, porque en esto imito á mi Señor Jesucristo y hago lo que ellos no pueden hacer, que es padecer por Él.»

Tan ofrecido estaba al servicio de este Señor, y tanto deseaba él complacerle en todas sus cosas por vida y por muerte, la cual él recibió con extremada confianza y seguridad, como si fuera á tomar un poco de sueño, y así, á un Padre que era muy querido hijo suyo, estando para morir, consolándole, le dijo: «Que aunque el hombre en esta vida no puede decir sin particular revelacion con certidumbre de fe que se ha de salvar, que él tenia prendas por la misericordia del Señor, que le habia de hacer esta merced y gozar eternamente de su gloriosa vista.»

Recibió los santos Sacramentos y partió de esta vida á las doce de la noche de los 14 de abril del año de 1587, y entrado en los sesenta y cinco de su edad, habiendo vivido los veinte y uno de ellos en la Compañía con grande ejemplo de santidad y con tanta estima y aprecio de su Religion é Instituto, que solia decir, que si todos los de ella se salieran y le dejaran, él solo permaneciera ni perdiera un punto de la opinion y aprecio en que él tenia á la Compañía, en la cual nuestra Señora expresamente le habia mandado entrar.

La misma noche que murió, estando en oracion una persona de mucha opinion y santidad, vió que subió al cielo el alma del P. Rodrigo acompañada de muchos ángeles.

Otras cosas se refieren, con que nuestro Señor declaró los merecimientos de este Padre y la gloria que le habia dado en el cielo y algunas maravillas que despues de muerto obró por su intercesion, sanando á enfermos desahuciados y socorriendo á personas angustiadas y afligidas de necesidades espirituales, que se encomendaron á él.

Los autores que escriben de Sta. Teresa de Jesus, y el P. Fr. Francisco de Sta. María en la *Coronica del Cármen Descalzo*, lib. III, cap. XLVI, hace memoria de este gran siervo de Dios, porque con su dicho tuvo tan gran autoridad, que sosegó á los inquisidores de Sevilla, cuando le remitieron examinase el espíritu de Sta. Teresa, que recientemente ella y sus monjas habian padecido gran persecucion y estuvieron á pique de prenderlas por la Inquisicion; mas Dios volvió por la verdad y la inocencia, tomando por medio el crédito que con todos tenia el P. Rodrigo, para dar á conocer y estimar á su gran sierva Sta. Teresa.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE FRIAS

El P. Juan de Frias fué natural de Arenas, villa del obispado de Avila. Entró en la Compañía con grande afecto y deseo de agradar á nuestro Señor, á quien sirvió con grande ejemplo de religion y virtud.

Hallóse en las fundaciones de los colegios de Baeza, Úbeda, Málaga, Jerez y Ecija, de la provincia de Andalucía, y en muchas misiones muy principales.

Habíale nuestro Señor enriquecido tanto de su espíritu, y adornádole de una gracia y eficacia en el predicar, que donde quiera que entraba, revolvia toda la tierra, sacando almas de pecado, poniendo freno á los vicios y plantando en los corazones de los oyentes el amor de las virtudes y temor santísimo del Señor; porque, demás de la fuerza de su predicacion, se sabia acomodar á la calidad y condicion de las personas con quien trataba; y con el soldado era soldado, y caballero con el caballero, y hombre particular con el hombre particular.

No predicaba por ser oido, como él decia, sino para que los que le oian oyesen á Dios, y le obedeciesen, y se abrazasen con su santa ley.

Su principal intento en los sermones era hacer aborrecible el pecado y amable la virtud, acobardar los hombres para el mal y animarlos al bien; y para esto trataba á menudo de las postrimerías del hombre con tan gran fuerza, que causaba extraño horror y espanto en los oyentes, y llorando sus culpas se convertian al Señor, y muchos se dedicaron á su servicio, dando libelo de repudio á todas las cosas del siglo.

Pero lo que el Padre más severamente reprendia en el púlpito eran los amancebamientos y disolucion de las mujeres desenvueltas, que eran lazo de perdicion á las almas; y puesto caso que tuvo grandes contradicciones en este género, mas habíale nuestro Señor armado de tan singular valor y constancia, como si tuviera frente de acero para hacer rostro á los poderosos, y voz de hierro para quebrantar los corazones de piedra, y pecho de diamante para oponerse á los pecadores del mundo.

Procuró el demonio, como enemigo capital de todo bien, hacerle guerra y espantarle, haciendo varios ruidos cuando el siervo de Dios estaba en oracion, y apareciéndole algunas veces en figura corporal y visible de algun animal fiero y horrible; y el mismo demonio dijo á una mujer á quien el

Padre habia procurado sacar de sus manos: «Déjame á Frias, que yo le tengo armada una, que me vengaré de él.»

Y así fué; porque las mujeres que por su medio habian sido desterradas ó recogidas, le aborrecian de muerte, y aquellos hombres de quienes las habia apartado, no le podian ver de sus ojos, y procuraban afrentarle y desacreditarle de manera que no pudiese alzar la cabeza: con calumnias y falsedades, como con vientos deshechos y recios, turbaron la mar y levantaron una cruel tormenta contra el siervo de Dios, de la cual el Señor le libró y serenó la mar.

Tuvo en este trabajo y en otros que se le ofrecieron singular paciencia, sin perder jamás el timon y la áncora de la esperanza y confianza en Dios por quien padecia, sin turbarse, ni mudar semblante, ni la igualdad y constancia y firmeza de su corazon.

Padeció muchas persecuciones, oyó palabras de menosprecio á sus espaldas, y disimulólas, y dijerónselas en la cara y sufriólas sin mostrar disgusto en respuesta, ni áun sentimiento en el rostro.

Siendo Superior de un colegio, llegó á sus manos una carta abierta que un súbdito suyo escribia contra él al Provincial; leyóla antes de saber cúya era y para quién era: cuando advirtió que eran quejas de su persona, cerró la carta y envióla al Provincial, diciéndole: «Si el mayor castigo de lo que aquí se escribe contra mí es quitarme el oficio de Superior, esta no seria borrasca, sino bonanza que me lleva á la orilla.»

Granjeaba los hombres para Dios y no para sí, desinteresado de todas las cosas del mundo.

Pudiera servirse de grandes haciendas de personas ricas, que las tenian puestas en sus manos y á su disposicion, y en más de treinta años no pudieron acabar con él que se aprovechase de una blanca para su necesidad ó regalo.

Cuando murió, no se halló en su aposento cosa supérflua ni curiosa, sino sólo papeles de sus estudios, sacados de la oracion, el cilicio y disciplina con que rigurosamente maltrataba su carne.

Sus conversaciones familiares eran siempre espirituales, y el calor del corazon salia siempre á la boca, y la lengua declaraba el interior fuego que ardia en su pecho.

Fué devotísimo por extremo de los ángeles y de las almas detenidas en el purgatorio; y en trances peligrosos sintió su amparo y favor.

Yendo una vez en el rigor del invierno y copia de lluvia de Écija á Marchena por pantanos y pasos dificultosos, le sobrevino una tempestad de agua con continuos truenos y relámpagos, muy horrible y temerosa, y la cabalgadura en que iba se le escapó, dejándole á él atollado en el lodo, sin tener quien le ayudase para salir de aquel trabajo y recoger la cabalgadura.

Alzó entónces el santo Padre los ojos al cielo, y con grande afecto dijo: «Angeles del cielo, ayudadme.» Al punto vió cerca de sí un hombre de mediana estatura, que sin hablarle palabra le trujo en un momento la cabalgadura, y sacándole del lodo, le puso encima de ella en el aire, y guiándole por una senda apacible le dejó ir su camino, sin que todo este tiempo el uno y el otro se hablasen palabra; sólo el hombre mostraba mucha alegría y gracia en el semblante, y el Padre sentia gozo y consuelo extraordinario en el corazon.

Y despues de haber salido de aquel peligro, volviendo la cabeza para hablarle y hacerle gracias, halló que se habia desaparecido, sin descubrirse persona alguna en toda aquella campaña, que era llana toda y abierta: conoció la misericordia del Señor, que por medio de su ángel le habia librado de aquella afliccion, y confirmóse más en su antigua devocion, y dedicóse de nuevo al servicio de los espíritus celestiales.

Estas fueron las virtudes con que resplandeció el P. Juan de Frias y las ocupaciones en que gastó su vida en beneficio de tantas almas y con tanto fervor y celo, que acabó su vida como buen soldado con las armas en las manos, peleando valerosamente.

Porque, predicando una vez con demasiada fuerza, se le rompió una vena y comenzó á echar sangre por la boca: un dia fué tan grande el golpe, que al punto le desahuciaron; mas él con maravillosa entereza y constancia de ánimo recibió la nueva de su muerte, y luego la Extremauncion; y en las pocas horas que despues vivió no mostró flaqueza ni pesar de aquella muerte tan acelerada, porque toda la vida se habia aparejado para aquel trance con la meditacion cuotidiana de la muerte.

Poco antes que echase aquel gran golpe de sangre, habia estado gran rato en oracion de rodillas delante del Santísimo Sacramento, cosa que solia hacer muchas veces, áun cuando los otros dormian de noche. Fué su muerte en el colegio de Córdoba á los veinte de junio del año de mil y quinientos y noventa y siete.

Acudieron las Religiones de Sto. Domingo y S. Francisco y las demás á honrar su sepultura, y despues le hicieron el Oficio de difuntos cada una por su órden en nuestra iglesia.

Despues de muerto, los mismos enemigos que en vida le habian perseguido, alabaron su celo y santidad, y no faltaron otros que atribuyeron á castigo del cielo el haber muerto desastradamente y sin señales de verdadera penitencia algunos de ellos, que mas apasionadamente le afligieron.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO DE AVELLANEDA

UNO de los que más ilustraron nuestra Religion en los principios de su fundacion en España fué el P. Diego de Avellaneda, natural de Granada, el cual fué colegial y Rector de la Universidad de Osuna, catedrático de Filosofía y Teología y uno de las varones más doctos y estimados que tuvo la Andalucía; y cuando le esperaban los mayores premios de ella por sus letras, autoridad y nobleza, lo renunció todo por Cristo, haciéndole sacrificio de sí mismo en el ara de la Compañía.

Desde luego comenzó, como hacha puesta sobre el candelero, á alumbrar á los de casa y de fuera con el ejemplo de su vida y la luz de su doctrina, haciendo muchas mortificaciones públicas con que edificaba el mundo, más usadas en aquel tiempo que en este en semejantes sujetos.

Las prendas de este insigne varon fueron tan relevantes, que en acabando su noviciado y hecho los primeros votos, habiendo pasado á mejor vida S. Ignacio nuestro Padre, fué electo de la provincia de Andalucía el año de 1558 para ir á Roma por vocal á la Congregacion general, en que fué electo el P. Diego Lainez Prepósito General de toda la Compañía.

Habiendo reconocido aquellos primeros Padres su grande caudal de letras y prudencia junto con su santidad, le detuvieron en Roma, para que leyese Teología en el Colegio Romano, y fué de los primeros maestros que fundaron aquellos insignes estudios que han sido siempre de tanto lustre y provecho á toda nuestra Religion.

Pocos años perseveró en esta lectura, porque las provincias de España clamaron de tal suerte por tenerle, que los Superiores se hallaron obligados á enviarle, por no desconsolarlas; y así, el año de 1560, cuatro despues de haber entrado en la Compañía, hizo la profesion de cuatro votos en manos de nuestro General el P. Diego Lainez, el cual le envió luego por Rector del colegio de Sevilla, á donde hizo asiento por algun tiempo y ostentacion de la grandeza de su espíritu y del celo santo de la gloria de Dios y salvacion de las almas que moraba en su pecho, porque como un Elías encendia fuego en los corazones de los hombres, predicando sin cesar contra los vicios.

Afervorizó nuestros ministerios, capitaneando á todos en las doctrinas de las plazas, en los sermones de las iglesias, en las cárceles á los presos, y

en los hospitales á los enfermos, y en la asistencia del confesonario, cuyo ejemplo seguian todos con grande fervor de espíritu, y con igual fruto y edificacion de la ciudad de Sevilla, que sentia los efectos de su santa doctrina en su reformacion y mejoría.

Halló en Sevilla, cuando vino de Roma, introducida una infernal costumbre de gastar los dias de fiesta, en oyendo Misa, en juegos públicos por todas las calles y plazas, y en negociar los hombres sus compras y ventas, sus pagas y empréstitos, como si fueran dias de trabajo.

Dióle muy en rostro al siervo de Dios ver profanar con tales ocupaciones los dias que Dios santificó y destinó para su culto y servicio; y habiéndolo encomendado á Dios en la oracion y pedídole su auxilio, subió en el púlpito en la iglesia de S. Salvador, y predicó con tanto fuego y tantas y tan vivas razones contra esta mala costumbre, que con estar tan entablada y con tan hondas raíces en la gente ordinaria del vulgo, que corre sin freno de discrecion á estos vicios; bastó el sermon del P. Avellaneda para desarraigarla del todo, y borrarla de tal suerte, que nunca más se vió memoria de ella, trocando aquellas profanidades en fiestas y culto de los santos, en oraciones y asistencia á los Oficios divinos.

Por sus letras, por su prudencia, por su santidad y religion era venerado y consultado de todo el reino de Sevilla como un oráculo y maestro sapientísimo; del Arzobispo y su Cabildo, de la Audiencia Real y del Senado de la ciudad, y en particular del Asistente, que á la sazon era D. Francisco de Mendoza, conde de Monteagudo, y despues marqués de Almazan, el cual le eligió por su confesor y se hizo su hijo espiritual con tal rendimiento, que con ser hombre grande en la prudencia y en el gobierno y manejo de negocios, no hacia cosa alguna sin su consejo, y le estaba tan sujeto como un novicio á su Maestro, y su vida, su casa y su gobierno, era más de una Religion muy reformada, que de un señor seglar.

Tenia todos los dias algunas horas de oracion mental, retirado en su oratorio.

Frecuentaba los Sacramentos, preparándose para la comunion con ayuno y disciplina, retiro y oracion.

Fué padre de pobres, dándoles largas limosnas, muy piadoso y compasivo; y toda su autoridad empleaba en reconciliar enemistades y quitar bandos de la república.

Guardó siempre justicia rectísimamente, y no permitió malas costumbres, castigando severamente á los escandalosos, y á todos sus hijos y criados mantuvo en el temor de Dios; todo lo cual debió este caballero á la direccion y santos consejos del P. Diego de Avellaneda, su confesor.

De todo tuvo noticia con su grande vigilancia el rey D. Felipe II, y pagado de las prendas del Asistente y de las de su confesor, le envió por embajador al emperador D. Maximiliano II, y mandó, que para el buen despacho de los negocios á que iba, llevase consigo al P. Diego de Avellaneda por la gran satisfaccion que tenia de sus letras y religion.

No pudo excusar esta obediencia, aunque para su espíritu y deseo de atender á su alma fué tan difícil de cumplir; pero en las trabajosas y difíciles, como en la piedra del toque, descubre sus quilates la virtud, que las fáciles y gustosas poco tienen que sufrir.

Y así, mostró la suya este siervo de Dios en obedecer á este mandato, desterrándose de su patria, caminando tantas leguas expuesto á tantos riesgos, entrando en tierras extrañas, adonde no estuvo ocioso, porque el hacha encendida en todas partes alumbra.

Como el P. Avellaneda estaba tan encendido en el fuego del amor de Dios y celo de las almas, por los caminos en las posadas, y en Alemania el tiempo que allí estuvo, no descansó un punto, atrayendo á todos con pláticas espirituales al servicio de Dios.

Disputó con los herejes y redujo muchos á nuestra santa fe católica romana, reconciliándolos con la iglesia.

En Viena se convirtió una nobilísima princesa, que era columna de los luteranos, y con ella ciento y veinte matronas de la misma secta, alumbradas con la luz de la doctrina del P. Avellaneda, y muchos de los católicos que titubeaban en la fe, combatidos con las sofisterías de los herejes, se confirmaron en la verdad católica: los fieles se adelantaron en virtud y santas costumbres, cogiendo en todas partes copiosa miés de almas para el cielo.

La fama de su santidad y letras creció tanto en aquellos extendidos reinos, que de todas partes venian á comunicarle y consultarle sobre gravísimos negocios, estimando sus respuestas como de persona tan sabia, en quien hallaban resolucion prudente á sus dificultades.

A esta sazon se efectuaron los casamientos de la serenísima infanta doña Isabel, hija del emperador Maximiliano, con Cárlos IX, rey de Francia; y habiendo de darle confesor de letras, prudencia y religion, no se halló otro de más relevantes prendas en toda Alemania, que el P. Diego de Avellaneda; por lo cual fué electo por confesor suyo, estimando el embajador don Francisco de Mendoza, que se hiciese aquella honra al que habia traido para confesor suyo.

El rey D. Felipe II, que como dijimos, estaba enterado de las prendas del P. Avellaneda, tuvo mucho gusto de ello; pero no le tuvieron tan grande los franceses, en quien puede más muchas veces la política y el recelo que

la conveniencia y virtud de las personas; por lo cual tuvieron celos de que viniese un español, por bueno y grande que fuese, á sus reinos con tan grande puesto.

Temiendo la mano que podia tener en Palacio, cuanto era más grande y sabio, tanto más se recelaron de su prudencia, y pusieron el último esfuerzo en que no entrase en Francia con su reina; y como el Padre estaba tan léjos de ambicion de príncipes, que habia sido rogado y mandado para admitir este cargo, que para su deseo y espíritu era carga y muy pesada; con sumo gusto la sacudió de los hombros.

Vino de Alemania con la reina hasta la raya de Francia, y allí se despidió de ella con toda la cortesía y humildad posible, declarándole el disgusto que los franceses tenian de ver españoles introducidos en cargos de su tierra, y que á su quietud le convenia tomar confesor de Francia y darles aquel gusto, pues habia tantos y tan buenos en que escoger, y otras razones que movieron á la reina á tenerlo por bien, y así, le dió licencia para volverse á Viena, adonde dió cuenta al emperador de todo, y, cumplida la embajada, volvió con el embajador á España.

Bien quisiera el siervo de Dios retirarse á un noviciado á dar treguas á su espíritu y descanso á su alma, tomando tiempo para el silencio, oracion y devocion, despues de tan prolijas jornadas; pero Dios que le habia escogido para gobernar la Compañía y promover en ella la observancia religiosa, movió el corazon de S. Francisco de Borja, para que le señalase por Provincial de su provincia de Andalucía, de que le envió patente en llegando de Alemania.

Recibió esta obediencia con el rendimiento que debia, y gobernó aquella provincia más como Padre y hermano de todos, que como Superior y Prelado, siendo en todo el más humilde y el que ponia el primero el hombro al trabajo.

Visitó el colegio de Granada, y aprovechándose de las noticias antiguas que tenia de su patria, y sabiendo la necesidad de doctrina que tenian los del Albaicin, poblado de moriscos que no tenian más que el nombre de cristianos, conservando los de sus abuelos, sus trajes antiguos y su lengua; tomó muy á su cargo doctrinarlos y enseñarlos, y haciendo guía á los demás, fué él primero de todos con algunos compañeros á predicarles.

Trabajó incansablemente en vencer su dureza y la obstinacion en sus errores; y para reducirlos con más suavidad y eficacia, industrió á algunos de los más ladinos en la doctrina cristiana, ofreciéndoles gran premio porque enseñasen á los demás, como lo hacia S. Francisco Javier en las Indias con los paganos, y por este medio los fué ganando, persuadiendo, y enseñando, y

reduciendo á que se confesasen y rezasen, oyesen Misa, y guardasen las fiestas de la Iglesia, y viviesen como cristianos.

Tambien dió órden, y lo recabó de ellos, que dejasen los nombres antiguos de los moros, los trajes y la lengua, que fué una grande hazaña y muy importante para que perseverasen en la fe santa y no volviesen á sus ritos y pecados.

Para que este fruto se continuase y no fuese como agua de paso, dejó órden en el colegio que todas las fiestas y domingos fuesen seis Padres al Albaicin á predicarles, doctrinarles y administrarles los Sacramentos, y á los moriscos que vivian en las Alpujarras envió fervorosos misioneros que hiciesen lo mismo.

Por último remate de la visita, fundó una Congregacion de sacerdotes de los más ejemplares de la ciudad que fuesen como la levadura que sazonase toda la masa del lugar con su ejemplo y devocion.

A esta sazon entró una grande peste en Andalucía, y se emprendió tal fuego en la ciudad de Sevilla, que rara casa se escapaba de su incendio. Era tal la mortandad, que no habia quien los curase ni enterrase sino con gran dificultad.

Oyendo esto el fervoroso Provincial, atravesó su corazon un cuchillo de dolor, y movido de caridad y deseo de socorrer á sus hermanos en tan apretada necesidad, determinó de ir luego á entrarse por medio de las llamas y poner su vida por la salud de sus hermanos.

Supo esta determinacion el Arzobispo, y vino en persona á estorbarle la jornada; y valiéndose de los Padres del colegio y de otras personas graves de la ciudad, le dió tales razones, que le rindió á sus instancias y le hizo desistir de su intento, con harto dolor de su alma por privarse de una obra de tan grande caridad, por la cual dar la vida es un linaje de martirio.

Pero conmutóle Dios este en otro más prolongado de cuidados y caminos, fatigas y desvelos, que no son de poca monta á los que desean la quietud; porque, como era sujeto tan cabal y de prendas tan aventajadas, valióse de ellas la Religion para sus mayores empleos, y así, le enviaron luego por Visitador de la provincia de Castilla, y acabada esta visita, le mandaron venir por Rector del colegio de Madrid, adonde el emperador Cárlos V plantó la córte de España y la prosiguió su hijo D. Felipe II.

Entró en este colegio el año de mil y quinientos y ochenta con aplauso universal y gusto de todos: solo faltó el suyo, que como tan humilde, deseaba más obedecer que mandar, pero tomó por obediencia este cargo, como habia tomado los demás.

Aquí hizo alarde de su grande talento, liberalidad, prudencia y caridad

así con los muchos huéspedes que vinieron de varias partes, como con los pobres mendigos y vergonzantes, que acudieron á la córte en aquel tiempo, recibiendo y socorriendo á todos con entrañas de padre.

Él mismo lavaba por su persona á los huéspedes los piés, y cuidaba de su regalo, como si le hubiera traido Dios para sólo hospedarlos al colegio; y á los pobres daba limosna con muy larga mano, sin reparar en la necesidad que padecia el colegio, que se sustentaba de limosna por no tener fundacion; y Dios nuestro Señor le socorria con mayor liberalidad, dándole ciento por uno, como se verá en los casos siguientes:

Hallándose un dia el colegio notablemente alcanzado y con mucha gente que sustentar, vino el Procurador muy afligido y le dijo que no tenia más de doce reales para el sustento de la casa, ni sabia de dónde sacar lo necesario para los que habia en ella. «Pues yo lo sé, respondió el siervo de Dios, y presto lo sabrá el Hermano tambien.»

Estando en estos coloquios, llegó el portero á pedirle limosna para un hombre honrado que se hallaba en grande necesidad. Oyendo esto, sin detenerse un punto, ordenó al Procurador que le diese los doce reales que le habian quedado y que fuese á la iglesia á tener oracion y suplicar á nuestro Señor mirase al colegio con ojos de piedad.

El Procurador obedeció y dió al pobre todo el dinero que tenia, quedando más pobre que él, y partió á la iglesia á tener su oracion; y antes que la acabase, llegó un hombre á la portería con una gruesa limosna (premio de la liberalidad y confianza del Rector) la cual dió al H. Procurador, exhortándole á confiar en la providencia de Dios y alargar la mano en las limosnas cuando se hallase necesitado, que es el mejor y más eficaz medio para alcanzar la misericordia de Dios.

Otra vez, estaba la ropería del colegio falta de lienzo y muy necesitada de la ropa para los de casa; avisó de ello al P. Avellaneda, el cual usando de su ordinaria confianza y liberalidad, ordenó al ropero que recogiese buena cantidad de camisas y las diese de limosna á los pobres vergonzantes que tuviesen necesidad.

Obedeció á su mandato, y en la misma semana le pagó Dios tan puntualmente, que una señora noble y devota, movida interiormente de la caridad, envió de limosna al colegio grande cantidad de camisas nuevas, servilletas, manteles y paños de manos, dando no sólo á ciento, sino á mil por uno la liberalidad de Dios, por la firme confianza que tuvo el bendito Padre en su divina y caritativa piedad.

Con la muchedumbre de los huéspedes que concurrieron á un tiempo en el colegio, se consumió la cebada y faltó el dinero: vino desconsolado el Pro-

curador á decirle lo que pasaba, y que viese cómo y de qué parte se habia de remediar aquella falta.

El buen Rector respondió que se fuese á sus negocios y confiase en la providencia de Dios, que nunca falta á quien no le falta; que por este medio se remediaria.

En el ínterin que el Procurador salió fuera, el Rector se fué á la iglesia, y postrado en el acatamiento de Dios, perseveró en oracion, pidiéndole como á Padre que mirase por sus hijos.

Antes que acabase su peticion, fué oido de la divina bondad, que le envió una limosna de dinero y una cédula de veinte fanegas de cebada, con que socorrió aquella falta, dando gracias á la divina bondad por la merced que le habia hecho; la cual manifestó á todos, exhortándoles á ser liberales con Dios en sus pobres, para que lo sea con nosotros.

En tiempo de frio, vió entrar por la portería un pobre desabrigado y con necesidad de vestido: no pudieron sus piadosas entrañas sufrir á su hermano, en quien miraba á Jesucristo, padecer aquella necesidad, y tomándole por la mano, le llevó á la ropería del colegio, y ordenó al ropero que le vistiese y abrigase.

La ropería estaba tan pobre como él, y aunque el Hermano le dió lo que habia, faltó ropilla con que acabarle de vestir; como esto vió el siervo de Dios, se quitó una como ropilla ó sayo viejo que traia para su abrigo, y la dió al pobre.

Luego hizo traer agua y todo lo necesario para lavarle los piés, como lo hizo Abrahan con los peregrinos que hospedó en su casa, y el pobre que entró desnudo en el colegio, salió vestido y tan edificado de la caridad del Rector, que siempre fué pregonero de ella, contando á todos su piedad, que fué un reclamo para que viniesen muchos pobres al colegio á pedirle limosna, la cual les daba con mucho gusto, sin que la muchedumbre le acobardase ni acortase su liberalidad.

Y parece que al paso que le dió el cielo la grandeza de corazon para repartir la limosna, le daba tambien ocasiones de mostrarla, como lo hizo con Abrahan.

Siendo Rector, llegaron á la córte cuatro príncipes japoneses, apadrinados y guiados del P. Juan de Amézqueta, que los habia bautizado en Japon y se habian criado siempre con la leche de la doctrina de la Compañía, por cuyo consejo se determinaron á venir á Europa y pasar á Roma á dar la obediencia al Sumo Pontífice en su nombre y de los reyes de Arima, Bungo y Fiunga, cuyos parientes eran.

Hospedóles el caritativo Padre en su colegio con el mayor amor y ter-

nura que se puede decir, sirviéndolos y regalándolos por su propia persona.

El cariño y devocion con que los asistió fué tal, que cuanto hacia le parecia nada en comparacion de lo que deseaba hacer con ellos, sin perdonar á gasto ni trabajo por solazarlos y agasajar á los que miraba como á primicias de la Iglesia de Japon y primeros frutos de aquel jardin que la Compañía cultivaba para Dios.

Llevólos al rey D. Felipe II, el cual les hizo grande favor y les mandó dar liberalísimamente todo lo necesario para su estancia en la córte y camino de Roma, y vuelta á su tierra de Japon.

Fueron á Roma, y, cuando volvieron, los hospedó asimismo en su colegio con la misma caridad que los habia tenido antes, de que fueron tan agradecidos como edificados de la caridad del Rector y con nuevo aprecio de la que usa con los huéspedes la Compañía.

Y fué gran parte para entrar en ella, como lo hicieron llegados á su tierra; porque la hallaron alterada con nuevo emperador, y cotejando la vida y órden de los nuestros y la caridad que habian experimentado en nuestra Religion, con las inquietudes, ambiciones y discordias de los suyos, dieron de mano á toda su grandeza, y pisando las honras y puestos que les ofrecian sus parientes, se dedicaron al servicio de Dios en la Compañía, abrazando su Instituto y trocando por su humildad y pobreza todo el fausto y opulencia del siglo; sacando nuestro santo Rector este fruto con otros muchos de la caridad que usó con estos príncipes, que con su nobleza y santidad honraron la Compañía.

Y no fué esto solo el que cogió el caritativo Padre de la limosna que sembró en los menesterosos en quien miró siempre á Cristo; porque al mismo tiempo que derramaba lo poco que tenia en estas obras de caridad, le proveyó nuestro Señor con su mano liberal de tan copiosas limosnas, que no sólo sustentó el colegio con la abundancia que solia, dando liberalmente todo lo necesario á los de casa de comida y vestido, sino que labró gran parte del cuarto principal del colegio que habia comenzado su antecesor, y compró una casa principal que caia á la calle de Toledo, en que se ha edificado la iglesia nueva, y la tomaban los cofrades de la Paz para hacer un hospital, con gran perjuicio nuestro.

Aumentó tambien la huerta que tenemos en la Vega, tan léjos de empeñar el colegio con la liberalidad de sus limosnas, que le dió estos aumentos.

Pero los mayores y más importantes fueron las espirituales, porque parece que echó Dios su bendicion en sus dias á nuestros ministerios; porque, como dice la Historia del colegio de Madrid, que se guarda en su archivo

manuscrita, en ningun tiempo se vieron en mayor fervor ni con mayor fruto que en el suyo.

Como él iba delante con su ejemplo, afervorizaba á todos, y así en la observancia religiosa como en la predicacion, en las doctrinas, en las confesiones, cárceles y hospitales, trabajaban los nuestros con grandísimo espíritu y se vieron notabilísimos efectos de sus trabajos.

Un mozo perseguido de Satanás no sólo con malos sentimientos en el corazon sino apareciéndole exteriormente en varias figuras, y amenazándole y riñéndole cuanto hacia, y en particular si atravesaba nuestras puertas por el odio que nos tenia, causado de las muchas almas que le quitábamos, que es gran crédito nuestro ser aborrecidos del demonio y de los que siguen su valía; acosado del remordimiento de su conciencia y deseoso de salir de la esclavitud de Satanás, vino á nuestro colegio y se confesó con un Padre espiritual y docto, á quien manifestó su conciencia y la tiranía que padecia del demonio, y el Padre con su buena industria y santos consejos, le dió remedio para todo.

Absolvióle y comulgó; y luego volvió el demonio á darle quejas, pero con el favor de Dios le despreció y desechó, y viéndose despreciado huyó como soberbio, y el mozo perseveró en acudir á nuestra casa y frecuentar los sacramentos, y nunca más padeció aquella tiranía y espantos del demonio.

Otro hacia muchos años que habia soltado la rienda á todo género de vicios, y con nombre de cristiano vivia una vida de gentil, sin confesar ni rezar, ni frecuentar las iglesias, sin tener más ley que su gusto.

Pasando acaso por la puerta de nuestra iglesia, no supo ni entendió qué mano poderosa le detuvo, y como por fuerza le entró dentro, dia de la Asuncion de nuestra Señora.

Estando turbado y confuso, le preguntó el sacristan si se queria confesar, y, aunque no tenia tal intento, dijo que sí, y luego le puso con un Padre de mucho espíritu y muy diestro en nuestros ministerios, el cual con mucha blandura y muestras de amor, le agasajó y persuadió á que hiciese una confesion general de toda su vida, en que gastó cuatro dias, y, recibida la absolucion, resucitó su alma como de muerte á vida, y comenzó á ser cristiano en las obras el que habia sido pagano y peor que idólatra.

Continuó en venir á nuestra casa y frecuentar los sacramentos con igual consuelo suyo y edificacion de los que le conocian.

Estas y otras obras hizo en cinco años que fué Rector de Madrid el Padre Diego de Avellaneda, cuyo gobierno fué grato á Dios y á los hombres.

Llegando estas noticias á los oidos del P. Cláudio Aquaviva, que ya era General, le envió patente de Visitador de Nueva España; dura obediencia

para quien se hallaba en el último tercio de la vida, nevado de canas, quebrantado con los continuos trabajos, falto de salud y deseoso de quietud para dar buen fin á su vida; pero el mejor de todos es rematarla haciendo la voluntad de Dios, expresada en la voz del Superior.

Reconociendo esta verdad el siervo del Señor, como persona tan espiritual, bajó la cabeza y el cuello al yugo de la obediencia, y se puso en camino para tan largo y peligroso viaje.

Pasó por Andalucía, y visitó á sus antiguos hijos que le recibieron con dulces lágrimas y le acompañaron con llanto hasta embarcarse en la nao, como los de Efeso á S. Pablo; y Dios que siempre asiste á los obedientes y los saca con victoria de todas sus lides, se la dió al P. Avellaneda en su obediencia, llevándole con salud y asistiéndole en su gobierno.

Visitó aquella provincia, hizo santas ordenaciones con que se gobiernan hasta ahora, y dejándolos consolados y gustosos, dió la vuelta á España, adonde halló patente del General de Prepósito de Toledo, adonde Dios le tenia preparado el descanso, no de la tierra, sino del cielo y el fin de sus peregrinaciones.

Gobernó la Casa Profesa de Toledo muchos años con grande crédito de la Religion, consuelo de los nuestros y edificacion de los de fuera.

Adelantó con su fervor los ministerios, como lo habia hecho en todas partes; y aunque vivian de limosna, no olvidó las que siempre daba á los pobres, en que fué tan liberal, que por las ofensas retornaba limosnas, como se vió en un mozo á quien cogieron en algunos hurtos que nos habia hecho.

Lleváronle al Prepósito para que le diese el debido castigo á su delito, y el piadoso Padre, compadecido de su trabajo, se quedó con él á solas, y exhortándole á la enmienda de la vida, le dió algunos dineros, porque no los hurtase obligado de la necesidad, y con ellos santísimos consejos con tal amor y cariño, que el mozo se compungió y lloró su pecado, y se confesó con mucha contricion, y por último remate tomó el hábito de una Religion, adonde vivió santamente; que el buen espíritu de blandura y piedad, ablanda los corazones de piedra, y hace de ellos hijos de Dios; y el duro y riguroso endurece los blandos, y los trueca en duras piedras, como se vió en este pecador, que debió su salvacion á la blandura y piedad de el santo Prepósito.

Acabó su oficio gloriosamente y luego se recogió á unos retirados ejercicios, como quien se prevenia para la jornada del cielo; para los cuales pidió al confesor de la casa que le hiciese la distribucion, y le visitase, y pidiese cuenta de la conciencia como si fuera un novicio; tanta era su humildad y rendimiento.

Todos los dias fregaba y ayudaba al cocinero, y daba la comida á los po-

bres, no sólo corporal, sino espiritual para el alma, declarándoles la doctrina cristiana y contándoles algun ejemplo.

En acabando los ejercicios, le dió una recia calentura, precursor de su partida; duróle tres dias, en los cuales comulgó tres veces, haciendo provision de este celestial Viático para el camino de la vida.

Y el último, regalándose con Cristo crucificado, en dulces coloquios de su Sagrada Pasion, y con la Santísima Vírgen María, de quien fué muy devoto, salió de este destierro para la Patria celestial de la bienaventuranza, á los dos dias de mayo de 1598, y á los setenta y cinco de su edad, y cuarenta y dos de Compañía, la cual gobernó sin queja de alguno la mayor parte de su vida.

Varon verdaderamente grande, espiritual y santo, de admirable prudencia, valor y celo de las almas; gran defensor del Instituto de S. Ignacio nuestro Padre, por el cual se opuso con gran valor contra los que quisieron alterarle con torcidas interpretaciones contra la mente del Santo, é introducir en la Compañía novedades, contra los cuales salió en su tiempo la Bula de los perturbantes, en que el P. Avellaneda tuvo buena parte, como en defender que no hubiese en España Comisario General, ni visitasen la Religion Prelados seculares, como algunos pretendieron.

De todo lo cual se trata largamente en la *Historia del colegio de Madrid*, y en la que hizo el P. Pedro de Rivadeneira, de toda la Asistencia de España, adonde se toca la vida de este Santo Padre, de quien escriben el P. Orlandino, tom. II, lib. VIII, núms. 245 y 247, y el P. Sachino, lib. I, núm. 51, y lib. V, núm. 161.

P. ANDRADE.

P. PEDRO DE MONROY

De S. Honorato se decia, que si se hubiese de pintar la caridad, no habia que hacer más que pintar á Honorato.

De la misma manera se podia decir que, si se hubiese de pintar la humildad, no era menester otra cosa sino retratar al humildísimo P. Pedro de Monroy, porque fué un claro espejo de esta evangélica virtud. Por lo cual, para ejemplo nuestro, resumiremos brevemente su vida.

Fué este siervo de Dios natural del Pedroso, hijo de padres nobles y ricos; faltáronle en la niñez y dejáronle un rico patrimonio, encargando su crianza á un tio suyo beneficiado de la misma villa.

Siendo ya de catorce años, murió tambien el clérigo, habiendo resignado en él su beneficio.

Como quedó mozo, rico, libre y sin persona que le fuese á la mano, dióse á una vida profana y escandalosa, gastando cuanto tenia en sus antojos y desordenados apetitos, y en recibir á los foragidos, homicidas y malhechores; de suerte que su casa más parecia cueva de ladrones, que no casa de hombre eclesiástico y dedicado al servicio del Señor.

Despues, como la sangre le hervia y la juventud es desasosegada é inquieta, le vino gana de salir de su lugar á ver mundo, é ir á Roma, y pretender más beneficios. Vino á Sevilla para aparejarse á la jornada.

Mas en este tiempo Dios le aguaba todos sus contentos, y ponia acíbar en sus gustos, dándole fuertes aldabadas y diciéndole al corazon: «Dios hay, muerte hay, infierno hay, ¡ay de ti si no te enmiendas!»

Fué tan continua y tan fuerte esta batería que por todas partes le dió el Señor, que caido y derribado en tierra, se rindió, y como otro Saulo dijo á Dios: «Señor, ¿qué quereis que haga?» Sintió luego que le respondian: «Estudia y cesarán tus fatigas.» Mudó luego su propósito y determinó buscar quien le enseñase la gramática en su casa.

Vino á nuestros estudios, trató sus deseos con los nuestros, confesóse generalmente de toda su vida con mucho arrepentimiento de sus pecados, y en recibiendo la absolucion, entró en su alma una alegría celestial que él nunca jamás habia sentido ni pensaba poder caber en corazon humano.

Desde este dia dejó la mula en que solia andar, despidió los criados y entróse á vivir en casa de un hombre virtuoso y honrado, adonde se criaban en virtud y recogimiento algunos estudiantes forasteros. Trocó las sedas en un vestido llano y humilde; entregóse totalmente al estudio de las letras y de la mortificacion de sus pasiones con tanto fervor como si fuera un perfecto religioso.

Frecuentaba los Sacramentos con mucha devocion y pureza de corazon, y desde la confesion general hasta la última de su vida, nunca se acordó haber hecho un pecado mortal.

Era la mortificacion de su carne tan rigurosa, cuanto antes habia sido la libertad y disolucion de su vida. Los ayunos y disciplinas eran muy ordinarios; su desprecio y humildad tan grande, que causaba admiracion á los que le trataban y antes le conocian.

No sólo tenia cuenta consigo, sino tambien de aprovechar á los otros sus

compañeros, así con el ejemplo de su vida, como tambien con sus encendidas y fervorosas palabras, exhortándolos á toda virtud; y en este tiempo se ejercitó en varias mortificaciones, en el menosprecio de sí mismo y en el remedio de las enfermedades y miserias de los pobres, disponiéndolo nuestro Señor con santas obras á estado de mayor perfeccion.

Porque, estando ya con poco gusto de las cosas del mundo y anhelando á las del cielo, se determinó de entrar en la Compañía, y la pidió, y fué recibido en ella por el P. Bartolomé de Bustamante, segundo Provincial de la Compañía en el Andalucía.

Tomó muy á pechos la religion, y el salir con la abnegacion y vencimiento de sus pasiones y de alcanzar las sólidas y perfectas virtudes, especialmente la humildad y menosprecio de sí mismo; y aunque de suyo era muy delicado, y la crianza y regalo de su casa le hacia más; por todo pasaba, y con su fervor lo más difícil y trabajoso le parecia fácil y llevadero por amor del Señor. Y así, solia decir en todas las cosas que emprendia: «Por tu amor, Señor, y por tu servicio.»

No pudo el demonio disimular su coraje y furor contra el nuevo soldado de Cristo: comenzó á combatirle por muchas vías, trayéndole á la memoria el regalo y abundancia de su casa, la pobreza y penitencia presente; tentábale de hambre ordinaria y afligia su corazon con extraordinaria tristeza, y por muchos dias le atormentó crudamente con pensamientos feos y abominables contra la fe.

Mas el Señor esforzó á su nuevo soldado, y con oraciones y clamores al cielo, llamando en su favor á Dios y á la Vírgen Santísima y á los santos, y con fervorosos actos de las virtudes contrarias, el demonio perdió su fuerza y quedó vencido.

Tambien le aprovechó para esta gloriosa victoria la paciencia y humildad que tuvo en cierta ocasion; porque, estando un dia comunicando su trabajo y pidiendo remedio de sus tentaciones á un Padre de casa, le vió el Superior, y juzgando que quebrantaba el silencio, le reprendió de palabra y le mandó hacer una pública disciplina, y él, sin replicarle palabra, cumplió luego su penitencia.

Mas el Señor por esta humildad y victoria de sí mismo, le dió tambien victoria del enemigo y tanta paz y serenidad en el alma, que de allí adelante quedó como señor del campo, con nueva confianza de su salvacion y con maravilloso deseo de alcanzar la perfeccion religiosa.

Para acordarse mejor de los medios con que la habia de alcanzar, escribió dos octavas en verso castellano, que, por declarar su afecto y devocion, me ha parecido poner aquí:

En nombre del muy Alto y Poderoso
Señor, que cielo y tierra ha criado,
Yo Pedro simple y rudo del Pedroso,
Despues de haberlo mucho deseado,
Entré en la Compañía, deseoso
De servir al Señor con gran cuidado,
No para ser honrado ni tenido,
Mas para ser de todos abatido.
Por valles de humildud voy caminando,
Por estar más seguro de perderme;
Y siempre contra mí voy peleando,
Y procurando en todo de vencerme;
Y espero en Dios, que así mortificando
Mis vicios y pasiones, he de verme
Con mi amado Jesus allá en el cielo,
Do está todo mi amor y mi consuelo.

Enviáronle una vez con un compañero á Nuestra Señora de Guadalupe en peregrinacion, mal vestido, á pié y pidiendo limosna, como se usa en la Compañía: llegaron cansados y hambrientos á un pueblo grande y rico, y habiéndole andado todo, no hallaron quien les diese un pedazo de pan, hallándose necesitados y faltos de socorro.

Vínoles pensamiento si aquella falta que tenian de mantenimiento les venia por alguna falta que ellos hubiesen cometido, quebrantando alguna de las reglas de los peregrinos, que la Compañía da á los que van en semejantes romerías. Leyeron sus reglas, y advirtieron que, entrando en el lugar, no se habian ido derechos á la iglesia, á visitar al Santísimo Sacramento como lo mandaba la regla.

Suplieron luego la falta, y tornaron despues á pedir limosna, y halláronla muy bastante y cumplida: con esto quedaron enseñados á guardar más puntualmente sus reglas, y á buscar primero el reino de Dios, para tener ciertas las demás cosas por añadidura.

Admirables fueron las virtudes de este Padre y muchas; mas en su humildad y abatimiento, y menosprecio de sí fué extremado, porque así estudiaba en ser pisado de los hombres, como otros en ser levantados y puestos sobre la cabeza.

Procuró en primer lugar servir á la Compañía, haciendo oficio de Coadjutor temporal, á título de inhábil para cosas de letras; y habiéndole puesto

á oir el curso de las Artes, importunó tantas veces que se le quitasen, diciendo que era ignorante, rudo, y sin entendimiento, y capacidad, y que gastaba el tiempo en vano, y que era cargo de conciencia dejarle proseguir sus estudios; que los Superiores sólo por consolarle y ayudar á la gracia del Señor, que por aquel medio le llevaba, condescendieron con él; y así, muchos años se ejercitó en oficios de Coadjutor, y estuvo tenido por tal.

Tratábase en todas las cosas como ignorante; si se hablaba de negocios de letras, callaba; si en otros le preguntaban, respondia que era una bestia.

Obligáronle, finalmente, los Superiores á ordenarse y estudiar la Teología moral: sintiólo como humilde, y cumpliólo como obediente; mas ni el estado del sacerdocio, ni las ocupaciones honrosas de él le sacaron un punto de los quicios de su menosprecio, ántes con más cuidado buscaba ocasiones para ser humillado.

Cuando encontraba alguno de casa, se encogia, y apartándose á un lado le hacia pasar, diciendo entre sí: «Pase el hijo de mi Señor, que yo soy el esclavo.»

Cuando le preguntaban alguna duda ó caso de conciencia, decia que él era un ignorante, y señalaba otros Padres para que respondiesen.

Fué Ministro del colegio de Sevilla cinco años, y fué verdadero ministro y siervo de todos. Servia á todas las mesas, cuidaba del regalo de los enfermos, acudia á las necesidades de todos, especialmente á los que trabajaban en ayudar á los prójimos, ó habian gastado la salud y las fuerzas en servicio de la Compañía para que los otros se alentasen á trabajar, viendo que los que trabajaban ó habian trabajado, eran regalados.

Aconteciéle una vez en ausencia del Rector serle forzoso hacer una visita en nombre del colegio al Generalísimo de S. Benito: llevó consigo por compañero un Maestro de Teología; y despues de varias pláticas, en una que comenzaba á tratarse, dijo al Generalísimo, que él era idiota y sin letras; mas que su compañero era hombre letrado, y Maestro en Teología, con quien su Paternidad Reverendísima podia seguramente tratar.

Cuando volvieron á casa, diéronle quejas muchos de lo que habia dicho, diciéndole que desdoraba su Religion, siendo Superior y diciendo aquellas cosas; oyólos con humildad y respondióles con alegría: «Harto acreditada está mi Religion, y mucha gente docta tiene que la autoriza con sus letras y santidad; yo no sé, ni valgo nada para autorizarla.»

Oyendo su nombre, le preguntó un seglar si era del Pedroso, y respondiendo que sí, comenzó á decirle que conocia al señor don fulano, y á don zutano de Monroy, alabando la nobleza de su linaje; mas al punto trocó el Padre la plática, diciendo que él habia entrado mozo en la Compañía, y ha-

bia sido muchos años portero y ejercitado otros oficios humildes; tanta pena le daban sus alabanzas, y tanto contentamiento sus menosprecios.

Otra vez, yendo con un Padre á visitar al Arzobispo de Sevilla, que estaba en una villa allí cerca; llegados allá, se apearon los dos, y el Padre sin advertir se entró dentro al Arzobispo, y el humilde varon se quedó entre los lacayos, teniendo las dos cabalgaduras de la rienda toda la tarde, alegrándose de ser tenido por hombre de poca suerte.

Lo peor de casa era lo que él tenia por mejor para sí; el aposento viejo y estrecho, y algunos años el que servia para los mozos de cocina; las alhajas, una silla de costillas, una tablilla colgada de unos cordeles por mesa, y en ella una calavera y un breviario; por cama unas tablas y una manta muy vieja con que se cubria; aunque, para disimular esta penitencia, hacia ostentacion de un colchoncillo doblado, del cual sólo usaba en las enfermedades, con unas sábanas de estopa, y tan cortas, que no alcanzaban á cubrirle.

Comia una sola vez al dia, y era su más ordinaria comida pan cocido con sal, y poca vianda, y á veces pasaban dos dias sin gustar cosa ninguna.

El vestido siempre roto y despreciado, sin querer cosa nueva. Veinte años trajo un manteo viejo de bayeta raida, dando por razon su delicadeza y que no podia sufrir el peso del paño.

Tenia particular gracia y donaire en cuanto hablaba y trataba de las cosas de Dios, con tanta sal y buen gusto, que no sólamente no cansaba, sino que entretenia y dejaba sabrosos á los oyentes.

Era tan caritativo para con los otros que, estando un novicio suyo apretado de una calentura, pidió á nuestro Señor se la quitase al novicio y se la diese á él, y así lo alcanzó. Fué muchos años todos los dias de fiesta á decir Misa á los Hermanos que estaban en la casería del campo, y en diciéndola, se volvia á casa, sin entrar ni ver siquiera la huerta; tan amigo era de mortificarse. Gran priesa se dió este Padre, y con largos pasos corrió su carrera, anhelando siempre á la perfeccion con un ejemplo práctico de las virtudes, porque todo el dia andaba en la continua mortificacion de sus sentidos, del cuerpo y de las pasiones del alma.

Ayudábase para esto de dos consideraciones: la primera, que la Religion es un purgatorio provechoso para el alma y para el cuerpo, donde no sólo se satisface á la divina justicia con lo que se padece, como en el otro, sino tambien se merece aumento de gracia y gloria; y así, en las mayores aflicciones y trabajos que se le ofrecian, se decia así mismo: «No teneis de qué quejaros, que en purgatorio estais, donde todo es padecer.»

La segunda cosa era pensar que con el pecado se habia hecho esclavo del demonio, y que trayéndole Dios á la Religion, le habia trocado aquella ser-

vidumbre en esta otra, para que sirviese á todos como esclavo á sus señores.

Con esta consideracion agradecia cualquier bien que se le hacia como si no le fuera debido, y llevaba en paciencia cualquiera mal como cosa debida. Por esto, cuando se sentaba con los demás á la mesa, se confundia, diciendo que el esclavo no habia de comer con los hijos.

Y con este santo ejemplo y consideracion vino por la gracia del Señor á ser tan señor de sí y de todos los acontecimientos y menosprecios, que ninguna cosa del mundo le turbaba ni entristecia su corazon, porque tenia perdido el temor á los desprecios y tribulaciones.

En despertando por la mañana, levantaba el corazon á Dios y decia: «Dios mio, que se me ha pasado una noche de mi destierro y se me acerca la partida para esa patria bienaventurada; ¿cuándo ha de llegar aquella hora dichosa que os vea yo en clara vision y os goce eternamente?»

Lo mismo repetia á la noche, y luego comenzaba sus coloquios con Jesucristo, con unas palabras tan regaladas y encendidas en fuego de amor divino, que sólo leerlas basta para abrasar los corazones helados y ablandar las piedras duras.

Antes de comenzar cualquiera obra, la ofrecia al Señor, pidiéndole gracia para hacerla perfectamente y por su amor, añadiendo los motivos particulares que él tenia para hacerla y los actos de las virtudes á quien aquella obra pertenecia.

Andaba siempre como ardiendo en amor de Jesucristo y mirándose en Él como en espejo; y para encender como con soplos las llamas que abrasaban su corazon, componia algunas poesías, no de poeta, sino de amante fervoroso y santo. En una de estas dice:

Vos, Cristo, sois mi espejo cristalino,
En quien jamás me harto de mirarme.
Vos sois mi dulce y santo amor divino;
En este santo amor quiero abrasarme.
Quiero estaros amando de contino
Y de vuestra presencia no apartarme:
Quiero de Vos, mi amor, ser tan amado,
Que en Vos esté yo siempre transformado.
Jesus, quien de servirte no gustare
No sabe qué es gustar de cosa buena,
Ni sabe qué es amar quien no te amare.
Noten aquí el poder del poderoso,
Que hizo componer, sin tener vena,
A Pedro, tosca piedra del Pedroso.

En la cual poesía se echa bien de ver su caridad para con Dios y su humildad para consigo.

No le faltó la paciencia en los dolores y graves enfermedades que mucho tiempo padeció, para afirmar y perfeccionar las demás virtudes con que el Señor le habia enriquecido.

La última enfermedad que tuvo, fué larga, pesada y penosa, de unas cámaras que poco á poco le fueron gastando, hasta consumirle; y por no dar trabajo á los de casa, así porque se tenia por esclavo de los de ella, como por morir humilde, como habia vivido; no consintió que acudiese á curarle sino un mozo de casa, y áun á ese excusaba de los oficios humildes que los tales enfermos más han menester.

Recibió los últimos Sacramentos con el gozo y devocion que tal vida como la suya prometia, y la última noche no quiso que con él quedase otra persona que un mozo, por no dar este pequeño y tan debido trabajo á ninguno de los Hermanos.

Fué su muerte el año de mil y quinientos y noventa y ocho.

Dejó escrita su vida el P. Pedro de Rivadeneira.

P. NIEREMBERG.

P. ANTONIO SANCHEZ

En el marquesado de Estepa, principal villa de Andalucía, hay un lugar pequeño que se llama la Sierra de las Yeguas, en el cual nació el P. Antonio Sanchez.

Estudió en la Universidad de Osuna, y recibió el grado de Maestro de Artes, con buen nombre de letras y aprobacion de todos.

Siendo ya de treinta y dos años, le llamó Dios á la Compañía, y él obedeció luego á su voz, y vino á Sevilla, y la pidió al P. Pedro Bernal, Provincial, y de él fué recibido y enviado en peregrinacion al noviciado de Montilla.

Púsose al punto en camino, y comenzó á seguir el de la perfeccion con un fervor tan grande y con tantas penitencias y mortificaciones, que su Maestro de novicios admirado una vez, le dijo: ¿Qué prisa es esta, P. Antonio Sanchez? Y respondió: «Si una bestia que sale de la posada bien comida y descansada, comienza á caminar lerda y flojamente, ¿no merece que el que

va encima le arrime la espuela y le dé de palos? Pues si esta bestezuela de mi cuerpo, ahora que sale del mundo y del regalo, no corre apriesa y con brío por el camino de las virtudes, ¿no merece bien la espuela y la vara?»

Con esta prisa se puso en camino el P. Antonio Sanchez, y con esta prisa le prosiguió y acabó su jornada.

Consagróse de corazon al ministerio de las confesiones y al trato familiar con los prójimos; ayudábalos y socorríalos en todas sus necesidades corporales y espirituales: y aunque á todos hacia buen rostro, recibia con más voluntad á los pobres.

Cuando abrian las puertas de la iglesia, mirábalo desde el coro; y preguntado ¿por qué lo hacia? respondia, que para ver si habia caido algun pájaro en la losilla; y era tanta la sed que tenia de ganar almas, que no aguardaba á que le llamasen; él mismo iba á buscarlas y las esperaba en el confesonario.

Salia con particular afecto á las misiones, y decia que era el mejor bocado de la Compañía; y cuando andaba en ellas, iba á casa de pobres enfermos, viejos desamparados y gente necesitada de remedio, para dársele.

Cogíale la luz del dia á las puertas de la iglesia sentado en el suelo, y confesando á los pobres trabajadores del campo, porque no perdiesen su jornal. Abierta la iglesia, proseguia sus confesiones hasta las doce, y despues de haber tomado un bocado, sin reposar nada, tornaba á su puesto, y aguardaba en oracion á la gente, y continuaba las confesiones hasta bien de noche; entónces confesaba algunos hombres que venian del campo.

Visitaba cada semana las cárceles donde quiera que estaba, y exhortaba á los presos á la confesion y penitencia de sus culpas, enseñándoles que esta era la principal causa de su prision y trabajos.

Daba vuelta por las casas de personas pobres y enfermas, confesábalas, y con palabras y ejemplos santos los alentaba y animaba á la penitencia y paciencia. Y si alguna vez por obediencia salia al campo, primero cumplia de camino con este género de caridad.

Y como un dia en que se iba á recrear, el compañero, viendo que se detenia en estas visitas, le dijese: «Pues, Padre, ¿tambien hoy que es dia de recreacion habemos de ir á enfermos?» respondia el siervo de Dios con grande mansedumbre: «Pues, Hermano, ¿con qué cara me sentaré yo hoy á comer sin haber hecho algun beneficio á los pobres?»

Estaba en cierto lugar un pobre sacerdote, por haber perdido el juicio, puesto en cadenas; visitábale algunas veces con grande caridad, y sentado á la cabecera de su lecho, le cortaba el cabello, barba y las uñas de piés y manos, llevando en retorno de este beneficio muchos golpes y agravios que el enfermo, como loco, le hacia.

Con otro pobre tambien usó de esta misma piedad y regalo, sin que la enfermedad le impidiese, que era tan horrible y asquerosa, que ahuyentaba á los demás. A la cárcel llevaba cántaras de agua, y algunos haces de leña á los pobres necesitados.

Era un dechado de toda perfeccion religiosa, exactísimo en la disciplina y regular observancia, en la oracion fervoroso, y en la mortificacion interior y exterior severo y rígido.

Lo mucho que nuestro Señor se le comunicaba en la oracion sus obras lo decian, y las muchas horas que gastaba en ella; comenzábala por la mañana una hora antes que los de casa se levantasen, y proseguíala hasta que ellos acabasen la suya; de noche tornaba á dar otra hora de este celestial pasto á su alma, siempre con una humildad y reverencia profunda, cuando estaba en presencia de otros, de rodilllas, y cuando á sus solas, postrado en tierra y la boca pegada con ella, hasta que la fatiga del cuerpo le obligaba á mudar postura, y entónces sentábase sobre los piés en medio del aposento, por no tener ocasion de arrimarse. De la misma manera rezaba el Oficio divino, con profunda inclinacion del cuerpo, el rostro casi en el suelo.

Cuando andaba en misiones y los prójimos le ocupaban todo el dia, quitaba del reposo que daba á su cuerpo, que era bien poco, y levantábase á cumplir la tarea de su oracion, y para ella se ayudaba de la leccion de los libros santos y de aquellos más, que encienden más el afecto que alumbran el entendimiento.

Fué devotísimo de la Vírgen nuestra Señora, y adornaba sus imágenes con varios ramilletes y flores.

Tuvo entrañable afecto y devocion al Santísimo Sacramento del altar, y á la cruz, y á los santos ángeles, y experimentó su favor y amparo en algunas ocasiones.

Caminaba una noche con un compañero para un lugar; perdieron el camino, y al amanecer halláronse junto á una laguna de una legua de largo, entre mil pantanos, sin saber cómo salir de ellos. En este aprieto, este santo varon invocó al Señor y á los santos ángeles, y luego oyeron una voz que les dijo: «A la mano izquierda.» Tornó la segunda vez la misma voz á decir lo mismo, sin descubrirse por ninguna parte quién les hablaba.

Hicieron lo que les avisaba la voz, y hallaron una senda tan descubierta, enjuta y apacible, que sin dificultad salieron de aquel peligro, entendiendo que el Angel de su Guarda los habia guiado y sacado de él.

Desde el primer dia que se ofreció al servicio del Señor en la Compañía, comenzó una dura y cruda batalla contra su carne, haciendo guerra perpe-

tua á sus pasiones, sin que los años, la flaqueza del cuerpo y graves enfermedades le hiciesen alzar la mano de perseguirse.

Tomaba muy ordinarias disciplinas públicas y secretas, con tanto rigor y por tan largo tiempo, que era materia de confusion y lástima á sus vecinos, que se la tenian por ver á un hombre viejo, con el cuerpo seco como una tabla de la mucha abstinencia, azotarse sin piedad, que parecia que descargaba el golpe de la disciplina sobre una piedra y no sobre su carne, y con tanto odio de sí, que faltándole las fuerzas para sustentar la lluvia de tan duros azotes, le oian decir hablando consigo mismo: «Tente, perro; tente, perro.» Y porque no hubiese parte en él que no probase el rigor del azote, se desnudaba de todas las vestiduras.

Era muy parco en el sueño, dormia muchas veces vestido; y porque áun aquel descanso tan necesario no le gozase el cuerpo sin alguna mezcla de penitencia, hacia mil ensayos para atormentarlo.

Fué pacientísimo de frio, calor y otras inclemencias del cielo, y buscaba ocasiones de padecerlas.

Cuando fregaba, que lo hacia muy á menudo y por muchos dias continuos, se bañaba los brazos en el agua caliente; y preguntándole uno cómo podia sufrirlo, respondia: «¿Cómo podré yo sufrir el fuego del infierno?» Otras veces los llegaba á la llama del candil, diciendo: «Quémate, puerco, chamúscate.»

Escogia de la comida lo ménos y lo más vil; y los ayunos del adviento y cuaresma, no tomaba colacion á la noche. La bebida siempre de agua, y cuando le decian que usase un poco de vino por su vejez, respondia: «Si así no me puedo valer con este perro muerto, ¿qué será si le doy vino?»

Tenia gran señorío sobre todos sus afectos. Húbose con sus parientes como si no los tuviese, y hallándose una legua de su tierra, nunca se pudo acabar con él los visitase.

Fué grande la templanza y concierto de su lengua; pocas palabras y esas muy agradables y enderezadas al provecho de los prójimos y humillacion de sí mismo; sólamente era austero consigo, amoroso con todos, manso, afable y lleno siempre de un santo donaire, con que ganaba las voluntades á todos, áun cuando hablaba de la muerte, del juicio y castigo de los pecados, por la buena gracia de sus razones y alegría de su semblante.

Tuvo especial amor y aficion á la virtud de la humildad, sin perder ocasion de humillarse, y se gloríaba de los deudos pobres y ménos calificados que tenia, olvidando los que tenia honrados y ricos.

Decia que habia sido pastor, gañan y porquerizo, y con mucha sal contaba algunas cosas que en estos tiempos habia visto, y dábales principio

diciendo: «Siendo yo zagalejo que guardaba cabras y ovejas en mi tierra, etc.»

Era tanto el gusto que tenia de abatirse, que con todo género de gente, conocidos y no conocidos, buscaba ocasion de meter plática de su bajeza, y por la misma causa usaba siempre de comparaciones humildes y de cosas del campo.

La pobreza de este siervo de Dios todas sus cosas la mostraban; su vestido, su cama, las alhajas de su aposento y todo lo demás olia á suma pobreza. Cuando caminaba de un lugar á otro y él podia excusar gasto, íbase á pié con su hatillo al hombro.

Habíase hecho á carecer de las comodidades del cuerpo, y criado en su alma un espíritu grande, fuerte y despreciador de todas las cosas, sin que las enfermedades y dolores le sacasen de este paso ni le turbasen la alegría de su semblante.

¿Pues qué diré del teson que tuvo y perseverancia en ayudar á los prójimos? Estando en una mision, y volviendo de la iglesia una noche, muy cansado de confesar todo el dia, cayó sobre unas piedras y lastimóse de manera, que fué necesario llevarle en peso hasta su posada.

Sobrevínole un recio accidente de frio, y pensando el compañero que tendria enfermedad por muchos dias, la mañana siguiente, apénas era de dia, cuando le vió en pié y volver á la iglesia, como si estuviera sano, á hacer sus ministerios.

Pero por la caida, excesivos trabajos y penitencia continua, vino de puro molido á echar sangre como podre por la boca; y diciéndole su compañero que descansase y tomase algun alivio, porque de otra manera perderia la vida, respondió con gran alegría y fervor: «¿Y los que van á Inglaterra no dan de buena gana su vida por Dios? ¿Pues por qué no la daremos nosotros al Señor por las almas?»

Jamás se le conoció otra voluntad, ni se le oyó otro sí ni otro no, sino el de los Superiores; y teníanle tan á mano para cuantas cosas de él querian, que por excelencia le llamaban *Quitapesares;* y para ejemplo basta el de su muerte, que se le causó de la manera que aquí diré:

El año de 1601 afligia la ciudad de Jerez una cruel pestilencia, y querien do los Superiores enviar aquella ciudad algunos de la Compañía para que la consolasen, ayudasen y sirviesen en aquel trabajo, propusieron al P. Antonio Sanchez el aprieto de aquella ciudad sencillamente y sin mandarle nada, sino dejando en sus manos el acudirle ó estarse quedo.

Quitóse al punto la ropa, y con grande alegría y devocion dijo al P. Rector del colegio de Montilla que se lo proponia: «Jesus, Padre, vamos luego,

vamos luego, que esta es ocasion para restaurar veinte y cinco años de tibieza en el servicio de nuestro Señor.»

Tomó luego una pobre camisa, el breviario, un cartapâcio pequeño con un cilicio, y atólo con la disciplina, sin cuidar de sombrero ni de otras alhajas de camino ni dè viático. El dia siguiente se fué á la portería con tanto gozo y aliento, como si le esperaran las mayores fiestas y recreaciones del mundo.

Llegó á Jerez, tomó por compañero al H. Gaspar de Vargas, y juntos se fueron al hospital. Confesaba y sacramentaba con gran caridad los enfermos, y los ratos que le sobraban los gastaba en oracion profunda y regalada delante del Santísimo Sacramento.

Continuaba las disciplinas y penitencias con el mismo rigor que cuando estaba descansando. Pero premióle muy presto nuestro Señor lo que por toda su vida religiosa habia trabajado por su amor, con una muerte padecida en aquella santa demanda, de una landre y carbunclo que le hirió con un tabardillo pestilencial.

Los accidentes eran gravísimos, las bascas mortales; mas la igualdad de ánimo con que las padecia, maravillosa y propia de la mano del Señor, á quien recibió todos los dias que estuvo enfermo con mucha devocion y ternura de su alma; y con la misma el de la Extremauncion, un dia antes que muriese, que fué Miércoles Santo, diez y ocho de abril del año de mil y seiscientos y uno, y á los cincuenta y nueve de edad, y veinte y cinco de Compañía.

Dejó escrita la vida de este fervoroso varon el P. Pedro de Rivadeneira.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO BERNAL

EL P. Pedro Bernal fué natural de Granada, y habiéndose graduado ya en Leyes, y leido una cátedra de ellas con aplauso y opinion de letrado en aquella Universidad, entendiendo que le querian proveer en una plaza de juez, temiendo el peligro que semejantes oficios traen consigo, escogió el seguro de la Religion, sin ser parte las esperanzas grandes que tenia de subir y valer en el siglo, y los consejos de los falsos amigos que se lo querian estorbar.

Entró en la Compañía y enviáronle á la Casa de Probacion de Simancas: fue á pié en el rigor del invierno, pidiendo limosma, y floreció mucho en los ejercicios de oracion, de penitencia y de mortificacion.

Acabado su noviciado, estudió en la Universidad de Alcalá las Artes y Teología; de allí fué señalado por Rector de Cuenca, de donde volvió á Andalucía de paso para Flandes, á acompañar el ejército del rey Católico, la cual jornada no pudo hacer por una recia enfermedad que le sobrevino.

Nombráronle despues por Rector del colegio de Cádiz, é hizo aquel oficio escogidamente con grande aprovechamiento suyo y de sus súbditos, edificacion de los de aquella ciudad; porque era muy rígido consigo mismo, y domaba su cuerpo como á enemigo con abstinencias, ayunos, vigilias, ordinarias disciplinas y con cilicios de cerdas y de rallos con que se martirizaba por sus culpas, y se castigaba por las ajenas.

Rezaba los divinos Oficios con particular devocion, y en las alabanzas de Dios hallaba descanso apacible, siempre con el mismo semblante, sin que el concurso é importunacion de los negocios ó culpas de los súbditos le turbasen ó le hiciesen salir un paso de su acostumbrada afabilidad y blandura.

Fué Rector de Cádiz y de otros muchos colegios, y dos veces Provincial de Andalucía, y Prepósito de la Casa Profesa de Valencia, y comenzó y dió asiento al colegio de Tarazona, en la provincia de Aragon; y con haber tenido tantas cargas y mandado tantos años, era cosa maravillosa ver la prontitud y sujecion que tenia en obedecer, cuando no era Superior, á los que lo eran, aunque él los hubiese recibido, y criado en la Religion, y puéstolos en aquellos oficios.

Y no habia en la Casa de Probacion novicio en esta parte más llano, ni más sujeto y reverente á la voz del Superior; y en su obediencia se echaba de ver cuánto más deseaba obedecer que mandar, y que el tiempo que habia sido Superior lo habia sido por obedecer á sus Superiores mayores.

Ninguno habia para los oficios humildes tan pronto como él, áun siendo Superior; porque, cuando faltaba algun maestro de gramática por algun achaque ó enfermedad, él tomaba á su cargo el sustituirle.

Oia confesiones de todas suertes de gentes, consolaba á los tristes, visitaba á los pobres enfermos y encarcelados. Y en Cádiz, viendo que perecian muchos pobres desamparados por no tener donde recogerse, buscó unas casas para enfermería, y se encargó de curarlos y proveerlos de lo necesario.

Gustaba mucho de enseñar la doctrina cristiana á los niños y en las cárceles y hospitales á los ignorantes, é imprimió una breve instruccion de ella, y la divulgó y la repartió por todo el reino de Valencia, cuando fué Prepósito de la Casa Profesa de aquella ciudad.

Tenia muy buen púlpito, y sus sermones eran llenos de espíritu del cielo y de la doctrina de los santos, agradables y provechosos á los oyentes; porque predicaba más con el afecto de su alma, que con palabras, aunque las tenia muy puras y propias, y ajustadas á los sentimientos que sacaba de la continua oracion y meditacion, en la cual gastaba muchos ratos de la noche y lo más del dia que podia y la necesidad de los prójimos le daba lugar.

Era muy dulce y suave de condicion, y sentia los trabajos ajenos como si fueran propios. Y como él era para todos padre, así era de todos amado y respetado como tal.

Despues de haber tenido las cargas dichas, y corrido tan felizmente su camino, hallándose ya viejo y deseoso de acabar bien su jornada y aparejarse á la muerte; dos años antes que el Señor se la enviase, se retiró á la ciudad de Guadix, para aguardar su voz cuando le llamase.

Allí se dió mucho á tratar familiarmente con Dios, acrecentó sus antiguos y ordinarios ejercicios de penitencia, los ayunos, cilicios y disciplinas.

Escribió algunos tratados de los particulares sentimientos que en la oracion recibia del Señor. Compuso tambien un breve memorial que intituló *Consolacion para los que están para morir.*

Atendia á ayudar las almas de los prójimos con sus sermones, pláticas, y conversaciones, y remediar pecados, especialmente los juramentos vanos y maldiciones; y hacíalo con tanta gracia y suavidad, que á ninguno era pesado, y los más libres se componian y reportaban, y hasta los niños decian que no querian jurar ni maldecir, porque no los riñese el P. Bernal.

Salia á todas horas á oir confesiones de todo género de gentes, sin distincion de personas.

Componia las rencillas y enemistades que se ofrecian en el pueblo, y tenia tan ganados los corazones, que todos acudian á él, y se valian de su consuelo en sus trabajos, y en los mayores aprietos y necesidades de sus oraciones, teniéndole en lugar de Padre.

Muchas cosas milagrosas obró este santo varon que declaran la eficacia de sus oraciones para con Dios y la luz que le daba su divina Majestad para conocer lo que habia de suceder.

Siendo Rector de Cádiz, cayó enfermo un caballero principal y le desahuciaron los médicos: teniéndole ya por muerto, llamaron al P. Pedro Bernal la madre del caballero y la abuela, y declaráronle su trabajo y sentimiento; y él les dijo que tuviesen confianza en nuestro Señor, porque aquel caballero no moriria de aquella enfermedad, y que él iba á decir Misa por la salud del enfermo, que despues le fuesen á avisar cómo estaba.

Dijo su Misa, y cuando volvió del altar á la sacristía, halló un criado de

aquellas señoras, para avisarle de su parte que ya el enfermo estaba bueno y sano; y agradeciéndole este beneficio y dándole las gracias aquellas señoras, respondió con toda modestia que aquel era efecto del Sacramento Sacrosanto de la Eucaristía, y que á nuestro Señor le diesen las gracias, de cuya mano habian recibido el beneficio.

Otra vez, á estas mismas señoras, estando en Sevilla, se les habia perdido un niño de poca edad, sin haberle podido hallar con todas las diligencias que hicieron. Estaban para perder el seso de puro dolor; acudieron al Padre, que en aquella sazon estaba en Sevilla, y contáronle el caso con el sentimiento y pena que de una madre se puede entender.

Enterneciose el siervo de Dios, y consolólas diciendo que confiasen en Dios; que el niño dormiria aquella noche en su casa, y que él se iba á hacer oracion á nuestro Señor; que le avisasen cuando el niño viniese.

Fuese el Padre á casa, púsose en oracion y perseveró en ella, hasta que, despues de hora y media, vieron entrar por sus puertas, cuando ménos pensaban, el niño; y preguntándole, cómo se habia perdido, y quién le habia traido, respondió que, yendo errado por unos caminos, un hombre que él no conocia ni sabia quién era, le habia traido hasta su casa por fuerza.

Dieron luego aviso al santo varon, que se hallaba continuando su oracion, y dió gracias al Señor por la merced recibida.

En Jerez, estando un caballero con una recia calentura, el Padre le dijo un Evangelio, y antes de acabarle, estuvo libre y del todo bueno el enfermo.

El P. Antonio de Cárdenas, de la Compañía de Jesus, estaba con muchos dolores de cabeza, y algunas veces, cuando le apretaban, pedia al P. Bernal que pusiese las manos sobre ella y le dijese aquellas palabras del Evangelio de S. Marcos: *Super aegros manus imponent, et bene babebunt,* y haciéndolo, inmediatamente se le quitaba luego el dolor.

En Guadix, estando una señora en grande peligro con los recios dolores del parto, y pidiéndole que la encomendase á nuestro Señor, respondió: «No tengan pena, que Dios alumbrará á esta señora, y le dará un hijo.» Y otra vez, estando la misma mujer muy enferma y con mucho peligro, dijo públicamente el santo varon que Dios le daria en breve entera salud, y sucedió todo como lo dijo el siervo del Señor.

Estando la mujer del médico que curó al mismo P. Pedro Bernal en su última enfermedad, muy doliente, y casi sin esperanza de vida, el siervo de Dios la confesó, y, tomando á parte al marido, le dijo: «Aunque Dios hiciera mucha merced á su mujer en llevársela luego, por estar bien dispuesta, mas por la falta que hará á Vm. y á su casa, Dios le dará entera salud,» y así se la dió.

A este modo obró el Señor otras maravillas, y descubrió á su siervo las cosas por venir, en las cuales no es necesario alargarme más; porque, si bien él por su humildad encubrió las que pudo, no pudo todas, por ser muchas.

Estando, pues, el siervo de Dios ocupado en santas obras y aparejado para oir la voz del Señor, le sobrevino el mal de la muerte: dióle una recia palpitacion de corazon con accidentes mortales, congojas, bascas, dolores y postracion del apetito de la comida.

Sufriólo todo con admirable paciencia, hablando dulce y regaladamente con nuestro Señor, y pidiéndole favor, y resignándose en sus manos.

Cuando el mal algun tanto se remitia, rezaba sus Horas con la mayor devocion que podia; y cuando los dolores y angustias no le daban lugar, llamaba á quien las rezase delante de él para oirlas.

Todo el demás tiempo hasta que murió, que fueron cinco dias, le gastaba en decir salmos y repetir oraciones devotas.

Recibió el Viático y la Extremauncion con gran devocion, ayudando él mismo y respondiendo al sacerdote; estuvo entero y muy en sí hasta la postrera palabra que, faltándole ya el aliento, dijo, y fué la del Apóstol S. Pablo, de quien era muy devoto: *In reliquo reposita est mihi corona iustitiae.*

De esta manera se despidió del cuerpo el alma, dejando en la hermosura y alegría del rostro ya difunto muestras de la gloria que iba á gozar.

Cuando llegó la voz de su muerte á los caballeros, que jugaban á la sazon á la pelota, luego hicieron punto y vinieron á besarle la mano y reverenciarle como á santo; en tal opinion le tenian. El dia siguiente le hicieron un solemnísimo entierro, honrándole todas las Religiones y la nobleza de la ciudad, haciéndole el Oficio los prebendados de la iglesia y las dignidades de ella, y los Superiores de las Religiones llevaron á porfía en hombros el cuerpo, y le pusieron en la sepultura, y por sus manos le cubrieron de tierra.

Murió el santo Padre á los veinte y dos de noviembre de mil y seiscientos y uno: entró en la Compañía de veinte y tres años, vivió en ella cuarenta y nueve, y murió de setenta y dos.

P. NIEREMBERG.

P FRANCISCO ARIAS

No pudo dejar de ser santísimo varon el P. Francisco Arias, si, como dicen los que le conocieron, conformó su vida con su doctrina; porque, siendo esta tan espiritual, de tan rara mortificacion y excelente perfeccion de vida, las obras que la correspondian habian de ser perfectísimas, y así él, pues hizo y enseñó, será grande en el reino de los cielos.

Fué este esclarecido varon y excelentísimo doctor de la Teología mística, natural de Sevilla, hijo de padres honrados y buenos cristianos. Criáronle con tanta devocion y respeto á Dios y á los lugares sagrados, que le reprendian y castigaban, siendo niño, si alguna vez se sentaba en la iglesia oyendo Misa.

Encomendáronle á un clérigo virtuoso para que cuidase de él y le impusiese desde los tiernos años en temor y amor de Dios, el cual lo hizo con mucho cuidado; y viendo la buena inclinacion, ingenio y modestia de aquel niño, persuadió á su padre que le hiciese estudiar, esperando que con el tiempo seria fiel ministro de la santa Iglesia.

Hízolo el padre, y despues de haber aprendido las primeras letras en Sevilla, le envió á la Universidad de Alcalá para que estudiase Artes y Teología, y él lo hizo con gran diligencia y cuidado, y se graduó de bachiller en entrambas facultades con gran loa y satisfaccion de sus maestros y de los otros estudiantes sus compañeros, por el progreso que habia hecho en las letras, y mucho más por su vida ejemplar.

Volvió á Sevilla, ordenóse de sacerdote, dijo su primera Misa en la parroquia de San Martin, y comenzó á vivir no sólamente con mayor recogimiento y recato en su persona, sino tambien con mayor deseo de ayudar á las almas de sus prójimos.

Decia cada dia Misa con mucha devocion en la misma parroquia de San Martin, y allí confesaba á todos los que tenian devocion de confesarse con él.

Predicaba con no pequeño provecho y acepcion de muchas personas que le seguian movidos de su modo de vida, que para clérigo mozo y seglar era muy recogida; porque trataba y comunicaba con pocos, y esos del número de los que no pierden tiempo.

Su vestido era honesto, el trato grave y apacible y en todo se mostraba varon religioso y cuerdo.

Predicaba tambien en algunos monasterios de monjas que carecian de quien les predicase la palabra de Dios; hacíalo de gracia, sin querer recibir

estipendio alguno por repartir el pan de la doctrina evangélica, y como él se empleaba en buenas obras, y encendido en el amor de Dios acudia á su servicio, el mismo Señor le iba despertando y avivando más, y llevándole poco á poco á estado de mayor perfeccion.

Tratando con los Padres de la Compañía, que pocos años antes habian comenzado á fundar un colegio en Sevilla, y entendido el Instituto que profesaban, habiéndolo primero pensado, y encomendado mucho al Señor, y hecho los ejercicios, se resolvió en ellos de entrar en la Compañía, y así, fué recibido en ella, siendo Provincial de la provincia de Andalucía el P. Bartolomé de Bustamante, en el mes de mayo de 1561, siendo el P. Arias de veinte y siete.

Acabado su noviciado, le ocupó la obediencia en los ministerios de la Compañía. Predicaba, confesaba, trataba almas no sin mucho provecho de las que caian en sus manos; estudiaba el tiempo que podia para perfeccionar las ciencias que en el siglo habia aprendido.

Leyó Teología escolástica en el colegio de Córdoba y la Teología moral en el de Trigueros, y en Sevilla presidió en la Casa Profesa á las ordinarias conferencias de casos, y respondió á todos los que de varias partes le venian á consultar dudas de su conciencia, con acertado juicio y docta resolucion y satisfaccion de todos, porque era muy docto, prudente y considerado en sus cosas.

Hizo profesion á los 28 de setiembre del año de 1572; y como con ella creció la obligacion de ser más santo y perfecto, así en el P. Arias creció el cuidado y deseo de serlo y de tomar los medios para cumplir con su obligacion.

Ocupóle la obediencia tambien en el gobierno, y fué Rector de los colegios de Trigueros y Cádiz, y despues, el año de 1582, fué enviado á la provincia de Aragon, y estuvo diez años en la ciudad de Valencia con admirable ejemplo y estima de su persona y aprovechamiento de los que le trataban; allí compuso y sacó á luz el libro que intituló *Aprovechamiento espiritual,* y el otro que trata de la mortificacion, que han sido tan bien recibidos y de tanto fruto.

Pasados los diez años, volvió á Sevilla, de donde fué á Roma en nombre de la provincia de Andalucía á la Congregacion general que se celebró el año de 1593, y acabada la Congregacion, volvió á Sevilla, donde estuvo ordinariamente hasta que murió, ocupado en escribir los tres tomos que imprimió de las virtudes de Cristo nuestro Señor y en ayudar á las almas, ejercitando los ministerios de la Compañía, resplandeciendo con insignes virtudes y dones que nuestro Señor le comunicó.

Porque, primeramente le dió grande aficion á la oracion, y así, la ejercitaba con gran cuidado y fervor, no contentándose con la oracion que tenia en la comunidad, sino añadiendo entre dia y noche algunas horas diputadas para comunicar á solas con su Dios.

Estando malo de cuartanas, que le duraron muchos meses, se levantaba con los demás para tener la oracion cuando lo hacia la comunidad, por parecerle que la oracion hecha en compañía de muchos seria más grata á nuestro Señor.

Hablaba á menudo y con grande eficacia de esta virtud; exhortaba á todos que la amasen y se entregasen á ella, porque por medio de ella alcanzarian soberanos dones de Dios.

Procuraba y avisaba á los Superiores que de tal manera ocupasen á los Hermanos que no perdiesen el cuotidiano trato con Dios, y él estaba tan empapado en él, que parecia que no sabia hablar sino con Dios y de Dios: para todas las otras pláticas era como un hombre rústico é ignorante, pero en estas era ladino, sabio y maestro divino.

Regalábale mucho el Señor en la oracion. Viéronle, estando en ella, levantado en el aire, lo cual sucedió no pocas veces: otras se arrobaba totalmente, tanto, que una vez, acabando de decir Misa y estando recogido en su aposento y aparejándose para predicar, le halló un Hermano tan absorto y arrobado, que no le sintió ni cuando entró ni cuando se encontró con él, por estar cerradas las ventanas del aposento, aunque despues que el devoto Padre volvió en sí, quiso saber del Hermano todo cuanto habia pasado, y le tomó juramento que no lo diria á nadie mientras que él viviese, y así lo cumplió; y el dia que le enterraron lo descubrió al Superior y á los otros Padres y Hermanos de la casa.

No fué menor el cuidado que el P. Arias tuvo de su mortificacion que de la oracion, porque trataba su cuerpo como si fuera su capital enemigo; por lo cual le llamaron algunos *espejo de penitencia.*

Desde que entró en la Compañía, fué hombre penitente y rígido consigo: en su mocedad, hasta que tuvo muchos años, andaba siempre vestido de cilicio muy áspero, y hacia disciplinas tan continuas y con tanto rigor, como si no fuera suyo el cuerpo que con ellas afligia; y áun en los últimos años las hacia tambien harto rigurosas, y traia tres dias cada semana cilicio, y en los advientos y cuaresmas todos los dias fuera de las fiestas y domingos.

En muchos años no cenó, sino tomaba alguna poca cosa para sustentar su flaqueza; y si los Superiores no le fueran á la mano y le tuvieran la rienda por sus enfermedades y por su vejez, sin duda que se dejara llevar de su fervor y corriera como sin freno en sus penitencias.

Sentia mucho que no le dejasen hacer todas las que él deseaba y este sentimiento algunas veces le sacaba lágrimas, con que por una parte mostraba su devocion y las veras con que deseaba la penitencia, y por otra edificaba á los que le veian llorar porque no se le concedia el maltratarse á la medida de su deseo.

Esta mortificacion no se extendia sólamente á las asperezas y penitencias corporales que he dicho, sino mucho más á vencer las pasiones interiores de todos los apetitos sensuales.

Cuando frecuentaba los hospitales, en entrando preguntaba por los enfermos más apestados y asquerosos, y estos visitaba en primer lugar.

En el hospital del Espíritu Santo entraba varias veces en un aposentillo donde estaban enfermos encancerados y de malísimo olor, y, quitado el manteo, se sentaba con ellos, y los consolaba, y oia de confesion á los que querian confesar, y ayudaba á bien morir á los que estaban al cabo, gastando en esto muy largos ratos.

Entre estos pobres miserables y desamparados que visitaba, halló una vez uno muy envuelto y rebujado en un pedazuelo de frazada: tenia el rostro cubierto y llena de llagas la cabeza y de mucha podre, y llegando el Padre á descubrirle la cara para hablarle, se halló con la mano llena de materia, y luego, para mortificarse, aplicó la mano á las narices y boca y se las fregó con la podre.

Pero en lo que más se descubre su mortificacion es en el cuidado que tuvo de humillarse, y menospreciarse, y vencer el espíritu de soberbia y vanidad, que tanto acosa á los mortales.

Dióse por espacio de muchos años á buscar la gente más baja, más pobre y desamparada, para enseñarla y doctrinarla. Los domingos y fiestas iba á buscar los negros de la espartería, y otras veces á los hospitales, donde se recogian los moriscos á oir Misa, para decirles algo de Dios é instruirles en los misterios de nuestra santa fe, y áun iba á los lugares fuera de la ciudad, bien léjos, á buscarlos; y cuando ya por su flaqueza y vejez no podia tanto, acordaba á otros que acudiesen á este ministerio.

Al entrar y salir de casa, se detenia con los negros, moriscos, lacayos y cocheros que estaban á la puerta aguardando á sus amos, haciéndoles decir la doctrina cristiana: lo mismo hacia cuando encontraba negros por las calles, parándose en ellas á decirles y enseñarles los misterios de la fe, y algunas veces traia á casa algunos para enseñarles más despacio.

Usaba besar los piés á los de casa y tenderse á la puerta del refectorio, para que todos al entrar pasasen por encima de él. Otras veces comia en el suelo, leia en el refectorio, servia á la mesa, pedia perdon, puesto de rodillas,

á los que entendia tenian alguna queja de él, y áun esto hizo siendo Superior con un súbdito suyo; y por espacio de algunos años se ocupó con grande ejemplo de humildad en limpiar cada dia las vasijas más bajas é inmundas de la enfermería.

Siendo Superior en el colegio de Trigueros, ordenó á los de casa que no dijesen á la gente de fuera cierta cosa, que aunque no era de importancia, convenia que por entónces no se supiera; obedecieron los súbditos, y descuidóse el mismo Superior que habia impuesto la obediencia, y, sin advertir, dijo el caso á una persona de fuera.

Entendióse por todos los conocidos el negocio con mucho sentimiento del P. Arias, no tanto porque se hubiese dicho (que como dije no era de consideracion) sino por la falta que juzgó habian tenido en obedecer los de casa.

Habló á todos con este sentimiento, y pareciéndole que semejante falta de obediencia no debia quedar sin penitencia, hizo diligencia para sacar quién habia sido el autor.

Averiguó que no habia sido otro, sino él mismo; quedó confuso por su yerro y por haber pensado de gente tan religiosa que habia faltado en su obediencia: juntó á sus súbditos, y, puesto de rodillas, les pidió perdon, reconociendo su culpa, y dándonos ejemplo de humildad y de reconocer cuán fácilmente nos engañamos en nuestros juicios y caemos en las faltas que solemos acumular en los otros.

Quién era tan mortificado y tan humilde en sí, ¿qué maravilla es que fuese tan amigo de la pobreza, y tan obediente á sus Superiores, como lo fué este bendito Padre?

Traia el vestido pobre, viejo y remendado, no de mano de oficial que supiese coser ó echar un remiendo bien echado, sino de la suya, con el punto basto y largo. El jubon de que usaba cuando murió, era tan gastado y remendado, que como cosa particular se mostró dentro y fuera de casa, y se tiene guardado como por reliquia y por ejemplo: lo mismo era el sayo que tenia cuando le cogió la postrera enfermedad.

Siendo Rector, ordenaba al ropero que no le diese á él camisas nuevas, sino de las viejas y remendadas, y lo mismo era de las medias.

En tiempo de invierno por sus achaques y vejez se le helaban los piés; hiciéronle unos escarpines abrigados, y, para que los tomase y usase de ellos, fué menester que el Superior se lo mandase; pero despues de haberlos tomado y usado dos ó tres dias por cumplir con la obediencia, pidió con encarecimiento al Superior que no se los mandase traer, sólo porque le pareció que eran más costosos de lo que pedia la santa pobreza.

Las alhajas de su aposento eran propias de pobres, sin curiosidades de relicarios ó imágenes de pincel; finalmente, sólo lo preciso sin cosa sobrada. El mismo se hacia la cama, y barria su aposento, y le componia sin admitir que otro lo hiciese, porque decia que tambien es género de pobreza carecer voluntariamente de quien nos ayude en algunas cosas necesarias, que nosotros mismos podemos hacer.

¿Pues qué diré de la perfecta y exacta obediencia que tuvo este siervo del Señor para con sus Superiores é Instituto, del cual fué muy observante y celoso de guardarle él, y que le guardasen los otros? A ninguna cosa de la obediencia mostró repugnancia, ni contradiccion, ni tristeza, aunque algunas veces le mandaron los Superiores cosas graves y, segun el hombre viejo, dificultosas.

Tambien se mostraba esta obediencia en defender todo lo que los Superiores hacian, y buscar, y hallar razones para ello.

Su caridad para con Dios y para con sus prójimos fué tanta, que se puede de él decir aquello de Job: *Ab infantia mea, crevit mecum miseratio,* como se verá de lo que arriba queda referido, del cuidado con que buscaba la gente necesitada, y trataba con los moriscos de su conversion, y el servir, y consolar en los hospitales á los más necesitados y peligrosos, y llorar muchas lágrimas cuando encontraba algun ignorante de los misterios de nuestra santa fe.

Yendo un dia camino, encontró á un pobre viejo y preguntóle un punto de doctrina cristiana; no le supo responder el viejo; enterneciose el Padre, y comenzó á llorar por tanta ignorancia, y mandó á su compañero que se fuese y él se quedó buen rato con el pobre, enseñándole lo que estaba obligado á saber.

Habiendo estado una vez en un hospital toda la tarde hasta anochecer, llegaron tres enfermos, y el uno de ellos tan peligroso de una herida, que era de cuidado. Detúvose allí el Padre hasta bien de noche por confesarle; confesóle, y á la mañana siguiente, volviendo á confesar á los otros, supo que aquella misma noche habia pasado de esta vida.

Otra vez, estando en una heredad, oyó de noche que una mujer daba grandes gritos y buscaba quien la confesase un hijo, que de la caida de un árbol estaba muy maltratado y herido. Luego el P. Arias con mucha priesa se partió, y atravesando por barbechos y olivares, anduvo buen trecho, y llegó donde estaba el hijo tendido en una casilla con tanta pobreza, que no hubo un poco de lienzo para curarle.

Confesóle, consolóle, y envió aquella hora á su compañero por lienzo, y él mismo ayudó á curar las heridas, y el dia siguiente dió órden que vi-

niese un cirujano para curarle, mandando á su compañero que no viniese sin él.

Por sí mismo tuvo gran cuenta, cuando visitaba los hospitales, de confesar y curar á los enfermos, y hacerles pláticas, exhortándolos á la paciencia y á la conformidad con la voluntad de nuestro Señor, teniendo por mayor caridad el acudir en esto á los pobres necesitados que no tenian otro consuelo ni alivio, que á otras comunidades que de otras partes se podian proveer de enseñanza y doctrina.

Donde mostró tambien su gran celo y caridad en excusar ofensas de Dios y daños del prójimo, fué en el ánimo con que él solo se metia entre las apedreas y guerrillas de muchachos y gente moza, con muertes desastradas de muchos, para pacificarlos; porque, no pudiendo estorbarlas los ministros de la justicia y magistrados, la autoridad del siervo de Dios, que arrojadamente se entraba dentro de la mayor furia, los amansaba y pacificaba.

Finalmente, para decir mucho en breves palabras, hacia este siervo de Dios lo que enseñó en sus espiritualísimos libros, como lo probaron algunas veces; porque, pasando el P. Arias de camino, tuvieron algunos curiosidad de ver si en sus acciones correspondia á lo que aconsejaba en sus escritos, y dandole como á huésped alguna cosa de regalo, observaron cómo no la comia, y advirtieron en él que, si le daban alguna vianda con miel ó con azucar, disimuladamente la apartaba á un lado y no tocaba á ella, conforme á lo que enseña en su admirable tratado de la *Mortificacion*.

En todas las demás cosas eran consiguientes sus obras á sus palabras y libros, hasta que, lleno de años y rico de merecimientos, le quiso coronar el Señor y le llamó con una muerte apresurada, aunque no improvisa y desapercibida, porque toda la vida suya habia sido una continua meditacion de la muerte y un aparejo para ella.

Salió á decir Misa mártes veinte y uno de mayo, habiéndose aquella misma mañana sentido con alguna calenturilla; y estando en el altar, antes de decir el prefacio, le dió un desmayo tan grande, que fué necesario llevarle del altar en brazos á la sacristía y de allí á la cama, y el juéves siguiente veinte y tres del mismo mes, como á las ocho de la noche, habiendo recibido el Sacramento de la Extremauncion, durmió en el Señor el año de mil y seiscientos y cinco, siendo de edad de setenta y un años y de cuarenta y cuatro de Compañía.

Hubo gran sentimiento de su muerte en todos los de la Compañía y en toda la ciudad de Sevilla, por haber perdido tal Padre y maestro.

Concurrió á su entierro toda la gente con extraordinaria ternura y devocion, llamándole á boca llena *santo*, besándole la mano y los piés todos,

así los de la Compañía como los de fuera, seglares, clérigos y religiosos.

Acabado el Oficio, cargó la gente para despojarle de lo que llevaba encima, y por mucho que los nuestros le quisieron defender, no pudieron tanto que no entrase en la bóveda sin bonete, sin zapatos y sin calzas.

Los que no habian podido alcanzar nada de este despojo, se abalanzaron en la bóveda tras del cuerpo, y, antes de echarle la tierra, le desnudaron de todo el vestido, perdonando solamente al alba y á los calzones, y le quitaron á punta de tijera la barba y el cabello, y le cortaron las uñas, y, á no estar los nuestros advertidos, le quitaran los dedos, como ya uno lo habia comenzado á hacer: tanta era la opinion que la ciudad tenia de su santidad.

Y no fué menor argumento lo que los mismos Padres de la Compañía hicieron en aquella ocasion, porque le sepultaron en una caja particular con una lámina de plomo, en que se decia con letras grabadas cúyo era aquel cuerpo, é hicieron otras diligencias para que quedase memoria de tan notable varon; y con razon, porque las virtudes de este Padre fueron muchas, muy raras, excelentes y dignas de un verdadero hijo de la Compañía y perfecto varon.

Era grande la estima que el venerable P. Maestro Juan de Avila hizo del P. Arias, gustando mucho de su conversacion, por ser toda del cielo. Y no quiero dejar de decir lo que una vez le pasó con él.

Visitándole el P. Arias, hallóle muy desconsolado, y preguntándole la causa, pues se ocupaba en cosas de tanto servicio de Dios y bien de las almas, le respondió: «Porque carezco de lo que V. R. goza, que es la santa obediencia; y aunque es verdad que estas mismas ocupaciones de suyo parecen buenas, no sé si se sirve Dios de ellas, y si cuando predico, se serviria más que confesase, y cuando salgo de casa, que estuviese recogido, y cuando hago tal y tal cosa, que hiciese lo contrario. Y en la Compañía cualquiera cosa que hacen los religiosos por obediencia, aunque sea de poco momento, saben que es la voluntad de Dios, y que no quiere Dios otra cosa de ellos:» sentencia digna de tal varon y de gran consuelo para los religiosos.

La vida del P. Arias escribió el P. Pedro de Rivadeneira, y se hallará célebre su memoria en la biblioteca de Felipe Alegambe.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN JERÓNIMO

El P. Fr. Elías, hablando del P. Juan Jerónimo, dice: «Fué dotado de suma elegancia en el predicar, y por esta causa le amaba mucho el rey Felipe II, y con la modestia y agrado de su semblante llevaba tras sí los corazones de todos, y le aclamaban públicamente con grandes honras; pero el siervo humilde de Dios, estaba tan léjos de complacerse en esta vanagloria del mundo, que aborrecia grandemente parecer en público, y sólo hallaba su quietud y sosiego en la oracion y retiro.

Mas como el oro de más subidos quilates suele muchas veces tener mezcladas algunas impurezas, que es necesario que el fuego las purgue, así al P. Juan Jerónimo, aunque era finísimo oro, le fué necesario el fuego de la tribulacion, que le labrase y purificase.

Sucedió, pues, que siendo Rector del colegio de Granada, una mujer lasciva, entregada de asiento al vicio de la sensualidad, le acusó falsamente de un grave y deshonesto pecado, indigno de imaginarse en persona que habia hecho voto de castidad.

Llegó el suceso á oidos del P. Provincial que estaba en Sevilla, y mandó al P. Juan Jerónimo viniese á su presencia, para que se averiguase la verdad del negocio.

En esta ocasion el H. Juan Bautista, Coadjutor que era del colegio de Granada, persona muy conocida por su mucha virtud y santidad, estando con mucha pena del trabajo de su Rector, y deseando saliese victorioso de la pelea, hizo fervorosa oracion á Dios, pidiendo le sacase libre á aquel inocente y le restituyese mejorada su fama; y fuéle revelado que de allí á pocos dias volveria su Rector á Granada con mucho aumento de honra y crecida opinion de su perfeccion, libre ya y acrisolado del pecado que le oponian.

Fué el caso que estaba tambien en Sevilla otro Padre muy familiar, amigo del inocente reo, y que sabia muy bien lo más íntimo y recóndito de su interior. Con este habló el P. Provincial, apretándole con muchas instancias á que le declarase con religioso secreto si acaso conocia en el paciente alguna sombra de impureza, de modo que pudiese creer por verdadero el delito que le imponian.

Oyendo el Padre lo que le preguntaba, y espantado de la novedad del caso, con una indignacion justa prorrumpió diciendo: «Padre, la virtud y castidad

del P. Juan Jerónimo me es á mí muy notoria, y, para prueba de su inocencia, estoy pronto á meter las manos en el fuego,» y diciendo esto, puso la mano en una luz que estaba ardiendo en el aposento, y la tuvo por un largo rato aplicada á la llama, sin quemarse ni sentir dolor alguno.

Entónces el P. Provincial admirado de la novedad de aquel prodigio, se alegró mucho, pues Dios habia querido con aquel milagro declarar la pureza del P. Juan Jerónimo, que era lo que él deseaba; porque en sus oraciones habia pedido á nuestro Señor no permitiese que él jamas dijese ni obrase cosa que desdorase la fama de aquel siervo suyo.

Y para que constase más claramente la inocencia del Padre, sucedió que la misma mujer que le habia acusado, padecia á este tiempo dolores gravísimos, y ella misma se daba muchos golpes y heria su cuerpo, hasta que se presentó ante el P. Provincial, y en presencia de un escribano y muchos testigos se desdijo de la falsa calumnia y pidió públicamente perdon de su atrevimiento.

Despues de este trabajo le sucedió otro, que es el siguiente: Solia el devoto Padre gastar algunas tardes en fervorosa oracion, y como buen soldado espiritual pensaba muchas veces en diversos trabajos, penalidades, tentaciones y adversidades que le podian suceder, y pensando en cada una de por sí, examinaba su alma si estaba pronta á padecer aquello por Dios; pero nada le hacia dificultad, hasta la misma muerte; todo le parecia poco sufrido por tan divino Señor.

Sola una cosa se le hacia muy dura y casi imposible de padecer con resignacion, y era el que le llevasen á la Inquisicion como hereje, aunque estuviese inocente.

Como hallaba en esto la repugnancia, toda su oracion enderezaba á este fin, pidiendo á Dios que, si acaso le acusasen falsamente como á hereje, le diese conformidad, porque tenia de esto mucha necesidad; pero al principio hallábase de la misma manera, hasta que con la devota porfía y larga oracion, le hizo Dios merced de concederle lo que pedia, y aunque se imaginaba llevar preso como hereje, se holgaba en su interior y se fingia ante el tribunal de la Inquisicion, muy contento de que le condenasen sin culpa.

Apénas se levantó de la oracion donde habia alcanzado este favor, cuando llamaron á la puerta, y abriendo, vió que era un ministro de la Inquisicion, el cual le notificó de parte de los inquisidores que no predicase sermon alguno, y dióle á entender la causa de este mandato, y que seria aquella prohibicion hasta que pareciese ante el tribunal y se purgase de una herejía que habia dicho en el púlpito, de que habia sido acusado jurídicamente delante de los inquisidores.

Luego que recibió la notificacion el siervo de Dios, no se hartaba de dar infinitas gracias á Dios por aquella tormenta que le enviaba despues de haber sosegado su interior en la oracion para padecerla, y con sumo gusto se ofreció todo á su divina voluntad y admirable disposicion.

No pasó mucho tiempo sin que se averiguase la verdad y pureza del Padre, y le dieron licencia de predicar, y á sus sermones acudia más numeroso concurso de gente que jamás habia tenido, dándole todos nuevas aclamaciones y honrándole públicamente.

Siguióse á esta otra no menor tormenta, que no sólo molestó su persona, sino tambien toda la Compañía.

Acusáronle delante del Sumo Pontífice, diciendo que en sus sermones habia dicho algunas cosas en agravio de la Sede Apostólica, y no sólo eso, sino que habia hablado otras muchas insolencias y temeridades escandalosas; y le apretó tanto este trabajo, que le mandaron ir á Roma á dar su disculpa, pareciendo ante el Romano Pontífice.

Luego que llegó á la noticia del Padre esta borrasca, le causó tanta pena, que estuvo toda la noche sin poder dormir, pasándola en fervorosa oracion; pero lleno de sentimiento, porque le parecia que por su causa se desacreditaba la opinion loable que su madre espiritual, la Religion de la Compañía, con tanta razon poseia.

Pero apénas amaneció y él interrumpió su oracion, cuando le dieron nuevas de que habia muerto el Pontífice, y de allí á poco supo tambien que el que le habia acusado habia salido ya de esta vida, con que no quedó nadie que pudiese hacerle en juicio acusacion alguna.

Pero como la Religion de la Compañía no sólo quiere ser en la verdad pura y santa, sino tambien parecerlo y que conste públicamente, por esta causa el P. General le mandó que pareciese en Roma, y ordenó que se ventilase la causa delante del Sumo Pontífice Gregorio XIII y el sagrado Colegio de los Cardenales, de que resultó que todos unánimes no sólo le declararon por inocente y ajeno de toda mácula, sino que le honraron de nuevo con muchas demostraciones, y le dieron título de predicador de Su Santidad, y luego volvió á España, donde adquirió doblada opinion y floreció su predicacion con singulares encomios y públicas alabanzas.

Ultimamente, despues de muchos años le dieron licencia para retirarse y tratar á solas con Dios, que es lo que él deseaba, despues de sosegadas las tempestades que en el mar de este mundo se levantaron contra su pobre navecilla, y despues de vencer las dificultades que le impedian llegar al puerto dichoso.

Pero luego que se retiró, le empezaron nuevos trabajos y cruz, porque le

sobrevino una gota artética, que le causaba inmensos dolores y otros penosísimos accidentes, tanto que él los comparaba al infierno, ó por su crueldad, ó porque así como el infierno atormenta sin acabar la vida, así este mal le molestaba de modo que decia que todos los dias moria muchísimas veces, pero nunca acababa la vida.» Hasta aquí el autor citado.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO DE GUZMAN

AUNQUE el ministerio de enseñar la doctrina parece humilde á los ojos de los hombres, es en el acatamiento divino de gran estima y á la Iglesia muy necesario; y para que tengamos un claro ejemplo de este apostólico empleo, propondré la vida de una persona grande, que tuvo por su mayor nobleza emplearse en él, que fué el P. Diego de Guzman, raro ejemplo de virtud y singular dechado de santidad.

Fué este siervo de Dios hijo de D. Rodrigo Ponce de Leon y de doña Blanca de Sandoval, condes de Bailen y de la principal nobleza de España. Desde su tierna edad propuso firmemente de servir á nuestro Señor, y tuvo particular devocion con la Virgen Santísima.

Diéronle sus padres un ayo, que le crió en temor santo de Dios; y siendo ya de catorce años, se confesó con el P. Maestro Avila, y se puso en sus manos para seguir su consejo y obedecerle en todo, y así lo hizo; porque por su órden fué á estudiar á Salamanca, donde en el progreso de sus estudios sustentaba dos estudiantes pobres, que con él puntualmente se confesaban y comulgaban cada ocho dias.

Acabados sus estudios anduvo evangelizando dos ó tres años con su ayo el Dr. Gaspar Loarte por diversos lugares de España, sin aparato alguno de criados, aprovechando las almas en todo cuanto podia. Repartian los dos los ministerios. El Dr. Loarte, que era doctísimo teólogo y de gran espíritu, predicaba; y el humilde D. Diego hacia las doctrinas, ayudando tambien á todos con su raro ejemplo y acertado consejo.

Pero Dios nuestro Señor que queria perfeccionar tan santas obras en la vida religiosa, la puso en el corazon de D. Diego y en la lengua del P. Avila, diciendo á su discípulo é hijo espiritual que se entrase en la Compañía de Jesus, lo cual se ejecutó con esta ocasion.

El año de quinientos y cincuenta y dos tuvo noticia el santo Maestro Avila que S. Francisco de Borja habia venido de Roma á Oñate, en Vizcaya, de donde esparcia los resplandores de sus grandes virtudes por España. Por este mismo tiempo el Obispo de Calahorra, el Dr. Bernal de Lugo, envió un sobrino suyo, hombre de gran virtud, al P. Maestro de Avila, para que le enviase algunos de sus discípulos para que anduviesen predicando por todo su obispado, que es muy grande.

El venerable Maestro Avila señaló para esta mision tan importante á D. Diego de Guzman y al Dr. Loarte, enviándolos primero con cartas á S. Francisco de Borja, que les dió los ejercicios, con que se resolvieron de entrar en la Compañía: recibiólos el santo duque con gran benignidad y amor, y á pocos meses los envió al Obispo, que instaba por sus personas.

Estuvieron la cuaresma de aquel año en Pamplona, donde hicieron gran fruto. Corrieron despues casi todo el obispado de Calahorra, deteniéndose en los lugares populosos, como Logroño, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Haro y otros en que nuestro Señor favoreció sus pasos con el copioso fruto que cogieron en innumerables almas.

Al entrar en la Compañía el P. Diego y el P. Loarte, les dió su santo Maestro el P. Avila estos avisos, que por ser muy necesarios á todos los que entran en Religion, los pondré aquí:

Lo primero, quiten los oj· s de querer aprovechar ánimas por este modo ni por aquel, ni hagan cuenta que las hay más que para desear el bien de ellas y pedirlo á nuestro Señor, mas no para elegir este modo ni aquel para las aprovechar, ántes resistan á este pensamiento como á una clara tentacion.

Lo segundo, en ninguna manera piensen que entran á juzgar lo que otros hacen, ántes traigan aquel dicho de un monje: *Ego iudicari veni et non iudicare*, y de este peligro se deben guardar mucho, especialmente quien piensa que sabe algo, que hay grande resbaladero en el que llega alguna vez hasta perder la gracia de nuestro Señor.

Lo tercero, crean que Dios rige á los que rigen, y que tienen para lo que hacen algun particular motivo que ellos no saben; y ellos no juzguen, sino desembarácense con la memoria de aquel dicho de Cristo: *Quid ad te? tu me sequere*, y de otra manera vivirán muy desconsolados é inquietos.

Lo cuarto, tengan por gran merced de nuestro Señor la obediencia, y esperen que nuestro Señor por sus mayores les declarará su voluntad, la cual esperanza no ha de estar en la sabiduría del Superior, sino en la promesa de Jesus, que da su ayuda á quien se humilla. Y si tuvieren fe en el obedecer, gozarán de grande paz y aprovecharán mucho en breve.

66478A

Lo quinto, entiendan que anque no tengan aquella libertad que parezca convenir para ganar almas, y que les ponen en otros ejercicios diferentes, no por ello se han de inquietar; porque, como de la conservacion y aumento de esta órden dependa mucho provecho de ánimas, aquello que para esto va ordenado, aunque sea fregar escudillas, es convertir ánimas, y se debe hacer con gran consuelo, enderezando sus vidas en que se gasten en acrecentamiento de esta órden en aquello que les mandaren; y quitando los ojos de otros medios, se ofrezcan á aquello que les fuere mandado, teniendo esto por principal intento y lo estimen, no tanto por lo que ello es, como por ser mandado, teniendo por merced de Cristo ser miembros de este cuerpo, en el cual Él es servido.

Lo sexto, estarán aparejados para la cruz, y á ella han de pensar que, van, trabajando de no dar á otros ocasion que se quejen, sufriendo ellos lo que les fuere hecho.

Lo séptimo, no se turben con la diversidad de las condiciones que en las comunidades hay; mas piensen que, hasta que uno es probado con prójimos, es muy poco lo que de Dios tiene; á esto principalmente enderezando sus fuerzas, á no ser inquietados ni impedidos por prójimos, llevar injurias con alegría y á ser hollados como lodo, y á ser los novísimos por amor de Cristo; y miren que nunca anden descuidados en esto, porque faltando el cuidado, está cerca la caida por la guerra continua que hay. Pongan sobre sí los ojos y no curen de hacerse maestros de otros, ni en ello hablen, sino fuese siendo mandados, y cuando no, digan: *Iudicari veni, non iudicare.*

Lo octavo, traten el negocio de la Religion con la reverencia que se debe á negocio de Dios, acordándose que han llegado á ver la celestial vision de Dios en zarza de Cristo, y que es tierra santa donde están, y que no sufre mortecinos afectos. Esfuércense mucho en Cristo, *et in potentia virtutis eius*, no sólo la sensualidad, mas la voluntad, y principalmente el entendimiento, que este es derrama solaces, enemigo, alcalde presuntuoso, juez de sus mayores, padre de la disension, enemigo de la obediencia, ídolo puesto en el lugar santo de Dios, etc.

Y otra vez encomiendo que lo derriben y reine Dios por la fe, en Él muy confiados que lo que sus mayores les mandan es la voluntad del Señor. Este y no otro se tenga para consuelo en todas las cosas y dudas, y mientras esto les durare irá bien.

Estos son los documentos que dió aquel admirable varon á sus discípulos; los cuales si cumpliesen todos los religiosos, cumplirian con las obligaciones de su estado perfectísimamente.

Envió despues el bienaventurado P. Francisco de Borja al P. Diego de

Guzman y P. Gaspar Loarte á Roma, á nuestro P. S. Ignacio, el año de 1554, á quien dieron una carta del P. Maestro Avila, en que decia á nuestro Santo Padre que, como Jacob, enviaba delante sus hijos para seguirlos despues.

Con la comunicacion de S. Ignacio y el nuevo estado, se mejoró el religioso P. Diego y perfeccionó de manera, que siempre tuvo un perpetuo teson de oracion y trato familiar y muy regalado con nuestro Señor, con tanta asistencia que parecia que no entendia ni sabia otra cosa.

Y así, todas sus pláticas eran de nuestro Señor y de las mercedes que habia recibido en la Compañía de su bendita y liberal mano, y de nuestro Santo Padre, de quien hablaba con extraordinario encarecimiento y reverencia, diciendo que era grandísimo Santo.

Desde antes que entrase en la Compañía, parece que nuestro Señor le escogió para maestro de niños y gente ignorante y declarador de la doctrina cristiana: lo cual él hizo con gran afecto y estremada perseverancia toda su vida en los obispados de Jaen, Córdoba, Málaga, Sevilla y Granada, y en los de Salamanca, Calahorra, Búrgos, Pamplona y Badajoz; y en Italia, en Roma, Nápoles, Florencia, la Marca de Ancona y Córcega.

Y cuando los años últimos de su vida no podia ir á pié, por una enfermedad de ceática que le apretó mucho, iba en un jumentillo á las escuelas y otras partes donde se recogia gente desalmada y más desamparada de doctrina, y entonaba el santo viejo las coplillas que, para enseñar más fácil y suavemente á los niños la doctrina cristiana, habia hecho hacer.

Con esto edificaba extraordinariamente á toda la gente, y más á los que sabian la calidad de su persona y lo mucho que padecia en los caminos, y en las posadas y hospitales, donde se albergaba para hacer este oficio, por la pobreza é incomodidad con que se trataba.

No se contentó con emplear los años de su vida, que fueron muchos, en este santo ministerio y enseñanza de la doctrina cristiana á los niños, sino que fundó en Sevilla para este mismo fin la Congregacion de la doctrina cristiana, y despues la de los clérigos y caballeros, á cuyo ejemplo é imitacion se fundaron las demás que hay en Andalucía.

Fué muy penitente, y para castigar su cuerpo usaba de ásperos cilicios y tomaba rigurosas disciplinas, sin dejarlas en los últimos años de su edad; y cuando por la ceática no podia, buscaba su fervor manera para afligir su carne, que su flaqueza y enfermedad le negaban.

Conservó siempre una tierna devocion con nuestra Señora, cuyo rosario traia al cuello y le rezaba muchas veces al dia, y cantaba á sus solas alabanzas y ternuras á la Santísima Vírgen.

No fué ménos notable la devocion que tuvo al Santísimo Sacramento del

altar; gastaba muchas horas delante de él en la iglesia, y estando casi imposibilitado para decir Misa por tener la una pierna notablemente más corta que la otra y con muchos dolores, ningun dia dejaba de decirla con mucha ternura y lágrimas, buscando modos para facilitar lo que sin ellos parecia imposible poderse hacer.

Decia la Misa en secreto por el trabajo y fealdad de su pierna, y en reverencia de este divino Sacramento no se desnudó muchos años todos los juéves en la noche, gastándolas en oracion, hasta que por sus enfermedades no le fué permitido; y no pocas veces se levantaba de noche, aunque fuese yendo camino, y puesto de rodillas se entregaba á la oracion y se regalaba con el Señor, entreteniéndose con Él con suavísimos y dulcísimos coloquios.

Y porque siendo ya muy viejo, alguna vez meditando por la flaqueza de la naturaleza se dormia, tomaba para castigarse el báculo que traia en la mano, y se daba buenos coscorrones en la cabeza, y con esto se despertaba y escarmentaba.

En toda su vida, en sus obras y en sus palabras parecia que habia conservado la inocencia bautismal y la pureza de su alma y cuerpo con una simplicidad columbina, con que se hacia amable y ganaba los corazones de todos los que le trataban.

No parece que cabia en su entendimiento pensar mal de nadie, ni en su lengua hablar mal; y aunque las cosas fuesen patentes, públicas y averiguadas, y que no se podian escusar, él con una sinceridad de paloma hallaba forma para dar salida á lo que, al parecer, no la tenia.

Cuando se declaró el engaño de las llagas de la monja de Portugal, un caballero sobrino suyo refirió al Padre los embustes y marañas de aquella monja y la sentencia que los inquisidores la habian dado, y el Padre le respondió: «Señor, gloria á Jesus. Sepa Vm. que es una gran santa, una gran sierva y amiga de Dios y una rica joya de Jesus.»

Y como el caballero quedase atónito y le dijese: «¿Cómo puede V. P. decir eso, pasando esto y esto?» Respondió el Padre: «Ahora, señor, alabemos al bendito Jesus, que su bondad y sabiduría es infinita; que tras eso el buen Jesus la ha dado tanto conocimiento y arrepentimiento de sus culpas, que sin duda me persuado que es una gran sierva y amiga de Dios.»

Cuando alguno que no habia vivido bien tenia buena muerte, solia decir que el benditísimo Jesus habia sembrado su preciosa sangre en el mundo, y que aquel era el agosto, y lo que se coge de tal sementera y el fruto de su bendita pasion del Cordero sin mancilla que quita los pecados del mundo; que estas eran sus palabras, su lenguaje y comun manera de hablar.

Fué verdadero menospreciador del mundo y de sí mismo; nunca le oyeron hablar de su linaje, sangre y deudos; y si alguno con él metia plática de esto, luego la barajaba y la mudaba en otra de Dios.

Por haber vivido tantos años, en el discurso de su vida vino dos ó tres veces á ser heredero del estado y casa de sus padres, y jamás se conoció en él movimiento, ni sentimiento, ni palabra, ni otra demostracion alguna con que lo diese á entender; porque se tenia en más siendo cocinero de la Compañía, que si fuera señor del mundo.

Y así, en sus muchas y largas enfermedades que llevó con extraordinaria paciencia y alegría, nunca se quejaba de cosa que le faltase, ántes con una boca de risa decia que todo le sobraba, siendo verdad que por haberle durado muchos años las enfermedades, no se le podian dejar de hacer algunas faltas.

Como era persona tan notable y por su santidad tan amada y respetada, algunas personas desearon retratarle; y entendiendo que él por su humildad no lo consentiria, dieron traza que un deudo suyo lo entretuviese dos dias en pláticas espirituales, para divertirle, y que no echase de ver que le estaban retratando: despues que el pintor acabó su oficio, le mostraron el retrato que habia sacado, y el humilde siervo de Dios se turbó y dijo: «Alabado sea Jesus, que tambien he visto yo á Judas retratado.»

Estando, pues, este santo Padre cargado de años, de trabajos y de merecimientos en la Casa Profesa de la Compañía de Sevilla, y queriendo nuestro Señor darle la corona y eterno descanso, que con su gracia tan bien tenia merecidos, le vino una enfermedad de cólica tan recia y vehemente, que en veinte horas le quitó la vida, sin que fuese de provecho remedio alguno de los muchos que los médicos le aplicaron.

Recibió en este breve tiempo los Sacramentos del Viático y Extremauncion; y en medio de sus graves dolores, señalando con la mano el cielo, decia con alegría y júbilos espirituales: «Vamos, vamos, Señor. *Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*» Y otras veces hiriéndose los pechos decia: *In cubilibus vestris compungimini.*

Dió su bendita alma al Señor á los 8 de mayo de 1606, á los ochenta y tres de su edad y cincuenta y dos de Compañía. Aunque los nuestros por excusar el ruido no dieron noticia de quién era el difunto por quien se clamoreaba, los niños de las escuelas lo supieron y vinieron á su entierro cantando la doctrina que el santo les habia enseñado.

Acudieron tambien conventualmente muchas Religiones, canónigos, caballeros y jueces de la Audiencia, y todos los cantores de la iglesia mayor que le hicieron el Oficio, con tanto ruido y aprieto de la gente que procuraba lle-

gar á verle y tocar sus rosarios y cortarle algo de su ropa y tenerlo por reliquia, que apénas los Padres de la Compañía, y los alguaciles, y los escaños que pusieron en medio, le pudieron defender; tanta era la devocion del pueblo y la opinion y estima que tenia de su santidad.

El P. Maestro Fr. Luis de Granada en la vida que escribió del P. Maestro Juan de Avila, en el cap. IV de la tercera parte, pár. 7.º, hablando del P. Diego de Guzman dice estas palabras, que por ser de tan señalado varon me ha parecido poner aquí: «El P. Dr. Diego de Guzman fué hijo segun la carne del conde de Bailén, y segun el espíritu del P. Avila, y tan devoto suyo, y tan agradecido al beneficio de su llamamiento, que por ruegos suyos tomé yo el trabajo de escribir esta historia, prometiéndome la ayuda de sus oraciones y Misas por él.

»Y así confío en nuestro Señor que sus oraciones habrán suplido mis faltas; y, con todo esto, no diré de él más de lo que sé por vista de ojos, y esto es, que antes que entrase en la Compañía, se juntó con un Padre muy virtuoso y docto, y ambos andaban juntos por diversos lugares, sin ningun aparato de criados, aprovechando la salud de las almas en todo lo que podian, repartiendo entre sí los oficios, porque el que era teólogo predicaba con gran fervor y espíritu; mas él tomaba á cargo enseñar la doctrina, ayudando con su buen ejemplo y consejo á todos.

»Despues de haberse ejercitado en este oficio evangélico, ambos entraron en la Compañía de Jesus, y el uno, despues de haber trabajado muchos años en la viña del Señor con mucha edificacion de las almas, está ya gozando del denario divino, que es el premio que el Señor de la viña le prometió por concierto, por ser de los que comenzaron á trabajar á la hora de prima, y sufrió todo el peso del calor y del dia.

»Mas este otro Padre vive hoy dia, y, segun entiendo, persevera en el mismo oficio de enseñar la doctrina á los niños.» Esto es del P. Fr. Luis de Granada.

El licenciado Luis Muñoz, que escribió más cumplidamente la vida del P. Avila, hace asímismo más cumplido elogio de nuestro P. Diego de Guzman, á quien llama hijo primogénito, segun el espíritu, del P. Maestro Avila.

Escribe tambien del P. Diego de Guzman la *Historia de la Compañía*, en su primera y segunda parte.

P. NIEREMBERG.

P. TOMAS SANCHEZ

AUNQUE el doctísimo P. Tomás Sanchez fué tan raro y excelente en letras, mucho más se aventajó en virtudes, de las cuales fué un raro dechado; y así, le proponen grandes maestros de espíritu por idea de observancia religiosa y ejemplar del cuidado que deben tener todos los que tratan de perfeccion en su aprovechamiento y ganancia espiritual de muchos merecimientos.

Fué dado de la Madre de Dios á la Religion de la Compañía de Jesus, para que en todo la ilustrase y edificase con sus muchos ejemplos.

Era este varon insigne natural de Córdoba, donde nació año de 1550 de padres ricos y honrados. Desde niño fué no sólo inclinado á la virtud, pero deseoso de la perfeccion, y ejercitaba obras de gran mortificacion y desprecio del mundo.

Antes de entrar en la Compañía, con entrar de diez y seis años, hizo dos mortificaciones públicas bien grandes en su misma tierra, con ser hijo de padres tan honrados, que maravillaron á todos: la una fué ponerse el bonete al revés, el forro de fuera, que era de grana, y andar así por la ciudad.

La otra llevar en cuerpo sin manteo cántaros de agua al hombro á los presos de la cárcel, desde el pilar de la iglesia mayor de Córdoba hasta la cárcel vieja.

A estos principios correspondieron los medios y fines con tanta correspondencia é igualdad, que sólo faltó en ir de bien en mejor en toda virtud. Con tal espíritu mereció la gracia de la vocacion religiosa.

Deseó ser de la Compañía, y aunque pidió muchas veces ser recibido en ella, otras tantas se lo negaron por un vicio notable que tenia en la lengua, que no se dejaba entender cuando hablaba, y á cada palabra tartamudeaba torpemente.

Viéndose desahuciado de lo que deseaba más que la vida, se fué á una nuestra Señora que hay muy devota en Córdoba, que llaman de la Fuente Santa, y allí, postrado delante del altar de la Vírgen, la pidió con muchas lágrimas y gemidos del corazon y suspiros del pecho, le quitase aquel impedimento, diciendo que no se levantaria de allí, hasta que oyese su peticion y le otorgase lo que la suplicaba con tantas ansias.

Miróle con misericordia la Madre de ella, y concedió al devoto mancebo

lo que pedia, quedando de allí adelante nuestro Tomás sin aquel vicio y costumbre de tartamudear tan notablemente.

Fuése luego al colegio de la Compañía, contó el milagro que habia obrado en él la Vírgen Santísima. Dió claro testimonio de él su habla diferente, viendo todos cómo era así, con lo cual fué admitido en la Compañía de edad de diez y seis años, y él quedó tan agradecido á la Madre de Dios, que, cuando despues venia á Córdoba, lo primero que hacia era ir derecho á la iglesia de la Vírgen, aunque llegase de noche, y la saludaba, y daba devotamente las gracias por aquel insigne beneficio, y á otro dia tornaba allá á decir Misa, gastando todo el dia en oracion en la misma capilla de la Madre de Dios.

Por la experiencia que tenia de su patrocinio, decia que todo su cuidado y solicitud habia de ser la Vírgen María, Señora nuestra, con la cual se habia de tener singular aficion y cuidado y acudir á ella como á Madre verdadera en todas sus necesidades, estudios y dificultades; que por ella se habia de dar gracias á Dios por cualquiera obra hecha en su servicio, por ella pedir perdon de cualquiera falta, y por ella encomendar á Dios á todos.

Con tan buenos principios y tan favorecido del cielo, hizo en la Religion una vida mas de allá que de la tierra, porque no tomaba gusto en cosa del mundo, y aborrecia al regalo como á la muerte, y así, era su mortificacion continua.

No echaba en la comida cosa que la sazonase, sino sólamente la comia como se la daban, hasta las yerbas y pescado sin aceite ni vinagre; ni en cosa alguna echaba sal, pimienta ú otra salsa: si acaso le ponian cosa que tuviese dulce, lo apartaba. Y de su corta salud no queria alivio alguno, sino el de grandes penitencias, y perpetua mortificacion, y afligimiento de su carne.

Comia sola una vez al dia muy austeramente; y muchos dias no gustaba sino pan y yerbas desabridas, sin sal, ni aceite, ni vinagre. Todo el adviento y cuaresma no probaba bocado de pescado, sino solo pan y yerbas ó algunos higos y pasas. Los dias antes de las festividades de Cristo y de la Vírgen, pasaba con sólo pan y agua.

Comida en que antes de entrar en la Compañía hubiese tenido gusto, no quiso jamas tocarla. Tenia en una memoria escritos, como luego veremos, los manjares que algun tiempo habia apetecido, y propuesto de no comerlos jamás, tan de veras que tenia escrito: «Aunque reviente, no tengo de probar aquellas cosas que me saben bien y tengo gusto en ellas.»

Habia publicado guerra sangrienta á todos sus apetitos y sentidos. Aunque entró algunas veces en huertas amenísimas donde habia muchas y varias

flores y rosas olorosísimas, jamás quiso oler alguna, teniendo siempre tirado el arco de la mortificacion.

Fuera de negarse todo gusto, se daba todo el disgusto que podia, quebrantando y afligiendo su cuerpo flaco. Sus disciplinas eran ordinarias y de grande rigor; sus cilicios tambien continuos con singular perseverancia.

En el silencio fué extremado, y cuando hablaba, era con grande humildad y voz baja. Sus palabras eran de Dios; decia de todos bien.

Tuvo en su noviciado santa competencia y religiosa emulacion, para ayudarse y crecer más en espíritu, con el santo H. Juan Bautista, Coadjutor, persona de singular virtud y perfeccion; andaban los dos á porfía sobre quién habia de ser más mortificado, más humilde, más penitente.

Éralo tanto el H. Bautista, y tomaba no sólo crueles, sino tan atroces disciplinas, que mandó el P. Rector á nuestro Tomás que estuviese siempre á su lado y le hiciese señal cuando tomaba las disciplinas, y pusiese modo en ellas, aunque tenia él la misma necesidad de freno.

Habíanse concertado los dos novicios de mortificarse uno á otro y de señalarse penitencias por las imperfecciones que hiciesen ó se notase uno á otro; pero era tan severo el H. Tomás Sanchez, así para consigo como para con el otro, que le temia el H. Bautista y se rendia á su competidor, reconociéndole por superior en esta santa lucha y porfía.

Lo cual es una grande alabanza y prueba de su heróica virtud, porque el H. Bautista era de rara santidad, de la cual diré alguna cosa, por ceder toda en gloria de su fervoroso competidor cuya vida escribimos, y haber subido el H. Bautista por su medio y ejemplo á la santidad que alcanzó.

Bien se echó de ver haber escogido el Señor á este Hermano para un excelente grado de perfeccion por la singular providencia que tuvo con él al principio de su noviciado; porque, á los cincuenta dias que estuvo retirado en la primera probacion, la cual se extendia entónces á tan largo espacio de tiempo, le vino una grande tentacion y estaba ya para irse; hubiéralo ejecutado, si no fuera prevenido con este singular favor.

Apareciósele la Vírgen Santísima acompañada de S. Pedro y de Sta. Bárbara; díjole la Reina del cielo con rostro muy apacible que perseverase en aquel estado, en que habia de alcanzar la vida eterna. Con este oráculo divino perseveró en la Religion con singular ejemplo de fervor y de toda virtud.

Era cruel para consigo, para con los hombres humilde sobremanera, para con Dios devoto; tenia continua presencia suya, derramando muchas lágrimas de devocion con sólo hablar de Dios ó ponérsele á considerar.

Estaba tan embebido en las cosas divinas, que no se acordaba de las humanas; y en todo el tiempo que vivió en la Compañía no escribió carta á

ninguno, ni á pariente, ni amigo, ni á seglar, ni á religioso, aunque fuese de los nuestros.

Tuvo muchas luchas con el demonio, que se le apareció como á S Antonio en figuras disformes, y le amenazaba que le habia de matar; pero siempre salia el siervo de Dios vencedor, armado con su mucha humildad y oracion, la cual era muy eficaz, y alcanzó de nuestro Señor muchas cosas.

Era tan grande su caridad, que por no dar enfado ni ruido en su última enfermedad, ni ser de cansancio á los enfermeros, pedia á Dios le diese muerte repentina ó presta. Concedióselo tambien nuestro Señor, y su muerte fué de una caida de un árbol, de la cual no duró un dia, dándole lugar Su Divina Majestad para que recibiese su Santísimo cuerpo.

Basta esto para entender cuán grande siervo de Dios era este Hermano, con quien el fervoroso Tomás Sanchez tuvo la santa emulacion que hemos dicho, y á quien ayudó en su espíritu. Y así como fueron tan parecidos en la santa vida, les hermanó nuestro Señor en la muerte, para que en vida y muerte fuesen compañeros; porque en un mismo año murieron en Granada llenos de dias y de merecimientos.

Pero tornando á la historia de nuestro Tomás, el mismo rigor del noviciado, sin aflojar en nada, guardó por toda su vida; porque no sólo cuando novicio, sino tambien estudiante, fué muy observante y tan cuidadoso siempre de sí, como el más fervoroso novicio.

Una vez, siendo Hermano teólogo, llegando á la puerta de un aposento, pasó el Ministro, y por ser corto de vista le pareció estaba dentro; mandóle decir la culpa. Pero pareciéndole al religioso Hermano que podia y debia excusarse por estar inocente, lo hizo; y, aunque fué con la mayor humildad y encogimiento que pudo, le pesó despues tanto de lo que habia hecho, que con confusion y lágrimas lloraba el haber perdido aquella ocasion de su desprecio, como mercader codicioso en su especial granjería.

Escribiólo al P. Provincial, Pedro Bernal, diciéndole que no era religioso, sino seglar, y que andaba tan perdido en su espíritu, que le pedia encarecidamente lo enviase al noviciado para recobrarlo. Esto escribió con palabras tan sentidas y con tan grande espíritu y fervor, que pareciéndole al P. Provincial que era negocio de Dios, condescendió con su peticion y lo envió por unos meses á Montilla, donde fué rara la edificacion que dió en todo género. Y solia el Padre decir, contando este caso, que se holgara en el alma de tener aquella carta para afervorarse con ella.

Aquí hizo propósito de pedir ir al noviciado de tres á tres años, y así lo cumplió toda su vida, teniendo ejercicios y andando con los Hermanos en todo lo que era su distribucion.

Despues de Padre, tuvo en Granada, donde vivió todo el tiempo que estuvo en la Compañía, cuidado de los novicios. Ni tenia más qué enseñarles que lo que él hacia; sobre todo la caridad, en que se señaló grandemente, con la cual sentia en el alma la salida de alguno de la Compañía, por lo que perdia y por los peligros á que se ponia.

Vez hubo que, despidiendo á un novicio suyo, se le afligió y apretó el corazon de manera que llegó á dar gritos y caer desmayado en el suelo. Y despues las veces que iba al noviciado hablaba á los Hermanos á cada uno de por sí, confirmándolos en su vocacion, para que no se viesen en semejante desgracia.

Lo restante de su vida gastó en la misma ciudad de Granada en escribir y acudir á la salud y perfeccion del prójimo, y primero á la suya, viviendo siempre con la observancia de novicio.

No se le oia palabra que cediese en alabanza suya; la curiosidad mortificaba con las mismas veras, sin perdonar cosa, por menuda que fuese; no preguntaba nada, ni queria saberlo, ni alzaba los ojos para ver cosa, ni, si la veia, queria detenerse ni averiguar qué era.

Cuando hacia grande frio, no se abrigaba las manos ni se llegaba á la lumbre. En verano sufria el calor tanto que ni el bonete se quitaba, para carecer de aquel alivio. No se quitaba mosca por molestia que le diese.

Era tan exacto y menudo en todo género de mortificacion, que tenia determinado y escrito cómo habia de hacer mil cosas que parecerán impertinencias al que no estuviere tocado del mismo espíritu del Señor; pero á la verdad semejantes observancias no son sino sabiduría del cielo y materia de grandes merecimientos. Y así, propondré algunos de los heróicos propósitos de este siervo de Dios, los cuales testifican todos los que le conocieron que los cumplió por toda su vida religiosa al pié de la letra. Decia así de su letra:

»Ha de ser mi ordinario teson tratar de una granjería espiritual, como mercader muy codicioso, por granjear espiritualmente. Lo primero en la caridad, acudiendo á la comodidad ajena, pospuesta la mia. Reventar por no contar falta de nadie, ni celebrarla cuando otros la celebran, aunque sea levísima, sino reventar, porque en mi boca y pensamiento sean todos grandes.»

Así lo cumplió, porque tenia un corazon en extremo piadoso y caritativo, compadeciéndose de los afligidos, siendo refugio de todos, acudiendo á lo que se le pedia con singular caridad en todas ocasiones; y, si decia alguna palabra ménos blanda, se desvelaba aquella noche de pura pena.

Añadia luego: «Lo segundo ha de ser mi granjería en la paciencia, como si se olvidan de mí en lo necesario; reventar por servir más á quien más pesa-

dumbre me da: en esto fué eminente. En saliendo de mi aposento, ir con hipo de que se me ofrezca qué sufrir: esto repetia de ordinario y aconsejaba á todos. Si voy á pedir algo, rogar á Dios que no me lo concedan. Ser yunque de herrero para sufrir.»

Fuélo de manera, que cuando le daban alguna reprension pública, como se suele hacer en la Compañía áun sin culpa, se iba al Santísimo Sacramento y rogaba por el Superior que se la dió y por los que habian intervenido; y dándole el Ministro una en ausencia del Superior por cosas graves con siniestra informacion, hizo voto delante del Santísimo Sacramento de callar y sufrir sin excusarse.

Descubrióse despues la verdad, y despidiendo de la Compañía por sus faltas al Ministro, le acudió y favoreció con muy grande caridad.

Cuando alguno lo mortificaba, tomaba luego una disciplina por él y hacia otras mortificaciones más ó ménos, conforme á la pesadumbre que le daban.

Decia lo tercero: «He de ser enemigo del regalo como del diablo.» Sólo este punto de cuán enemigo fué del regalo y de su gusto, y cuán amigo de su mortificacion y penitencia, bastaba para dar materia de una larga historia; y así, para que recojamos materia tan lata y la reduzcamos á órden, discurramos en breve por los sentidos.

Mortificó el olfato, no oliendo flor ninguna, con pasar lo más del año en la recreacion ó granja que se llama Jesus del Valle, donde hay tantas, guardando puntualísimamente lo que dice en su cartapacio: «No tengo de oler en la huerta nada.»

El oido mortificó no oyendo nuevas, ni preguntando cosa que oliese á curiosidad, ni sabia de los huéspedes, cuando los abrazaba, de dónde venian ó dónde iban. Y particularmente anduvo con gran recato de no inquirir lo que estaba á cargo de los Superiores. Esto está en sus escritos, y todo lo cumplió al pié de la letra.

Refrenó la vista admirablemente, y así, dijo é hizo lo que se sigue: «Cuando vea á algunos juntos mirando alguna cosa, no pararme á mirar lo que es. Por casa los ojos bajos, sin ver más que el bulto que pasa para quitarme el bonete. En el refectorio he de estar con modestia en la bendicion y accion de gracias, y en la mesa no mirando al plato que me ponen.»

Esto guardó con tan grande exaccion, que dicen los que se lo oyeron que nunca conoció al que servia ni al que tenia al lado, si ellos no le hablaban.

En no mirar á mujeres, por principales y santas que fueran, fué muy admirable. Mostrándole en una ocasion los Padres de Sto. Domingo de la ciudad de Granada su convento por hacerle amistad y agasajo; cuando llegaba á lo que le decian era más curioso y más particular, bajaba los ojos sin ver

nada las veces que podia sin ser notado, y para no serlo, alababa aquello como si lo hubiera visto; pero fuélo del compañero, porque iba con advertencia.

La mortificacion del tacto fué tan admirable como lo fueron sus penitencias. Juéves, viérnes y sábado, tomaba infaliblemente una rigurosa disciplina y traia cilicio; y halláronle con él al tercero dia de la última enfermedad de que murió, por ser sábado, y debíalo de tener puesto desde el juéves, segun su santa costumbre, con haber sido muy recia la calentura que tuvo todos aquellos tres dias.

Y aunque estas eran sus ordinarias penitencias de cilicio y disciplina, las extraordinarias que hacia por particulares devociones que tenia á santos, eran tantas que, computadas las semanas de todo el año, venian á ser una cada dia.

En la mesa tenia de ordinario un pié levantado, y así lo decia él en su cartapacio. En el sentido del gusto faltan palabras para decir las gloriosas victorias que alcanzó de sí mismo. Cuando le faltaba algo de lo que tenia necesidad, estaba muy gozoso y contentísimo.

No comia, como hemos dicho, sino una vez al dia, que era á la noche, sin comer ni beber más en todo él: áun en los últimos años de su vida le duró comer un dia cosa de sustancia y otro yerbas ó fruta, y muchas semanas pasaba dos, tres y cuatro dias con solas yerbas, estudiando, como estudiaba, cada diez y doce horas.

Y aunque decia que no llevaba más que esto su estómago, de su espíritu tan rígido y penitente entendian todos que no era sino virtud de abstinencia; con lo cual viene lo que muchas veces se experimentó, que fué darle con engaño dos y tres tanto más de sustancia de lo que él pensaba, y no le hacia daño sino provecho. Y tambien, como él decia en su cartapacio, procuraba hacer las cosas de su devocion sin que se advirtiesen; y así, se ve que no era nesidad, sino virtud encubierta y prodigiosa en hombre tan trabajado y tan ocupado en estudio y negocios.

La mortificacion que guardaba en la comida dijo él por estas palabras: «Tengo de comer lo que me dieren sin echarle nada, como aceite, vinagre, sal y agua en la fruta para que se enfrie; ni he de comer en toda mi vida tales y tales cosas (nombrábalas allí) porque me saben muy extraordinariamente bien; y esto aunque no tenga más que pan que comer. Dejar lo que mejor me sabe. En el arroz apartar el azúcar ó miel y no comerla. Cuando me tuvieren parado en la mesa, rogar á Dios que se olviden de mí. En la bebida dejar algo, aunque no haya satisfecho á mi necesidad.»

Estas y otras cosas más menudas dice y hacia, y yo las refiero para que

se entienda el cuidado y solicitud con que andaba este espiritual mercader en su trato y granjería del cielo, y la estimacion que hacia de cualquier aumento de su caudal.

Y, pues hablamos del sentido del gusto, digamos de la lengua: alcanzó con perfeccion y grado eminentísimo la virtud del silencio, guardándolo no sólo en el colegio, sino en la granja, áun en tiempos que concurrian otros á divertirse y recrearse; hablando él de esto, dice: «Tengo de guardar extraordinario silencio; he de tener cuidado particular en todas mis conversaciones de hablar algo de Dios, y que con ninguno de fuera trate, que no lleve algun bocado de esto.»

Lo cuarto, añadió: «He de ser amicísimo de la pobreza, y así, no tengo de comer manjar que no sea de religiosos pobres.» Esto guardaba de manera, que ni ave, ni dulce, ni manjar blanco, ni cosas semejantes (aunque las hubiesen traido de limosna en dias de pascua y las comiesen todos) las queria.

Tambien decia: «Para el camino no tengo de llevar cosa de regalo, ni cojinete, ni otra cosa de ropa, sino sobreropa, y manteo, y sombrero, y alforjas: así lo cumplia. Héme de vestir lo más pobre que pudiere y nunca ponerme cosa nueva, si puedo.»

De esto tenia hecho voto y cumplíalo, con darle cada año el señor Arzobispo de Granada para sotana y manteo: aunque todo lo que traia encima era pobre, el sombrero que tenia lo era tanto, tan viejo, tan ajado y tan blanquizo, que el P. Francisco de Porras, Visitador de Andalucía, le mandó lo dejase y usase de otro mejor.

Afligióse de esto el siervo de Dios, é hizo tanta instancia porque se lo dejasen, que se contentó el P. Visitador con que lo tiñesen. Llamó el Padre a un hombre honrado y devoto penitente suyo, contóle lo que pasaba, y pidió le llevase á teñir aquel sombrero, pero que se lo tiñese en la peor tinta que hubiese; él lo llevó, y, por cumplir con la devocion del Padre, lo hizo así y lo trajo peor que lo llevó, con muy grande consuelo del P. Tomás Sanchez, y usó de él hasta poco antes de su muerte, que de hecho se lo quitaron y le dieron otro.

Con ser sus estudios de tan grande importancia, escribia siempre los borradores en cartas viejas, no sólo en lo blanco de ellas, sino entre renglon y renglon, por ahorrar aquello de papel blanco.

Lo quinto, decia: «He de hacerme novicio del primer año, y que como á tal me puedan tratar, y huir de significar algo que redunde en mi alabanza mostrándome letrado ó avisado. He de tomar el peor lugar en el refectorio las veces que pudiere sin nota.»

Para ponderar la humildad de este gran varon, se ha de reparar en cuán grande, cuán insigne y cuán eminente letrado lo hizo Dios.

Estuvo en Granada desde que entró en la Compañía, y por espacio de treinta años fué el oráculo de los Prelados de aquella Iglesia, á quien estimaban y respetaban como á gran santo y gran letrado, consultábanlo todos en sus negocios y visitábanlo en sus enfermedades.

La misma estimacion hicieron de él los señores presidentes y consejeros de aquella real Audiencia, confesándose muchos con él y consultándole todos, teniéndole en su facultad por eminentísimo.

Y no sólo estos señores, sino tambien la Iglesia de Dios y la Cabeza de ella, Clemente VIII, alabando y engrandeciendo con palabras mayores su libro de *Matrimonio*. Consultábanlo de todas partes, no sólo de España, sino de las naciones extranjeras, y de él hace honorífica mencion el P. Rivadeneira en su *Catálogo de los escritores ilustres de la Compañía*.

Hablamos, pues, de la humildad de este gran letrado, y de él decimos que andaba en perpetuo estudio de ser despreciado y no conocido. Estando en Jesus del Valle (así se llamaba la granja) como estaba muy ordinario, por no tener allí Superior, miraba como á tal á su compañero, aunque fuese Hermano, y le llamaba mi amo.

Muchas veces vino al colegio y fué en un jumento por medio de la ciudad, exponiéndose á que le encontrasen, como le encontraron, muchos de los señores de la Audiencia, con harto mayor consuelo suyo que si fuera en carroza; y así, se paraba á hablar con ellos y hacer conversacion de su caballería con un santo y sencillo donaire.

Cuando caminaba y llevaba compañero Hermano, al principio del camino le besaba los piés, y por todo él le calzaba las espuelas. Fué raro y único en no excusarse, y túvolo de costumbre desde que entró en la Compañía, como el solia decir.

Tenia entre manos, y ya para comenzarla á imprimir, la obra más insigne y más deseada del mundo todo, que en su género tenemos, que era una gran *Suma sobre los Mandamientos*, y con sentir como sentimos todos en extremo verla malograda, él no sólo no habló palabra de sentimiento, pero ni áun tuvo rastro de él en su corazon, como dijo poco antes que muriera; varon verdaderamente humilde, que no se buscaba á sí en sus obras, sino la mayor gloria de Dios.

Decia lo sexto: «He de ser puntualísimo en la obediencia y en guardar áun las tildes de las reglas. No he de tocar á una hoja del árbol, ni pedir, aunque sea un alfiler ó una hebra de hilo, sin licencia, ni recibirla primero que la pida.»

Fué singular en esto, no sólo en obedecer al Superior inmediatamente con puntualidad, sino tambien á las campanillas, con tan grande exaccion y presteza, que estando, como estaba, en estudios tan graves, estudiando y escribiendo, y cogiéndole, como era fuerza, de ordinario esta obediencia la parte y la letra comenzada, al punto la dejaba y acudia á lo que se mandaba, sin temor ni cuidado de que se olvidase la razon que iba á escribir.

Estando en Jesus del Valle, que está una legua de la ciudad, le envió a llamar el Superior, y, no pudiendo tan presto acomodarle de cabalgadura, se vino á pié por obedecer con puntualidad. De estas finezas de obediencia tuvo muchas.

Otros muchos propósitos tenia muy particulares, que cuanto son de cosas más menudas, tanto son mayor argumento de lo mucho que se mortificaba.

Tenia escrito que cuando viese una carta, no habia de leer el sobrescrito, ni cuando encontraba un libro, preguntar de qué era, ni cuando veia algunos juntos, pararse á ver lo que hacian, ni cuando llegaba algun huésped, preguntar á qué habia venido; que habia de huir de saber nuevas; que se habia de lavar en verano pocas veces y enjugarse bien las manos y al contrario en invierno; que en invierno habia de comenzar á vestirse por las calzas por padecer más frio y al contrario en verano, por padecer más calor; que en la mesa habia de escoger el postrer lugar, porque se tardase más en darle recaudo.

Que sentado no habia de arrimarse, y si alguno, sentándose con él, le cogia la ropa, no la habia de sacar, sino pasar aquella incomodidad, y áun procurar que la cogiesen por tener algo que sufrir. Que no habia de echar agua en la fruta para refrescarla, ni mojar la comida en salsa ni caldillo alguno.

Que cuando le diesen alguna cosa sabrosa y la hubiese de comer, habia de ser sin pan, por gustarla ménos; que si al fin de la comida queria un bocado de pan, le habia de dejar y siempre habia de dejar el mejor bocado.

Que no habia de beber luego, sino padecer un poco, y en el vaso habia de dejar algo, sin satisfacer la sed; que no habia de tratar de la comida ni decir si se olvidaron de él; que no habia de hablar si estaba ocupado ó habia confesado á muchos; que cuando se acostaba en invierno, no habia de encogerse sino tenderse, y, en despertando, buscar el frio y volver el almohada; pero en verano todo lo contrario. De todas estas cosas se reirán los prudentes del mundo, pero este sabio Padre no sólo las juzgó por dignas de observarse, pero de escribirse y ejecutarse con grande solicitud y cuidado. Era tanto lo que él entendia en su cumplimiento, que decia que habia de reventar antes de faltar en alguna cosa de estos sus propósitos.

El P. Juan de Combrecio, varon muy docto y espiritualísimo, hizo tanto

caso de estas menudencias del P. Tomás Sanchez, que admirado de su teson y diligencia en aprovecharse áun en las cosas más mínimas, le propone por idea á todos los que tratan de perfeccion, en su docto y provechosísimo libro del *Estudio de la perfeccion,* donde despues de haber dado varias industrias para merecer y negociar espiritualmente tesoros de gracia y gloria, dice: «Para que no falte nada á la doctrina y documentos que hemos dado, propongamos un capitan de este camino que nos guíe y vaya delante, y que toda esta doctrina no con palabras, sino con sus obras y costumbres la muestre. Mostrónoslo por cierto el P. Tomás Sanchez.» Esto es del autor dicho.

En la caridad fué donde parece que era más artificiosa y ambiciosa de merecimientos la mortificacion de este siervo de Dios. Ayudaba y servia más á quien más pesadumbre le daba, y deseaba se la diesen grande y tener ocasiones en que ejercitar su paciencia.

No tenia pensamiento siniestro de alguno, con tanto cuidado de evitar el trabajo de los oficiales de casa, que procuraba gastar poca agua cuando se lavaba, por excusar el trabajo del que tenia oficio de traerla.

Cuando barria con los demás, tomaba para sí donde habia bancos ó más que hacer. Si hallaba alguna basura por la casa ó á la puerta de un aposento, él iba disimuladamente y la cogia. Si se apagaba alguna lámpara de noche, él la encendia, previniendo al que lo debia hacer por su oficio.

Si veia á alguno cargado, luego le iba á ayudar. Si entendia que algun Padre habia menester á otro de casa, él se le iba á buscar. El se ofrecia para hacer cualquier cosa que hubiese otro menester, aunque le fuera muy penosa Procuraba siempre acomodar á otros aunque se desacomodase á sí.

Daba á los demás en todas las cosas lo mejor ó que escogiesen ellos, y él se contentaba con lo que desechaban los demás, como en el vestido, aposento más pobre y desacomodado y cosas semejantes. Si buscaban á alguno para ir á los enfermos ú otra cosa de trabajo, él se ofrecia á todo. Finalmente, andaba como un codicioso mercader de riquezas espirituales, procurando en todas las cosas no perder punto de merecimiento.

Ni sólo era admirable en él esta solicitud de merecer áun en cosas tan menudas, pero tambien su teson y perseverancia: no habia de faltar á sus propósitos y menudencias aunque reventase, así hablaba, como hemos dicho, y aunque le hiciesen pedazos.

Admira esto grandemente el P. Combrecio; y así, despues de haber referido muchos propósitos que trae de este observante Padre, dice estas palabras: «Cosa poca fuera y no digna de admiracion, si la perfeccion de este santo varon estuviera sólo en el propósito de las cosas que habia de hacer.

Fácil cosa es proponer, pero aquel que propusiere y ejecutare, merece ser llamado grande en el reino de los cielos.»

«Cosa es más maravillosa que todas las demás, que en todos los cuarenta y tres años que vivió en Religion y áun antes que entrase religioso, nunca aflojó un punto en alguno de los ejercicios dichos, ni dejó alguno, por más impedimentos que ocurriesen.

»A cualquier persona dejaba, por grave que fuese, en oyendo la campana, ó cuando se llegaba el tiempo y distribucion de algun ejercicio espiritual. De aquí se puede colegir cuán gran monton de merecimientos llevó consigo al cielo este diligente mercader espiritual.»

Esto es del autor citado, el cual tambien, porque queriendo representar un dechado de hombres perfectos y fervorosos en su aprovechamiento, propone, como hemos dicho, á este siervo de Dios por ejemplar de diligencia y solicitud del servicio divino; dice de él esta cláusula:

«Este tan grande varon, con sumo odio de los vicios y amor singular de la virtud, ejercitó esta negociacion espiritual, que hemos dicho, de tal manera, que en su ejecucion excedió á toda doctrina y palabras; y si faltasen libros, de sólo su vida y santas costumbres toda la doctrina que hemos puesto se pudiera saber y colegir.

»Cada dia proponia por la mañana las cosas con que habia de granjear y negociar más gracia, y las referia en un librito; y en el discurso del dia ejecutaba cuanto podia y á ciertos tiempos se tomaba cuenta con increible ganancia y aprovechamiento, que le granjeó mucho nombre de santidad y gran veneracion.» Todas estas son palabras del P. Juan Combrecio.

Con esta solicitud guardó este santo varon una inocencia de vida tan pura que no sólo conservó en su entereza y flor su castidad virginal, pero en toda la vida no cometió pecado alguno grave, como lo afirmaron los confesores con quienes se confesó de toda ella.

Su devocion y piedad para con Dios fueron iguales á las demás virtudes de este fervoroso varon. Cada dia tenia por lo ménos dos horas de oracion. Dícelo él por estas palabras: «Todo el año una hora de oracion extraordinaria tengo de procurarla, leyendo cada dia el ejercicio, y preparando los propósitos que tengo de sacar, y examinarla, y guardar sus adiciones: ser infalible en la ordinaria y extraordinaria, aunque reviente.»

Este santísimo ejercicio lo hizo no sólo santo, sino letrado en el grado que lo fué, porque aquí le ilustraba nuestro Señor el entendimiento y le aclaraba sus dudas.

Cuando tenia alguna de consideracion de que no sabia salir, le decia al compañero que le escribia que dejasen aquel punto para otro dia, y luego

por la mañana, en saliendo de oracion, lo llamaba y le decia que escribiese, que ya tenia resolucion en aquello.

Una vez más particularmente que otra se halló embarazadísimo en una dificultad de lo que escribió de matrimonio, de que no pudo salir. Recurrió á su comun refugio y á su oráculo de la oracion, y habiendo pasado algunos dias sin hallar lo que buscaba, encontró á un Hermano del Seminario, á quien él por su virtud tenia buena voluntad, y el Hermano con esta licencia le preguntó que de qué andaba melancólico y pensativo. El Padre con su santa llaneza y afabilidad le dijo la dificultad en que andaba. «¿Pues lo que hay en este punto (dijo el Hermano) no es esto y esto?» El Padre con esta luz del cielo conoció que aquella era la solucion.

Quiso nuestro Señor mostrar la eficacia de su oracion, enseñándole lo que no sabia y lo que estimaba su humildad, enseñándole por aquel medio para conservarlo en ella.

Tuvo noticia de este caso el presidente de la chancillería en la última enfermedad del Padre, y deseando mucho saber qué punto fuese este en su libro, se lo envió á preguntar, pero ya no estaba en disposicion de decirlo.

No sólo alcanzaba de nuestro Señor en la oracion luz para sí, sino tambien remedio para los demás. Estando enfermo y desahuciado un sobrino suyo, lo visitó, y diciendo el Evangelio y poniéndole las manos, luego mejoró de manera, que entrando un gran médico que le curaba, dijo á voces que era aquella salud milagrosa.

Otra vez, visitando á un penitente suyo que habia dias que estaba con tercianas dobles, hallólo ya con el frio, y diciéndole el Evangelio, y poniéndole las manos, se despidió. No hubo llegado á la escalera, cuando el enfermo comenzó á llamarlo, diciendo que el frio se le habia quitado y que ya estaba bueno; y así fué, porque no le volvieron más las tercianas.

De sus devociones la más principal y la que fué como fuente de las demás, la dice el santo varon por estas palabras: «Toda mi tema ha de ser el Santísimo Sacramento, Jesus crucificado, la Vírgen Santísima, á los cuales tengo de tener particularísima devocion, acudiendo á ellos como á Madre en todas mis necesidades y en las dificultades de estudio, y á dar gracias por cualquiera obra particular del servicio de Dios que hiciere, y á pedirles perdon de cualquiera falta, y á rogar por quien me diere particular disgusto.»

Esta devocion tenia escrita por el mismo órden en los registros del Breviario. Esta traia de ordinario en la boca; con esta, como con arma poderosa, se defendia de las tentaciones, y solia decir que le era único remedio. Hizo de esto tanto hábito, que como él contaba, le acontecia estando dur-

miendo venirle alguna ilusion y decir él: *Santísimo Sacramento, Jesus crucificado, Vírgen Santísima,* y al punto despertaba sin ella.

Yendo una vez á Jesus del Valle en un macho, se asombró y dió á correr con él por parte que le iba á despeñar: dijo el siervo de Dios estas palabras de su devocion, y, como si enclavaran al macho, al punto se paró.

Cada vez proponia andar con particular cuidado en esta ó en aquella virtud en reverencia de esta su devocion, examinándose de ella al cabo del mes y apuntando en su cartapacio las faltas que habia hecho por semanas, en esta forma; digamos del mes de abril, que fué el último que acabó de apuntar:

«Al Santísimo Sacramento ofrezco mucha caridad, á Jesus crucificado mucha paciencia, á nuestra Señora mucho silencio. Primera semana, *nihil;* segunda, una impaciencia pequeña; tercera, tres pequeñas; cuarta, dos pequeñas.»

Fuera de esto hacia por esta misma devocion lo que él dice por estas palabras: «En reverencia del Santísimo Sacramento, cada dia visitarle cinco veces, y los juéves ocho; disciplina y cilicios este dia, y en el mismo andar con continua memoria de este misterio, y con particular cuidado de mi granjeria espiritual Ocho dias antes de su fiesta y ocho despues, cada dia su letania, disciplina y cilicio, y una hora más de oracion, y cuenta grande con prepararme para esta fiesta, visitarle estos dias ocho veces, la víspera de la fiesta oir otra Misa y dos horas más de oracion.

»A Jesus crucificado; los viernes hacer lo mismo que el juéves, y el sábado lo mismo en reverencia de nuestra Señora.

Ocho dias antes de cualquier fiesta de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora y sus vigilias, prepararme para ellas como para la fiesta que dije del Santísimo Sacramento, y lo mismo ocho dias antes de la pascua del Espíritu Santo y de la Santísima Trinidad.»

Mucho habrá admirado todo lo dicho, y con razon, por ser todas las virtudes dichas tan solidas y tantas las finezas que este santo varon hizo por alcanzarlas; pero lo que mas admira y lo que le hizo unico y singular, fué lo que pondero el P. Combrecio, y con mucha razon, esto es, el teson tan grande que tuvo en esto casi por toda su vida, aun desde antes de entrar en Religion, sin haber aflojado un solo dia en este rigor, ni faltado en la distribucion de sus ejercicios espirituales, por muchas ocupaciones y negocios que le sobreviniesen, con ser tantos y tan graves, despidiendose de cualquier persona cuando llegaba la hora de la distribucion de sus ejercicios santos, por lo cual se deja bien entender cuanto doblo su talento este diligente siervo del Señor, y los frutos de sus santas invenciones que gustará en el cielo,

segun las palabras que él de ordinario repetia: *Dicite iusto, quoniam bene, quoniam fructum adinventionum suarum comedet.*

Esta inocencia con tantas virtudes y letras le hicieron admirable en el mundo. Su sabiduría era tan grande como se muestra en sus libros.

Una vez se trataba en Roma una cuestion que habia disputado nuestro Tomás; dieron el libro al Papa Clemente VIII para que la viese, y, con ser este Pontífice doctísimo, quedó tan admirado de la sutileza de ingenio del P. Tomás Sanchez, del acierto de su juicio, de la claridad de su disposicion, de la exquisita y rara diligencia en averiguar las cosas, del método en tratarlas, del increible estudio de autores que leyó y alega, que dijo el Papa Clemente con gran admiracion, que no habia autor semejante en las materias que trataba de matrimonio. Ni ménos admirado Paulo V delante de muchas personas doctísimas y muy graves, dijo: «Excelentísimo y extremado español es este en las cosas morales.»

Y dejando aparte otros grandes testimonios de la excelencia de los escritos de este sabio Padre, valen por muchos los que dan de ellos los Expurgatorios de Roma y España.

En Roma se publicó é imprimió un edicto de la Congregacion del Indice, en el cual, despues de haberse prohibido varios libros por sólo que faltaba una sentencia del P. Tomás Sanchez en una impresion de sus obras, prohibe aquella impresion; y lo mismo mandó la santa Inquisicion en España, donde se muestra bien el caso que merece la doctrina de este admirable doctor; pues por faltar sólo una sentencia de ella, se ha hecho tan notable demostracion.

Alcanzó este humilde Padre ver sus libros celebrados, y seguidos en cátedras, tribunales, chancillerías y consejos reales. En todas partes era admirada y aplaudida su erudicion y doctrina. De todas partes le consultaban y querian gustar de su sabiduría, que era como una cristalina fuente, que vertia copiosas y saludables aguas, para serenar conciencias turbadas.

Con tan grande sabiduría juntaba el P. Tomás un candor de ánimo y sencillez admirable. Apénas se podia creer cómo se unia con él la simplicidad de paloma con tan rara prudencia y doctrina, tanto desprecio de sí mismo con tanta estimacion y veneracion de los demás. Todos le tenian sobre sus ojos, consultaban y veneraban como oráculo; solo él se reputaba en nada y se ponia á los piés de todos.

Andaban como á porfía y en competencia en este sabio Padre la virtud con la doctrina, una profunda humildad con grande honra, la piedad y devocion con el estudio de las letras, una obediencia sencillísima con una singular sabiduría.

Pero este admirable varon, tan digno de la inmortalidad, cuando estaba disponiendo una obra excelente y absoluta en que comprendiese toda la doctrina moral, y que si la acabara, dicen hombres doctísimos, no habia más que escribir; le cogió la muerte, temprana siempre para quien tales frutos prometia; pero para su santa vida fué muy madura.

Murió en Granada tan santamente como vivió, á 19 de mayo de 1610, de edad de sesenta años. Luego que se supo en la ciudad su muerte concurrieron á casa los de ella á honrar y reverenciar su cuerpo, llamándole Padre comun, y por tal le tenian.

Vino el Arzobispo y la Chancillería real, la nobleza, las Religiones y gran multitud del pueblo, procurando todos tocar los rosarios al cuerpo del siervo de Dios y besar sus piés, como de un varon santísimo, afanándose mucho por tener una prenda suya que guardaban por preciosa reliquia, aunque fuese un hilo de su ropa, estimando á este varon de Dios mucho más por sus heróicas virtudes que por sus admirables letras; porque, si por su sabiduría era como el oráculo de España, á quien todos consultaban; por su virtud y santidad era un clarísimo espejo en quien todos se podian mirar y componer con su ejemplo.

La vida de este insigne varon se imprimió en Dilinga en el *Anua de la Compañía* del año 1610. Publicóla tambien despues el colegio de Granada, donde murió, y anda en el principio del primer tomo del *Decálogo*.

Escribió tambien del P. Tomás Sanchez el P. Juan Burgesio, libro *De Patrocinio Virginis*, cap. XX.; P. Juan Combrecio, lib. 2.º, *De studio perfectionis*, XXXII, q. 12.; P. Antonio Balinguem en su *Calendario Mariano* á 19 de Mayo, y el P. Rivadeneira en el libro *De Scriptoribus Societatis Iesu*.

Todos hablan de él con grande estimacion de su santidad. El P. Juan Burgesio le llama *ornamento de nuestra Religion* por su inocencia y santidad de vida, y *clarísima antorcha de la teología moral*, como el P. Francisco Suarez lo fué de la escolástica, y de entrambos á dos dice:

«No parece creible cómo compitió en ellos una excelente y absoluta virtud con una extremada y recóndita doctrina; un intensísimo afecto de piedad para con Dios, con un atentísimo estudio de las letras y un sumo despreció de sí; profundísima humildad, con una suma honra y estimacion de todos; un candor de ánimo, simplicísima y ciega obediencia, con su singular sabiduría y juicio muy agudo y acre » Esto es del P. Burgesio.

Otros elogios de este insigne varon se pueden ver en la *Biblioteca* de Felipe Alegambe.

P. NIEREMBERG.

P. ANTONIO DE CARDENAS

La gracia, segun los teólogos, no destruye la naturaleza, sino la perfecciona y realza, y más campea si es noble y esclarecida, como sucedió á nuestro P. Antonio de Cárdenas, el cual nació en la ciudad de Jerez de la Frontera, en el arzobispado de Sevilla, 1.º de octubre del año de 1563.

Su padre se llamó D. Juan de Fuentes Pavon, Veinticuatro de aquella ciudad, y su madre doña María de Cárdenas, ambos de muy ilustres familias en España y en igual grado tan nobles como virtuosos y temerosos de Dios.

Causó el nacimiento de este niño en sus padres y deudos mucha alegría y regocijo, y decia su padre, como pronosticando lo que habia de suceder: «¿Veis este hijo? aunque, cual otro Benjamin, viene á la postre, ha de ser honra de esta casa y de todos sus hermanos y parientes, que parece nos le da Dios ahora para grandes empresas; yo se lo ofrezco; suyo es, haga de él lo que fuere servido.»

Y se echó bien de ver este pronóstico de su padre, pues desde su tierna edad dió muy grandes señales de la virtud con que habia de adornar su alma y la grande inclinacion que á ella habia de tener.

Todos sus gustos eran el rezar, oir Misa, que lo llevase su ayo á las procesiones y demás cosas tocantes á la Iglesia; desconsolábase grandemente si le pedia algun pobre limosna y no tenia qué darle, y así, todos los de su casa, como sabian què no le podian dar mayor contento, le ofrecian qué dar á los pobres.

Con estas buenas costumbres era de suyo humilde y afable; contentábase con cualquier cosa que le diesen, y, sobre todo, muy fuera de los ruidos y travesuras que en aquella edad se hacen, aprendió muy en breve las primeras letras con admiracion de todos los que le trataban; porque de siete años sabia leer, y escribir y contar con tales ventajas, que lo podia enseñar á otros.

Siendo ya mayor D. Antonio de Cárdenas y que podia abrir los ojos al mundo y al deleite sensual, los cerró á todo, no excediendo un punto de las leyes de un honesto y concertado caballero.

Era freno de los mozos nobles de su tiempo; no se le conoció mentira, juramento, ni maldicion, y con su condicion apacible tenia ganada la voluntad á todos.

Esmeróse mucho en la frecuencia de los santos Sacramentos; no se le

pasó por lograr jubileo, ni indulgencia, ni rigurosas abstinencias y penitencias, con que afligia su carne.

Fué siempre muy amigo de tratar con santos religiosos y siervos de Dios y de caballeros ancianos y prudentes; ausentábase de sus casas para las de Dios, porque no le hallasen sus iguales.

Llamábanle comunmente todos á boca llena, *el honesto caballero, el santo caballero, el mozo viejo, el caballero prudente;* en fin, fué ejemplo de virtud en su juventud y vivo motivo para que le siguiesen muchos.

Portóse tambien como caballero, con vestidos honestos, criados y caballos; corria en la plaza pública con todos los demás, salia á las fiestas de toros y cañas, y lo hacia con mucha destreza y policía.

Supo ser caballero y enseñarlo á ser; su consejo era admitido como si fuera de larga experiencia; compuso enemistades, pleitos é inquietudes.

Dábanle sus padres mano en el gobierno de su casa, y en todo salia con buen acierto. Veló siempre, dormia poco, no le halló la noche en conversaciones, ni el sol en la cama. Leyó siempre buenos y honestos libros, gastando algunos ratos de oracion.

Quiso Dios para sí á este caballero y le llamó á su Religion. Con ocasion que pasó á Sevilla un amigo suyo, ofrecióse de acompañarle, como lo hizo.

Sucedió en esta ciudad que un dia oyendo Misa nuestro D. Antonio, sintió un impulso vehemente con una voz que le dijo: *Sígueme.*

Turbóse, mudó el color con la voz que oyó; andaba divertido y suspenso, tanto que lo echó de ver su compañero y amigo, el cual preguntándole la causa, jamás se la descubrió ni fué posible más que decirle que andaba cuidadoso de un negocio de importancia.

Buscó un confesor docto con quien comunicó lo referido, el cual le consoló y alentó, y, como prudente, le dijo que lo encomendase mucho á Dios y que aguardase á nueva inspiracion suya, y que le declarase de qué modo ó en qué Religion queria que le siguiese.

Paseándose una tarde los dos amigos por una calle de Sevilla, comenzó á llover; obligóles el agua á entrarse en una casa que era de un clérigo, varon apostólico, de excelentes virtudes y discípulo del venerable P. Maestro Juan de Avila; llamábase el P. Mata.

Estando, pues, en el portal de ella estos dos caballeros, salió sin ser llamado el siervo de Dios, y viéndolos tan bizarros y galanes, les dijo sólo esto: «Si lo interior se compone con el cuidado que lo exterior, será muy agradable á los ojos de nuestro Señor.» Con lo cual se retiró el P. Mata y los dejó.

Con esto se fueron los dos amigos cada uno á su posada sin hablar palabra, donde pasaron aquella noche en vela, moviéndoles Dios sin dejarlos un

punto. El dia siguiente muy de mañana volvieron á la casa del P. Mata, sin llamarse el uno al otro, heridos del amor divino.

Así como los miró el apostólico varon, sin conocerlos antes ni saber sus nombres, les dijo: «Sr. D. Antonio de Cárdenas, nuestro Señor quiere á Vm. para religioso de la Compañía de Jesus,» y al otro caballero: «A Vm. llama Dios para la Religion de S. Agustin,» y con esto los despachó, volvió se á su clausura y los dos se fueron á sus posadas.

Fué tan fuerte esta vocacion que al punto se apartaron los dos amigos y se fueron á Jerez, aunque D. Antonio de Cárdenas se quedó por algunos dias en Sevilla, en los cuales trató muy despacio sus intentos con los Padres de la Compañía de Jesus, que prudentemente le examinaron, y probaron, y experimentaron la firmeza de su vocacion y el modo milagroso de ella.

Reconocieron su mucho talento y capacidad y las buenas prendas de que Dios le habia dotado; propusiéronle el Instituto de la Compañía y la puntual observancia de él. En ninguna cosa dificultó D. Antonio, todo le pareció fácil con la gracia divina; lo cual visto por aquellos Padres, lo recibieron.

Con esto se volvió muy consolado á Jerez; luego al punto arrimó las galas, vestidos, conversacion y trato de seglares, aunque todo honesto y lícito.

Retiróse en su casa á un aposento donde guardó perpetuo silencio, no hablando sino lo necesario. Leia libros santos, examinaba su conciencia, confesóse generalmente, dispúsose lo mejor que pudo los pocos dias que estuvo en el siglo.

Este retiro de nuestro D. Antonio causó novedad en su casa, padres, deudos y toda la ciudad; andaban todos á la mira, esperando el parto de tan dichosa preñez.

En fin, se llegó el dia de cumplir sus deseos, y dispuso en secreto su partida: sin que la supiese persona alguna, partió á su noviciado tan deseado, que estaba en Montilla, donde fué recibido con aplauso y alegría comun de toda la casa.

Hallóse con el nuevo estado tan contento y alegre que no cabia de gozo; rebosaban sus internos júbilos en los suspiros, palabras y acciones exteriores, hallándose siempre indigno de la singular merced que le habia hecho Dios, y lo mostraba con continuos y humildes agradecimientos.

Era el primero en los oficios humildes de la cocina, lavar los platos, barrer, servir á la mesa en el refectorio. Tomaba para su sustento lo peor y lo que sobraba á otros; servia á los enfermos con gran puntualidad, afabilidad y caridad, siempre los ojos en el suelo: su trato alegre, su conversacion honesta; en las quietes hablaba poco, oyendo á todos con notable honestidad.

En la oracion fué muy continuo, y demás de ser siempre el primero en la de la comunidad, entresacaba muchos ratos de dia y de noche para orar y meditar.

Hurtábase algunas horas para tener oracion en presencia del Santísimo Sacramento, de quien fué muy devoto.

Jamás se le conoció aversion en todas las cosas de obediencia que le ordenaban los Superiores, aunque fuesen dificultosas, ni jamás hizo cosa, por ligera que fuese, sin licencia del Superior.

No se le conoció en su aposento cosa considerable más que una estampa de papel. Cuantos regalos le enviaban sus padres, que no fueron pocos y de importancia, ninguno quiso admitir; todos los enviaba á los Superiores para que los repartiesen á los enfermos. Confesábase con grandes afectos interiores y continuas lágrimas.

Cuando comulgaba el H. Antonio con los demás novicios, salia de la comunion tan encendido y enajenado de sí, que se le veia en el rostro evidentemente la mucha devocion y alegría de su alma.

Nunca se metió en cosas de gobierno; siempre obedecia á cierra ojos. Holgábase de traer la ropa vieja y remendada, y los zapatos que otros desechaban; no conoció más que á sus connovicios y Superiores.

Era muy abstinente en la comida y bebida, tomándola más por necesidad que por gusto. Su penitencia fué rigurosa, sus ayunos continuos, sus disciplinas muy ordinarias, el cilicio jamás se le cayó de su cuerpo.

Dióle nuestro Señor á este Hermano en su noviciado mucho aliento, salud y fuerzas, con que en ninguna cosa faltó de la observancia religiosa; mirábanle todos como un prodigio de virtud, que en su vida no cometió culpa mortal.

Cuando salian al campo los novicios, siempre se recogia á un rincon á orar; escogia siempre el peor lugar, porque no le estimasen ni hiciesen caso de él.

Sentia mucho este humilde Hermano le tratasen de su calidad y nobleza, diciendo que Dios no le llamó á la Religion sino sólo para el ejercicio de la santa humildad, que lo demás ya lo habia hollado cuando entró en la Compañía, que sólo deseaba agradar á Dios y á sus Superiores.

Habiendo cumplido el H. Antonio de Cárdenas sus dos años de noviciado y hecho su profesion, pasó á estudiar Artes y Teología, en que salió aventajado estudiante.

Luego se ordenó de sacerdote y leyó Gramática y un curso de Artes, en que aprovechó mucho á sus discípulos.

Despues le ocupó la obediencia en otros oficios y ministerios, y fué Rec-

tor del colegio de Granada, donde descubrió su mucho talento en el gobierno, siendo ejemplo de toda virtud, querido y estimado de toda aquella ciudad.

Hizo notable fruto con sus sermones y pláticas que hacia en las plazas con la doctrina; visitaba las cárceles, donde remedió á muchos en lo temporal con limosnas que les buscaba, y en lo espiritual en confesiones atrasadas; hacíales pláticas, consolábales, acudia á sus causas con las partes y con los jueces; á los ajusticiados les acompañaba hasta el suplicio.

Visitaba tambien los hospitales, servia á los enfermos sin horror ni asco de sus enfermedades, hacíales las camas, consolándolos con pláticas y consejos, confesando á todos y asistiendo á los peligrosos hasta el último trance, y muchas veces los enterraba por sus manos, y á los imposibilitados y paralíticos les lavaba los piés y manos, y les daba la comida con las suyas. Era esto un motivo eficaz para que muchos, dejando el siglo, se entrasen en Religion, como lo hicieron.

A persuasion de sus deudos (que ya sus padres eran muertos) y de toda la ciudad de Jerez, le mandó la obediencia á este apostólico varon fuese á vivir á ella.

Su recibimiento fué muy aplaudido con grande alegría de todos, que les parecia les venia un ángel del cielo para lo que se les ofreciese, así en lo temporal como en lo espiritual.

Prosiguió aquí con mayor fervor en todos los ministerios de caridad con los prójimos, en que antes se habia ocupado, así en Granada como otras partes; de modo que se puede decir con verdad que fué uno de los mayores operarios evangélicos que tuvo el Andalucía. No salia del confesonario hasta que sabia que no habia ninguno por confesarse.

Eran sin número los enfermos que le llamaban, así para confesiones como para asistirles en su muerte y testamentos. Hizo muchas conversiones de almas empedernidas en la culpa, que no podian resistir al encendido espíritu de amor de Dios que ardia en el pecho de este su siervo.

Conocióse en breve la mejora de espíritu que habia en esta ciudad, porque todos le amaban y reverenciaban como apóstol de Cristo, y no se podian contener sin hablarle cada dia, oirle su Misa, la cual decia con tanta devocion y abundancia de lágrimas, que mojaba los manteles y corporales, sin poderse ir á la mano; sus ojos traia siempre húmedos de llorar.

Decia que el buen sacerdote habia de vivir y regularse entre estos dos polos ó nortes que lo guiasen, que eran los dos tiempos, el uno en prepararse para decir Misa, y el otro en dar gracias despues de haberla dicho.

Emprendió el P. Antonio de Cárdenas una cosa muy árdua y dificultosa,

jamás pensada ni oida, que fué como una red con que quiso enlazar y recoger para Dios á toda la ciudad y estados de ella.

Fué esto fundar tres Congregaciones juntas á un tiempo: la primera de clérigos y estudiantes de las escuelas, donde sacó grandes ministros y operarios que le acompañaban en las misiones que hacia por los lugares de la comarca; la segunda para los caballeros y gente noble; la tercera para gente honrada y llana.

Vió este insigne varon todas tres Congregaciones lucidísimas y de notables concursos, que ya no cabian en los bancos ni en las salas donde se juntaban, muy adornadas de altares, ornamentos y otras cosas necesarias al culto divino.

De dia y de noche no paraba este infatigable obrero del Señor con sus congregantes, ejercitando muchas obras de caridad y ejemplo de virtud, segun los dias que tocaba á cada Congregacion.

Lográbansele todas estas obras á este insigne varon con la opinion de virtud y nobleza que todos tenian de él. Ninguna enemistad ni contienda llegó á componer que no tuviese efecto; cuando intentaba remediar al pobre, á la viuda y al huérfano, salia con ello.

Y no por verse tan respetado y estimado se desvaneció, ántes lo menospreció todo. Conocia la inconstancia de este mundo; no se le caia de la boca: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.* ¡Qué loco está el mundo! (decia) ¡qué perdido! ¡qué corrompido! Carantoñas son no más, figuras y apariencias todo lo lustroso que él estima; todo es prestado al quitar y á veces con priesa; ¡qué tasadamente son sus felicidades cuando dejan de ser! ¡qué veloz es la fortuna! ¡qué trabucos ha hecho su rueda de imperios, reinos, oficios dignidades, etc.! Los que hoy son ricos, nobles, estimados, mañana son pobres, miserables y despreciados. «Bienaventurado (decia) es aquel que te conoce y te deja antes que le dejes:» y alzando las manos al cielo, y con lágrimas proseguia: «¡Qué dichoso me hizo Dios, pues me recogió en la Religion donde veo estas cosas desde léjos y como de talanquera, y me veo libre de ellas!»

Fatigábanle mucho estas cosas, cuando se las hacian saber sus deudos y amigos; y, procurando su favor para pretensiones de mundo, enfadado decia: «Dejadme, que me retiró Dios aquí para huir de vosotros; no me pidais cosa contra mi profesion, ni me embaraceis en cosas ajenas de religioso que turbe mi paz; nada os pido, allá os lo habed, dejadme vivir y morir en paz.»

Fué eminente este humilde Padre en enseñar la doctrina cristiana á los niños, y entrábase en sus escuelas con algunos hijos de su Congregacion, y sobre aquellos talentos pequeñitos fundaba una doctrina del cielo, de

modo que todos lo entendian, y aficionábalos tanto, que se perdian por él.

Cuando lo veian venir, saltaban de gozo y bailaban, diciendo á voces: «Ya viene nuestro P. Cárdenas,» y lo salian á recibir, y lo abrazaban, y se hincaban de rodillas, y le besaban la mano, y le pedian la bendicion, y él los halagaba y les llevaba coplitas que cantasen de cosas santas, y estampicas, y medallas, y cartillas, y tal vez les llevaba á todos de merendar, y él lo repartia para que todos alcanzasen parte.

A sus maestros les enseñaba el modo con que se habian de portar con los niños, con amor y paz, y que á los rudillos no los afligiesen con exceso, y que los enseñasen de manera que no les cobrasen miedo ni temor, y que tal vez los llevasen al campo y les dejasen jugar unos con otros á sus juegos, y que merendasen todos juntos; mas que á la vuelta los trajesen cantando la doctrina cristiana.

Con semejante cariño se la enseñaba en las plazas y calles, haciendo unas pláticas de mucho fruto y ejemplo á los que se llegaban á oirle. Y con estas trazas y maneras enseñaba y predicaba á todos los estados de gente con lenguaje humilde y acomodado á sus ocupaciones y oficios, pero muy fervoroso y provechoso.

Otra vez encontraba este celoso Padre una rueda de caballeros, y se entraba entre ellos y les decia: «¿Pues qué hacemos aquí? bueno será que todos sirvamos á Dios,» y realzaba el estilo de hablar conforme á los oyentes, y los dejaba á todos suspensos. Llegábase á alguno de ellos (parecia que era revelacion ó mocion especial de Dios) y le cogia de la oreja diciendo: «Bobillo, bobillo, bueno será que vamos á casa, que tengo en la celda un negocio que preguntarle,» y sin replicarle se iba tras él, dejando á los demás admirados.

En la celda hacia de él lo que queria, como si fuera blanda cera, y lo reducia á penitencia y frecuencia de Sacramentos.

Una señora principal, que confesaba con el P. Antonio de Cárdenas, pasaba con su marido trabajosa vida por las mocedades y travesuras á que atendia. Una vez dijo esta señora al Padre la afliccion en que estaba y lo mucho que padecia, y lo que más sentia eran los muchos pecados que contra Dios cometia su marido; pidióle con lágrimas que con sus oraciones alcanzase de Dios la reduccion de aquella alma.

El P. Antonio le respondió que lo fiase mucho de Su Divina Majestad, que él se encargaba de pedírselo; así lo hizo con eficacia y frecuencia de oraciones.

Oyóle Dios, y un dia le encontró en la calle, y con mucha alegría y paz le dijo: «Sr. D. Fulano, muchos dias ha que busco á Vm. para un ne-

gocio de importancia; Dios me ha traido aquí á Vm. Suplícole se sirva que vamos á mi celda y saldré de este cuidado.»

No le replicó, fuéronse juntos y hablóle de tal manera, ya por amor, ya por temor encareciéndole el mal ejemplo que daba, que al punto lo redujo y le dijo que hiciese de él lo que quisiese. Hizo una confesion, apartóse de las ocasiones y fué muy ejemplar caballero.

Parece que este siervo de Dios tenia dominio y potestad sobre la voluntad de los hombres, segun los inclinaba á lo que él queria.

Aconteciόle muchas veces ir por la calle y ver pasar un hombre, y sin haberle visto ni conocerle, decirle á voces: «¡Ah señor! ¡ah señor!; y haciendo parar al hombre, llegarse á él con todo amor y cortesía, el bonete en la mano, y decirle: «Señor, ¿cuánto ha que no se confiesa? y acontecia ir el hombre apriesa, con algun cuidado ó negocio y detenerle: «Déjeme Padre,» decia; y cuando sentia mucha resistencia, le repetia: «Por lo ménos, señor, hágame una caridad de irse conmigo á mi celda, que tengo un negocio de importancia que decirle, que será breve, que ha dias que le busco para esto.»

El hombre, más por verse desasido que con gusto, se iba con el Padre á la celda, y tales palabras le decia y tan fuertes, que se descubria un alma perdida, con lo cual no cesaba de exhortarle hasta reducirle y confesarle. Decia el hombre: «¿Qué es esto que tiene este Padre, que lo que tantos no han podido, él solo ha hecho de mí lo que ha querido? Dios anda por aquí.»

Acontecia tambien ir forzado y llamado el P. Antonio á una casa principal donde hallaba muchas señoras aderezadas con sus galas, y todas le salian á recibir ó por cortesía ó por ser deudas y parientas, á quienes este varon de Dios les arrojaba unas palabras santas con alegría y una boca de risa: «En verdad, señoras (decia), que no se gana el cielo con galas, y tal dia habrá que nos hagan pago con una mala mortaja del peor lienzo.»

Eran estas palabras tan fuertes, que muchas señoras y doncellas dejaron las galas, trocándolas por vestidos ordinarios y muy honestos, y venian al colegio á la obediencia, direccion y consejo de este santo varon.

La discrecion de espíritu tuvo superior lugar en este venerable Padre: frecuentaba las escuelas de estudiantes, tratábalos á menudo y reconocia en cada cual su inclinacion, y Dios se lo daba á entender; decia á unos: «Tú, y tú, y tú eres á propósito para tal Religion.» A otros: «Bueno eres tú para la Compañía,» y sin más diligencia que esta lo ejecutaban.

Parece que sus palabras eran especial mocion del Espíritu Santo; por ellas muchos entraron en Religion y otros en la Compañía. A otros decia: «Más os valiera buscar otra comodidad ú oficio, porque habeis de aprovechar poco en los estudios; y sucedia todo como lo decia.

A otros mal inclinados y aficionados al mundo, decia: «Mejor os será casaros, porque no sabreis resistir á los ímpetus sensuales y pecareis mucho; casaos y vivireis en paz sin pecar.» Parece que les leia á todos el corazon y les aconsejaba como padre todo lo que á cada cual le convenia para salvarse, y en todo surtian buen efecto sus palabras y consejos.

Tuvo este insigne varon don de profecía por los casos raros y peregrinos que le sucedieron. Muchas veces dijo, estando en su aposento: «Presto habrá necesidad de mí,» y á poco tiempo ponerse el manteo y bajar á la portería, y prevenir compañero (tuvo siempre licencia del Superior para los casos inopinados y repentinos que le sucedian); decíale el portero ó sacristan: «P. Cárdenas, ¿dónde va que nadie le llama?» Respondia el siervo de Dios: «Presto me llamarán y quiero estar á punto paseándome aquí junto á la portería,» al punto tocaban la campanilla con tanta priesa que salia el portero y le decian á voces: «Que se muere fulano, que hay tal necesidad que sólo el P. Cárdenas bastará á remediarla;» con que todo el colegio quedaba suspenso y admirado.

Otra vez dijo este apostólico varon: «Maldito seas, Lucifer, que tanto aprietas para que desesperen los hombres, presto lo veremos;» y en medio de la fiesta salió desahilado, mal puesto el manteo, y muy apriesa y alborotado, y al primer Hermano que encontró le dijo: «Presto, Hermano, vamos apriesa que hay mucha necesidad.»

Salió fuera y entró en una calle, y en medio de ella llegó á una casa cerrada, y, sin llamar, dióla el Padre un puntapié y abriósela Dios; entróse de rondon en un aposento donde halló un hombre agonizando, el cordel al cuello, porque se habia ahorcado.

Con virtud divina le libró de aquel peligro, y volviendo en sí el hombre, reconoció la virtud de Dios y su misericordia, agradeciendo al P. Antonio de Cárdenas tan extremado favor, el cual le consoló y llevó á su celda, y sabidas las causas de su desesperacion, las remedió, y quedó el hombre desengañado, y frecuentó el colegio, y se confesó siempre con el P. Antonio.

Salió una vez este siervo de Dios á una mision con unos clérigos de su Congregacion á la villa de Lebrija y otras, donde se hizo mucho fruto. Confesaban en la iglesia parroquial de noche á mucha gente pobre que no podia salir de dia, y otra tanta que venia del campo.

Una noche se ocuparon en esto hasta bien tarde: uno de sus compañeros se levantó para recogerse en su posada; el siervo de Dios le dijo: «Vm. no se vaya, aguarde un poco, que presto le traerá Dios dos peces que caigan en la red para mucha gloria suya y bien de las almas:» obedecióle, aunque estaba algo indispuesto.

Dentro de poco tiempo entraron dos mujeres tapadas, llorando y afligidas se llegaron al clérigo y de rodillas le pidieron que las confesase, que tenian mucha necesidad y que no podian venir á otra hora. Díjoles el confesor: «Muy tarde es, y estoy cansado y fatigado de los ojos, y el sereno me ha de dañar mucho.» Replicáronle: «Confiésenos, señor, que si no, no volveremos y quedaremos perdidas.»

Al fin, se sentó y las confesó generalmente, porque habia más de diez y seis años que no se confesaban, en que gastó muchas horas hasta media noche: confesáronse con muchas lágrimas y arrepentimientos, movidas de las pláticas que habian oido al P. Antonio de Cárdenas.

Volvióse aquella hora á la posada y le dijo el Padre: «Pues, hermano mio, ¿cómo le ha ido? ¿á esta hora están los sacerdotes fuera de casa? Si es enamorado de Dios bien será.» Respondióle: «Si acompaño á V. P., fuerza será obedecerle á cuanto me manda; creo se ha servido mucho nuestro Señor.» «Pues otro pez le queda (replicó el Padre) para mañana y quedará preso en la red.»

El pez fué que el dia siguiente confesaron hasta bien tarde de la noche; llegóse entónces un hombre del campo y aguardó á que se desocupase el confesor y díjole: «Confieseme, que tengo necesidad.» Acordóse de lo que le habia dicho el apostólico varon, y con palabras amorosas le significó que lo haria con toda voluntad.

Comenzó su confesion el hombre y descubrió una conciencia muy enmarañada, no queriendo Dios que aquella alma se perdiese. Habia muchos años que no se confesaba, porque, aunque hacia algunas confesiones y comuniones para cumplir con la Iglesia, eran todas sacrílegas.

El buen ministro evangélico desenredo esta conciencia, confesó el hombre de plano sus culpas, aplicóle la penitencia saludable, y dispuso las cosas de manera, que de allí adelante viviese el hombre cristianamente.

Otra vez fué el siervo de Dios con este mismo sacerdote á la ciudad de Sanlúcar de Barrameda en mision, donde le cargó al clérigo un corrimiento en los ojos tan grande que tuvo necesidad de médico y medicinas: el Padre, aunque le consolaba, no le decia cosa particular.

Un dia entró de repente donde estaba y le dijo: «Vayase a Jerez, que importa que se vaya luego,» con tanta eficacia y dominio que le obedeció y se partió a Jerez, donde halló a una hermana suya apretada de una grave enfermedad, que dentro de pocos dias la enterraron.

La devocion que tuvo este admirable Padre al Santísimo Sacramento del altar fué muy íntima, todo su fin y cuidado era asistir a este divino Señor, que no se hallaba sin él todo el tiempo que le dejaban.

Si le buscaban, en la iglesia le habian de hallar; aquí eran sus coloquios, ilustraciones y frecuentes tratos con Dios, como lo daban á entender sus elevaciones, enajenamientos, su rostro encendido (que lo tuvo hermoso y venerable) sus palabras dulces y amorosas.

Si salia por las calles y plazas, se detenia mucho tiempo, porque todos salian desalados á hablarle y á consolarse con él con notable gozo y alegría; su conversacion era una continua predicacion, con que sacó innumerables almas de pecado y pobló las Religiones de hijos espirituales.

Estos efectos sacaba del retiro y asistencia que hacia al Santísimo Sacramento.

Tenia por costumbre este devoto Padre, siempre que se hacian fiestas públicas en Jerez de toros y cañas, juntarse él y todos sus hijos de la Congregacion delante del Santísimo Sacramento, y gastar en esto toda la tarde, rogando á Dios que no sucediese en las fiestas alguna desgracia.

Una tarde de estas salió al encuentro algo turbado á un sacerdote docto y ejemplar, que entraba en la iglesia: «Señor, vaya luego á casa de D. Fulano, Veinticuatro de esta ciudad, y dígale de mi parte que le ruego mucho no salga esta tarde en las fiestas, porque importa.»

Volvió el mensajero á decirle que ya habia salido el caballero, y que así, no habia tenido lugar de darle el recaudo. Sintiólo mucho el venerable Padre, volvió á encomendar de nuevo á los presentes rogasen á Dios por aquella persona. Al cerrar de la tarde entró un hombre en el colegio, diciendo: «D. Fulano (por el mismo) cayó del caballo corriendo, y todos acudieron luego pensando que se habia muerto, y le hallaron bueno y sano.»

Sacó increible fruto el P. Antonio de Cárdenas en el jubileo de las Cuarenta Horas que se celebra en los dias de las carnestolendas, con que quitó muchos abusos de sensualidad y gula, que se usaban en la ciudad de Jerez más que en otra parte, de donde se originaban muchas inquietudes y muertes.

Levantó en gran manera esta devocion, estableciendo muchos sermones y ejercicios santos, asistiendo siempre los congregantes con la cera de las tres Congregaciones.

Sacó un Breve de Su Santidad para que ganasen los fieles este jubileo, aunque no tuviesen de presente Bula de la santa Cruzada, sino sólamente el intento de tomarla, porque habia muchos pobres que no tenian para ella.

No faltó este prudente maestro de espíritu en dar á sus hijos, principalmente á los sacerdotes, algunos consejos morales que los guardaban en sus corazones como dictámenes del cielo, cuales fueron: El primero, que el devoto sacerdote tenga en grande aprecio el *Contemptus mundi* del gran P. Tomás

de Kempis; en cualquier afliccion espiritual hallará consuelo; que despues del breviario habian de tener este libro: y en prueba de esto un sacerdote se halló un dia muy afligido de la lengua de otro clérigo áspero y maldiciente: fuése luego al remedio, y el primer capítulo que halló fué: *Fili, iudica te mortuum super terram:* y dijo: «Este es el consejo de mi P. Cárdenas; porque así como un muerto no siente ni se desvanece con alabanzas, ni se enoja con las injurias, así yo he de morir al mundo, y no he de sentir ningunos agravios.»

El segundo consejo: «No ha de hacer el sacerdote y varon perfecto cosa que en la última hora no la pueda poner por descargo ante el Supremo Juez.» Sentencia es esta utílisima: explicóse más este maestro de espíritu con decir: «Cosas muchas hay, que aunque al parecer lícitas é indiferentes, no nos las recibirán en la última hora, como jugar, tener un rato de conversacion ociosamente, comer sin necesidad, beber sin tiempo, dormir más de lo lícito, vestir con aseo ó curiosidad; pero si á la hora de la muerte dijese uno: Gasté tanto tiempo en conversacion, discúrrase en lo dicho. Nada nos valdrá por descargo, y así mejor será no hacerlo.»

Tercer consejo. Acerca de las comedias decia estas proposiciones sueltas:

«Ninguno entró en ellas que saliese mejorado, sino empeorado.

»Estos histriones son las heces, vileza é infamia del mundo.

»Todas sus representaciones son documentos para pecar.

»A muchos oyentes enseñan lo que no saben para ofender á Dios.

»Son trazas de Lucifer, para que sepan cómo se alcanzará toda pretension lividinosa.

»Ménos daño hace el juego que las comedias.

»Dejan en la memoria especies dificultosísimas de arrancar.

»Con capa de permision, en ellas se permite explícitamente ofender á Dios.

»Los gentiles filósofos con luz natural conocieron estos daños y los prohibieron.

»El hacer algunas comedias como se usan ahora, es pecado mortal.

»Hacer costumbre de oir comedias es en algunos como estar amancebado.

»Las razones que mueven á las repúblicas católicas á quitar casas públicas de mujeres, las mismas les obligan á prohibir comedias.»

Decia esto con tanta eficacia el P. Antonio de Cárdenas, que habiendo clérigos grandes poetas y diestros en la música, jamás oyeron comedias.

Cuarto consejo para religiosos: «El vivir en Religion es morir, y el que vive en ella muere. El religioso ha de ser ciego, porque á ciegas ha de obedecer; ha de ser manco, porque no ha de tener manos sino para servir á la Religion; ha de ser cojo, porque no ha de andar sino cuando se lo manden; ha

de ser sordo, porque lo áspero que oyere, no lo ha de sentir; ha de ser ignorante, porque sólo sepa salvarse; ha de ser mudo, porque su lengua sólo es para alabar á Dios.»

Quinto consejo: «Mejor es salvarse casado que condenarse clérigo. Su vida, ó es ejemplo del pueblo ó su daño. Si es mala, llevará tras sí muchos al infierno como Lucifer; si buena, muchos se salvarán por él.

»El sacerdote ignorante es atrevido, porque acomete á hacer lo que no entiende; el que sale de noche, anda en tinieblas; el que se entra con seglares, será uno de ellos; el que no vela, será imprudente y se quedará como las vírgenes locas.

»El que reza apriesa y así dice Misa, no será oido; el que jura, peligro corre; el que maldice, no alcanzará bendicion; el que se regala, tendrá hambre; el que come y bebe mucho, jamás se verá harto; el que viste profano, no viste á Cristo; el que es amigo de convites, no se hallará en el del cielo.» A este tono decia muchos aforismos santos y verdades provechosas.

Llegó este apostólico varon al fin de su vida y premio de sus trabajos con ocasion de que hubo en Jerez una feria por cuaresma, donde concurrió mucha gente, y, llevado del celo grande que tenia de ganar almas para Dios, en una plática que hizo, resfrióse y vino al colegio como aterido y destemplado.

Acostóse, y el dia siguiente amaneció con calentura, la cual se le fué acrecentando siempre, de modo que él mismo pidió los Sacramentos, los cuales recibió con toda devocion, afectos tiernos y abundantes lágrimas: en la Extremauncion respondia á la letanía; y diciendo: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo,* y lo del salmo: *¡Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* llegó al último trance, y sin que el médico, ni Padres del colegio entendiesen que se moria, con aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum,* dió su alma al que la crió despues de media noche, miércoles 22 de abril de 1615.

Quedó su cuerpo hermoso, alegre y tratable; y apénas habia amanecido, cuando con el clamor de las campanas comenzó la gente á venir de toda la ciudad y de todos estados, y en un punto se llenó el colegio de hombres y la iglesia de mujeres, y las lágrimas en todos eran tantas, que no se podian contener.

A las campanas del colegio acompañaron las demás de la ciudad, y los religiosos de ella vinieron en forma de Comunidad al entierro, que se hizo con la solemnidad posible, acudiendo toda la ciudad y nobleza de ella.

Despues le hicieron honras y novenarios las Congregaciones que fundó y otras Comunidades.

Escribió la vida de este siervo de Dios el Dr. Gonzalo de Padilla, y los caballeros de Jerez, Fuentes y Pavones, se pueden preciar mucho de tener en su familia tan insigne varon.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO SUAREZ

ENTRE los grandes títulos de que puede justamente gloriarse la insigne ciudad de Granada, no es la menor gloria haber sido patria del grande doctor y maestro de su tiempo, el P. Francisco Suarez, que aunque nació de padres nobles, más les dió que recibió nobleza con su virtud y letras.

Nació á cinco de enero del año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, otros dicen que fué un año despues; y, aunque no dió grandes muestras de ingenio, prosiguió sus estudios en Salamanca.

Tenia ya tres cursos de Derechos, y andaba en diez y siete de edad, cuando llegó á aquella insigne Universidad el apostólico predicador de Jesucristo, el P. Juan Ramirez, que la movió tanto á lágrimas, penitencia y mudanza de vida de los estudiantes, que, como afirmaba el mismo P. Suarez, llegaron á quinientos los que se entraron religiosos por su predicacion.

Entre ellos fué nuestro gran doctor que quiso seguir en el mismo Instituto de vida y Religion al predicador que le movió; y así, pidió entrar en la Compañía. Pero como no hacia por entónces raya su ingenio y se ofrecian otras dificultades, no le concedieron lo que con lágrimas pedia.

Instaba en su santa demanda el fervoroso pretendiente, porfió y lloró tanto, que el P. Provincial, Juan Suarez, hombre de mucha prudencia y espíritu, le recibió con impulso divino contra el parecer de todos los Consultores.

En el noviciado dió mayores muestras de humildad y de todas las demás virtudes, que habia dado de ingenio. Mandáronle despues estudiar Filosofía, en la cual tampoco dió mayores señales de habilidad para las letras, pero sí de espíritu y humildad.

Viendo ya que no aprovechaba en el estudio, y pareciéndole que perdia tiempo, pudiendo servir á la Compañía en otra cosa, pidió á los Superiores le quitasen de los estudios, que eran para él tan sin provecho.

Quiso Dios dar á entender cómo era obra suya la sabiduría de este doctí-

simo Padre, y así, la fundó en tan gran humildad y movió á los Superiores para que no concediesen lo que pedia el humilde Hermano, cuya virtud y humildad premió Su Divina Majestad con liberal mano, porque de allí adelante se halló otro.

Ya entendia de diversa manera, era señor de las dificultades, comprendia más las cosas que las percibia, y, siendo discípulo, se hallaba maestro.

Era entónces Rector del colegio de Salamanca, donde estudiaba el H. Francisco, el admirable varon P. Martin Gutierrez, de rara santidad, y á quien Dios favorecia con muchas visitas y revelaciones, y que tuvo tan dichosa muerte, preso de los herejes de Francia, que le vió Sta. Teresa de Jesus entrar triunfando en el cielo con corona de mártir.

Este santo varon solia decir con espíritu profético, cuando andaba el H. Suarez tratando de dejar los estudios: «¿Ves aquel Hermano? (señalando con el dedo á nuestro Francisco), pues ha de ilustrar Dios por él á su Iglesia notablemente y ha de honrar muchísimo á la Compañía.»

Despues que le amaneció aquella nueva luz al H. Francisco, todas sus delicias (fuera del cumplimiento de sus ejercicios de oracion y penitencia) eran los libros, que si antes le daban en rostro, despues no descansaba en otra cosa de la tierra. No perdia punto de tiempo, todo lo gastaba en el retiro de su estudio.

Como vió que en la Filosofía habia aprovechado ménos de lo que quisiera, tornó á estudiarla mientras estudiaba Teología; porque ya con aquella nueva capacidad y grandeza de ingenio que experimentaba, no se estrechaba á una sola materia; y así, á sus solas se reformó en las Artes y dió principio á aquellos dos tomos admirables de Metafísicas, que despues publicó.

Estudió juntamente por sí muchas cuestiones morales, y escribió buen número de ellas, haciendo, áun siendo discípulo, oficio de maestro y escritor.

Hizo el primero de los nuestros acto de Teología en Salamanca, en el cual defendió con grande erudicion, que excedió la gracia de la Vírgen Santísima á todo el colmo de la gracia que tienen los santos y ángeles juntos en la Iglesia triunfante y militante: la cual proposicion, porque pareció á algunos nueva, la fundó despues con más razones y autoridades de santos.

Fué tan agradable este servicio á la Reina del cielo, que vino á agradecerle á su devoto hijo el santo P. Martin Gutierrez, Rector de aquel colegio de Salamanca, y que habia animado al P. Suarez para que hiciese aquel trabajo de tanta honra de la Vírgen.

Con este favor quedó deseosísimo el P. Suarez de hacer el segundo tomo

de la tercera parte, donde trata este punto con grande ingenio, erudicion y afecto.

Acabados sus estudios, pusieron luego los Superiores la luz que vieron resplandecer tanto en lo escondido, sobre el candelero y la cátedra. Señalaronle para leer Filosofia en Segovia, y leyó despues Teología en Valladolid, y juntamente paciencia, porque no faltó quien ejercitase allí su virtud.

Pasó á Roma, donde derramó las purísimas aguas de su doctrina. Fué el primer oyente que en Roma tuvo el mismo Sumo Pontífice, el cual le fué á oir en su primera leccion; tan grande era la fama de su sabiduría. Ocho años leyó en aquella santa ciudad con aplauso y admiracion general.

La falta de salud le restituyó á España: vino á Alcalá, donde ilustró aquella Universidad por ocho años. El concurso de los estudiantes á oirle fué no ménos grande que codicioso de su doctrina. Madrugaban á coger lugar antes del dia, y estábanse escribiendo con luces.

Los Hermanos estudiantes de nuestro colegio de Alcalá eran escogidos, y de ellos salieron grandes maestros; entre ellos fueron el P. Arrubal, P. Jerónimo de Florencia, P. Salablanca, P. Luis de Torres.

Decia el humilde P. Suarez por su gran humildad y por la ocasion que le pudieron dar tan grandes ingenios, que los Hermanos de Alcalá le habian hecho docto.

De Alcalá pasó á Salamanca, donde no leyó más que un año, porque envidiosa la Universidad de Coimbra de las otras Universidades que habian gozado de los rayos de este sol, pidió instantemente al rey Felipe II la enviase al P. Suarez, para que leyese la cátedra de Prima de Teología.

El rey, por las veras y perseverancia con que se lo suplicaba aquella Universidad, se lo mandó al P. Suarez, el cual, por parecerle cosa más honrosa de lo que su humildad pretendia, hizo muchas diligencias para excusarse. Al fin se rindió á los ruegos de la Universidad y mandato real.

Pasó por la Universidad de Evora, que le recibió con tanta alegría como le habia esperado con deseo; y aunque le gozó poco tiempo, quedó muy contenta con haber dado el grado de doctor al que lo era tan célebre por todo el mundo y maestro de tantas Universidades.

Llegó últimamente el P. Suarez, bien deseado, á Coimbra, la cual acabó de conocer ser mayor que la fama la doctrina. Quedó admirada cuando vió la erudicion y sabiduría de su maestro, la gravedad y suavidad de sus costumbres, la modestia de sus palabras, la sumision de su ánimo. Llegó á ser igual el amor que le tenian á la admiracion que les causaba.

Confesaban todos su dicha de tener tal catedrático. Toda la honra que le habian hecho, la tenian por menor que su merecimiento. Creian muchos que

la ciencia de tan gran doctor no podia ser sino infusa. Leyó en Coimbra cosa de veinte años con tan gran fama y opinion, que no cabia, no digo en Portugal ó España, pero ni en Europa.

Pendian todos de su boca y palabras; consultábanle los demás doctores, áun de diferentes facultades; llamábanle públicamente el *Maestro comun.*

Los Rectores de la Universidad, los Obispos de Portugal, los príncipes y todos los tribunales, no sólo de Portugal, pero de Europa, deseaban de él como de oráculo su resolucion y parecer; ni determinaban cosa de momento sino era consultado este varon de tan gran consejo y sabiduría.

Maravillaba á todos la gran erudicion que tenia en tratar las cuestiones, la agudeza de ingenio en vencer las dudas más dificultosas, la claridad en explicarlas, el peso y juicio en la eleccion de las sentencias, la conexion y consecuencia admirable de su doctrina: parece tenia presentes todos sus escritos, para ir en todos ellos consiguiente.

Él mismo decia que no habia menester hacer particular memoria para acordarse de lo que habia escrito, y que, si se perdiera algo, lo tornaria á escribir como antes, sin faltar ninguna razon ni parte de sustancia. Ni será esto dificultoso de creer, pues leia cada dia en escuelas dictando de memoria por espacio de una hora, y despues en casa casi la mayor parte del dia estaba dictando, unas veces dos y otras más materias diferentes.

Los últimos años escribia él por sí mismo, para que despues lo trasladasen los escribientes, por parecerle que con esto hacia más.

La estimacion que hacian los doctores y escritores de su tiempo de este grande doctor y maestro comun, era como la merecia su sabiduría.

Don Fernando Mascareñas, Obispo de los Algarbes é inquisidor mayor de Portugal, que imprimió aquel erudito libro de *Aurelios,* llamó á nuestro Suarez *autor gravísimo* y *celebérrimo doctor.*

De la misma manera habló D. Alfonso de Mello, Obispo lamecense, el cual mandaba le trasladasen todo lo que dictaba el P. Suarez, y lo leia con gran gusto. Don Alonso de Castelbranco, Obispo de Coimbra y virrey de Portugal, le llama *Maestro comun de esta edad y otro Agustino.*

El maestro Fr. Basilio de Leon, catedrático de Prima en Salamanca, llama al P. Suarez y P. Vazquez: *Duo fulmina belli scholastici,* dos relámpagos ó rayos de los escolásticos. A los mismos dos doctores llama el P. Fr. Francisco Tamayo, predicador insigne y doctísimo, *dos polos de la Teología.*

Y, lo que más es, la Cabeza de la Iglesia, el Papa Paulo V, envió cuatro veces sus letras apostólicas al P. Suarez, en las cuales le llama *Doctor Eximio.* Parece que dice poco ménos que *Maximo,* que es el título que la Igle-

sia da al glorioso Dr. S. Jerónimo. Con otros títulos muy honoríficos da á entender la mucha estimacion en que Su Santidad le tenia.

El rey Felipe II en una carta que le escribió cuando vino á Portugal, le alaba mucho por su gran virtud y doctrina, y da gracias que quisiese ir á leer á la Universidad de Coimbra, con tales palabras, que parece habia recibido en ello el propio rey beneficio y no haberle hecho.

La misma estimacion hizo de este gran doctor Felipe III en las cartas que le escribia y en gravísimos negocios que le encomendaba.

No hubo príncipe en España, seglar ó eclesiástico, que no tuviese en gran veneracion y aprecio la virtud y sabiduría del P. Suarez. Ibanle á ver de muchas partes de España, y áun de fuera de ella, llamándole unos *Oráculo*, otros *Prodigio de este siglo.*

Lo que escribió no fué sólo admirable en la calidad, sino en la cantidad; son veinte y cuatro tomos bien grandes.

No hay autor ninguno, ni de los antiguos ni de los modernos, cuyas obras duren hasta ahora, que haya escrito más libros; y en todos ellos resplandece una pureza de doctrina excelente, sacada de los Santos Padres y Concilios, y las purísimas fuentes de las Letras sagradas.

En tantas dificultades y cuestiones como trata, se puede decir de él lo que S. Jerónimo de S. Hilario, que se puede correr todo *inoffenso pede,* sin que haya en qué tropezar; y lo que Sto. Tomás alaba de S. Gregorio Nacianceno: *Nacianceni tanta est in doctrina auctoritas, ut nullus unquam eius dictis calumniam inferre praesumpserit:* y así, observó el religiosísimo P. Fr. Antonio de Molina, que el P. Suarez era prudentísimo en elegir sentencias, y en opinar consultísimo.

Entre los doctísimos libros que escribió el P. Suarez, ganó particular gloria con la respuesta que hizo por órden del Sumo Pontífice al libro del rey de Inglaterra; es admirable el ingenio, la erudicion, el celo de la fe y la modestia del sapientísimo Padre, que en aquella obra resplandece.

De ella da esta aprobacion el ilustrísimo y doctísimo Obispo de los Algarbes, D. Fernando Martinez Mascareñas: «Como haya publicado con gran utilidad de la república cristiana su religiosísimo y gravísimo autor, P. Francisco Suarez, otros muchos volúmenes que ha dado como tierra muy fértil y feraz, los cuales reverencia, admira y ama el mundo; con todo eso en esta defension victoriosa y palmaria, resplandecen unas palabras escogidas, sentencias grandes, peso de razones llenas de energía y vigor, de manera que todo el libro es nervio, sangre, espíritu.

»Júntase en él con la erudicion, un juicio admirable; con la diligencia, facilidad en el escribir; con la copia de la doctrina, órden y disposicion de las

cosas, opone á la memoria un estudio incansable; á la Teología escolástica la ciencia de entrambos á dos Derechos; á la legítima explicacion de la Escritura conforme á los santos Padres, las libertades y ranciosas interpretaciones de los ministros herejes; á la excelente ciencia de las cosas divinas, la série distinta de los tiempos y una universal noticia de la cronología de aquel reino.

»Para dar el debido testimonio de este libro, habia de hacer un gran panegírico, si no me lo impidiera la modestia tan sabida de este gravísimo Padre, que reputa sus elogios por dardos, sus encomios por heridas, y á sus alabadores por enemigos.

»Debemos dar el parabien á la Compañía de Jesus, como á su madre, que aunque de su Instituto santísimo han salido varones señaladísimos, y como príncipes en religion, letras y bondad de costumbres; pero en esta edad tiene uno eminentísimo, que es el P. Dr. Francisco Suarez.»

El mismo Obispo dice del mismo libro: «Paréceme esta obra como aquel escudo ó rodela fatal que el capitan de los hebreos levantó por mandado de Dios contra la ciudad de Hai; y así será, que con esta defensa, por manos de tan grande capitan de la Compañía de Jesus levantada en lo alto como el broquel de Josué, sean destruidos totalmente los ejércitos de errores.»

Tambien el Obispo de Coimbra, D. Alonso de Castelbranco, dice del mismo libro, que en él resplandece amplísimamente la sabiduría de tan grande autor, sacada de las fuentes de los Santos Padres más que con estudio humano, de cuyos testimonios usa tan frecuentemente y tan á propósito, que me atrevo á afirmar, que hablan todos por su boca, conspirándose para apoyar y establecer esta santa defensa.

El Dr. Luis de Montesinos, bien afamado en España, catedrático de Prima de Teología en Alcalá y conocido por sus escritos, y toda la Universidad dijeron que habia peleado en este libro el P. Suarez con tan feliz suerte contra el cisma de Inglaterra y los herejes de nuestros tiempos, que de todos ellos habia alcanzado un glorioso triunfo.

Ni fué la menor gloria de este libro haber sido quemado públicamente en la plaza de Lóndres. Escribió fuera de eso el rey de Inglaterra al de España, diciendo cómo habia salido una doctrina pestilencial que habia escrito un español, y que así, refrenase su atrevimiento, para que otros no se atreviesen á más.

La respuesta del rey de España fué muy conforme á su piedad y celo y á la católica y excelente doctrina del P. Suarez. Dijo que se maravillaba hubiese hallado en aquel libro cosa digna de reprension, porque era muy cierto que no enseñaba nada contra la república, ó reyes, ó príncipes legítimos, ni

que se apartase del comun sentir de la Iglesia ni de la verdadera fe, ó contra las buenas costumbres, sino que todo estaba lleno de verdades y dogmas muy fundados en razones de gran momento y autoridades de Padres y teólogos, cuyas verdades supiese que estimaba y estaba dispuesto á defenderlas con las armas, hasta derramar la sangre; dando á entender que era calumniar á la Iglesia el poner calumnia á la doctrina del P. Suarez; y así, se puede gloriar este gran doctor con título semejante al que tenia S. Agustin cuando dijo: «No es pequeña ni poco gloriosa consolacion para nosotros, si de los enemigos de la Iglesia somos calumniados con la misma Iglesia.»

Cuando supo este celoso Padre cómo habian quemado su libro, lleno de gran gozo y contento de su espíritu, dijo que no le pudiera acontecer cosa más gustosa ni más deseada para él, que haber sido quemado con su libro, para que las verdades de la fe que habia defendido con su pluma é ingenio, defendiese tambien con su vida y sangre.

Oyó este santo afecto de nuestro Suarez el doctísimo y santo P. Sebastian de Barradas, y, encendido con igual afecto del martirio, repitió aquella sentencia de Ovidio, mudada una palabra:

....Sine me, liber, ibis in ignem
Hei mihi! quo domino non licet ire tuo.

Las demás obras de este sapientísimo doctor, ellas por sí hablan y se hacen ser estimadas.

Pero aunque fueron incomparables sus letras, no lo fueron respecto de su virtud heróica. Muchos no sabian qué habian de admirar más en el P. Suarez, su doctrina ó su santidad. El Dr. Otadi, Obispo de Avila, y hombre sapientísimo, decia que el P. Suarez era sumamente docto, pero más santo. Lo mismo sentian y admiraban otros.

No fué menor la sabiduría celestial que Dios le comunicó en la oracion, que la adquirida que aprendió de los libros. Tuvo un alto don de oracion y contemplacion, que la fuerza del espíritu le enajenaba de los sentidos, quedando el alma toda absorta en su Criador.

Recogíase el P. Suarez á mediodía á tener oracion, porque en lugar del sustento que habia de dar al cuerpo, le queria dar más al alma. Fué una vez el portero á su aposento para darle cierto recaudo, y, aunque hizo mucho ruido al entrar, no despertó de su regalado sueño el siervo de Dios.

Hallóle hincado de rodillas, las manos levantadas, delante de un crucifijo y absorto en su contemplacion. Hablóle, dióle voces, tiróle del vestido, impelióle: tres veces instó en esto, perseverando el P. Suarez en su arrobo.

Otra vez le hallaron levantado del suelo dos codos, y el aposento lleno de una luz tan grande, que no la podian sufrir los ojos, saliendo del crucifijo que tenia delante un resplandor como del sol, que iba á dar en el rostro y pecho del devoto Padre, que estaba enfrente y todo absorto y dobladas las rodillas en el aire

Entendió despues el siervo de Dios cómo lo habia visto el portero, y tomándole á parte, le pidió con muchas lágrimas que no lo dijese á nadie mientras viviese. Concedióle el Hermano, exceptuando solo al confesor, que era muy siervo de Dios, y aunque ciego corporalmente, tenia muy abiertos los ojos del alma para las cosas del espíritu.

Otras muchas veces le sucedieron semejantes éxtasis y arrobos, que los pasaba en el secreto de su retiro.

Tuvo, cuando mozo, el P. Suarez dos excelentes maestros de espíritu, uno el P. Martin Gutierrez, otro el espiritualísimo varon P. Baltasar Alvarez, de los cuales embebió el espíritu de oracion.

Cuando estaba en Salamanca el P. Suarez, solia ir á pié hasta Medina del Campo, donde era Rector el P. Baltasar Alvarez, para tratar con él cosas de Dios y de su espíritu y oracion.

Tuvo de esta tan grande espiritu, que decia, que si le diesen á escoger una de dos, ó perder la oracion que se tiene cada dia en la Compañía por la mañana, ó perder cuanta ciencia habia adquirido en tan largos años; de mejor gana llevaria ser privado de toda su Teología escolástica y filosófica, que de aquella hora de oracion.

Pero no se contentaba él con la oracion ordinaria. Madrugaba antes que los demás, para darse más largo tiempo á la regalada contemplacion. A la noche tambien daba otro tiempo á la oracion, gastando buen espacio en varias devociones de santos que tenia.

A mediodía se recogia de la misma manera á oracion, estándose con Jesucristo crucificado, con quien tenia todos sus regalos. Entre dia, cuando se ofrecia alguna cuestion dificultosa, acudia al crucifijo que tenia en su aposento á pedirle luz: luego iba á otra imágen de la Vírgen Santísima para que intercediese por él, y así, no es maravilla fuese su doctrina admirable, sacada de estas fuentes divinas.

Un dia, hablándole de las estaciones de Roma, dijo que él tambien dentro de las paredes de su aposento hacia sus estaciones, porque en sus dudas ya iba á la Madre, ya iba al Hijo á pedirles inteligencia y solucion de sus dificultades.

Era devotísimo de la Madre de Dios; todas sus festividades gastaba dos horas antes de decir Misa en oracion y suaves coloquios y tiernos afectos

con ella; atribuia á su patrocinio los aciertos que tenia en sus libros y escritos. Veíanle algunas veces paseándose hacer gracias á la Vírgen, hincándose de rodillas, por la solucion de las dificultades que se le ofrecian.

Del Santísimo Sacramento era tambien devotísimo. En los caminos que hizo, principalmente en el de Roma, pasando por tierras de herejes, no dejaba dificultad que no vencia por decir cada dia Misa. Diciéndole uno que tendria gran trabajo, si queria cada dia celebrar, respondió: «En ninguna manera es eso trabajo para mí, porque ¿cuál hora puede haber en la vida más llena de consuelo y gusto? y cuando carezco de esto, se me seca el espíritu, faltándome aquella dulzura divina.»

Por el gran don de oracion del P. Suarez y luz que recibia del cielo, con tanta sabiduría, veneracion y aplausos de todo el mundo, se conservaba en profunda humildad. Él mismo confesaba que no le ensoberbecia nada, porque decia que habia muchos rústicos que, si Dios les hubiera dado tantas ayudas como á él, serian más doctos.

Preguntado una vez por un grande doctor, ¿quién deberia más á Dios, un rey á quien Dios hubiera dado el cetro del mundo, ó el á quien habia dado las llaves de la sabiduría?; respondió el humilde Padre lleno de empacho y modestia: «Aquel deberá más á quien Dios hubiere dado mayor humildad y conocimiento propio.»

Cuando oyó que le habia llamado el Obispo de Coimbra *otro Augustino*, sintiólo mucho el P. Suarez, y llorando dijo: «Antes soy indigno de ser contado entre los discípulos de S. Agustin,» é hizo muchas diligencias con el Obispo y con los que con él podian, para que borrara aquellas palabras, que decia le habian de tener avergonzado toda su vida, y no cesó hasta que el Obispo con gran resolucion respondió que no borraria nada, diciendo: *Quod scripsi, scripsi,* añadiendo por gracia, que en esto sólo queria ser semejante á Pilatos, que no quiso borrar lo que una vez escribió.

Y si sus alabanzas no oia de buena gana de otros, ménos las diria de sí mismo. Era sumamente recatado en esto de no decir cosa que redundase en honra suya.

Estaba una vez presidiendo un acto de escuelas, y uno que argüia ponderaba un lugar de S. Agustin, poniendo en sus palabras toda la fuerza. El P. Suarez respondió que no tenia tales palabras el Santo, como era así verdad, porque el arguyente no las referia fielmente. Y como porfiase el que argüia que eran de S. Agustin, replicó el Padre que él sabia muy bien y tenia pronto cuanto el Santo Doctor decia en aquel punto.

Cayó luego en lo que habia dicho, y, pareciéndole que habia sido palabra de jactancia, vino á casa como una noche, y tan penado que lo echaron de

ver los de casa. Preguntándole la causa, respondió con gran sentimiento que se le habia salido aquella palabra de la boca, y no se acordaba haberla dicho más arrogante y presumida en toda su vida.

Huia de tratar con los hombres por no oir sus alabanzas, aunque con poca ocasion oia muchas. Al general donde se hacian los actos, iba lo ménos que podia, por evitar la honra y prelacion que le hacian en entrando.

Cuando era forzoso hallarse en actos públicos y le citaban con la honra que merecia, se cubria el rostro de colores, y con la mano se tapaba, porque, ya que no podia huir, queria encubrirse á las gentes. Cuando le alababan demasiado algun escrito, lleno de un empacho virginal, templaba y corregia á sus alabadores, diciendo que aquello estaba pasadero ó tolerable.

Cuando le decian lo mucho que habia trabajado por la Iglesia, él atajaba la plática diciendo que era indigno de hacer en la Compañía oficio del más mínimo cocinero.

Huia de todas aquellas partes donde podia ser más honrado; y así, cuando los Cardenales le decian que no saliese de Roma, y los señores de España que no saliese de la córte, él respondia que no habia cosa más apetecida para él que un rincon de la tierra, donde, encerrado en una estrecha celda, pudiese vacar á sí y á sus libros.

Con ser el maestro de todos, á quien consultaban de todo el mundo, solia pedir parecer y consultar á sus discípulos con toda humildad, mudando de sus escritos lo que le advertian.

Igual era el desprecio que de sí hacia al caso y estimacion que tenia de otros. No disminuia el ingenio ó fama de hombre nacido, ántes alababa y engrandecia á todos, aunque fuesen á juicio de otros de partes moderadas.

Si alguno, mientras argüia, decia alguna cosa mal dicha, no le refutaba por falsa ó absurda; lo más que decia era que le parecia aquello oscuro ó dificultoso, echando antes la culpa á su ingenio que al ajeno. Cuando él argüia y le negaban lo que antes le habian concedido, lo más que decia, era: «No vuelvo de buena gana á lo que está pasado.»

Igual modestia tenia en sus escritos que en sus palabras. Cuando habia de imprimir lo de *Gratia,* dió el primer tomo para verse en Lisboa, avisando al revisor que no sólo reparase en la verdad de las sentencias, sino en la modestia de las palabras; porque ni por pensamiento queria ofender á hombre nacido ni picar á alguno.

Hablaba siempre bien y con decoro de la dignidad de los Padres de la Iglesia y de los doctores antiguos, especialmente de Sto. Tomás, cuya autoridad tenia tanto peso en su acatamiento, como declara en el prologómeno sexto del libro de *Gratia.*

Generalmente tuvo esto el P. Suarez, que nunca desdoró á alguno. Dijo bien de todos, sino es de sí; guardó gran fidelidad y verdad; ni áun contra los mismos herejes faltó á su modestia, disputando con ellos con ingenio y fuerza de razon, no con palabras picantes. Por lo cual decia el Obispo de Coimbra, que no habia conocido ingenio en quien la modestia y la sabiduría anduviesen tan en competencia, ni en quien así se igualase la humildad á la doctrina.

No podia sufrir tampoco los murmuradores; mostraba en el rostro lo mucho que le disgustaban. Habíale convidado á comer un grande Prelado; en la mesa se trató de la fama de un ausente. Sintiólo mucho este celoso varon, ni lo pudo disimular, y así, les dijo con gran ánimo, que habian de dejar de murmurar de aquella persona que á él le constaba ser muy buena, y si no, se habia de ir de allí luego.

Edificó á todos esta santa resolucion, y ganó tanto para con aquel Prelado, que le dijo que de allí adelante habia de ser más amigo suyo, pues defendia de aquella manera la fama de sus amigos.

Era igual su paciencia á la humildad Tuvo algun tiempo émulos; calumniaron su doctrina, pero ni esto ni cualquier otra injuria, ni ménos estimacion que hiciesen de su persona bastó para que diese muestra de sentimiento y enojo.

La misma paz y sosiego tenia contra los que en las materias que dictaban le querian picar ó morder; que nunca han faltado á grandes ingenios quien se quiere acreditar con su descrédito. Cuando fué de Alcalá á Salamanca, no tuvo de otra cosa más cuidado que de visitar muy amigablemente y servir en cuanto pudo á un doctor que en sus escritos no poco le habia ofendido.

Si entre las disputas le decian algunas palabras de sentimiento, no hacia otra cosa más que quitarse el bonete ó reverenciando ó agradeciéndole como beneficio sus propias contumelias. Y preguntado por qué hacia aquello, dijo que más sentia la pérdida de reputacion de quien le decia malas palabras con ira y enojo, que no la injuria y contumelia que le hacian sin haber dado causa.

Era rara su abstinencia, como perpetua hermana de la sabiduría. Tres dias en la semana ayunaba con todo rigor y aspereza, fuera de las vísperas de muchos santos sus devotos, y el adviento y cuaresma.

Los demás dias comia solamente por la noche, tomando á mediodía una ligera colacion y otras veces nada; y toda su comida con pan y vianda no pasaba de diez y seis onzas.

De este su rigor de vida nunca faltó, aunque grandes Prelados y príncipes le convidasen á comer. Asentábase algunas veces con ellos á la mesa; pero,

por raros y exquisitos que fuesen los platos que le traian, no probaba de ellos ni un bocado. Finalmente, se puede decir de él que más de cuarenta años pasó ayunando con el rigor que hemos dicho.

Sobre esto, castigaba con cilicios su cuerpo atenuado y flaco. Tomaba cada dia una recia disciplina; y cuando algunas veces se retiraba en verano á la granja, donde habia ménos comodidad de hacer su penitencia, se iba á un rincon de la huerta ó á otra parte retirada, para cumplir con ella.

Su cama procuraba fuese dura, que en su mucha edad y poca salud era de no poca edificacion. Con todo eso, se quejaba de la poca penitencia que hacia, y que por causa de sus estudios y sus achaques no podia imitar el ejemplo de los Santos Padres.

Pero templaba el sentimiento que le causaba esto con una carta de un varon santo que le habia aconsejado mucho nò excediese en aquella parte, para poder estudiar, diciendo que Dios no queria de él hierro, sino pluma; no sangre, sino tinta; pero por mucho que se templó el siervo de Dios, no dejó de juntar la pluma con el hierro y la tinta con la sangre.

Sabia juntar el P. Suarez la oracion y penitencia con el estudio, sin impedirse lo uno á lo otro, porque á todo daba su tiempo. Llamaba á la distribucion del tiempo *Madre del espíritu;* y así, él para conservar el suyo tenia repartidas las horas del dia para con Dios y con los libros, de modo que, cuando llegaba la hora del rezo ó de otro ejercicio espiritual, se hallaba tan interior y tan sin los pensamientos de las materias escolásticas, como sino hubiera tratado de ellas.

Con esto tenia su corazon tan limpio y claro como su entendimiento. Por toda su vida guardó gran pureza de alma é inocencia.

Un año antes de su muerte, recogiéndose á vacar á Dios sólamente por algunos dias en oracion y santos ejercicios, hizo una confesion general de toda su vida con el P. Rector de Coimbra; y diciéndole el confesor que diese muchas gracias á Dios, pues en cincuenta y tres años que habia estado en la Compañía no habia cometido pecado mortal, el humilde Padre, saltándosele las lágrimas de los ojos, se postró en el suelo, clamando á voces que era uno de los mayores pecadores del mundo.

Deseó desde entónces con más veras retirarse para darse del todo á su Dios y esperar la muerte; pero no vinieron los Superiores en darle la licencia que deseaba, juzgando seria mayor servicio del Señor le cogiese la muerte en la ocupacion con que por toda su vida habia servido tanto á la Iglesia, y así le cogió en Lisboa, donde fué para acabar de disponer los libros de *Gratia,* y allí le sobrevinieron ocupaciones bien grandes.

Ofrecióse un reñido encuentro de jurisdiccion entre el Nuncio por Su San-

tidad de Portugal y el Consejo real de aquel reino. La tempestad y turbacion de las cosas fué la mayor que ha visto Lisboa; fué necesario saliese este sol á serenarla, por cuyo medio, estando la ciudad con cesacion *a divinis*, se restituyó á su tranquilidad y alegría.

Quedóle el Sumo Pontífice tan agradecido de lo que habia hecho en servicio de la Iglesia, que le escribió estas Letras Apostólicas:

PAVLVS PAPA V

Dilecte fili, salutem, et Apostolicam benedictionem. Significavit Nobis Venerabilis Frater Octavius Episcopus Forosemproniensis, et in istis Regnis Collector, quae tu de controversia inter eum et Magistratus saeculares (pacis adversario instigante) nuper exorta responderis, et scripta etiam misit, quae ut tuae multae pietati, et doctrinae consentanea sunt; fuerunt Nobis maxime grata: quamobrem operam tuam, prout debemus, laudamus, teque in Domino hortamur, ut Dei honori et Ecclesiae suae, in qua tantum divina gratia emines, libertati inservire pergas.

Novimus enim quoniam tua authoritas ad extirpanda zizania valeat; quod etsi futurum non dubitamus, tamen nostram Apostolicam benedictionem impartiendi, et paternam in te charitatem conmemorandi ocasionem nacti, officio nostro deesse non potuimus. Retribuat Dominus laborum tuorum mercedem. Datum Romae apud S. Mariam Maiorem, sub Annulo Piscatoris die XXV Augusti M. DC. XVII. Pontificatus nostri anno XIII.

Aplacándose esta tempestad, se le descubrió al P. Suarez la tierra de promision y el puerto de la eternidad.

Cayó malo de cuidado. Mientras iba agravándosele el mal, iba creciendo el sentimiento y lágrimas de toda aquella gran ciudad; todos estaban tristes, porque se les ponia aquel sol clarísimo; solo él estaba alegre y contento, porque pasaba á otro mundo y le amanecia el dia de la eterna felicidad.

Repetia con gran gozo de su espíritu: *Expectans expectavi Dominum. Quam dilecta tabernacula tua, Domine.* Estaba con los sentidos tan vivos, que echó de ver habia entrado en su aposento un pintor, que luego le hubieron de echar fuera por no darle pena.

Entre aquellas jaculatorias que despedia de su corazon al cielo, se quedó sin sentido y parecia ya muerto; mas volviendo de allí á rato en sí, lleno de aquel gozo celestial que habia gustado, dijo: «No pensaba yo que era tan suave y dulce cosa el morir.»

Recibió todos los Sacramentos, y con gran paz y alegría de su alma, la entregó á su Criador en la Casa Profesa de Lisboa á 25 de setiembre del año de 1617, siendo de setenta años.

Fué sepultado con la honra y llanto que merecia, con una lámina de plomo escrita con su nombre y dia de su muerte.

Concurrió á su entierro toda la nobleza de Portugal con el Nuncio del Papa, que tambien le echó la bendicion Apostólica en nombre de Su Santidad, y el conde de Salinas, hijo del virrey, que por estar enfermo no pudo acudir.

Al dia siguiente le hicieron el Oficio y exequias la Religion de S. Agustin, el tercero la de S. Francisco, y despues otras Religiones en sus iglesias.

Esparciéndose la triste nueva por el reino, en todo él fué muy llorada; singularmente en la Universidad de Coimbra, cuyo Rector, que entónces era Don Juan de Coutiño, que despues fué Obispo de los Algarbes, no se dejó ver por muchos dias, dándolos al sentimiento de tan grande pérdida.

Hizo las honras de este gran doctor toda la Universidad, despues nuestro colegio, celebrando con epigramas y grandes elogios y epitafios la virtud y sabiduría de este gran doctor.

Despues de muerto, ha mostrado nuestro Señor cómo fué escogido este gran doctor y habita entre sus santos del cielo. Y fué caso bien particular el que sucedió en un camino que hizo con el P. Antonio de Leiva, Rector de Oporto, al H. Silva, portero de Coimbra, el mismo que una vez vió levantado en alto al P. Suarez.

Era este Hermano muy siervo de Dios, y deseó mucho comulgar en el camino, mas no hallando modo de cumplir sus fervorosos deseos, por particular inspiracion de nuestro Señor, se apartó un poco del P. Rector, y topando una ermita, se entró en ella.

Cuando se puso á hacer oracion vió allí al P. Suarez, con cuya asistencia recibió del cielo la sagrada comunion con circunstancias muy particulares. Añaden algunos, que prosiguiendo despues su camino, cuando alcanzó al P. Rector, le riñó mucho porque se habia alejado sin avisarle nada; el humilde Hermano calló y no se disculpó.

Llegados á Oporto halló el P. Rector una carta de una religiosa muy sierva del Señor, en que le decia estimase mucho al H. Silva, que le hacia el Señor muchos favores, y que el dia que se habia quedado atrás en el camino, por intercesion del P. Suarez le habia hecho aquel de comulgarle.

El P. Rector llamó luego al Hermano y le mandó en virtud de santa obediencia le dijese por qué se habia apartado de él en el camino: el Hermano, viendo que le apretaba, no pudo dejar de declarárselo, y es en sustancia lo que hemos referido.

La memoria que ha dejado de sí este gran doctor se puede echar de ver por los elogios que hacen de él insignes escritores.

El maestro Gil Gonzalez de Avila en su *Teatro eclesiástico*, en el cap. XXII dice: «El Dr. Francisco Suarez, natural de Granada, no sé en qué fué mayor, si en la vida ó en letras; en ambas cosas lo fué. Envióle su Religion á Roma á que leyese Teología en el Colegio Romano que acababa de edificar Gregorio XIII.

»El primer oyente que tuvo en su primera leccion fué al mismo Pontífice; doy testimonio de ello, que me hallé presente al caso y oí la leccion que leyó: vino á España, mandóle Felipe III leyese en Coimbra la cátedra de Prima de Teología.

»Escribióle en este tiempo Paulo V algunas cartas dándole gracias de servicios que habia hecho á la Iglesia Romana; en una le da título de *Doctor eximio:* murió en Lisboa como sabio, como santo, y está enterrado en la Casa Profesa de su Religion.»

El M. R. P. Fr. Felipe de Bernal, Definidor de la Orden de S. Norbeto, en su libro de *Concepcion,* donde trata la sentencia de Sto. Tomás en favor de la Inmaculada Concepcion, discurso I, dice: «Aquel gran teólogo, insigne maestro, asombro de letras, honra de España, gloria y corona de la Compañía de Jesus, el P. Suarez.»

El licenciado Francisco Bermudez en la *Antiguedad y grandezas de Granada,* escribe esto: «El P. Dr. Francisco Suarez, de la Compañía de Jesus, honra no sólo de Granada, pero de España, porque su entendimiento es una perenne fuente de Teología, de donde han salido tantos y tan doctos libros, que á los presentes admira y á los venideros causará espanto, vive hoy y viva largos años para enriquecer nuestra edad con sus escritos.» Felipe Alegambe en su *Biblioteca* hace un gran elogio.

En este mismo autor se puede ver muy por menudo la multitud de obras que dejó escritas el P. Suarez.

El insigne poeta Juan Bautista Másculo en el lib. I de sus odas, en la oda 7, celebra la sabiduría de este gran doctor, casi discurriendo por todas sus obras.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO GRANADO

ILUSTRÓ el P. Diego Granado con su nacimiento á la ciudad de Cádiz; fué hijo de padres honrados y virtuosos.

Parece que con él habia nacido la devocion, pues no eran otros sus juegos sino los ejercicios de ella, especialmente para con el Niño Jesus, á quien hacia altaritos y tenia grande amor y reverencia.

Aprendió á leer y escribir en una escuela de nuestro colegio, de que cuidaba un Hermano de la Compañía. Viéndole un dia su maestro de escuela en la Compañía con un vestido rico, le dijo: «Diego, ¿pues no fuera mejor ese vestido para el Niño Jesus?»

Compungióse el ángel, y apartándose con disimulo á un aposentillo del patio, cuando pudieran pensar iba corrido, se desnudó su baquerito y calzones, y quedándose en los de lienzo, tomó su vestido y se le llevó al maestro, diciéndole: «Padre, tome el vestido para el Niño Jesus.»

Niñeces eran estas que pronosticaban grandes veras en la edad madura, como se ha visto en muchos santos, y esta fué la primera victoria que sabemos alcanzó este siervo de Dios de la honra del mundo y de los halagos y vanidad del siglo, dejándole en las manos no sólo la capa, como José, sino todo el vestido, el cual se pondria sin duda el Niño Jesus (como lo hizo ya grande, con otra media capa de San Martin) dándole en su lugar el de su Compañía, donde fué recibido á los catorce años, con muy fundadas esperanzas de lo que despues habia de ser.

Entrando en la Compañía, fué desde novicio viejo en el seso y compostura, y antiguo en la devocion. Y estimó tanto esta merced de Dios, que aunque celebraba todos los años el dia de su nacimiento á Dios en el bautismo, y en el que hizo los votos, y se ordenó, y profesó; la fiesta doble era en el que entró en la Compañía.

Este celebraba con octava todos los años, teniendo cada dia de ella media hora más de oracion delante del Santísimo Sacramento, y haciendo otras devociones, que mostraban la estimacion grande que hacia del beneficio de su vocacion; y no es la menor el renovar cada dia dos veces los votos desde que los hizo.

Fué novicio en Montilla y el ejemplo de todo el noviciado. Ninguno más mortificado, ni penitente, ántes llevaba las ventajas á los demás en todo ejercicio de virtud, porque tuvo las de todos, y esas las perfeccionó con su junta;

porque como solícita abeja cogia para su colmena, como se dice de S. Antonio, lo más puro y florido que veia en los otros, labrando en su corazon un dulce panal de miel y agradable al gusto divino.

El mismo rigor de vida guardó en sus estudios y despues en sus ocupaciones, adelantándose siempre más en virtud y santidad que en años.

Su sabiduría era al paso de su virtud, por lo cual pusieron los Superiores luego sobre el monte, no esta casa, sino ciudad de sabiduría, mandándole leer Filosofía en Sevilla y despues Teología.

Aquí esparció una luz tan clara de sabiduría, cual se ve en la claridad de sus escritos, la cual llama el P. Luis de Uceda *Sabiduría milagrosa*, y dice del P. Granado estas palabras: «Pudiéramos decir de él lo que de su gran devoto Sto. Tomás, que si cada artículo del santo es un milagro, cada comentario de él en los libros del P. Granado es otro milagro.»

El método, claridad y dulzura es una mezcla celestial de S. Agustin, Sto. Tomás y S. Buenaventura; y así lo sintieron y sienten hombres gravísimos, admirando más que aprobando sus escritos, donde le llaman en la agudeza del ingenio sutil, en la gravedad de la doctrina seráfico, en la claridad angélico.

Y así no sólo parece bebió el espíritu y claridad de Sto. Tomás, pero que habló el mismo Santo por su boca, escribiendo con su misma pluma lo que le dictaba; y así le cuadra muy bien por título del epitafio de su sepulcro lo que pensó bien un docto:

Ingenio, calamo, vita morte alter Aquinas,
Granade, hic dormis addite coelicolis.

Ni paró aquí la estimacion de su sabiduría, aclamada por todos los doctos; extendióse su fama por todo el mundo, y nuestro Santísimo P. Urbano VIII le trató materias gravísimas tocantes á España, diciéndole: *Scimus nos posse tecum loqui confidenter;* y le concedió indulgencia plenaria para la hora de su muerte.

Pero lo más particular y milagroso de esta sabiduría es lo que han dicho algunos, que tuvo ciencia infusa; porque, hecho cómputo del tiempo que gastaba en Misa, oracion, Oficio divino y otras devociones, rosarios y ejercicios espirituales, y del que forzosamente ocupaba su leccion, consultas de casos y otros ministerios, junto con su poca salud y flacas fuerzas, apénas sobra tiempo de que dar al estudio cada dia media hora, y cuando más desocupado, una; y así, no se sabe cuándo se escribieron obras tan limadas y admirables.

Demás de que no borraba ni una letra, que es otro milagro, y casi se imprimió como lo hacia.

Y es cosa rara lo que sucedió en Sevilla para confirmacion de lo dicho, que imprimiéndose la primera parte, se perdieron unos cuadernos, sin que bastasen diligencias ningunas para hallarlos; vióse obligado el Padre á hacerlos de nuevo. Imprimiéronse, y pareciendo los perdidos muchos meses despues, y cotejados los unos con los otros, no discreparon en una sola letra.

Tambien los Padres de una Religion muy estimada preguntándole su parecer por escrito cerca de un caso muy grave, y que ocho ó diez años antes le habian consultado en Sevilla los mismos Padres, cotejada la una respuesta con la otra, hallaron que no se diferenciaron ni en una palabra.

No es poco esmalte de esta milagrosa sabiduría que, siendo tan alabada y admirada, no le pegase al P. Granado nada que oliese á hinchazon, que naturalmente causan las letras; ántes se tenia por el menor de todos, y el dia antes de presidir aquellos actos, que nunca olvidará Sevilla, iba á las escuelas á decir la doctrina con los niños.

Antes de morir llamó á su confesor y le pidió le enseñase á hacer un acto de contricion, animándole con que hiciese cuenta era un hombre del campo, ignorante; humildad digna de ser admirada en el maestro de tantos maestros y uno de los hombres más doctos de su tiempo.

Andaba tan cuidadoso, como verdadero humilde, de encubrir lo que sabia, que dice así en un librito que tenia de sus propósitos: «Nuestro Señor me ha dado deseo de no mostrar nada de eso poquillo que sé, cuando se trata algo de estudio y no me preguntan, ni por otra razon hay necesidad de mostrar que sé; y tengo por cosa agradable á Su Majestad en semejantes ocasiones callar.»

Lo cual cumplia tan exactamente, que áun cuando era fuerza hablar en argumentos ó respuestas, era con tal moderacion y templanza, que parecia más aprender que enseñar; y de tantos magisterios y cátedras, solo se acordaba de una tarde que fué maestro de novicios en Sevilla; y decia que aunque fué con alguna repugnancia, le dió nuestro Señor gran consuelo en aquella ocupacion.

Esto es mucho de estimar en una persona de tanta doctrina y virtud, que era el oráculo comun de todos, concurriendo á él de todas parte á preguntar dudas de espíritu, y conciencia, y consejo.

Vivia en este siervo de Dios gran celo de las almas, aunque parece que para su empleo le ataban las manos su corta salud, ocupaciones de estudio y natural encogido. Pero él mismo escribe en uno de sus libros: «Hame dado nuestro Señor deseo de pedirle que, ya que mi oficio de lector no se compadece con acudir mucho á ministerios de confesar, etc., que á lo ménos me haga Su Majestad merced de enviarme algunas veces algun alma á quien

con su gracia ayude y sea cosa algo particular, y algunas veces me lo ha concedido; *Ipsi gloria.*»

Predicando una vez en Sevilla, le oyó un rato un hombre muy perdido y á quien tenia su pecado asido con fuertes lazos; tocóle Dios, é interiormente oyó como que le hablaban y decian: «Ve y confiésate con el que predica,» y resistiendo él y excusándose con que no sabia quién era y que no habia de confesar con otro, oyó una voz que le dijo el nombre del P. Granado.

Buscóle con este aviso del cielo y confesóse, quedando el confesor y el penitente muy consolados.

Otra vez, habiendo de hacer un viaje con unos Padres, concertaron de parte de noche la hora de la jornada, previniéndole del tiempo necesario para su Misa, que sabian nunca era de caminantes.

Con ser tan puntual en todo el P. Granado, se olvidó de lo concertado y vinieron á salir mucho más tarde de lo que pensaban.

Comenzaron su viaje, y á pocos pasos los alcanzó en el camino un hombre de buen pelo, pero de muy mala conciencia: despues de los cumplimientos ordinarios, de repente, cuando parece se despedia para adelantarse, le dijo: «Padre, confiéseme, que ha tantos años que estoy en pecado.»

Confesóle caminando, y absuelto y consolado los dejó, torciendo su viaje; y solia ponderar el siervo de Dios, contando esto en tercera persona, que nuestro Señor habia trazado por esto no saliesen más temprano.

Más que todo esto es venir heridas de Dios las almas sólo con ver al P. Granado. Estando diciendo Misa, entró un hombre desalmado en la iglesia, y, sólo con verle en el altar, se compungió de manera que entró pidiendo á voces confesion; y preguntado la causa de su conversion, no dió otra que la dicha.

Una persona de mucha autoridad, que padecia gravísimas tentaciones deshonestas, experimentaba por el más eficaz remedio el acordarse de la modestia, compostura y pureza de este varon angelical. Lo mismo sucedió tambien á otras muchas personas.

La sabiduría de este Padre no se estrechaba sólo á la noticia de teórica de los puntos teológicos, sino tambien se extendia á una excelente prudencia práctica en el gobierno; y su celo era tal, que merecia tener digno empleo, por lo cual le hizo nuestro P. General Rector del colegio de Sevilla y despues del de Granada.

La provincia de Andalucía le eligió para enviarle á Roma por su Procurador, para tratar con nuestro P. General negocios de importancia y votar si convenia convocar Congregacion general.

En todos estos oficios fué singular su prudencia y acierto, ejercitando he-

róicos actos de virtud, con que edificaba á los suyos y á los extraños, y de grande caridad, con que consolaba á unos y á otros.

Descargado de la lectura, se ocupaba más de propósito en el trato de las almas, con mucho aprovechamiento de los que le trataban; predicaba y confesaba lo que podia, acudia á las escuelas á enseñar la doctrina á los niños y á las plazas hacer pláticas á los pobres con muy buenos efectos; sólo el verle los compungia y movia á dolor de sus pecados.

Cuando otras ocupaciones no le dejaban, no por esto le dejaba este celo de la casa de Dios, ántes se lo comia, como dice la Escritura.

Estuvo malo una vez algunos dias, sin que los médicos pudiesen descubrir la causa de su dolencia, ni se halló otra que el sentimiento de que ciertas personas no anduviesen ajustadas á sus obligaciones.

Ningun ministerio se hacia de la gloria de Dios en que él no tuviese parte con el deseo y con el gozo de que fuese servida la divina Majestad, y principalmente con el esfuerzo que daban sus continuas oraciones á las obras de los que más trabajaban en la viña del Señor.

Era tan continuo en estos deseos, como ellos agradables á nuestro Señor, del cual oyó una vez que ningun alma se perderia por quien él derramase sus lágrimas. Favorecíale el Señor con muchas maravillas: hasta en el remedio de cosas temporales se vieron providencias muy particulares.

En nuestro colegio de Sevilla, en el tiempo de aquella calamitosa inundacion que hubo los años pasados, por las oraciones del P. Diego Granado, que era allí Rector entónces, se salvaron milagrosamente el trigo, aceite y vino de la provision de casa, de donde su caridad sacaba para repartir á los necesitados.

No fué la ménos admirable á los ángeles y á los hombres ver una persona en todo tan grande como este santo varon, subido en una cabalgadura entre unos angarillones por las calles públicas de Sevilla, repartiendo limosna; ni se contentaba sólamente con estas limosnas ordinarias, mas de las extraordinarias que Dios le enviaba, pagaba muchas veces tanto por tanto.

Una vez, en esta ocasion de la inundacion, le envió el marqués de Molina un regalo digno de la grandeza y piedad de aquel señor, y sin reservar para la casa cosa considerable, lo envió al hospital para los pobres.

Y para asegurar más nuestro Señor esta piedad, como en Elías, quiso sintiese alguna necesidad en su persona y casa. Faltó un dia el pan; impedia el buscarlo el agua de que estaban cercados; ya pasaba la hora del comer y acudieron al Padre; respondió que fiasen de Dios, y apénas se arrojó en sus manos, cuando llegó un barco á la puerta con pan y les dió el necesario, con

que se fueron luego á comer, quedando todos agradecidos á su buen Padre y él á nuestro Señor, que lo era tan suyo.

Y así, aunque siempre fué muy aficionado á dar limosna, desde entónces lo fué mucho más, y ordenaba, siendo Superior, no se fuese pobre ninguno sin limosna de comida, vestido ó dinero, la cual liberalidad ayudaba nuestro Señor con la suya, dándole de milagro con qué remediar muchas necesidades.

En un camino de Italia, excusándose el compañero cierta vez de dar limosna por no tener monedas de las que allí corrian, importunado del santo varon que diese limosna, como para mostrarle que no tenia de qué en aquella tierra, miró el dinero y halló algunas monedas que ni habia echado ni podia tener sino de milagro, y así, dió su limosna.

Entrando el siervo de Dios en Granada á ver un enfermo muy apretado, le consoló y dijo un Evangelio; al punto se sintió mejor y luego estuvo sin peligro, tanto que, viniendo los médicos, dijeron era salud milagrosa y no hallaron otra causa que la visita de este siervo del Señor.

Otra vez, caminando con un Hermano su compañero, se hallaron de noche en despoblado sin saber el camino; dieron voces, y no respondiendo nadie le dijo el compañero: «¡Padre, más que fácil fuera que el Angel de la Guarda nos encaminase!»

El Padre se recogió á su ordinaria humildad y oracion, y de repente se aparecieron allí dos hombres que los guiaron y pusieron en el camino sin que los viesen más. Dieron gracias á Dios por este beneficio, creyendo eran sus Angeles de Guarda.

No le estorbaban la ocupacion con los prójimos, ni la del gobierno de los nuestros, ni la continuacion de su estudio para el ocio santo de la oracion y ejercicios santos de devocion, la cual tuvo muy especial con el Santísimo Sacramento, y de ella, como de fuente caudalosa, manaron tantas gracias y religiosas virtudes, como se vieron en este siervo de Dios.

Toda su vida era una perpetua preparacion para comulgar y decir bien una Misa; y hacíalo con tal reverencia que cada dia parecia la primera, ó por mejor decir, la última.

Nunca dijo Misa, por graves que fuesen sus ocupaciones, sin haber tenido antes hora y media de oracion, con grande sentimiento y muchas veces lágrimas.

Para tenerla más á propósito de lo que deseaba, gastaba parte de ella con algunas consideraciones que le movian á mayor devocion; y habia hecho un Comentario sobre los cinco salmos que señala la Iglesia á los sacerdotes por preparacion, y tenia prevenidas sobre ellas sus meditaciones para cada dia de la semana.

Con estas y otras muchas meditaciones se regalaba este siervo del Señor y se prevenia para las singulares mercedes que en este santísimo Sacrificio recibia de la liberal mano de Dios.

Y como quien conocia era todo esto poco ó nada para su obligacion, con profunda confusion de su pobreza, como él decia, se entraba en el cielo á pedir limosna.

Y como era tan continuo en él este ejercicio, por no parecer pobre importuno, tenia dividida la Ciudad de Dios en siete calles ó barrios donde acudia con sus necesidades: la primera, de Angeles; la segunda, de Apóstoles; la tercera, de Mártires; la cuarta, de Pontífices y Obispos; la quinta, de Doctores; la sexta, de Confesores; la séptima, de Santas mujeres. Que aunque sabia muy bien, como tan docto, que no tienen esta distincion en el cielo, él la imaginaba para su devocion.

Hizo esta division en siete diferencias por acomodarlas á los siete dias de la semana y estar siempre ocupado en este misterio y su consideracion con el cuerpo en la tierra y con el alma entre los coros de los ángeles.

Acabada la Misa, el rato de accion de gracias era sus Indias. Gastaba grande rato en ellas, de que Dios tanto gustaba, y nunca fué nadie poderoso á interrumpirlas, ni títulos, ni grandes, ni virreyes que venian á visitarle; porque con una descortesía santa y prudente los obligaba, olvidado de su grandeza, con hacerles esperar, mucho más que otros con dejar las gracias por irles luego á hablar.

Y no es maravilla no reparase en esto quien comunicaba allí tanta mayor grandeza como mostraban los resplandores que alguna vez se vieron en su rostro echando rayos de luz. Allí parece que el Santísimo Sacramento le reveló cómo era predestinado.

Dijo públicamente en una plática, exhortando á dar gracias con espacio y devocion, que era su tema ordinario: «¿Qué seria si allí os dijesen algun dia más claro que la luz del sol: *Predestinado eres; trabajos habrá y tentaciones, pero al fin sereis de los escogidos?* Y diólo á entender tan claro por sí, que, pesándole y procurando enmendarlo, lo persuadió más; que es muy propio de los humildes descubrir más sus virtudes por donde pretenden más encubrirlas.

Otra vez dice en sus apuntamientos: «Hízome nuestro Señor merced de darme á entender que no me dejaria caer;» que en la modestia de este humilde varon, arguye un favor muy grande.

Estos sentimientos y otros muchos que apunta altísimos de la grandeza de Dios, de la pequeñez propia suya, del dolor de los pecados del mundo, del amor de la gloria, etc., con que nuestro Señor le regalaba en este ejerci-

cio de gracias y preparacion para la Misa, le eran muy debidos á quien tanto sirvió á nuestro Señor en este soberano misterio.

Fué el P. Granado el que trujo á la provincia de Andalucía el rezo del Santísimo Sacramento para los juéves, y ella la primera provincia de la Compañía que gozó este privilegio.

Él fué á cuya diligencia debe Sevilla en gran parte la solemnidad de la octava del Corpus, en que aquella santa Iglesia es hoy la primera, habiendo sido de las últimas en esta loable costumbre, y el P. Granado fué el primero que predicó en aquel insigne octavario.

En el ornato de altares, aseo de ornamentos, cera y galas de este Señor era pródigo santamente, y haciendo cuanto podia, todo le parecia poco. Cuando pasaba por la iglesia, desde que la descubria iba descubierto.

En los caminos, cuando parecia de léjos un lugar, miraba dónde estaba la iglesia, y se quitaba el sombrero, y decia un himno ó antífona con profunda reverencia; y, porque hasta en la misma muerte diese ejemplo singular de esta devocion del Santísimo Sacramento, quiso morir debajo de la fe de este misterio, protestándola, cuando le recibió por Viático, á imitacion del glorioso S. Bruno, de quien se escribe lo mismo, como cosa particular en su vida.

Esta devocion acompañó con la de la Santísima Vírgen, cuyo Rosario rezaba con admirable sentimiento y reverencia.

Una vez le hallaron en medio del aposento rezándole todo arrobado, sin haber sentido llamar á la puerta ni entrar quien le buscaba; tal estaba de absorto en la contemplacion de esta Señora, en cuya preservacion del pecado original, como muy hijo y capellan suyo, trabajó mucho por escrito en su tratado de oro, y de palabra en conversaciones, púlpitos y cátedras.

Y no sufriendo su devocion quedase este sentimiento sólo en el corazon, trujo á su provincia el rezo de la Concepcion para los sábados, é hizo piadosísimas y eficaces diligencias para que la santa Iglesia de Granada rezase del nombre de María.

Estas santas ocupaciones y trato con Dios son tan dulces, que quitan el gusto de todo lo terreno; y así, nunca se hallan sino en hombres de mucha oracion; y aunque podemos decir con verdad que toda la vida de este siervo de Dios era una perpetua oracion, siendo lo mismo verle en la mesa que en la Misa, y en la recreacion que en la oracion; con todo eso tenia señaladas para este ejercicio particular dos horas cada dia.

Granjeaba tanto en esto, que, como grueso mercader, tenia su libro de cuentas, donde ponia el dia y la hora en que recibia el favor y buen deseo, para agradecerle entónces y no olvidarle despues.

Esto guardaba especialmente en la semana de los ejercicios á que se retiraba cada año, y era su hora de espirituales riquezas.

Pero no le salian de balde, porque las granjeaba con muchas penitencias y mortificaciones corporales y espirituales, disciplinas cuotidianas hasta derramar sangre, sin perdonar á su delicado cuerpo áun las noches que por recreacion estaba en el campo.

Comunicábale el Señor en la oracion el conocimiento de cosas futuras, porque no le faltase el don de profecía.

Supo la hora de su muerte, y así, en su última enfermedad decia algunas veces: «De esta vamos;» viendo los muchos remedios que se le aplicaban y tan penosos, obedeciendo á todos conforme á la regla, decia: «¿Para qué se cansan, que yo me muero?» Y otra vez dijo, hablando con los que estaban presentes: «¡Oh qué gran cosa es este rincon y esta cama para morir!»

Pocos dias antes de enfermar, estando un Padre afligido con una gran tribulacion interior, entró el siervo de Dios y se sentó en su cama, y sin haberle comunicado el afligido su pena, comenzó á darle muchos remedios á propósito de su particular afliccion, con que quedó admirado el que la padecia, y juntamente consolado.

En Sevilla, en tiempo de aquella inundacion que hubo, mandó mudar la ropería vieja á otra parte; juntáronse muchos Hermanos, sacaron cuantos trastos habia en ella; fué cosa rara, que al punto que concluyeron con su obediencia, habiendo apénas salido de ella, se vino al suelo la pieza, dando todos infinitas gracias á nuestro Señor que los habia librado á ellos y lo que estaba dentro.

Parece sabia el suceso que habia de tener, cuando hizo un frontal de plata en Sevilla de mucho valor, sin más caudal para él que su confianza en Dios, que era la respuesta que daba á todos cuantos le preguntaban cómo le habia de pagar.

El mismo dia que le puso en el altar, entró un personaje en la iglesia, y mirándole, le pareció le decian: «Paga aquel frontal;» no queria él entenderlo, pero al fin no pudo resistir: fué á la portería, y preguntando por el P. Rector, á quien no conocia, le dijo enviase luego á su casa por lo que habia costado.

Su mortificacion de sentidos era más admirable que imitable: no hay maestro de novicios tan celoso de ajustar al ménos mortificado, que tan severas leyes ponga á los ojos, oidos, lengua y acciones, como este siervo de Dios guardó consigo.

Un libro tenia entero de propósitos, de qué habia de ver y no habia de oir, qué no habia de hablar; con el cual ejercicio en cosas fáciles llegó á vencerse en las más árduas.

Fué menester le señalase el P. Provincial uno á quien obedeciese en materia de las penitencias, porque no acabase su vida con ellas. Continuamente estaba instando que le dejasen hacer más, por muchas que hacia.

Su abstinencia fué grande; todos los dias eran para él unos, ni los más célebres de Pascua, cuando se suele añadir alguna cosa á la comida ordinaria, jamás quiso gustar cosa de lo que se añadia.

Su castidad era de ángel con una singular compostura del cuerpo, imágen de la de su alma; los ojos bajos, y todo su semblante tan modesto, que comunicaba en los que le miraban su devocion, y, lo que más es, su castidad.

Muchos tomaban por remedio de pesadas tentaciones y muy peligrosas acordarse de la modestia del P. Granado.

En la obediencia fué tan perfecto todo el tiempo que fué religioso, que no se notó en él haber quebrantado regla ni traspasado órden de Superior alguno; ni áun que hiciese en género alguno pecado venial, que si bien los tuvo por lo que lleva la condicion humana, fueron tales que no se vieron.

Solia decir: «Regla es esto, órden de los Superiores es, y bástame esto para que en la Religion, principalmente en la Compañía de Jesus, donde florece tanta observancia, tenga gran miedo de quebrantarla ó de cualquier manera enflaquecer su rigor religioso.»

Repetia tambien lo que dice S. Bernardo: «Cuanto son las manos más blancas, tanto más sobresale en ellas un pequeño lunar; y como á un vestido precioso cualquier mancha le deslustra, con mayor fealdad á nosotros tambien basta cualquier mínima inobediencia para mancharnos. Y ya no lunar, pero grave mancha es, si hubiere en nuestras acciones alguna negligencia de los más mínimos mandatos.»

Cuando fué á Roma, le dieron por Superior en el camino á un H. Coadjutor, para que le obedeciese en la disposicion del camino, en las penitencias y otras cosas tocantes á su persona, y le obedecia en todo como si fuera Dios.

Lo que más es de maravillar que un hombre tan docto no tenia más juicio que el de la obediencia; y así, aunque estuviese en alguna sentencia muy aferrado, en sabiendo que el Superior juzgaba que se debia seguir lo contrario, ese tambien era luego el juicio de este humilde Padre.

Una vez se vió grandemente apretado porque juzgaba que una excomunion le obligaba: el P. Provincial juzgó que no: el medio que tomó el siervo de Dios fué decir al P. Provincial: «Padre, en no seguir mi opinion me parece que es pecado, aunque no lo veo manifiestamente; pero la regla de nuestra Compañía, sacada de las entrañas de la Teología y doctrina de los Santos Padres, me dice que, donde no se vea pecado claramente, se ha de estar al mandamiento del Superior; y así, ruego á V. R. por amor de Dios

me mande deponga mi juicio ó que siga la opinion contraria; de esta manera me sacará V. R. del escrúpulo que me atormenta, y me dejará sosegado y contento.» Como lo quedó verdaderamente con mandárselo su Superior.

Lo que excede toda admiracion y sobrepuja todo encarecimiento, es el estudio particular que ponia en hacer bien y favorecer á quien le hacia mal.

No se obliga tanto el más humano del que le hizo un gran favor de honra ó interés, como el de quien le daba pesadumbre, ó sentia ménos bien de sus cosas.

Era voz que corria entre muchos que, si se pudiera hacer sin pecado, el modo de granjear al P. Granado fuera ofenderle; que es lo que dijo S. Crisóstomo de los hermanos de José, que pudieran haberle vendido, si lo supieran, por el interés de verle tan desinteresado bienhechor.

Con tantas maravillas y mucho más con sus maravillosas virtudes, hizo Dios venerable y estimado por santo á este su siervo, coronando sus trabajos y santas obras con una muerte santísima, la cual le sucedió en Granada, siendo Rector de aquel colegio.

Seis meses antes, habiendo tenido un Capítulo los PP. Basilios del Tardon y resultando de él graves dificultades cerca de la inteligencia de su Instituto y observante reformacion, queriendo por su humildad gobernarse en esto por parecer ajeno, la premió nuestro Señor en que de comun consentimiento pusiesen todos los ojos en la persona del P. Granado.

Le enviaron con un Padre Definidor á pedir les cumpliese sus deseos nacidos de santo celo y encaminados por nuestro Señor; y aunque pudiera este gran siervo de Dios reparar en muchas cosas para excusar esta jornada, como la incomodidad de caminos en invierno, la mudanza de temple y mantenimientos en su poca salud; sólo topó su humildad en que parecia hacer mucho caso de él y honrarle más que merecia.

Consultólo, y siendo todos de parecer que hiciese lo que la santa obediencia le ordenase sin proponer nada, con órden del P. Provincial hizo su viaje para grande gloria de Dios y con tanta satisfaccion de aquellos santos Padres, que le desearon siempre en su compañía; y para no olvidar su memoria, aunque quedaba tan impresa en sus corazones, le pidieron un breve comentario de su Instituto.

Pero con el cansancio del camino y poco regalo, que no admitió ninguno de los que le ofrecian aquellos santos religiosos, cayó malo de unas tercianas.

Lleváronle á Palma, donde así en la enfermería de la Religion como con el regalo del conde de aquella villa, que le era muy aficionado, volvió en sí y se vino á su colegio, donde le esperaban y deseaban todos con grande afecto.

Llegado á Granada, en una mision de las que con tanto celo y gran fruto

de las almas instituyó en las parroquias el Cardenal Espínola, Arzobispo entónces de aquella ciudad, por medio de la venerable Congregacion de los clérigos que está á cargo de la Compañía, fué una tarde el P. Granado á hacer una plática á S. Ildefonso, donde concurrió toda Granada, que salió edificada y admirada del celo y espíritu de este santo Padre, que así le llamaban todos.

Acabó, y sin hacer prevencion ninguna, ni de un sombrero, se vino á casa con un gran catarro que fué el principio de su mal.

Ultimamente, la noche de Navidad, aunque le rogaron mucho no se levantase á los Oficios, pues andaba tan achacoso, no fué posible, ántes respondió: «Bien se puede perder la salud por gozar de esta noche.»

Y despues de haber servido en el refectorio y de haberles besado los piés á todos, estuvo á los Maitines, dijo la Misa del Gallo y las otras dos continuadas, gastando en ellas tres horas de reloj con tanta devocion y lágrimas, que parece le dijeron habian de ser las últimas.

Luego gastó tres cuartos de hora en dar gracias, y, no contento con esto, salió al patio y confesó unos hombres que esperaban confesor; y acabando con estos oficios santos ya más de las cuatro de la mañana, á las seis y media le hallaron de rodillas, teniendo la hora de oracion que usa la Compañía cada dia.

Y estos son y no otros los accidentes que este mismo dia primero de Pascua á las doce le derribaron en la cama, para pasarle de ella al premio de sus gloriosos trabajos.

Y, si la muerte se corta del paño de la vida, vida será la muerte de este gran siervo del Señor. Recibió la nueva de ella, como quien la sabia, levantó las manos al cielo y dióle gracias por esta merced, y, recogido un poco, prorrumpió diciendo: *Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.*

Y como quien estaba tan prevenido para aquella hora y habia prestado tantas en vida á la muerte y su consideracion, tuvo por muy suyas las últimas; y, como si se ausentara por algunos dias, habló en particular á cada uno de los de casa, aconsejándoles lo que les convenia y avisándoles con amor paternal si habia alguna falta, áun de las muy ligeras.

De esta manera pasó con indecible serenidad y paciencia sus dolores, sin faltarle sentido ninguno hasta medio cuarto antes de espirar.

Allí llamó á exámen todas las virtudes, renovando actos heróicos de ellas; de su devocion, regalándose tiernísimamente con las imágenes y reliquias que tenia presentes; de su castidad angélica en la compostura y modestia, cuidando de no descubrir ni áun las manos sin mucha necesidad.

De su pobreza, holgándose de no tener ni una estampa de papel de que disponer, ni haberla traido de Roma; de su obediencia, sujetándose con gusto á lo más penoso que le ordenaban médicos y enfermeros; de su humildad, en no hablar ni una palabra de su impresion de la tercera parte de su obra que dejaba comenzada.

De su prudencia en disimular los grandes favores que en estas últimas horas recibió de nuestro Señor, segun se lo tenia prometido.

Allí tenia su oracion casi continua y sus exámenes, y el particular lo apuntó hasta la penúltima noche, pidiendo para esto le llegasen la luz cerca.

Recibió varias veces el Santísimo Sacramento con singular devocion y con gran ternura el santo óleo, respondiendo á todo y pidiendo le dijesen muy despacio la letanía y recomendacion del alma.

Acabado este acto, al despedirse la Comunidad y echarle su bendicion, á ruegos é importunaciones que vencieron las resistencias de su humildad, hizo un breve y prudente razonamiento, el cual enterneció de manera á los presentes, que se vió bien era sentimiento de corazon, y sin duda enterneciera las piedras ver llorar á gritos tantos religiosos graves, viejos y mozos.

Fué cosa admirable que en un acto de tan extraordinario sentimiento exterior estuviese tan en Dios, por no decir tan en sí, que ni interrumpió su plática, ni la apresuró, ni áun mudó la voz; y no lo es ménos las veras de este sentimiento, porque todo era disciplinas públicas y secretas por su salud, oraciones de los Hermanos y Misas de los Padres, como si de su vida pendiese la de cada uno; tanto le hacia amable su caridad y entrañas paternales con todos en su gobierno.

Quedóse como una paloma muerto; su rostro más hermoso que en vida, y su carne un dia despues tan tratable, como se debia á pureza de carne tan angélica y tan de corazon amiga de la castidad en sí y en todos.

Fué su muerte á cinco de enero de mil y seiscientos y treinta y dos.

El sentimiento de los de fuera correspondió al de los de casa; fué el entierro solemnísimo, el concurso sin número de gente principal y pueblo; la aclamacion de santo universal.

Vinieron por Comunidad todas las Religiones; y grandes títulos, caballeros y todo género de gente eclesiástica, religiosa y seglar, se tenian por dichosos en poderle besar las manos ó los piés, pidiendo con instancia alguna de sus reliquias, tocando sus rosarios y haciendo otras demostraciones, fieles testigos de la estimacion y aprecio de su sabiduría, todo lo cual se fué continuando cada dia con mayor devocion.

Acompañaron al cuerpo en gran número con cirios blancos las dos insignes Congregaciones del Espíritu Santo y Salvador: hizo el Oficio el Dean

de aquella santa Iglesia, y asistió por tribunal el de la santa Inquisicion como á su Calificador.

Y aunque todas las sagradas Religiones mostraron su afecto á la Compañía, siendo como en todo la primera la de Sto. Domingo, viniendo por sus dias á decir su Oficio y Misa de difunto, como si fuera de cada Religion, y pagándole la estima y veneracion con que parecia él religioso de cada una; quién se señaló sobre todo fué aquella santa Iglesia metropolitana, la cual asistió en gran número á la Misa, que el dia siguiente al entierro dijo en nuestra iglesia su Dean.

Finalmente, á la fama de la santidad del P. Granado y veneracion de sus reliquias, pedidas y robadas con tanto aplauso, se ha seguido la piedad deseosa de milagros, publicando algunos despues de su muerte, y otras revelaciones de personas virtuosas, que testificaron habian visto su alma en gran gloria entre los santos sus devotos. Púsose en la caja de su sepulcro una lámina que contiene brevemente muchos de sus elogios.

Casi todo esto está sacado de la relacion de la vida que imprimió de este siervo de Dios el P. Luis de Uceda, de donde sacó su copioso elogio Felipe Alegambe en su *Biblioteca,* y tambien de la que publicó el P. Jorge Hemelman en su erudito panegírico fúnebre.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO RUIZ DE MONTOYA

EL doctísimo P. Diego Ruiz de Montoya honró á Sevilla con su nacimiento y ennobleció á sus padres, aunque fueron principales y nobles. Tuvo mucha nobleza por su sangre y mayor por su vida, la cual mostró toda ella, porque desde sus primeros años vivió en él un natural muy compuesto y nacido para la virtud.

Jamás se vió en él travesura ni inquietud, sino una rara modestia y gravedad de costumbres. El ayo que lo crió y anduvo siempre atento á sus acciones, no dudaba decir que conservó siempre el inestimable don de la pureza de su cuerpo, no pudiendo creer que en tal cordura y asiento de costumbres tuviese lugar el vicio contrario.

Pero lo que mayores prendas dió de lo que habia de ser, fué la resolucion

tan varonil que tomó de dejar el mundo y tan fundadas esperanzas que le ofrecia de ser y poder en él mucho.

Por que, habiendo puesto en él los ojos su tio, hermano de su padre, el Veinticuatro Gaspar Ruiz de Montoya, persona de grande autoridad en aquella república, y de diez mil ducados de renta; siendo él el mayor de sus hermanos, sin ser poderoso á detenerle respeto ninguno, lo dejó todo y se entró en la Compañía á la edad de catorce años.

Era entónces Maestro de novicios en Montilla el apostólico varon y celoso predicador de aquellos tiempos el P. Francisco Vazquez, debajo de cuya disciplina fué nuestro novicio un ejemplar de toda cordura, virtud y religion.

Pero, sin embargo de esto, lo ejercitó nuestro Señor grandemente con unos temores de su perseverancia en la Compañía, por la íntima estimacion que tenia de su vocacion á ella y desestima de sí mismo.

Estando con estos temores, le dió un dia una recia calentura: estando en el mayor ardor de ella, le mandaron de parte del Superior fuese á tener oracion de rodillas, como se suele cuando descubren el Santísimo Sacramento.

El temeroso novicio, no atreviéndose á decir su mal porque no le tuviesen por enfermizo y lo despidiesen, se fué animosamente á su obediencia, y, siendo la accion propia para encenderse más la calentura, quiso el Señor que se levantase de la oracion, que duró una hora, totalmente bueno de ella, sin más volverle, regalándole nuestro Señor y quitándole con esto aquel sobresalto, y así, como singular beneficio de Su Majestad lo contó él despues.

En sus estudios fué de las raras habilidades de aquellos tiempos, y pudo hacer raya en cualquier siglo; y así, fundándose entónces los estudios de Teología en el colegio de S. Hermenegildo de Sevilla, le trajeron desde Córdoba, donde era estudiante, á sustentar las primeras conclusiones generales de Teología, que tuvo con gran admiracion de los presentes y crédito de nuestros estudios y estudiantes, presidiéndole el insigne P. Gaspar de Castro.

Llevó siempre la delantera en sus estudios la virtud, siendo en su obediencia prontísimo, por su mansedumbre y sufrimiento amabilísimo, enemigo y totalmente ajeno de toda ambicion y vana competencia; y como nuestro Señor iba echando desde sus tiernos años los profundos cimientos de este gran edificio, le dió una inclinacion grande á los oficios más bajos; y así, aconteció que él solo los tuviese á su cargo todos, como es fregar, barrer, coger la basura y otros de este género.

Tenia el dia de asueto tiempo determinado para darse más á la oracion, y un dia en el mes para darse todo á nuestro Señor, renovando sus santos propósitos, y para leer las reglas de la Compañía y de su oficio de estudiante, y ver si se iba entibiando en el fervor de su espíritu.

Se echaba de ver que no era más su estudio especulacion que oracion, pues de ordinario estudiaba en este tiempo de su mocedad hincado de rodillas con extraño recogimiento, como quien estaba oyendo á otro más interior y soberano Maestro.

Traia siempre tan contemplada y ordenada su lengua, que ni con el fervor de la edad ni de los argumentos en disputas ni conferencias se vió en él rastro de cólera ni accion que no fuese muy compuesta.

Acabados sus estudios, era su mocedad una tan seria y conocida senectud en costumbres y madurez que, teniendo solo el grado de diácono, luégo leyó un año de Teología moral en Baeza. Despues, el año de ochenta y cinco, comenzó su curso de Artes en Granada, luego leyó en Córdoba y Sevilla como veinte años.

Y habiendo ilustrado las escuelas y cátedras, se recogió al retiro de su celda y á disponer las obras admirables de sus libros de que ahora gozamos, en que le cogió la muerte lleno de muchas virtudes, las cuales asentó en su alma con la continua imitacion de Cristo nuestro Redentor, cuya Pasion meditaba continuamente con grande aprecio y estimacion de sus infinitos merecimientos.

En un memorial que guardaba muy secreto, donde tenia apuntados algunos estímulos para su propia perfeccion, tiene esta sentencia, digna así de su piedad como de su sabiduría. «Así como la Pasion de Cristo fué medio de nuestra redencion, así su meditacion, sentimiento y veneracion es medio para aplicarnos la misma redencion; y así, tráela muchas veces á la memoria y hónrala, ó con hacer alguna buena obra en honra suya, ó por lo ménos con palabras.»

De manera que sentia este varon santo, que como los Sacramentos aplican *ex opere operato* el fruto copioso de la Pasion del Señor y de nuestra redencion hecha por su Majestad; así, lo que *ex opere operantis* muy propiamente aplica este mismo fruto es el sentimiento, reverencia y meditacion de lo que padeció por nosotros.

Y como quien estaba embebido en esta consideracion y no olvidado del propósito hecho, solia entre dia romper su profundo silencio con estas palabras, que con gran sentimiento decia á su escribiente: «Carísimo, mucho es lo que debemos á Cristo nuestro Señor que nos ganó la vida eterna con su muerte y pasion.»

En consecuencia de esto, entre todos los dichos de nuestro Salvador y áun de todas las Santas Escrituras, cuya leccion y meditacion era su continuo maestro y consuelo, tenia altísimos sentimientos en las pocas palabras que el Señor dijo en su sagrada Pasion, sintiendo, como se ve en unos apunta

mientos de su letra, que como las obras de la muerte de nuestro Redentor fueron excelentes para la manifestacion de los atributos divinos y para nuestra enseñanza más que los de toda su vida, así excedian las palabras, pocas y profundísimas.

Entre ellas especifica aquellas que, preguntado por el juez Pilato si era Rey, respondió diciendo: *Regnum meum non est de hoc mundo;* para cuya probanza añadió: *Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati,* que dice él tienen una especialísima razon de autoridad, porque cualquiera cosa dicha extrajudicialmente hace poca ó ninguna fe en juicio; pero cuando el reo es jurídicamente preguntado, y hace su declaracion, y los tormentos no pueden apartarle de ella, hace mucha mayor fe. Y así, San Pablo, como de cosa digna de particular nota, nos trae á la memoria este dicho y declaracion de Cristo nuestro Señor examinado por su juez: Cristo Jesus *qui testimonium reddidit sub Pontio Pilato, bonam confessionem.*

Aquí, pues, halló el espíritu y sabiduría de este gran teólogo el fin y alteza de la vida de los santos y particularmente de los religiosos, que, para serlo, han de pertenecer á este reino de Cristo que no es de este mundo; y para ser de aqueste reino, se han de persuadir nacieron para ser testigos ó mártires de la verdad.

Y nada con más verdad se puede decir de este singular varon, sino que parece nació para el patrocinio, crédito y celosa publicacion de la verdad, teniendo este por fin propio de su vida como dote propísimo y marca singular de los que Dios escoge por doctores, y abre de su mano la boca en medio de la Iglesia para ilustrarla y enseñarla.

Ni eran ménos excelentes sus virtudes que lo fué su doctrina, procurando conformar su vida con el ejemplar de Cristo crucificado, que continuamente meditaba.

Singularmente se señaló en el desprecio de toda honra humana, que con tanta particularidad nos la enseña la humildad del Hijo de Dios puesto en una cruz, á cuya imitacion huia el P. Diego Ruiz con tanto extremo la honra, que parecia sacaba la virtud de la humildad del medio en que ella consiste, por distar más de extremo contrario, que es la soberbia.

Nunca se le oyó palabra en su alabanza en tanta alteza de ingenio y aplausos. Siendo Rector de Córdoba y haciéndole el P. Visitador, que fué entónces el P. Francisco de Porres, algunos cargos acerca de su gobierno, que todos tocaban en algun rigor y severidad; pudiéndole satisfacer porque en todo procedia con gran reflexion y advertencia, no lo hizo, ántes sin excusarse ni descargarse en ninguno, hincado de rodillas, volvió el papel de los

cargos al P. Visitador, diciendo que aquellos probaban que él no era para Superior, que era lo que él deseaba, y así, dejó el oficio, aunque le quedaba bien poco del trienio.

Pocos años despues, enviándole señalado por Rector del colegio de Granada, propuso tan eficazmente que consiguió el no serlo.

Despues, tratando los Consultores de Provincia de quererlo proponer á Roma para Provincial, temiendo las dilaciones por causa de sus proposiciones, se lo dieron á entender antes de escribir á nuestro P. General; pero el Padre les habló con tal resolucion y eficacia, que pareciéndoles era perder tiempo quererle persuadir nada, lo dejaron. Su pretension y deseo era no verse, cuanto era de su parte, en acciones lustrosas.

Una vez fué llamado para una junta en que entraban las personas mas graves del reino, y, avisándole de ello, se acostó en la cama, dando por excusa, y en la ocasion podia darla, que estaba enfermo.

Convidóle una vez un caballero de respeto para hacer plática á los Congregantes de la Anunciata: admitióla, pero, luego que supo que con deseo de oirle y fama suya habia de acudir mucha gente lucida, por eso mismo que á otro moviera á hacerla, se despidió con toda resolucion y no la hizo.

Siendo él un comun oráculo de todos, en la direccion de cosas propias pedia consejo á personas muy inferiores á sí y que habian sido sus discípulos.

Cumplia muy bien lo que tenia en sus propósitos acerca de la humildad y desprecio de sí mismo: «1. Nunca directe, nunca indirecte procurar cosas de estima ó de honra, y eso en todo género y con cualquiera apariencia del servicio de Dios.

»2. Nunca alabarte directe, nunca indirecte, ántes procurar que sepan tus faltas y encubrir lo que parece virtud.

»3. Amar y querer ser humillado á secas, sin ninguna excusa ó sombra de honra.

»4. Cuando estoy ciego y como loco, que se me va el corazon tras una cosa de honra ó tiemblo de una deshonra, hacerme fuerza con violencia en contrario á ciegas, acordándome que, cuando tenia juicio, me parecia bien lo contrario, haciendo la señal de la cruz, que ha de ser nuestra arma, sobre el corazon y diciendo: *Deus in adiutorium meum intende.*

»5. Pedir á nuestro Señor que nos dé deshonras y con ellas toda virtud para abrazarlas de buena gana, y entender que sin duda me las concedera Dios para desearlas no fingidamente, sino de veras; y aunque las hayamos de sufrir no con deleite sino reventando.»

Cincuenta años habia, cuando murió, que hizo el Padre estos propósitos, por los cuales parece que tenia luz y presagios del cielo, y como antevisto

ya el camino de trabajos y penalidades por donde Dios le habia de llevar como á varon perfecto.

Y como era persona que en todo se guiaba por los ejemplos y doctrina de los santos, en esta materia de huir del mundo y alabanzas humanas ponderaba él mucho los daños que S. Bernardo cuenta que le hicieron los aplausos de los hombres, como se ve en el libro *De interiori domo,* cap. XXXVI, concluyendo con aquella temerosa sentencia, sacada del libro de su propia experiencia: *Didici quia qui me laudabant, adversum me iurabant.* Y lo de S. Ignacio mártir: *Hi vero qui laudant potius flagellant:* lugares que este eruditísimo Padre trae á este propósito de los peligros de la gloria humana, en la disputa 35 y seccion 11 del tomo *De praedestin,* en que parece que, sin pretenderlo, se copió á sí mismo, y los dictámenes que en esta parte tenia y guardaba él, abriendo los ojos á la gente que trata de virtud, para procurar toda cautela en esta parte.

De este total desprecio de los lucimientos y aplausos humanos nació el sumo retiro y clausura que profesó, singularmente despues de haber dejado la cátedra y recogídose al estudio de sus obras.

Aunque á la verdad, dado que anduviese entre los hombres, se imaginaba como solo delante de su Juez y Señor; y así, tenia escrito en sus espirituales soliloquios y desengaños: «Si no hubiera más que yo en el mundo, no querria honras, etc., pues todos los que hay son nadie. De estimar los hombres, temo sus desprecios y estimo sus honras: no hacer caso de ellos cuanto á esto, y para esto compararlos con Dios, con quien vienen á no ser nada.»

Por donde se ve que toda esta abstraccion nacia en gran parte del profundo desprecio que tenia de las cosas humanas, no hallando tomo en ellas su generoso espíritu, como quien pertenecia al reino de Cristo nuestro Señor que no es de este mundo.

Nadie le vió jamas fuera de su celda sino á cosa precisa, ni nadie le vió alguna vez siquiera quebrantando el silencio en toda su vida, ni perdiendo fuera ni dentro de su aposento un momento de tiempo; y como á quien refrena su lengua, lo da por perfecto el Espíritu Santo, de aquí es que personas que íntima y familiarmente trataron á este venerable Padre, decian que jamás le vieron hacer cosa que desdijese de varon perfecto.

Pasáronsele más de diez y seis años sin salir de casa, y así, no usaba de manteo; y si alguna vez salia, era llamado de los Superiores á la Casa Profesa para consultas de provincia el tiempo que fué Consultor de ella; y así, viéndole una vez de estas una persona grave y discreta, le pareció tanta maravilla ver fuera de casa al P. Diego Ruiz, que exclamó con gracia, diciendo: *Aut Deus naturae patitur, aut mundi machina dissolvitur.*

Eligióle por su confesor un Asistente de esta ciudad, y el Padre lo rehusó cuanto pudo, alegando que en ninguna ocasion habia de poderle acudir saliendo para ello de su colegio.

En otra ocasion, de un negocio que le tocaba y se habia de sentenciar en la Audiencia hizo un papel muy erudito para enterar á los jueces de su derecho; y sabiendo que el Oidor presidente de la Sala deseaba que le viese y á boca le informase, dijo que más barato le seria dejar su pretension que el recogimiento de su celda, y así, no salió de ella para este caso.

De donde procedia que, siendo estimado y conocido de todos por su fama, habia pocos que le conociesen por el rostro.

No nacia este retiro en el Padre de natural tétrico y huraño, pues era su caridad suavísima y aplicada á hacer bien, y así, en las ocasiones que se le ofrecian de ministerios más humildes, hacia liberal cesion de su amado recogimiento.

Entre otras, tuvo particular aplicacion á catequizar y disponer á los infieles para el santo bautismo, porque fué sobre todo encarecimiento el aprecio que tenia de los santos Sacramentos y el celo intenso de su debido uso y participacion.

Por mucho tiempo catequizó en Sevilla los moros que se habian de bautizar; y, siendo maestro de Teología de Prima, iba ciertos dias á las parroquias á enseñar la doctrina cristiana á los niños y gente ignorante.

Muy sabida y celebrada es la diligencia que puso en que los negros y negras que vienen de Guinea y Angola se bautizasen, haciendo instancia en ello con razones que en su singular tratado de este artículo representó al Ilmo. Sr. D. Pedro de Castro y Quiñones, Arzobispo de Sevilla, el cual dió comision al P. Diego Ruiz para que averiguase el valor del bautismo de esta desamparada gente.

Hiciéronse por su órden las informaciones, y con ellas, y su parecer, y consulta que hizo el señor Arzobispo, se resolvió el caso en que se bautizasen por la grave duda de si lo estaban.

Era de gran consuelo y edificacion ver á una persona tan grave y venerable ir por las parroquias de aquella ciudad y verlo metido entre gente tan bozal y zafia, acomodándose á su corta capacidad en su enseñanza, á cuyo compás y proporcion hizo un catecismo por donde fuesen instruidos y preguntados, para ver si habian de ser bautizados absolutamente ó *sub conditione*.

Este ejemplo y resolucion se ha seguido despues acá en las provincias adonde suelen ir grandes armazones de negros, como cada año van de Angola y Guinea al puerto de S. Juan de Lua, Cartagena, Buenos-Aires, Bra-

sil y otros puertos, en que por medio de las cartas é instrucciones de este apostólico celador de la Iglesia del Señor, refieren haberse bautizado más de cien mil negros.

De esta instruccion y bautismo hecho en Sevilla con intervencion del P. Diego Ruiz, hace larga é ilustre memoria el P. Alonso de Sandoval, de nuestra Compañía, en la obra que imprimió de *Instauranda Æthiopum salute*, lib. 3, cap. XXII, dando esta accion por regla de celo apostólico á todas las Iglesias de España é Indias, por ser cosa tan mirada y acreditada con el fruto que de ella se cogió.

Y para que este su afecto de catequizar fieles é infieles durase y se extendiese más en bien de la Iglesia, compuso el *Catecismo de la doctrina cristiana,* que á su persuasion hizo imprimir aquel gran modelo de verdaderos Prelados y singular estimador de nuestro venerable difunto, el Ilmo. D. Francisco Reinoso, Obispo de Córdoba; y despues este catecismo ha corrido por casi todos los obispados de la cristiandad, donde se aprende y aprovecha tanto.

Así mismo celó grandemente, y fué de parecer que los niños expuestos se bautizasen *saltem sub conditione,* aunque trujesen en el pecho cédula de estar bautizados, porque decia ser caso posible y acontecedero que fuesen hijos de infieles y ponerles las tales cédulas para que no fuesen bautizados, lo cual se ejecutaba así en el Arzobispado de Sevilla despues de su parecer.

Y viendo que el bien, cuanto más universal, es más divino, enderezó particularmente su celo á los ministros públicos y más inmediatos de los Sacramentos, de cuya prudencia en dispensarlos depende tanto la reformacion de las costumbres.

Y así, tuvo traza cómo los domingos por la tarde se hiciese en nuestro colegio una junta de sacerdotes y curas de la ciudad, concurriendo y alentando mucho esto la buena memoria del Illtr. Sr. D. Gonzalo de Campo, Arzobispo de Lima, que entónces era Provisor del arzobispado de Sevilla, en la cual conferencia el Padre presidia y resolvia puntos prácticos de Teología moral, industriándolos en las materias más importantes para cumplir debidamente con las obligaciones de su oficio.

Y los años que leyó Teología en Córdoba y Sevilla puso siempre la mira en formar en sus discípulos unos verdaderos ministros de las almas ejemplares y letrados.

Para este fin los reducia á que tuviesen los ejercicios espirituales de nuestro Santo Padre, y á los más aprovechados y que eran sacerdotes ó aspiraban á ello, los alentaba y daba documentos para que los dias de fiesta fuesen á los lugares vecinos á catequizar y evangelizar la palabra de Dios.

Y para autorizar y premiar más á los verdaderos ministros de las almas que él tanto estimaba, instó mucho con los Prelados en que á los tales, por premio de su buen celo y ejemplar administracion de los Santos Sacramentos se les diesen beneficios parroquiales.

Para fundar y persuadir este intento, hizo un doctísimo tratado, y así se comenzó á practicar en materia de los pecados públicos, teniendo por cuidado vano querer los príncipes enjugar y secar las corrientes de los vicios con la esponja de las leyes y pragmáticas, dejándose sin cegar los veneros y fuentes originales de ellos.

Emprendió con grande ánimo y celo se quitasen de la república las farsas y comedias, pues de ordinario son como unas públicas ferias y oficinas de pecados y depravacion de costumbres.

Y así, contra estas y singularmente contra las que se hacen en Sevilla en carros el dia del Corpus Christi, hizo un excelentísimo tratado que comunicó á varias personas graves para que se excusasen; y, aunque su buen celo careció de efecto, no es justo carezca de memoria su conato.

Quien así celaba el bien público, celaba con singular afecto el particular de su Religion, enterneciéndose y alegrándose con sus prósperos sucesos. Un acto literario que tuviese bien uno de nuestros estudiantes era para él causa de extraño gozo; y así de otras cosas, por mínimas que fuesen, en buen lustre de nuestra Compañía; y por el contrario, se consumia y deshacia si veia alguno que prevaricaba y desdecia.

Para remedio de los tales, siendo Superior, usó del rigor que juzgó convenir, en particular con uno, cuyo castigo tomó despues nuestro Señor á su cargo; pues, habiendo salido de la Compañía, en frente de nuestro colegio, á la puerta de la parroquia de S. Miguel lo dejaron muerto á puñaladas.

Siendo particular, era de parecer se descartase la Compañía de semejantes sujetos; y así, hizo dos eficacísimos y doctísimos tratados, el uno del estado en que están los que piden salirse de la Compañía, y el otro de las causas de despedir á los profesos.

No fuera tan libre en decir la verdad este gran defensor de ella, si no fuera en él tan sigular el espíritu de pobreza y desprecio de las cosas temporales. Pedia licencia para una hebra de hilo, una agujeta y otras cosas mínimas.

No tuvo ni dejó en su aposento cosa de valor alguno, ni una correa para ceñirse la sobreropa en tiempo de frio; y así, en su lugar traia un vil orillo; y cuando en la última enfermedad tuvo por su flaqueza necesidad de un bordon, no quiso para este efecto sino una caña. De aquí le vino el trato tan desinteresado con los penitentes y amigos seglares, de quien no sufria le en-

viasen cosa de regalo; y, si acaso le enviaban algo, lo remitia luego al P. Ministro para el uso comun, y, cuando admitia algo, era por pura necesidad y una manera de violencia.

Cuando fué Rector de Córdoba, no daba licencia para que se recibiese nada de los de fuera, cuidando él con una vigilantísima y suavísima providencia que á nadie faltase lo necesario.

Y, como nuestras Constituciones llaman á la pobreza firme muro de la Religion, celó increiblemente no se descantillase un punto ni se introdujesen usos que no dicen tanto con su perfeccion; y así, sabiendo que un súbdito suyo tenia un carton cerrado con un candadillo, se lo mandó quitar con toda resolucion, por lo que esto puede parecer uso de cosa propia como propia; y era sentimiento y dicho suyo que tanto más seriamos tenidos por predicadores y testigos de la verdad, cuanto más despreciadores de toda nuestra comodidad en cosas temporales.

Para esto traia el ejemplo del Profeta Abías, que cogiendo su palio nuevo con que se cubria, lo hizo doce tiras, y dando las diez á Jeroboam le profetizó y dió de parte de Dios potestad sobre las diez tribus; accion en que el detrimento y desprecio de su hacienda y ornato de su persona por decir la verdad, era testimonio de que no pretendia engañar.

En materia de castidad fué un rarísimo ejemplo, ángel toda su vida recatadísimo, cautelando y previniendo las menores ocasiones con una singularísima y para algunos demasiada circunspeccion.

Quien tuvo particular noticia de su conciencia por haberle confesado muchos años, reconoció que el cielo le habia dado algun privilegio singular en este don, segun veia en él la alienacion y abstraccion del menor asalto ni rastro de ménos limpieza en este género, como si no estuviera compuesto del barro de nuestra flaca naturaleza.

De èste aprecio del alma le provino un celo tan singular de que en la Compañía luciese sin eclipse alguno aquesta pureza, que casi declinaba en crueldad, juzgando que era linaje de piedad no tenerla en estas materias.

Quien vivia en carne como si no fuera de ella, vivia en su patria como si en ella no tuviera pariente ni cosa que le tocase en sangre; y así, le llamó una persona grave el *Melchisedech de nuestro tiempo, sin padre, sin madre y sin genealogía.*

Teniendo dos hermanas religiosas de ejemplar santidad en el convento de las Dueñas de Sevilla, y otro hermano sacerdote, de vida muy cristiana, y otros parientes principales, no se sabe que jamás los visitase.

Avisándole una vez que su hermano estaba á la muerte, fué á ayudarle en aquel trance; y, diciéndole un poco antes de llegar á su casa cómo ya habia

espirado, llegó allá, díjole un responso y al punto se volvió á su Colegio, sin salir más á cuidar de su entierro.

Al paso de esta mortificacion de afectos fué la de sus sentidos; y, fuera de las penitencias secretas que cuando la salud le dió lugar eran muy frecuentes, en el gusto atendió solo á su precisa necesidad, pasando tantos años lleno de tantos achaques y dolores, sin tener en su celda género de regalo.

Y aunque el uso del aceite en todas sus comidas era por medicina para sus corrimientos, otra que su constancia y sufrimiento no pudiera llevar tantos años remedio que así le desazonaba el sabor de los manjares, y ofreciéndole por esto cierta persona traerle manteca, pues serviria no ménos que el aceite y no era tan desabrida, no quiso admitir este pequeño gusto.

Vino despues por mucho tiempo, estando enfermo, á comer la carne cocida con sola agua, sin sal, ni especies, nunca cuidando de ante ni postre, ni probando ningun género de fruta.

Jamás comió fuera de los dos tiempos acostumbrados, ni áun estando enfermo, ni con ninguna ocasion.

No se halló hombre en Sevilla que se acordase haberle visto ir á las recreaciones del campo que tan lícitamente se suelen admitir; y áun las que se ofrecen dentro de los colegios ó en escuelas, de coloquios, músicas y otras de este género, que son de algun gusto, totalmente se privaba de ellas.

De su obediencia no hay más que decir sino que, con ser hombre de tan superior capacidad y discursos, cesaban ellos y sus palabras en oyendo decir que cualquier Superior ordenaba algo, de lo cual dió raros ejemplos en la última enfermedad.

Habiendo puesto el P. Diego Ruiz una opinion suya en unas conclusiones que habia de presidir, sabiéndolo el Superior, mandó se quitase aquella conclusion y no se imprimiese; y pudiendo el Padre defenderse con su grande ingenio, preponderó la obediencia, sin replicar ni hablar de caso tan sensible ni una sola palabra.

Tambien fué efecto de su insigne obediencia la suma aplicacion con que se dedicaba á las ocupaciones en que ella le ponia; y así, cuando Rector, fué Rector, y cuando lector lector, sin divertirse á otras cosas.

Luego que lo hicieron Rector de Córdoba, con ser tan natural su inclinacion y gusto á lo escolástico, totalmente lo dejó, atento sólamente al cuidado de sus súbditos.

Y viendo que la primera regla y obligacion del Rector es que con la oracion y santos deseos tenga como sobre sus hombros su colegio, la mayor parte del dia gastaba en oracion, sin manejar en lo que le quedaba de tiempo otros libros que el de las Constituciones y los que tocan á nuestro Insti-

tuto, en cuya inteligencia fué eminentísimo, como se echaba de ver en las Congregaciones provinciales y otras semejantes ocasiones.

De esta pureza de vida y afectos nació el amor de la pura verdad, que jamás se halló en la boca de este su gran testigo afeitada ó fruncida, sino con el candor y hermosura natural que ella tiene, hablando siempre lisamente y sin género de artificio ó afeccion.

Fué el P. Diego Ruiz uno de los profesos que la provincia de Andalucía envió á la sexta Congregacion general el año de 1606, y en ella habló con el celo que siempre, siendo tenido por varon de rara doctrina y prudencia; y así, se sentó en el escaño que la buena memoria de nuestro P. Cláudio llamaba el banco de letrados; y muchos de aquellos Padres juzgaban que aquella capacidad no era para Superior inmediato, sino para mucho más.

Fué tambien elegido para ir á la séptima Congregacion, á que su falta de salud no dió lugar, y obligó á volverse del camino.

Al mismo peso que amó la verdad, aborreció la mentira; y como él tenia por fin del religioso de la Compañía ser testigo ó mártir de la verdad, decia que juzgaba por indigno de recibir los votos en ella al novicio en quien se conociese facilidad en mentir ó cualquier género de fingimiento.

Parecia cosa del todo punto admirable un como olfato que tenia en distinguir la verdad y la mentira; y así, quien le conocia no usaba con él de equivocaciones, porque luego las descubria, y en esto parece obraba con una manera de necesidad.

En negocios gravísimos en que como oráculo era consultado de todas partes, siempre habló con pecho libre y palabras vivas, sin temor de hombre, de cualquiera suerte que fuese.

Su firma particularmente era como sucesion irrefragable, causando su consejo, de que tenia singular don, una seguridad maravillosa en las conciencias de los que se lo pedian; y con decir: «El P. Diego Ruiz me lo aconsejó,» preocupaba cualquier género de contradiccion.

Los Arzobispos comunmente no decretaban cosa de importancia sin su acuerdo, buscando al Padre con la pretension que otros suelen introducirse con los príncipes. Del Cabildo eclesiástico se puede decir lo mismo, y del tribunal de la santa Inquisicion.

En las controversías más reñidas y entre personas gravísimas era como el juez de apelaciones, á cuyo parecer se estaba. En el Cabildo seglar muchas veces se dejó la resolucion de gravísimos negocios en el parecer único del P. Diego Ruiz.

Y habiendo venido por Asistente un título de gran prudencia y gobierno, y viendo que en muchas cosas y negocios gravísimos que intentaba, el expe-

diente era remitirse al P. Diego Ruiz de Montoya, extrañó mucho el modo de resolverse el Cabildo, y no conociendo al Padre de trato ni de vista, y hallando por los efectos cuánto pesaba su autoridad en todos los Capitulares, se resolvió á entrar á buscarle un dia, diciendo: «Veamos quién es este Padre, á quien todos se remiten.»

Entró en casa diciéndole que era el hombre á quien más temia en el mundo. El Padre, con la entereza y verdad que solia, le respondió: «Tema V. S. a Dios, que con eso no hay que temerme.»

Esta respuesta, que despues el mismo señor publicaba, y la entereza y verdad que siempre vió en él, sin hallar por algun lado portillo por donde entrarle, particularmente en materia de gabelas, aunque su resolucion era contra lo que deseaba, hicieron lo tuviera por hombre verdaderamente de Dios, y como á tal le cobró veneracion y amor singular; y, aunque jamás le visitó el Padre, le comunicaba y visitaba muy á menudo, deseando regalarle, á que el Padre no dió lugar; aunque sabiendo se detenian los escribientes por falta de dineros, le envió de limosna trescientos ducados. Tal era el afecto que su verdad y entereza causaba en gente prudente y bien considerada.

No ménos singular ejemplo de su veracidad y entereza fué, que pidiendo el rey D. Felipe III una vez cierta contribucion á Sevilla, y sabiendo su majestad el recurso que tenian los Veinticuatros al P. Diego Ruiz y la estima que tenian de sus letras y parecer, envió el duque de Lerma, su privado, una carta al Padre diciendo, que pues era probable se podia poner la tal contribucion, fuese de parecer podria Sevilla concederla á su majestad; que el rey empeñaba su real palabra de hacer con Su Santidad (que era entónces la feliz memoria de Pablo V y habia prohibido se imprimiesen cualesquier obras de *Auxiliis)* diese su licencia para imprimirse los libros de *Auxiliis* que el Padre habia compuesto.

A la cual carta respondió este gran varon que deseaba siempre servir á su majestad en todo, pero que queria más que aquellos sus libros se quemasen que hacer ó decir cosa que juzgaba no podia con buena conciencia, cual era la concesion que se le pedia aprobase.

De sus raras letras y sabiduría no habia que decir nada, pues sus obras impresas son públicos pregoneros de ella; en las cuales se ve cómo se encumbra y da vista con la alteza de su ingenio y sagrada erudicion á nuevas regiones de dificultades teológicas, calidad que dió á sus escritos aquel su gran discípulo y maestro insigne de la sagrada Religion de nuestra Señora del Cármen, el R. P. Fr. Agustin Nuñez Delgadillo, en la aprobacion que dió al tomo de *Praedestinatione*, diciendo que en sus escritos: *Non actum agit sed nouum in quacumque disputatione spargit splendorem.*

Y, si dijo gravemente S. Gregorio Nacianceno que ni una línea hacia á uno geómetra, ni una navegacion marinero, parece que nuestro Señor concedió á este su humilde siervo, para formar en él un perfecto doctor, lo que con gran dificultad se hallará en otros; y es el haber abrazado y alcanzado con todos los santos (como dijo el Apóstol) lo ancho, largo, alto y profundo de la sagrada Teología, positiva, escolástica, moral y mística, en grado eminente, alcanzándolo todo, *cum omnibus sanctis.*

Pues la singularísima eminencia que tuvo este prudentísimo escritor, fué sacar como el zumo y jugo á los escritos de los Santos Padres y Concilios; diligencia y asunto deseado de muchos que querian ver el negocio de la teología escolástica fundado y sustanciado, mas no sólo por vía de razon y sutilezas, sino de más abundante autoridad, sacadas de las Santas Escrituras, Concilios y Padres, cuya leccion decia él era un particular servicio, culto y devocion que se tenia á los santos, y que ellos estimaban mucho.

Aunque el primero de sus serios estudios fué el de la Sagrada Escritura, al cual se dedicó únicamente por largo tiempo para sacar de ella los nervios y entereza de las conclusiones teólogicas, y con singular aplicacion se dió á la leccion del Apóstol S. Pablo con profunda inteligencia de sus abismos; y aunque primeramente la oracion y luz divina, con su capacísimo ingenio, fueron las principales causas de alcanzar este globo tan consumado de ciencias; no hay palabras para declarar la industriosa aplicacion con que se dedicó al estudio de estas facultades, no hallando gusto en otra cosa de las criadas, sino en los libros, por donde pudo decir de ellos lo que el gran Basilio de los suyos: *In quibus omnis mihi vita sita est.*

Acontecia en su enfermedad de piedra, estar por una parte reventando con los dolores, y por otra tener asido el cuaderno ó libro de la mano sin divertirse del estudio.

Dejó impresos seis tomos de *Trinitate, Scientia, Voluntate, Praedestinatione, Visione et Nominibus Dei.* Pero con singular estudio limó por espacio de diez y seis años los dos tomos de *Auxiliis* que están por imprimir, y han admirado sobre las demás obras suyas á los hombres doctos que los han visto.

Cogióle la muerte disponiendo para dar á la imprenta otro tomo de *Angelis,* que tenia en buen punto; y si sus muchos achaques, y, sobre todo, la incomodidad de las impresiones no le hubieran estorbado, no fuera inferior en el número de tomos á cualquiera de nuestros escritores.

Aunque su vocacion y ocupacion fué comunmente la cátedra, hacia tambien exhortaciones á eclesiásticos y á nuestra Comunidad, poniendo con sus palabras á los oyentes vivos deseos de su salvacion y perfeccion; y verdaderamente, así hablaba de las cosas de Dios, de sus promesas y oráculos de las

santas Escrituras, como sino fuera fe, sino evidencia la que de ellas tenia, arrebatando é incitando los ánimos con la eficacia de sus palabras.

De muchas personas sabemos que con sola una palabra suya, y áun dada por escrito, abrieron los ojos en graves perplejidades y conocieron con una certísima luz lo que venia de espíritu de Dios y lo que no.

Vez hubo que, sin afirmar ni negar nada, con sola una pregunta que hizo á un sacerdote que le consultaba en una grave afliccion, le hizo entender con una gran firmeza que no era buen espíritu lo que á él le parecia lo era; y le ilustró de tal manera el entendimiento, como si aquella pregunta fuera una larga leccion ó discurso: efecto propísimo de la gracia que tuvo de discernir espíritus.

Y con esta admirable virtud de sus palabras trajo muchos á la religion, siguiendo en esto con grande aprecio y veneracion las reglas de la verdadera vocacion y eleccion que nuestro Santo Padre enseña en los ejercicios espirituales, como tan verdadero hijo y heredero de sus dictámenes y espíritu, mayormente en la virtud de encubrir sus virtudes y desear penas y adversidades por el Señor.

Habiendo algunas personas deseado que una mujer que tenian por virtuosa la confesase el P. Diego Ruiz por darle esta calificacion; lo hizo una vez, aunque con mucha violencia, y lo primero fué decirle que habia de hilar y dar cuenta de lo hilado en cada confesion, y que no habia de enseñar á nadie sino las oraciones á sus criadas, si las tuviese, con que ella no volvió mas; y en su caida y castigo por la santa Inquisicion se vió que el Padre la habia conocido, usando, como siempre hacia, para conocer el verdadero espíritu de la verdadera humildad y desprecio de sí mismo.

En las ocasiones de hablar de las cosas divinas, así en las cátedras y presidencias como en otras ocasiones, se echaba de ver tenia en alto grado las dos gracias gratis datas que S. Pablo llama: *Sermo sapientiae, et sermo scientiae.* Aquello, segun lo explican algunos doctores, en declarar con admirable alteza y majestad los misterios más altos de nuestra fe, particularmente el punto de decretos divinos; y esto en templar y humanar estas cosas y estamparlas en los oyentes con símiles y ejemplos tan propios y manuales, que era increible la luz y gusto que con esto daba.

Aun en sus escritos, con carecer estos de la viva voz, reconoció esta eficacia en declarar y sellar las cosas en el alma el P. Maestro Fr. Antonio Perez, Obispo de Avila, en la aprobacion que dió del tomo de *Scientia*, diciendo que en sus escritos enseñaba de manera que no sólo probaba la verdad, sino la imprimia en los lectores, haciéndola entender áun de los más cortos ingenios.

Su réplica fué la más eficaz y grave de las que en su tiempo se vieron; y pudiendo muchas veces concluir y convencer del todo punto con ella, era tal su modestia y deseo de que nadie quedase confuso, que antes de llegar á trances de estos, se retiraba y dejaba el argumento sin género de porfía, con un espantoso señorío de sus pasiones y palabras.

Pero lo que sobre todo admiraba y parecia don infuso, era el conocimien to de las cosas morales tan individual y exacto, que con haber entrado en la Compañía de tan tierna edad y ser el hombre más retirado que en nuestros tiempos se ha visto, parece que desde su celda lo veia y penetraba todo; pues sin haberse visto jamás en plazas, audiencias, lonjas y cabildos ó aduanas, parecia que toda su vida habia estado practicando de lo que en estos lugares se trata, sabiendo científicamente el estilo, ordenanzas, fueros y fraudes que en ellos se hacen, tanto que, aunque de propósito le quisiese uno engañar, parecia imposible.

Y así, cuando daba su resolucion no se contentaba con responder á lo alegado, sino que prevenia los inconvenientes y abusos con que se podia viciar la práctica y ejecucion del consejo, moviéndole á esto su celosa caridad y los varios casos que alcanzaba en todo su rara prudencia; y así, decia que aunque en las materias morales habia escrito mucho y bueno, quedaban todavía tierras por romper.

Hánle dado algunos renombre de profundísimo teólogo; quién le llama *ubérrimo y copiosísimo;* quién *ilustrador y defensor acérrimo de la gracia auxiliante;* otros, y los más, lo llaman sujeto que fuera grande áun en los siglos heróicos de la Iglesia y de la especie y talla de un S. Atanasio ó S. Jerónimo, y que el propio logro de sus letras era la ocasion y auditorio de un Concilio universal.

El Ilmo. Sr. D. Pedro de Castro y Quiñones, Arzobispo de Sevilla y prelado de la grandeza de ánimo y cristiana libertad que es notorio en estos reinos, tenia tal concepto del valor y entereza apostólica del P. Diego Ruiz, que en particulares y públicas ocasiones decia que persona ninguna le ponia respeto y un género de encogimiento con sus razones y autoridad, sino el P. Diego Ruiz. En el cabildo de la santa iglesia de Sevilla, ofreciéndose un caso gravísimo, y concurriendo á su resolucion de todas las Religiones dos personas las más graves, el Padre, forzado á ir, tomó con su acostumbrada modestia el ínfimo lugar.

Levantóse el cabildo, y los religiosos, diciendo que, aunque los asientos se hubiesen de dar por antigüedad de religiones, su persona estaba fuera de toda regla y competencia; y así, no sólo le obligaron á tomar el más digno lugar de los religiosos, sino que se remitieron á su dicho.

Y si dice S. Agustin que Dios, cuidadoso de la humildad de los letrados y maestros de su Iglesia, les descubre muchas veces con limitacion algunas verdades: *Ut eorum patiens et humilis charitas comprobetur;* á este su siervo, dándole el divino favor tan copiosa luz para conocer tantas y en tan diferentes líneas, y puéstole (por medio de su enseñanza y escritos) en los ojos de su Iglesia y admiracion de tantos, sólo parece le encubrió su misma sabiduría, siendo él solo el peregrino y como huésped en su propia casa.

Ignoraba lo que tenia en ella, teniendo tanto, y esto en tanto grado, que como supo un Padre grave por íntima comunicacion suya, no se persuadia él que nadie le podia estimar; ántes tenia á sí y á sus cosas por indignas de la luz y conocimiento de los hombres, deseando por esto sumamente el retiro.

Y así, en algun tiempo necesitó de que le alentasen á la impresion de sus obras, teniéndolas por indignas de que pareciesen en público; y en su impresion se veia cuán desnudamente miraba la gloria de Dios y servicio de su Iglesia; pues diciéndole uno de los nuestros que, pues los dos tomos de *Auxiliis* no se imprimian, los hiciese traer de Roma, no fuese que otro se los tomase é imprimiese en su nombre; respondió que se holgaria mucho, que como los libros fuesen de provecho á la Iglesia, otro cualquiera se aprovechase de ellos y los imprimiese sin su nombre.

Toda esta copiosa luz de virtudes y sabiduría eran sin duda efectos originados del íntimo trato que tuvo con su divina Majestad en la oracion y presencia suya.

Fuera de la hora de oracion de la comunidad, que tuvo delante del Santísimo Sacramento mientras le dió lugar la salud; tenia todos los dias mucho tiempo de oracion en el coro; y aunque fué siempre tan señor de sus afectos, eran estos tan vehementes algunas veces, que estando orando en lugares retirados, prorrumpia en unas voces muy distintas y altas, como quien con ellas estaba haciendo instancia al Señor, tratando con ahinco el negocio de su alma.

Tal vez le hallaban en la galería, á donde se subia á tener oracion algunas veces, postrado en tierra y pegado su rostro con ella, con los brazos cruzados ante el pecho adorando la divina Majestad.

No volaba más su entendimiento en la noticia del sumo Bien, que era arrebatado su afecto en su amor, granjeando este, por la luz tan superior del entendimiento, una manera de dulce necesidad en abrazarse con Él.

Varias veces dijo á un hijo espiritual suyo muy íntimo, que nunca podia tener parado el entendimiento, sino ocupado en Dios; y era tan unitivo y como social el amor que tenia á la santísima Humanidad de Cristo nuestro Señor, que siendo tan grande el gusto que sentia en el estudio y leccion de

libros, se arrancaba de ellos casi todas las horas del dia para gozar algun rato de la compañía y visita de Cristo nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del altar, que era su ordinario libro en todas sus dificultades y aflicciones; y así, á los que las padecian, remitia luego á la compañía y visitas del Santísimo Sacramento.

Cuando los dolores crueles de su mal le tenian tal que no le dejaban celebrar, iba medio arrastrando á una puerta que salia á la iglesia, para desde allí oir Misa y comulgar.

Antes de celebrar, no estudiaba por tener el corazon más jugoso y libre de pensamientos especulativos; y dicha la Misa, quedaba el corazon tan penetrado de espirituales sentimientos de la divina presencia, que los hilos de lágrimas que corrian por su venerable rostro mientras daba gracias, eran buenos testigos del riego grande que bañaba su espíritu.

Y como de la fiebre del cuerpo se ven fuera los indicios que los médicos llaman síntomas, así del calor del alma de este gran siervo del Señor salian á los ojos, semblante y palabras, las señas como por unos registros donde descargaban las ansias y deseos del corazon.

Quien veia la gravedad de su persona y serenidad de su rostro, siempre uno en todas ocasiones, no dudaba de la compostura y grandeza de su alma y afectos, y satisfacia en gran parte el deseo de ver alguno de aquellos santos doctores antiguos que, áun en lo exterior, imaginamos como grandes.

De su fervoroso espíritu era continuo indicio su lengua, que era una perpetua alabanza de nuestro Señor, con aspiraciones y jaculatorias de los salmos, himnos y oraciones de la Iglesia.

Pero donde nuestro Señor afinó, quilató y mostró más el grande espíritu de este su siervo, y lo hizo *de genere* verdaderamente *giganteo,* fué en las ocasiones de sentimiento y mortificacion que tuvo, que fueron grandes y muchas, ya por manos de hombres, ya inmediatamente de nuestro Señor.

Jamás en ninguna de ellas se le oyó murmuracion ni quejas que manifestasen pesadumbre.

Baste por singular ejemplo en esta materia, que habiéndole quitado de repente un Superior la cátedra de Prima del colegio de Sevilla con grave nota de los de dentro y fuera de casa, por exageradas informaciones de que era largo en su lectura, y habiéndose averiguado más la verdad, y restituyéndole su cátedra; jamás se le oyó palabra de queja ó sentimiento en ocasion tan fuerte; ántes, dándole satisfaccion el Superior, apoyó y defendió con vivísimas razones lo hecho, y prosiguió leyendo, sin quedar con rastro ó muestras de sentimientos, defendiendo el partido de la obediencia siempre.

Y no teniendo otro gusto en esta vida sino el estudio, áun este se le quitó

nuestro Señor por algun tiempo con un corrimiento á los ojos, que casi le cegó y no le dejó estudiar; ocupándose en aquel tiempo, porque jamás lo perdió, en ser Prefecto de espíritu y confesor de los del colegio de Sevilla.

Tambien cuando mozo llegó á estar hético, llevando su mal con admirable mansedumbre.

Los cuatro años postreros de su vida fueron su purgatorio y una mina rica de abundantes merecimientos, porque los dolores de la piedra fueron de tan maligna y cruel naturaleza, que se admiraban los médicos que no hiciese extremos grandes de sentimiento.

Pero todo su desahogo en los mayores aprietos era una perpetua accion de gracias y clavar los ojos en un crucifijo que hizo poner en frente de su cabecera, con quien tenia dulcísimos coloquios.

Muchas noches se le pasaban casi en vela, y quien le asistia le hallaba puestas las manos, diciendo salmos con voz alta.

Fuera de esto, era su música ordinaria que le dijesen en voz alta é inteligible las cuatro oraciones de la Iglesia, en quien tenia una singular fe y devocion.

El dia de su muerte deseaba con las ansias que otros desean la vida; y no habia para él nueva de más consuelo, que decirle que el pulso daba muestras de su último; y así, de ordinario exclamaba con tiernísimo afecto: «¡Oh dia de la eternidad, y cuándo te tengo de ver!»

Sintiéndose una vez apretado, dijo á los que le asistian que le ayudasen á bien morir como á un pobre del hospital.

Recibió todos los Sacramentos, el de la penitencia todos los dias, loable costumbre que guardó toda su vida desde que recibió el sacerdocio; el de la Eucaristía muchas veces, y el de la Extremauncion cuatro en diferentes peligros de la vida, que por cuatro años de enfermedad tuvo.

Tres dias antes de su muerte pidió con grande instancia le dijesen la recomendacion del alma; y por la experiencia que habia de que no eran verdaderos peligros los que lo parecian, no se le concedia esto; pero hora y media antes de la de su muerte, dijo con toda resolucion: «No ha de pasar esta noche sin que se me diga, y ha de ser luego, luego:» y esta tan grande aseveracion fué muy de reparar en quien los dias antes habia disimulado más.

Díjosele, y de allí á poco se llegó á este fiel siervo de Dios su deseada hora.

Habia hecho aquella tarde intensísimos actos propios de aquel tiempo, con dulcísimos coloquios con un crucifijo; y habiendo tenido muy poco antes la boca pegada un buen rato con las llagas de los piés, con una maravillosa serenidad de cuerpo y espíritu, lo entregó á su Criador á quince de marzo del año de mil y seiscientos y treinta y dos, siendo de setenta de edad.

El dia siguiente se le hizo un grave entierro, concurriendo el señor Dean y muchos de los señores de ambos cabildos; de las religiones las personas más graves que lo supieron, y muy particularmente el insigne convento de nuestra Señora de la Merced con numerosa comunidad. Púsose el cuerpo en caja aparte con un epitafio.

Toda esta vida es casi la que de este religioso y doctísimo varon publicó el P. Juan Muñoz de Gelves, Rector del colegio de la Compañía de Jesus de Sevilla, y hace de él gloriosa memoria y célebre elogio Felipe Alegambe en su *Biblioteca,* el cual dice que tuvieron muchos á este gran varon por semejante á S. Jerónimo ó á un Atanasio, é igual á los heróicos tiempos de la Iglesia, cuya sabiduría era digna del teatro de un Concilio ecuménico.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO DE LEON

I

PARA ejemplo de un fervor infatigable y ardiente celo de las almas que redimió Jesucristo, escribo la vida del fervoroso P. Pedro de Leon.

Fué natural de Jerez de la Frontera, hijo de padres honrados, que no sólo á él consagraron á la Compañía, sino á otro hijo mayor, el P. Juan de Leon, que por órden de nuestro P. S. Francisco de Borja fué á Alemania, y leyó en sus Universidades más de treinta años con notable acepcion de todos, é hizo insignes conversiones en los herejes.

Crióse el P. Pedro Leon en Sevilla, donde con increibles ansias pretendió por cinco años continuos entrar en la Compañía: alcanzó el cumplimiento de sus encendidos deseos el dia de la Encarnacion, año de 1567 y á los veinte y dos de su edad.

Recibióle el P. Dr. Diego de Avellaneda, que lo envió luego á Granada, donde entónces estaba el noviciado y era Maestro de novicios el P. Dr. Juan de la Plaza, de quien el gran Arzobispo de aquella ciudad, D. Pedro Guerrero, tenia tan superior concepto, que solia por gracia decir que no habia visto plaza más bien proveida que la persona del P. Plaza en letras y virtud.

Debajo de la disciplina de tan insigne varon aprendió el P. Leon el Instituto de la Compañía y la perfeccion de las virtudes sólidas de él, siendo

ejemplo de ellas, en especial del silencio, modestia, humildad, mortificacion y obediencia á los demás novicios.

Era tan humilde que, hincado de rodillas, pidió encarecidamente al P. Provincial le diese el estado de H. Coadjutor; tan léjos estaba de presumir de sí lo que despues obró en el estado sacerdotal.

Acabado el noviciado, leyó algun tiempo gramática; despues comenzó sus estudios de artes en Sevilla, oyendo el primer curso que en ella leyó la Compañía.

Los de Teología pasó en Córdoba, guardando los documentos que, para crecer en sabiduría y santidad nuestros Hermanos estudiantes, dejó manuscritos en un tratado que pone al fin del tercer tomo, de tres que á instancia de los Superiores compuso de las experiencias é industrias en los ministerios que usa la Compañía de Jesus.

Acabados sus estudios, volvió á leer gramática, sacando siempre discípulos muy aprovechados en letras y virtud. Despues, lo restante de su vida fué operario de hombres, no interrumpiendo este oficio con el de Rector, que lo fué dos veces de Cádiz, de cuyo gobierno fué el norte el recurso á la divina providencia, el cuidado de la virtud propia y de los del colegio, y el de preciarse más de ser amado como Padre que respetado como Superior.

Toda su vida fué un continuo velar y trabajar por los prójimos; ni hubo ministerio de la Compañía en bien de los prójimos, que no ejercitase é hiciese en él maravillas.

Fué la comun voz de cuantos conocieron al Padre, seglares, eclesiásticos y religiosos, que era un varon verdaderamente apostólico en el celo de las almas y uno de los más insignes operarios que ha tenido nuestra Compañía.

Su hambre fué, imitadora de la de Cristo y sus Apóstoles, sacar de pecado, ganar almas para el cielo; y así, dejó escrito un largo tratado de los medios para conseguir tan glorioso fin, señalando los que se veia que él ejercitaba.

II

Su celo y caridad.

El principal de estos era su principal blanco atraer á la confesion ó á los que no trataban de tan importante medio, ó á los que se descuidaban de su frecuencia.

Salia por las calles, plazas, campos y otros lugares públicos á hacerles pláticas, y desde allí muchas veces los traia á nuestra casa, donde luego los confesaba ó disponia para la confesion y comunion, poniéndoles, como dijo

S. Pascasio de los celosos granjeadores de las almas, la mesa de los Sacramentos, porque no pereciesen de hambre.

Para despertar y afervorizar á estos, cuando se olvidaban, inventaba mil trazas su encendida caridad; ya les visitaba, ya les enviaba á llamar, ya les escribia el billete, ya se les hacia encontradizo, ya les echaba el amigo que les hablase.

Admiraba ver cómo se acomodaba á todos; hacíase niño con los niños las innumerables veces que en sus escuelas y nuestra iglesia les enseñaba la doctrina. Mostrábase compasivo con los enfermos cuando los acudia, como toda su vida lo hizo hasta que no pudo salir de casa.

Visitaba frecuentemente las cárceles y hospitales, llevando no pocas veces muchos de sus penitentes á ellos, para que consolasen y regalasen á los enfermos y con él les hiciesen las camas.

Con los valentones y gente desgarrada se portaba con un desenfado santo; y, finalmente, se transformaba en la forma de todos para ganarlos á todos, imitando en esto, como tan fiel ministro de Dios nuestro Señor, á los ángeles que crió su divina Majestad para los ministerios de la salvacion de los predestinados.

Sus continuas conversaciones con los prójimos no eran de otro asunto que de ganar almas á Dios, hacer buenas confesiones, comulgar á menudo, socorrer pobres, procurando encender en todos el fuego de la caridad que abrasaba su pecho.

La asistencia al confesonario fué perpetua; no se apartaba de él hasta que no quedaba persona en el patio; dejaba de salir de casa á tomar algun alivio y descanso, porque, si acaso viniesen algunos, no se fuesen sin confesar, y así se lo avisaba á los porteros.

Mostraba en la confesion singular agrado y afabilidad á los más perdidos pecadores, cosa que ocasionaba, entre otros efectos, que muchas veces estando al medio de la confesion, otras al fin de ella, le dijera el penitente: «Espere, Padre, que como he visto el amor con que me va oyendo, me da atrevimiento para decir lo que siempre he callado de vergüenza y temor del confesor, y ahora estoy reventando por decirlo;» y así, oyó muchas confesiones necesarias de toda la vida, con gran consuelo suyo

A sus penitentes criaba con gran virtud; á los más capaces industriaba en el ejercicio del exámen cotidiano de su conciencia y de la oracion mental, y en todos emprendia un fuego de la devocion del Santísimo Sacramento, de su frecuencia y solemnidad de fiestas, por ser devotísimo de este misterio; y asi, eran de él muchas de sus pláticas.

Gastaba buena parte de las más noches asistiéndole en la iglesia; y sin

tiendo el demonio la guerra que aquí le hacia con su oracion, procuraba estorbarla. Algunas veces le cerró por de fuera el aposento, para que no pudiese salir de él á la iglesia; y otra vez, bajando á ella á las dos de la mañana sin haber nadie, lo levantaron de repente en peso en medio de la escalera, y dieron con él un golpe en la pared que le acardenalaron todo el rostro. A este modo padeció del demonio otras vejaciones semejantes.

Teníanle grande amor é igual estima sus penitentes, y cada uno de los que más le trataban no sabia sino llamarlo *mi santo P. Pedro de Leon.*

Era tal el afecto y hábito que en acudir á confesarlos tenia, que los últimos dias de su vida, estando por su demasiada vejez imposibilitado de este ministerio, no sabia apartarse de los confesonarios, y no cesaba de exhortar á los que en el patio encontraba se confesasen.

Nacia de este celo una singular eficacia en sus palabras, porque con bien pocas vencia grandes dificultades y obraba maravillosos efectos.

De personas á quien muchos sermones no habian movido á dejar ocasiones de largo tiempo y desarraigar envejecidas enemistades, recabó, hablándolos, una verdadera mudanza con una sola palabra, y á veces con sola su presencia.

A los soldados que juraban les corregia, y, avergonzados, ya le pedian perdon, hincadas las rodillas, ya besaban el suelo confesando su culpa. A un hereje luterano, de nacion escocés, que no habian largas pláticas convencido, con breves razones del Padre le abrió Dios los ojos y reconoció sus errores.

Un penitente que el Viérnes Santo iba muy bizarro con túnica almidonada, zapato blanco, listones y medias de seda amarilla, con decirle: «Hijo mio, este traje más es para galan que para penitente,» se entró en una casa, y quitándose las medias, enlodó sus blancos y ajustados zapatos metiéndolos en un lodazal; y con esta mortificacion prosiguió con su Cofradía.

A muchos mozuelos, cargados de grandes copetes y melenas, con dos palabras que les decia suavemente les obligaba que gustasen de quitárselos, como tambien á otros, que habiendo sacado á algunas mujeres de casa de sus maridos, estaban tercos en restituírselas, los ablandaba de suerte que luego ponian en sus manos la disposicion de la vuelta.

III

La excelencia con que ejercitó los principales ministerios de la Compañía.

Al copioso fruto de los demás ministerios dé principio el de sus pláticas, en que salia á buscar, á imitacion de Cristo y sus Apóstoles, los olvidados de Dios y de su salvacion.

Las que hizo en cárceles, galeras, hospitales, alamedas, playas, plazas, calles y otros lugares públicos fueron tantas, que las dejó escritas en cuatro tomos, que el menor tiene más de siete manos de papel, habiendo hecho de estas muchísimas veces, y en ninguna, como se veia por la experiencia, haber dejado de ganar almas á Dios y ocasionado alguna singular conversion.

Harto lo fué la de la primera, pues en ella convirtió á un hombre que, desesperado de la misericordia divina por la gravedad de sus pecados y haber diez y ocho años que no se confesaba, aquella tarde que le oyó se iba á embarcar á Tanger ó á Ceuta con ánimo de tornarse moro.

En otras redujo á buena vida personas perdidas con amancebamientos de largos años, con odios arraigados por largo tiempo y con continuos robos.

A otros que, teniendo ya no corta edad, en toda su vida se habian confesado, y á muchos que ó siempre ó casi siempre habian hecho confesiones sacrílegas, movió las reiterasen y se dispusiesen para recibir la gracia de Dios.

Aun en la gente más perdida, más sin razon y sin alma, surtian tales efectos de sus pláticas, como instrumentos de Dios, que con mudanza de su vida y costumbres les inducia á la frecuencia de confesiones y comuniones.

Estas persuadió é introdujo en los soldados y forzados católicos de las galeras, á las cuales acudia á menudo el tiempo que estaban en Sevilla, dándoles, si bien tal vez su sustento corporal, siempre el espiritual, y procurando si habia algun moro ó turco, reducirle.

A seis de los que en estas ocasiones convirtió, despues de catequizados hizo se bautizasen con gran solemnidad.

Salian los dias de fiesta á las puertas de la Macarena y Córdoba ejércitos de muchachos y valentones, aquellos para matarse á pedradas, éstos para vengarse con heridas y muertes de los agravios que habian recibido entre semana.

No podian mucho tiempo habia remediar tan graves daños con todo su poder las justicias de tantos tribunales como en Sevilla hay, y remediólos Dios nuestro Señor por medio del celoso espíritu del P. Pedro de Leon.

Un dia de la Cruz, con instinto del cielo (que intentarlo solo pareciera temeridad) se entró por medio de ambos ejércitos, cuando en el mayor furor de su contienda estaban, y enarbolando el estandarte de la cruz que llevaba encubierto, de tal suerte les platicó, que todos muy gustosos se le rindieron, y a porfía fueron entregando sus armas, hondas, terciados, cuchillos, espadas, broqueles y otros instrumentos de sus heridas y muertes; tantos que casi llegaron á mil.

Y colgando el Padre de la pértiga de la cruz los que cabian, acomodando en otras los demás, con estas insignias, acompañado de todo aquel ejército y de otro gran número de gente, de los que habian concurrido á ver aquel es-

pectáculo, entró cantando la doctrina cristiana por medio de la ciudad con notable edificacion é igual admiracion de los que veian tan gloriosa hazaña y extraordinario triunfo de la santa cruz, y desde entónces cesaron las pedreas.

El fruto que de la reduccion de las mujeres perdidas en sus infames casas hizo con sus pláticas, fué muy conocido. Los más domingos y fiestas les platicaba, y al primer dia convirtió once juntas, otro cuatro, otro seis, otro tres, y así fueron muchas.

Para recogerlas se edificó por industria suya una casa pía, en la cual de ordinario habia cuarenta, y otras tantas en las Recogidas; buscábalas dotes para casarse entre gente principal y piadosa.

A las que no se convertian, les quitaba sus hijas para que no se criasen con tan mal ejemplo; y alcanzó una provision real, ó hizo se renovase con rigor la antigua, de que los dias de fiesta y domingos se cerrasen estas casas.

Finalmente, fué tal el fruto que con todo género de gente le concedió Dios nuestro Señor por sus pláticas, que un hombre muy verídico y religioso de nuestra Compañía testificó que, si se hubieran de contar los casos de conversiones notables que nuestro Señor fué servido de dar al Padre á las manos por medio de sus pláticas, se pudiera hacer un gran volúmen de mucha consideracion y de mucha gloria de Dios.

No fué ménos abundante el fruto que gozó con los presos de las cárceles, gente cuanto más perdida, tanto más necesitada de espirituales socorros.

Encargóse de este ministerio el año de 1578, siendo Asistente de Sevilla el conde de Barajas, y ejercitóle hasta el de 1616, que fueron treinta y ocho; de estos algunos en Córdoba y Granada, y los más en Sevilla, sucediendo en este ministerio de las cárceles á insignes operarios de nuestra Compañía, que se habian encargado de ellas desde el de mil y quinientos y cincuenta y cuatro.

Con sus pláticas se movian los presos á confesiones bien necesarias y á comuniones casi generales. Convirtió en ellas algunos moros é ingleses herejes, enseñándoles los misterios de nuestra fe. Todo su cuidado era, abrasado de un admirable celo de la honra de Dios, evitar las ofensas que contra su divina Majestad se suelen cometer en este lugar.

A esta causa velaba porque no tuviesen terciados, cuchillos y otras armas encubiertas, que eran incentivos de no pocas pendencias é instrumentos de algunas muertes. No consentia que en sus calabozos ó ranchos entrasen mujercillas, y, si alguna hallaba, la hacia prender.

Para remediar el abuso de las blasfemias y juramentos, instituyó la Cofradía que hasta hoy dura con título del nombre de Jesus, con que se atajó en

gran parte aquel vicio y se introdujeron obras de mucha piedad, confesiones y comuniones generales, solemnizadas con sermones, adorno y música, á que algunas veces asistian los señores Asistentes, regentes, alcaldes y oidores.

Hicieron por muchos años el Viérnes Santo una numerosa procesion de sangre alrededor del patio y corredores de la misma cárcel, con sus luces, insignias y pasos, que tenia que venir á ver mucha gente de fuera.

Era notable la obediencia, amor y respeto que todos los presos le tenian granjeado, si bien con el fruto que en sus almas obraba, no ménos con el cuidado con que á su sustento, consuelo y despacho de sus negocios acudia.

No sólo solicitaba personas principales que le pidiesen limosna, sino él con su compañero muchísimos dias la pedia por las calles, plazas y casas, con que se juntaba bien copiosa, y movia á otros que se alargasen en ella y se encargasen de darles la comida determinados dias de la semana.

Los perdones de deudas, agravios, heridas y muertes que alcanzó muchas veces con singulares trazas inspiradas del cielo y en casos totalmente desahuciados, fuera prolijo referirlos, como tambien especificar los muchos que, ya sentenciados ó para sentenciar á galeras, azotes, afrenta y áun á las horcas, sin tener culpa, libró de semejantes sentencias, haciendo se descubriese la verdad.

Viendo que era tan grande el número de presos que largos años duraban en las cárceles por carecer de solicitadores de sus causas y dineros con que granjearlos, persuadió al Sr. D. Andrés Fernandez de Córdoba, oidor entónces de Sevilla, y despues auditor de la Rota y Obispo de Badajoz, que convenia que se instituyese una Cofradía de treinta personas principales, de las cuales dos cada semana acudiesen á los negocios de los presos desamparados.

Parecióle muy bien, y encargó al P. Pedro de Leon su institucion, que la dispuso con tales calidades, que estas plazas eran muy pretendidas de la gente más calificada de Sevilla.

Situóse en nuestra Casa Profesa con tanta edificacion de toda la ciudad y provecho de los pobres presos, que haciendo el escribano de las entradas el cómputo de los que en solo un año de estos habian salido libres de la cárcel por medio de esta Congregacion, halló que habian sido dos mil; y de papeles y libros verídicos consta que por la diligencia del Padre, de estos caballeros y de sus penitentes, pasaban de veinte mil los que en el discurso del tiempo que en su poder estuvieron las cárceles, habian salido libres de ellas.

Y era tal la estima y gusto que los jueces superiores de todos los tribunales mostraban viendo al Padre en estas ocupaciones, que en llegando él con la peticion ó ruego, suspendian los negocios que trataban, aunque fuese con personas graves, diciéndoles: «Señores, cada uno de vuesasmercedes viene

por su negocio, el P. Pedro de Leon viene por los negocios de Dios, que son los de los pobres, y así, se ha de despachar primero.»

Las conversiones y cosas particulares que con los ajusticiados que ayudó á bien morir le sucedieron, el encendido fervor, celo y espíritu de Dios con que en las cárceles, calles y plazas procuraba moverlos al conocimiento y dolor de sus culpas, imposible fuera declarar.

Estaba muy diestro, así en los muchos y difíciles casos que suelen ocurrir en este ministerio cerca de sus testamentos, confesion de delitos, declaracion de cómplices, en que hizo considerables beneficios á muchos, como principalmente del modo para disponerlos á una buena muerte.

Consiguió esto con la divina gracia, segun se puede por las demostraciones exteriores en esta vida restrear; pues siendo trescientos y nueve los ajusticiados que acompañó, murieron todos con prendas de su salvacion, y tuvo tan dichosa suerte en el último, que, siendo turco de nacion, y habiendo vivido con abominables vicios, lo convirtió en la cárcel, y bautizado la misma tarde de su suplicio, murió detestando la secta de Mahoma, y pidiendo á Dios con abundantes lágrimas perdon de sus pecados.

No cesó de acudir á este ministerio los tres años que fué en Cádiz Rector la primera vez, acompañando á todos los ajusticiados que entónces se ofrecieron, confesando á los presos y haciéndoles frecuentemente pláticas.

La segunda ejecutó lo mismo, y en ella le tenia Dios guardada una bien copiosa miés; porque, acompañado de otros Padres de su colegio, hizo una insigne conversion de treinta y seis corsarios, ingleses de nacion y de profesion herejes, de los cuales ajusticiaron algunos en el puerto de Santa María.

De las particulares circunstancias de ella y del celoso espíritu con que les convenció, convirtió y acudió el P. Leon, se imprimió una relacion en el mismo año de 1616 en que sucedió.

El gusto con que acudia á estas ocupaciones de cárceles, manifestaba un maravilloso efecto, que entrando á veces á sus más penosos calabozos con la calentura ó gran dolor de cabeza, y gastando en ellos la tarde entera ocupado en confesiones; salia mejorado con un alivio extraordinario, sin padecer la molestia del dolor ó calentura.

El sentimiento que mostraban los presos las veces que para ir á Cádiz ó á otra parte se despedia de ellos, era al paso del amor que le tenian y del conocimiento del bien que les hacia. Unos no se hartaban de abrazarle; otros no cesaban de besarle los piés; estos hincados de rodillas le pedian su bendicion; aquellos, retirados, no tenian ánimo para despedirse, y todos llenos de lágrimas á una voz decian que se les iba su santo Padre, el verdadero Padre de los pobres, el socorro de los desamparados y el que llevaba las almas al cielo.

Remate esta materia la de la copiosa cosecha que el cielo le concedió en las misiones, ministerio propio de nuestra vocacion, tan provechoso á los fieles, cuanto ensalzado de los Pontífices y Prelados y experimentado de los que lo ejercitan.

Comenzólas el Padre el año de 1582 y hasta el de 1615, que fueron treinta y tres, ninguno se le pasó sin mision, y en no pocos hizo dos y tres. Apénas hay lugar en los arzobispados de Sevilla y Granada, y en los obispados de Jaen, Cádiz, Almería, Guadix y Málaga, que no corriese, como tambien algunos de Extremadura y de la diócesis de Toledo.

Sucedia no pocas veces, acabando la mision en un lugar, irse desalados muchos tras él al otro donde iba, y otros de otros lugares no muy cercanos, oyendo la fama de lo que pasaba, ó temerosos de que no hubiese de llegar allá la mision, ó ansiosos de confesarse con el Padre de ella, como decian, venian á donde estaba, exponiéndose algunos de ellos á caminos de mucho trabajo y riesgo.

Entre estas insignes misiones, fuélo muy en especial la de las Almadrabas del duque de Medina Sidonia, puerto donde acude así la gente más perdida de todo el mundo, como los ganaderos de los campos de Tarifa, Gibraltar, Béjar y Medina.

Continuóla por seis años en sus seis temporadas, haciendo notable fruto en personas tan necesitadas de él, moviéndolos á bien forzosas confesiones y á devotas comuniones, apaciguando sus alborotos, desarraigando para lo futuro las ocasiones de ellos, estorbando la demasía de sus juegos, juramentos y hurtos, introduciendo la devocion del Rosario de la Santísima Vírgen y otras obras de piedad, y reduciendo á verdadera amistad dos bandos contrarios de ellos, cuyos odios eran causa de graves pecados.

El respeto y amor que esta gente le tenia era singular; recababa de ellos con gran facilidad muchas cosas, que ni con ruegos ni con amenazas podian recabar los que los gobernaban.

Encontró allí algunos hijos de personas principales, y uno de un título, que llevados de sus vicios, gustaban de aquella vida y ocupacion, sirviendo como los demás en tirar la jábega; redújolos á que volviesen, como volvieron, á casa de sus padres.

Era tal la fama que de todo esto corria de un año á otro, y del agrado con que en esta ocasion trataba y confesaba el siervo de Dios á los mayores pecadores, que venian los años siguientes desde Valencia, Alicante, y otros lugares bien distantes, sólo por gozar de la mision y confesarse con él; y así lo publicaban con sus palabras y manifestaban con sus obras, pues no querian asentar plaza lo restante de la temporada, rogándoselo los oficiales.

Conociendo el duque de Medina, no sólo el gran provecho espiritual de gente tan desamparada, sino tambien el temporal que con estas misiones habia ocasionado el Padre á sus rentas, confesando que se habian aumentado mucho las de las Almadrabas aquellos años; en agradecimiento le ofreció un gran pedazo de la casa que su Excelencia habia reservado cuando se deshizo de la que estaba en Sevilla en frente de la parroquia de S. Miguel, y se incorporó con la que tenia el colegio de S. Hermenegildo, y lo queria para hacer un cuarto en sus casas principales.

Tambien le ofreció una paja entera de agua que tenia prestada á la Casa Profesa, diciéndole que le daba esto para sus Padres, y que ellos lo vendiesen á la Compañía, pues deseaba comprarlo; pero el buen Padre respondió que el verdadero padre y madre era la Compañía, y que más estimaba esta dádiva para ella, que para sus padres carnales; cosa que estimó y celebró mucho el duque, haciendo luego donacion de estas dos cosas, que valian más de cuatro mil ducados.

Tambien fué gran parte otra mision suya en la fundacion que del colegio de Cazorla nos hizo la marquesa de Camarasa; y así, fué el primer Superior de él, y dejó acomodada iglesia y habitacion un año que allí estuvo.

Finalmente, fué tan copioso el fruto que en este ministerio cogió, que él y otros con mucha verdad decian que en ninguna de semejantes misiones se dejaba de hallar muy grande miés y almas necesitadísimas de semejantes socorros; y que no se podia saber el tesoro que Dios nuestro Señor tenia escondido, ó por mejor decir, descubierto en ellas, si no se tocaba con las manos, las cuales, como se suele decir, se comerian tras ellas, si una vez empiezan á ejercitar en este santo ministerio con el espíritu que usa la Compañía.

Por no faltar á estos y semejantes ministerios de gente tan desamparada, haciéndole instancia un personaje grave para que se fuese con él á Madrid, y otro para llevarlo consigo á Roma, ni el uno ni el otro viaje admitió; y fué notable el valor y entereza que mostró con un príncipe de Andalucía, que le pidió acudiese á unos negocios que, si bien justificados, le parecian no muy propios de su profesion.

IV

Sucesos maravillosos.

Manifestó nuestro Señor con casos extraordinarios y maravillosos lo mucho que en estos ministerios le servia y agradaba este su siervo.

El año de 1585 condenaron en Sevilla á muerte á un mozo llamado Lorenzo: dispúsolo para ella con la confesion y comunion, y cuando le quisieron

sacar al suplicio le hallaron hechizado, que ni podia hablar palabra, ni sentia con entrarle bien grandes alfileres y agujas por los brazos, ni hacia accion de hombre.

Pareció impiedad ahorcarlo de aquella suerte; suspendióse la ejecucion de la sentencia tres dias, en que se intentaron todos los medios posibles para que volviese en sí. Viendo que no volvia y que estaba ya confesado y comulgado, determinaron se ejecutase.

Afligido el Padre de verse ya en el zaguan de la cárcel con su ajusticiado á caballo, tan hechizado y sin sentido como antes, alzó los ojos al cielo, y pidiendo á Dios nuestro Señor le enseñase lo que habia de hacer en este caso, de repente se le ofrecieron y dijo estas palabras: «Lorenzo, yo te mando en virtud de Jesucristo Nazareno que hables y digas: Jesus, Jesus, Credo.» Cosa admirable; al punto, como quien despierta de un profundo sueño y se hace fuerza para desatar la lengua, dijo: Jesus, Jesus y Credo.

Reconcilióse, y hasta que murió en la horca, no cesó de hablar ni responder á lo que se le decia, caso que espantó á todos los que ya sabian lo que habia pasado.

Fué el Padre á confesar á un mozo que estaba con una modorra mandado sacramentar, con temores de que no se privase de juicio; animóle para la confesion, diciéndole que confiase en Dios, que estando sana el alma, lo estaria el cuerpo.

Al paso que se iba confesando el enfermo, se iba aliviando, y recibida la absolucion, dijo: «Padre, ya yo estoy bueno;» tomáronle el pulso y halláronle sin calentura: admiráronse los de su casa, y á la mañana, viendo el médico lo que pasaba, le dijo al P. Leon que habia vuelto á reconciliarle: «Padre mio, este mancebo está sin calentura, y, segun iba la enfermedad, esta sanidad es milagrosa, porque sin duda estaba muy peligroso y no entendí hallarle hoy con juicio.» Gracias sean dadas á Dios, respondió el Padre, que al Sacramento de la confesion y á la fe del enfermo se puede atribuir esta salud.

Otro caso muy semejante le sucedió con otro enfermo desahuciado, sanando repentina y maravillosamente en acabando de confesarse con él.

Admirable era tambien la luz que el cielo le comunicaba. A dos valentones, encontrándolos en la calle, despues de haber tenido larga plática con ellos, les dijo: «Para el dia que os tengo de acompañar á la horca, querria tener cierta la gloria,» y dentro de muy corto tiempo cometieron dos muertes, por las cuales los prendieron y ahorcaron.

A un mozuelo exhortó una tarde que se confesase luego, pues podia; que quizás en breve, aunque quisiese, no podria; al dia siguiente le dió un accidente tal, que le quitó la habla, y llamando al Padre para ver si lo podia

confesar, en viéndolo el enfermo, no hacia sino con muestras de gran sentimiento decir como un mudo: ¡Ah, ah, ah!, no pudiendo pronunciar otra palabra.

A cuatro que no vivian bien, persuadiéndoles mudasen luego la vida con una buena confesion, les amenazó que quizás moririan tan de priesa que no tendrian lugar entónces para hacerla; todos cuatro murieron de repente sin confesion; uno estando oyendo Misa, otro clavándole un dardo en el corazon, otro privado de juicio y otro á puñaladas estando actualmente ofendiendo á Dios. Y eran tan notorios estos y semejantes casos, que le decian muchos: «Padre Leon, no nos profetice cosa alguna, que se cumplirá como lo de fulano y fulano.»

Muy semejante á esta luz fué la que le comunicó el cielo, no sólo para quitar escrúpulos, sino, muy en especial, para discernir espíritus y conocer cuáles eran verdaderas revelaciones de Dios ó ilusiones del demonio, que se transformaba en ángel de luz.

A algunas personas que vivian engañadas con éstas, juzgándolas por aquéllas, abrió los ojos y enseñó el cierto y seguro camino de su salvacion.

A esta causa le cometió el santo tribunal de la Inquisicion varias veces personas para que las examinase, como tambien, conociendo el celoso espíritu y singular eficacia de sus palabras, le llamó para que convenciese y convirtiese á algunos herejes pertinaces, como lo consiguió con la divina gracia

V

Algunas virtudes suyas y su santa muerte.

Ni por atender á los prójimos descuidaba de sí este siervo de Dios; porque en medio de tantas ocupaciones de pláticas, doctrinas, galeras, cárceles y misiones, no habia de faltar tiempo á su fervoroso espíritu para su ordinaria oracion, aunque lo quitase, como lo quitaba, de su necesario descanso, como ni tampoco para rezar con mucho espacio y igual devocion el Oficio divino, que casi siempre era de rodillas, y para sus devociones, que eran muchas, y entre otras decir cada dia una larga letanía de todos los santos que le habian cada mes cabido en suerte desde que estaba en la Compañía, ni ménos para celebrar su Misa con tan grande reverencia, suspension y atencion, que tal vez sucedió, estándola diciendo en una aldea, ponérsele un tábano en su cabeza y molestarle de suerte, que sacándole no poca sangre que iba corriendo por la calva, no hizo la menor señal de movimiento, con admiracion de los presentes.

Cuando algun tiempo por su decrépita vejez y enfermedad estuvo imposibilitado para no decirla, instaba con notable afecto á los Superiores que se la dejasen decir, y viendo que no lo recababa, iba arrastrando, como podia, a comulgar y oir dos Misas por lo ménos.

Esmeróse de la misma manera en todas las virtudes religiosas. Eran muy pobres sus vestidos y alhajas de la celda, que no tenia otras sino los papeles y libros forzosos para sus ministerios, su mesa, cama y silla, y esta pequeña de costillas, con una tabla vieja por espaldar.

Pedia licencia para la menor menudencia que ó le diesen ó quisiese dar; en tantas misiones como anduvo, iba como varon apostólico, y jamás recibió don, presente ó regalo que le enviasen.

Y á esta tan gran pobreza podremos atribuir el copiosísimo fruto que en ellas y en las ciudades donde vivia, hizo; que á la de los Apóstoles atribuye S. Crisóstomo la abundante cosecha y divina granjería que en la conversion del mundo cogieron.

Su castidad manifiesta el tratado que hizo del modo y recato con que los confesores han de tratar á las mujeres que visitan y confiesan, cosas que siempre procuró excusar. No se le vió accion en esta materia que no fuese indicio de una gran pureza de alma y cuerpo.

En la obediencia fué rendidísimo, no sólo á los Superiores, siendo el alivio de ellos para cuantas cosas se ofrecian, sino áun á los Hermanos novicios que eran sus enfermeros, obedeciéndoles puntualmente en cuanto le ordenaban.

Fué singularísimo en seguir la comunidad en comida, vestido y ocupaciones, no consintiendo cosa particular. A todos admiraba verle, ya tan viejo y enfermo, ser el primero en todos los actos comunes; y fué tal el hábito que cobró en esto, que tres dias antes de su muerte, estando muy acabado y casi sin sentido, oyendo tocar la campanilla de la comunidad, se comenzaba a levantar luego de la cama, diciendo que queria ir á lo que llamaban.

Sentia tanto estar fuera de la obediencia y ocupaciones de ella, que queriendo un gran príncipe de Andalucía, por la grande estima que tenia del P. Leon, alcanzar licencia de nuestro Padre General para tenerlo consigo, fué tanto lo que lo sintió, que hincado de rodillas, le pidió no intentase tal cosa, que seria para él la de mayor pesadumbre que le pudiera suceder.

Su humildad (á quien llamó S. Bernardo la margarita de todas las virtudes) fué de tan subidos quilates, que le llegaban á dar notable pena los oficios honrosos é igual gusto los no tales.

Del año de diez y seis, en que recibió segunda vez la patente de Rector de Cádiz, escribe estas palabras: «Puedo decir con toda verdad y sin encarecimiento que en cuarenta y nueve años que estoy en la Compañía de Je-

sus, no he tenido obediencia que tan cuesta arriba haya llevado, como esta del oficio de Rector, sino fué la otra vez que se me mandó fuese á lo mismo que ahora y tambien en Cádiz, que ha sido para mí cáliz de amargura; y el remedio que he tenido para que no fuese tan amargo, ha sido ponerlo junto al del huerto de Getsemaní, endulzándolo con la mucha amargura con que Cristo Señor nuestro bebió por mí el suyo.»

Todo su gusto era tratar en sus ministerios con la gente más humilde, niños, esclavos, negros, criados, presos, pobres y otros de este jaez, como tambien en los oficios humildes y domésticos.

Todos los viérnes era infalible el fregar en la cocina, mientras tuvo fuerzas para ello; y áun careciendo de ellas, instaba le dejasen acudir á estos y semejantes ejercicios.

Habíase zanjado en esta virtud desde el noviciado, en el cual, hincado de rodillas, pidió, como hemos dicho, ser siempre Hermano Coadjutor.

Juntó con la humildad una crecida paciencia y fortaleza de ánimo, bien acrisoladas en los muchos trabajos, ignominias y dificultades que en las cárceles, misiones y demás ministerios se le ofrecieron.

Su penitencia fué tanto más singular cuanto más uniforme, y la continuó hasta los últimos meses y áun dias de su vida, en que se hallaba tan lleno de achaques.

Sus cilicios eran frecuentes, y hallábale con ellos muchas veces el que le iba á desnudar, como tambien le hallaba azotándose por las mañanas cuando le iba á vestir, cuando por su mucha vejez y enfermedad estaba tal, que no podia vestirse ni desnudarse.

Todos los dias se disciplinaba tan rigurosamente, mientras tuvo fuerzas, que se oia el ruido á buena distancia de su aposento; gastaba en breve las disciplinas y traíalas llenas de sangre.

Todos los sábados, áun estando ya tan debilitado que apénas se podia tener, salia con pública disciplina al refectorio á devocion de la Santísima Vírgen, que la tenia muy entrañable y procuraba introducirla en todos.

Con los mayores rigores del invierno se levantaba antes de amanecer á tener oracion en la iglesia, y no contento con la hora que señala la regla, añadia de ordinario otra hora y algunas veces dos, así la mañana como las tardes que sus ocupaciones le daban lugar.

En esta fragua era, segun se le oia referir, donde formaba las razones con que convertia á los más desalmados; en ella solicitaba el perdon de los pecadores y comunicaba sus negocios con Dios; y era tal su estima que decia: «Atrévome á decir que sin la oracion es casi imposible guardar las demás virtudes, y que sin ella serian todos los religiosos como unos cuerpos sin alma.»

Lleno, pues, de dias, de virtudes y de heróicos trofeos, llegó el dia de su triunfo, que fué el de su dichosa muerte, la cual se le ocasionó, fuera de su mucha vejez llena de achaques adquiridos con los demasiados trabajos en los ministerios que incansablemente ejercitó, de una caida que dió en una escalera, subiendo á buscar un libro en que rezaba, y asimismo de gran copia de flemas que en seis dias le ahogaron.

Murió recibidos los Sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Extremauncion, habiéndose los dos años últimos dispuesto con especial cuidado para su muerte, como quien cada dia la esperaba y deseaba.

Alcanzóla preciosa en los divinos ojos, correspondiente á la religiosa vida que tuvo.

Murió á 24 de setiembre del año de 1632, siendo él de ochenta y siete.

Esta es la vida de este siervo de Dios, estos los ejemplos que de verdadero religioso é insigne obrero de nuestra Compañía de Jesus nos dejó; este el encendido celo de los prójimos que abrasó su pecho; estos los gloriosos trabajos y abundantes frutos que tuvo en la empresa de la salvacion de sus almas.

Y, si la conversion de una sola es en los de Dios de tanta estima, mérito y aprecio, cuanto no acaban de ponderar los santos Crisóstomo y Gregorio; quien tantas convirtió y llevó á la gloria, bien podemos confiar de la divina liberalidad posee en ella aquella grandeza que Cristo prometió á los que con obras y palabras enseñasen.

La vida de este fervoroso varon imprimió el P. Gonzalo de Peralta, de la cual se ha sacado lo que aquí hemos dicho.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE PINEDA

NACIÓ este insigne escritor en la ciudad de Sevilla, de padres principales y ricos. Fué recibido en la Compañía de catorce años cumplidos. Desde esta primera edad hasta la última fué su virtud creciendo como la luz del dia, con gloriosos aumentos de perfeccion y letras. Esmeróse en todo género de virtudes, principalmente en las religiosas, poniendo en primer lugar la de la santa pobreza.

En esta se aventajó tanto el P. Juan de Pineda, cuanto da á entender un

sentimiento humilde, que nos dejó escrito de su letra, que dice así: «Cuanto es de mi parte, deseo andar hecho andrajos, y padecer incomodidades, y que se me vaya el corazon tras estas cosas; y este vestido que traigo, lo traigo con repugnancia y confusion, y lo llevó en penitencia por pura obediencia y por ser así necesario para tratar con los prójimos.»

Con este buen deseo ajustó y midió siempre el tratamiento y vestido de su persona, de lo cual dió claró testimonio la última sotana que traia cuando enfermó, tan pobre, tan raida y tan humilde, que apénas pudo servir para un novicio, y con ella vivia tan contento cuanto avergonzado con el vestido nuevo, cuando le obligaban á que lo trajese.

Su aposento era un dechado ejemplar de religiosa pobreza; porque, fuera de los libros, nunca se vió en él cosa de curiosidad, ni de ornato, ni de valor, regalo, ni comodidad de su persona, no porque siendo la suya de tanta autoridad, no hubiera fácilmente podido adquirir y granjear muchas cosas de este género; sino por su mortificacion, y por el desprecio que siempre tuvo de todo le terreno y el cordial amor á la santa pobreza.

Su castidad fué siempre angelical y en todas edades admirado y venerado el recato y circunspeccion con que miraba por esta virtud, la cual celaba con particular cuidado y con muchos y continuos resguardos de oracion, penitencia, mortificacion, falta de sueño y sobra de desvelos y trabajosas ocupaciones, y en medio de ellas conservó perpetuamente esta virtud.

De su obediencia basta decir que obedeció más de sesenta años en una Religion donde se hacen tan continuas pruebas y tan menudas experiencias de esta virtud, con las cuales su alma habituada ya y como connaturalizada en los actos de sujecion y en los ejercicios que son propios de una comunidad religiosa, acudia á ellos con puntualidad admirable, áun en los últimos años de su vida.

Era de singular consuelo y edificacion á todos los religiosos ver que, en tocando la campanilla á barrer, ó letanía, ó á otras acciones de comunidad, el primero que entraba en ellas era el P. Juan de Pineda, sin que las graves ocupaciones le embarazasen, ni le hiciesen estorbo los muchos años y achaques, con tanto fervor como si no tuviera ningunos.

Fué varon verdaderamente humilde, menospreciador de cuanto el mundo estima, sin que del trato y comunicacion que tuvo con personajes tan grandes, se le pegase nada del siglo.

Testigos son de esta verdad cuantos son los capítulos que escribió comentando al *Eclesiastés;* allí retrató su alma, y dió á la estampa los sentimientos de su corazon.

Por lo que dijo se conoce lo que sentia de las vanidades del mundo, y

por lo que sentia se puede conjeturar lo que haria un hombre tan lleno de desengaños.

Solia decir este religioso Padre que estimaba más una sotana raida y pobre de la Compañía que todas las honras y dignidades del mundo; y así, huyó siempre de ellas, con el cuidado que otros suelen buscarlas.

Resplandeció tambien su humildad en sus escritos llenos de religiosa modestia y estima grande de las sentencias y pareceres ajenos.

Fiaba tan poco del suyo que, para asegurarlo, consultaba en materia de letras no sólo á los Padres mozos, pero áun á los Hermanos estudiantes, y afirmaba que hallaba mucho que aprender de todos.

Pero, como la doctrina aventajada es entre las cosas humanas la que ocasiona mayores envidias, no es mucho que este prudente Padre las haya padecido; mas con tal generosidad de ánimo, con tal quietud y serenidad de corazon, que mostraba bien en las palabras cuán propio es de la humildad no perturbarse ni moverse con las injurias.

Sobre el cimiento firme de esta profunda humildad se levantó y creció el edificio místico de las otras virtudes.

Para con Dios, un celo ardiente de buscar en todo su mayor gloria, á la cual enderezó siempre sus acciones, estudios y trabajos.

Para con los Santos, una piedad religiosísima. Cuando fué por Procurador de la provincia de Andalucía á Roma, tuvo industria y autoridad para sacar de aquellos tesoros inestimables muchas y muy grandes reliquias con que enriqueció y ennobleció el colegio de Sevilla.

Publicólas con fiestas solemnísimas, y despues que se acabó la hermosa y suntuosa fábrica de su iglesia, colocó las reliquias en una capilla tan bien dispuesta y ricamente adornada, que da ilustre testimonio, no sólamente de la piedad, sino de la buena eleccion y acertado juicio del que la hizo.

Con la Reina de los ángeles tuvo tierno y filial afecto, el cual, como sino le cupiera en el pecho, prorrumpia en fervorosas demostraciones de honra y alabanza suya.

Toda Sevilla es testigo de cuánto se le deben á este insigne varon las festividades que celebró á la pureza de la Concepcion Santísima de esta Señora.

Entónces pegaba fuego de devocion fervorosa en los ánimos de todos, alentándolos á la defensa y honra de este misterio no sólamente con muchos sermones que predicó eruditísimos, sino con aquel tratado que de este asunto sacó á luz, tan lleno de sabiduría como de piedad religiosa.

Y, como sino hubiera hecho, ni dicho, ni escrito nada, meditaba y trazaba una insigne obra de los *Nombres de la Madre de Dios,* donde pensaba lo-

grar y echar el resto de todo cuanto habia juntado y atesorado en tantos años de estudio.

Para con los prójimos, su caridad fué ardentísima en buscar y hallar medios y modos para socorrer á los pobres, consolar á los afligidos y favorecer á la gente desvalida, en lo cual descubrió siempre unas entrañas muy compasivas.

Pero lo que puso en admiracion á muchos fué aquel celo animoso, aquella fortaleza incontrastable con que hizo rostro á todas las adversidades, y salió al encuentro á las contradicciones que por sucesos varios se levantaron contra la Compañía.

Como tan verdadero hijo de ella, nunca se acobardó ni se halló corto en acometer árduas empresas por la defensa y crédito de la Religion su madre; y como la causa era tan justa, la intencion tan recta y la constancia firme, siempre su diligencia infatigable salia vencedora.

Dejo en silencio las otras virtudes, y deténgome en el estudio de las letras, el cual fué en el P. Juan de Pineda de las cosas más raras de que se han visto en nuestro siglo; porque ¿quién con más aplicacion y vehemencia que este sabio maestro gastó su larga vida en adquirir la universal noticia de las ciencias?

Desde su tierna edad se entregó á la erudicion de las letras humanas, y cuánto se haya aventajado en ellas, díganlo sus libros que han puesto en admiracion á los más eruditos del mundo.

Corrió con singular felicidad y vivacidad de ingenio los siete cursos de Filosofía y Teología antes de ser sacerdote (porque le faltaba la edad) y le sobraba la sabiduría para leer, como leyó en Granada un curso de Artes.

Despues de sacerdote, fué maestro de Teología escolástica en la ciudad de Córdoba, con gran lustre y crédito de la Compañía.

Pero, como la Majestad de Dios queria servirse de él para ilustrísimo intérprete de la sagrada Escritura, adonde le llevaba su inclinacion con mayor fuerza; dispuso que la leyese en aquel colegio y en el de Sevilla por espacio de diez y ocho años, y últimamente en los estudios reales de Madrid, á los cuales en su primera fundacion puso esta firme columna el rey D. Felipe IV, de gloriosa memoria, para honrarlos y autorizarlos con tan ilustre y sabio doctor, dándole la primera cátedra de la Escritura.

Pero dejando esta cátedra de Escritura, no dejó ni interrumpió el estudio en que toda su vida estuvo tan empleado, que no parecian bastantes ningunas fuerzas humanas para sustentar por tiempo tan largo el teson infatigable de sus estudios.

Y si estos aceros y ansias de estudiar los hubiera tenido sólamente en lo

robusto y sano de su vida, no fuera tanto de maravillar; pero excede á toda admiracion el ver que, despues de tan largos años de infatigables y continuados estudios, en un cuerpo ya medio muerto estuviesen tan vivos los deseos de más y más estudios.

Y es tan cierto esto, que sacando fuerzas de flaqueza, le sucedió en una gravísima enfermedad, estando solo, que se levantó de la cama con suma dificultad; y como no podia entónces dar paso ni sustentarse en los piés, fué por el aposento medio arrastrando hasta la mesa para ver ciertos libros.

Entró en esta sazon el Superior, y reprendiéndole aquella demasía, le respondió: «No puedo más conmigo; aunque sea arrastrando, he de buscar los libros.»

De este estudio de por vida y de esta leccion tan perpetua formó y labró este siervo de Dios dentro de su pecho una librería de Cristo, de donde salieron los dos tomos sobre Job, de los cuales basten las honoríficas censuras que de ellos dió el reverendísimo y religiosísimo P. Fr. Diego de Avila, de la sagrada Orden de la Santísima Trinidad, por estas palabras: *Opus, quod Fidei nihil habet adversum, et Ecclesiae Catholicae est utilisimum, in quo elucet magnum, et felix, auctoris ingenium, stupenda eruditio, trium linguarum peritia mirabilis, varia veterum Fatrum lectio, et electio rara. In eruendis, explicandisque genuinis, et hucusque non auditis Iobi sensibus, inaudita faecunditas miraque dexteritas, una cum modestia et pietate etiam singulari.*

Cuando se imprimió segunda vez en Francia, le dedicó el impresor al rey Enrique IV, el cual hizo tan grande estimacion de este libro, que no le dejaba de las manos, y dijo varias veces que era de las mayores obras que habian salido de la Iglesia, y que no se le habia hecho mayor lisonja, en cuanto fué rey, que dedicársele; ¿qué podemos entender que hiciera y dijera, si comunicara de cerca á su autor y tocara con las manos la grande sabiduría que Dios le dotó?

Dió este sabio escritor nuevas muestras de la solidez y madureza de su grande ingenio en los *Comentarios sobre el Eclesiastés* con gran noticia de libros, lenguas, traslaciones impresas y manuscritas, obra verdaderamente de inmenso estudio y trabajo, dejando en silencio otros tratados menores, como son el que imprimió en defensa de la Concepcion Purísima de María, la vida del Santo rey D. Fernando y otros semejantes.

Lo que generalmente se puede decir de sus escritos, es lo que han reparado y encarecido muchos varones doctos, que no hay ciencia ni arte liberal en que no se muestre aventajadamente versado; y de cada cosa habla como si hubiera estudiado aquella sola.

A la sabiduría tuvo vinculada este insigne varon el aprecio y estima que

tuvo de la Compañía, como de hijo que tanto la ennobleció con sus escritos, la defendió con el celo de un nuevo Elías y promovió la observancia religiosa siendo Consultor de su provincia varias veces.

Fué Prepósito de la Casa Profesa de Sevilla y Rector del colegio de S. Hermenegildo de la misma ciudad, el cual agradecido no ménos que obligado, reconoce que debe su fundacion y muchos de sus aumentos á la buena industria y paternal afecto del P. Juan de Pineda, porque dispuso la voluntad de Marco Antonio de Alfaro, su hermano, para que de su hacienda y de las de otras personas de su linaje dotase, como dotó, competentemente la fundacion de este colegio, con cuyos réditos se labró el nuevo templo que hoy goza, iglesia curiosísima de figura ovada, y que vence á muchas en grandeza y casi á todas en hermosura.

Por beneficios tan singulares, aquel colegio de S. Hermenegildo en vida y en muerte ha tratado y venerado al P. Juan de Pineda como á uno de sus fundadores, y como á tal, cuando murió, (conforme á lo que el fundador dispuso) le hizo decir en la iglesia de este colegio diez Misas cantadas y ciento y veinte rezadas, fuera de las ordinarias que la Compañía dice por sus difuntos y bienhechores.

Esta misma estimacion que hizo el P. Juan de Pineda de la Compañía, hicieron de él otras Religiones sagradas, y señaladísimamente la de la Cartuja, á la cual el Padre procuró servir con tales obras y con tan filial afecto, que mereció una honra y favor singularísimo que le hizo el año de 1627.

Habiéndose juntado en la gran Cartuja el Capítulo General, el Prior y Ministro General que presidia, y todos los venerables Padres Definidores que allí concurrieron, de comun consentimiento despacharon una patente honorificentísima, por la cual le conceden al P. Juan de Pineda en vida y muerte plena participacion de las Misas, oraciones, limosnas, vigilias, abstinencias y cualesquiera otras obras espirituales que se hicieren en toda su Orden, y las Misas, oraciones y otras acciones de piedad que por los muy amigos suelen hacer; y, fuera de esto, un aniversario perpetuo en toda la Orden, que se ponga en los calendarios de sus conventos, etc.

Privilegio y gracia digna de agradecimiento, y no ménos honrosa y favorable para el P. Juan de Pineda, que para toda la Compañía, la cual desde sus principios está hecha á recibir favores semejantes de la santísima y ejemplarísima Religion de la Cartuja.

El muy R. P. D. José de Santa María, Prior de las Cuevas de la Cartuja de la ciudad de Sevilla, un dia antes que el P. Juan de Pineda muriese, le hizo favor de venirlo á visitar, y llevó consigo el original auténtico de esta patente, para presentarlo en su Capítulo general, y hacer que se pusiese en

ejecucion lo que contiene; y, para ganarles á todos la ventaja en esto, no solamente volvió al dia siguiente á hallarse en el entierro y decir Misa en nuestra casa, sino que en la suya hizo que el mismo dia se cantase otra por el P. Juan de Pineda.

Esta comun estima se acrecienta mucho con la que del mismo Padre tuvieron siempre los tribunales de la santa Inquisicion, y principalmente el de la Suprema, ocupándole en negocios graves, y especialmente en sacar á luz dos *Indices expurgatorios*, en los cuales el Emmo. Sr. Cardenal D. Antonio Zapata, Inquisidor General, le da singular honra en una carta que dice así:

«Hoy se ha visto en el Consejo, estando yo presente, todo lo que en ocho sesiones se trató y acordó en la Junta que para el nuevo *Expurgatorio de libros prohibidos* mandé se hiciese.

»Y cuando de V. P. no tuviera la satisfaccion que merecen sus muchas y buenas prendas de virtud, modestia y aventajadas letras, mostrando ser en todo religioso; me diera bastante noticia lo que he visto en los papeles de la Junta, y la conformidad con que pondera el sumo trabajo y exacta diligencia y vigilancia que V. P. ha puesto en la expurgacion, tan cuerda y doctamente dispuesta de tantos autores, entresacando de ellos lo que puede ser ofensivo á los piadosos oidos, y pernicioso á la religion cristiana, para mayor conservacion de la pureza de la fe, de que resulta á la santa Iglesia Católica gran servicio, y muy semejante á los muchos que de ordinario recibe de su sagrada Religion, obligando asimismo el santo Oficio, á quien incumbe el derecho en procurar en cuanto fuere posible, se preserven estos reinos del contagio de la herejía y confusion que otros padecen.

»Y de este beneficio tiene V. P. muy gran parte, por la que ha puesto de estudio y noticia que ha dado, no sin excesivo trabajo y celo católico, digno de los grandes premios, que yo por lo que merece y estimacion que hago de V. P. le encomiara, si su santo celo y Religion lo permitieran.

»No tengo otra cosa mayor que dar á V. P. sino las gracias, como se las doy, en nombre del Consejo, no siendo menor la estimacion que hace de la persona de V. P. como lo mostrará en las ocasiones que se ofrecieren, fiando del cuidado de V. P. que continuará esta obra, hasta ponerla en toda perfeccion, etc.»

Despues añadió de su letra el Cardenal: «Todo lo dicho es muy poco para lo que se debe á V. P., y así, vuelvo de parte del Consejo y mia á darle mil gracias por el gran servicio que ha hecho á toda la Iglesia, y en particular á estos reinos y á este santo tribunal.» Hasta aquí la carta.

Ni fueron menores las muestras de agradecimiento con que nuestro rey Felipe IV, que Dios guarde, se dió por bien servido de este insigne varon,

así en la obra del *Indice expurgatorio,* como en haber escrito con tanta solicitud y cuidado la vida del Santo rey D. Fernando, y con haber diligenciado el negocio de su beatificacion; y para que la llevase al deseado fin con Su Santidad en Roma, lo habia señalado por su embajador, aunque el Padre no aceptó este cargo tan glorioso, por su mucha edad y humildad.

Buen testimonio de lo dicho es una carta original de su Majestad, en que le dice estas palabras: «De vos me doy por servido de la mucha parte que habeis tenido en el buen estado en que se halla esta causa con el trabajo que pusisteis en el memorial, y por el amor con que despues habeis acudido á ella.

»Ruégoos muy afectuosamente no alceis la mano en cuanto se ofreciere, y que asistais á la ciudad en todas las diligencias que se hubieren de hacer, asegurándoos, que me hareis en esto muy agradable servicio. Dada en Madrid á 15 de Julio de 1630.»

Finalmente, adoleció este venerable Padre de una prolija y molesta perlesía, que por más de año y medio lo tuvo en una cama con accidentes penosos y dolores excesivos, para que como habia dado en salud ejemplo de su gran sabiduría, en su última enfermedad lo diese de su religiosa paciencia.

Siendo su natural tan vivo y tan fogoso, parece que no le pudo nuestro Señor en esta vida dar purgatorio más penoso, que atarlo por espacio de diez y nueve meses á una cama, donde ni aún moverse podia, sino por manos ajenas.

Llevábalo todo con increible paciencia, y careciendo de todo consuelo humano, se alentaba y animaba con el divino.

Oia Misa desde la cama, y comulgaba todos los dias, mientras la enfermedad le dió lugar para ello, en una capilla que para esto tenia junto á su aposento, hasta que, confortado con este Pan de vida y prevenido con frecuentes y cotidianas confesiones, recibió la Extremauncion con singulares muestras de piedad y afecto, y descansó en el Señor en su colegio de S. Hermenegildo á los 27 de enero de 1637, dia del gran Doctor de la iglesia S. Juan Crisóstomo, á las once y media de la mañana, queriendo Dios este dia premiar las aventajadas virtudes y gloriosos trabajos de otro Juan y escritor ilustre de nuestra Compañía, cumplidos los ochenta años de su edad, sesenta y seis de religion, y cuarenta y cinco de profesion solemne de cuatro votos.

Honró su entierro un lucido acompañamiento de prebendados de la santa Iglesia, de religiosos graves, y de muchos caballeros y toda la ciudad de Sevilla.

Escribió su vida más sucintamente, que tan gran sujeto merecia, el P. Luis de Tero, Rector del colegio de la Compañía de Jesus de Sevilla y Vicepro-

vincial que fué de la provincia de Andalucía; y muchos otros hacen honorífica mencion de sus grandes letras, ensalzando con honoríficos elogios sus escritos, de los cuales recopiló algunos el P. Felipe Alegambe en su *Biblioteca*, adonde refierere catorce obras distintas, muy eruditas de este insigne Doctor.

P. ANDRADE.

P. AGUSTIN DE ESPINOSA

NACIÓ en Baeza de padres honrados, dia de S. Márcos, 25 de abril de 1583, y se bautizó en la iglesia de S. Pablo, y fué su padrino el Doctor Pedro de Ojeda, insigne en santidad y letras.

La mayor nobleza de su familia fué la verdadera, que es la virtud y santidad; y así, de la casa del P. Agustin dijeron algunos lo que de la de S. Basilio dijo S. Gregorio Nacianceno, que era familia de santos.

Tuvo tres hermanos en la Compañía: uno el P. Alonso de Espinosa, que murió yendo al Paraguay á predicar el santo Evangelio. El segundo, el Padre Pedro de Espinosa, que fué muerto de los bárbaros, ocupado en predicar la fe de Cristo. Otro fué el P. Francisco de Espinosa, imitador de sus hermanos. Fuera de esto, tuvo otra hermana de tanta cristiandad como sus padres.

El mayor en edad y raras virtudes fué el P. Agustin de Espinosa, cuya vida escribimos.

La madre de tantos religiosos los crió con tan singular piedad, que hincada de rodillas, les pedia por amor de Dios no se amancillasen con alguna torpeza, sino que se guardasen puros y castos para Dios.

Siendo de dos años que aún no hablaba claro, le decian qué habia de ser, si habia de ser fraile, ó casado, ó sacerdote en el siglo, y á todo decia que no habia de ser sino Padre de la Compañía, y esto con una prudencia como si fuera de mucha edad.

En su recogimiento y obediencia á sus padres, desde esta edad la tuvo con grande extremo y prudencia.

Su modestia fué singular, y así fué tenido siempre por vírgen, y él se conservó purísimo conforme á la peticion de su cristiana madre; y con la buena crianza de su padre, áun antes de entrar en la Compañía aprovechó en letras y virtud.

Los dias de asueto, que otros estudiantes gastan en varias recreaciones y desahogos, el suyo era ir al hospital á consolar los pobres, hacerles las camas, barrer las enfermerías, limpiar las vasijas, lavarles las manos, cortarles las uñas y consolarlos con muy agradables y santas razones.

Dábales despues música con una arpa, que la tocaba con mucha destreza; y era tanto su agrado, que ganaba á otros estudiantes amigos que hiciesen lo mismo.

No sabia más calles de Barcelona que de su casa á las escuelas, al hospital y al colegio de la Compañía, en cuya iglesia se estaba en oracion largos ratos, y en todo procedia de tal manera, que desde sus primeros años fué tenido por varon perfecto; y, como quien tenia mucho trato con Dios, comulgaba dos veces cada semana.

Siendo de veinte y dos ó veinte y tres años, graduado ya de maestro por aquella Universidad, y con provision para leer la cátedra de Artes, cuando su cuidado no era de entrar en la Religion, sino de escribir los libros de Lógica y Filosofía, cuya enseñanza estaba ya á su cargo; estando una noche escribiendo y estudiando estas materias, le ilustró Dios el entendimiento con una luz tan extraordinaria y sobrenatural, que su corazon se encendió en un deseo fervorosísimo de seguir la perfeccion cristiana en el Instituto de la Compañía; y fué tan eficaz esta gracia, que sin dar lugar á más deliberacion se fue á la Compañía y le dijo á un Padre que entónces habia en el colegio con opinion de santo, que Dios le queria para la Compañía.

El Padre, que le queria tiernamente por sus muchas virtudes, y le estimaba por sus grandes talentos, y conocia cuán á propósito era para los empleos de la Compañía, se holgó mucho con estas nuevas é hizo que le recibiesen en ella.

Ya recibido, yendo para el noviciado de Montilla el año de 1606, á poco espacio oyó tras sí unos grandes sollozos, lamentos y gritos, y entre otras cosas oye que le dicen: «Hermano mio, ¿cómo nos dejas desamparados? ¿qué es posible que te sufre el corazon dejar á nuestros padres, que con tanto amor te han criado, ahora que como el mayor y ya graduado de maestro y ordenado de diácono les habias y debias de ayudar? Mas duro eres que el bronce, si su soledad y senectud no te enternece y mis pocos años y muchos peligros no te detienen, y ponen freno en tan arrojada resolucion. No tiene Dios por culto y servicio suyo lo que rompe lazos tan estrechos, con que la piedad trabó á los hijos con los padres, y á los hermanos mayores con los menores. Haz pié en estas razones, y verás que no tienen excusa ni salida.»

A una novedad tan grande, no cayendo por entónces en quién pudiera hablarle de esta suerte, volvió la cabeza nuestro caminante, y vió venir á sus

espaldas una mujer en traje y apariencia lamentable, desgreñado el cabello y hecha arroyos de lágrimas.

Atendió al vestido y á la voz, y reconoció parecerse á su hermana. Pero con la divina gracia echó de ver el devoto mancebo ser aquel embuste y tentacion de Satanás, que tomó aquella figura y fingida forma de su hermana, que á la sazon se estaba en su casa; y así, ni se paró ni le respondió palabra, prosiguiendo su camino, aunque por espacio de una legua, hasta llegar al rio, le fué siguiendo esta importuna vision sin poner fin á sus lamentos y llantos, hasta que, vencido y corrido el mal espíritu de la constancia de este siervo del Señor, le dejó y desapareció.

Desde que entró en la Compañía este insigne varon, fué un ejemplo prodigioso de penitencia y mortificacion, así sano como enfermo, así súbdito como Superior; porque fué Ministro de algunas partes y Rector del colegio de Ecija, no dándole lugar sus achaques y ceguera para otros gobiernos.

Aunque este siervo de Dios mortificaba tanto su carne, no mortificó ménos su espíritu con una profunda humildad y ansias de ser despreciado.

Habiendo una persona grave murmurado muy pesadamente así de su espíritu como de sus penitencias, y hablado de esta materia con palabras mayores, nacidas de mucha pasion y de poca experiencia, llegando á noticia del P. Agustin la plática toda con sus circunstancias, no sólo no se perturbó ni mostró enojado con tal persona, sino que con muchas veras la excusó y con especial cuidado se aplicó desde aquel dia á servirle y agasajarle más.

Su humildad era en extremo grado, que siendo persona de tanta autoridad se abatia y humillaba de manera que causaba admiracion.

Entre las grandes y notables humillaciones que hizo, resplandecia una muy particular, y era que tenia hecho concierto con una persona muy inferior, á quien decia y declaraba sus muy pequeñas faltas, más dignas de confusion para el que las oia que de reprension para quien las declaraba; y este concierto era para que las reprendiese severamente y se las castigase con notables mortificaciones y penitencias rigurosas.

Hacia asirse los labios como lo hacen á un jumento, y que así lo tuviesen por largo espacio.

Imitaba á su divino Maestro cuando lavó los pies á los discípulos; hincado de rodillas limpiaba con su rostro y boca los piés de sus penitentes, que enseñaba como cuidadoso Padre y humilde Maestro.

A un novicio llevaba á su aposento, y, postrándose en el suelo, le obligaba a que se pusiese de piés sobre su rostro, y pisándole la boca le dijese muchas palabras afrentosas, las cuales le habia dado el P. Agustin por escrito.

Negociaba con el Superior le mortificase públicamente con alguna morti-

ficacion de vergüenza y empacho, como sucedió, que estando algunas veces revestido para decir Misa, le mandaba se desnudase y fuese á confesar primero.

Bajaba el siervo de Dios la cabeza y se iba á confesar, y esto se lo decia el Superior, obligado con sus ruegos á que lo hiciese así en presencia de muchos.

Sus mortificaciones procuraba encubrir de manera que á otros les pareciesen regalo, como traer una cajilla con semilla de retama ó de lechugas amargas, y con disimulo la sacaba y echaba de estos polvos en la comida que más sabrosa era, y se estaba saboreando con aquella amargura en memoria de la Pasion de Cristo Señor nuestro.

Huia con grande extremo toda vanidad y estimacion; y por no ser honrado de grandes señores, les hizo algunos desaires, mostrando sequedad mayor de la que su natural pedia.

Varias veces le llamaron los marqueses y marquesas de Pliego, de Estepa y condesas de Palma, y se excusó; y aunque por obediencia fué otras veces y conoció notable afecto en estos señores, jamás sin ser llamado los vió, y algunas veces hacia volver las mulás que venian por él, trayendo licencia del P. Provincial; y ponderando este despego la condesa de Palma, dijo con lágrimas que mientras más de estos desaires hallaban, más le amaban y estimaban.

Tenia este insigne varon conocidamente don de espíritu para tratar y reducir almas, y para enderezarlas en la virtud y quietar conciencias escrupulosas.

El P. Alonso de Guzman confiesa que su gran prudencia le redujo á entrar en la Compañía, porque habiéndole tratado más de un año con deseo de persuadirse á abrazar este estado, jamás le dijo que entrase claramente; pero instruyóle con tanta suavidad de la Religion, que primero fué religioso, que lo desease ser; y así, suave y eficazmente consiguió su pretension por medio de una rara prudencia de este discreto maestro, continuada con varios actos por espacio de un año.

Teniendo entónces muchos hijos espirituales, acudia á cada uno tan de propósito, que parecia no trataba de otra cosa, sino de perfeccionar á uno solo, gastando con él todo el tiempo que era menester, sin negarse nunca ni darse por cansado, por muchas veces que le fuesen á consultar.

A casa de una persona envió una vez dos ó tres libros con diversas señales, y un papel en que decia: «La señora doña María lea tal libro, desde tal capítulo á tal capítulo; la señora doña Constanza tal capítulo; el señor D. Luis tal plana, D. Alonso tal tratado, etc. Y cada cosa de aquellas venia tan á pro-

pósito para la necesidad espiritual de cada uno, como si se hubiese escrito para él solo.

Era muy para admirar el gran conocimiento de espíritus que tenia; pues así aplicaba con tal destreza y acierto los remedios á propósito de los achaques, y tambien la gran caridad de este fervoroso Padre, pues los abrazaba á todos y cuidaba de cada uno tan de propósito: su humildad de la misma manera, pues sabiendo él decir á cada uno aquellas cosas como suyas, los enviaba los libros, porque no se le atribuyese el acierto de los consejos; tambien la gran leccion y comprehension de libros que tenia, pues sabia hallar en ellos los remedios para todas ocasiones, aunque fuesen muy varias.

De esta manera no sólo aprovechaba á personas particulares, sino á familias enteras, como se vió con no poca admiracion en la casa de un caballero de los más principales de Ecija, que fué tanta la diligencia con que el Padre acudió á su enseñanza, que no sólo los señores fueron ejemplo comun, pero aún los criados de ménos importancia, siguiendo las pisadas de sus amos, igualaron con ellos en virtud; y lo que más es, una esclavilla bozal tomó tan bien las leciones de su maestro, que sin faltar á las haciendas de su obligacion, gastaba muchos ratos en oracion mental, retirada por las caballerizas y rincones, y llena de favores del cielo.

Ponia este religioso Padre á sus penitentes en tan extremada obediencia, que faltan palabras para encarecerla; sólo diré por donde se pueda rastrear algo de ella.

La mucha y puntual en que procuraba criar á sus ovejas era tal, que la que pretendia ser de su rebaño, habia de entender que se habia de desnudar de todo género de voluntad y sujetar su entendimiento.

No sólo en las cosas de espíritu, sino áun en las naturales y necesarias á la vida humana les ponia particulares obediencias con grandísima prudencia y discrecion de espíritu, guardando el órden que guardaban los Padres de la Tebaida con sus hijos, con tal espíritu, que parecia uno de ellos, probándoles y ejercitándoles con notables mortificaciones.

Y con ser esto así, era tal su cariño y condicion de ángel, que ninguno llegaba á sus piés que no desease sujetarse á ellas, y que le tuviese por hijo; porque se habia con ellos como verdadero Padre, sediento de su perfeccion.

Su caridad era tanta, y tanto el volcan del divino fuego que en su pecho ardia por el bien de las almas y por dar muchas á Dios, que el corazon y el alma se le salia del cuerpo por conseguirlo.

Por este fin hacia grandes penitencias, imitando á su Salvador en su santísima Pasion, tomando para sí lo amargo, para darles lo dulce á sus hijos.

Su prudencia y acierto en todas cosas fué igual á su caridad, que mandan-

do cosas difíciles de entender y hacer, quien le obedecia salia tan bien de ellas, que era para dar inmensas gracias á Dios.

Tenia este gran maestro de perfeccion un admirable don y favor de nuestro Señor, que era penetrar espíritus, como ya hemos significado, de tal manera, que al que una vez se ponia en sus piés, le conocia de modo y le hablaba de tal suerte al alma, que parecia que el Espíritu Santo hablaba por él, y era en tanto grado, que habia algunos que no se atrevian á estar delante del siervo de Dios con algun pensamiento ocioso.

Muchas veces decia algunas cosas que de presente parecian que no sentia bien, y despues salian tan puntualmente, que era para admirar.

Muchas cosas decia con espíritu profético y se cumplian al pié de la letra, y hoy se cumplen algunas que dijo; y aprovechábase de este espíritu en ocasiones de caridad, para consolar los afligidos y sosegar inquietudes y pesadumbres.

Instaba mucho un Superior de la Compañía á un súbdito suyo para que predicase un sermon, en que su Superior tenia especial empeño; excusábase el súbdito con su falta de salud, de modo que la porfía ocasionó no pequeño disgusto é inquietud entre ambos.

Súpolo el P. Agustin de Espinosa, que estaba en aquel colegio, y llamando al súbdito, le dijo que obedeciese á su Superior sin riesgo de lo que temia; porque le aseguraba que, aunque admitiese el sermon, no le habia de predicar, ni sobre ello tendria el menor disgusto.

Conocia este sujeto la gran santidad del Padre, y aunque sentia grandísima repugnancia por entónces á aquella obediencia; hizo reparo en las veras con que el Padre le aseguraba que ni predicaria ni tendria más pesadumbre; con esta confianza se rindió, con que cesaron los disgustos.

Pocos dias despues llegó al mismo colegio un nuevo predicador, que actualmente vino sin esperarle ni tener noticia de él, á quien fué forzoso dar aquel sermon, con que se cumplió lo que el P. Agustin de Espinosa le habia asegurado, quedando todos con mucha paz, consuelo y nueva estimacion de la santidad del Padre; y así, sus consejos eran tenidos por oráculos, y sus palabras por ascuas encendidas.

No se puede decir el mucho provecho que hizo en innumerables hijos e hijas espirituales que tuvo en tres Congregaciones de que cuidó en Ecija, en los hospitales, que cada sábado por lo ménos visitaba, haciéndoles pláticas espirituales á los enfermos y á otro gran número de sanos que llevaba á este santo ejercicio.

En Ecija dió principio este insigne varon á la gran limosna que cada año se da á los pobres por Pascua de Resurreccion, á fin de que cumplan con la

Iglesia, acudiendo muchos nobles á asistir con sus limosnas y personas á este ejemplarísimo acto, y juntándose de los pobres más de mil y quinientos.

Todo efecto propio de la fervorosa caridad del P. Agustin de Espinosa, que siempre andaba en solicitud de obras semejantes, y les daba el deseado fin con singular prudencia y traza.

Teníanle tanto amor sus discípulos y penitentes, que algunos se iban tras él adonde quiera que iba, y particularmente le fueron siguiendo de Córdoba á Écija dos mancebos, los cuales estaban bien acomodados y con buena renta, mas, despreciándolo todo y dejándolo, le vinieron siguiendo, á los cuales acomodó en dos casas de las más graves de Écija.

Cuando le sacaron de esta ciudad para Córdoba, se hizo mucha instancia, así de parte del colegio como de personas muy graves de la ciudad, por mucho tiempo y por muchas cartas con los Superiores, para que le volviesen á Écija.

Habiéndosele negado siempre con determinada resolucion, así por no quitarlo de Córdoba, donde era muy estimado y provechoso, como principalmente por no ocasionar la pérdida que con tanto fundamento podia temerse de un sujeto de tan buenas prendas, si cegase del todo volviendo á los aires y clima que habian dado principio á su ceguera; estando las cosas en este estado, desahuciada del todo su venida á esta ciudad, una santa mujer y conocida de todos por tal, muy mortificada y humilde, á quien el Padre habia encaminado por esta vereda y la habia gobernado en su alma el tiempo que estuvo en Écija, hallándose á su parecer necesitada de socorro espiritual, y viendo cerradas todas las puertas humanas, acudió á nuestro Señor y le pidió con muchas lágrimas su venida.

Estando un dia en oracion con estos deseos, en una como imaginaria vision se le representó en trono de gloria Cristo nuestro Bien, y á sus piés, contemplándole hincado de rodillas, el P. Agustin de Espinosa.

Alentóse la buena mujer y pidió al Señor la venida de su Padre espiritual con menor recelo y más confianza, y oyó una voz que clara y distintamente le dijo: «Él vendrá y estará años y tú poco le gozarás, porque dentro de breve vendrás á mí.»

Como lo oyó, así se cumplió; porque luego, sin nuevas diligencias, cuando ménos se esperaba, le enviaron los Superiores, y la mujer murió dentro de tres meses con tanta opinion de virtud y santidad, que por este sólo título se le dió entierro en nuestra iglesia.

Extendióse la caridad de este apostólico varon á todos; y así, discurrió por varias partes de la Andalucía en misiones, pegando fuego divino en los corazones en confesionario y púlpito, hablando siempre con pecho libre y palabras

vivas en la correccion de las almas y reprension de los vicios; y el haber estado á la muerte en una de estas misiones, se atribuyó á algun veneno que á él y á su compañero dieron por su celosa predicacion y oposicion que hizo á los pecados públicos.

En Andújar adonde hoy duran muy grandes memorias de las admirables virtudes del P. Agustin de Espinosa, tuvo una continua mision á los principios de aquella fundacion, padeciendo grandes incomodidades en la comida, vestido y otras necesidades que suelen traer semejantes principios.

Ejercitó tambien su caridad con los de la Compañía, procurando su aprovechamiento.

Esmeróse en la Casa de probacion de S. Luis de Sevilla, ayudando al Rector y Maestro de novicios y atendiendo á su aprovechamiento espiritual con extraordinarios desvelos y fruto copioso de sus trabajos.

Las pláticas espirituales que hacia á los novicios, eran llenas de amor de Dios, en que los encendia, arrebatando los entendimientos en admiracion de la agudeza de sus conceptos, y abrasando la voluntad en afectos muy piadosos y tiernos.

Aprovechábase para esto de lugares de la Escritura, en cuyo estudio era docto; y así, comenzó á comentar el libro de Tobías con grande acierto y tanta inteligencia de la Escritura y tan bien sacada doctrina moral, que el erudito P. Juan de Pineda le hizo grande instancia que lo acabase, hablando con tan grande aprecio, que ocasionó á algunos á nueva estima de este Padre, con tenerla muy grande, el cual como era tan hijo de la Compañía sentia tiernamente la poca atencion de algunos que inconsiderados la dejaban.

No perdonaba á diligencia para reducirlos, usando de blanduras y cariciándolos extrañamente.

Usó todos estos ardides con un inadvertido religioso de poca edad que estaba resuelto á desamparar su vocacion; multiplicó oraciones, repitió penitencias; pero viéndole tan empedernido, fuése con él á un aposento apartado, y con dulces razones le ponderó su desacierto, y para enternecerle más, desnudando las espaldas, empezó cual otro S. Francisco Javier, á herirlas tan desapiadado, que corria sin tasa á borbotones la sangre; certificando á aquel mozo que hasta que redujese su pecho, habia de desgarrar sus carnes.

Movió tan heróica resolucion de hijo amoroso de la Compañía de tal suerte á este mancebo, que trocándole nuestro Señor, le prometió perseverar en nuestra Compañía toda su vida.

Cesó aquella lluvia de azotes, oyendo voz tan gustosa para el P. Agustin, y abrazándole tiernamente, le confirmó en sus propósitos, que alentado con

el riego de sus lágrimas y oraciones, fueron de mucho fruto á la Compañía, donde perseveró hasta el fin.

Esta gran caridad del P. Agustin de Espinosa se extendió tambien á las ánimas del purgatorio: era muy devoto suyo, las cuales se le aparecieron algunas veces; sólo diré acerca de esto dos casos notables.

El uno fué, que este siervo de Dios y un novicio pidieron licencia al Superior para estar toda la noche, víspera de S. Juan, en el coro en oracion con diferente espíritu del que suelen tener los del mundo en aquellas noches.

Estando en oracion, vió á un Padre de la Compañía en la iglesia hincado de rodillas junto al altar mayor, profundamente inclinado hacia el altar; oyóle dar muchos y grandes suspiros.

Extrañó el caso, y por certificarse de lo que podia ser, bajó á la sacristía, y hallándola cerrada y las puertas de la iglesia tambien, se fué al Superior y le dijo si habia dado licencia á algun religioso para que aquella noche se quedase en la iglesia, porque estaba uno en ella en la forma referida.

El Padre le dijo que no habia dado licencia á ningun religioso; mas hizo ir por los aposentos de todos á ver si alguno faltaba; hízose así, y hallándolos á todos en su quietud, volvió al Superior y le dijo que todos estaban en sus aposentos.

Fuese al coro y halló en el propio sitio al mismo religioso, y lo que entendió el P. Agustin es, que era un religioso que por aquellos dias habia muerto, y que allí le daba nuestro Señor el purgatorio, al cual ayudó para ir á gozar de Dios con sus oraciones y sufragios.

Este suceso es distinto de otro en que vió el mismo P. Agustin, estando de noche en oracion como solia en el coro, á otro Padre de la Compañía, gran siervo de Dios, que estaba en oracion en la iglesia, donde parece encontró las puertas cerradas, y juntamente estaba en otro lugar, de modo que tuvo por averiguado haberle hecho merced nuestro Señor de estar presente en dos partes, y la una de tanto agrado suyo, como que asistiese delante del Santísimo Sacramento.

Volviendo ahora á la devocion que tenia con las ánimas del purgatorio, el otro caso fué, que estando el siervo de Dios en su aposento en sus extraordinarios ejercicios de oracion y penitencia, llamó á la puerta una persona á quien dijo el Padre que entrase.

La persona le preguntó si le conocia; el Padre le respondió que sí, que era fulano, á quien confesó pocos dias habia, y que habia muerto; el difunto le dijo que era así, y que venia á darle cuenta de su purgatorio y á pedirle hiciese por él ciertas diligencias que para salir de las penas en que estaba eran menester; y así, le pedia se fuese con él de la otra parte de la puente.

Dijo el Padre que iria á pedir licencia al Superior, y el difunto se quedó esperando en el aposento. Fué y díjole al Superior: «Padre, en mi aposento queda D. Fulano, que ha cuatro dias lo enterramos, y dice que viene con licencia de nuestro Señor para que yo vaya con él á hacer ciertas diligencias de la otra parte de la puente.»

Asustóse el Superior; pero, volviendo en sí, dijo: «Si esto es así, vaya V. R. solo con el difunto muy en buena hora, que no será menester llevar compañero.»

Partió con él, y mientras que volvia hizo el Superior, sin dar cuenta de lo que pasaba, llamando á los de casa, que se descubriese el Santísimo Sacramento y se estuviesen en oracion hasta que el Padre volviese, pidiendo á nuestro Señor el buen suceso de este caso tan particular.

Caminaron los dos hasta pasar una puente, sin hablarse palabra, y, llegando á unos cortijos pequeños que estaban despues de la puente, á la puerta de uno de ellos le dijo el difunto al Padre: «V. P. me espere aquí hasta que salga.»

A cabo de poco espacio salió con una vasija en la mano, á modo de una orza, llena de monedas de oro y plata, y díjole: «Tome V. P. parte de esto en el cabo del manteo, que yo llevaré lo demás.»

Con esto se volvieron callando á casa, y llegando al aposento y entrando en él, sacó el difunto un papel y le dijo al Padre: «Aquí verá V. P. á quiénes y qué cantidades se han de restituir de esta moneda; porque es gusto de nuestro Señor que así se haga, con otras buenas obras, para que mis penas se alivien y acaben; lo demás que sobrare, cumplidas estas obligaciones, es voluntad de Dios que V. P. lo aplique á lo que mejor le pareciere.» Con esto desapareció.

El Padre fué al Superior, que estaba en oracion, y le dijo que ya estaba aquello por entónces acabado, que bien se podrian recoger, que las diligencias que pedia el difunto se habian de hacer por la mañana.

El dia siguiente temprano tomó el Padre su lista y el dinero, y fué á repartirlo conforme estaba escrito, sin decir á las personas de qué causa procedia el darles aquella cantidad.

A cabo de ocho dias se le volvió á aparecer en su aposento el difunto, dándole las gracias de haber cumplido tan puntual lo que le habia encargado, y agradeciéndole las Misas y oraciones que por su alma habia dicho, por las cuales nuestro Señor le habia remitido las penas del purgatorio, y se iba de allí al cielo, donde con veras le encomendaria á nuestro Señor; con esto desapareció.

Todas las virtudes de este insigne varon tenian su orígen de la oracion y trato que tenia con Dios.

Tuvo una oracion muy levantada, y nunca dejaba de estar en la presencia de nuestro Señor regalándose con continuos suspiros de corazon, de que era buena prueba estar continuamente conforme con la divina voluntad, que á todos acontecimientos prósperos y adversos y á todas horas le hallaban con este cuidado, ofreciéndolo todo á nuestro Señor, atribuyendo á su providencia cualquiera acontecimiento, aplicando afectuosamente su querer y sentir con el de Dios, sin que jamás le hallasen olvidado de este sentir, jamás impaciente; de modo que, así por estas como por otras señales claras, nadie dudaba sino que estaba continuamente en oracion.

Los dolores de Cristo Señor nuestro tenia tan presentes, que sola esta memoria le bastaba por muy alta meditacion y oracion, á que se daba en todos tiempos y en todas ocasiones, ejercitando sin duda aquella mística teología que engrandece S. Dionisio de la presencia de Dios por medio de sus criaturas, tomando de estas ocasion para alabar, engrandecer, amar y temer á Dios.

Cuando iba al campo, se maravillaban otros de los afectos que sacaba de las flores y otros objetos agradables en bosques y en prados; todos eran eslabones que sacaban las centellas del divino fuego de su boca.

Quien en el trato con los hombres estaba tan lleno de Dios, ¿qué plenitud seria la suya cuando sólo descansaba en los brazos y union íntima con el sumo bien?

Pasaba algunas noches continuas en oracion, principalmente las vísperas de dias más solemnes, como de Espíritu Santo y Corpus Christi.

De aquí sacaba su continua mortificacion y tan cierta, que no se sabe que hubiese ocasion ni tiempo en que no procurase ejercitarla, poniendo grande estudio en ocultarla y procurando en las acciones comunes mortificarse, y reprimiendo sus afectos, no declarándolos, aunque eran puestos en razon, que tal vez al reprimirlos brotaban por los ojos las lágrimas, ya buscando invenciones para mortificarse.

Guardó tanto recogimiento en casa, que con tener mucho afecto á una casa de una señora virtuosa y saber que lo recibian bien en ella como á un ángel, nunca iba á ella sino con ocasion de enfermedad; y era esto tan asentado, que, habiendo ido una vez á su casa, dijo esta señora: «¿El P. Agustin de Espinosa en casa? pues más que hay algun enfermo:» y era así que lo habia y ella no lo sabia.

En todo género de virtudes fué consumado; su obediencia fué exactísima, acompañada de una muy menuda dependencia de los Superiores en todo cuanto obraba.

Tratólos siempre con gran respeto y reverencia; y aunque para algunas cosas necesarias á su persona por la falta de vista y otros muchos achaques

que tenia le habian dado licencias generales, en ninguna manera las lograba, preciándose más de obediente novicio que de privilegiado antiguo.

Su pobreza fué tal que, cuando murió y muchos años antes, no tenia en su aposento cosa de valor, ni alhaja, ni cosa de importancia.

Viéndole su Superior muy flaco y con poco abrigo, le quiso hacer de vestir; mas despues de haber tenido sobre el caso muchas instancias, sólo pudo recabar que admitiese una sobrerropa nueva, aunque necesitaba tambien de sotana; tampoco tenia manteo ni nuevo ni viejo.

Ejercitó nuestro Señor á este su siervo con muchos achaques, y sobre ellos con tenerle ciego los tres años últimos de su vida, en que resplandeció más su gran virtud, porque no es decible su raro sufrimiento y paciencia en cosas harto prodigiosas.

Habiéndole persuadido muchos que antes que acabase de cegar del todo se llegase á Sevilla para intentar allí con más comodidad su cura, y teniendo ya grata licencia de los Superiores y quien con liberal voluntad le hiciese la costa de ida, estada y vuelta, y estando ya casi persuadido al viaje; acabando un dia de salir de la oracion se fué al Superior, y con humildad y encogimiento le comunicó los deseos que de nuevo le habia dado nuestro Señor de padecer, y las conveniencias que le habia comunicado de su ceguera para mayor gloria suya.

Y con tanto esfuerzo le habló, que le hubo de aprobar su intento y conformarse con la resolucion que habia tomado de abrazar esta penalidad que Dios le habia enviado, como favor de su mano.

Fuera de esto tenia tantos achaques y dolores que no se pueden declarar; mas llevábalos con tanta igualdad de ánimo y alegría, que era para alabar á Dios; y en medio de tantos dolores de pulmon, estómago, corazon, rodillas y brazos, nunca se menoscabó un punto de su paz, serenidad y paciencia.

Habia oido con atencion la relacion de un famoso milagro que hizo San Francisco Javier con una monja de Portugal el año de 1637, sanándola y despues llevándola á gozar de Dios á peticion suya, y, viéndose ciego y sin esperanza de cobrar la vista perdida de mano de médicos y de uso de medicamentos; teniendo primero licencia del Superior, con extraña devocion y confianza hizo un voto semejante al otro que hizo la monja al Santo, instando más en la segunda parte de morirse que en la primera de tener salud, y pidiéndole con afectuosos ruegos que, si fuese más gloria de Dios y más provecho para su alma el llevarle luego de esta vida, aquesto le alcanzase en primer lugar.

Oyó su peticion el Santo, y acudiendo á lo principal de sus deseos, antes de cumplirse un mes despues de haber hecho el voto, se los cumplió, y el

Padre así lo entendió con tanta certeza, que aunque los médicos juzgaban su enfermedad por de poca monta, él siempre desde el dia primero la tuvo por mortal, porque de ello tuvo revelacion de Dios.

Tratando una señora penitenta suya de haçer una fiesta al Santísimo Sacramento por su salud, enviándole aviso de ella, respondió con toda resolucion, que no se hiciese por aquesta intencion, porque él tenia entendido que era la voluntad de Dios llevarle.

Y así, desde luego trató con veras de disponerse para su muerte, haciendo despacio una confesion general de toda su vida, dando á su Rector cuenta de algunas cosas cuya disposicion estaba por la suya, tratando este negocio como cosa asentada y con tanto empeño en él, que habiendo llegado ocho dias antes que muriese á tanto extremo de peligro que sólo le daban los médicos aquel dia de vida, y amaneciendo el siguiente con tan repentina mejoría en todos los accidentes, que se tuvo por milagroso efecto de haberle aquella noche secretamente puesto debajo de la almohada uno de casa por su devocion una reliquia del santo P. Maestro Avila, y diciéndoselo al enfermo, para que con más confianza quedase asegurado en su mejoría; respondió con mucha paz y alegría que, aunque él estimaba mucho el favor que el santo mostraba quererle hacer, pero que él se entenderia con él, y le suplicaria lo trocase en ayudarle con nuestro Señor á que le llevase á descansar en su compañía, que era lo que más bien le estaba y lo que más deseaba su corazon.

Vióse el efecto de su nueva súplica; porque habiendo comido aquel dia muy bien, y minorándose en gran parte los accidentes, y hallándole con muy buenos pulsos, el dia siguiente volvió todo el mal á su gravedad antigua, y no le dejó hasta acabarle, lleno de dolores y de consuelo espiritual.

Murió recibidos los Sacramentos, y muchas veces el de la Eucaristía, sin faltarle sentido y entero juicio hasta la última boqueada.

Fué su dichosa muerte en el colegio de Ecija, un juéves á 4 de febrero de 1638, siendo de cincuenta y cuatro años de edad, treinta y dos de religioso, y veinte de profesion de cuatro votos.

Bien se vió en la muerte del P. Agustin de Espinosa cuán reconocidos estaban sus hijos y cuán envidiosos los que no lo eran; pues unos y otros á porfia, así del estado eclesiástico como seglar, no sólo acudieron á su entierro, sino á llevarle en hombros, á besarle con lágrimas las manos y los piés, á meterle en la bóveda y á pedir y procurar con mucha instancia prendas suyas, para su memoria y devocion.

Dieron personas gravísimas grandes testimonios de la santidad de este Padre, y todos los de la Compañía que lo conocieron la admiraron y cele-

braron mucho; mas sólo diré lo que el P. Alonso de Guzman escribió, consolando á su hermano el P. Francisco de Espinosa, que dice así:

«¡Qué tierno tomo la pluma, mi P. Francisco! ¡Qué lloroso trato de consolarle en la pérdida de mi verdadero P. Agustin! Mas lo he quedado tanto con haber leido la carta de edificacion de este santo y venerable Padre, que me parece puedo consolar á otros, no obstante que á nadie se le debe más pésames que á mí.

»Mas verdaderamente, si sentimos su muerte, le agraviaremos, y quien más le quiere tiene más obligacion á sentirla ménos. Envidiosos, no amigos pareciéramos si le lloráramos.

»Dichoso él, que llegó al término de sus fatigas, al premio de sus trabajos, á la corona debida á sus virtudes y á la posesion del alto grado de gloria á que Dios le predestinó.

»¡Oh buen Padre mio, gozad, gozad enhorabuena el sumo Bien que tan de verdad deseaste, á quien con tanta perseverancia serviste, á quien tan finamente amaste!

»Dichosos los que te conocimos y vimos tus ejemplos para imitarlos, merecimos tu amistad y conversacion para aprovecharnos, y experimentamos tu caridad para estar ahora ciertos que no nos olvidarás; pues la caridad no es ménos, y tu poder con Dios es más.

»Perdóneme quien juzgare que excedo; que yo no sé hablar del P. Agustin de Espinosa sino como de santo.

»Sólo quedó con un dolor de no haberle comunicado más tiempo, y de no haber vivido con él más de propósito, si bien en el tiempo que le traté me aprovechó mucho, y conocí en él una sólida virtud, un magisterio singular, un agrado notable, una conversacion dulce, un celo de las almas extremado y un suave imperio sobre las voluntades de todos; hombre perfecto, desinteresado, prudentísimo, amable y verdaderamente santo; mas ¿qué intento cuando le quiero describir?

»Alíviese mi pena y la de V. R. trayendo á la memoria tantas pruebas de su salvacion, cuantas virtudes morales y naturales se nos representan con la recordacion de su persona.

Este sea nuestro consuelo, mi P. Francisco, considerarle tan mejorado en el cielo, y creer que allá nos será más provechoso con su intercesion, de que yo no dudo valerme con mucha confianza que me será utilísima; séalo tambien, ojalá, para V. R., y muy en especial para mi buena hermana Beatriz, cuyo sentimiento me lastima más que el propio mio. Nuestro Señor la consuele y dé el remedio que su virtud merece y yo deseo, y á V. R. guarde para su amparo muchos años, y para que respecto de mí supla la falta del P. Agus-

tin, que sólo tal hermano podrá suceder con alguna proporcion en el agrado y buenas calidades de mi P. Agustin, á cuya compañía nos lleve el Señor á gozar de su vista, como puede.»

Hasta aquí la carta del P. Alonso de Guzman, y se pudieran traer otros muchos elogios semejantes, como tambien el que dió el P. Juan de Armenta, que resumió su vida.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO DE ALEMAN

El V. P. Francisco de Aleman fué dotado de tres gracias en grado tan superior, que cada una de ellas bastaba para hacer á un hombre grande y digno de ser escrito entre los varones ilustres de nuestra Religion; estas fueron de santidad, letras y gobierno.

Porque fué de vida ejemplar adornada con altas virtudes, y, á juicio de los que le trataron, pasó de esta vida con la gracia que recibió en el bautismo.

Fué hombre muy docto y leyó en su provincia muchos años Filosofía y Teología con aplauso universal y aclamacion de todos.

Tuvo con estas dos prendas el singular talento, prudencia y gracia para gobernar, como lo hizo por más de treinta años en que fué tres veces Maestro de novicios, dos Provincial y otra Vice Provincial, y muchas Rector de los mayores colegios de su provincia, y Prepósito de la Casa Profesa de Sevilla, con tan grande aprobacion y consuelo de los súbditos, que siempre le desearon y pidieron por Superior, de que puedo hablar como testigo de vista, por haberle tratado así en esta córte de Madrid como en Sevilla, adonde le alcancé Provincial, y por esta razon se escribe su vida para ejemplo de religiosos, maestros y Superiores de la Compañía.

Nació este esclarecido varon en la opulentísima ciudad de Sevilla de padres nobles y ricos así de los bienes temporales como de los espirituales, los cuales criaron á sus hijos en toda virtud, tan bien inclinados y doctrinados, que dos de ellos entraron en la Compañía; uno fué el P. Francisco de Aleman, de quien hablamos, y otro su hermano menor el P. Juan Ortiz de Aleman, y ambos dieron liberalmente sus legítimas, que eran gruesas, á la Casa Profesa y colegio nuestro de Sevilla.

Fueron recibidos en un mismo dia en el colegio de S. Hermenegildo, con

mucho gozo de sus almas y no menor de los de la Compañía, prometiéndose de sus buenas prendas grandes progresos en ella.

Tenia el P. Francisco de Aleman en aquella sazon diez y seis años de edad y muchos más de cordura y de virtud; porque siempre fué modesto, callado, devoto y de apacible natural, que junto con su buen ingenio, le hacia amable a todos; y así, en el noviciado le llamaban el *ángel,* porque lo era en la vida y candidez, de amabilísima condicion.

Aunque acabado el noviciado pasó á los estudios, no perdió este renombre; porque conservó las mismas costumbres, dándose con tanto cuidado al estudio de la perfeccion como al de las letras, en las cuales salió eminente, con tan grande caudal y aprovechamiento, que de discípulo pasó á maestro, señalándole luego á leer un curso de Artes, y acabado este, otro, por dar á los discípulos tan aventajado maestro así en la ciencia como en la observancia religiosa, porque en todo les enseñaba igualmente.

De la cátedra de Filosofía pasó á la de Teología, la cual leyó muchos años con grande crédito de su persona y de la Compañía, porque sacó muchos y muy aventajados discípulos, que fueron despues el lustre de aquella provincia.

Y conociendo los Superiores el grande caudal, así de religion como de prudencia, blanda y apacible condicion que le habia dado Dios para el gobierno, le ordenaron que dejase la lectura y se encargase del gobierno.

Como su deseo era obedecer á todos, tuvo mucho que vencer en esta obediencia, muy contraria á su natural y contra el deseo que tenia de no verse Superior, sino súbdito de todos.

Pero reconociendo que era la voluntad de Dios, humilló la cerviz al yugo de la obediencia y tomó el cargo de los colegios y casas que dijimos y el de toda la provincia, la cual gobernó muchos años con la satisfaccion y aplauso que despues veremos.

El año de mil y seiscientos diez y nueve fué elegido de la Congregacion provincial por Procurador á Roma de toda la provincia, y fué tal el aprecio que hicieron nuestro P. General y los PP. Asistentes de su persona, que en la primera ocasion le enviaron la patente de Provincial, juzgándole por el más digno de ella, no ménos por su santidad y religion, que por su sabiduría y prudencia.

Pero viniendo al caudal de sus virtudes, que es el de mayor estimacion y el que debemos imitar, las tuvo en tan alto grado, que solas ellas le hicieron esclarecido.

Y comenzando de su humildad, que es la raíz y el fundamento de todas, fué varon verdaderamente humilde, y, como tal, pobre, obediente y despreciador de sí mismo.

Nunca se le oyó palabra de alabanza propia, muchas sí de su desprecio y loor de otros.

Andaba siempre encogido y humillado con el bajo concepto que tenia de su persona, el cual le hizo rehusar el ser Superior y desear siempre ocuparse en los oficios humildes, y por esto, cuanto más le honraban así los de casa como los seglares, más se abatia y se corria.

Raro, ó ningun señor, grande, ni Prelado, ni persona de importancia hubo en Andalucía que no hiciese grande estima de este señalado varon, valiéndose de su consejo para el acierto de sus negocios, y de su espíritu y destreza en el gobierno de las almas para aprovechar la suya; y así, le tuvieron por su confesor los duques de Medina y marqueses de Pliego y otros grandes señores.

Pero su estimacion no inmutó al humilde Padre, ni le desquició de su humildad; porque, cuanto más le honraban, más se abatia y se humillaba en la presencia de Dios y de los hombres, como si fuera indigno de vivir con ellos.

Nunca permitió ser servido de alguno, afectando servir á todos, y por esto no admitió compañero de aposento como se acostumbra con las personas de su porte.

Él se barria su aposento y se servia como el menor novicio; ni permitió que se hiciese con su persona diferencia alguna entre los demás en la comida, ni en la morada, ni en el tratamiento ordinario, ántes procuraba siempre el más ínfimo lugar.

Cuando sus parientes, sin darle parte, le recabaron gracia de Calificador del santo Oficio, lo sintió mucho: y sino fuera por la nota que se siguiera á su linaje, no lo admitiera; pero, ya que no lo pudo excusar, excusaba las honras que le podian venir de aquel oficio, tomando en todas las juntas y funciones el postrero lugar.

No hubo criatura más obediente á su padre que lo fué este siervo de Dios á sus Prelados y á cualquiera que tuviese sombra de Superior; y era cosa digna de admiracion ver á un varon tan consumado en letras y prudencia, consultado de todos, el dia ántes Provincial, nevado de canas y venerado de todos por santo, ir á pedir licencia al Ministro del colegio, que poco antes era súbdito suyo, para dar ó recibir una pluma ó un pliego de papel; tan delicado era y tan exacto en la observancia religiosa y en el recurso y respeto á los Superiores.

Cuando acabó de oir la Teología, en haciendo el acto mayor, por la opinion grande de su ingenio y buenas letras le señalaron, como dijimos, para leer el curso de Artes á los estudiantes de casa; mas, sobreviniendo un accidente estándose preparando para esta lectura, le ordenaron que la dejase por entónces y que fuese á leer Gramática á Cádiz.

El humilde Padre obedeció con sumo silencio, y con tanto gusto y prontitud como si le dieran la cátedra más honrosa de la provincia; y aunque dudó poco por la necesidad que habia de su persona para las ciencias mayores: pero cuanto fué de su parte estuvo tan rendido y obediente, como si fuera para toda la vida, en que perseverara sin hablar palabra, persuadido que era la voluntad de Dios declarada por boca del Superior, en quien le miraba siempre.

Con esta persuasion y afecto de humildad, despues de haber gobernado al pié de treinta años y sido dos veces Provincial, cuando habia de tomar algun descanso, volvió á encargarse del noviciado y atender á tantas importunidades, cuantas son las menudencias de los recien entrados en la Religion; que en persona tan grande fué de mucha edificacion é igual afecto de humildad, del cual movido, poco antes de morir llamó á un Padre confidente suyo y le ordenó que en su presencia rompiese y quemase un legajo de cartas que tenia de los Generales y Asistentes de la Compañía, en que alababan su gobierno y le daban gracias por él y por el ejemplo que daba con su santa vida, porque no se oyese cosa alguna que redundase en su alabanza.

Y diciéndole que descuidase por entónces, que despues se romperian aquellas cartas, no lo permitió, diciendo: «No es razon, ni hay para qué quede memoria de mí en el mundo.» Varon verdaderamente humilde hasta la hora de su muerte, pues procuró sus desprecios como procuran otros su honra y estimacion.

Aunque fué obedientísimo, como se ha dicho, en una sola materia propuso á los Superiores, movido del bajo concepto que tenia de sí mismo, y fue cuando le hacian Superior, alegando su indignidad y falta de talento, siendo así que le tuvo muy cabal, y de los mayores que conoció su tiempo.

Y viendo que no le admitian su proposicion, hizo el voto siguiente, testimonio de su profunda humildad y de cuán forzado entraba en las dignidades del gobierno. «Yo hago voto á Dios y á la Beatísima Vírgen de no admitir el cargo de Provincial, ni la prelacía de los colegios de Granada, Sevilla y Córdoba, si no fuera forzado por la obediencia de quien me lo puede mandar. En que ostenta su humildad, lo uno en imposibilitarse de su parte á tener estas honrosas prelacías; lo otro en no excluir los colegios menores, que tienen más de carga y trabajo que de honra y autoridad.

Pero no le valió, porque el General le dispensó en el voto y le ordenó encargarse del gobierno á instancia de la provincia, que siempre clamó porque fuese Superior, en que, aunque tan acepto, no le faltaron ocasiones en que ejercitar su paciencia y dar muestras de humildad; que no hay Superior tan consumado que no pase por el crisol de la contradiccion, como pasó el Padre

Aleman, de quien sindicaron á los Superiores algunas faltas de su gobierno, acriminándole imprudencias y cosas mal ordenadas.

El siervo de Dios no quiso dar satisfaccion; sólo dijo que aquellas delaciones eran testimonio de su ineptitud para ser Superior, y que así, desde luego renunciaba el rectorado que tenia, y se daba por inhábil para todos los demás.

Pero conociendo el Provincial su grande virtud, recelándose no fuese ardid de su humildad para no ser más Superior, como en la verdad lo era, le ordenó seriamente que diese razon de los cargos que le hacian.

El obediente humilde mostró con mucho encogimiento las órdenes expresas que tenia del General para lo que habia obrado, de que todos quedaron igualmente satisfechos de su acierto en lo que obró, y edificados de su silencio y humildad en haber callado la satisfaccion que pudo dar; accion digna de tan grande loa, cuanto rara y pocas veces vista en persona de su porte en semejante ocasion, en que le iba la honra y la reputacion; pero todo lo puso debajo de los piés por su extremada humildad.

De esta profunda raíz brotaron y descollaron las demás virtudes que se vieron florecer en este gran siervo de Dios, de paciencia, mansedumbre, igualdad de ánimo, conformidad con la voluntad de Dios, mortificacion y penitencia y un señorío tan grande de sus pasiones, que ninguno le vió airado ni mudado, sino con una serenidad de rostro como si fuera inmutable, sin hablar una palabra desentonada ni alta, aunque le diesen grande ocasion; la modestia virginal que resplandecia en su persona con que se hacia amar y respetar, la caridad encendida con muestras de benevolencia que tenia para con todos, acompañada con gran liberalidad, de que hablo de experiencia como testigo de vista por haber recibido muchos y buenos dones de su mano para algunas misiones; el don de consejo y el celo de la salvacion de las almas de que le dotó Dios, pues en medio de sus ocupaciones nunca olvidó la predicacion, ni el confesonario, en que fué continua su asistencia, cuanto su oficio le daba lugar.

Siendo Rector de Granada, el Cardenal Espinosa, su Arzobispo, le pidió que juntase la Compañía los moros que habia en la ciudad y que les predicasen las fiestas, procurando convertirlos á la fe de Cristo.

El buen Rector alabó este pensamiento del vigilante y solícito Arzobispo, y tomó la ejecucion á su cargo, para lo cual se enteró de los errores de Mahoma y de los argumentos y razones para convencerlos.

Juntó á todos los moros las fiestas por más de un año, y les predicó las verdades católicas con igual concurso de la ciudad y fruto de los oyentes; porque los fieles se confirmaron en la fe, y de los infieles se convirtieron muchos á ella con grande alborozo del celoso Arzobispo y de toda la ciudad

que celebró su bautismo, y mucho más el cielo, adonde encaminó aquellas almas que estaban en el abismo y sombra de la muerte.

Fué piadosísimo para con todos; tan abstinente y templado en la comida, que apénas bastaba para sustentarse, sin comer un dia más que otro, por muchos manjares que tal vez le pusiesen cuando era convidado ó caminaba con los señores á quien confesaba.

El uso de los cilicios y disciplinas conservó hasta la muerte, y siendo de ochenta años, despertaba á los vecinos con las recias disciplinas que tomaba, que se oian con admiracion en todo el tránsito.

La pureza de su alma y el recato y compostura que guardó siempre, le ganó el renombre de ángel, que tuvo áun siendo seglar entre sus amigos y parientes.

Fué fama constante que ni en un pensamiento ménos puro consintió en todos los dias de su vida; y así, animando á un seglar á conseguir esta virtud, le dijo que se animase y confiase en la gracia divina, con la cual sabia de cierto que se podia conservar sin amancillar su alma con un pensamiento ménos puro.

Tuvo cordial devocion á la Santísima Vírgen María, á quien rezaba todos los dias el Oficio de la Purísima Concepcion, y procuró que se imprimiese el que compuso el santo H. Alonso Rodriguez, para que le rezasen todos.

Cada sábado le hacia algun servicio particular de mortificacion pública, o fregar, ó servir á los pobres la comida, lo cual hacia siendo Provincial; y tambien añadia algunas horas de oracion contemplando sus misterios, y algunos sábados le hallaron bien entrada la noche delante de su imágen postrado en el suelo, bañado en un mar de dulces lágrimas.

Tambien se esmeró en la devocion del Santísimo Sacramento, á quien visitaba muchas veces al dia, y diligenciaba que se celebrasen sus fiestas con grande solemnidad.

Disponíase para decir Misa con larga oracion, y nunca la dejaba ni apresuraba, por muchas ocupaciones que tuviese.

Decíala con grande quietud, espacio y devocion, y con la misma daba gracias al Señor por la merced que le habia hecho.

Con el mismo reposo y atencion rezaba las Horas canónicas todos los dias, aunque estuviese enfermo; y entónces comulgaba cada dia, preparándose con dos horas de oracion mental, y dando largas gracias despues de la comunion.

Todas estas virtudes realzaba con el estudio continuo de la oracion, la cual nunca dejó en tantos y tan continuos viajes como hizo, ni en la muchedumbre de ocupaciones de sus oficios.

Sus caminos eran una continuada oracion, tomando motivos de los prados, y los bosques, y de los montes y rios para alabar á Dios y darse con desahogo á la contemplacion, bañando su alma de dulzura, y brotando amorosos afectos su corazon, encendido en el amor de Dios.

Si hablaba, sus palabras eran centellas nacidas de aquel incendio que ardia en su pecho.

Usaba mucho de oraciones jaculatorias, con que se avivaba para amar y bendecir á Dios, y las escribia en sus papeles y en los registros de su breviario, para tenerlas á mano y repetirlas á menudo, unas en prosa y otras en verso, para avivarse más, de las cuales referiré una sola, que sea el índice de todas, y dice así:

Mi alma la teneis vos,
Y yo á vos en lugar de ella;
¿Qué os da más gloria, mi Dios?
¿Mi alma sin mí y con vos,
O yo con vos y sin ella?

Llama fué de este divino fuego un rosario admirable que compuso de actos de amor de Dios, el cual rezaba muchas veces al dia; y cuando se halló muy enfermo, hacia que se le fuese leyendo algun religioso, y él le iba repitiendo con mucha pausa, saboreándose en cada palabra como si tuviera en la boca un panal de miel; y cuando cayó enfermo, trataba de imprimirle para edificacion y para avivar en todos el fuego del amor de Dios.

La ocupacion prolija del gobierno de tantos años le impidió la impresion de la Filosofía y Teología que leyó, privándonos de un rico tesoro que tuviéramos para enseñanza de todos.

Ya es tiempo que digamos algo del acertado gobierno y del celo de las almas que ardia en el pecho de este apostólico varon, cuya prudencia fué tal, junta con el espíritu y santidad de que el cielo le dotó, que formó en su persona una idea y un dechado de un perfecto Superior, hermanando las dos virtudes que pidió Cristo á los Apóstoles, que fuesen prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.

Porque juntó la prudencia con la candidez; la verdad con la sinceridad y el celo con la suavidad; la vigilancia con la templanza; la eficacia con la caridad; el premio con el rigor, cuando fué necesario usar de él; y la dulzura del trato con lo agrio de la reprension, para alentar á los fervorosos y afervorizar á los tibios, usando del maná dulce con los unos, y de la vara del castigo con los otros.

Antes de morir, testificó que jamás se movió por amor ni por odio en su

gobierno, sino meramente por lo que entendia que era más gloria de Dios.

Fué hombre de grande espera, y nunca se resolvia por la primera informacion, hasta oir á la parte delatada; y cuando hallaba en ella moderada satisfaccion, era tal su gozo, que se le conocia en el semblante, sin poderle disimular.

Fué de admirable paciencia é igual longanimidad, esperando meses y años la enmienda de los flacos, y usando de la blandura antes que del rigor.

Su trato fué liso, sin doblez ni afectacion, y era comun proverbio que si la verdad faltara en todo el mundo, se hallara como en su esfera en el P. Francisco de Aleman.

Entre otros documentos, se halló este escrito de su mano: «La afabilidad roba los corazones de los súbditos, la verdad los hace fieles y constantes; y así, los Superiores de la Compañía han de ser muy afables y verdaderos, que es cosa indigna de su trato la menor sospecha de doblez ó engaño.»

Escribió lo que obraba, porque siempre fué delante con el ejemplo de lo que enseñó; tuvo suma vigilancia, como buen pastor, de su ganado, de que es testigo otro papel de su mano, que dice así:

«Procuraré ganar á todos la voluntad, para que den cuenta de su conciencia con llaneza y verdad; mostraré cuidado de su salud y cosas, principalmente de su espíritu.

»Los domingos y asuetos consideraré por la tabla de los nombres á quién podré yo ayudar espiritualmente y cómo, cuál es el sujeto, qué natural, qué deseos, qué inspiraciones tiene, con qué perseverancia, con cuánto afecto é impulso, qué tentaciones padece y qué medios le serán más proporcionados para que las venza.

»Instruiré á los Hermanos, para que vengan preparados de las dudas ó remedios que han menester; escribiré qué penitencias hacen, de qué traen exámen, y explicaréles cada mes, cuando les hable, una virtud particular.»

Con esta vigilancia velaba sobre su ganado el celoso pastor de las almas, diligenciando continuamente su bien espiritual, sin olvidarse del corporal; porque fué sentencia suya: «Ni han de faltar en nada, ni les ha de faltar nada;» así, cuidaba como amorosa madre de darles lo temporal, y como vigilante padre, que no faltasen en lo espiritual.

Hacíales fervorosas pláticas con que los afervorizaba en la observancia regular. Era continuo en la leccion de los santos, y así, tenia prontas sus sentencias y doctrina, con que, juntando la erudicion con el espíritu, enseñaba, deleitaba y movia juntamente.

Su liberalidad fué á medida de su caridad, y esta tal, que tenia por la mayor de todas sus virtudes.

Ninguno le pidió limosna á quien no se la diese, y á los porteros tenia ordenado que no despidiesen pobre alguno sin dársela.

No contento con esto, tenia memoria de los pobres vergonzantes, y les enviaba la comida y el vestido á sus casas.

El año de mil y seiscientos y siete fué muy estéril en España, y los pobres padecieron mucho. Hallóse el siervo de Dios Rector del colegio de Baeza, adonde hizo alarde de su magnificencia, porque no sólo les dió cuanto pudo de su colegio, sino que pidió á las personas poderosas, y allegó gruesas limosnas, con que remedió su necesidad.

En la última inundacion de Sevilla se halló Prepósito de la Casa Profesa, y se tuvo por divina providencia que lo fuese en aquella ocasion, para remediar á innumerables almas que perecieran sino fuera por su caridad.

Porque cargó muchas barcas de mantenimientos de pan, carne y pescado y otras vituallas, y las envió á Triana y á las casas que padecian necesidad, socorriéndolos con aquellas limosnas, y sacándolos del peligro en que estaban. Quien así cuidaba de los cuerpos, ¿cómo se puede creer que cuidaria de las almas?

Fué ardiente el celo que tuvo de su salvacion, y ya que por las ocupaciones de la lectura y gobierno no pudo salir á las misiones, envió continuos obreros que las hiciesen en toda su provincia, ayudándolos con oraciones y santos consejos, y cuidando de sus personas á la ida y á la vuelta, acomodándolos y honrándolos cuanto daba lugar el porte de nuestra Religion.

Lo mismo hacia con los predicadores y lectores, y con los que enseñaban latin á nuestros estudiantes, con que todos andaban alentados y consolados, y trabajaban con gusto en sus ocupaciones.

El era el primero en acudir á las doctrinas y confesiones de los pobres negros y gente desvalida, áun cuando era confesor de los mayores señores de Andalucía, con los cuales se portó con tal entereza, que nunca dejó de decirles la verdad y obligarles á cumplir sus obligaciones.

Y porque uno de ellos, amonestado algunas veces, no obedeció á sus consejos, no sólo dejó de confesarle, sino que, siendo Rector en su tierra, salió de ella, renunciando con efecto el rectorado, sin poderle vencer para que volviese más á él, con que se hizo respetable; que tal valor como este deben tener los confesores de los príncipes, para decirles las verdades, y no rendirse á sus gustos cobardemente por lisonjearlos.

Ultimamente, fué tal su vida, su prudencia, la igualdad que guardó con todos, lo que los honró y promovió en la observancia regular y el acierto de sus acciones, que con justo título le dieron renombre de uno de los mayores prelados que tuvo en su edad la Compañía.

Para confirmacion de esta verdad y buen remate de su historia, quiero poner aquí diez dictámenes que guardó en su gobierno, y se hallaron escritos de su letra, que dicen así:

1. He de mirar mucho por la reputacion de mis súbditos, y las faltas que con aviso secreto pudiere remediar, no las sacaré en público; y si es necesario consultarlas, será sólo con los forzosos para el consejo, y no con otros.

2. Ser más agradecido á los que más trabajan ó hacen algun beneficio á la comunidad, que es dar aliento á los demás para semejantes obras.

3. Hacer gran confianza de los súbditos, mientras con evidencia no la desmerecieren, que engendrará grande amor en ellos y fidelidad conmigo.

4. No querer llevar todas las cosas con sumo rigor ó por los cabellos, como dicen, acordándome del sentimiento de S. Bernardo, serm. 24. in Cant. *Mallem aliquando tacuisse, et disimulase, quam ad tantam reprehendisse pernicem.*

5. Desterrar la más ligera sombra de gobierno político, veneno de la disciplina religiosa.

6. Procurar cuanto pudiere con los Superiores mayores que honren á los más olvidados de sí, dándoles puestos segun sus talentos, letras y virtud, siendo esta la principal que procuraré para amar y premiar á otros.

7. Más atenderé á la observancia de las reglas y órdenes puestos, que a poner otros nuevos, que no sirven sino de hacer pesado el gobierno.

8. Siempre será mi principal desvelo que acudan todos con fervor á sus ejercicios espirituales, á los ministerios de los prójimos y actos de comunidad, siendo yo el primero que acuda á todo.

9. No me meteré en menudencias, ni en acciones de los oficiales inferiores, sino dejarélos obrar, cuidando sólo de lo que segun las reglas toca al oficio del Rector.

10. Seré cortés, blando y liberal con todos, concediéndoles cuanto de gracia pudiere, no conociendo inconveniente; que más hacen los súbditos en pedir las licencias, que yo en concederlas, y con esto se granjean para todo.

Estos diez dictámenes que guardó siempre, son diez abonados testimonios de su acertado gobierno y otros tantos documentos para los Superiores que desean gebernar con acierto.

Su vida fué inculpable; sus virtudes grandes; su gobierno aplaudido; su opinion de santo, amado de Dios y de los hombres, espejo de religiosos y ejemplo de prelados.

Y llegándose ya el tiempo de pasar al eterno descanso, le envió Dios una enfermedad que le duró treinta y siete dias, en la cual comulgó otras tantas veces, regalándose con este divino Señor, que era las delicias de su alma, con

quien gastaba la mayor parte del dia en coloquios ternísimos y contemplacion de sus misterios.

Llegado el último de su vida, recibió la Extremauncion con mucha devocion, haciendo fervorosos actos de amor de Dios con entrañable deseo de salir de este mundo para unirse íntimamente con quien tanto amaba.

Dijéronle la recomendacion del alma, á que respondia haciendo actos de fe y esperanza, invocando los santos que habian de interceder por él y asistirle en aquella hora, en que ganó muchas indulgencias que se le habian concedido para entónces; é invocando los dulcísimos nombres de Jesus y de María en su favor, durmió en el Señor en la Casa Profesa de Sevilla á 28 de noviembre de 1644, teniendo ochenta de edad, sesenta y tres de Compañía, y cuarenta y siete de profesion de cuatro votos.

Su muerte fué llorada de todos sus hijos y muy sentida en toda Andalucía de los que le habian tratado y conocido, y estimaban y veneraban por santo.

A su entierro concurrió gran parte de la ciudad de Sevilla, así eclesiásticos como seglares, la nobleza, Universidad y muchas de las Religiones en forma de comunidad, llevando el cuerpo en hombros á porfía, aclamándole todos por santo y vírgen, que murió con la gracia bautismal.

Su cuerpo reposa en la tierra, y su alma goza de Dios en el cielo, y en su ejemplarísima vida nos dejó á todos un dechado perfectísimo de todas las virtudes que imitar.

Escribió su vida para comun edificacion el P. Pedro de Fonseca, Prepósito de la Casa Profesa de Sevilla.

P. ANDRADE.

P. PEDRO DE URTEAGA

NACIÓ este venerable Padre en la ciudad de Sevilla de padres muy nobles de Vizcaya.

Entró en la Compañía á los catorce años de su edad, previniéndole Dios primero con un singular beneficio, que cayéndose el techo del cuarto donde estaba, él se quedó por largo espacio de tiempo en un hueco que hicieron las maderas, donde le hallaron sin lesion ni afliccion alguna.

Siendo de diez años, dió principio á sus estudios de latinidad, porque en-

trando con su padre un dia en las escuelas del colegio de aquella ciudad, viendo á los estudiantes y maestros, cuando salió, dijo á su padre que él se holgara de estudiar como los que habia visto, y que de buena gana fuera Padre de la Compañía para enseñar á otros y ser santo.

Admirado su padre del dicho, el dia siguiente le puso al estudio.

Las acciones y ocupaciones en que se empleó en este tiempo, fueron indicio cierto de lo que habia de ser adelante.

Su estudio en latinidad fué grande; sus entretenimientos domésticos y pueriles hacer altares, juntar todos los niños que podia y predicarles. No perdia sermon ningun dia de fiesta, y espantaba ver un niño de tan poca edad con tanto juicio y atencion á los sermones.

Acudia á las disciplinas que se hacian en la Compañía, y las veces que no lo hacia por su tierna edad ó impedírselo sus padres, le hallaban azotándose hincado de rodillas sobre su cama; y así, cuando entró en la Compañía, le hallaron su arca llena de libricos de devocion, de disciplinas y cilicios.

Con esta virtud acompañaba la de su virginal pureza, singular ingenio y rara habilidad con que hacia ventajas á sus condiscípulos, con graciosidad y viveza.

Antes de recibirle, fué cosa admirable lo que le sucedió con el P. Provincial, cuando le pidió nuestro Pedro le admitiese en la Compañía, diciéndole: «Rapaz, ¿sabeis vos qué es Religion y obediencia? echaos de esa escalera abajo;» y él llevado de su sencillez y afecto á que le recibiesen, lo hizo al punto, echándose á rodar por la escalera. Admiró esto al P. Provincial de modo que luego le recibió.

Con tan sólidos fundamentos en la virtud, levantó este insigne varon la fabrica de su religiosa y santa vida.

La de su noviciado fué sobremanera fervorosa, principalmente en rendir su natural vivo y un gusto pueril que tenia á la música.

En sus estudios prosiguió esta perfeccion religiosa, con ventajas conocidas en la Filosofía y Teología.

Ordenado ya de sacerdote este apostólico Padre, su primer empleo fué leer Gramática en Cádiz, donde comenzó el cielo á manifestar el fuego del celo de las almas con el talento del púlpito, que fué singular.

Ocasionó el descubrirle una plática que hizo á la puerta de la mar de aquella ciudad, que oyéndola acaso el Cardenal Zapata, entónces Prelado de aquel obispado, le admiró y agradó tanto, que se fué de allí á nuestro colegio á decirle al P. Rector que escribiese de su parte al Provincial que ocupase al P. Pedro de Urteaga en predicar, que habia de ser gran predicador y áun maestro de predicadores.

Ejecutóse este prudente consejo, y salió tan acertado, que no sólo hizo con este ministerio abundantes frutos en Sevilla, sino en toda la Andalucía y áun en la córte romana.

Siendo de veinte y seis años este admirable Padre, era predicador de la Casa Profesa de Sevilla, y tan estimado y aplaudido de aquella Catedral y su Arzobispo, que en los mejores sermones le daba su púlpito, no concedido sino á venerables canas, ó singular talento, ó autoridad; tambien todos á porfía le convidaban para sus fiestas.

La disposicion que tenia este gran predicador en este oficio fué excelente, fundada toda en el estudio de la sagrada Escritura á que de todo punto se dió, no amando novedades y aborreciendo lenguajes indignos de tal puesto.

Era el suyo puro, casto y propísimo, que asombraba más con penitencias y oracion en que encendia su pecho contra los pecadores, para rendirlos á Dios con el fuego de su predicacion y viveza de sus acciones.

Entre los frutos y maravillas que obró este siervo de Dios con su doctrina fué uno, que predicando cierto dia con gran celo contra los amancebados, movió de suerte á un caballero que lo estaba con no pequeño escándalo, que luego hizo una confesion general y dejó de todo punto el amiga.

La cual reconociéndose por despedida y afrentada, por vengarse del obrador de tal maravilla, escribió sin firma un papel al P. Prepósito, en que levantaba graves testimonios en materia de honestidad al P. Pedro de Urteaga, que si bien no fué creido por su conocida virtud y pureza, todavía se lo dijo el Superior, y oyéndolo el castísimo Padre, sonroseado su rostro de una purísima vergüenza, respondió: «Eso y más se puede creer de mí; como eso hiciera yo, si Dios me dejara de su mano.»

Otras persecuciones sufrió ocasionadas de semejantes conversiones, que fueron innumerables las de su predicacion, quedando tan clavadas algunas palabras en los corazones de los oyentes, que se decian unos á otros cuando se les ofrecia ocasion: «Acordémonos de lo que predicó el P. M. Urteaga.» Y sólo esta memoria les refrenaba de sus intentos y áun hoy dura en las conversaciones de todo género de gente.

Tambien fué demostracion maravillosa de esto el suceso del año de 605, en que afligida Sevilla por falta de agua, se hacian procesiones y rogativas.

Hízose una copiosísima doctrina de nuestros estudios y gente ciudadana al santo Cristo de S. Agustin, donde predicó con tal espíritu y ternura el P. Pedro de Urteaga, que levantando los del auditorio grandes alaridos y copiosas lágrimas, y entre ellos el Arzobispo D. Fernando Nuño de Guevara, que entónces le oia, ablandó la dureza del cielo, y desde aquel dia comenzó á llover.

Y si este gran Prelado le fué afectuosísimo en frecuentar sus sermones, no

lo fué ménos el Arzobispo D. Pedro de Castro y Quiñones, el cual, habiendo llegado de Granada un dia de cuaresma bien de noche, cansado y achacoso, le fué por la mañana á oir, diciendo á quien le aconsejaba descansase: «No, señor, no es para perder sermon del P. Maestro Urteaga por cansados que vengamos.»

Traia unas graves contiendas y pleitos el Cabildo eclesiástico con el Provisor de este gran Prelado en su ausencia; llegó de fuera el Arzobispo y fué luego á oir al P. Urteaga, el cual deseoso de componer estas disensiones, halló ocasion en aquel sermon y le persuadió á tan gran Prelado con tal energía tomase la mano en este caso y atajase el incendio que con estos pleitos crecia cada dia más, que luego, volviendo á casa, llamó á su Provisor, hizo traer los procesos de todo lo escrito y una vela encendida, y por su propia mano los quemó, diciendo: «Señor, señor, apaguemos el fuego, como nos lo ha predicado el P. M. Urteaga;» accion que ocasionó mucha paz á Sevilla y gran crédito al P. Urteaga.

No olvidaba este siervo de Dios en medio de estos aplausos y concursos, las cárceles, hospitales, doctrinas y misiones: entre otras que hizo fué una á las Almadrabas del duque de Medina Sidonia, lugar lleno de gente necesitadísima de espiritual remedio.

No es creible el fruto que hizo en ella robándoles el corazon con su agrado; á casi todos hizo hacer confesiones generales, revalidando muchas sacrílegas y desterrando vicios introducidos entre los de aquella ocupacion.

A instancia del duque de Arcos, por gozar de su predicacion tan aclamada, le envió por Rector del colegio de Marchena nuestro P. General el año de 1609, donde granjeó á aquel príncipe y ganó á sus vasallos para Dios.

Descubrió singular talento de gobierno, gran prudencia y celo de la disciplina religiosa y del buen nombre de la Compañía, haciendo gran confianza de sus súbditos, y sobre todo teniéndola en Dios.

Experimentó el logro de esto varias veces, con una milagrosa providencia de nuestro Señor.

Llegó el Procurador de Marchena á decirle que no habia más que un almud de trigo y que era necesario entregar luego, por lo menos, dos fanegas al panadero. Díjole el siervo de Dios que lo mirase bien: replicó lo habia mirado muchas veces y lo acababa de mirar; respondió: «Vaya, Hermano, que haremos diligencia.»

La que hizo fué hincarse de rodillas ante un santo Cristo y pedirle remediase aquella necesidad, y dentro de una hora volvió el Procurador diciendo: «Padre, en la troj he hallado, no sé cómo, cosa de dos fanegas de trigo m

bueno;» «pues pasemos ahora con eso, respondió el P. Pedro de Urteaga, que Dios socorrerá con más.»

Y así fué, porque dentro de dos dias en el mismo lugar se hallaron diez y ocho fanegas de trigo escogido; y haciéndose diligencia quién las habia traido y por dónde habian entrado, no se pudo rastrear cosa alguna.

Nunca le oyeron al P. Pedro referir este beneficio, sino sóla una vez que en Sevilla, representándole las monjas de un convento la extrema necesidad que padecian de trigo, para alentarlas á la viva confianza en nuestro Señor, les refirió este suceso.

Y si bien no fué tan admirable el que tuvo en la Casa Profesa de Sevilla, siendo Prepósito de ella, fué indicio y premio del socorro divino en lo temporal por acudir á lo espiritual.

Dudábase un dia festivo si la doctrina general que estaba ya publicada, se dejaria á causa del mal tiempo y peores calles. El Padre con resolucion dijo: «Ea, salga, que Dios nos favorecerá y nos la pagará de contado.»

Salió y amansó el tiempo de suerte que llegó á las gradas de la iglesia mayor y allí se hicieron tres pláticas juntamente, por ser mucha la gente que iba en ella.

Un honrado vizcaino pasó acaso por aquel puesto cuando se estaba haciendo, y se edificó tanto que se resolvió de llegarse luego á la Casa Profesa y hablar, como habló, con el P. Pedro de Urteaga, diciéndole: «Padre mio, muy edificado vengo de lo que he visto, y me ha movido nuestro Señor de que entregue á V. P. esta cédula de tres mil reales de plata que me debe esta Casa, los cuales perdono: encomiéndeme á nuestro Señor que voy á hacer un viaje largo á Vizcaya, y dejo dicho en mi casa que la limosna que daban á esta Casa para el sustento de estos santos religiosos que se emplean tan gloriosamente en provecho de las almas, se duplique.»

Agradeció el Padre este beneficio; ofreció las oraciones pedidas y refiriendo el caso decia: «¿No ven, Padres mios, qué buen pagador es Dios, que lo que hicimos con lodo lo paga en plata, y que por cada plática nos dió mil reales?»

Poco tiempo gozó Marchena de tal predicador, porque deseosa la ciudad de Jaen y su Prelado D. Sancho Dávila, de dar principio á que se fundase allí la Compañía, solicitaron fuese á mision este apostólico varon con otros dos compañeros: alcanzaron, aunque con dificultad, el beneplácito del duque de Arcos. Comenzó esta mision el año de 1610 con los mayores aplausos de todos los estados que jamás se han visto, á los cuales correspondieron los espirituales frutos alcanzados por medio de los ejercicios que en estas misiones se acostumbran.

Los sermones y pláticas en las plazas, campos y calles, de este fervoroso Padre y sus compañeros, eran frecuentes, el concurso increible; su asistencia en la catedral al confesionario todos los dias desde el amanecer hasta la una, y á la tarde hasta la oracion, y desde la oracion hasta las diez de la noche.

Frecuentaba tambien este siervo de Dios los hospitales, cárceles y escuelas, y hacia doctrinas por las calles, á que acudian los caballeros y prebendados, y áun en algunas el Obispo y corregidor, cantando todos los misterios de la fe.

Efectuó muchas paces entre bandos opuestos; destruyó muchos abusos, tablajes y escándalos públicos, y sobre todo, logró muchas conversiones que hizo, entre las cuales fué una la de un grave prebendado de aquella iglesia, que viviendo con desenvoltura y olvido de sus obligaciones, pasándosele el año entero sin decir Misa, oyendo un sermon á este apostólico varon, con tanta eficacia movió Dios su corazon, que hecho un mar de lágrimas pidió al Padre le diese órden para hacer una confesion general, y rogase á nuestro Señor le diese un año de vida para llorar sus culpas y corregirlas.

Logró tan divinos impulsos; hizo una confesion general, y tal mudanza de vida en traje, ejercicios y devocion, que admiraba. Dejadas todas las ocasiones de su perdicion, decia todos los dias Misa, reconciliándose con el Padre.

Acudia á todos los sermones y pláticas, y procuró, como se hizo, que todos los viérnes se hiciese una para los prebendados y priores.

Duró esta ejemplar vida el año sólo que pidió á Dios, y su siervo le prometió solicitarlo con su Majestad, y murió despues con grandes prendas de su salvacion.

Ocasionó con estos sucesos que llegasen á colmo los deseos de esta ciudad en fundar casa de la Compañía.

Ofrecieron los dos cabildos y el Obispo renta para el sustento de algunos sujetos que hiciesen una honrada residencia; compraron sitio para su habitacion y para la iglesia, que se labró con presteza.

Cinco años gastó en esta ocupacion este admirable Padré, y dejando ya en forma esta residencia, se volvió á Sevilla, que con ansias solicitaba su vuelta para volver á gozar de su utilísima predicacion, que se logró en la ocasion que en breve se ofreció de la defensa de la purísima Concepcion de la Santísima Vírgen.

El tiernísimo afecto de este piadoso Padre á este misterio fué muy conocido; mostrólo siempre en sus sermones, y no pocas veces se le llenaban de lágrimas sus ojos con sólo nombrar ú oir la Purísima Concepcion de María.

Agradecia mucho á los que le celebraban sus fiestas; solicitó muchas y le-

vantó en gran manera esta devocion, no sólo en Sevilla, sino en Roma el año que estuvo en aquella córte predicando.

El sermon que el dia de la Concepcion predicó en ella en Santiago de los españoles fué admiracion grande de los tres embajadores de España, de algunos Obispos y Prelados que le oyeron, principalmente de nuestro P. General, que se halló en él con todos los PP. Asistentes.

Deseaba mucho una Congregacion general en la Compañía, para procurar se decretase que todos cuantos hiciesen la profesion de cuatro votos, hiciesen juntamente voto de defender la pura Concepcion de la Vírgen Santísima, como se hace en los grados de muchas Universidades.

A la devocion de la Vírgen, fué igual la que tuvo este admirable Padre al Santísimo Sacramento.

Alcanzó de nuestro P. General licencia para que se descubriese los viérnes de cuaresma por la tarde, como se hizo algunos años con notable concurso, devocion y fruto.

Alcanzóla tambien, para que la octava del Corpus se hiciese procesion alrededor de nuestra iglesia, y siempre procuraba muchas fiestas para su veneracion y culto.

La disposicion para decir Misa y la accion de gracias despues de ella era en una profunda y tiernísima oracion, la cual fué siempre como de varon muy espiritual y continuo en ella y en la presencia de Dios. En los dos años últimos por causa de la perlesía no pudo decir Misa, mas comulgaba todos los dias.

La veneracion á este Santísimo Sacramento era singular. Sucedióle una vez encontrarle en la calle, que le llevaban á un enfermo, en tal sitio que no le podia adorar, sino hincándose de rodillas en un lodazal; no dudó de hacerlo, y luego viendo el manteo lleno de lodo dijo: «Nunca me ha parecido bien el lodo de Sevilla en mi manteo sino ahora, ni él se ha visto más honrado.»

Pasado este tiempo, le envió nuestro P. General el año de 1618 á gobernar el colegio de Málaga.

Sabiendo esta resolucion la ciudad de Sevilla, si bien no estorbó por entónces su ejecucion, escribió luego al punto á nuestro Padre, pidiéndole no faltase de Sevilla. La carta es de 19 de junio de 1618, donde entre otras cosas dice así:

«Porque el tiempo que el P. Pedro de Urteaga ha asistido aquí, con su doctrina y ejemplo ha hecho mucho fruto y adquirido muchos moradores para el cielo, en que se conoce por evidencia de cuánta importancia es tenerle por Padre y Maestro, y á su medida seria el desconsuelo que causaria

su ausencia; suplicamos á V. P. Reverendísima con todo encarecimiento, mande suspender la ida á Málaga, y que se quede en esta ciudad, que por tantos títulos le ama, respeta y estima como debe, etc.» La misma peticion hizo el cabildo eclesiástico.

Concedió nuestro Padre tan justificada peticion, respondiendo á ambos cabildos, que áun antes que llegase la carta, por haber entendido ser gusto suyo, habia ordenado la vuelta del P. Urteaga, como luego volvió, que sólo tres meses duró esta ausencia.

Prosiguió con mayores aplausos y frutos su predicacion; acrecentóse la estima de toda Sevilla, principalmente de los príncipes eclesiásticos y seglares, y sobre manera del conde de Palma, que con su discrecion no acababa de ponderar las superiores prendas de este insigne varon, la junta de tanta religion, entereza, humildad, encogimiento y desprecio del mundo, con tanta urbanidad, agrado, cortesía y graciosidad en dichos y hechos, y lo que les admiraba, que conservase la misma aclamacion y concurso en sus sermones, desde el primero hasta el último, en más de cuarenta y cinco años que predicó.

Este amor y estima que tuvieron á este admirable varon, fué mayor cuando desde el año de 619 fué Prepósito de la Casa Profesa de Sevila, y en ocasion que dispuso tanta grandeza para celebrar las fiestas de la canonizacion de nuestros santos Padres, con tan copiosas limosnas que le ofrecian, que sobró de ellas tanto, que adelantó mucho el adorno y fábrica de aquella iglesia.

Su prudencia, capacidad y comprension de las materias fué grande; su consejo en las juntas á que le llamaban los Prelados y en las consultas de provincias, de que fué muchas veces Consultor, siempre venerado y seguido.

En la direccion de las almas y otras cosas tenia don de consejo, y decian que el suyo era profecía que se veia cumplida.

Ejemplarísima fué su obediencia. Su pobreza edificaba: un coletillo traia para abrigo lleno de remiendos y un jubon que se caia á pedazos; la sotana vieja y muy corta.

Una vez le trujeron un sombrero; preguntando qué habia costado, dijerónle que veinte y ocho reales; dijo que él no usaba de cosa tan preciosa, y mandó hacer otro de más moderado precio.

En la oracion fué muy continuo este admirable varon; retirábase semanas enteras al noviciado y algunas heredades á vacar totalmente á Dios, desembarazado de cuidados y estudios.

Efecto fué de su oracion lo que le sucedió con un enfermo, el cual envió á llamar á este fervoroso Padre para consolarse con él, antes que se le abriese una peligrosa parótide; fué el Padre, consólole, animóle, y, al despe-

dirse, le dijo tuviese mucha fe en el santo Evangelio y reliquias; díjole uno y aplicóle las que consigo traia, y apénas acabó de hacerlo, cuando se abrió luego la parótide sin dolor alguno, y con mucha admiracion de los presentes y mucho mayor de los médicos.

El celo de las almas lo mostró singularmente siendo Superior de la Casa Profesa: todo era alentar á que fuesen sus súbditos á las cárceles, hospitales y escuelas, siendo el primero que frecuentaba estos santos ejercicios.

Solicitaba se quitasen las pedreas, y en ellas, como tambien en las plazas, se les hiciesen pláticas, agradeciendo y regalando á los que se dedicaban á estos empleos.

Si alguna tarde encontraba algun operario en casa, con mil gracias le decia: «¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha de merecer la cena esta noche, si esta tarde no hace algun ministerio? Vaya, vaya luego á visitar enfermos, ó alguna escuela ú hospital.»

Con los enfermos y achacosos de casa era su cuidado acudirles y buscarles regalos, y con los pobres de fuera solicitarles limosnas para su remedio.

Su humildad fué rara en medio de tanto aplauso y estima que de él hicieron los príncipes y señores: no admitia sus carrozas, ni convites, si no es que alguna vez fuese forzoso.

En Roma, cuando fué por Procurador, al paso que mayores honras le hacian los embajadores y Cardenales, él las rehusaba y huia.

Solia en estas ocasiones decir á su compañero: «¿Qué piensa, Hermano, que son las honras de los señores? Humo y vanidad. Estimo yo más mi bonete sudado y mi zapato ramplon, que cuantas mitras y grandezas hay en el mundo.»

Esta y otras virtudes resplandecieron en este siervo de Dios y dieron eficacia á sus palabras, áun en pláticas particulares, y así se echó de ver en muchas ocasiones.

Entre otras, fué una la mision que hizo á la ciudad de Sanlúcar de Barrameda el año de 1626, donde se deseaba grandemente la fundacion de casa de la Compañía.

Aunque la habian solicitado muchas personas graves con el duque de Medina Sidonia, no se habia conseguido, porque se guardaba esta empresa para este insigne varon, el cual la primera vez que habló al duque le ganó de suerte, que dijo luego á dos de sus criados: «Enhechizado me ha este Padre, no pensé hubiera en mí tal mudanza.»

Creció más este afecto oyendo sus sermones y experimentando el copioso fruto de los ejercicios de esta mision.

Determinóse con esto dar desde luego principio á la fundacion; señaló vi-

vienda y algunos socorros para lo temporal de los nuestros, para cuyo sustento no pocas veces el mismo Padre salia á pedir limosna de pescado por la playa, y él mismo lo traia en su mano ó colgado del cíngulo.

Acudian todos con liberalidad con sus limosnas, así por el empleo de ellas como por la prudencia y sales con que la pedia.

Tal vez se vió necesitado de leña y se fué al duque diciendo: «Señor, vengo á que V. E. me dé unos palos, que es honra recibir áun palos de mano de V. E.» «¿Qué dice, P. Maestro Urteaga?» dijo el duque. «Que V. E. me dé de palos.» Entendiólo el duque, celebrólo y dióle cantidad de leña en abundancia.

Retirado ya este apostólico varon de las ocupaciones de su gobierno en la Casa Profesa de Sevilla, aunque no de las de la predicacion, sucedió que predicando en la catedral dia de S. Matías, seis ó siete años antes de su muerte, en el discurso del sermon le dió un vahido tan fuerte, que con él le sacaron del púlpito y llevaron á la sacristía, donde acudieron los más de los prebendados de aquella iglesia á asistirle, entregando á porfía sus manteos para hacerle lecho en que se reclinase, queriendo cada cual llevarle á su casa.

A este accidente se siguió otro semejante, predicando en otra iglesia, que se olvidó totalmente del sermon y sacó con mucha paz el cuaderno de él que llevaba en el pecho; violó y prosiguió otro poco; volvióse á olvidar y dijo: «El sermon se me ha ido, quiérome ir tras él, y en verdad que me acuerdo que ahora cuarenta y cuatro años prediqué aquí este dia, pero ahora no quiere Dios que predique, sino que me confunda, y conozca que nada bueno es mio y todo lo bueno es suyo.»

Bajóse, y llegó un caballero discreto á decirle: «Nunca nos ha predicado mejor, P. Maestro; pues nos ha dado tal ejemplo de humildad, y nos ha enseñado con la obra á reportarnos en adversos sucesos.»

Estos vahidos fueron anuncios ciertos de la perlesía que le dió dos años antes que muriese, en que padeció mucho y no se podia menear ni tener en pié.

Los dias del jubileo de la doctrina, segun la costumbre de Sevilla, hacia lo subiesen en brazos encima de unos bancos, y sentado en una silla, hacia dos y tres pláticas de los misterios de la fe, enterneciendo y edificando sobre manera á todos tal fervor y perseverancia, y sacando copiosas lágrimas de consuelo á este siervo de Dios ver las innumerables personas que estos dias comulgaban y oian pláticas.

Solia decir muchas veces que queria morir en el púlpito como S. Andrés en su cruz, y áun hoy se puede decir que está predicando, pues todos se acuerdan y repiten las sentencias y dichos de sus sermones, siendo freno esta memoria de sus palabras y acciones.

Correspondió á la vida la muerte de este venerable Padre y maestro de predicadores.

En los dos años últimos no hizo otra cosa sino prepararse para ella con grande fervor y espíritu.

No se le oia otra cosa sino decir: «¡Oh, quién acertara á morir bien! ¡Oh, quién supiera en su muerte hacer un acto de contricion!»

Murió en el Señor, haciendo muchos y recibidos todos los Sacramentos á 30 de diciembre del año de 1644, habiendo dicho antes que no llegaria al de 45, siendo de edad de sesenta y seis años, de Compañía sesenta y dos, y de profesion de cuarto voto cuarenta y dos.

Su entierro fué el dia de S. Silvestre, en el cual besó el pié á la Santidad de Urbano VIII once años habia.

Hízose con grande concurso y sentimiento de caballeros prebendados y todas Religiones, y á porfía llegaban á llevar su cuerpo y muchos á besar sus vestidos, piés y manos.

P. NIEREMBERG.

P JUAN DE CASARRUBIOS

EL P. Juan de Casarrubios fué natural de Villanueva de la Fuente, aunque otros dicen fué de Villanueva del Arzobispo, en el Obispado de Jaen, de padres buenos cristianos, temerosos de Dios, de caudal y nobleza.

Tuvo algunos hermanos, de los cuales el uno fué Carmelita Descalzo, que vivió con grande ejemplo y santidad; fué Provincial y tuvo otros oficios, los mayores de su Religion.

Tuvo tambien otra hermana religiosa, que asimismo floreció en toda virtud.

Desde sus primeros años le inclinó su padre al estudio de las letras, y le envió muy niño á estudiar á Baeza, de donde se volvió á su patria, enfadado del estudio y con resolucion de no proseguir con él; pero su padre, con un impulso del cielo, instó que el camino de las letras era el que habia de seguir; que mirase que Dios le llamaba para grandes cosas.

Viendo que no habia remedio de reducir á su hijo á lo que gustaba, como tenia ganados en el campo, le vistió de zagal y le envió á guardar unas cabras, sin permitir le acudiesen de su casa en cosa más que á los demás pas-

tores, con que le rindió, y arrepentido, se vino á su padre y le pidió con mucho encarecimiento le volviese al estudio.

El padre, que deseaba esto mucho, le envió á Belmonte á estudiar la gramática y despues Artes y Teología en Baeza.

En esta ocasion anduvo mucho tiempo acompañado de dos amigos virtuosos, pensando todos tres en qué Religion entrarian para servir á Dios y agradarle.

Estando en estos pensamientos tan conformes, les sucedió ir á un convento de religiosos Descalzos, donde tenia un amigo nuestro devoto mancebo, el cual le pidió encarecidamente fuese de su Religion, llevándole, para más aficionarle, á ver las oficinas de aquella casa.

Recorrió todos los ejercicios en que se ocupaban todos los religiosos, y cuando pensó el amigo que le tenia granjeado, le halló no sólo tibio, sino muy contrario á su intento, diciéndole que Dios no le llamaba para aquel instituto y ministerios.

Viendo tan grande repugnancia el religioso, se hincó de rodillas, y, puestas las manos, le dijo que en el último dia del juicio le habia de demandar delante de Dios el no haber querido ser de su Religion.

El virtuoso mancebo no se turbó, ni dudó de que Dios le llamaba para la Compañía. Y así, luego al punto, de allí se fué á nuestro colegio de Baeza y habló con un Padre muy espiritual y docto, con quien comunicaba, y le pidió por él y por el P. Juan de Sanroman, uno de sus compañeros, que murió Penitenciario en Roma, hiciese diligencias con el P. Provincial para que los recibiese luego: lo cual se consiguió con facilidad en aquel colegio, por ser ambos sujetos de muchas prendas.

Desde su noviciado dió grandes muestras de lo que habia de ser adelante, siendo muy humilde, rendido, obediente, pobre, callado, caritativo y en todas cuantas cosas habia resplandecia en él una suma mortificacion y desprecio de sí mismo.

Siendo ya profeso el P. Juan de Casarrubios, se esmeró en todo género de virtud. Tuvo don singular de oracion, en que toda su vida, con admiracion de todos los que le conocian, se ejercitó; pues no sólo desde que entró en la Compañía tuvo la oracion por una hora con la comunidad, sino que desde sus principios añadió otra hora más al dia.

Despues que comenzó á gobernar y ser Superior, que lo fué muchos años de varios colegios, del noviciado y de toda la provincia de Andalucía, añadió otras dos horas, y en los últimos años gastaba ocho horas cada dia en este santo ejercicio.

Para esto se levantaba dos y tres horas antes de la comunidad, y para ha-

llarse más dispuesto, dormia vestido, para lo cual tenia delante de la cama un corcho en que se recostaba por bien poco sueño.

Buena prueba es de esto que tocando una vez por yerro el despertador á levantar á la comunidad poco despues de las dos de la noche, en el último año de su vida que llegó al pié de cien años, yéndole á dar luz á aquella hora, lo halló de rodillas y en oracion.

En tocando á levantar, salia de su aposento é iba á proseguir su santo ejercicio al coro delante del Santísimo Sacramento la hora de la comunidad, y esto tan infaliblemente, que no se pudo acabar con él se quedase en su aposento lo riguroso del invierno siquiera; sino que helando y nevando, y mañanas muy terribles de vientos y frios, salia de él, yendo por la falta de vista tentando las paredes, por tránsitos desacomodados y airosos.

Llegando al coro, se ponia de rodillas y permanecia inmoble en la oracion por dos y tres horas, lo cual bien se echa de ver no podia ser sin gran consuelo y dulzura en el trato tan familiar con su Dios.

En el tiempo que fué Provincial ó caminaba, no se olvidó de este santo ejercicio ni de otros de la Compañía, ántes atendia á ellos con grande exaccion.

Al mediodia preguntaba este siervo de Dios qué hora era, y si le respondian que ya era mediodia, luego se quedaba atrás de sus compañeros, dejaba la mula que fuese despacio, se quitaba el sombrero, ponia sus manos delante del pecho y hacia el exámen de la conciencia.

A la tarde, en siendo las cinco, se quedaba de la misma suerte atrás, y quitado el sombrero, rezaba el Rosario de nuestra Señora, y á la noche hacia su exámen con la puntualidad que el de mediodia.

En la oracion de la mañana procedió del mismo modo, porque todas las veces que caminaba, avisaba la noche antes al Hermano que le acompañaba, le despertase una ó dos horas antes que amaneciese, la cual tenia con grande asistencia y cuidado.

Nunca le halló el Hermano acostado por temprano que fuese, sino hincado de rodillas junto á la cama en oracion, y esto continuamente, sin faltar un solo dia; y así, el encargar que le despertasen para tener oracion, nació de la grande estima que de este santo ejercicio tenia, para asegurarla con su cuidado y con el de su compañero, y tambien para que, obligado el compañero a despertarle, tuviese tiempo tambien para tener oracion juntamente con él.

Siendo Maestro de novicios, si alguno se levantaba á deshora de la noche, lo hallaba en los patios en oracion.

Vencia con facilidad todas las dificultades que en los ejercicios espirituales se le podian ofrecer, principalmente en decir Misa todos los dias.

En los caminos, cuando habia de madrugar por tener jornada larga el dia siguiente, enviaba á suplicar con tiempo al cura ó vicario del lugar donde se hallaba, que se sirviese de darle licencia para que antes del dia dijese Misa.

Y si acaso el sacristan dificultaba el levantarse tan temprano para abrir la iglesia, tenia el Padre ordenado al Hermano compañero lo ablandase con alguna dádiva ó dinero.

Sucedia tambien que, si no habia ayudante para el P. Secretario, el mismo P. Juan de Casarrubios le ayudaba, y este teson guardó todo el tiempo que le alcanzó la visita.

Comunicábasele gran luz del cielo y de cosas sobrenaturales en la oracion, y no dejó nuestro Señor de honrar á este su siervo con casos milagrosos, como fué en el don de profecía, viendo cumplido en muchas ocasiones lo que prometió ó dijo, porque nuestro Señor le concedió conocimiento de lo por venir.

A un novicio suyo en el noviciado de Sevilla le aquejaba un fuerte dolor de estómago de algunos años, áun antes de entrar en la Compañía. Érale único remedio un pectoral de grana que traia, y varias veces que se le quito para ver si podia pasar sin él, al punto le salteaba con la misma fuerza.

Hallándose afligido por parecerle que era achaque que podia ocasionar que le despidiesen de la Compañía, con grandes temores le dió cuenta de lo que pasaba á su Maestro de novicios, el cual, compadeciéndose de él, le dijo: «Vaya, hijo, y quíteselo, que no le volverá más el dolor de su estómago,» y como el santo varon se lo dijo, así lo cumplió nuestro Señor, pues desde entónces nunca más le volvió.

Un caballero mayorazgo de Ubeda, cuya mujer confesaba con el P. Juan de Casarrubios, vivia con gran desconsuelo por falta de sucesion despues de muchos años de matrimonio.

Consolando el Padre á su penitenta de la afliccion que padecia, que era notable por el disgusto de su marido y desesperacion de lo que deseaba, le preguntó si se consolaria con un hijo varon: creyó la señora que se burlaba, aunque le sirvió de aliento; replicóle el Padre si estimaria que el beneficio se doblase, y respondiéndole con mayor admiracion, le dijo el Padre: «Pues, señora, Vm. se consuele, que no uno ni dos, sino seis hijos le ha de dar nuestro Señor, y uno de ellos ha de ser de la Compañía, y todos juntos los ha de ver en su mesa.»

Reparó en estas palabras mucho la señora, y ella y el compañero del Padre que estaba presente, por la grande estimacion que tenian de su santidad y con esperanza del suceso, publicaron el dicho, que causó en todos mayor atencion y estimacion de la virtud del Padre, cuando le vieron cumplido en el tiempo competente.

Comenzó desde luego á tener sucesion aquella señora, y enviando á uno de sus hijos á estudiar á Salamanca, entró allí en la Compañía, y queriéndole ver sus padres despues de algunos años, se hallaron todos seis juntos en la mesa, y entre ellos, para consuelo de toda la familia, el dicho Padre.

El año de 1629 enfermó en el colegio de Granada uno de los nuestros de una hética que le puso en gran peligro y, al parecer de los médicos, sin esperanza de vida; los años del enfermo no llegaban á veinte y cinco, y el sentimiento natural de verse morir hacia su oficio.

Súpolo el P. Juan de Casarrubios, que entónces estaba en aquel colegio, y envióle á decir al enfermo con uno de casa que no se afligiese, que antes de un mes estaria sano y ejerciendo su ocupacion.

Oyólo el enfermo sin consuelo, pareciéndole imposible por la mala disposicion que sentia y suma flaqueza; pero el suceso le desengañó, porque sin nueva medicina mejoró en pocos dias, y antes de cumplirse el plazo que el santo Padre señaló, volvió sano á su ocupacion con gran admiracion de todos.

Estaba una señora de Antequera muy al cabo y sacramentada; ya se trataba apriesa de su testamento. Entre los parientes y personas interesadas y que tenian expectativa se comenzó á encender grande desabrimiento y pesadas pretensiones, con que angustiaban en gran manera á la enferma, que estaba ya mortal.

No sabiendo ella qué hacerse por librarse de las molestias é importunaciones, llamó al Padre para tomar consejo de lo que haria; porque de no dar gusto á una parte se podian temer muchas pesadumbres, y la inclinacion debia de ser á la otra.

El Padre le respondió: «Señora, haga su testamento y délas gusto á esas personas, que poco importará; que yo le aseguro que no morirá de esta, porque ha de sanar y vivir algunos años.» Así fué, que cobró en breve la salud desesperada de todos, y vivió conforme á lo que dijo el siervo de Dios.

En la ciudad de Antequera el Dr. Nicolás Gutierrez, á quien el Padre amaba tiernamente, en dos ocasiones habia dispuesto de su persona para hacer ausencia de esta ciudad é ir á vivir á otra parte con su casa y familia; la una pasaba á Orán por médico del gobernador de aquella plaza.

Comunicando con el Padre su mudanza, respondió que no la haria: añadiendo el médico que ya no podia ser ménos, porque estaba de partida y las espuelas calzadas para Guadix, donde el gobernador le estaba esperando; el Padre le respondió: «Vaya Vm., pero no ha de tener efecto su mudanza y viaje.»

Sucedió así, porque aquel caballero que iba por gobernador de Orán, el dia que entró en Guadix adoleció, y dentro de cuatro dias murió; así, se vol-

vió el doctor á Antequera, admirado del cumplimiento de aquella profecía.

En otra ocasion, habiendo asentado plaza de médico con los duques de Osuna, convenidos en todo, tratando ya de la partida, comunicó con el P. Juan de Casarrubios las conveniencias de su resolucion. Y le respondió: «Vm. no salga de Antequera;» replicóle que no podia ser ménos, porque era cortar los pasos á sus acrecentamientos.

Respondió el Padre: «Ahora bien, la voluntad de Dios se ha de hacer. A Vm. le quiere Dios en Antequera para cosas de su servicio,» y con esto se despidió de él, y la jornada se deshizo sin saber cómo, echando de ver despues ser grandes las conveniencias que se siguieron de su asistencia, por los empleos de virtud en que se ejercitó en bien público y amparo de los pobres.

No es mucho que nuestro Señor se comunicase tanto á este su siervo y obrase por él cosas milagrosas, porque sus merecimientos fueron muy grandes y sus virtudes tan aventajadas como su oracion.

Guardaba suma exaccion en todas las distribuciones de obediencia; dejaba la letra comenzada al sonido de la campana; al punto iba donde era llamado, siendo siempre el primero en las acciones de comunidad.

El rendimiento y sujecion que tuvo á sus Superiores locales fué admirable, aunque fueron pocos años, por haber gobernado lo más del tiempo que estuvo en la Compañía.

Estaba tan sujeto y rendido como si fuera el más fervoroso novicio, acudiendo por licencia para la más mínima cosa, como era para dar una medalla y cosas semejantes.

En volviendo de fuera á casa, aunque hubiese salido á confesiones, ni iba a su aposento, ni se quitaba el manteo hasta haber dado cuenta de todo lo que le habia sucedido; y diciéndole muchas veces el Superior que excusase aquel trabajo, pues la regla no le obligaba á dar cuenta sino cuando el Superior lo queria, respondiale que por amor de Dios le dejase ejercitar aquel acto de obediencia.

Esta guardaba y ejercitaba con gran perfeccion, dando á su Superior cuenta de la conciencia, como lo manda la regla, comunicándole y pidiéndole licencia para sus penitencias, horas de oracion, mortificaciones y ejercicio de otras virtudes, no queriendo hacer por su propio parecer cosa alguna.

Era de mucha confusion y aun de ternura, el ver un hombre tan anciano que habia sido Superior tantos años, de tan grande espíritu y Maestro de novicios, el verlo con la sujecion de comunicar y dar cuenta de su oracion y ejercicios, pidiendo al Superior le enderezase y advirtiese si en algo pudiera haber errado.

De esta sujecion nacia en este santo varon el respeto y reverencia con

que tomaba en la boca á sus Superiores, diciendo siempre que se ofrecia ocasion: «Su Reverencia del P. Provincial, su Reverencia del P. Rector.»

Obedecia no sólo á la voz del Superior ó voluntad expresa, sino á la tácita que él podia sospechar, y tenia hecho voto particular áun de no proponer en cosa alguna que le ordenasen, por dificultosa que fuese, contraria ó repugnante á su inclinacion ó gusto, lo cual guardó exactísimamente todo el tiempo que vivió en la Compañía.

Su pobreza fué extremada en las pocas alhajas de su aposento, en lo humilde y pobre de su vestido; jamás tuvo cosa duplicada, ni otro abrigo que el vestido de la comunidad.

En su aposento jamás tuvo cosa de regalo, ni en él admitió cosa de comer. Todo cuanto le traian en las fiestas y pascuas, lo remitia á los Superiores, sin ser posible acabar con él se quedase con un bizcocho en edad de noventa y siete años.

Una disciplina y una estampa de papel eran sus pobres alhajas. Y fué cosa digna de reparo en este insigne varon, que habiendo tenido tantos oficios en la Compañía y habiendo estado en Roma, no tuviese una lámina ó otra pintura de primor, que á título de devocion los más ajustados la suelen tener; sólamente llevaba al cuello una nómina con un *Agnus* en una bolsica de lienzo viejo y roto y un rosario pobre ensartado en una cuerda.

Los zapatos de que usaba eran tan viejos y remendados, que apénas se podian dar á un pobre. Todo el tesoro que se halló en su aposento fué disciplinas que daba á sus penitentes, medallas y *Agnus* que repartia; tan ajeno de propiedad, que para dar un *Agnus* pedia licencia particular.

En la castidad se aventajó tanto este siervo de Dios, que jamás se le vió ni oyó cosa que no fuese de sumo recato, sin alzar los ojos en casa ni en la calle, ni mirar más que el espacio que pudiera coger un cuerpo humano.

En el confesonario, con la afabilidad paternal juntaba una gravedad santa, no gastando tiempo alguno con hija de penitencia que no fuese tocante á á confesion, instruccion y direccion de su espíritu, diciendo todas que con el P. Casarrubios no habia más que confesar y enderezar sus almas al cielo.

Las visitas que en solas las enfermedades les hacia ó en ocasiones muy forzosas, eran brevísimas, tratando sólamente en ellas de cosas de Dios, dejando á todos los presentes edificados.

Con este recato decia él no permitir que ninguna persona, ni mucho ménos mujer, aunque fuese de pocos años, le besase la mano; y en muchas ocasiones, haciéndole instancia sus padres, pareciéndoles quedarian santificadas sus hijas, respondia con gracia y donaire: «Eso no, que me morderán.»

Aqueste recato le tenia tan interior y connaturalizado, que áun en la última

enfermedad, hallándole en su aposento sin sentido y llevándole á la cama y desnudándole con decencia religiosa, acudia con las manos á cubrir y recatar no se viese parte alguna de su cuerpo desnuda.

Parece parte de premio de esta virginal pureza, la hermosura y agrado con que despues de muerto sus manos y rostro mostraron, siendo tan tratables y suaves al tacto, que le juzgaban estar vivo.

El Vicario que se halló presente al meterle en la sepultura, pidió á unos prebendados que le asistian diesen testimonio ante un notario, cómo aquel santo cuerpo en tiempo muy riguroso de frio y despues de cuarenta horas de difunto, estaba tan tratable, extendiéndole y encogiéndole los brazos y manos, y volviéndole la cabeza á una parte y á otra, con que todos se admiraron.

Hermanó este siervo de Dios la castidad con la penitencia y mortificacion de todos sus sentidos. Todos los dias tomaba disciplina hasta los últimos años, que los Superiores pusieron término á su fervor, señalándole tres cada semana por su grande vejez, y lo mismo fué en los cilicios.

Sus ayunos fueron tambien rigurosos hasta los últimos años de su vida, ayunando, áun entónces, todos los advientos, cuaresmas, vigilias, vísperas de nuestra Señora y los viérnes de todo el año, sin admitir siquiera algun regalo en la colacion, por más que se lo importunaban.

Mortificaba sus sentidos en gran manera, que parece no usaba de ellos; su silencio fué singular; nadie le vió hablar una palabra fuera del tiempo y lugar de la quiete, guardando en esto la puntualidad que un novicio.

El encierro en su aposento era tan admirable, que causa espanto en todos cómo podia un hombre vivir emparedado, como él lo vivia mientras no se ocupaba en los ministerios de su profesion, á que fué inclinadísimo.

Para mayor mortificacion dormia muchos dias en la semana vestido, sufriendo y padeciendo la molestia que le daban los animalillos que le afligian. No dejaba pasar ocasion de mortificacion que no ejercitase.

El dia de la Circuncision, que suele ser de rigurosos frios en el colegio donde murió, se solia poner agua caliente para los huéspedes seglares que venian al refectorio, para que se lavasen las manos. El santo Padre se iba á los caños de agua fria, y convidándole que llegase á tomar aquel refrigerio, se excusaba, diciendo que no era bueno para los sabañones.

Su humildad fué singular; en los concursos de otras Religiones y actos públicos se sentaba el último, si con fuerza y violencia no le reducian á lo que era razon por el oficio que tenia; y algunas veces cansados lo dejaban, diciendo que con el P. Casarrubios no habia que porfiar en estas cosas.

Estando este venerable Padre ya muy viejo, y casi baldado de un brazo,

le rogaron diese lugar á que un Hermano acudiese á su aposento á hacerle la cama y lo demás necesario; no hubo remedio de admitirlo, hasta que el P. Provincial se lo ordenó severamente.

Al cabo de algunos dias preguntaron al Hermano que cómo le iba con el Padre; respondió que tenia poco trabajo, porque la cama la hallaba por la mañana como la habia dejado á la noche, y todo lo demás compuesto y prevenido.

Siempre tomaba para sí las ocupaciones y ejercicios más dificultosos, y por mucho tiempo despertaba al despertador, y pidiéndole un P. Rector, siendo el P. Juan de Casarrubios Provincial, un Hermano, porque no tenia quien despertase, ni hiciese los oficios humildes de la casa, le respondió que nueve años que habia sido Rector en Ubeda habia hecho oficio de despertador.

El espíritu de humildad le hizo pesado todo oficio de honra; oyósele decir alguna vez que habia sentido *secundum carnem* mucho cuando le hicieron Rector de Antequera la primera vez, y que tenia razones muy justificadas para proponer, y lo habia dejado de hacer sólo por ser obediencia dificultosa y contra su gusto.

Cuando murió el P. Jorge Hermelmant, Provincial de Andalucía, señaló por Viceprovincial al P. Juan de Casarrubios.

Vino el aviso una tarde, y así como leyó las cartas que trujo con las mulas el mozo que acompañaba al P. Provincial, se retiró á toda priesa al coro, y estuvo en oracion como media hora, reparando todos los de casa en los afectos que mostraba tener, y se conocian desde fuera.

Volvióse á su aposento y envió allá á su confesor y le comunicó todo el caso, diciéndole con grande caridad, verdad y sencillez todas las razones que tenia para admitir y las que tenia para proponer; que se ponia en sus manos, y como quien era juez de su alma le aconsejase, porque eso haria con toda puntualidad.

El confesor, pesando las unas razones y las otras, y conociendo cuán del servicio de Dios nuestro Señor y bien de la provincia seria, le aconsejó y dijo era voluntad del Señor que aceptase, é hincándose de rodillas el Padre y puestas las manos, le respondió: «Yo obedezco á la voluntad del Señor; publíquelo V. R. en casa.»

No fué ménos admirable el celo que tuvo de las almas este santo varon. En sus pláticas y sermones, cuando predicaba, era un fuego encendido del divino amor.

Su confesonario era una escuela de toda perfeccion; lográbasele muy bien en todos los que trataba; apénas tenia hija ó hijo de confesion que no tuvie-

se bien instruido en el ejercicio de la oracion mental, trato con nuestro Señor y mortificacion de sus pasiones; tenia don particular de traer almas y granjearlas para Dios.

Y así, todos los dias de la semana tenia mucho que hacer en el confesonario, en el cual era muy ordinario gastar seis y ocho horas todos los dias, sin levantar la cabeza, y con tanto celo y aplicacion á este ministerio, que en los dias de concurso y jubileos, que son muchos al año en el colegio de Antequera, tenia dicha Misa una hora antes de tocar á levantar la comunidad, y solicitaba que á este tiempo se abriese la iglesia; y desde las cuatro y antes, hasta las doce dadas, estaba en esta ocupacion infatigablemente, sin desayunarse, ni tomar alivio alguno, siendo de edad de noventa y siete años.

En estos dias de jubileo era el primero que se levantaba y despertaba á los demás que gustaban ó se lo pedian los despertase, y esto guardó siempre, áun en otros dias que no fuesen de jubileo.

La caridad con que á todos amaba era grande, que parécia los metia en sus entrañas, de manera que á cualquiera huésped de los de la Compañía que pasaban de otra provincia, aunque no le conociese, recibia con tanta significacion de amor, como si le hubiera conocido y deseádole muchos años.

Lo mismo usaba con los de fuera que concurrian á nuestras festividades y concursos, acompañándoles siempre hasta que se iban.

Hizo mucho bien á muchos; compuso negocios dificultosísimos en que le dió nuestro Señor singular prudencia y destreza. Esto se vió en Cádiz, Ubeda y Antequera, que son las partes donde más tiempo vivió.

Socorrió muchos necesitados en lo temporal y en lo espiritual á todo genero de gente, y en su consuelo usaba de unas frases y modos que parecian razones y palabras espirituales; pero eran profecías que se verificaban despues con admiracion de quien las observaba.

Pero en todo procedia este santo varon con grande cautela y recato, porque no se entendiesen los favores y regalos que el cielo le hacia y comunicaba, y era imposible que dejasen de ser muchos, viviendo una vida angélica.

La verdadera caridad y afecto de padre con que amaba en Cristo nuestro Señor á sus hermanos y súbditos cuando los gobernaba, le tenia muy atento siempre á mirar por su decoro y reputacion, y decia que en esta materia no habia parvedad.

Si juzgaba que convenia que alguno se mudase á otro colegio, se lo avisaba á sólas, refiriéndole las razones que le obligaban, y aconsejaba que escribiese al Provincial pidiéndole su mudanza, que él la resistiria una y muchas veces, para que conociese el Provincial cuánto le estimaba, y no hubiese la menor sospecha.

Cuando le avisaban alguna falta de súbdito suyo, no encargaba á nadie su averiguacion; él mismo por su persona la hacia para que ménos se publicase, y para con más seguridad castigar al delator, si hallaba ser falsa.

Dotó Dios á este su siervo de una magnanimidad de ánimo para emprender y salir con cosas grandes, con que en los muchos años que fué Superior en diferentes colegios consiguió muchos aumentos, que ellos gozan, de edificios y fábricas, de cuartos, de habitaciones, iglesias, heredades y bienes raíces, de que son buenos testigos el noviciado de Sevilla, el colegio de Ubeda y el de Antequera, donde murió, á quien se puede decir que debe todo lo que tiene, en tiempo de treinta años que le habitó y gobernó.

Tambien le dotó de la gracia de discrecion de espíritus y conocimiento aventajado en conocer, calificar y distinguir lo verdadero de lo aparente en muchas ocasiones que se le ofrecieron, en que ayudado de la práctica de las verdaderas virtudes que ejercitaba y conocimiento que tenia de las cosas espirituales, alumbró á muchas personas del camino errado que llevaban, y desengañó á los que se dejaban llevar de falsos rumores de revelaciones y raptos, con que los que los tenian corrian plaza de personas milagrosas.

Por la satisfaccion que de él tenian los tribunales de la Inquisicion de Sevilla y Granada, le remitieron el conocimiento de varias personas, venerando su censura y aprobacion, comprobando el tiempo lo acertado de su juicio.

Quiso Dios premiar los largos y continuados trabajos de este venerable Padre, dándole una dichosa muerte, de la cual, sin duda, tuvo aviso del cielo.

Tres meses antes que muriera hizo una confesion general de toda su vida, dejando edificadísimo al confesor de ver un hombre de noventa y siete años en una vida de tantos riesgos y peligros, ejercitando tantos años los oficios de operario evangélico y de Superior, resplandecer en virtudes singulares y santidad tan admirable, que se puede decir murió con la gracia bautismal.

Declaró que esta confesion la hacia porque Dios le disponia para la muerte, y desde este tiempo se reconoció en este santo varon mayor retiro y más frecuente oracion.

Como por falta de la vista no podia ya rezar, ni leer, ni escribir, todo el tiempo que estaba en su aposento y no en el confesonario, gastaba en oracion, cerrada puerta y ventana, sentado en el suelo ó hincado de rodillas.

Aunque estaba de este modo, sin vista y con tanta edad, tenia el juicio muy entero, la memoria constante y un agrado para los de casa, que era el consuelo y alivio de todos.

Apresuróse la muerte de este venerable Padre con tan breves accidentes que no pasaron de diez y seis horas; porque, yendo á las siete y media de la mañana un Padre de los nuestros á reconciliarse á su aposento, tocando á la

puerta, oyó distinta y claramente responderle: «Entre,» y abriendo inmediatamente, á cuatro pasos de la puerta le vió caido en el suelo, y llegándose á él, le halló sin sentido, sin haberle visto caer, ni oido golpe alguno, que era fuerza darlo.

Entendieron todos haber sido la voz del santo Angel de su Guarda, ó milagrosamente formada para que con tiempo se le acudiese.

Al aviso que dió el Padre, acudieron todos los del colegio, juzgando ser ramo de apoplegía, teniéndole trabada la lengua y los sentidos.

Diéronle luego la santa Uncion, temiendo no se les fuese de entre las manos, estando incapaz por entónces de recibir otro Sacramento.

Llamóse al médico, que le mandó hacer unas fuertes ligaduras, con que volviendo algo en sí y preguntándole si queria recibir el Santísimo Sacramento, respondió que sí, y le recibió con gran ternura suya y de los presentes; y continuándose las ligaduras, dentro de una hora volvió en su entero juicio, pero muy debilitadas las fuerzas, teniendo totalmente los pulsos retirados, sintiendo accidentes tan sólamente de frio, aunque el tacto era un calor natural.

Reconcilióse aquella tarde algunas veces, y habiéndole visitado el médico á las siete de la noche, le halló mejor, dando esperanza de su vida. Pero el Señor le queria llevar á su gloria sin otro accidente que el frio que decia sentir.

Como sabia el tiempo breve de su muerte, llamó á su confesor y comenzó á darle cuenta de muchas cosas, que por ser muchas y menudas, le dijo el confesor tres y cuatro veces que las dejase para el otro dia.

El Padre perseveró en que entónces habia de ser, y resistiéndole el confesor por parecerle tener notable mejoría, él le replicó diciendo: ¿Qué sabe V. R. si habrá mañana? no queriendo declararse más por su modestia.

Finalmente, asistiéndole los de casa y diciéndole la recomendacion del alma, en llegando aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, inmediatamente, sin haber espacio ninguno, dió su alma al Señor que para tanta gloria suya le habia criado, á las doce de la noche, que se contaban ya 23 de enero del año de 1646, á los noventa y siete de su edad, sesenta y cuatro de Compañía, y cincuenta y uno de profesion de cuatro votos.

Fué siempre estimado por santo; fué Maestro de novicios y Superior de diversos lugares, principalmente en el colegio de Antequera, donde murió con gran fama de santo.

Gobernó dos veces la provincia de Andalucía, la una siendo Provincial y la otra Viceprovincial, por muerte del P. Jorge Hemelmant, que le dejó nombrado en su lugar.

Cuando se supo su muerte, que fué por el continuo clamor de las campanas, se ofrecieron todas las Comunidades á venirle á decir su responso, sin faltar ninguna; y el convento de S. Agustin se esmeró con particular afecto y estimacion del santo Padre, haciéndole en nuestra iglesia vigilia y Misa solemne antes del entierro, y muchos religiosos de otras Ordenes vinieron á decirle sus Misas.

A las campanas de nuestro colegio siguieron casi todas las de los conventos de religiosos y religiosas de aquella ciudad, y algunas parroquias con mucha continuacion dia y medio que estuvo el venerable cuerpo sin darle sepultura.

Hizo el oficio y exequias la Clerecía muy numerosa con sobrepellices y estolas, y ella trujo la cera para el acompañamiento; oficióse con la música de la iglesia mayor, sin llevar estipendio alguno por su asistencia, diciendo les bastaba por premio haber servido á un santo.

Concurrieron tambien los prebendados de la iglesia Colegial y toda la nobleza de aquella ciudad, que es mucha, pretendiendo los unos y los otros á porfia llevar en sus hombros el santo cuerpo.

Fué grandísimo el concurso de todo el pueblo, llamándole todos á voces *el Santo,* y los muchachos se convidaban á gritos por las calles, diciendo: «Vamos á tocar los rosarios y besar los piés al Padre santo que ha muerto.»

Diósele sepultura dentro de una caja de madera bien fuerte al lado del Evangelio, en cima de la primera grada del presbiterio, y dentro una lámina de plomo en que estaba escrito: «Este es el cuerpo del venerable P. Juan de Casarrubios; murió á 23 de enero de 1646, á los noventa y siete años de su edad y sesenta y cuatro de Religion.»

Al tiempo de enterrarle fué menester la autoridad del Vicario y prebendados, para que no le quitasen los ornamentos con que le enterraron. Y áun con todo eso le arrancaron los dedos de las manos y piés, parte de los vestidos, que ninguno queria quedar sin reliquia de este santo varon.

No faltaron casos maravillosos sucedidos á diferentes personas despues de su santa muerte, que invocándole en sus aprietos y diciendo: «Santo P. Juan de Casarrubios, ayudadme,» de improviso se hallaron libres de ellos.

Un criado de un caballero, yendo á Málaga, llegando á pasar un arroyo muy crecido, comenzándole á pasar, le arrebataba la corriente y le hacia perder pié; volvióse, y viendo se acercaba la noche y el riesgo que corria de quedarse al viento y al agua, que llovia mucho; se le vino á la memoria la del P. Juan de Casarrubios, y con ella se halló animado, é invocándole, se arrojó al agua, y dándole sobre los pechos pasó con tanta facilidad, como si fuera caminando por tierra, sin sentir violencia alguna de las aguas.

Una religiosa del convento de la Madre de Dios de aquella ciudad, con un accidente repentino se ahogaba: tenia ya perdidos los sentidos. Las religiosas que se hallaron presentes, comenzaron á levantar el grito, diciendo: «Santo P. de Casarrubios.» ¡Cosa milagrosa! al punto se halló buena y fuera de peligro.

En el convento de Sta. Clara de la misma ciudad, hallándose otra religiosa muy agravada con un vehemente corrimiento á la mitad del rostro, que con gran dolor é hinchazon la tenia muy trasijada, acordándose del P. Casarrubios, pidió un pedazo de su vestido, que á instancia de alguna religiosa de aquel convento les habian dado.

Tomándole la enferma en la mano, invocando el favor del santo Padre, se le aplicó al rostro y cabeza, y al instante, delante de cuatro religiosas que se hallaron presentes, cesó el dolor é hinchazon, y apartando la reliquia del rostro, la vieron en su color y estado natural que solia tener en sanidad.

Con otros semejantes sucesos ha comenzado Dios á honrar á este su siervo, cuya vida escribió el P. Juan de Piña, Rector del colegio de Antequera.

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO DE MEDRANO

I

UNO de los esclarecidos varones que ha tenido la Compañía de Jesus, así por sus heróicas virtudes como por el ardiente celo de la salvacion de las almas, en que trabajó incansablemente por espacio de sesenta años, fue el P. Alonso de Medrano, honra de su patria, gloria de su provincia de Andalucía y ejemplo de fervorosos obreros de la viña del Señor.

Su padre fué el Licenciado Antonio de Medrano, abogado de la real Chancillería de Granada, y su madre doña Inés de Luque y Alfaro, ambos nobles caballeros de la ciudad de Granada, personas de conocida virtud y ejemplo.

Tuvieron dos hijos, al P. Alonso de Medrano y á doña Antonia de Medrano, que en hábito religioso vivió en toda honestidad con raro ejemplo de vida en la ciudad de Granada.

El P. Alonso de Medrano nació en la ciudad de Marchena, siendo allí gobernador su padre.

Desde su niñez dió muestras de la grande santidad y fervorosa vida que despues habia de hacer; porque en la edad de niño mostraba una ancianidad de hombre mayor, empleándose siempre en obras de religion y piedad.

Toda su ocupacion era el culto divino, ayudar á las Misas y asistir á los sermones; huia de las malas compañías y buscaba las buenas; no gustaba de los entretenimientos de los mozos, sino de la conversacion de los religiosos y de las obras de virtud.

Viéndole sus buenos padres tan inclinado á la Iglesia, á la oracion y culto divino, le pusieron al estudio; y habiendo aprendido la lengua latina, le enviaron á Salamanca para estudiar ciencias mayores.

Allí conversó con los de la Compañía, y aficionado á su trato y santa vida, determinó dejar el mundo y consagrarse á Dios en el ara de la Religion.

Como era tan conocido por su mucha virtud, no hubo dificultad en recibirle; y así, le dieron la ropa, con grande júbilo de su alma.

Sus padres, como tan santos, ofrecieron á Dios su hijo, y aunque era la esperanza de su casa, prefirieron el servicio de Dios y el bien de su alma á todos los adelantamientos que podian esperar en su linaje de hijo de prendas tan aventajadas.

Tuvo su noviciado con el fervor con que se puede entender que procederia en la Religion, quien tan ejemplarmente habia vivido en el siglo.

Acabado el noviciado y hechos los primeros votos, pasó sus estudios en Salamanca con opinion de aventajado estudiante, conservando en ellos los fervores de su noviciado.

Era muy observante de las reglas de la Religion, muy dado á la oracion y mortificacion, obedientísimo á sus Prelados, de mucho recogimiento y silencio y de una conciencia tan pura, que cuantos lo trataron en aquella primera edad, juzgaron que no sólo no habia amancillado la pureza de su alma con pecado alguno de lascivia, pero ni áun perdido la gracia bautismal.

Dotóle Dios de una candidez de paloma y de una prudente afabilidad con que robaba los corazones de todos y se hacia amar, así de los de casa como de los seglares.

Acabados sus estudios, se ordenó de Misa y, conforme á las ordenaciones de la Compañía, fué enviado á tercera probacion, la cual tuvo debajo de la disciplina del P. Baltasar Alvarez, Maestro de espíritu de Sta. Teresa de Jesus, de quien hace en sus libros grandes elogios, bien merecidos por su grande santidad.

Aquí renovó el buen P. Medrano sus fervorosos ejercicios de oracion, penitencia y devocion, adelantándose en espíritu con la doctrina y ejemplos de tan insigne maestro, á quien, estando oyéndole una plática, vió con luz del

cielo coronado de estrellas muy lucientes, que eran las virtudes admirables con que resplandecia en el mundo.

Con esta vision creció en su alma la estimacion que tenia de su santo Maestro, y le miraba en adelante como á un varon admirable.

Obrando Dios en su alma, le vinieron fervorosísimos deseos de pasar á las Indias y emplearse todo en la conversion de los infieles.

Comunicó sus deseos con su santo Maestro, y despues de larga oracion y penitencia, cual la piden semejantes determinaciones, se resolvió por su consejo á dedicar su vida á tan glorioso empleo y firmar con su sangre la doctrina del Evangelio, si Dios fuese servido de darle ocasion de padecer martirio por su amor, á que anhelaban sus deseos, los cuales propuso luego á sus Superiores.

Visto su grande fervor, le enviaron á Méjico el año de mil y quinientos y ochenta y ocho, cuando estaba á los principios la conversion de aquel reino, y eran más los infieles que los fieles, y pocos los obreros que se empleasen en convertirlos y traerlos á la luz del Evangelio.

II

Pasa á Méjico y al Nuevo-Reino, y lo que obró en la conversion de los infieles en ambas partes.

Tuvo por estrecha esfera de su actividad el fervoroso espíritu de este santo varon los términos de España, adonde, desde que se ordenó, comenzó á ejercitar los ministerios de la Compañía en provecho de las almas.

Por esto, atravesando reinos y mares, dejando su propia patria y desterrandose á las extrañas, pasó á los reinos de Méjico, que hoy se intitula Nueva España, y en ellos se remontó á lo más interior y fragoso, habitado de fieras y de bárbaros infieles más brutos que las mismas fieras con quien habitaban.

Allí aprendió su lengua á costa de gran trabajo, por ser tan extraña y difícil de aprender, sin arte ni maestro; pero el deseo de ganar para Cristo aquellos infieles, y el celo de la gloria de Dios y de amplificar su nombre, que ardia en su pecho, todo lo vencia y todo lo hacia fácil por difícil que fuese.

Hecha esta diligencia, se acomodó á su modo de vida; y habiéndose criado en regalos en la casa de sus padres, usaba por cama el suelo, por comida un poco de maiz mal cocido, por bebida el agua de los arroyos, por casa una pobre choza mal compuesta de ramas de los árboles; tal era la habitacion de los obreros apostólicos en aquellos principios.

Hízose todo á todos, para ganarlos á todos, amándolos como á hijos y tratándolos como á hermanos, con tanta afabilidad, como si hubieran nacido de un mismo vientre y criádose siempre juntos en una misma casa.

Ganadas sus voluntades, les predicaba la fe de Cristo, y dándoles luz para conocer su ceguedad y la tiranía del demonio que los tenia engañados, le oian con mucho gusto, y recibian su doctrina, y estimaban su santidad, y admiraban su caridad que fuese tanta, que hubiese dejado sus padres, parientes y la patria en que se habia criado por venir á enseñarles la doctrina cristiana y encaminarlos al cielo.

Viéndole tan desinteresado y tan gozoso cuando se bautizaban, crecia su fe y su estimacion al paso que iban conociendo su santidad.

De esta suerte y con esta caridad bautizó este nuevo apóstol en aquella inculta selva de la idolatría millares de almas que estaban ciegas y perdidas en la sombra de la muerte, y caminaban ellas y todos sus descendientes á los despeñaderos del infierno.

Quitóles infinidad de ídolos de palo y de piedra que adoraban por dioses; colocó en su lugar muchas imágenes de Dios y de sus santos; reformó sus costumbres hasta entónces más de brutos que de hombres.

Redújolos á policía cristiana; juntóles en pueblos y habitaciones á los que vivian como fieras en las cuevas de los montes y en las selvas de los campos; trocólos de infieles en fieles, y de brutos en hombres racionales.

Edificó muchas iglesias, entabló el culto divino y propagó la fe de Cristo en aquella gentilidad, á costa de infinitos trabajos, pero dulcísimos para su fervoroso espíritu; porque nunca se halló más gustoso ni más regocijado que cuando se le ofrecian ocasiones de padecer mucho por Cristo, por quien con tantas veras deseó verter su sangre.

Padeció en estas conversiones grandes batallas del demonio, que afrentado de verse vencido de un hombre mozo y despojado de su reino, rabioso por las almas que le habia quitado, persuadió á los indios sus familiares y amigos, con quien tenia pacto, que le hiciesen pedazos.

Fué avisado de esto el siervo de Dios, pero estuvo tan léjos de turbarse, que se alborozó su espíritu y se llenó de gozo por ver que se le cumplia su deseo de dar la vida por su amado.

Afervorizando su espíritu como el soldado valiente que ve á los enemigos y oye tocar al arma, él se azoró á la pelea, y predicó con más aliento, é hizo nueva guerra al infierno; y Dios, que nunca desampara á sus soldados, le libró milagrosamente de la muerte que intentaron darle, reservándole por entónces para otras empresas de su servicio.

Diez años estuvo este siervo fidelísimo del Señor en esta conquista espiri-

tual, trabajando con insaciable sed en la salud de las almas, poblando el cielo y despoblando el infierno por las muchas que convirtió.

La vida tan apostólica que hacia fué tal, que no se pudo ocultar á los ojos de todo aquel reino, y penetró á los de España, Italia y gran parte de la Europa, y movió á muchos á seguir sus pisadas, que dejando sus patrias, tomaron las armas de Cristo, entraron por los campos de la gentilidad, haciendo guerra al infierno, y conquistaron las almas de los infieles para el cielo.

Entre otros á quien llegó esta noticia, fué D. Bartolomé Lobo Guerrero, canónigo y dignidad de la santa iglesia catedral de Méjico, á quien por su gran virtud y letras dió el rey D. Felipe II el arzobispado de Sta. Fe en el nuevo reino de Granada, á la sazon inculto y necesitado de doctrina.

Deseando como santo y celoso Prelado dar saludable pasto á sus ovejas y proveerles de la doctrina del cielo y de maestros y Padres espirituales que los enseñasen el camino de su salvacion, puso el último esfuerzo en llevar consigo al P. Alonso de Medrano, como á varon apostólico, y al P. Francisco de Figueroa, insigne operario del Evangelio, para que entablasen las misiones de los indios idólatras y los convirtiesen á nuestra santa fe católica.

Bien se deja entender la dificultad que habria de parte del reino de Méjico en dar tales personas, que tan conocida falta habian de hacer á la predicacion del Evangelio, amados y estimados de todos, así de los seglares como de los religiosos y eclesiásticos, y de los Prelados que los tenian por su alivio y descanso y por la seguridad de sus conciencias.

Pero no obstante la resistencia que todos hicieron, fué tal la instancia del nuevo Arzobispo y las razones que alegó de su parte, que al fin venció en esta lid y salió con su intento.

El buen P. Alonso de Medrano quisiera hacerse muchos para quedarse con los hijos que habia enjendrado en Cristo y criado á sus pechos con la leche del Evangelio, y partir con el Arzobispo á traer á Dios otros de nuevo.

Entre estas luchas, tomó el mejor medio, que fué resignarse, como verdadero religioso, en las manos de sus Prelados y hacer lo que le ordenasen, que es el camino cierto de acertar; los cuales, vistas todas las cosas, le ordenaron que fuese á la nueva conquista del Nuevo-Reino, que á la sazon padecia gravísima necesidad de doctrina por tener falta de obreros.

Y así, obedeciendo á su mandato prontísimamente, partió con el buen Arzobispo, llorando por dejar sus amados indios, y alegre por los que esperaba traer á Cristo.

Partieron de Méjico el año de mil y quinientos y noventa y ocho, y llegaron con buen tiempo á la isla de Cuba, y habiendo tomado un refresco, salieron del puerto de la Trinidad para Cartagena con buen tiempo.

Pero, en haciéndose á la vela y engolfándose en alta mar, les sobrevino una tempestad tan furiosa, que les rompió las velas y tronchó los árboles, y cargando montes sobre montes de agua, se dieron por anegados, porque más caminaban por debajo de las aguas que sobre ellas.

Los pilotos, turbados y confusos, no hallaban medio ni remedio para resistir á la fuerza de las olas, que azotadas de los vientos, combatian la corta nave en que iban.

Todos se dieron por perdidos, sino fué nuestro apostólico predicador, el P. Alonso Medrano, el cual lleno de confianza en Dios, animó á todos; y fijos los ojos en el cielo, acordándose de las maravillas que nuestro Señor obraba por S. Ignacio nuestro Padre, que no estaba aún beatificado, invocó su favor y exclamó, y con él todos, diciendo: «P. Ignacio, socorrednos en esta tribulacion.»

¡Cosa maravillosa y que por evidente milagro la refiere el P. Pedro Rivadeneira en la vida que imprimió de nuestro Padre en los extravagantes!; al punto que pronunciaron su nombre, sintieron su favor, porque cesó el viento; y se quietó la mar, y se aseguró la nave con todos los pasajeros, los cuales dieron inmensas gracias á Dios por la merced que les habia hecho por medio de S. Ignacio y de su hijo, á quien miraban como á un santo del cielo: y continuando la bonanza, llegaron con feliz viaje á salvamento, y desembarcaron en el puerto de Cartagena.

III

Lo que obró en el Nuevo-Reino, y algunos casos singulares que le sucedieron.

Habiendo descansado en Cartagena, pasaron los Padres misioneros con el Arzobispo á la ciudad de Sta. Fe, adonde tenia su Silla, y allí comenzaron su mision, predicando á los españoles con igual fruto y consuelo de sus almas.

Hicieron grande reformacion en las costumbres, y entablaron la frecuencia de los santos Sacramentos de la confesion y comunion, que estaba muy olvidada.

Dieron principio al colegio que tiene allí la Compañía, é hicieron otras cosas de grande servicio de Dios y aprovechamiento de los fieles, que despertaron como de un sueño con la predicacion de los nuevos obreros, y dejaron los malos abusos que habian tomado con la comunicacion de los infieles.

Porque habia cundido en los fieles el contagio de la sensualidad y vicios de los infieles, á que aplicaron la triaca de su santa doctrina los nuevos predicadores, como sabios médicos, con tan conocido fruto que el buen Arzobispo no quisiera apartarlos de su lado.

Pero, vista la necesidad que habia en los infieles, de que estaba lleno el reino, y el fervor de ambos, que como alcones generosos no podian contenerse, viendo á sus ojos la caza y tanto número de almas poseidas del demonio en las tinieblas de la infidelidad; no pudieron estar sin partir con diligencia a desterrar sus tinieblas con la luz del Evangelio.

Así, habida su licencia, partieron á tan gloriosa empresa armados de fe, y confianza, y de mucha paciencia, y resolucion á dar la vida por Cristo, como fieles y esforzados capitanes de su milicia.

Muchos años gastó el apostólico P. Alonso de Medrano en esta conquista espiritual del Nuevo-Reino, en que hizo tantas y tan esclarecidas hazañas, que era menester larga historia para referirlas.

Porque á costa de inmensos trabajos y fatigas entró por aquella inculta selva de la gentilidad, y predicó el Evangelio de Cristo, convirtiendo un número sinnúmero de almas á nuestra santa fe, y reduciéndolas al gremio de la Iglesia.

Era gente obstinadísima en sus idolatrías, y tan encarnizados en sus vicios, que no daban oidos al Evangelio de Cristo, por no dejar sus lascivias y borracheras ni la libertad en que siempre habian vivido.

Llevaban pesadísimamente ver maltratados los ídolos que habian venerado sus padres, y á quien ellos hincaban las rodillas, y temian las calamidades con que otras veces los habian afligido, si en esta ocasion los dejaban por la predicacion de unos hombres advenedizos.

Estas y otras muchas dificultades ponia el demonio para cerrar la puerta á la luz de el Evangelio de Cristo, todas las cuales venció el apostólico predicador con oracion y penitencia y con invencible paciencia.

Sufrió sus oprobrios y malos tratamientos con perseverancia y grande ejemplo de vida, que era lo que más les admiraba y lo que más fuerza les hacia, mirando su abstinencia, su castidad, su modestia, su mansedumbre y la caridad tan desinteresada con que sólo pretendia su salvacion; que con estas armas evangélicas se rinden estos castillos, por fuertes que sean, y se conquistan estas naciones, por obstinadas que estén, y se abre la puerta á la fe y al Evangelio.

Entre otros, le sucedió un caso de los más raros que han sucedido en la Iglesia y digno de estar escrito con letras de bronce en toda ella; y fué, que predicando un dia á gran número de gentiles idólatras, y declarándoles las maravillas y milagros que viviendo y despues de subir al cielo habia hecho Jesucristo, el poder que tenia sobre los demonios, y sobre los elementos, y todas las criaturas, y cómo daba salud á los enfermos y vida á los muertos, y ninguno podia resistirle, le dijeron: «Pues si tanto puede este tu Dios, en-

tra en un fuego ardiendo, y, sino te abrasares y tu Dios te sacare de él sano y bueno, todos creeremos en él, y nos bautizaremos.»

El siervo del Altísimo, habiendo hecho un rato de oracion, lleno de fe y confianza y movido con impulso divino, que sin él no debiera poner el crédito de nuestra fe á tiro de semejante prueba, admitió con admirable aliento el partido.

Trayendo mucha leña, cebaron un fuego que allí habia, y haciendo la señal de la cruz y encomendándose á Dios, entró en medio de las llamas, y como los tres niños en el horno de Babilonia, estuvo sin quemarse, alabando y engrandeciendo el nombre santo de Cristo.

Y saliendo de las llamas sin lesion alguna con admiracion de los gentiles, se convirtieron todos á la fe de Cristo, confesando por Dios verdadero al que obraba tales y tan extrañas maravillas como las que habian visto.

El Padre dió infinitas gracias á la divina Majestad por la merced que le habia hecho y por la luz que daba á aquella gente ciega para venir á su conocimiento, y estuvo de allí adelante más humilde y reconocido á las mercedes divinas.

Voló la fama de este hecho por toda aquella gentilidad, y vinieron de muchas partes á ver al Padre que habia entrado en el fuego sin quemarse, y á certificarse del hecho de los muchos que lo habian visto, mostrándoles el lugar y las cenizas donde habia sucedido; y no tienen número las almas que el varon de Dios trajo al conocimiento de Cristo, porque en todas partes le recibian como á un hombre celestial y divino, que tenia poder sobre el fuego, y sobre el agua, y sobre el aire, pues habia enfrenado los vientos y los mares y quietado las tempestades.

Aprovechándose, pues, del crédito que Dios le daba, el cual nunca obra semejantes milagros sin semejante causa, predicaba con gran confianza la palabra de Dios, y convertia en todas partes innumerables almas.

Derribó los altares de los ídolos, hizo que los pisasen los mismos que los adoraban, dióles á entender que eran demonios del infierno que los engañaban y llevaban consigo á arder en sus llamas.

Entre otros les quitó uno muy disforme que tenia figura de mujer, y era de tanta veneracion en todo el reino, que venian á él en peregrinacion de muchas leguas; y era fama que habia aparecido muchos años antes á sus antepasados y les habia persuadido que era el criador del cielo y de la tierra; y otro que estaba lleno de perfumes y aromas muy olorosas con que incesaban al demonio; y otro en figura de alpargate, que en el pecho tenia gran suma de riquezas y piedras preciosas que le ofrecian los que le adoraban; otros en figuras de monos y de sapos y culebras, que tales eran los dioses que aquella

gente ciega adoraba, los cuales trajo á Europa como despojos de sus victorias, y los mostró al rey D. Felipe III y á los de su palacio, y despues al Sumo Pontífice Clemente VIII y á la córte romana.

En lugar de estos ídolos levantó templos y puso imágenes de Cristo y de su Santísima Madre y de los santos, y Dios obró por ellas muchos milagros para confirmar aquellos nuevos cristianos en la fe que profesaban.

En esta misma mision le sucedió un caso digno de memoria, que ahora diré.

Habia en aquella tierra un gentil de más de ochenta años, grande hechicero y que tenia pacto con un demonio que se llamaba Cuza, el cual le descubria las cosas ocultas y distantes, y hacia muchos males por su órden, con que era tenido de los indios por un oráculo divino, y tan obedecido, que no se atrevian á bullirse contra su mandado, con lo cual era de grande estorbo para la conversion de aquella gente.

El buen P. Medrano restó todas sus fuerzas y desvelos para convertir á este, y aunque puso cuantos medios pudo, todos fueron en vano.

Acudió á los divinos de la oracion, sacrificios, lágrimas y penitencias, y Dios le inspiró por ellas lo que ahora diré.

Cayó enfermo el hechicero, á lo que se puede creer, por las oraciones del buen Padre, el cual se encendió en mayores deseos de convertirle, porque no se perdiese su alma y porque dejase buen ejemplo á los demás.

Traia consigo por compañero de sus peregrinaciones un santo Crucifijo de madera, y llamando á un muchacho que le servia, natural de la tierra, le ordenó que fuese en casa del hechicero y que disimuladamente, sin que él lo viese, dejase escondido en su aposento aquel santo Crucifijo.

El muchacho obedeció á lo que el Padre le dijo, y luego vino el demonio á visitar á su enfermo, haciendo grande ruido á la puerta, mas no entró dentro; preguntó el hechicero quién era. Respondió el demonio: «Soy tu amigo Cuza;» Pues ¿por qué no entras? Porque está ese madero ahí, respondió, y donde él está, no puedo entrar yo.»

Entónces le hizo buscar, y halló que era la imágen de Cristo, á quien el Padre predicaba por Dios, y obrando en su alma un rayo de la divina luz, dijo: «Pues este puede más que Cuza, claro está que es mayor Señor, y que es el verdadero, y Cuza el engañador.»

Convencido con esta verdad, dió una grande voz, y dijo: «¡Ah traidor! que me has tenido engañado; vete de aquí, y no me veas más.»

Luego envió á llamar al P. Medrano, y le contó lo que le habia pasado, y le pidió el bautismo.

El Padre dió mil gracias á Dios por la conversion de aquel infiel, y porque en él quitaba un gran lazo á Satanás, y le catequizó brevemente en el

poco plazo que dió la enfermedad, y le bautizó con gran gozo de su alma.

Antes de morir, desengañó á los indios de la ceguedad en que los habia tenido, y persuadió que recibiesen la ley santa de Cristo, como él la habia recibido, porque en ella sólamente habia salvacion, y murió como buen cristiano, y fué causa de la conversion de muchos indios gentiles y de mucho crédito para la fe de Cristo en toda aquella region.

Otras muchas cosas obró en esta mision de grande edificacion en utilidad de las almas, y tambien padeció mucho en la predicacion del Evangelio, por el cual se vió varias veces á peligro de muerte, ya por los riesgos de los rios y los montes llenos de fieras, ya por las celadas que los enemigos de Cristo le pusieron para matarle.

Libróle de ellos con singular providencia nuestro Señor, de cuya mano recibió muchas mercedes, al paso que el santo Padre le multiplicaba servicios, y fueron tantos y tales, que el P. Francisco de Figueroa su compañero y confesor decia, que deseaba alcanzarle de dias para declarar al mundo quién era el P. Medrano; pero no se lo concedió Dios, privándonos de estas noticias por sus ocultos juicios.

IV

Vuelve por obediencia á España, pasa á Roma, y lo que obró en ambas partes.

Ocupado en tan gloriosos empleos este apostólico varon con igual gozo de su alma y provecho de aquella inculta gentilidad, le vino órden del General de la Compañía, que á la sazon era el P. Cláudio Aquaviva, en que le mandaba que luego viniese á España y pasase á Roma, á dar cuenta al rey D. Felipe III, y al Sumo Pontífice Clemente VIII, y tambien al mismo General del estado y disposicion de aquel reino, para fundar en él casas y colegios, así de nuestra Religion como de otras, para la cultura de los fieles y conversion de los infieles.

No se puede fácilmente decir la mortificacion que recibió con este mandato el celoso predicador de las almas, viendo que le mandaban dejar las nuevamente convertidas, que, como recien nacidas en la Iglesia, necesitaban de la leche de la doctrina, y cesar en la conversion de las que quedaban por convertir, que eran muchas y pocos ó ningunos los obreros que se aplicasen á recoger la copiosa miés que por falta de ellos se perdia en los campos del Señor.

El buen Arzobispo que le habia llevado, sintió grandemente la resolucion de esta obediencia, y tambien los que gobernaban el reino, y todos quisieran detener al Padre y dilatar entónces su ejecucion.

Pero el obedientísimo varon antepuso la voluntad y mandato de su Prelado á todos los respetos humanos y á los intereses espirituales que se ofrecian en dilatar su ejecucion; y, oyendo las palabras del Superior como de la boca de Dios, abajó la cerviz á su obediencia, y despidiéndose con lágrimas de todos y en especial de sus hijos á quien tiernamente amaba, y ofreciéndoles volver presto á consolarlos, se partió para España cargado de los ídolos, que como despojos de la guerra habia quitado al demonio.

Llegó á España con próspera navegacion, y luego, sin detenerse, vino á la córte á dar entera cuenta de todo al rey y á los de su Consejo de las Indias.

El rey D. Felipe III, como tan celoso de amplificar la fe católica y ayudar a la conversion de las almas, le dió grata audiencia y oyó con mucho gusto la relacion que le hizo del estado de aquel reino, de la grande miés que en el habia, y la necesidad de obreros espirituales que la cogiesen.

Presentóle muchos ídolos de plata, que se apreciaron en más de seis mil ducados.

El rey se enterneció mucho y mostró grande sentimiento de ver la ceguedad de los hombres que adorasen aquellos ídolos por dioses, y dió al Padre muchas gracias por lo que habia trabajado en la conversion de aquella gentilidad, y le concedió todo cuanto quiso en órden á las fundaciones de los colegios y misiones de la Compañía, y mandó proveerles de sus rentas reales de lo necesario para ellas, y le dió otras preseas de valor para el mismo intento.

Acabada esta fundacion y recibida la licencia de su Majestad, pasó á Roma, adonde besó el pié al Pontífice Clemente VIII, y le dió larga cuenta del estado de aquella cristiandad, de lo que se habia obrado y de lo que se podia obrar en la copiosa miés que se descubria en la extendida gentilidad de aquel reino.

Mostróle los ídolos que habia quitado á los gentiles, y viéndolos el piadoso Pontífice, se enterneció de manera que lloró muchas lágrimas, compadecido de la ceguedad de los hombres que adorasen tales dioses.

Oyendo las conversiones de tantos millares de almas como habia hecho el apostólico Padre, exclamó con una envidia santa, diciendo que de bonísima gana trocara su tiara por sus merecimientos, y que diera cuanto tenia por acompañarle en tan glorioso empleo, y con grande liberalidad le concedió cuanto quiso y le pidió para el buen logro de sus intentos.

Franqueóle muchas reliquias, y dióle preseas de mucho precio.

Lo mismo hicieron muchos Cardenales, celosos de la conversion de los infieles, y en particular el Cardenal César Baronio, que entre otras reliquias, le dió una buena parte de la cabeza de S. Bartolomé Apóstol y un pedazo

del *Lignum Crucis,* con tal condicion, que la mitad habia de enviar á la China, como lo hizo, y entró esta preciosa reliquia en aquel reino, y con ella la fe de Cristo, porque el mismo año se fundó en Pekin, córte del rey de la China la primera residencia que tuvo la Compañía en aquel reino.

Habiendo dado cuenta á nuestro P. General de todo, y tomada resolucion de lo que se habia de hacer para la fundacion de los colegios y conversion de aquella gentilidad, dió la vuelta para España á recoger obreros y alistar nuevos soldados de la milicia de Cristo para aquella espiritual conquista.

Entró en la córte, y en el ínterin que juntaba la gente y sacaba los despachos, no le sufrió su fervoroso celoso estar ocioso ni dejar de echar la hoz de la predicacion en tan copiosa miés como tenia delante de los ojos.

Comenzó á predicar con tan grande fervor, que declaraban bien sus palabras el fuego del Espíritu Santo que ardia en su corazon, porque todas eran brasas que encendian las almas de los oyentes en el amor de Dios, de que eran fieles testigos las lágrimas que derramaban de sus ojos, los sollozos, los gemidos y los actos de contricion que hacian, las muchas y grandes conversiones de pecadores envejecidos en sus vicios, que mudaban de vida, y las muchas confesiones que se hacian en nuestro colegio y en otras partes de personas contritas y arrepentidas por haber oido sus sermones.

Los auditorios eran á medida del fruto tan numeroso, que era necesario ir con tiempo á tomar lugar á las iglesias á donde predicaba; que el fruto que experimentan los oyentes es el grano y el cebo que los trae con gusto á los sermones; y cuando no cogen más que paja de palabras vanas y conceptos que se lleva el aire, más les mueven á dejar al predicador por vano, que á buscarle.

La fama del nuestro fué tal un año que predicó en la córte, que fué de los más seguidos y aplaudidos que hubo en ella, y llegando á los oidos del rey, deseó oirle, y así, le dieron sermon en su capilla.

Quedó tan pagado, así de su buen talento como de su grande espíritu, que dió órden para que no saliese de España, sino que predicase en ella, porque así convenia para la reformacion de las costumbres.

Mucho sintió el siervo de Dios esta resolucion del rey por el amor tan cordial que tenia á sus queridos hijos los indios, y por el copioso fruto de tantas almas infieles como esperaba coger en aquella gentilidad, cuya lengua habia aprendido.

Viendo que todo se le malograba con aquel decreto del rey, habiéndolo encomendado á Dios, se resolvió á preferir el decreto del Rey divino al humano, juzgando que era la voluntad de Dios, declarada por el Sumo Pontífice y por su Superior el General de la Compañía, que volviese á las Indias.

Dejó pasar algun tiempo, y juzgando que el rey ya no se acordaria de lo decretado, con pretexto de embarcar los religiosos que enviaba, salió de la córte y fué á Cádiz á embarcarse; pero no tuvo efecto su intento, porque sabida por el rey su partida, ordenó á su Provincial que le detuviese, porque su voluntad era que se quedase en España.

El Provincial obedeció al decreto del rey, y el P. Medrano obedeció á su mandato con vivas lágrimas de sentimiento por ver malogrados sus intentos.

Asignáronle los Superiores al colegio de Granada, adonde le tuve por Superior algun tiempo y pude conocer algo de su mucha santidad y buen espíritu, para poder hablar como testigo de vista en lo que escribo.

Más de treinta años estuvo en este colegio trabajando apostólicamente, edificándole con su santa vida y autorizándole con su presencia, aumentándole en lo espiritual y temporal con grandes creces.

Dióle un buen pedazo del *Lignum crucis* que trajo de Roma, que se colocó en un curioso relicario de plata, con la espina de la corona de Cristo que tenia; de las otras reliquias que trajo, envió parte al Nuevo Reino, como á su querido hijo, y de las que le quedaron hizo dos grandes relicarios, adonde estuviesen con la decencia conveniente, y otro muy curioso de una carta de S. Ignacio nuestro Padre y de un pedazo del saco con que hizo penitencia en Manresa y del pavimento donde estuvo de rodillas; de la columna adonde se arrimó la noche que veló las armas y de las tablas de la cama adonde dormia.

Otro relicario correspondiente á este dejó hecho, muy rico y curioso, para reliquias de S. Francisco Javier, que trajo consigo.

Esto he dicho, porque se vea la piedad de este bendito Padre, la devocion que tenia á las reliquias de los santos y la estima de cualquiera cosa que hubiesen tocado ó traido, por pequeña que fuese, que son testimonios de su mucha religion y del amor, que como verdadero hijo tuvo siempre á la suya.

V

De su predicacion y apostólicas acciones, así en Granada como en su comarca.

Siempre y en todas partes fué el mismo el celo ardiente y la sed insaciable del P. Medrano de la salvacion de las almas, y así, obró en todas partes con la actividad y fruto que habia obrado en las Indias y sin resfriarse un punto.

En asentando el pié en Granada, se entregó como ciervo sediento á los ministerios de la predicacion y confesiones, á las doctrinas en las plazas,

á las pláticas y sermones en las cárceles y hospitales y á las misiones por varias partes de Andalucía, buscando y procurando por todos los medios posibles la salvacion de las almas.

Y no sólamente en las acciones públicas, sino en las pláticas particulares, cuando le visitaban ó visitaba los enfermos ó desconsolados, todas sus pláticas eran de Dios y de las cosas del cielo, en que le dió nuestro Señor mucha gracia; y hablaba con tan dulces palabras, que movia á todos á devocion y los encendia en el amor santo de Dios, y por este medio ganó muchas almas.

Dotóle Dios de un excelente talento de púlpito, buena voz y muy afectuosa, rara memoria, accion muy ajustada y una tan venerable presencia, que sólo mirarle provocaba á devocion.

Conservó siempre el primitivo espíritu y modo de predicar de nuestros primeros Padres, cosas graves y sólidas fundadas en la doctrina de los santos, todo sustancia, sin galanterías ni culturas vanas, que aplauden el oido y dejan el espíritu seco y vacío.

Aborrecia tanto á los que adulteraban la palabra de Dios con semejante lenguaje, que cuando en los sermones y pláticas de la comunidad se le ofrecia tratar de esta materia, se enfurecia el mansísimo varon de suerte, que no parecia él.

En particular le dotó nuestro Señor de singularísimo talento para predicar la pasion de Cristo y el juicio universal; y cuando predicaba de cualquiera de estas dos cosas, parece que hacia temblar las columnas de la iglesia.

Con este modo de predicar granjeó siempre grandes auditorios, que convocaba lo sólido de su doctrina y lo fervoroso de su espíritu.

Con esto consiguió infinitas conversiones de personas arraigadas en sus vicios y muchas veces parecia haberle revelado Dios las conciencias de muchos de sus oyentes, segun les hablaba tan al alma y tan á medida de su necesidad, como si supiera sus pecados, y venian muchos á sus piés, persuadidos de que por ellos habia predicado aquel sermon y que Dios les habia dicho aquellas palabras por su boca.

Hizo por este medio muchas conversiones de mujeres perdidas, que habian soltado la rienda á sus apetitos y eran lazo de las almas y escándalo de la república, y muchas de hombres que la tenian escandalizada con pecados públicos y tratos ilícitos, muchas de personas que habian callado toda su vida pecados graves en las confesiones y vivian tan seguros y descuidados en su mal estado, como si le tuvieran bueno, que es el mayor riesgo de las almas no sentir su daño, ni el fuego en que se queman, y con el del espíritu de este fervoroso predicador, despertaban del letargo de sus vicios y ponian remedio

en sus conciencias y comenzaban nueva vida, y no pocos entraron en Religion por su predicacion y consejo.

Testigo es de esta verdad un noble mancebo que estudiaba facultades mayores en la Universidad de Granada, y estando para partirse á su tierra á tomar posesion de una rica prebenda, pasó acaso por la plaza adonde el P. Alonso de Medrano hacia una doctrina; y no fué acaso, sino muy prevenido en la providencia divina que movió la lengua del predicador, como otras veces solia, para que tratase de la vanidad del mundo y de su fragilidad é inconstancia, de la incertidumbre de la muerte y la eternidad de la otra vida.

Sus palabras fueron balas, que penetraron el corazon de aquel mancebo, el cual, movido con lo que el Padre predicaba, determinó dejar el mundo, y sus riquezas, y la canongía que le daban, y desde el mismo auditorio se vino á la Compañía, y, consultada con su confesor su determinacion, pidió ser admitido en ella, adonde se consagró á Dios en humildad y obediencia, y con fervoroso espíritu pasó á las Indias, adonde ha hecho mucho fruto en las almas y ha tenido algunos gobiernos en la Compañía.

Como este pudiéramos traer muchos ejemplos de personas que por su predicacion mudaron las vidas y se consagraron á Dios perpetuamente.

Predicando otra vez en Granada, dijo con vivo sentimiento: «Cómo! que entre cristianos esté una doncella noble y hermosa sin oir Misa por falta de manto y á peligro de perder su castidad!» Y movió tanto con estas palabras, que antes de la noche le enviaron tantas limosnas, que tuvo para comprar muchos mantos con que remedió á aquella y otras muchas personas pobres.

Y no es maravilla que hiciese tanto fruto con sus sermones quien predicaba más con el ejemplo que con las palabras; porque le sucedió muchas veces bajarse del púlpito y vestirse una sotana parda, y en lugar de los regalos que suelen prevenir otros predicadores, irse á la portería con una escudilla amarilla á comer con los pobres de lo que allí les daban, como si fuera un mendigo, regalando con esta accion tanto su espíritu, cuanto mortificaba su cuerpo y le humillaba con aquella pública mortificacion, que admiraba á los hombres y alegraba á los ángeles y santos, mirando á un varon tan estimado, hecho mendigo por amor de Cristo.

Ni se eontentó con predicar de palabra y con ejemplo, sino que, deseando perpetuar sus trabajos, compuso muchos y muy buenos libros llenos de santa doctrina, y en ella su buen espíritu, para aprovechar por este medio á los venideros y predicar en ellos cuando estuviese difunto.

Estos fueron doce tomos de á octavo de meditaciones sobre los Ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre; treinta y cuatro libros de á cuarto de sermones y pláticas espirituales, todos de su propia mano, que son en número cuarenta

y seis libros, rico tesoro que se guarda en la librería de nuestro colegio de Granada, y se debiera imprimir, para que todo el mundo gozara de la excelente doctrina de tan señalado varon, ya que él por su humildad no quiso imprimirlos.

Juntáronse en este insigne varon dos extremos muy distantes; era en el púlpito un Elías en reprender los vicios y ponderarlos de suerte que atemorizaba á los más endurecidos pecadores, y en el confesonario la persona más blanda y suave que se ha visto.

Solia decir que en el púlpito era ministro de la justicia de Dios, y en el confesonario de su misericordia y dispensador de la sangre de Jesucristo, y que toda aquella suavidad era necesaria para facilitar el sacramento de la Confesion, que de suyo es tan dificultoso.

Repetia muchas veces lo que Cristo nuestro Señor respondió al santo P. Gaspar Sanchez, cuando en la hora de su muerte tuvo escrúpulo de la suavidad que habia tenido en las confesiones: «Hijo, no tienes que tener escrúpulo de esto, que así quiero que se administre este sacramento.

Con esto era mucha la gente que frecuentaba su confesionario y el fruto que hizo en él, especialmente en gente moza y no de ajustada vida, á los cuales la vergüenza y el temor de confesores ménos atentos aparta de este sacramento.

Él los atraia con suavidad y obligaba á hacer confesiones generales con una dulce violencia, ganando en primer lugar sus voluntades, y trayéndolos despues á todo cuanto queria.

Pero en lo que más se ejercitó nuestro apostólico varon fué en las misiones á los pueblos, á la gente pobre, desvalida y más necesitada de doctrina, y adonde se coge el fruto á manos llenas.

Por espacio de treinta y un años, desde el de mil y seiscientos y cuatro, que entró en Granada, hasta el de mil y seiscientos y treinta y cinco, en que cumplió setenta y seis de su edad y le cargaron las enfermedades, no hubo año en que no saliese muchos meses, y algunos los más del año, á las misiones.

Las más ordinarias fueron por las Alpujarras, Campo de Andébalo, y sierras fragosísimas, tan incómodas y pobres, como difíciles y trabajosas.

Aquí tendia las velas de su fervoroso celo, predicando como un apóstol contra los vicios, doctrinando y enseñando á todos, pacificando los discordes y componiendo gravísimas disensiones, para lo cual le dotó Dios de una gracia tan extraordinaria, que por muy enconadas y sangrientas que estuviesen las enemistades, á las primeras palabras que hablase el P. Medrano, se pacificaban y componian, confesando ellos mismos que, aunque estaban resuel-

tos de no dejar sus odios, no se habian podido resistir al espíritu celestial, que hablaba en aquel ángel de paz (que así le llamaban en todas partes), y que sentian una fuerza interior que les obligaba á hacer lo que la rebeldía de su voluntad repugnaba.

En estas misiones juntaba los dias con las noches oyendo confesiones generales, y jamás, por cansado que estuviese, se levantaba de la silla, hasta que no hubiese persona que quisiese confesar.

A los rebeldes los traia con una dulce violencia y les facilitaba tanto la confesion, que les obligaba á descubrirle su conciencia con toda sinceridad, y á hacer confesiones de toda su vida.

Su memoria y el fruto de sus trabajos dura hasta hoy en todos los lugares donde las hizo, en los cuales se ve la reformacion de las costumbres y la frecuencia de confesiones y comuniones que entabló.

El P. Juan Toscaño, varon religiosísimo y excelente operario, que fué muchos años su compañero en estas misiones, solia decir que eran tantas y tan maravillosas las conversiones que este apostólico varon habia hecho en ellas, y tantos los prodigios que habia obrado nuestro Señor por su medio, y tanto el fruto que habia cogido de sus incansables trabajos, que bastaban para hacer ilustres á veinte operarios evangélicos muy fervorosos.

Las noches gastaba en oracion y en prevenir las pláticas y sermones que habia de predicar: en amaneciendo estaba en la iglesia para confesar.

Decia Misa con mucho espacio y devocion; todos los dias predicaba, y en tomando una corta refeccion, solia rezar, y en el ínterin que sus compañeros descansaban, juntaba los niños y les enseñaba la doctrina cristiana; luego platicaba á los grandes y se ponia á confesar; si algun tiempo le quedaba, le gastaba en hacer amistades y obras de piedad.

Al anochecer solia predicar y confesar á los que venian del campo, y rezaba las Horas canónicas y muchas devociones que tenia; de suerte, que no se podia saber cuándo dormia ó descansaba, porque todo su descanso era trabajar continuamente en provecho de las almas.

Iba á pié de un lugar á otro con no pequeño trabajo por sierras muy ásperas, y no pocas veces se le pasaron dias enteros sin gustar bocado de carne ó de sustancia.

Aposentábase en los hospitales con los pobres, y sólo se aprovechaba del nombre de Superior para acomodar á su compañero en lo mejor, y tomar para sí lo más incómodo y de mayor trabajo; y entónces estaba más gozoso, cuando más le faltaba lo necesario y tenia ocasion de padecer algo por Cristo, como si no tuviera bastante materia de paciencia en el continuo trabajo de los ministerios que ejercitaba.

Todo lo pasaba con tanto gusto y alegría, como si estuviera en los mayores regalos del mundo; pero á la verdad, los interiores de que gozaba su alma le daban más ánimo y fuerza que pudieran los banquetes más sazonados de la tierra.

Y finalmente, hacia una vida de un apóstol, sin tener otro interés ni otro gusto más que la gloria de Dios y el provecho de las almas en todas sus acciones, obras y palabras.

VI

Refiérense algunas de sus heróicas virtudes, en especial su oracion y el espíritu de profecía que le dió nuestro Señor.

Por las llamas que brotaban afuera de su fervoroso espíritu, se debia entender el fuego grande del amor Divino, que ardia en lo interior de su alma, y las virtudes de que estaria adornado quien, encubriéndolas con humildad, no pudo disimularlas.

Y comenzando de su oracion, no parece posible que perseverase tantas horas en ella, sino era recibiendo regaladísimos favores de la mano del Señor; porque cuantos vivian cerca de su aposento y los compañeros de sus misiones certifican que á todas horas de la noche le oian dulces coloquios con Dios.

Y acompañando al Arzobispo de Granada en la visita del arzobispado, ordenó á sus criados observasen toda la noche á qué hora dormia, y á todas le hallaron velando en la contemplacion y oracion, hincado de rodillas, con un santo Crucifijo en las manos, clavados los ojos y la boca en sus piés, derramando copia de lágrimas, testigos fieles del afecto interior de su alma.

De esta manera le hallaban tambien muchas veces los que entraban en su aposento á confesarse, y tan absorto, elevado y con el rostro resplandeciente, que era menester tirarle de la ropa para que volviese en sí, y entónces volvia como quien despertaba de un profundo sueño, el rostro sonroseado y los ojos bañados en dulces lágrimas, que sólo el mirarle componia y daba devocion.

Procuraba con santo artificio encubrir las mercedes que recibia de la mano del Señor; pero fueron tantas y tales, que no pudo, aunque quiso, encubrirlas todas, porque la caridad de los prójimos le obligó á descubrir algunas para su consolacion.

Como le sucedió á una señora noble de Granada, muy afligida y congojada porque le habian dicho que su hermano estaba cautivo de los moros; vino á consolarse con el P. Medrano, y despues de haberla confortado con razones espirituales y santas, dijo que lo encomendasen á Dios.

Con esto acabó la plática, y el Padre se fué á la oracion á pedir el consuelo de aquella afligida á la Majestad de Dios, y despues de larga contemplacion, le trajo la respuesta muy favorable, afirmándole segurísimamente que su hermano no estaba cautivo, y que vendria presto á su casa con mucha prosperidad, como en la verdad sucedió.

La buena señora, agradecida, le dió muchas gracias al Padre, y publicó en la ciudad las mercedes que Dios le hacia, y el espíritu de profecía que le dio para conocer las cosas ocultas y por venir.

Confirmó esta opinion de profecía otro caso que sucedió en la misma ciudad de Granada, adonde un mozo noble y no de buena opinion en materia de costumbres, cayó muerto de repente con gran sentimiento de todos, y en especial de su madre, que con amor de hijo le lloraba, no sólo por la muerte del cuerpo, sino tambien por la del alma, recelándose que se habia condenado, así por sus costumbres, como porque no sabia que poco ántes se habia confesado generalmente con un Padre grave y docto, Recoleto de S. Agustin.

El P. Medrano le encomendó á nuestro Señor, y fué con mucho alborozo á consolar á su madre, y le certificó que su hijo estaba en carrera de salvacion por la confesion que habia hecho con el P. Fr. Antonio de Santangel, de la Orden Recoleta de S. Agustin, y fué cosa averiguada que no habia sabido de persona humana la tal confesion, sino que Dios se la habia revelado y la salvacion de aquel mozo para consuelo de su afligida madre.

Tambien fué confirmacion de este espíritu de profecía que le comunicó el Señor, lo que le sucedió con un Prelado de Andalucía, el cual con más celos que celo santo impedia algunas cosas del servicio de Dios.

Hablóle el P. Medrano con su acostumbrada mansedumbre, proponiéndole los inconvenientes que nacian de su resolucion, y suplicándole que sobreseyese en ella.

El Prelado estuvo terco en su parecer; que los poderosos y los que se tienen por sabios tarde ó nunca dejan el suyo.

Instóle varias veces el Padre, y viéndole duro y obstinado en su sentimiento, predicando un dia, dijo, movido de espíritu superior, que sino desistia de aquel intento no saldria de aquella Cuaresma.

Él lo dijo y Dios lo cumplió, quitándole la vida en aquella cuaresma con temor y asombro de los que supieron el caso y grande aprecio del espíritu divino, que moraba en el corazon del Padre y le daba noticias de lo que habia de suceder.

Y porque tratamos de las mercedes que recibia en la oracion, no olvidemos lo que le sucedió en los últimos años de su vida, estando enfermo de mal de orina con tan vehementes dolores, que en medio de su grande paciencia

le hacia levantar la voz, llamando á Dios y á la Santísima Vírgen, á quien suplicó humilde que le mitigase aquel dolor por algun tiempo, para tomar alivio, y que se le volviese despues, para no perder el merecimiento del padecer.

Concedióle al punto la Reina del cielo lo uno y lo otro, quitándole el dolor por algunas horas, como sino le hubiera tenido, y volviéndosele despues con la misma fuerza que le habia padecido.

A esta clase pertenece lo que le pasó el mes de julio de mil y seiscientos y cuarenta y cinco, estando gravemente enfermo de una disentería, y tan al cabo, que los médicos le habian ya desahuciado y se trataba de sacramentarle para morir.

Estando, pues, en este aprieto muy conforme con la voluntad de Dios, y careándose amorosamente con Él, fué arrebatado en espíritu, y vió los cielos abiertos y á Cristo nuestro Señor con grande luz y resplandor, acompañado de S. Ignacio nuestro Padre y otros tantos y varones ejemplares de la Compañía, á quien el P. Medrano habia conocido en vida, cuyas memorias deseamos que no sepulte el olvido con esta historia, pues con tanta gloria las celebra el cielo.

Llenóse el espíritu del enfermo con esta vision de grande gozo y alegría; y bañado en un mar de consuelo, dijo á Cristo: «Señor, es ya hora que vamos con vos.» A que respondió el Señor: «No ahora, sino de aquí algunos años.»

Aprovechándose de la ocasion y movido de caridad, le rogó por todos los que estaban en su colegio de Granada, á que respondió el Salvador: «Todos los que están en ese colegio se salvarán;» y como el amor es atrevido, para certificarse más, replicó á Cristo: «¿Todos, Señor?» Hijo todos (respondió) los que están hoy en este colegio se han de salvar.»

Quedó absorto y anegado en un abismo de consuelo con tan singular favor, y oyó que los santos y ángeles cantaban al despedirse con música celestial aquellas palabras del Salmo: *In memoria aeterna erit iustus, ab auditione mala non timebit.*

Desapareció la vision, y el Padre se halló de repente libre del peligro, y muy en breve convaleció de la enfermedad, cuya salud fué auténtico testimonio de la verdad y certidumbre de la revelacion.

Y aunque procuró encubrir este favor del cielo, como todos los demás, quedó su corazon tan absorto en él y tan bañado en la dulzura que en aquella vision habia recibido, que no le cabiendo en el pecho, la derramaba por los ojos y la boca, sin ser más en su mano, y sin querer lo dijo á muchos, y se divulgó por el colegio con el gozo y alegría de todos que se deja entender.

Siempre que le miraban despues de esta vision, le hallaban con una mara-

villosa alegría, y muchas veces elevado, cantando dulcemente en alta voz aquel verso, que oyó cantar á los ángeles: *In memoria aeterna erit iustus*, etc.

Andando el tiempo, descubrió más en particular esta vision á un Hermano muy religioso y atribulado, para su consolacion; porque estando un dia muy afligido con temores grandísimos que le traia el demonio de su condenacion, dejó lo que hacia en la cocina, y salió á la huerta á respirar un poco y desahogar el corazon, dando rienda á sus lágrimas para mitigar su afliccion.

Miró á todas partes para asegurarse más, y, como no viese persona alguna, comenzó á suspirar y gemir, y luego halló al P. Medrano junto á sí, con extraña admiracion, porque no pudo entender cómo habia venido sin verle.

Admiróse más cuando el Padre le habló, sin haberle él dicho nada, y le dijo con grande resolucion: «Calle mi Hermano y no se aflija, que ese trabajo y tribulacion que padece ha de tener en el cielo grande premio.»

Y como el Hermano perseverase en su silencio y en no descubrirle su tribulacion, prosiguió el Padre diciendo: «Sepa que ahora tres años, en aquella mi enfermedad, vi los cielos abiertos y á Cristo nuestro Señor con grande gloria y resplandor, acompañado de nuestro P. S. Ignacio y de muchos santos de la Compañía, y me dijo que todos los que estaban entónces en el colegio se habian de salvar. Y replicándole yo, si habian de ser todos, me aseguró que todos: el Hermano estaba entónces aquí, y era uno de los del colegio; fie de nuestro Señor que se ha de salvar, y no haga caso del demonio.»

Oyendo esto quedó el buen Hermano consolado y persuadido que Dios le revelaba al P. Medrano lo oculto de los corazones de los hombres, como le habia revelado el suyo, y que tenia espíritu profético de lo que habia de venir.

Continuaba la oracion todo el dia con la presencia que tenia de Dios, no le perdiendo de vista, mirándole y hablándole en lo interior de su corazon.

Andaba como absorto en Él, de que daba testimonio su rara modestia, el silencio que guardaba, y la compostura exterior, y mucho más sus palabras tan medidas y tan santas, como centellas que brotaban del fuego de su corazon.

A este género de oracion se habituó desde novicio, en que, como él mismo dice en un papel que se halló de sus propósitos, cuando se distraia de la oracion suplia aquella falta con otra hora entera, aunque la quitase del estudio ó del sueño, por no quitar al alma su oracion.

Fué devotísimo del Santísimo Sacramento del altar, en cuya presencia gastaba muchas horas del dia en oracion.

Antes de ordenarse, todos los dias de comunion gastaba cuatro horas enteras en prepararse y dar gracias por tan soberana merced como habia recibido de la mano del Señor.

En Méjico se concertó con otros Padres espirituales, y, habida primero licencia del Superior, se iban de noche á la iglesia, y encendidas luces, abrian el sagrario y descubrian la custodia, y delante de ella se estaban en oracion toda la noche, hasta que tocaban á la comunidad, con la cual continuaban su contemplacion.

Este santo varon, fuera de lo dicho, tuvo costumbre toda su vida las noches del Juéves y Viérnes Santo de irse á la capilla interior de casa adonde se guarda la custodia del Santísimo, y allí pasaba ambas noches de rodillas, sin moverse, con grande reverencia, sirviendo, como él decia, de paje de guarda á este soberano Señor.

En la Misa desplegaba las velas de su devocion, porque la decia con tanta atencion, gravedad y majestad, y con tanta puntualidad en todas las ceremonias, con una voz tierna y devota, vertiendo dulces lágrimas de sus ojos, que enternecia á cuantos la oian; y aunque se detenia en ella para gozar de las mercedes y favores de su Dios, no se cansaban de oirla, ántes le buscaban muchos y tenian particular consuelo en oir su Misa y recibir de su mano la sagrada comunion, como de mano de un santo favorecido de Dios.

Fué devotísimo de la Santísima Vírgen; celebraba sus fiestas con el aparato posible, y todos los dias gastaba una hora entera en rezar su rosario de rodillas; y esto no sólo cuando mozo, sino tambien en su anciana vejez, cargado de achaques y enfermedades.

Siempre que despertaba de su corto sueño, si alguno tomaba para alivio natural, la primera palabra era con nuestra Señora; saludábala dulcemente con aquellas palabras: *Maria Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe,* para dar buen principio al dia; y á todos procuraba imprimir su devocion.

La misma tenia con el Angel de su guarda y con S. Ignacio y S. Francisco Javier, á quien se encomendaba muy de corazon.

VII

De su mortificacion, paciencia y otras virtudes en que floreció.

El espíritu tan levantado que tuvo de oracion este varon incomparable, acompañó con una grande mortificacion de sentidos y rara penitencia con que maceró su carne casi desde que tuvo uso de razon; porque desde muy pequeño usó disciplinarse rigurosamente y vestirse de cilicio, lo cual continuó en la Religion por todos los dias de su vida.

En los dos años de noviciado ayunó tan continuamente, que no gustó en

todos ellos un bocado de carne, guardando tan rigurosa abstinencia como si fuera monje cartujo.

Esta misma penitencia, y áun mucho mayor, hizo cuando andaba en las misiones de la India, porque ni comia carne, ni pescado, ni cosa que llegase á fuego, sino algunas yerbas silvestres y las frutas desabridas que llevaba la tierra.

Tomaba todas las noches crueles disciplinas en las espaldas, y para no ser sentido, aguardaba á que todos estuviesen dormidos; y despues de muerto le hallaron todas las espaldas consumidas y una grande llaga que no habia aún sanado.

Siempre andaba ceñido con una cadena de púas de hierro muy agudas, sobre la cual se vestia un sayo de sogas de cerdas, que le cogia desde el cuello hasta cerca de las rodillas.

Los breves ratos que tomaba para dar algun alivio al trabajo, los dormia en un corcho, recostada la cabeza sobre un banquillo, y de esta suerte pasó los primeros cinco dias de su última enfermedad.

Jamás comió carne en dias de cuaresma, ni en los viérnes y vigilias del año, por más enfermo que estuviese, ni en los últimos años de su vida, estando fatigadísimo de la piedra y calenturas cotidianas.

Ayunaba los viérnes de cuaresma á pan y agua con tanto rigor, que no comia en todo el dia más que cuatro onzas de pan y una corta vez de agua.

Fué exactísimo en seguir en todo y por todo la Comunidad, sin permitir jamás la más mínima cosa particular en la comida ni vestido.

Su paciencia en las enfermedades fué admirable; catorce años padeció mal de piedra con vehementísimos dolores, y siempre decia con una boca de risa que era nada y regalicos de Dios, que por tales los recibia de su mano, y los llevaba con suma conformidad con su divina voluntad.

Con todos fué manso y compasivo, sólo consigo fué riguroso y áspero.

Tenia gran dolor de los pobres de la cárcel y de los vergonzantes, y les buscaba limosnas, y él mismo se las llevaba, para aliviar sus necesidades.

En las reglas y obediencia fué exactísimo, rindiendo su juicio y voluntad á cualquiera seña de la del Superior, y pidiendo licencia para cualquiera cosa, por menuda que fuese; y estaba tan rendido á todas las ordenaciones de la obediencia, como un niño pequeño lo está á su padre.

No le faltaron al mansísimo varon persecuciones y calumnias; que no parecia justo que á lo acendrado de su gran virtud faltase este crisol en que se purificase más.

Tuvo algunas muy grandes, que sufrió con admirable mansedumbre é igualdad de ánimo, siempre rogando á Dios por sus perseguidores, y procu-

rando hacerles bien al paso que le hacian mal; que de esta manera se vengan los santos de los que los suelen injuriar. Referiré sólamente dos casos por muestra de los demás.

Ayudó á morir á un deudo suyo, quedó por su albacea, dispuso su testamento y entierro y cumplió su funeral con toda puntualidad.

Pero un pariente suyo y del difunto, mozo de tan pocas atenciones como años, mal contento con la parte que le habia cabido, levantó al Padre que habia usurpado mucha hacienda del difunto; que siempre se atropellan los respetos de deudo y amistad adonde reina la pasion y la codicia.

Poseido de esta el mal considerado mozo, pasó tan adelante en su querella, que le puso demanda al P. Medrano delante de sus jueces, cosa que pareció á todos feísima, siendo tan manifiesta falsedad.

Descubrióse presto la verdad, y desvanecióse la mentira, con que el Padre quedó honrado y el agresor corrido, á quien en retorno de tan grande ofensa hizo el P. Medrano tantos y tan crecidos beneficios, que no los pudiera hacer mayores al mayor benefactor del mundo, vengándose, á los fueros de Cristo, con retornar buenas obras por malas y por agravios beneficios.

Tal fué su mansedumbre, tal su paciencia en todas sus injurias, como lo declarará tambien el caso que se sigue:

Halló en una mision á ún eclesiástico rico y principal, mal amistado con escándalo público del lugar donde vivia, y deseando quitar aquel lazo del infierno, enderezó la batería de su predicacion para arrancarle de cuajo, ayudándose de las Misas, oraciones y penitencias que ofreció á Dios por aquella causa como siempre solia.

Plugo á la divina Majestad de mover el corazon de la mujer, cómplice de aquel delito, á salir de tan gran pecado, y como otra Magdalena se vino á los piés del Padre hecha un rio de lágrimas de contricion de sus pecados.

Recibióla el Padre con su ordinaria piedad, confesóla y animóla á perseverar en su santo propósito, para lo cual dió órden de sacarla del pueblo, porque este fuego no se ataja sino es poniendo tierra en medio.

Sentido el mal eclesiástico de lo que debiera estar agradecido, vino furioso, como un leon cuando le han quitado la presa de las manos, á buscar al P. Medrano, y echando llamas de indignacion por la boca, delante de mucha gente le dijo grandísimas injurias y cuantos oprobios le vinieron a la boca.

El mansísimo cordero estuvo á todo tan sufrido, que con un semblante benigno no respondió más de que aquello y mucho más merecia él oir por sus pecados, y que con mucha razon le decia aquellas injurias.

Oyendo esto el agresor, tuvo por alcanzada la victoria y por rendido al

predicador á su gusto, y así añadió: «Pues si tengo razon, haga que vuelva esa mujer al pueblo, y seremos amigos.»

Oyendo esto el celoso siervo de Dios, que tan sufrido habia estado á sus injurias, se desnudó de la mansedumbre de cordero, y se vistió de la fortaleza de leon, y con un espíritu de un Elías le dijo: ¿Qué decís hombre sin conciencia? ¿Sabeis lo que intentais? ¿Sabeis el delito que es querer pervertir un alma reducida al rebaño de Jesucristo? ¿Queréis que se abra la tierra y os trague? ¿No teneis empacho de que haya tenido más valor una flaca mujer para vencer al demonio y quitar el escándalo de esta república, que vos, que por vuestra persona, y vuestra calidad, y vuestro estado estábades más obligado á darle á ella y á todos buen ejemplo? Abrid los ojos, y mirad la espada de Dios que está desenvainada y amenazando el golpe contra vos; desistid de vuestro dañado intento, y advertid que, si no lo haceis, no os aseguro una semana de vida.»

Fueron tan poderosas estas palabras y dichas con un espíritu tan superior, que al punto enmudeció aquel mal aconsejado y se volvió á su casa, y pensando en lo que habia oido, y juzgando prudente que aquellas palabras no se las habia dicho el P. Medrano, sino Dios por su boca, temió su perdicion eterna, y vino á él como un manso cordero, y se confesó generalmente, y mudando su vida escandalosa en otra muy edificativa, quedó amicísimo del Padre, mirándole como autor y principio de todo su bien; que en faltando las tinieblas de la pasion, se miran las cosas á muy diferentes luces.

Solia decir despues que no sabia cuál le habia reducido más, ó la tolerancia y humildad del siervo de Dios en sus propias injurias, ó su constancia y valor en no sufrir las divinas.

Con esta paciencia venció muchas dificultades y convirtió muchas almas; y con este celo y valor se opuso á los vicios y defendió la gloria de Dios, trocándose para esto en leon de cordero, y en particular contra los que decian mal de la Compañía, de cuya honra fué celosísimo, como de las otras Religiones, y contra los que impedian el provecho de las almas, como le sucedió predicando en un campo á infinita gente, que algunos hombres libres hacian tanto ruido, que impedian la palabra de Dios, á los cuales se volvió como un Elías y les dijo: «¿Queréis que se abra la tierra y salga de los infiernos un demonio á daros vuestro merecido?»

Temblaron los agresores, y todos enmudecieron con tan profundo silencio, que no se oyó un toser en todo el auditorio: tal era la fuerza de su palabra y el fuego de su santo espíritu.

VIII

El resto de su vida hasta su santa muerte.

No quiso Dios que careciese tan esclarecido varon de obras admirables, que atestiguasen su grande virtud y santidad; porque, fuera de las referidas, obradas en las Indias á vista de inmensos testigos, le dió potestad sobre los demonios de tal suerte, que no una sino muchas veces clamaron por boca de los hombres que poseian, huyendo de su presencia y diciendo que era su mayor enemigo, y que no le podian sufrir; si bien su humildad era tan grande, que atribuia este temor á las reliquias que traia consigo; pero á la verdad no eran ellas sino su mucha santidad y la cabida que tenia con Dios, como tan amigo suyo.

Dióle tambien, como á los Apóstoles, virtud para sanar los enfermos, y así, le llamaban á porfía para que les dijese un Evangelio, y era cosa notable, que en diciéndole y poniéndoles la mano sobre la cabeza, se remitia la calentura, despertaban de la modorra, se les aplacaban los dolores, y recibian salud, como antiguamente por mano de los Apóstoles.

Los catorce años últimos de su vida le perfeccionó el Señor con la labor y con el fuego de muchas y penosas enfermedades, que llevó con admirable paciencia, siempre en pié, y sin remitir un punto en sus penitencias ni en el incansable trabajo de los ministerios de confesiones, y predicacion, y trato de las almas, cuanto las enfermedades le permitian.

A todos los que le iban á la mano, respondia que le eran de alivio para sus dolores, y descanso con que se divertia; pero bien conocia el siervo de Dios que eran precursores de su muerte y toques que daba á sus puertas, avisándole de su venida; y así, se preparaba para ella con oracion y sufrimiento, con frecuentes actos de amor de Dios y suma conformidad con su santa voluntad.

Habiendo, pues, llegado lleno de merecimientos de santas obras á los ochenta y cinco años de su edad, de los cuales gastó los sesenta y nueve en la Compañía, y teniendo de profesion cincuenta y tres, á los veinte y tres de agosto del año de mil y seiscientos y cuarenta y ocho adoleció de una recia calentura.

Sufrióla en pié cinco dias, hasta que la obediencia y los médicos le ordenaron que no se levantase de la cama, y agravándose la enfermedad y reconociendo el peligro, le dieron los santos Sacramentos, que recibió con grande júbilo de su alma, respondiendo á todo, como si estuviera sano.

Estaba tan deseoso de acabar esta peregrinacion y unirse perfectamente

con su Dios, que se le oyó decir: «Si me hicieran rey de todo el mundo, no me alegrara tanto como si me dijeran que dentro de una hora habia de morir.»

Y conocióse bien que no eran solas palabras; porque cuando le dieron la nueva de su muerte, pidió licencia á los Superiores para hacer un regalo á los médicos en albricias de la buena nueva, como de hecho se le hizo.

Tomó luego una imágen de Cristo crucificado que traia siempre consigo, y era el centro de su alma y el alivio de todas sus fatigas; recogióse con su amado, con quien gastó en dulces coloquios cuatro dias que le duró la vida, y cercado de los religiosos del colegio, que le dijeron la recomendacion del alma, como Jacob de sus hijos, con una dulzura inefable dió su espíritu á su Criador, sábado cinco de setiembre, á las cuatro y media de la tarde, quedando su rostro hermoso y sus manos y brazos tan tratables como cuando estaba vivo. Algunos tomaron de sus alhajas para tenerlas por reliquias, como de varon santo, por cuyos méritos esperaban que obraria Dios muchos milagros, como los habia obrado cuando vivo.

Su entierro fué el dia siguiente con universal concurso de toda la ciudad, Cabildo eclesiástico y seglar, y los consejeros de su Majestad de la real Chancillería.

Vinieron todas las Religiones y la Capilla real á celebrar sus exequias y cantar el Oficio, aclamándole todos á una voz por santo, y pidiendo á porfía algo de sus vestidos por reliquias.

Cuando salió el cuerpo á la iglesia, fué tal el ímpetu de la gente que cargó sobre él á besarle piés y manos, y á tocar los rosarios y medallas, y á tomar algo de sus reliquias, que muchos del colegio, ayudados de los seglares, no podian defenderle.

Finalmente, le enterraron en una caja en capilla aparte, con sus padres y hermanos, para que estuviesen juntos en la muerte los que Dios habia juntado en vida y tenia unidos en el cielo.

Por la grande estima que se tuvo de su santidad, se puso una lámina en su sepulcro, con su nombre grabado en ella y el año y dia en que pasó de esta vida á la eterna, adonde gozará sin fin de sus gloriosos trabajos, coronado con tan grande número de almas como sacó del poder del infierno á poblar las sillas del cielo, en cuya compañía gozará de la gloria eterna.

Escribió su vida el P. Francisco de Ribera, Rector del colegio de Granada, cuando murió el siervo de Dios, y la envió impresa por Europa, Italia y las Indias, para comun ejemplo y edificacion de todos.

P. ANDRADE.

ARAGON

H. DIEGO SARABIAS

ESTE Hermano entró en la Compañía en la provincia de Aragon, y en el siglo, antes de ser religioso, era tan pio con los pobres, que todo lo que ganaba en su oficio de tejedor de sedas, fuera de lo muy necesario, lo daba á los pobres, á los cuales el dia de fiesta servia en el hospital y juntaba para esto sus amigos.

Despues que entró en la Compañía, caminó en su estado á la perfeccion con gran fervor, sirviendo con singular obediencia, simplicidad y caridad, en todos los oficios en que le ocupaban los Superiores, é inclinándose él siempre á los más humildes.

Una vez, sin ocasion alguna de su parte, le dió un seglar un gran bofeton delante de mucha gente y volvióle las espaldas; mas el Hermano le alcanzó y se echó á sus piés como si él fuera el injuriador, y le pidió perdon con gran confusion del sacrílego y edificacion de los que lo vieron.

Otra vez, yendo por la playa del mar, le sucedió una cosa milagrosa, que dieron en él de repente unos moros corsarios que desembarcaron del mar, y antes que llegasen, él sacó el rosario santo, que así le nombraba él siempre, y les dijo: «Fiado en este no os temo,» porque, como era muy devoto de nuestra Señora, puso en ella su confianza, y como confió así le sucedió, porque los moros se volvieron sin tocarle, que los espantó la Santísima Vírgen y les hizo invisible al Hermano.

En la peste que dió en Valencia, el P. Diego Miron, que entónces era Rector, dedicó tres Padres y dos Hermanos coadjutores, que se lo pidieron de rodillas, para ayudar á los apestados; al P. Alonso Lozano y al P. Martin Alberro, y al P. Pedro Pana, y al H. Diego de Sarabias y al H. Martin de Gaona.

A los tres Padres guardó Dios, con andar entre los apestados, y á los dos Hermanos, que servian en casa en los oficios domésticos, dió la peste.

El H. Diego de Sarabias al tiempo de morir tenia gran gozo y daba gracias á Dios porque estaba en la Compañía de Jesus, y moria en servicio de sus prójimos. Murió por junio del año de 1558.

P. ANDRADE.

H. FRANCISCO HERNANDEZ

ESTE Hermano fué natural de Valdericote, lugar del reino de Múrcia, hijo de moriscos.

No estaba entónces prohibido en la Compañía, como ahora lo está, recibir semejantes personas.

Siendo muchacho y pastor de ovejas, un dia habiéndolas dejado ir á pacer, se asentó en un monte, llevado de alguna buena consideracion; pues de ella se le siguió su dicha, porque de improviso se le puso delante una mujer hermosa y de semblante muy apacible, en el cual se mostraba no ser persona de las que viven en este valle de lágrimas.

Espantóse Francisco con la novedad de tal vista, pero luego volvió en sí y recibió ánimo.

Hablóle aquella Señora, que era la Reina del cielo, y díjole: «Deja, Francisco, esas ovejas, y vete á Múrcia, adonde hallarás unos sacerdotes haciendo nueva vida; haz lo que ellos te dijeren: hazlo, hazlo, que te va en ello la vida.»

Con esto desapareció la vision. Sintió en su ánimo el mozo un impulso grande y un deseo ardentísimo de entender y cumplir la divina voluntad.

Dejó las ovejas, y llegado á Múrcia, dió cuenta á los de la Compañía de lo que le habia pasado, á los cuales pidió lo recibiesen en su Religion.

Hiciéronlo así y lo enviaron al colegio de Gandía, adonde vivió con aprobacion notable, señalándose en toda virtud, especialmente en el silencio y en la paciencia, de la cual dió mayores muestras en la última enfermedad, porque Dios le quiso apurar y regalar con gravísimos dolores.

Llevábalos él como dados de tal mano, y estimabálos en lo que eran.

Quiso Dios manifestar la verdad de este su siervo con revelarle mucho antes el dia de su muerte, porque, estando ya desahuciado de los médicos, y dándole todos á entender que moria, y asistiéndole en aquel trance como se acostumbra en la Compañía, él dijo que no seria tan presto su partida.

Entónces el P. Vellido, que era Ministro, le preguntó á solas, cómo decia que no moriria tan presto.

Respondió que no habia de morir hasta de allí á doce dias: túvose cuenta y sucedió así puntualmente, y así mismo otras dos cosas que dijo al mismo P. Vellido; porque de espinas, cuando Dios quiere, sabe sacar rosas suavísimas dignas de ponerse en su mesa, para que se vea dónde llega su poder, y que de tales padres salió tan buen hijo religioso de la Compañía.

Murió en el colegio de Gandía año de mil y quinientos y setenta, cuyo llamamiento fué milagroso, la vida muy santa y la muerte conforme á lo uno y lo otro.

P. NIEREMBERG.

H. PEDRO ALDEA

El H. Pedro Aldea, que con justo título mereció el de religioso perfecto de la Compañía de Jesus, fué natural de la ciudad de Tarazona en el reino de Aragon.

Su padre se llamó Martin Aldea y su madre Juana Cunchillos, hidalgos y personas de mucha virtud, y como tales criaron á su hijo, aunque le faltaron al mejor tiempo.

Pero nuestro Señor que es Padre de todos, y más de los huérfanos, no le faltó en el tiempo de la mayor necesidad.

Quedóle un hermano mayor, llamado Martin Aldea, que cuidó de él, y con su consentimiento, siendo niño nuestro Pedro, se fué á Zaragoza á servir de paje á D. Pedro de Alagon, caballero muy principal, hermano del conde de Sástago.

Cansóse presto de la vida de palacio, así por no hallarse en ella, como por haberle librado Dios milagrosamente de la muerte, cayéndose el techo de la cámara donde habitaba.

Volvióse á Tarazona á casa de su hermano, el cual conociendo en él ingenio, discrecion y otras muchas habilidades para medrar y valer en el mundo, le envió á la córte á servir á otro caballero, que se decia D. Juan Niño, hermano de la condesa de Olivares, por cuyo medio se habia alcanzado aquella comodidad, á la cual mostraba muy poco afecto Pedro Aldea, porque le daba en rostro aquella vida.

Con esto se tuvo por imposibilitado de llegar por este camino al fin de sus pretensiones; y así, echó por otro, por el cual, si Dios no le atajara los pasos, tuviera mala salida de ellos.

Fué que se enamoró de una mujer honrada; comenzó á servirla, aunque se cree con mal intento, por lo que sucedió; porque estando una noche á solas en su aposento escribiéndole un papel, sintió un ruido tan terrible, que parecia venirse toda la casa al suelo.

Espantóse mucho, pero no fué poderoso el espanto para que no prosiguiese su entretenimiento.

Pero Dios, que habia tomado á su cargo aquella alma, no quiso que se perdiese; y así, de allí á un poco dieron un grandísimo golpe sobre la mesa donde escribia, haciendo saltar todo cuanto habia sobre ella, sin que él viese la causa de estos efectos.

Entónces volvió en sí y conoció ser el amago de Dios que obraba aquello para su bien y que le queria dar á entender que le desagradaban mucho aquellos pasos, y al punto se resolvió á darles de mano y á estudiar para hacerse religioso.

Con estos propósitos se volvió luego á Tarazona.

Su hermano Martin Aldea, cuando le vió, le dijo con mucho enojo algunas palabras ásperas, por haber dejado la córte y no darle parte de su mudanza.

A esto le respondió nuestro Pedro con grande mansedumbre no recibiese pena de su vuelta á aquella ciudad, porque él pensaba darla muy grande en su vida y echar por muy diferente camino del que hasta entónces habia llevado, pues la experiencia le habia dado manifiestos desengaños; y así, venia resuelto de no servir más al mundo ni arrimarse á los que puedan con el tiempo perecer, sino servir á Dios, que nunca falta á los que de veras se llegan á El, y con afecto y humildad le reconocen por supremo Señor de lo criado, rindiéndose en todo á su santa voluntad.

Con estas y otras semejantes razones aplacó á su hermano. De allí á pocos dias dejó el vestido de color y se vistió de clérigo.

Causó en toda la ciudad mucha admiracion esta súbita y no pensada mudanza, porque era tenido por uno de los más galanes mancebos de Tarazona, y no mudó sólamente el hábito exterior del cuerpo, sino mucho más el interior del alma.

Comenzó á hacer una nueva vida, toda ella admirable y agradable á la divina Majestad.

Por este tiempo Antonio Carnicer, hidalgo rico y principal de la misma ciudad, ordenado ya de sacerdote, se habia recogido en su casa propia, don-

de hacia una vida de un perfecto religioso, ensayándose para la que despues hizo entrando en la Compañía.

Allegóse, pues, el devoto mancebo Pedro Aldea á este insigne varon como discípulo á un maestro espiritual, y en esta escuela hizo grandes progresos en la virtud.

Ayudáronle tambien mucho los sermones del P. Juan de Avila, que por ese tiempo, en compañía del P. Andrés Perez, predicó en aquella ciudad con grande espíritu y notable provecho.

Empleábase muy de veras en oracion continua, penitencias y mortificacion de su cuerpo, y mucho más de su voluntad y de las pasiones.

Su comida era tan poca, que apénas bastaba para sustentar la vida; y con ser esta abstinencia tan ordinaria, añadia dos ó tres dias de ayuno en la semana.

Cuando en las fiestas principales se ponia algun extraordinario en la mesa de su hermano, no tocaba á él; y cuando su cuñada le importunaba que comiese algo más, respondia: «Harto hay, señora, para este asno del cuerpo.»

Su recogimiento era tan grande, que no salia de su aposento de noche ni de dia, si no era para ir á la iglesia ó casa de su maestro Antonio Carnicer, con el cual trataba muy á menudo, siendo todas sus pláticas de Dios.

Y no sólo hablaba siempre de esta materia, pero si alguno delante de él proponia otra que no fuese tal, luego la divertia con mucha destreza, y si era mala, la reprendia con santa libertad.

Cuando la mujer de su hermano reñia y se encolerizaba con las criadas, salia de su aposento, y con mucha mansedumbre le avisaba y decia: «Mire, señora, que con eso se ofende nuestro Señor y saca poco fruto; si la criada no hace lo que debe, mejor es despedirla.»

Teníanle todos en su casa á este virtuoso mancebo tan grande respeto por su vida ejemplar y compuesta, que en su presencia ninguno se osaba descomponer, y sus palabras y avisos los recibian como de un santo.

Llegó un dia un sacerdote con grande prisa á llamar á la puerta de su casa y preguntar por Martin Aldea su hermano. Respondiéronle que no estaba en casa.

El clérigo, porque pensó que se le negaban, se encolerizó demasiado, y entre las palabras de enojo dijo algunos juramentos muy fuera de su profesion.

Oyóle Pedro Aldea, y corrigióle de manera que quedó compungido y confuso de ver que siendo él sacerdote y él tan muchacho, le fuese maestro con obras y palabras.

Él que tenia tanto celo de corregir á otros, no se olvidaba de corregirse y castigarse á sí mismo, porque en esta parte era rigurosísimo.

Tomaba muy recias y continuas disciplinas, que no se podian encubrir por el ruido grande de los golpes, y sentian cómo con el puño de la disciplina heria cruelmente sus pechos.

Las más de las noches no se acostaba en cama, pasando la mayor parte de ellas en oracion.

Con aqueste rigor de vida vino á perder la salud y caer en una gravísima enfermedad, que le puso á punto de muerte. En ella se descubrió, entre otras virtudes, una maravillosa paciencia en todos sus trabajos y dolores que padecia.

Lo que más pena le daba, era que le cogiese la muerte antes de haber cumplido su propósito de ser religioso; mas Dios nuestro Señor, que tenia determinado de cumplírselo, le dió salud.

En habiendo convalecido nuestro Pedro, se fué á Valencia á estudiar, en órden á conseguir sus fervorosos deseos.

Trató luego con los de la Compañía, especialmente con el P. Martin de Alberro, con quien se confesaba, á quien dió cuenta muy por extenso de su alma y de sus santos propósitos; y por órden de los Padres estudió la gramática en el colegio de Gandía.

Despues vino á la ciudad de Valencia á proseguir y continuar sus estudios.

Vivia siempre (aunque en el traje seglar) en las obras, firmes propósitos y en la virtud como perfectísimo religioso.

Su recogimiento fué grandísimo; no sabia otras calles sino las de la escuela y de las iglesias, y en particular las de nuestro colegio, en el cual, como tenia su corazon, era muy continuo.

Al campo salia raras veces; toda su recreacion era darse á Dios y ocupar el tiempo en sus lecciones, y parte en ayudar á los prójimos, de modo que jamás le vieron un solo instante ocioso ni ocupado en cosa que no fuese del servicio de Dios.

Cada dia, en levantándose, gastaba una hora larga en oracion, oia su Misa, rezaba su rosario y examinaba su conciencia, por lo ménos á la noche; y demás del rosario de nuestra Señora rezaba otro del nombre de Jesus y otro de la muerte, devociones que enseñó el P. Bautista Sanchez una cuaresma.

Todas estas cumplia el santo mancebo de rodillas con extraordinaria atencion y reverencia, y con el cuerpo tan inmoble que parecia una estátua.

Su composicion y modestia era tan grande como la de un consumado religioso que siempre anda en la presencia divina; y así, afirmaban sus condiscípulos que, en llegando Pedro Aldea á un corrillo de estudiantes ó a

cualquiera aula, á todos los enfrenaba y componia con su presencia, porque todos le tenian grande respeto y en opinion de santo.

En la casa donde él vivia, que era de unos casados honrados, habia doce estudiantes, y algunos ya de edad y sacerdotes; pero todos le reverenciaban como novicios religiosos á su Maestro.

Teníalos tan bien industriados, que era para alabar á Dios ver el órden y modestia que guardaban en aquella posada, tanto, que cierto religioso, cuando iba á ella á pedir limosna, se solia parar y detener á mirar los estudiantes, y decia con mucha admiracion que veia en aquella casa unos estudiantes con tanta órden y regla como en su convento.

Comian todos juntos á una mesa con mucha hermandad. Cuando disputaban entre sí, por poco que alguno excediese en palabras ó en el modo, luego se arrodillaba y pedia al otro perdon.

Y vióse que era la causa de todo este buen órden Pedro Aldea; porque luego, como salió de aquella posada, los dueños no pudiéndose valer con los estudiantes, se descartaron de aquel pupilaje.

No sólamente empleaba su caridad y celo con estos estudiantes de su posada, sino generalmente para con todos aquellos á quien él podia socorrer y dar la mano; especialmente se compadecia de los estudiantes, que teniendo habilidad y buen ingenio, lo empleaban mal y eran de malas costumbres.

Para reducir á estos tales de su mala vida, procuraba hacérseles amigo y ganarles la voluntad.

Si eran pobres, procurábales alguna limosna con que pudiesen pasar.

Cuando caian enfermos, los llevaba á alguna casa de gente virtuosa donde fuesen curados, y por esta vía convalecian en el cuerpo y en el ánima; porque es cosa muy fácil á los que nos tienen obligacion, con buenas obras persuadirles lo que queremos y á ellos les está bien.

Así lo hacia el celosísimo P. Aldea, porque, despues de haber sanado á muchos, les persuadia, cuando eran para ello, que se hiciesen religiosos; y él mismo lo negociaba y no paraba hasta dejarlos en el puerto seguro de la Religion.

Los que no eran para religiosos los encaminaba de manera que sirviesen á nuestro Señor, armándose contra los peligros y lazos de este miserable siglo con el uso de los Sacramentos, con la oracion y penitencia.

Y era cosa de admiracion ver en un mancebo seglar una hambre tan insaciable y una ansia vehemente de que los hombres conociesen y sirviesen á su Criador, como lo pudiera hacer un celosísimo ministro del Evangelio; porque para él no habia contento que igualase al que recibia en sacar una ánima de pecado.

Y aunque particularmente celaba la salvacion de los estudiantes, por ser de su profesion y por tener mayores ocasiones para ello, como su caridad era tan extendida, á todos los demás, así hombres como mujeres de cualquier suerte que fuesen y pudiesen ser de él ayudados les acudia; porque aunque era muy fervoroso, era muy considerado y prudente; y así, de ordinario le sucedian bien los lances.

Supo que una mujer vivia mal con gran perjuicio propio y ajeno; toma un crucifijo debajo de la capa, y vase para la mujer, y con aquella imágen de nuestro Redentor en la mano, dándole el mismo Señor su espíritu y gracia, supo con ella decirle tales palabras y razones, que al fin la puso en concierto, y la mujer de allí adelante enmendó su mala vida.

En todas las posadas donde estuvo, despues de haber comido y cenado, por espacio de una hora, sabiendo él que á este tiempo los de la Compañia tienen entre sí una conversacion religiosa, á imitacion de esta él juntaba los dueños de las casas, los hijos y los criados, y les enseñaba la doctrina cristiana, exhortándoles á la frecuencia de los santos Sacramentos y á una virtuosa vida, y que la comenzasen por una confesion general, dándoles medios fáciles y acomodados á su capacidad; y de ordinario salia con su intento, y los estudiantes se hallaban á estas pláticas espirituales con gran provecho suyo.

Siendo tan extraño el rigor que usaba este fervoroso mancebo para consigo, y teniendo tan suaves entrañas de piedad para con sus prójimos, muy fácilmente se persuadirá cualquiera que á este su siervo le haria Dios muy extraordinarios favores y regalos en su oracion y recogimiento.

Cuáles estos hayan sido no se saben en particular; porque Pedro Aldea, como santo y humildísimo, era muy callado; pero por lo que de fuera se veia, y de lo que queda dicho, se puede colegir lo que pasaba interiormente por su alma.

Afirmaban sus huéspedes que para él cualquiera lugar de la casa era oratorio muy recogido, y que á cada paso y rincon tropezaban con él arrodillado y casi enajenado de sus sentidos.

A la mesa le habian de traer por los cabellos, porque le era cosa dura el comer y mucho más el dejar por la comida del cuerpo el pasto y dulzura del alma.

Un dia era muy tarde, y él no bajaba á comer: entónces su huéspeda fue á su aposento para llamarle, y abriendo la puerta, hallóle levantado en el aire una vara del suelo, con las manos altas y las rodillas encogidas.

La mujer maravillada de tan nuevo espectáculo, salióse luego, trayendo la puerta tras sí; y así, no supo decir el espacio que duró aquel rapto.

A este modo tuvo otros muchos, y en ellos grandísimas consolaciones y visitaciones de nuestro Señor.

Desde que salió este siervo de Dios de Tarazona, tuvo propósito y deseo muy grande de entrar en la Compañía de Jesus, á lo ménos, llegando á Valencia, la pidió con mucha instancia y calor.

Al P. Alonso Roman, que era entónces Provincial, pareció convenir que, ántes de ser admitido, estudiase un curso de artes y un año ó dos de Teología, por tener alguna edad y el sujeto no muy robusto, el cual se debilita más, cuando sobre la carga de la disciplina y observancia religiosa cae la sobrecarga y peso de los estudios.

Si el P. Alonso Roman supiera la vida tan áspera y mortificada que Pedro Aldea tenia en el siglo, no menor que el más mortificado religioso, no dudara de recibirlo ántes de haber estudiado las ciencias mayores; pero dispúsolo así la divina Providencia, para que en aquellos años y con ocasion del estudio, diese tan raro ejemplo á toda la Universidad y ciudad de Valencia, y con él se moviesen otros muchos mancebos.

Luego pidió al P. Alonso Roman que le recibiese para Coadjutor temporal; pero ni sus fuerzas corporales eran para tanto trabajo, y las espirituales eran para mucho mas; y así, se le dió por respuesta, que prosiguiese sus estudios.

Como él vió que no podia recabar de los hombres el cumplimiento de sus deseos, determinó de negociarlos con Dios.

Para esto por algunos dias dió de mano á los estudios, para tratar con su divina Majestad á solas. Esto fué el año de mil y quinientos y sesenta y siete, en lo recio de los calores.

No salia de casa sino para ir al sacrificio de la Misa, ni de su aposento sino para tomar algun sustento, todo el demás tiempo gastaba en oracion.

El P. García Royo, de nuestra Compañía, que entónces era su condiscípulo y compañero de aposento, afirmó que, en levantándose, lo primero que hacia Pedro Aldea era ponerse de rodillas en oracion, él se iba á oir sus lecciones, y vuelto de ellas lo hallaba de la misma manera.

Lo mismo sucedia despues de comer, y á la noche á la hora de cenar lo hallaba con la misma postura.

Por este tiempo su comida era muy poca ó casi nada, el silencio grande, y con este teson de vida vino en breve tiempo á quedar tan exhausto y consumido, como si hubiera pasado por él alguna gravísima enfermedad.

Entónces su compañero dió cuenta del caso al P. Alonso Roman, el cual envió al P. Martin Alberro, que era confesor de este siervo de Dios.

Hallóle de rodillas y casi absorto, reprendióle por el exceso, mandóle que

comiese como ántes y algo más, hasta cobrar las fuerzas perdidas á modo de convaleciente, y que por algun tiempo no tuviese oracion, sino muy breve, y que en lugar de ella se contentase con oir cada dia Misa.

Fué muy acertado este consejo y muy conforme á lo que han guardado muchos varones y maestros espirituales; y Pedro, como si fuera novicio y el P. Martin Alberto su Maestro, le obedeció en todo.

En esta ocasion le sucedió á nuestro Pedro Aldea un caso admirable de compasion y piedad.

Uno de los huéspedes que tuvo en Valencia era sumamente pobre, que apénas se sustentaba con la ganancia de su oficio; vino un dia la justicia a sacarle prendas por unas deudas que debia.

El siervo de Dios compadecióse de su huésped, se puso á abonarle y a decir á los ministros de justicia que él pagaria por él, si dentro de cierto tiempo no lo hiciese aquel pobre. Con esto se fueron, pensando que Pedro Aldea habia salido por fiador.

De allí á pocos dias el huésped una noche de secreto sacó las pocas alhajas que tenia en la casa, sin dejar más que un telar en que trabajaba, y este era prestado; á la mañana, mientras que Pedro Aldea y su compañero estaban en sermon, se salió de la casa con su mujer é hijos, dejándola cerrada.

Vuelto del sermon, no halló quien le diese razon ni las llaves; húbose de subir por la ventana, y entónces vieron lo que podia ser, hallando la casa vacía.

Al humilde mancebo citaron luego ante el juez como á fiador del huésped ausente, el cual dijo con palabras llanas y sencillas lo que habia pasado, y fué tanto el respeto que causó su presencia en el juez, y tal el abono de su compostura, que sin otra prueba fué creido y dado por libre de la obligacion.

Y lo que más fué, que ni con la ausencia del huésped, ni con haber comparecido en juicio perdió un punto de su sosiego; y esta serenidad de ánimo guardaba siempre en cualesquier ocasiones.

Cuando alguno de sus compañeros caia enfermo en su posada, le guisaba la comida, y le servia como en una Religion un caritativo enfermero; y porque no entrase mujer en el aposento, él lo barria y hacia la cama, y últimamente hacia todos los oficios, por más humildes y asquerosos que fuesen, y esto con grande voluntad y alegría, que con ella quitaba la mitad del mal á los enfermos.

Tambien le aconteció, para que su huéspeda, que estaba sola y tenia una criatura, pudiese los dias de fiesta oir Misa, el devoto Pedro Aldea mientras ella iba, se quedaba en casa con la criatura en los brazos, como si fuera su

madre, y cuando podia soltarla, hacia los demás ministerios de la casa, con increible humildad y alegría.

En estos y otros semejantes ejercicios y piadosas ocupaciones pasó el tiempo de sus estudios Pedro Aldea hasta fin del año de 1569, en el cual fué servido nuestro Señor de consolarle, cumpliéndole sus deseos de ser religioso de la Compañía de Jesus, en la cual fué recibido á los 19 de diciembre, siendo de veinte y ocho años de edad.

Hizo su primera probacion en el colegio de Valencia, y luego el año siguiente, á los principios de él, fué enviado á Gandía, donde estaba entónces el noviciado.

Como el H. Pedro, desde que salió de Tarazona á estudiar, siempre se habia tratado como novicio, y ejercitádose en todo aquello en que suele la Compañía ejercitar á sus novicios, principalmente en la oracion y mortificacion, no fué menester mucho tiempo ni trabajo para que se amoldase y ajustase al instituto y modo de proceder de la Compañía.

Fué tal el suyo luego como llegó á Gandía, que pudiera muy bien ser Maestro de todos aquellos novicios, aunque habia entónces algunos muy señalados y fervorosos de espíritu.

La vida que hizo en el noviciado este fervoroso Hermano fué la misma que en el siglo, con sólo la diferencia y ventaja que lleva el estado religioso al de los seglares.

Apénas hubo dia en el cual no hiciese alguna penitencia ó mortificacion pública y muchas secretas.

Su obediencia era tan pronta como si no tuviera voluntad ni juicio propio, y como este santo Hermano vino tan sazonado á la Religion, y en ella en breve se acabó de perfeccionar del todo, no es maravilla que el Señor le quisiese coger para sí al cabo de poco tiempo.

Porque habiendo pasado un año, le dió una grave enfermedad de calenturas, de las cuales vino á dar su espíritu al Señor á los 27 de Diciembre, dia del glorioso Evangelista S. Juan del año de 1570.

Fué su consuelo y alegría increible de ver cumplidos sus deseos, y que moria en la casa de Dios, siendo su muerte de grandísima edificacion para todos los del colegio, como lo habia sido su vida.

Unos sentian que hubiese muerto tan presto un mozo de tan excelente virtud y santidad, de tanta discrecion y buenas cualidades, que pudiera ser honra de su Religion y de mucho provecho á los prójimos.

Otros envidiaban su muerte, por ver una juventud tan anciana en todo género de cristiandad y religion, y que Dios queria tan en breve galardonar sus fervorosos trabajos con descanso eterno; y podemos creer piadosamen-

te de su santa vida, que aquella alma dichosa, en saliendo del cuerpo, se fué al cielo, lo cual se confirma con el suceso siguiente.

La postrera posada donde estuvo este santo Hermano cuando estudiaba, fué la casa de unos buenos casados; llamábanse Francisco García y Catalina Ferrer, muy sierva de nuestro Señor, la cual dijo con aseveracion que estando un dia á las once de la noche en su aposento en oracion, sintio una fragancia notable, y pensando que saldria de algun aposento de los estudiantes, los recorrió todos y toda la casa y en toda no halló rastro de aquel olor.

Volvióse á su aposento, y en él sintió la misma fragancia que antes, y duró hasta que ella se durmió, y á las tres horas del dia siguiente apareció el H. Pedro Aldea á Francisco García su marido, y asiéndole de la mano, le dijo: «García, ya os he dicho que jamás os habia de olvidar;» así se lo habia ofrecido cuando de su casa se vino á la Compañía. Dijo Francisco García á su mujer: «Mujer, un mancebo me tiene de la mano y no conozco quien es.» Respondió la mujer, que seria algun sueño. Él replicó: «No es sueño, sino que le veo con mis ojos, porque el aposento está muy claro.

Entónces un niño de ocho años, hijo de los dos, á quien el H. Aldea habia enseñado á leer, tomando á la madre de la mano, le dijo: «Madre, déme esa mano y toque la del H. Aldea, que yo toco con la mia.»

Respondióle la madre que no veia ni sentia cosa. Añade el niño: «Pues aquí está con grande claridad y con el rostro muy alegre, con otros muchos Hermanos de la Compañía de Jesus, que serán como cuarenta, los cuales todos tienen palmas en sus manos y guirnaldas de flores en sus cabezas.»

Entónces Catalina Ferrer se acordó de la fragancia milagrosa de la noche pasada, y entendió ser efecto de lo que le decia su hijo.

Luego por la mañana vinieron todos tres á nuestro colegio de Valencia á preguntar por el H. Pedro Aldea. Acertóse á hallar allí el P. Pedro Vellido, que acababa de llegar de Gandía, el cual dijo cómo habia dejado con la Extremauncion al H. Pedro: y Francisco García y su mujer Catalina Ferrer, contaron al P. Martin Alberro y á otros Padres de casa lo que en la suya habia pasado aquella noche.

De allí á poco vino la nueva de su muerte, y se averiguó cómo el mismo dia y hora en que Catalina Ferrer habia sentido la fragancia en su aposento, el H. Pedro Aldea habia espirado.

Esta es la sustancia de esta aparicion, y con tales circunstancias, que se puede entender ser verdadera y de nuestro Señor, y la principal la conveniencia tan grande del acompañamiento que vió el niño juntamente con el H. Pedro Aldea, que fuesen los treinta y nueve mártires que en el viaje del

Brasil murieron á manos de los herejes, cuyo martirio fué á los 15 de julio de este mismo año.

Así quiso nuestro Señor por este camino descubrirnos los grandes merecimientos de nuestro santo Hermano y el premio de la gloria igual á ellos: y el haber aparecido entre mártires laureados, parece que fué decirnos que su vida tan austera y penitente la tomó Dios en cuenta de martirio; pues en esta la ponen muchos santos Padres la de cualquiera buen religioso mortificado.

De allí á tres años que fué enterrado este glorioso Hermano, se abrió su sepultura para enterrar á otro Padre, y hallaron su cuerpo tan entero y sin mal olor, como si acabaran de enterrarlo.

No faltaron á esto otros muchos testimonios de su santidad y virtud, de personas insignes y de autoridad: entre ellas fué la del Arzobispo de Tarragona D. Juan Teres, el cual solia decir que, cuando fué su maestro en Filosofía, siempre que ponia los ojos en él, con sola su presencia le componia, y que ya desde entónces le miraba como á santo, y que se tenia por dichoso de haber sido su maestro.

Escribió la vida de este observante Hermano el P. Gabriel Alvarez, el que eruditamente comentó al Profeta Isaías.

P. NIEREMBERG.

H. JUAN DE BAÑOS

LAS mayores maravillas que hacen los santos son sus virtudes, y los heróicos actos que ejercitan de ellas, y en muchos ha bastado uno solo para hacerles admirables al mundo, si bien no deben ser ménos memorables los que nos provocan á su imitacion que los que nos suspenden con su admiracion.

Verdaderamente son dignas de memoria las virtudes del H. Juan de Baños, especialmente su rara obediencia y oracion, para que pongamos aquí algunos ejemplos de ellas.

Era este siervo de Dios natural de Navarrete, de la diócesis de Calahorra.

Fué albañil de oficio antes que entrase en la Compañía, y casado; pero vivió con su mujer todo el tiempo que duró el matrimonio, no como mujer, sino como hermana.

Alcanzó el don de la continencia en aquel estado, con un don de oracion que nuestro Señor le concedió maravilloso.

Viniendo de noche á su casa cansado del trabajo de todo el dia, se levantaba á la media noche á hacer oracion, y gastaba en ella muchas horas, y con esto se disponia al trabajo del dia siguiente.

Murió la mujer, quedando Juan de Baños de cuarenta años de edad: y entendiendo que nuestro Señor le llamaba á mayor perfeccion, pidió la Compañía y fué admitido en ella en el colegio de Valencia por el P. Bautista de Barma, Provincial de Aragon, á los doce de Marzo de mil y quinientos y cincuenta y nueve.

Luego que se vió religioso, tendió las velas de su devocion y se dió á la oracion con mayor continuacion y ahinco que cuando estaba en el siglo, procurando estar siempre recogido y unido con Dios y gozando de sus dulces abrazos, áun en el tiempo que la obediencia le ocupaba en su oficio de albañil ó en otras cosas, de suerte que parecia que andaba absorto y como arrobado.

Algunas veces le hallaron al pié de la cama de rodillas en oracion como trasportado y fuera de sí.

Juntaba con la oracion la penitencia y aspereza de vida, afligiendo su cuerpo con disciplinas muy largas y muy rigurosas.

Dejaba romper las suelas de los zapatos que traia, hasta que del todo no hubiese suela, para andar con los piés desnudos, y sin ostentacion trabajaba todo el dia en peso.

Y para que comiese y viniese á la mesa con los otros, era necesario traerle por los cabellos; y cuando los otros estaban en recreacion, partia él leña á mediodia y no pocas veces en la mayor fuerza del calor.

No sabia sino hablar de Dios, y llevaba mal que ninguno de la Compañía hablase con los de fuera de otra manera, aunque fuese de cosas indiferentes.

En todas las virtudes fué este Hermano muy ejemplar, pero muy particularmente en la virtud de la obediencia, que es la madre y maestra de todas las virtudes del buen religioso.

Una vez en el colegio de Gandía, estando el H. Juan de Baños en unas conferencias espirituales en la librería, cabeceaba y dormitaba, porque como las noches pasaba en oracion, cuando estaba quedo entre dia le cargaba el sueño y la naturaleza hacia su oficio.

Díjole el Superior que se pusiese en pié sobre el banco en que estaba sentado, para que no se durmiese.

Hízolo, y acabadas las conferencias se fueron todos y el H. Baños se quedo inmoble en el mismo lugar y de la misma manera toda la noche.

La mañana siguiente, como el despertador no le halló en su celda, avisó al Superior, y él acordándose de lo que la noche antes le habia ordenado y de la obediencia tan sencilla y puntual del Hermano, sospechó lo que podia ser: fueron luego á la librería, y halláronle sobre el banco en pié.

Preguntado por qué no habia ido á acostarse con los demás, respondió: «Mandáronme subir aquí y estar en pié, y no me han mandado hasta ahora bajar.»

Viniendo un dia dia de fuera con los piés muy mojados, el Superior le ordenó que se quitase los zapatos, y él lo hizo al momento, y no se puso otros, porque no le habian dicho que se los pusiese: tan á la letra y sin discurrir, como esto se habia en las cosas de obediencia.

En otra ocasion que se estaba descalzando, le dijeron que le llamaba el Superior; acudió al punto con un pié descalzo y otro calzado, porque la prontitud de su obediencia no reparaba en nada.

Mandóle una vez el Superior levantar una piedra tan grande, que diez hombres no la pudieran levantar: cosa maravillosa, que el obediente Hermano, sin atender á la imposibilidad de lo que le mandaron, lo puso en ejecucion y la levantó al momento con pasmo de todos; el cual se aumentó cuando vieron que una delicada correa con que ciñó la peña, no se quebró con el grande peso, alabando todos á Dios por cosa tan milagrosa, y admirando tan raro efecto de obediencia del Hermano, con quien quiso nuestro Señor concurrir para nuestro ejemplo.

Yendo una vez por la ciudad de Valencia encontró con un hombre en el semblante muy triste y melancólico. Dióle luego al H. Juan en el alma que aquel hombre llevaba malos intentos y que andaba afligido. Preguntóle con mucha blandura qué tenia, á dónde iba y qué queria hacer. Finalmente, tanto le apretó, que despues de muchos desvíos, le confesó que se iba á ahorcar y le mostró la soga que llevaba.

El Hermano le consoló, animó y trujo al colegio, donde estuvo recogido tres ó cuatro dias, y despues se confesó é hizo gracias á nuestro Señor, que por medio de aquel santo Hermano le hubiese librado de aquella tentacion y loca desesperacion.

Fué devotísimo de las imágenes de los santos, y por más priesa que tuviese ó más cargado que anduviese, nunca pasaba delante de alguna imágen que no la hiciese una devota y profunda inclinacion.

No era ménos amigo de ayudar á Misa, y ayudábalas con mucha reverencia y devocion, y en todas sus acciones la guardaba, acompañada con una rara modestia, porque juntaba en todas sus cosas á María con Marta, y á Marta con María.

De tal manera oraba, como si no tuviese otra cosa en qué entender; y así trabajaba como si estuviera olvidado de lo demás.

Habiendo, pues, vivido diez y seis años en la Compañía con este teson en la virtud, y con tan raro ejemplo y perfeccion, le dió una enfermedad, con la cual recibió tanto consuelo, que rebosaba y no parecia que cabia en su alma, sino que por los ojos, y por la boca, y por todo el rostro aquella luz soberana echaba rayos de sí.

Con este consuelo acabó su peregrinacion en el colegio de Valencia el año de mil y quinientos y setenta y cinco.

P. NIEREMBERG.

P. GASPAR LOARTE

EL P. Gaspar Loarte fué de la Andalucía, y antes de ser hijo de la Compañía y discípulo de nuestro P. S. Ignacio, lo fué del venerable Padre Maestro Juan de Avila.

Estando recibiendo de este apostólico Maestro los consejos evangélicos, pidió con instancia á nuestro Señor le diese unos excesivos dolores como los que padeció Jesucristo su Hijo.

Fuéle admitida esta peticion, y se los concedió tan grandes y tan agudos, que le tuvieron algunos dias por loco, y como tal le trataban; que no pudiendo sufrirlos pidió segunda vez á nuestro Señor se los quitase, y así lo hizo.

Despues por órden de su santo Maestro, siendo sacerdote teólogo, andaba este insigne varon por el obispado de Calahorra en compañía de D. Diego de Guzman, hijo del conde de Bailen, cuyo ayo fué tambien sacerdote teólogo, los cuales, como si fueran ya de la Compañía de Jesus, andaban en misiones enseñando la doctrina cristiana y predicando con mucha caridad y humildad, ayudando espiritualmente á todos los de aquel obispado, y áun corporalmente socorriendo á los pobres de lo que habian menester, con notable fruto y edificacion.

Por este tiempo S. Francisco de Borja estaba retirado en su ermita de Oñate haciendo una vida angélica, con cuyo ejemplo y fama, que se extendia por todas partes, atrajo muchos varones eminentes á vivir en su compañía, y entre ellos á estos dos insignes discípulos del P. Maestro Avila, que como habian vivido en el siglo tan hermanados y religiosamente, no era

bien se apartasen en el estado de la Religion; y así, entraron ambos en la Compañía.

El P. Gaspar Loarte pasó á Italia, y en ella fué Rector de algunos colegios, y se halló en la Congregacion general, donde fué electo S. Francisco de Borja por General.

Siendo Rector en Génova y hallándose en una afliccion muy grande, se le apareció Cristo nuestro Señor crucificado, y le consoló diciéndole tuviese buen ánimo, que no le desampararia en toda su vida; y así se vió, porque en toda ella fué muy favorecido y regalado de Su Divina Majestad este su siervo.

Luego volvió de Italia en compañía del P. Jerónimo Domenech, cuando la última vez vino á ser Rector de Valencia, con ánimo de pasar allí el resto de su vida, donde resplandeció en todo género de virtudes con admirable edificacion y ejemplo de todos.

Tenia este venerable Padre cada dia cuatro horas de oracion retirada, porque de la otra continua todo el dia; y todas las ocupaciones y lugares le servian de oratorio y motivo para orar.

Acompañó la oracion con un don de lágrimas muy copiosas y suaves, y nunca decia Misa sin ellas.

Cuando oraba, eran tan continuas que le hallaban siempre una balsa de ellas sobre la mesa, á la cual, por ser tan viejo, para tener oracion se arrimaba ó arrodillado ó sentado en una silla.

Con la oracion juntó este siervo de Dios la mortificacion y penitencia; con ser muy viejo, que murió de ochenta años, se disciplinaba cada dia.

Un tiempo en lugar de cilicio usó de cardas; y en todas las demás cosas se mortificaba cuanto podia, teniendo entrañado en su alma el espíritu de humildad, pobreza y mortificacion, sufriendo con gusto muchas faltas á su necesidad, sin pedir cosa para sí.

Era para sí áspero y riguroso; pero para con los otros benigno y blando, y sobre todo muy celoso de la salvacion de sus prójimos.

Predicaba algunas veces y confesaba lo que su corta salud y larga edad le daba lugar, y se echaba bien de ver el fruto en las personas que con él se confesaban.

Instruia á sus penitentes tuviesen alguna buena consideracion mientras le aguardaban en el confesionario, y cuando bajaba, les pedia cuenta de aquellas consideraciones.

Aprovechó tambien mucho á las almas con libros que escribió utilísimos, con tan gran aprobacion del mundo, que se han traducido é impreso en latin, italiano y francés.

Tuvo este apostólico varón especial celo y deseo de la conversion de los moriscos de aquel reino de Valencia.

Con ser de edad tan anciana, salió á la mision de ellos algunas veces; y aunque se labró poco en estos empedernidos corazones, el que más mella hizo en ellos fué el P. Gaspar Loarte; y fué cierto que no quedó por este obrero evangélico, porque, demás de las fervorosas oraciones, Misas y otras diligencias, se disciplinaba cada dia en la mision para, si pudiera, á costa de su sangre ablandar aquellos corazones.

De este trabajo en edad de ochenta años, se le causó la última enfermedad, nacida más de dolor y sentimiento de ver aquella gente tan perdida, aunque con grande aumento de su alma. El dolor de esta enfermedad, que fué mal de ijada, fué muy apretado, el cual sufrió con admirable paciencia.

En la mayor fuerza de ella, preguntándole los presentes, y en especial el P. Jerónimo Domenech, si eran como aquellos pedidos á nuestro Señor cuando estaba con su venerable P. Maestro Juan de Avila, respondió: «Los que ahora padezco, respecto de los otros son pintados.»

Estando en este punto, decia que si Dios quisiese alargarle los plazos de la vida, no le pesaria de ello para poderla emplear en servicio de Dios y de sus prójimos, aunque habia llegado á los ochenta años.

Parece esta resignacion y ofrecimiento semejante al de S. Martin, cuando dijo: *Domine, si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem.*

En este tiempo, aunque siempre estaba su alma de este santo varon unida con Dios y en continua oracion, cuando se tocaba á tenerla la Comunidad, él en su cama, para conformarse en lo que pudiese, levantaba sus manos juntas en alto, se recogia entónces con mayor cuidado á tratar con nuestro Señor, y en acabando, apénas trataba sino con algunos Padres cosas de la vida eterna.

Y parece que desde el principio de la enfermedad tuvo prendas ciertas de ella, porque, partiéndose de Valencia á la córte el H. Roque Ruiz, le dijo: «Hermano, cuando vuelva de Madrid me hallará muerto,» y á la hora que el Hermano volvia, el P. Gaspar Loarte estaba espirando, el cual acabó en el Señor con gran sosiego de alma y cuerpo en el colegio de Valencia.

Fué su dichoso tránsito en octubre de 1578.

Sepultóse su cuerpo en aquel colegio donde hay otros muchos cuerpos santos, y este se debe estimar como tal entre ellos, pues el alma de él vivió en la Compañía y fuera de ella con grandes señales de santidad.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Gabriel Alvarez.

P. NIEREMBERG.

H JUAN JIMENO

ERA el H. Juan Jimeno de nacion valenciano, de un lugar de las montañas que se dice Viar.

La ocupacion de toda su vida fué de un rústico labrador, hasta que por consejo de un devoto ermitaño se resolvió de ir á Valencia á pedir la Compañía.

En su pretension le sucedieron dos cosas, que eran señales de que Dios le llamaba y le escogia para ser muy santo.

La una fué que, acudiendo el enemigo en medio del camino á tentarle para que se volviese á su tierra con su madre y hermanos, que eran pobres, movido del divino Espíritu, hizo este insigne voto: «Yo os prometo, Señor, que tengo de ir á servir á aquellos Padres por vuestro amor, porque yo no sé adónde voy á servir, sino á vos, que sois mi Dios y mi Señor.»

Con esta generosa promesa cesó la tentacion y prosiguió su jornada hasta Valencia, adonde sucedió la otra cosa notable.

Pidió ser admitido al P. Provincial Antonio Cordeses, hombre de grande espíritu, el cual tratando con sus Consultores si recibiria en la Compañía á Jimeno, ellos que ya le habian visto y hablado antes, como es costumbre, fueron de parecer que era inútil para ella.

Juntándose segunda y tercera vez á tratar de esto, porque el P. Provincial estaba inclinado á recibirle, dijeron lo mismo.

Pero el P. Cordeses, con la interior mocion que el Señor le imprimia, usando de su modo comun de afirmar las cosas, dijo: «*In rei veritate,* que le habemos de recibir para santo, que este lleva camino de serlo,» y así, le admitió; casi lo mismo que se cuenta haber sucedido al santo H. Alonso Rodriguez.

El suceso descubrió que fué de Dios la resolucion con aquel modo de profecía.

Poco despues le enviaron por morador al colegio de Zaragoza, y casi siempre residia en la casa de campo ó heredad, ó torre que se llama Jesus del Monte, donde trabajaba de dia y de noche como un esclavo.

Muchas veces venia al colegio y acarreaba con un chirrion leña y agua en un cubeto y otras cosas necesarias para el servicio de la casa, aplicándose con mucha alegría á los oficios más trabajosos y penosos, á que otros suelen tener repugnancia.

No le faltaron ocasiones de desprecio por falsos testimonios que le levantaron, pero supo bien aprovecharse de ellos.

En lo exterior era hombre sencillo y llano, y por otra parte, como humilde, encubria los dones con que nuestro Señor enriquecia su espíritu.

Tuvo siempre grande inclinacion á seguir siempre el dictámen de la razon, y despues de religioso tenia muy impreso en su alma que se habia de seguir el dictámen de tres Superiores: Dios, el Prelado y la razon, aunque todos son uno, que es el mismo Dios; y por este camino fué creciendo con gran excelencia en toda virtud.

A este propósito decia con su modo rústico de estos tres Superiores: «Dios en el cielo, el cabildo en la iglesia, la razon en casa, y todos tres son uno, porque un Dios es el que por sí y por los otros gobierna.»

Tambien desde sus principios puso grande esfuerzo en perseguirse y contradecir á todas las inclinaciones de la naturaleza, rebatiendo con valor sus ímpetus y venciendo esforzadamente todas las repugnancias que de ella resultan.

Cuando venia de la granja al colegio acarreando algo, fuera del ejercicio de rezar, se iba haciendo preguntas y respuestas en esta forma: «¿Dónde vas Jimeno? al colegio á descansar un poco; ¿y si en llegando te mandasen hacer tal ó tal cosa de trabajo? que no me lo mandarán, porque vengo hecho pedazos; ¿y si con todo eso te lo mandasen? harélo de buena gana,» y luego añadia: «Plega á vos, Señor mio, que me lo manden.»

Y aconteciéle muchas veces, queriendo nuestro Señor satisfacer á su deseo, que llegando muy cansado del campo, le mandasen en casa aquello mismo que él habia razonado en el camino, lo cual hacia con grande prontitud y diligencia, especialmente si era sacar estiércol de la caballeriza, ó limpiar las necesarias, ó semejantes oficios humildes á que tenia más inclinacion por mortificarse más.

Muchas veces él mismo tambien se ofrecia en algunas fiestas á hacer el oficio de la cocina por aliviar al Hermano que lo hacia.

Sacando un dia tierra del colegio y llevándola á la orilla del rio, se le ofreció que sentiria algo ir en cuerpo sin sotana, y porque no tenia licencia de salir fuera de casa sin ella, tomó esta traza de pasar delante del P. Rector sin sotana, y como no le mandase vestir, parecióle que aquella licencia bastaba, y de aquella manera anduvo todo el dia acarreando tierra.

En estas y otras semejantes ocasiones, en que juzgaba que podia mortificarse sin contravenir á la obediencia, lo hacia siempre sin perder ninguna.

Pero con más alegría se aprovechaba de ellas, cuando la misma obediencia se las encaminaba.

Un domingo á las siete de la mañana, en pena de cierto descuido le mandó el P. Rector que no comiese. Mandóle despues el P. Ministro ir á la torre ó granja, y no quiso llevar cosa que comer.

Volvió á la noche bien hambriento, púsose en oracion delante del Santísimo Sacramento, y allí hizo voto de cumplir aquella obediencia y no comer hasta que se lo mandasen; y aunque tocaron á cenar, se estuvo en su aposento, hasta que proveyó nuestro Señor que, yendo el P. Rector á cenar el último de todos, preguntó si faltaba alguno por cenar: dijéronle que el H. Jimeno que habia ido á la torre.

Envióle á llamar y preguntóle por qué no habia cenado: respondió: «Porque V. R. me mandó que no comiese,» y edificado de su obediencia, le mandó que cenase.

Otro dia viniendo de la torre por recaudo para los mozos, dijo al Superior á lo que venia, el cual callaba haciéndose el sordo por mortificarle.

El Hermano que tenia priesa, repitió dos ó tres veces su demanda, y con todo eso le detuvo el Superior una hora entera en pié sin responderle.

Despues, pareciéndole al H. Jimeno que habia excedido en decir tantas veces á lo que venia, prometió á nuestro Señor que si otra vez le acaeciese, se contentaria con decirlo una vez, dejando hacer al Superior lo que quisiese.

Volvió el dia siguiente á lo mismo, y dijo: «Padre, vengo por recaudo:» con esto calló, esperando la respuesta tres horas, teniendo oracion delante de un crucifijo que estaba en el aposento, hasta que viendo el P. Rector su resignacion y sufrimiento, le mandó que tomase recaudo.

De este modo le sucedieron otras muchas cosas muy notables.

Y para que se vea lo mucho que nuestro Señor estimaba este modo de obediencia, diré lo que le sucedió un dia, estando en oracion en la iglesia delante de una imágen de nuestra Señora, suplicándola con singular afecto que le ayudase y encaminase de modo que acertase el camino de la salvacion.

Oyó una voz que le dijo: «Camina, Jimeno, por este camino de la obediencia ciega, como caminas, que bien vas.»

Despues de esta voz se sintió grandemente trocado y mejorado en esta virtud, y cuando los Superiores le pedian cuenta de la conciencia y le preguntaban si se sentia animado para la perfeccion, él respondia: «Desde aquella noche que me habló nuestra Señora, no hay más que desear.»

Pues ¿qué diremos del amor grande que tuvo á la pobreza, procurando siempre lo peor de casa para sí en la comida, vestido y en lo demás, durmiendo muchas veces en la caballeriza entre paja, con achaque de dar de comer al macho?

Pero mucho más estimaba la pobreza de espíritu, sin la cual la exterior aprovecha poco.

Díjole un compañero cierto dia: «¡Qué mal vestido anda, Hermano, y que bien guarda la pobreza!» Respondió el H. Jimeno: «Ir mal vestido no es pobreza.» ¿Pues qué es?, dijo el otro. «Pobreza (dice) es paz del alma y del cuerpo cuando todo falta; porque cuando el hombre se acostumbra á andar mal vestido y mal calzado y mal comido, de modo que cualquiera cosa le contenta y todo le viene bien, y áun muy ancho, esto es paz del cuerpo y del alma, la cual no tiene el que no se contenta con lo que le dan, aunque sea bueno, y murmura del que se lo dió por no ser tan á su gusto.»

Otra vez declaró lo mismo mucho mejor con este ejemplo á otro que le preguntó qué era pobreza: «Si uno, dice, hubiese plantado un jardin de frutales varios y de otras plantas vistosas, y habiéndole cultivado y aderezado muy bien, á la mañana le hallase todo arrancado y talado, y no se inquietase por ello, ni perdiese la paz; ya seria rastro de pobreza, porque lo que es pobreza de espíritu, es estar desnudo de todo lo que no es Dios, y si alguna cosa ama ó le da pena, si no es servir á Dios por quien Él es, ó que sea Dios ofendido, siendo tan bueno, no es verdadera pobreza de espiritu.»

Fué muy devoto de las almas del purgatorio, para cuyo sufragio y refrigerio ofrecia muchas de sus buenas obras, especialmente la comunion.

Fuera de los domingos, que en la Compañía comulgan los Hermanos por obligacion de regla, solia pedir licencia los otros dias de fiesta para comulgar.

Antes de pedirla, lo comunicaba con el mismo Señor delante del Santísimo Sacramento, y decia entre sí: «El Superior me sacará de esta duda; si me da licencia, señal es que Dios lo quiere; y si me la niega, señal es que no gusta de ello.»

Pero de cualquier manera, antes de pedir licencia él ofrecia aquella comunion por las almas del purgatorio, de las cuales tenia muy grande compasion, y crecióle mucho por este camino.

Estaba el dia de Todos los Santos en la iglesia del colegio delante la imágen de nuestra Señora de la Concepcion; sobrevínole escrúpulo de que tenia poca devocion y compasion de las ánimas de purgatorio, y á este tiempo oyó una voz clara que le dijo: «Jimeno, acuérdate de las almas del purgatorio.»

A esta voz respondió prontamente: «Sí haré, Señor,» y desde entónces hasta su muerte, que corrieron ocho años, ofreció todas sus buenas obras exteriores é interiores de mortificacion y devocion en socorro de las almas del purgatorio.

Para particulares haciendas tenia particulares consideraciones. Estaba un dia sarmentando con otro Hermano, el cual lo hacia con mucha diligencia y presteza, y juzgó el H. Jimeno que lo haria con poca devocion y espíritu, y así, le advirtió de ello con humildad.

El otro pensaba que era mejor su diligencia que la flema del H. Jimeno, que de su natural era flemático, y así le dijo: ¿Y el Hermano con qué devocion labra, pues se va tan de espacio? Respondióle: «Cuando voy hacia arriba voy con nuestra Señora y S. José á Egipto, ofreciéndome á ellos para que se sirvan de mí; y cuando vuelvo hacia abajo, vuelvo con ellos á Nazareth.» De este modo hallaba siempre consideraciones devotas acomodadas á las cosas en que se ocupaba.

Tenia tambien el H. Jimeno otras especiales devociones, que eran indicio de su fervor y santidad.

Era tan devoto del agua bendita, que sirviendo en la obra que se hacia en la iglesia, aunque fuese cargado con el angarilla, cuando pasaba por la pila del agua bendita, se detenia siempre á tomarla con mucha devocion.

Cuando tañian las Ave Marías, por más ocupado ó cargado que estuviese en la obra, al punto lo dejaba todo, y se arrodillaba para hacer oracion.

Quiso el Señor una vez mostrar cuán acepta le era esta piedad, con un caso milagroso que sucedió haciendo el edificio de la iglesia de Zaragoza; porque, subiendo á vuelcos con otro Hermano una piedra muy grande y cuadrada, por un tablon arriba muy pendiente, y teniéndola sobre él no de plano sino de esquina, tañeron á las Ave Marías.

El H. Jimeno soltó luego la piedra para rezarlas, y el compañero, que era el H. Domingo Calbete, con su ejemplo hizo lo mismo, pensando que la piedra rodaria por el tablon abajo; pero ella se detuvo de canto, siendo tan pesada, que apénas los dos podian subirla á tumbos, y el tablon, como se ha dicho, tan enhiesto.

En acabando de rezar, llegaron á la piedra, y dándola otro tumbo, la subieron á donde habia de estar, con no pequeña admiracion de lo que habia pasado.

Despues de haber comulgado en la torre, algunas veces se salia al campo, no cabiendo dentro de casa, para poder con libertad desabrochar su corazon, y desahogarle con suspiros y exclamaciones al cielo.

Cuando venia de la torre al colegio, se traia consigo el Cartujano, con ser libro tan grande, para poder leer por el camino; y en casa, cuando habia leido tres ó cuatro renglones, decia: «Vamos á rumiar, que la oveja si no rumiase, no engordaria.»

Era amigo de pocos libros. En todo el tiempo que estuvo en la Compa-

ñía, que fueron diez y siete años, no leyó sino en solos dos libros; los primeros siete en las epístolas de Sta. Catalina de Sena, los demas en el *Vita-Christi* del Cartujano.

Todas estas virtudes y otras muchas de este humilde Hermano estaban encubiertas y no estimadas, hasta que el siervo de Dios y varon divino P. Baltasar Alvarez llegó á visitar el colegio de Zaragoza; porque, aunque tenian comunmente al H. Jimeno por siervo de Dios, no era conocido ni estimado en lo que su grande virtud y espíritu merecia, hasta que el P. Baltasar le tomó cuenta de su alma, y le comenzó á tratar de cosas espirituales; y como él tenia tanta luz del cielo y tanta experiencia de ellas, luego reconoció lo mucho que la divina Majestad habia depositado en aquel alma.

No se hartaba de oirle contar las misericordias que recibia del Señor; gastaba con él tan largos ratos á solas, y tantas veces, que los de casa reparaban en ello, deseando saber la causa de tan frecuente y larga comunicacion entre un Hermano lego y un Visitador tan grave, el cual, sin hacer caso de esto, gustaba de oirle, y abríale los ojos para que conociese las soberanas mercedes que el Señor le hacia, y se dispusiese para recibir cada dia otras mayores.

Tambien abrió los ojos á los demás del colegio, para que comenzasen á conocer y estimar al que antes no conocian ni estimaban tanto; para lo cual, entre otras cosas, les dijo con su humildad que habia aprendido de este Hermano muchas cosas tocantes á la oracion; y si tal maestro aprendia del que profesaba ser su discípulo, señal es que el discípulo habia volado en algo tan alto como el maestro.

Cosas muy notables sucedieron al venerable P. Baltasar Alvarez con el H. Jimeno con ocasion de otro Hermano que estaba con él en la misma granja, ayudándole á cultivarla; el cual fué al P. Visitador, y con algun modo de envidia, que suele haber tambien entre buenos en las cosas de su oficio, le dijo que no convenia que el H. Jimeno anduviese con el carro, porque algunas veces iba tan elevado, que no miraba por dónde le guiaba, y por esta causa habia cogido la rueda á una niña, pasando por encima de ella; y él se ofreció á traer el carro, añadiendo algunas razones para persuadir esto al P. Visitador, el cual hizo llamar al H. Jimeno, y le preguntó qué habia sido lo de aquella niña. Respondió: «No sé cómo el carro la cogió, y pasó la rueda sobre ella; yo luego la encomendé al Señor, y dije: «Jesus te ayude,» y no la hizo daño,» por donde entendió el P. Visitador que habia sido caso milagroso.

De ahí á poco llamó al otro Hermano, y díjole: «Tomad el cuidado del chirrion, como pedistes; mas entended que no se le quito al H. Jimeno por

faltas que en él haya, pues las que vos habeis dicho de él, no lo son: pedidle perdon, y mirad no os castigue Dios, permitiendo que os suceda algun caso desastrado.»

Dentro de poco tiempo que el P. Visitador salió de la provincia, que seria un año ó algo más, se ofreció necesidad de que este Hermano con el carro fuese por sal, y á la vuelta, media legua de Zaragoza, cerca del monasterio de S. Amberto, al poner el sol, se subió el macho por un ribazo arriba sin poderle detener, aunque el camino era bien ancho, y volcó el chirrion, y dió con el Hermano en tierra, y allí murió luego de la caida, y, como era tarde, no se halló cerca persona que pudiese ayudarle.

A la mañana vinieron unos labradores á avisarlo, diciendo cómo le habian hallado muerto sin alguna herida; para que se cumpliese lo que el P. Visitador habia dicho.

Y es muy creible que este castigo no seria más que temporal, porque este Hermano habia confesado y comulgado el dia antes que murió, y era buen religioso; y no es de maravillar que haya en los tales algunas faltas ligeras que se purgan despues en el fuego del purgatorio.

Conoció el P. Baltasar cuán alta filosofía cristiana habia aprendido el H. Jimeno, no en los libros sino en la oracion, con la uncion del Espíritu Santo, que enseña muy excelentes verdades sin estruendo de argumentos.

De estas se le oian muchas, porque hablaba muy bien y con mucho gusto de Dios y de las cosas espirituales, cuando estaba entre los que querian oirle.

Estando en Jesus del Monte el P. Baltasar Alvarez, Visitador, con el Padre Provincial y con otros Padres, le ordenó que al tiempo de comer, en lugar de la leccion, sobre un capítulo de *Contemptus mundi* predicase ó dijese lo que sentia.

Habló con tanto concierto de razones y con tanto espíritu y afecto, que con ser los oyentes personas tan espirituales, quedaron admirados de la sabiduría santa de aquel Hermano idiota, y no se acabó la comida sin lágrimas, como el P. Baltasar lo habia dicho entrando en la granja, que no faltarian aquel dia lágrimas en la mesa.

Entre otras cosas dijo una entónces muy á propósito para los que tienen letras sin espíritu:

«Topé (dice) el otro dia un carro cargado de cebada que tiraban dos mulas al parecer grandes y valientes, atollado en un lodazal sin poder pasar adelante, hasta que, ayudándolas yo y otros pasajeros levantando algo las ruedas, y el carretero con voces y palos, salieron de aquel aprieto.

»Preguntéle yo cómo mulas tan grandes y fuertes no habian podido arrancar aquel carro del atolladero. Respondióme que la causa era por estar

flacas y comer poco. Repliquéle: ¿Pues por qué no comen? Dijo él: «No es por falta de cebada, que el carro va lleno de ella, sino porque no se la dan.»

»Entónces (dice el H. Jimeno) se me representó lo que pasa por algunos letrados, grandes predicadores y maestros, los cuales suelen atollar en el camino de la perfeccion, sin dar un paso adelante por estar flacos y debilitados en el espíritu, y esto no es por faltarles sustento espiritual, porque el carro del entendimiento está lleno de las verdades espirituales que predican y enseñan á otros, sino porque no las comen, ni las aplican á sí mismos por la meditacion para mover sus corazones y reformar con fervor sus vidas.»

Esto dijo con tanto espíritu, que la comparacion que al principio parecia de risa, cuando la aplicó, fué motivo de llanto.

Otras muchas virtudes de este humilde siervo de Dios escribió el mismo P. Baltasar Alvarez á un Padre de la provincia de Aragon, cuyas palabras pondré aquí porque son un grande testimonio de persona tan santa é ilustrada de Dios, como lo fué este venerable Padre.

Dando cuenta de la santidad del H. Jimeno, despues de muerto, dice así en una carta:

«Muchas cosas resplandecian en aquel Hermano siervo de Dios, tan desconocido del mundo y conocido de Cristo nuestro Señor y regalado; unas para con Dios, otras para consigo y otras para con los Superiores y prójimos.

»Para con Dios tenia en particular una confianza grande, como Él quiere que la tengan sus siervos de su buena condicion y entrañas, cual nos la tiene revelada en sus escrituras santas; y esta era su gobernalle y su mayor fuerza en todos los trabajos y sucesos desabridos en que se veia, arrojándose en sus brazos, *in omnibus et per omnia,* siendo para él una misma razon de todos los sucesos grandes y pequeños.

»Nacia esta confianza en él de lo que la experiencia le mostraba y de una reverencia profunda en el interior trato de Su Majestad, acompañada de una fidelísima obediencia en todo lo que entendia ser su agrado, contentamiento y voluntad.

»En confirmacion de esto referia algunas particularidades con grande estima y ternura, y, entre otras, una como misericordia mayor y á manera de milagro, como cuando le sacó el macho del rio Ebro, donde se daba él por ahogado, habiendo representado al Superior que le enviaba con el chirrion por agua a Ebro, que él no tenia fuerzas para domarle, y que Ebro venia grande, y que á un desman pequeño quedarian ahogados el macho y el Hermano, y sucedió despues el caso como él antes temia, arrojándose el macho al recial del rio.

»Viéndose ya perdido dijo a Dios nuestro Señor con grande confianza:

«¡Oh Señor, que ya no hay aquí remedio, si de vos no viene! Bien sabeis vos que yo propuse á la obediencia mi falta de fuerzas, y no estoy puesto en este peligro por culpa mia.»

»¡Oh cosa maravillosa! En este punto se paró el macho, y levantándose en dos piés comenzó de irse retirando hacia atrás, sobre la punta de ellos con grande tiento como si fuera hombre, y salió con tan desacostumbrado modo, que lo tenia (como he dicho) casi por milagro.

»Y esta experiencia de lo que en Dios tenia, le fué una mina grande y fuerza para desarrimarlo del mundo y juntarlo á Él mucho.

»Y tenia buenas ayudas de costa de la mano del Señor para estar tan junto y pegado á Él.

»Lo primero, un desembarazo del corazon grande, del cual de cuándo en cuándo decia: «No hay sino desembarazar el corazon y rendirlo á Dios, que luego no se podrá uno dar manos con los bienes que de Él recibirá.»

»Lo segundo, una paz y consuelo lleno en toda manera de sucesos: lo tercero, una conversion del corazon á Dios que casi no le perdia de vista: lo cuarto, un regalo grande en la oracion.

»Habíale Dios hecho merced que le bastase ménos sueño para que pudiese tener largos ratos á solas con Él en lo más quieto de las noches, cuando ni habia ocupaciones de obediencia ni estorbos exteriores de prójimos.

Con caer á las noches cansado de su continuo trabajo del dia, y tomando su mantenimiento necesario en ellas, porque á un Hermano trabajador comer y beber (como él decia) lo suficiente, y más con órden de la obediencia, y para poder trabajar en ella ántes ayudaba al espíritu que le impedia, porque las mulas (decia el mismo Hermano) llevan el carro y no el carro á ellas, y si no comen no podrán tirarle; con tres ó cuatro horas de sueño tenia él lo que le bastaba, y á las dos ó tres de la noche ya estaba despierto.

»Todo lo restante de la noche gastaba en oracion con Dios en la azotea de la torre, donde me decia él que me pasease por ella y veria qué cosa era aquella.

»Para esto habíale nuestro Señor desembarazado de los estorbos exteriores; porque no le ocupaba desnudarse ni vestirse, por cuanto dormia dias habia de ordinario vestido, teniendo para ello órden de los Superiores, con que se hallaba mejor para tener oracion, y no mal para la salud corporal.

»No criaba cosa en su persona que le inquietase ni le ocupase tiempo en limpiarse como á otros; de manera que vivia en limpieza de alma y cuerpo, y así, descansaba de todas maneras.

»Su oracion era de la Pasion por unas coplas que decia de ella, en las cua-

les tenia sentimientos vivísimos que le hacian prorrumpir en lágrimas, sin ser más en su mano.

»Y si referia esto, era dando cuenta de su conciencia para cumplir el órden de la obediencia de andar claros con los Superiores, y eso primero con muchas salvas de su confusion, y decia una cosa digna de no ponerla en olvido. Preguntándole yo de qué tenia oracion, respondió: «Padre, pienso la Pasion, porque no hay otra cosa en qué pensar, porque allí está todo.»

»Para consigo, ultra de la vida religiosa como los demás, tenia un desprecio, acompañado de mortificacion interior de sus apetitos y ganas, que se encontraban con los quereres de Dios.

»Y esto guardaba con muchas veras, porque la experiencia le habia mostrado que en faltando en algo de esto le faltaba Dios y quitaba la racion que le daba de sí, y que él estimaba sobre todas las cosas de este mundo, con que andaba en su servicio despierto y vivo y con fuerzas, contra todas las molestias que se le impedian.

»Para con los otros, tenia un desprecio de sí mismo, acompañado de una determinacion de sufrir molestias y excusárselas á ellos, haciéndoles el gusto y servicio que en sí fuese; y este manantial le fué principio de vida y un tesoro grande.

»Era superior al qué dirian los hombres, y holgaba de andar vestido tan pobremente, que no le tuviesen en nada y le despreciasen; y decia él hablando de este particular: «¿Y qué se me da á mí de que me tengan y estimen los hombres, y de qué me puede aquello ayudar? ántes acordarse de mí y hacer caso de mis cosas me podria estorbar é impedir; pero olvidarse y despreciarme puédeme ayudar. Pues esto (decia él) habia yo de querer y buscar, que no lo que impide y estorba mi aprovechamiento.»

»Para con los Superiores resplandecia en él un respeto grande, como quien los miraba con ojos claros, y que tenian las veces de Dios y una determinacion de no salir de lo que le mandasen, por más dificultoso que fuese, por ninguna cosa del mundo; y así, decia: «Estos Superiores téngolos yo de tener sobre mis ojos, aunque ellos más me mortifican (y por usar de su término) y más me afinan sin razon.»

»Y aquí me contó un particular, que le pasó con uno años atrás, debajo de grande secreto, en que á su parecer excedia el Superior que lo tuvo muy apretado, porque le tocaba vivamente en la honra, y húbose tambien como hombre, así en aprovechar el lance, ofreciéndolo al Señor, como en callarlo, porque no se pudiese entender el defecto del que así le habia lastimado y agraviado.

«Y aunque en la manera que él lo contaba, parecia que realmente habia

exceso en no darle crédito el Superior en el descargo que él daba de sí, todavía, como la prueba fué con buen celo de su aprovechamiento, la enderezó en más estima de la obediencia y en mayor bien suyo, porque este fué el principio de sus mayorías y grandeza de espíritu, morir voluntariamente á sí por vivir á Dios, poniendo en cobro tan buen lance.

»Tambien, preguntándole yo cómo le iba con Dios, respondió, que antes que acabase de rendirse á la obediencia, siempre andaba inquieto y nunca le iba bien; mas despues que se determinó y lo hizo, que le iba ya tan bien, que no habia más que desear; y que, como la obediencia le ocupase al tiempo de la oracion, no se le daba nada de no tenella, como él obedeciese, y que tan contento iba tras el chirrion, como á tener oracion; cuánto más, que tampoco no se quitaba por eso, pues tras él iba rezando sus Paternoster con sus misterios.

»Para con los prójimos tenia una sed grande de su salvacion, y de que todos conociesen á Dios y guardasen su santísima ley, de donde se le seguia una traza interior que tenia de juntarse á cuantos labradores encontraba, y procurando entrar con la de ellos y salir con la suya, les trataba de Dios nuestro Señor, teniendo primero pensado las cosas que les habia de decir.

»Y tal saber le habia dado Dios á su modo, y tal dulzura, que de ordinario dejaba ganadas las personas con quien trataba, y trocadas en sus costumbres.

»De estas cosas me contaba algunas particulares, que hacian bastante testimonio, reprendiendo á unos y dando órden de concertar sus vidas cristianamente á otros, y llegó á decirme: «Hasta aquí no he osado hablar de Dios á todos descubiertamente, sino es con grande tiento á cuál y cuál; ya de aquí adelante con todos he de hablar de Él;» y esto decia con una ternura, que le venian las lágrimas á los ojos.

»Hablaba continuamente de las cosas de Dios, prorrumpiendo en ellas sin ser más en su mano, de que hay hartos testigos en este colegio de los que iban á la torre, *omni exceptione maiores.*

»Viendo la sencillez y verdad de su corazon y el buen suceso de su hablar, no me atrevia yo á quitárselo, con haber pasado en este particular con advertencia y propósito á lo ménos de mandárselo.

»Tenia grande luz en las cosas interiores, y las veces que hablaba en la torre por órden de la obediencia, lo mostraba bien.»

Esta es la relacion de las virtudes del H. Juan Jimeno, que escribió su buen Superior y Padre, dando de camino testimonio bastante del grande caudal que tenia para penetrar la virtud y el espíritu de sus súbditos, conociendo como buen pastor á sus ovejas.

Finalmente, cuando el P. Baltasar acabó su visita, mostró el espíritu que tenia de profecía, en que el mismo dia que partió de Zaragoza, dijo á los Padres: «Tengan cuenta con el H. Jimeno, que presto se les morirá.»

Este propio dia vino el Hermano de la torre enfermo al colegio y no se levantó más de la cama.

Fué la enfermedad una recia calentura, y en toda ella tuvo una rara paciencia, cual se deja entender de lo dicho.

Como veia que se le acababa el tiempo de merecer y granjear la hacienda que nunca se acaba, dábase mayor diligencia.

Estaba todo tan retirado en lo interior y tan unido con Dios, que parecia no divertirse en otra cosa diferente; y que los accidentes de la enfermedad no eran estorbos, sino despertadores y ayudadores para esto.

Nunca habló sino preguntado, y si la pregunta era de cosas de Dios, respondia á ella altísimamente.

Preguntóle el P. Provincial Pedro de Villalba si tenia deseo de ir al cielo y si lo pedia á nuestro Señor; respondió: «Padre, nosotros seamos buenos, y sirvamos á Dios como es razon, y descuidemos de lo demas, y dejémoslo en manos del que siendo infinitamente justo y bueno, nos dará lo que merecieremos;» y añadió que podia nacer de amor propio pedir el cielo.

Estando una vez el Hermano enfermero dándole de comer, estaba allí otro Hermano, el cual le dijo: «Hermano Jimeno, ¿cómo no me habla, cómo no se alegra? á esto respondió: «Hermano, el asnillo está fatigado, pero ya está aparejado para partirse de aquí á ocho dias.»

Así sucedió, que siendo este dia mártes, el otro mártes murió, y el viérnes antes, velándole este mismo Hermano y viéndole fatigado, le preguntó qué sentia; el Hermano respondió que no sentia nada, y de allí á un rato le dijo: «Cierto, Hermano, que estoy el hombre más consolado del mundo.

Llegado el domingo, parecia estar al cabo, y así, el P. Provincial y otros Padres le asistian y ayudaban en aquel trance, pensando no llegaria á la noche, y un Padre le dijo: «¿No seria bueno, Hermano, que leyésemos la Pasion:» respondió: «Aún no es hora, yo avisaré á V. R. cuando lo será;» y replicando el Padre, que más valia entónces que tenia sentido, pues quizá despues lo perderia, respondió: «Sí tendré, Padre.»

El lúnes á la noche le veló este mismo Padre, y el Hermano allá muy tarde le dijo: «Ya es hora, Padre, de leer la Pasion.»

Juntó el Padre algunos otros de casa; y habiéndosela leido, despues de medio cuarto sobre la media noche, entrado ya el mártes, dió su espíritu al Señor con tan grande paz, suavidad y sosiego, que apénas los presentes lo advirtieron hasta que le vieron muerto.

Muchos de los Padres y Hermanos se arrojaron á sus piés, y se los besaron con gran veneracion y estima de su santidad.

Al punto que espiró, estaba un Padre grave durmiendo sobre la cámara del H. Jimeno, y de improviso recordó con algun pavor, y vió una grande claridad en el aposento, la cual en breve desapareció.

Murió á los 24 de febrero de 1579, y desde entónces hasta el dia de hoy se conserva muy fresca y olorosa la memoria de este tan santo Hermano, ejemplo y dechado de perfeccion para todos los Hermanos Coadjutores, y para los que no lo son.

El mismo dia de su dichoso tránsito, ó poco despues, se apareció al P. Baltasar Alvarez en un aprieto que tuvo en su camino, lo cual fué de esta manera, que aunque se refiere en la vida del P. Baltasar Alvarez, es tambien aquí su propio lugar.

Habiendo acabado el venerable P. Baltasar su visita de Aragon con tanta satisfacion de toda la provincia, que sintieron mucho su partida y le pidieron por su Provincial con grande encarecimiento, y habiéndose despedido de todos y del P. Provincial Pedro de Villalba, que le acompañó hasta la villa de Agreda, que está en la raya de Castilla, y con muchas lágrimas se apartó de él; prosiguió su camino con su compañero, pasando por Cervera su patria, donde se detuvo pocos dias, y de allí se partió para Búrgos.

En este camino, tambien como en otros, experimentó la providencia paternal que nuestro Señor tenia con él y con los que le acompañaban, que entónces era un hermano suyo hombre de cuenta, que se decia Gaspar Alvarez, el cual con un mozo que llevaba de á pié, salió con él, determinado de acompañarle hasta Búrgos.

Hacia un tiempo muy trabajoso de agua y nieves, y estaban tales los caminos en algunas llanuras, que más parecian lagunas que caminos; pero el último dia fué más trabajoso, porque les llovió todo el dia sin parar.

Llegaron á hora de comer á una posada donde estaban unos hombres jugando y perjurando el santo nombre de Dios á cada palabra.

Pidióles el santo varon que por amor de Dios no jurasen; mas, como estaban encarnizados en el juego, no tomaron su aviso, ántes se empeoraron.

Esto le daba tanta pena por ver á su Dios ofendido, que sin esperar más á que descansasen las mulas, ni á que se aderezase la comida, él mismo se entró por la cabalgadura y se salió luego, obligando con esto á los demás á que le siguiesen.

Anduvieron algunas leguas lloviendo á cántaros, sin topar lugar ni persona que les enderezase.

Iba el santo Padre de ordinario un tiro de piedra delante de los demás

por irse en oracion; pero, llegando á un llano tan lleno de agua que parecia un rio, como era ya noche y no podia topar el camino por donde se habia de ir, hubo de aguardar á los demás, los cuales llegados, no sabian qué se hacer, porque veian á todos lados grandes atolladeros.

Pidióles el santo Padre se encomendasen á nuestro Señor, y tuviesen confianza que los ayudaria y guiaria.

Hiciéronlo todos así, y despues de haber estado un rato parados y haber dado algunas voces para ver si les oia alguno que los guiase, como no lo hubiese, acudió nuestro Señor con su presto socorro, porque vieron venir de repente un hombre en un cuartago blanco; el cual, juntándose con ellos, les preguntó que adónde caminaban, y como le respondiesen que á Búrgos, dijo él con muy buena gracia: «Pues vamos todos allá, síganme, que yo sé bien el camino, y por donde yo entrare podrán entrar seguramente.»

Iba delante con su caballo blanco, que por serlo, aunque era de noche, podian mejor divisar la guía.

Encontraron un jumento caido debajo de una carga de leña, y á un muchacho cabe él muy afligido que le llevaba, y el de á caballo, sin detenerse, con solo tocar al jumento le levantó del suelo en un momento.

Reparaban á veces en seguirle, viendo que los metia por el medio de las aguas, sin parecer camino; mas con todo eso le seguian, porque les aseguraba y quitaba el miedo con el gran ánimo que continuamente les daba.

Pasados aquellos lagunajos, se juntó con el P. Baltasar, yéndose los dos un gran trecho delante, hablando en buena conversacion.

Su hermano del Padre, viéndolos caminar tanto, y que el mozo de á pié no podia seguir su paso por ir ya cansado de los muchos lodos, les dió voces, diciendo al santo P. Baltasar que no anduviese tanto, y que tuviese compasion de aquel mozo de á pié, y áun de todos, que los llevaban arrastrando.

No hubo acabado de decir esto cuando vió junto á sí y al mozo al que iba en el cuartago blanco, con estar bien apartado, como se ha dicho; y asiendo de la mano al mozo, le subió á las ancas con tanta facilidad, como si fuera de paja, y luego se tornó á su plática como antes, hasta que llegaron á Búrgos á las diez de la noche.

Quiso el P. Baltasar despedirse de su guía por tratar con su hermano lo que habia de hacer en Búrgos; mas la guía no admitió esto, diciendo que los queria poner á la puerta de casa por donde habian de entrar, y que de allí se iria; y así, pasó adelante guiándolos, con el mozo á las ancas.

En llegando á la puerta, le dijo que se apease, y le puso el cordel de la campanilla en la mano para llamar, y al punto desapareció, sin verle ir por

una parte ni por otra, aunque el mozo atentamente miró por él, y los que venian atrás bien cerca tampoco pudieron verle, tanto que el hermano del P. Baltasar reparó en ello porque queria agradecerle la buena obra que les habia hecho, y preguntando á su hermano por él, respondió: «Fuése porque tenia que hacer.»

Con esto se entró en el colegio, y el hermano se fué en casa del doctor D. Juan Morales de Salcedo, su cuñado, donde contó lo que les habia sucedido como cosa milagrosa, afirmando que no podia ser sino ángel el que los habia guiado, porque otro que él, por bien que supiera el camino, no pudiera guiarlos como los guió por tantas lagunas, ni venido con tanta presteza adonde estaba el mozo, y subídole á las ancas sin otra ayuda con tanta facilidad, ni haber desaparecido tan de repente como desapareció.

Lo mismo afirmaba el criado y el H. Juan Navarro, compañero del P. Baltasar Alvarez, el cual dió á entender en secreto, que el del caballo blanco habia sido el H. Juan Jimeno, cuya muerte habia sucedido en este mismo tiempo, y fué enviado por Dios á guiarlos, y que le habia dicho: «Porque me honraste en vida, me ha Dios enviado á que te saque de este peligro.»

Y aunque el santo varon con su humildad queria encubrir y deshacer este milagro, mas no bastó á quitar lo que los otros tres habian publicado con tanta verdad y aseveracion.

Y es muy creible haya querido nuestro Señor que aquel bienaventurado Hermano pagase de esta manera el bien que habia recibido del santo Padre, haciéndole particionero de su gozo en la larga conversacion que con él trajo por el camino, y librando á él y á sus compañeros del peligro sobredicho.

La vida de este observante Hermano escribió el P. Luis de la Puente en la vida que imprimió del P. Baltasar Alvarez.

Tambien la dejó escrita el P. Pedro de Rivadeneira en la *Historia de la Asistencia de España.*

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO BORRASA

FUÉ este insigne Padre, natural de la ciudad de Mallorca, varon admirable en letras y virtud; leyó las Éticas de Aristóteles en Roma, de que tuvo por discípulo á nuestro P. General Cláudio Aquaviva, que entónces era seglar.

Leyó un curso en Dilinga y tres en París con tan gran opinion, que le llamaban el filósofo, y llegó en uno de ellos á tener quinientos discípulos.

Pero lo que en él fué digno de mayor alabanza, era saber juntar tan raro caudal de ingenio y letras con una profunda humildad y candidez de paloma.

Su devocion y obediencia honró nuestro Señor con sucesos milagrosos. Mandándole su Prelado traer una golondrina que estaba en un árbol, sujetándose con obediencia ciega al mandato peregrino de su Superior, la tomó y trujo con admiracion de todos.

Murió en el Señor en el colegio de Valencia ó Gandía, año 1581.

Escribió muchas y eruditas obras en todas materias que no pudo sacar á luz por habérselo estorbado la muerte tan temprano.

P. NIEREMBERG.

P. DOCTOR MIGUEL GOBIERNO

AUNQUE los padres de este admirable varon fueron naturales de Ibdes, villa principal en el reino de Aragon, jurisdiccion de Calatayud, él nació en la ciudad de Zaragoza y fue bautizado en la parroquia de la Magdalena; y así, cuando venia de nuevo á aquella ciudad, iba á visitar aquella iglesia y se abrazaba con la pila bautismal y la besaba muchas veces con grande devocion, reconociendo el alto beneficio que en ella Dios le habia hecho con el santo bautismo.

Como una vez no la hallase en su lugar, sintió desconsuelo, hasta que, habiéndola buscado, la halló en otra parte, donde satisfizo á su acostumbrada devocion.

En la niñez y en la ciudad misma de Zaragoza le libró Dios de grandes y manifiestos peligros, siendo indicios grandes que le guardaba para grandes empresas de virtud y doctrina evangélica.

Un toro bravo pasaba por la puerta de su casa, y los de ella, porque no se les entrase dentro, cerraron una puerta, con que quedaron cerrados.

Venia á la sazon el niño huyendo del toro para guarecerse en su casa, y sin saber cómo se halló dentro de ella en salvo, cosa naturalmente imposible, hallándose antes muy cerca de los cuernos del toro.

Otra vez entró en el rio Ebro, y sin saber nadar, le llevó la corriente, y el niño medio ahogado levantó el corazon á Dios pidiéndole favor; sintió luego firmeza en la arena, como si fuera peña viva, y estribando en ella se vió fuera del agua y sin peligro.

Otra vez en Ibdes uno le asestó con un arcabuz, y al tiempo que iba á disparar, se atravesó delante otro muchacho y así le libró Dios.

Otros peligros semejantes á estos contaba, y decia que habiéndolos referido una vez en medio del refectorio de Alcalá como beneficios insignes de Dios, el P. Rector y los demás se levantaron de la mesa en pié, y en accion de gracias dijeron el *Te Deum laudamus.*

De Zaragoza, siendo niño, fué con sus padres á Ibdes, donde se acabó de criar, y aunque era algo colérico, presto se reconocia y enmendaba cualquier exceso que hubiese tenido de esta pasion, como lo hizo una vez en un acometimiento juvenil que tuvo contra otro; le oyeron luego que se estaba disciplinando en su aposento, queriendo tomar por sí el castigo de su culpa.

Como mostraba grande viveza de ingenio y habilidad para estudiar, le enviaron sus padres, oida la gramática, á la Universidad de Alcalá para oir despues el curso de Artes, donde fué señaladísimo nuestro Miguel en la feliz memoria y poesía.

Por estas habilidades se le aficionaron algunos príncipes que le conocieron allí y le quisieron tener en su servicio.

Siguiólos fuera de Alcalá algun tiempo; pero en breve, considerando lo mejor y lo poco que podia medrar en palacio, se volvió á sus estudios á Alcalá, donde le llamó Dios para el suyo en la Religion de la Compañía.

Fué recibido en el colegio de Alcalá el año de 1551, oida la Filosofía, y luego fué al de Gandía á oir la Teología, y juntamente á tener su noviciado.

Luego el año de 1554 fué enviado al colegio de Valencia á proseguir su Teología, donde la acabó; y áun antes de tener edad para ordenarse de sacerdote, tuvo cargo de aquel colegio, porque el Rector, que era entónces el P. Bautista de Barma, tenia cargo de toda la provincia.

En Barcelona fué un poco tiempo Superior y quitáronle presto de este

oficio porque se afligia mucho con él, y para que atendiese del todo al de la predicacion, para el cual Dios le habia dado raro y extraordinario talento el cual ejercitó continuamente por espacio de veinte y seis años en las ciudades de Zaragoza, Barcelona, Valencia, Múrcia, Toledo, Madrid, Alcalá y otras ciudades de España, con tanto aplauso y concurso, que era bastante prueba de lo que Dios se servia de su doctrina y trabajos.

Predicaba en aquel tiempo un insigne predicador llamado Gallo; y así decia el rey Felipe II: «Bien canta Gallo, pero lindo es el *Laúd,* llamando así al P. Gobierno porque era corcovado.

Y el príncipe D. Cárlos, su hijo, gustaba tanto de oir á este apostólico varon, que dejaba cualquier otros predicadores, por famosos que fuesen, y aun que le tuviesen puesto el sitial y cortina, se iba á oir al Padre á la iglesia donde predicaba.

Un dia topándole en la calle el príncipe, le dijo: «Bien gobernais vuestro púlpito, Gobierno,» y lo mismo decia en su ausencia, repitiendo: «El P. Gobierno bien gobierna su púlpito.»

Su talento principal en este ministerio consistia, no en reprensiones ásperas que algunos usan santa y provechosamente, pues con ellas alcanzan que los pecadores reconozcan sus pecados y se aparten de ellos, sino en razones y sentencias dichas con mucha devocion y dulzura de palabras, y con estilo tan apacible que deleitaba los oyentes; y así, por este medio de suavidad y blandura alcanzaba lo que otros con rigor y aspereza.

Predicaba una vez en Madrid este apostólico Padre á las mujeres públicas con el sosiego y blandura que solia. Hallóse presente el P. Ortiz, de la Orden de San Francisco, y díjole: «Padre, á estas mujeres no se les ha de hablar con tanta blandura, déjeme á mí con ellas.»

El siervo de Dios cruzó entónces sus brazos y calló. El P. Ortiz desde las gradas del altar les habló con grande fervor de la muerte, del juicio y del infierno, pero sin fruto.

Dióse por vencido con esto y dijo al P. Gobierno que prosiguiese, el cual tomando ocasion del P. Ortiz, les dijo: «Mirad, hermanas, qué duras que sois, que habeis obligado al P. Ortiz á que tome la mano con su mucho fervor, y con todo no ha hecho mella en vosotras, y prosiguiendo con razones vivas y tiernas, fué Dios servido que algunas se redujesen.

Tenia este insigne predicador del Evangelio muy clara y suave la voz, las acciones graciosas y, sobre todo, felicísima memoria; y así, recitaba grandes pedazos de la sagrada Escritura y de sus santos Doctores, como si los fuera leyendo, de modo que los oyentes salian de sus sermones admirados, devotos y aficionados á las cosas celestiales.

A veces eran tantas las lágrimas de devocion que derramaba, que ablandaban los corazones más duros del auditorio.

En Gandía, predicando de la Transfiguracion, se quedó elevado de pura devocion y ternura.

Predicando otra vez en el hospital de Zaragoza la Pasion, la ponderó de esta manera: «Si solos los dolores y Pasion de nuestro Señor Jesucristo, si se piensan como es justo, causan grande sentimiento en el corazon más duro y empedernido, ¿qué seria en Cristo el padecerlos?»

Y en el mismo punto que dijo estas palabras se le fueron las lágrimas con tan grande ímpetu que estuvo un rato sin poder ir adelante, aunque se hizo mucha fuerza para reprimirlas.

Conocia él mismo el metal de su talento y decia que no le mandasen reprender, porque en tratando de reprension se hallaba perdido; aunque cuando juzgaba ser necesario, no le faltaba la debida libertad para reprender los excesos, como se vió en Valencia en el sermon que predicó el dia de S. Nicolás Obispo acerca de las cortesías y ceremonias de la Misa; porque el virrey pretendia que se le habian de hacer á él primero que al sacerdote, como en efecto se hizo.

El Arzobispo, juzgando que estas cosas eran en menoscabo de la dignidad sacerdotal, procuraba estorbarlas con avisos y otros medios suaves, aunque no fueron de efecto.

El pueblo favorecia al partido de la Iglesia; y así, no podia dejar de haber gran alboroto y escándalo, viendo desunidas las dos más principales cabezas de aquel reino, y con más ofensas de nuestro Señor que en otro tiempo.

Considerando esto el P. Miguel Gobierno y deseando como gran siervo de Dios por su parte y conforme á la obligacion de su oficio obviar estos inconvenientes y daños, significó un dia al virrey en el púlpito cómo deseaba curar aquella enfermedad que entónces corria.

Aunque el Padre dijo lo que juzgaba convenia con la modestia y prudencia que se deben decir las verdades á semejantes príncipes, con todo, el virrey mostró sentimiento, haciendo informacion rigurosa contra el predicador, valiéndose para ello de los Inquisidores, y ordenó que el Provincial lo desterrase de Valencia.

Pero como no se halló causa para el castigo, diéronse largas para que se compusiese el negocio; mas el virrey quiso que el Consejo real juzgase y sentenciase la causa.

Aunque se tuvo por cierto que le habian de prender, nunca se entristeció ni arrepintió de lo que habia predicado; mas antes con ánimo intrépido y constante, se apercibió con la Misa y estuvo algunas horas en la huerta de

Valencia con su breviario y Biblia aguardando si venian á prenderle: y como tenia gracias á lo divino, dijo que queria fuese su prision en el huerto, como la de Cristo Señor nuestro.

El negocio se vino á componer, porque los nuestros por bien de la paz le enviaron á predicar á otro lugar.

Con haber andado, visto y experimentado tanto, no sabia pensar mal de nadie, ni podia creer que ninguna persona estuviese en pecado mortal; y de este piadoso engaño procedia el ser tan moderado en las reprensiones del púlpito.

Habiendo oido una en Zaragoza en un sermon fuera de nuestro colegio, y habiendo reprendido el predicador algunos pecados contra justicia muy ásperamente, el Hermano que le acompañaba le dijo que corria grande peligro la salvacion de los que tales cosas hacian.

Preguntándole que si uno que pide mucho mayor precio de lo que vale la cosa con ánimo de quedarse con ello, peca mortalmente, respondió el santo varon que sí; pero que no habia hombre que tal pidiese, y añadió: «Si lo que el Padre predicador ha dicho, fuese así, no hay duda; pero no puedo persuadirme haya hombre en el mundo que tal haga;» argumento cierto de la gran pureza de conciencia y de las entrañas tan sanas para con todos.

De aquí le nacia el contentarse con cualquiera sermon, moverse con él, y alabarlo despues, aunque fuesen los que nuestros Hermanos acostumbran predicar en el refectorio con poca prevencion.

Su humildad era admirable áun en el ministerio de la predicacion; porque muchas veces, antes de componer el sermon, se iba á los Hermanos novicios, y proponiéndoles el Evangelio, les pedia conceptos sobre él, y los notaba y despues los predicaba.

De manera que, siendo tan grande predicador, tenia mejor concepto del ingenio y espíritu del novicio de cuatro dias que de sí mismo, que habia tantos años que no hacia otro oficio con tanta ventaja.

En Valencia se le ordenó hiciese un viérnes una plática á los de casa, que suele durar por lo ménos media hora; él no llegó á cuarto y medio, y preguntado cómo no habia cumplido con el tiempo ordinario, respondió que se atajaba delante de los siervos de Dios.

Para alcanzar esta y las demás virtudes, le valió mucho á este insigne varon haber alcanzado aquellos fervorosísimos principios del colegio de Gandía, seminario de eminentes varones en virtud, de los cuales era Maestro y Superior el gran P. Bautista de Barma.

Y en confirmacion de esto, el P. Baltasar Piñas, varon de admirable santidad, en una carta que escribió desde Lima al P. Gabriel Alvarez acerca de

los religiosos mas señalados de la provincia de Aragon, afirma lo siguiente:

«Conocí en Gandía al P. Gobierno, á quien Dios ilustró el entendimiento con una luz del cielo extraordinaria, y juntamente le encendió el afecto de tal suerte, que llegó á ser hombre de profunda oracion y trato familiar con Dios.

»Era dechado de toda virtud, y yo le conocí despues en Barcelona, Rector de aquel colegio; predicaba aventajadamente con mucha facilidad y levantados conceptos.

»Era de apacible y agradable condicion, y de natural gracia para decir dichos agudos y graciosos.

»Hacíase tanto caso de él, que tres veces le enviaron á Roma en la provincia de Toledo.» Hasta aquí el P. Baltasar Piñas.

Tenia muy larga oracion retirada este siervo de Dios, y todo lo demás del dia andaba como enajenado de sus sentidos.

El P. Matías Barrasa, hablando de él en este tiempo, dice así: «Yo le conocí Hermano, y era tan dado á la oracion, que siempre iba como absorto, y algunas veces se encendia tanto, que parecia un fuego.»

El mismo confesó de sí al P. Francisco Baldo, que cuando iba por los tránsitos de Gandía, andaba tan absorto que le parecia no tocar con los piés en tierra.

Y porque con tanta y tan larga suspension de sentidos y recogimiento de espíritu vino á perder la salud, ordenáronle los Superiores por consejo de los médicos que se divirtiese de pensar tanto en Dios y en sus cosas.

El por obedecer hacia cuanto podia en esta parte; pero podia ya poco, por estar Dios tan apoderado de todas las potencias de su alma.

Predicando una vez en el refectorio del colegio de Gandía, se quedó arrebatado, y acabada la cena, lo vieron bajar del púlpito sin sentido.

En la oracion retirada estaba inmoble. Antes de comenzarla, algunas veces se disponia cantando alguna cancioncita devota al niño Jesus, del cual y de los misterios de su niñez, fué por extremo devotísimo.

Tenia siempre en su aposento un Niño Jesus de bulto sobre un púlpito, con el cual se regalaba extraordinariamente, y se bañaba en devocion y lágrimas; y cuando entraban algunos de casa, les mostraba al Niño Jesus, del cual decia muchos conceptos de agudeza, devocion y donaire, como era que aquel Niño sabia toda la Biblia de memoria, que era su predicador y le enseñaba todo cuanto habia de predicar, y otras gracias á este modo.

Oíansele coloquios muy regalados y afectos muy tiernos. Rezaba el rosario del nombre de Jesus.

Era tan grande el afecto de ternura para con el Niño Dios, que se derre-

tia y resolvia en lágrimas, y llegó á enflaquecerse de manera, que le mandaron suspender las meditaciones del Niño Jesus.

Mas como un dia entrase en la librería, al tiempo de abrir la puerta, topó al Niño Jesus, y maravillado el P. Gobierno, le dijo: «¡Qué notable sois, Señor! ¿No sabeis que me han puesto entredicho en la meditacion de vuestros misterios?

Entónces el sagrado Niño con un agrado celestial le respondió: «Ve, y pide licencia para contemplarme y comunicarme.»

Fué el santo Padre, y conseguida licencia, volvió volando, y se regaló con el sagrado Niño muy á su sabor.

Con estos regalos y afectos tiernos que tenia con este dulcísimo Señor, le comunicaba luz, con la cual decia algunas cosas por venir, como fué, que viendo pintar una vez al H. Mayorga, le dijo: «H. Mayorga, mejor me parece para mártir que para pintor,» profetizándole lo que le sucedió, que fué luego al Brasil, donde murió mártir.

Escribia este devoto Padre por el órden de los meses todos los Santos que le caian en cada uno de ellos, y haciendo una letanía de ellos, le rezaba cada dia; teníalos en un papel fijado en la puerta del aposento por parte de dentro para refrescar la memoria, y encomendarse á ellos á la salida y entrada.

Estando en la casa de campo del colegio de Alcalá los veranos, cuando echaban ménos al P. Gobierno, era muy ordinario hallarle entre las encinas y robles elevado; y así, decia el P. José de Acosta: «El estará en lo que suele,» y el mismo Padre le llamaba gran maestro de oracion.

Lo mismo le sucedia en Tarazona. Ibase á tener oracion á la Rubiana, alameda de grandísima amenidad y recreacion, y allí con la música de los ruiseñores se transportaba como en las encinas de Jesus del Monte.

Era muy devoto de los Santos, leia muy á menudo sus vidas, veneraba sus reliquias, y visitaba sus santuarios de cualquier parte donde estuviese de asiento, ó pasase de camino; y así, era mucho lo que habia visto de este genero en España, Francia, Roma y en lo restante de Italia.

Apénas predicaba de santo, de cuyo cuerpo ó reliquia notable no hablase como testigo de vista, con grande admiracion del auditorio.

Predicando en la iglesia de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, contó la invencion de los cuerpos de Sta. Magdalena y sus compañeros en la ciudad de Marsella, con tantas noticias, que el año siguiente, habiendo de predicar el mismo dia, le rogaron les volviese á referir la misma historia.

Y quien era tan devoto de los Santos, no es maravilla tuviese devocion al autor de toda santidad, Cristo nuestro Señor.

Principalmente le adoraba en el Santísimo Sacramento del altar; allí era donde él se derretia en lágrimas, y se abrasaba en llamas de amor divino.

En las Misas que decia en las festividades de Cristo nuestro Señor, de su Santísima Madre, de la Conversion de S. Pablo y de la Magdalena, eran sus ojos dos fuentes de lágrimas muy copiosas, como si él hubiera sido un gran dísimo pecador.

El dia de la celebridad de Todos Santos, al tiempo que comenzó á pronunciar las primeras palabras del Intróito de la Misa: *Gaudeamus omnes in Domino,* cumplió tan á la letra lo que la santa Iglesia allí nos dice, que comenzó á llorar hilo á hilo de puro gozo y ternura, de forma que apénas podia pasar adelante.

El P. Jerónimo Domenech dejó escrito de su mano de este siervo de Dios lo siguiente: «El P. Gobierno, estando malo y viniendo el Santísimo Sacramento á su aposento, tenia el cuerpo decentemente cubierto, salió con mucha prontitud de la cama, y arrodillóse en tierra, adonde con mucha devocion recibió el preciosísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

»Y en el tiempo de su última enfermedad, que fué larga, como no pudiese predicar ni hacer ningun otro ministerio, todo era darse á Dios y unirse afectuosísimamente con Él y visitar muy á menudo el Santísimo Sacramento, y casi vivia tanto en las tribunas de la iglesia como en su aposento.»

Cuando estaba impedido para decir Misa, se hacia llevar en brazos á recibir la sagrada Comunion.

Esta devocion acompañaba con la de nuestra Señora, la cual era tiernísima, y contaba este venerable Padre cómo en dias de esta Señora habia nacido, entrado en la Compañía, dicho la primera Misa y recibido otros muchos beneficios, de quien tenia singular memoria y pedia muchas veces licencia para contarlos en el refectorio, con grande edificacion y devocion de los oyentes.

La caridad para con sus Hermanos era conforme á la que tenia para con su Dios, en quien y por quien los amaba á todos con un amor tierno y suave, acomodado á la dulzura y ternura de su corazon y entrañas, las cuales se mostraron en muchas ocasiones en que se descubrió mejor esta virtud.

Para todos los Padres y Hermanos era una miel cuando le trataban en particular, y para todos juntos, en tiempos de recreacion, era la misma sal, acompañado siempre de espíritu y devocion; porque todas sus gracias eran de cosas espirituales y devotas.

Hablaba bien de todos, y de su boca ninguno oyó queja ni murmuracion.

En un camino que hizo topó una gran tropa de caminantes, los cuales como le vieron cargado de espaldas, comenzaron á chancear con él, tomando ocasion de aquel defecto natural, y uno de ellos le dijo: «¿De dónde es el

corcovado?» El humilde Padre, quitándose el sombrero, con mucha serenidad y mansedumbre respondió: «Señor, de las espaldas;» con que los caminantes, y señaladamente el que hizo la pregunta, enmudecieron, sin tener que replicar palabra, y picando las mulas, pasaron adelante á toda diligencia, quedando tan corridos y avergonzados de su mal término, como edificados de la mansedumbre y cortesía del P. Gobierno.

Crecia esta caridad con los enfermos de casa; visitábalos muy á menudo, consolábalos y hablábalos dulcemente de nuestro Señor, contándoles muchas cosas de mucho gusto y edificacion, de las que á él le habian acontecido; hacíales las camas cuando era menester.

Visitando una vez los enfermos, le advirtieron que la enfermedad era contagiosa, y él respondió que, aunque corriese peligro, no dejaria de visitarlos, posponiendo su salud al consuelo de sus Hermanos.

Con los seglares en particular trataba muy poco, visitándolos pocas veces; y decia que al predicador no le habian de ver ellos sino en el púlpito, y era cosa de grande maravilla oirle en este.

Mas en una conversacion de seglares no parecia él mismo, sino otro muy diferente, porque en estas conversaciones no tenia cuatro palabras, y estaba como vendido, guardándolas todas para cuando estuviesen juntos; mas si no les ayudaba con palabras, lo hacia con obras, conforme las ocasiones y á su instituto, y si eran pobres, con abundantes limosnas.

Por el año de mil y quinientos y sesenta, el monasterio de las monjas de S. Jerónimo de Barcelona estaba muy abierto y sin género de clausura; porque salian las monjas de él siempre que querian de dia y de noche en compañía de caballeros, con mucha nota y escándalo de la ciudad.

Confesábase con el P. Miguel Gobierno la Priora, y ambos deseaban con extremo la clausura de aquel convento; y como el caso era difícil, concertaron que el siervo de Dios negociase en Roma que su Santidad enviase dos Breves para este efecto, el uno para el Obispo de Barcelona y el otro para la Priora.

Traidos los Breves, para que se hiciese la clausura con ménos ruido, se tomó este medio: «Mostráronse los Breves á un caballero confidente, para que publicase cómo habia un Breve del Papa para el Obispo, en que le daba órden se redujesen á clausura las religiosas de S. Jerónimo, las cuales luego que esto supieron, se alborotaron en gran manera.

La Priora disimulando, les dió á entender que no sabia más en aquel negocio de lo que se decia públicamente, mostrando sentimiento de ello; mas que les aconsejaba acudiesen al P. Miguel Gobierno, Rector del colegio de Barcelona, hombre de tantas letras y santidad.

Vinieron bien en este acuerdo, y al anochecer, las más principales se fueron juntas al colegio, y dieron cuenta al Padre de lo que pasaba, y le pidieron su parecer.

El santo varon les dijo que, cuanto á lo del Breve, era cierto haber venido y que él lo habia visto, y añadió: «Si me quieren creer, tómense la mano y gánense la honra, encerrándose Vs. Ms. mismas; porque si lo hacen por fuerza, será muy grande, porque con el Papa no hay resistencia, y no les darán limosnas (que entónces las habian menester, porque no tenian más de cincuenta escudos de renta) y si lo hacen de su voluntad, ganan honra y provecho, y yo me ofrezco á procurarles mil escudos de limosna, y los oficiales que trabajan en este colegio en la obra, irán á cerrar las puertas y hacerles el torno.»

Dijo esto el prudente Padre, con tan buen término y razones, acompañadas de un espíritu y celo de Dios, que les persuadió lo que quiso, y se concluyó en breve un negocio que, si se llevara por otro camino, habia que hacer muchos años y costara mucho desasosiego y ofensas de Dios; porque las monjas eran principales y tenian muchos deudos.

Como el P. Gobierno lo encaminó, se hizo sin el menor ruido, tan de improviso, que á la mañana siguiente cerraron las puertas é hicieron torno, con grande admiracion de toda la ciudad, con sentimiento de algunos caballeros mozos y con edificacion y gusto de los que eran cuerdos y cristianos.

El virrey, á peticion del Padre, les dió seiscientos ducados y cuatrocientos otras personas particulares, con que quedaron aquellas señoras muy agradecidas á él y á toda la Compañía, y desde entónces comenzaron á tener la clausura y observancia religiosa tan grande, que hasta hoy dura en aquel insigne monasterio.

Aunque este siervo de Dios no podia acudir como él quisiera á la salud espiritual de los prójimos, por atender mejor á los estudios, meditacion y oracion, tan importantes para el púlpito; pero á falta de otros, acudia de buena gana al confesionario.

Una vez en Gandía le dijo el sacristan si queria confesar unas mujeres aldeanas, que no habia por entónces quien lo pudiese hacer.

El Padre fué con diligencia, formando queja de que en aquel caso le dijese si queria.

Arrostraba poco á confesar señoras, y daba la razon; porque las tales hacen punto de honra en confesarse con los predicadores, ocupándoles el tiempo debido á sus estudios, y se deshacen de sus antiguos confesores, de que se les sigue daño de sus conciencias.

Hizo una mision á Tarazona en tiempo de caniculares, y predicaba cada

semana tres y cuatro sermones, y, sin estos, confesaba todas las tardes, de modo que apénas hubo persona principal, así de hombres como de mujeres que no se confesase con él; hasta los mismos capitanes venidos de Flandes hacian confesiones generales con el Padre; fué mision de notable mocion y fruto. Al fin de su vida y cuando ya no predicaba, por no estar ocioso se aplicó á confesar niños para desocupar á los otros Padres que pudiesen confesar á los grandes.

En Zaragoza acompañaba á un sentenciado á quemar, relajado por el santo Oficio y por el camino le dió por devocion que repitiese muchas veces estas palabras: «Jesus dulcísimo, Esposo de mi alma, pésame Señor de haberos ofendido, enamoradme de vos, yo os doy mi corazon, Señor, recibidlo vos.»

El hombre lo hizo, y fué tan grande el sentimiento que Dios le comunicó, y tan grande el júbilo, que no se podia explicar; y el mayor y mejor efecto fué que el hombre dijo al Padre, que no estaba bautizado, y hecha suficiente averiguacion, se entendió ser así: bautizáronlo en el camino y murió con grandes esperanzas de su salvacion.

Donde se confirma que este insigne varon, aún á los muy duros y groseros, con palabras tiernas y regaladas los persuadia, y cuando era necesario rigor, no queria mostrarlo en las palabras que decia á los otros, sino con obras para consigo.

Estaba en el colegio de Barcelona un Hermano de la Compañía, tentado de la vocacion y muy terco en ella, sin querer jamás reconocerse, aunque se habian tomado todos los medios posibles.

Al fin el P. Gobierno con su mucha caridad y celo, entró, desnudas las espaldas y con las disciplinas en la mano, en el aposento del tentado, en su presencia, y por él se azotó rigurosamente y le dijo palabras de mucha severidad, y con esto le ablandó y redujo á lo que deseaba.

Y no sólo para corregir á otros, sino para corregirse á sí y mejorar el espíritu, era para su cuerpo rigurosísimo.

Cuando estaba en Gandía, en aquellos principios del colegio, hacian todo grandes penitencias, y entre otras muchas esta, que se disciplinaban fuertemente por largo espacio de piés á cabeza, sin dejar parte sana de su cuerpo.

En los otros rigores de abstinencia, vigilias, cilicios, dormir sin cama, el siervo de Dios era el primero, y así, andaba exhausto y consumido.

Despues en Barcelona á las noches desnudo del todo, se arrimaba a un puntal del terrado cuando se edificaba la casa, y allí reciamente se disciplinaba, de modo que dejaba salpicado de sangre aquel sitio; luego los Superiores le fueron limitando estos rigores.

Era este humilde Padre muy sufrido; si los que le servian cuando estaba enfermo, le hacian alguna falta por descuido, él no abria su boca para advertirla; y rogándole una vez un Hermano le avisase de lo que faltaba en esta parte, respondió: «De eso me guardaré yo bien.»

En una enfermedad muy prolija y penosa, si le daban bebidas muy amargas y otras medicinas muy molestas, tomábalas todas con admirable paciencia y sobre todo la tenia, con grande gusto de verse de nuestro Señor tan mortificado.

Huia de las personas que le honraban, como los del mundo huyen de quien los deshonra.

Mostró bien esta humildad en algunas ocasiones, como fué la de Valencia, cuando salió de allí como desterrado á Gandía, en la cual ocasion escribió al vicecanciller de Aragon una carta, que en sustancia decia así:

«A mí ninguna cosa, señor, se me pudo mandar de mayor gusto y consuelo que ir á Gandía, porque me sucede lo que á un niño, que huyendo de algun peligro, da en los brazos de su madre, y Gandía es mi madre y donde Dios me ha hecho muchas mercedes y espero me las hará tambien ahora.

»Pero lo que yo siento es, que se cierren las bocas de los predicadores, para que no ladren como buenos y fieles mastines en la Iglesia de Dios, desmayando muchos pusilánimes por temor en hacer su oficio y predicar con entereza y debida libertad.»

En estas breves razones descubrió el P. Miguel Gobierno muchas de sus virtudes, y con este trabajo y persecucion quiso el Señor apurarlas y perfeccionarlas.

Con la misma humildad recibió de la mano de Dios este su siervo otra humillacion; porque en Zaragoza, predicando en la iglesia Catedral á un grande auditorio, se le olvidó totalmente el sermon, dándole un ramo de apoplegía en el cerebro, que de allí á un tiempo bajó tambien á la lengua, y así, le inhabilitó del todo para el púlpito, quitándole Dios las dos más aventajadas partes para aquel oficio, que era la lengua y la memoria.

Despues, el dia de la Circuncision predicó en la Casa Profesa de Valencia, y dijo en el sermon los muchos años que habia ejercitado aquel oficio, como despidiéndose de él; y fué el postrer sermon que predicó, y áun en él se le conoció el accidente de la apoplegía.

Y viéndose privado del ministerio de la predicacion, lo llevó con increible mansedumbre y humildad, pidiendo de continuo á Dios que el mundo lo despreciase y pusiese en olvido.

Cumplióse su peticion, y dos años antes de su muerte vivió con este olvido; y por no estar del todo ocioso, tomó el ser confesor de niños, hecho

como uno de ellos en la puridad de costumbres y en la condicion de esta edad, no tanto por la mucha edad como por la fuerza de humor, la cual era tan grande, que en un Credo le hacia llorar y reir, añadiendo á esto una simplicidad y humildad acompañada de prudencia; y así, decia el P. Antonio de Araoz: «El P. Gobierno es muy grande amigo de la simplicidad, pero no es nada simple.»

Aquella virtud le inclinaba á que gustase mucho de conversar con los novicios.

En Zaragoza, sacando los novicios ciertas basuras á la calle, movido de esta santa envidia, pidió licencia al Superior y empezó á sacarlas, y ayudar, y animar á los otros con su ejemplo.

Pero lo que más es, que siempre procuró con todas veras ser siempre súbdito y nunca Superior de los otros.

Las dos veces que fué Rector mostró serlo contra su gusto, que haciendo burla del rectorado, decia con su acostumbrada gracia: «El H. Raton es Rector,» porque áun antes de ser sacerdote le dieron aquel cargo.

La segunda vez que fué á Roma á la tercera Congregacion general en que fué electo nuestro P. Everardo Mercuriano, le quiso hacer Provincial de la provincia de Toledo.

El humilde Padre se excusó y lo rehusó con tanto cuidado, que por no afligirlo, lo dejó de hacer nuestro Padre; y cuando se fué, le dejó un memorial largo de sus faltas, rogándole que, si acaso tratase más de hacerle Superior, leyese primero aquel papel, pareciéndole al humilde Padre que probaba con tanta evidencia su inhabilidad al oficio, que ella sola le aseguraba de ello.

Con todo eso, á la vuelta le nombró nuestro Padre por Superior de los Provinciales y de los demás Padres que venian á España, que eran muchos más de los que habian ido, y entre ellos personas de grande caudal.

Pero como el religioso Padre hacia poco caso de sí y ménos del oficio que traia, se hubo de tal suerte por aquel largo camino y posadas, que ninguno de los de fuera entendió que fuese Superior de los otros.

Para esto, en secreto daba órden de lo que convenia al que hacia oficio de Ministro, y el P. Gobierno lo hacia de servir y regocijar á todos con grandísimo consuelo y edificacion de aquellos Padres, que les tenia robadas las entrañas con la dulzura de las suyas y con tan profunda humildad y modestia.

Hablaba á menudo y con mucha gracia de su corcova, y para que por ella se riesen de él y lo tuviesen en ménos, aunque no salia con su intento, porque lo tenian en más.

Y echóse de ver tambien la humildad y menosprecio de sí mismo que tenia

este apostólico varon cuando una vez, habiendo de hacer una plática á la Comunidad, dió su sotana al ropero para que se la aderezase, creyendo que se la volveria á tiempo que le hiciese falta para la plática.

Tardó el ropero, y él sintió repugnancia en ir sin sotana y con sola la ropa á hacer su plática, y pareciéndole que aquella vergüenza nacia del apetito de honrilla, se fue por vencerlo á hacer su plática, y trató de esta materia, y con un ímpetu de espíritu que le sobrevino, arrojó la ropa y quedó en calzas y jubon, por triunfar de sí mismo.

En la obediencia fué admirable y la mostró en muchas ocasiones. Mandaba un Superior á un súbdito suyo cierta cosa, el cual, olvidado de lo que vale la obediencia, repugnaba á ello.

Acertóse á hallar presente el obediente Padre, y ofendido de ver la ofensa hecha á esta virtud, que él tanto estimaba, y como no sabia reprender con palabras, echóse en el suelo, y dijo: «Por obediencia á rodar, por obediencia á rodar;» y diciendo y haciendo daba vueltas rodando por el aposento del Superior, con que quedó el súbdito espantado, edificado y reconocido.

Era puntualísimo á la voz del Superior ó de la campana. Habiendo tocado á exámen de la conciencia, encontró á un Hermano y preguntóle dónde iba, y respondió que al aposento á examinarse en él. Dijo el P. Gobierno: «En oyendo la señal, luego comienzo á examinarme.»

Esto es cuanto á lo exterior de la obediencia: cuanto á la voluntad y juicio, que es el alma de esta nobilísima virtud, parecia un niño sin discurso, sin tener otro sentir ni querer más de lo que sus Superiores mostraban.

Su honestidad fué rara, y conservó por toda su vida la pureza virginal, segun se supo de él poco antes que muriese.

Para guardarse puro como un ángel, era muy circunspecto y recatadísimo en el tratar con mujeres; cuando sin poderlo excusar las hablaba, tenia los ojos bajos y áun las manos cubiertas.

Estuvo siempre muy despegado del afecto desordenado de los deudos, quedándose con el amor debido á los padres.

Mientras vivian, fue algunas veces á verlos y consolarlos á Ibdes, donde predicaba para consuelo y edificacion del pueblo; y dura en él hoy dia la memoria de su grande religion y ejemplo.

Muertos los padres, aunque le quedaban hermanos y otros parientes, nunca puso los piés en el lugar, aunque pasase cerca de él; y con poder con facilidad valerlos y adelantarlos en cosas del mundo, como quien estaba tan muerto á él, nunca quiso abrir su boca en este particular, pareciéndole que no era de su profesion; pues ellos tenian una moderada pasada, segun la calidad de su estado.

Habiendo, pues, este apostólico varon trabajado tanto en granjear virtudes para sí y almas para Dios, este Señor liberalísimo y fidelísimo en la remuneracion de sus servicios, tuvo por bien de dársela á este su grande y fiel siervo, llevándolo de este mundo á su celestial reino en la Casa Profesa de Valencia, á veinte y ocho de diciembre, año de mil y quinientos y ochenta y tres, habiendo vivido en la Compañía treinta y dos, y gastado los veinte y siete en la predicacion.

Escribieron la vida de este siervo de Dios el P. Cristóbal de Castro en la *Historia de Alcalá*, y el P. Pedro de Rivadeneira en la *Historia de la Asistencia de España*, y el P. Gabriel Alvarez en la *Historia de Aragon*.

P. NIEREMBERG.

P. MATEO ALBENOZA

FUÉ natural este insigne varon de Monesma ó Muniesa, en Aragon, religioso de muy sólidas virtudes, grande observancia, rara mortificacion, insigne mansedumbre y caridad ardentísima, íntimo devoto de la Vírgen, la cual, acompañada del Apóstol S. Pedro, le visitó y regaló á la hora de la muerte, y le infundió tanto consuelo, que cantando como divino cisne:

Véante mis ojos,
Dulce Jesus bueno,
Véante mis ojos,
Muérame yo luego,

le dió su espíritu, y fué á gozar el cumplimiento de sus santos deseos en Calatayud á veinte y dos de enero de mil y quinientos y ochenta y cinco.

P. NIEREMBERG.

P. JAIME BENEDICTO

El P. Jaime Benedicto fué natural de Montalvan, villa principal del reino de Aragon.

Entró en la Compañía el mes de junio del año de 1559, siendo él ya sacerdote y de treinta y dos años, y despues que entró fué un raro ejemplo de toda religion y virtud, y en vida era de los que le trataban tenido por santo.

Dióse luego á la union y trato familiar con Dios, y todas las horas que podia de dia y de noche se recogia á tener oracion, especialmente cuando alguna vez iba con los demás á la casa de campo; se desviaba de los otros, y por aquellos campos, clavando los ojos en el cielo, enviaba su corazon al Señor, envuelto en amorosos coloquios y encendidos suspiros.

Cuando relampagueaba, y tronaba, y al parecer se hundia el cielo con alguna tempestad, él se subia á los terrados de la casa con singular gozo, alabando y bendiciendo á Dios porque con aquel espanto y peligro de la muerte asombraba á muchos pecadores y les abria los ojos para que volviesen en sí é hiciesen actos de penitencia y contricion, estando él por una parte con gran seguridad y sin temor, y por otra, deseando que los pecadores le tuviesen, y por él viniesen al amor de Dios.

Siempre que hablaba, hablaba de Dios, y hacíalo con un fervor y gusto tan grande y con tal gracia, que le causaba en los que le oian; y no es mucho tuviese esta gracia, pues la pudo aprender de los santos y ángeles, con los cuales trataba en la oracion.

Y así, le observaron, estando orando solo en su aposento, que como otro S. Pedro mártir, le respondian los santos con voz sensible, que la oian otros que estaban fuera, hablando el siervo de Dios y respondiéndole otro colocutor del cielo.

Fué devotísimo de la Pasion de Cristo nuestro Señor y del Santísimo Sacramento, y de él hacia cada dia conmemoracion.

Tuvo asimismo cordial devocion á nuestra Señora, y en oyendo tratar de esta Soberana Princesa, se regocijaba, y llevaba consigo siempre una imágen suya, retrato de la que pintó S. Lúcas.

Muchas veces la sacaba, y arrodillado delante de ella, le decia palabras de grande afecto y regalo; porque despues de Dios toda su esperanza y amparo era esta Señora, y por su medio recibió mil favores.

Rezaba siempre de rodillas las Horas canónicas con mucha atencion y devocion.

Era muy aplicado á los ministerios de la Compañía, especialmente al del confesar, ayudar á bien morir y trato particular con los prójimos, con tanta continuacion y asistencia, que no se puede explicar con pocas palabras, porque su caridad era mucha, y su condicion muy blanda, y que no sabia decir de no.

El provecho de las personas que se confesaban con él era tan grande, que convidaba á todas las que deseaban la perfeccion que acudiesen á él, y el las acogia con toda benignidad, y las enderezaba, y daba remedio.

La modestia y compostura de su rostro y persona fué singular, no con semblante severo, sino grave; no austero, sino suave y apacible, como de un ángel.

Con sólo un mirar ó volver de ojos, componia á los que le miraban, y con dos palabras que él decia, traspasaba y ablandaba los corazones de algunos pecadores duros y empedernidos; de manera que cuando entraba en alguna casa ó andaba por las calles, alegraba á todos los que ponian los ojos en él, y con aquella modestia rara los aficionaba á la virtud.

Pues ¿qué diré de los que venian á él llenos de congojas, de perplejidades, temores, escrúpulos y desconfianzas, y con las conciencias enmarañadas y con dolencias de alma al parecer incurables? Mas oyendo dos palabras de este bendito Padre, se les serenaba el corazon, y se hallaba fácil remedio para lo que antes parecia que no tenia ninguno.

Muchas personas por su medio mejoraban sus vidas, y salieron del atolladero de sus vicios en que estaban, y perseveraron en la virtud.

Otras, haciendo divorcio con el mundo, se acogieron al puerto de la santa Religion; porque, como él era tan gran siervo del Señor, en cuantas cosas ponia su mano, el Señor ponia la suya.

Cuando le llamaban para algun enfermo, por el camino se informaba de la calidad de los de aquella casa y familia, é iba pensando, no sólamente lo que habia de decir al enfermo, sino tambien á los sanos que estuviesen presentes.

Tuvo muy gran paciencia en los trabajos que tomaba, porque eran grandes y la salud corta, y flacas las fuerzas.

Padecia un continuo dolor de cabeza y otro más penoso de corazon, y andaba siempre alegre, sobrepujando la abundancia de la divina consolacion y conformidad con el gusto de Dios á la tristeza natural del cuerpo.

Y así, decian los médicos que no podia naturalmente vivir mucho, y que casi vivia por milagro.

huian de este siervo de Dios los demonios; y así, estando en el colegio de Zaragoza á la muerte un Hermano novicio, con grandes ansias y desasosiego, y trasudando de congoja y agonía, dando señales que veia alguna cosa espantosa; entró á deshora á verle el P. Jaime Benedicto, y al punto el enfermo se quietó y serenó.

Mas en saliendo del aposento, el Hermano volvió á su primera inquietud, y esto le aconteció algunas veces entrando y saliendo, hasta que el Superior ordenó al Padre que se estuviese allí quedo, y que no se partiese hasta que el Hermano espirase; porque le dijo el Hermano, que muchos demonios se le ponian delante con espantosas figuras, y al momento que entraba el P. Benedicto huian y desaparecian; y así, se estuvo quedo hasta que murió el novicio con mucha paz y quietud.

Fué por extremo humilde y encubridor de los muchos y grandes dones que habia recibido de la mano del Señor, y no ménos obediente, sin tener aficion ni á lugares, ni á personas, ni á ministerios, ni á cosa de este mundo, sino sólo á Dios, y á lo que Él por sus ministros declaraba ser su voluntad y gusto.

Era tan grande el que tenia á todo lo que era obediencia, que no lo podia disimular, y por eso deseaba siempre andar ocupado por órden de sus mayores.

Cuando ellos, atendiendo á sus muchos achaques ó fiando de su mucha caridad y prudencia, le dejaban tiempo libre, él hallaba luego en qué ocuparse; porque nunca supo estar ocioso, sino muy atento y cuidadoso para todas las cosas del servicio del Señor, buscando siempre con vigilancia cuál era la mayor gloria de Dios y cómo se podian hacer las obras, por menudas que fuesen, perfectamente, y procuraba que los otros las hiciesen así, en tanto grado, que siendo Ministro solia decir: «Hermano, esa paja alzadla del suelo con perfeccion.»

Estando, pues, en Barcelona (donde pasó gran parte de su vida en la Compañía) ocupado en obras tan santas y resplandeciendo con singular virtud; le dió una recia y continua calentura, y con ella recibió particular consuelo; no sólo por tener materia de padecer, sino mucho más porque entendió que el Señor le queria hacer merced de librarle del penoso destierro de esta vida.

Tenia ya prendas de la merced que Dios le queria hacer; y así, hablando con las personas sus más familiares, se despedia, aunque más con las obras que con las palabras.

Agravósele la dolencia y creció el gozo en el Padre; y cuando aflojaba y se lo decian, se entristecia de suerte, que cuando el médico le desahució, para

darle un alegron se lo dijo luego, y el Padre llamó á un sacerdote seglar grande amigo suyo que á la sazon estaba allí en el aposento, y le pidió que le ayudase á decir el *Te-Deum laudamus* en hacimiento de gracias por la merced que Dios le hacia en llevarle de este mundo; y así, lo dijo con alegría, devocion y ternura notable.

Diéronle el Viático, y recibióle con extraordinaria devocion.

Pidió á los de casa juntos perdon del mal ejemplo que les habia dado, y animaba á los Padres que estaban tristes, y les decia que no era justo que hubiese flaqueza ni tristeza, pues aquella era la voluntad del cielo.

Pidió á todos que le encomendasen al Señor, y ofrecióles que tendria memoria de ellos cuando se hallase en su divino acatamiento.

Envióle una gran devota suya una cruz y una vela de nuestra Señora de Monserrate, y poniéndose la cruz sobre el pecho, y alzando las manos en alto, con el uso de todos los sentidos, dió su bendita alma en manos de su Redentor.

Duróle la enfermedad quince dias, y acabóle á los diez y siete de diciembre, víspera de la Expectacion del parto de la Vírgen (de la cual el Padre particularmente era muy devoto) del año de mil y quinientos y ochenta y seis, siendo de edad de cincuenta y ocho años, y habiendo vivido los veinte y seis en la Compañía.

Quedó el rostro del Padre con tanta claridad y con una alegría tan grande, que reverberaba en los que le miraban.

Sobre todo, fué cosa de grande espanto que allí, muerto como estaba, antes de enterrarle, yendo á besarle la mano una señora muy espiritual y grande hija suya, la habló y la dijo algunas cosas que tocaban al bien de su alma; cosa bien rara y de grande admiracion.

En fin, él fué santo varon y tenido por tal; y así, fué muy llorada su muerte, y toda la gente acudió á honrar su entierro y hacerle reverencia, besándole los piés y las manos, y procurando llevar consigo por religia alguna cosa suya.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO MIRON

El P. Diego Miron fué español, natural de la ciudad de Valencia.

Era muy erudito en la lengua latina y griega en su más floreciente edad, y previniéndose en este tiempo para explicar á Aristóteles en la Universidad de París, se encontró con el P. Jerónimo Domenech, que entónces era Superior de los nuestros que estaban en París, y admitido por órden suya a hacer los ejercicios en nuestra casa, se entró en la Compañía de Jesus el año de mil y quinientos y cuarenta y uno con grande desprecio de sí mismo y de todas las cosas humanas.

Con ser en aquella sazon tan mozo, tan rico, tan grande estudiante y heredero único de sus padres; todo lo tuvo en poco y lo dejó por el amor de Cristo Salvador nuestro, determinado, mientras viviese, que habia de poner todo su cuidado en la humildad propia y salud ajena.

Recibido, pues, por el P. Domenech, y dedicado al bien de las almas, se ejercitó en esta ocupacion con tanto fervor y prudencia, que en muy pocos dias se empezó á ver la extremada cosecha y copiosos frutos que de sus trabajos se prometian.

Digno es de memoria entre los demás el gran servicio que hizo á nuestro Señor, reduciendo á un insigne apóstata huido de su Religion muchos años habia, hombre perdidísimo en sus costumbres y de vida tan rematada, que pareció milagro su conversion.

Persuadióle á que se volviese á su convento; y despues, por medio de este mismo encaminó á otros muchos que iban errados en el conocimiento de la verdad y católicos dogmas de nuestra fe.

Despues de esto, enviado á Coimbra en el principio del año siguiente, no siendo áun sacerdote, fué el primer Rector del colegio que allí fundaba el rey D. Juan II de Portugal.

Aquí fué suma la aprobacion y admirables los aplausos con que la ciudad celebraba su ardentísima caridad é incansable estudio en la salvacion de los prójimos.

A su continua solicitud añadia tan singular ejemplo, que habiendo venido á Coimbra el P. Antonio de Araoz, escribió á nuestro P. S. Ignacio que habia hallado en aquel lugar un excelente obrero de la inocencia, y que entre aquellos ciudadanos florecia con extremada opinion de santo.

Y verdaderamente fué este varon clarísimo, no sólo muy adornado de to-

das las virtudes en grado heróico, pero de extraordinaria penitencia y severidad contra sí y contra su cuerpo.

Pasábase muchas veces sin desayunarse dos y tres dias, y al cabo de ellos se contentaba con un poco de pan y agua fria.

El cilicio de que usaba era un jubon con unos nudos muy ásperos y una lámina de hierro á manera de rallo, vueltas las puntas hacia la carne, que se la despedazaban tan cruelmente, que porque no le inquietasen y distrajesen mientras estaba diciendo Misa, era forzoso quitársela, y entónces la sangre cuajada y la carne hecha pedazos las lavaba con agua hirviendo.

Sufrió por tantos dias en la cintura una cadena de hierro, que creciendo la carne poco á poco, fué menester que se la quitasen, no sin gran peligro de su vida.

Gran parte de la noche velaba orando; y traia siempre en las manos el *Testamento Nuevo,* y leia una vez y otra con fervorosos afectos y copiosisimas lágrimas.

Todo su deleite era hablar de Dios y de cosas sagradas.

Todas las veces que en su aposento le iba á buscar el portero, le hallaba hincado de rodillas; y no eran pocas las que solia encogerse en un rincon debajo de la mesa, siendo muy alto de cuerpo; con tan humilde reverencia queria estar en el acatamiento del Señor.

Siempre que podia hurtarse á las obligaciones de su oficio, se encerraba dentro de su celda, y llevando consigo un poco de pan y agua, pasaba sin otro sustento muchos dias en los ejercicios espirituales.

Ultimamente, él se trataba con tal rigor, que fué necesario que S. Ignacio le mandase por obediencia que no excediese en lo que él le ordenase en el cuidado de su cuerpo.

El año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, á veinte y cinco de marzo, él y el santo P. Andrés de Oviedo hicieron en Gandía la profesion de los cuatro votos en manos del P. Antonio de Araoz.

El año luego de mil y quinientos y cincuenta, llamado de S. Ignacio, vino á Roma con S. Francisco de Borja, duque de Gandía, y con otros Padres, para que en comun se viesen las constituciones que habia escrito para toda la Compañía, y sobre ellas se consultase y deliberase.

Dos años despues sucedió al P. Simon Rodriguez en el ministerio de Prepósito de la provincia de Portugal, y empezó á gobernarla y á disponerla, segun, estando en Roma, lo habia aprendido del espíritu de S. Ignacio.

En este mismo tiempo fué llamado del rey D. Juan para que fuese su confesor; pero el siervo de Dios huyó esta honra como quien con tanto estudio solicitaba la verdadera humildad; y asi, le respondió al rey que estos oficios

tan honrosos no se conformaban bien con nuestro Instituto, porque la doctrina de nuestra regla era ir como pobres á las misiones, enseñar á lo ínfimo de la plebe, ejercitarse en los ministerios más humildes, ocuparse en ayudar á las almas, é insistir mucho en la conservacion de nuestra humildad.

Tuvo suavidad tan maravillosa y tan buena gracia en lo respondido, que sin perder la del rey, se libró de aquella carga, lo cual se dijo y se celebró con no poco ruido en todo el palacio, si bien S. Ignacio nuestro Padre no aprobó del todo el haberse excusado de esta obligacion, teniéndosela tan grande la Compañía á este tan sabio y piadoso príncipe.

Administraba, pues, su provincia el P. Diego Miron con vigilancia y cuidado grande, mas no por eso cesaba de predicar y enseñar, ántes parece que se daban las manos el un ministerio al otro, predicando con lo que gobernaba, y gobernando con lo que predicaba; y esto con tal fama y opinion, que no faltó quien dijese que del P. Miron sentia Portugal casi tanto provecho como la India de S. Francisco Javier.

En el arzobispado de Ebora asistió un dia á cierto sermon que el buen predicador gastó casi todo en acusar á la Compañía; pero apénas bajó del púlpito, cuando se llegó á él el P. Miron, y delante de todo el pueblo le pidió la mano para besársela, y luego que se la dió, se la besó con suma reverencia; y viendo aquel modo tan admirable de tomar satisfaccion de la injuria, se deshicieron en lágrimas los presentes.

El año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, visitando la provincia, llegó á la villa de Mora, y allí le sobrevino una aguda calentura.

El humildísimo Padre se fué al hospital, y en él se acostó en una cama entre los demás pobres de la enfermería, donde le halló el Cardenal D. Enrique, yendo á la visita de todo aquel obispado, y alegróse mucho de verle, y se edificó grandemente con este ejemplo de humildad.

El año siguiente, haciendo instancia el P. Diego Miron para que se le diese sucesor en el gobierno y provincialato, vino S. Ignacio en ello, y poco despues le nombró Rector del colegio de Valencia, donde no puso ménos industria en la salud de las almas que en todo el tiempo pasado.

De allí volvió á Portugal y de Portugal á Aragon, cuyo Provincial se habia muerto, y en tanto que elegian otro, fué á gobernar la provincia el P. Miron.

De Aragon volvió á Portugal dentro de un año para ser Superintendente del colegio de Coimbra.

Despues de este trienio fué Provincial de Portugal la segunda vez, y Asistente al bienaventurado S. Francisco de Borja, tercer Prepósito General, con quien desde Roma vino á España el año de mil y quinientos y setenta y

uno, y fué Visitador General de la provincia de Lusitania, de donde dando la vuelta á Roma, finalmente, lleno de años y de merecimientos, el año de mil y quinientos y noventa á veinte y cinco de agosto pagó la deuda comun de nuestra mortal naturaleza.

Escribió por órden del P. Everardo Mercuriano, General de la Compañía, un *Sumario de las constituciones de la Compañía de Jesus:* item unas *Reglas comunes* y otras propias de los oficios de la misma Compañía.

P. NIEREMBERG.

P. DOMINGO SIMON

DIGAMOS tambien brevemente de la dichosa muerte del P. Domingo Simon, el cual fué un Padre muy antiguo en la provincia de Aragon, reputado por gran siervo de Dios.

Trabajó siempre con mucha edificacion y provecho en el confesionario, en el púlpito y en los otros ministerios, con gran celo de las almas.

En especial tuvo grande amor á la castidad en sí y en los penitentes que frecuentaban su confesionario.

El tiempo que le sobraba de los ministerios gastaba en leer las vidas de los Santos, y de los ejemplos de ellos más señalados y más imitables y acomodados á las costumbres, compuso un buen volúmen, de que se han aprovechado muchos en los noviciados.

Murió el Padre en Tarragona, y en su muerte le apareció nuestro Padre S. Ignacio.

El dia antes que muriese, el H. Pedro Valpuesta, que era su enfermero, viéndole alzar las manos, como quien queria levantarse de la cama, acudió á él para ayudarle, pero sintió en sí un temor reverencial tan grande, que no osó moverse.

El P. Simon alzó la cabeza y las dos manos, y dijo: «¡Ahora sí, ahora sí que digo que es verdad! ¡qué gran gloria que teneis!»; y parando un poco volvió á decir: «No os me vais, no os me vais, Sto. P. Ignacio, llevadme con vos.»

Todo esto oyó el Hermano enfermero, y el enfermo, en acabando de decirlo, bajó los brazos, y el dia siguiente murió.

Fué este Padre de Alipuz, junto á Teruel; entró en la Compañía al fin de marzo de mil y quinientos y cincuenta y nueve.

P. NIEREMBERG.

P. JERONIMO DOMENECH

NACIÓ este Padre el año de 1516 en la ciudad de Valencia de padres honrados y ricos.

Desde mozo fué bien inclinado y dado á los estudios.

Graduóse de maestro de Artes y alcanzó una canongía de Valencia.

Fué enviado de su padre á Roma á ciertos negocios, y de allí á la Universidad de París á acabar sus estudios y perfeccionarse en las ciencias.

Era en esta sazon de veinte y cuatro años y ya sacerdote de Misa, y de muy gentil disposicion, acompañado de criados y de un hombre muy docto que su padre le habia enviado para que le fuese maestro en sus estudios y gobierno de su casa.

Yendo de Roma para París, topó en el camino á S. Francisco Javier, que iba á Portugal para la India, al cual habia conocido en Bononia, y tratado familiarmente y confesado con él.

Dióle el Santo cartas para los PP. Pedro Fabro y Diego Lainez, que estaban en la ciudad de Parma, por donde habia de pasar nuestro Jerónimo Domenech, para que le conociesen y encaminasen en toda virtud.

Con estas cartas y con la conversacion de aquellos Padres, hizo los ejercicios, y en ellos se resolvió de hacer divorcio con el mundo, y seguir á Jesucristo desnudo, y entrar en la Compañía.

Así, despidió á sus criados y se quedó con nuestros Padres en Parma, viviendo con ellos en el hospital, pidiendo limosna y haciendo los otros ministerios que hacian los Padres, con gran menosprecio de sí y aprecio y estima de la merced que Dios le habia hecho en haberle traido á tan buen puerto como el de la Compañía.

Esto fué el año de mil y quinientos y cuarenta. Tuvo contradiccion en la entrada de la Compañía, la cual venció con su mucho espíritu.

Porque, habiendo delatado y quejádose sus camaradas y criados al Vicario y Ordinario de Parma que habian los nuestros engañado al P. Domenech para que se entrase religioso; él juró con gran resolucion sobre los cuatro Evangelios que no habia padecido engaño ni fuerza alguna, sino que de su propia voluntad habia escogido aquel género de vida, para servir á Dios con más perfeccion y ventajas de su salvacion.

De Parma volvió á Roma para tratar con nuestro P. S. Ignacio sus cosas, de donde partió el mismo año para París.

Allí fué Superior de quince ó diez y seis de la Compañía, españoles é italianos, que vivian en comunidad en el colegio de los lombardos; y no sólamente los edificaba y alentaba á la perfeccion con su ejemplo, sino tambien los sustentaba con la renta de su canongía y con las otras ayudas que le enviaba su padre.

Estuvieron en París hasta los veinte y cuatro de julio del año de mil y quinientos y cuarenta y dos, en que fué forzoso, por mandato del rey Francisco de Francia, salir todos los españoles y flamencos de todo su reino, é ir á los Estados de Flandes.

Y así, dejando á los italianos, partieron de París ocho españoles de la Compañía, llevando por guía, cabeza y Superior al P. Domenech.

Y aunque hallaron los Estados de Flandes turbados con la guerra que emprendió el rey de Francia contra el emperador, y al principio padecieron pobreza y mucha necesidad; presto salieron de ella por la providencia y cuidado del P. Jerónimo, que por medio de los mercaderes de Amberes socorrió la presente necesidad y halló dineros para sustentarles todo el tiempo que estuvieron estudiando en la ciudad de Lovaina.

El P. Jerónimo con otros dos de la Compañía, que eran el P. Pedro Rivadeneira, que entónces era Hermano y de muy poca edad, y otro religioso flamenco, partieron de Lovaina para Roma á pié y con muy corto viático, porque el Padre, así por dejar proveidos á los Hermanos que quedaban en Lovaina, como por tener más ocasion de padecer, no quiso tomar sino catorce ducados para el gasto de los tres en camino tan largo y trabajoso por ser el tiempo de cuaresma y por tierra de herejes.

En este camino padeció mucho el siervo de Dios, porque, aunque era mozo y sano, era delicado y no usado á tanto trabajo.

Llevaba los piés muy lastimados y abiertos, é iba con tanta alegría y contento por animar al H. Pedro de Rivadeneira, que era de poca edad: saltándole la sangre viva de los piés, le decia: «No es nada, H. Pedro, no es nada,» y se esforzaba á andar á gran paso y vencer la flaqueza de su cuerpo con el valor del ánimo y del espíritu que el Señor le daba.

Esto aconteció muchas veces, y una entre otras, que andando por la aspereza de los Alpes, se vieron en gran peligro de morir, por la mucha nieve que les caia encima con una ventisca grande.

Conociendo el siervo de Dios el peligro en que estaban, era tanta su caridad, que olvidado de si, volvió los ojos blandos, amorosos y llorosos al Hermano, por parecer que aquel habia de ser el lugar de su sepultura, que de sí no se acordaba; pero fué nuestro Señor servido de librarlos.

En este camino hallaron en Maguncia al P. Fabro, en Pádua al P. Polanco y al P. Andrés Frusio que estudiaban allí, y en Venecia al P. Lainez, porque colegio no le habia en todo el camino.

Embarcáronse para Choza, ciudad veinte y cinco millas de Venecia.

Aquí cayó malo el P. Domenech de la agitacion del mar, y con calentura anduvo á pié hasta la ciudad de Ravena, que son casi cien millas por tierra inculta y despoblada, y en que no se hallaba una casa ni un hombre, sino de diez y ocho en diez y ocho millas, con grande trabajo y pobreza y no ménos consuelo y alegría.

Finalmente, ayudándole nuestro Señor, llegó á Roma y fué curado y regalado de nuestro P. S. Ignacio, de manera que el mismo Sto. Patriarca por sus propias manos mataba las chinches de la cama del P. Domenech.

En Roma estuvo algunos años, y predicó, y confesó, y fué Ministro de la Casa Profesa, siendo nuestro Santo Padre Superior de ella.

En este tiempo nuestro P. S. Ignacio, conociendo el gran caudal del P. Jerónimo Domenech, le probó y ejercitó mucho para aficionarle y darle ocasion de ser más santo.

Mandóle una vez casi á la puesta del sol que estuviese en un lugar señalado de la huerta con la cabeza descubierta y juntas las manos hasta que él le avisase.

Estuvo toda aquella noche de esta manera, ahora sea porque el Santo se olvidó, ahora porque le quiso probar; y á la mañana, abriendo su ventana y viendo al siervo de Dios, preguntó qué hacia allí, y sabiendo que se habia estado así toda la noche por cumplir su obediencia, le estimó más y entendió los dones grandes con que el Señor habia adornado su bendita alma.

Despues fué á Bolonia á dar principio al colegio que se fundó en aquella ciudad, hasta que el año de mil y quinientos y cuarenta y siete fué enviado de nuestro Santo Padre á Sicilia con Juan de Vega, que iba por virrey de aquel reino, en el cual no se puede decir con pocas palabras, ni fácilmente creer lo que este insigne varon sirvió á nuestro Señor los muchos años que allí estuvo.

Porque podemos con verdad decir que todos los colegios que se hicieron

en todo aquel tiempo, que son muchos, muy bien fundados y en muy principales ciudades y villas, son obras de sus manos y que se debe á él como orígen y principio todo el fruto que se ha seguido en aquel reino con el ejemplo, doctrina é industria de los de la Compañía.

Fué señalado por Provincial de aquella provincia áun antes de hacer la profesion de cuatro votos; y fué el primero Provincial de Sicilia, el cual oficio ejercitó con gran prudencia.

Lo primero que hacia en llegando á los colegios, era visitar al Santísimo Sacramento y luego, si habia enfermos, los acudia á ver, y con extremada caridad consolaba á los tentados y los alentaba mirando por el bien de todos en cuerpo y alma, ayudándoles cuanto podia.

No habia ninguno por vil que fuese á quien no amase y estimase mucho, y solicitase su bien.

Teniendo con esto tanta veneracion que concurria por las calles la gente á besarle la mano con mucha devocion, y el nombre que comunmente le daban era de *Angel.*

Por su causa se hicieron muchas obras pias y de gran servicio de nuestro Señor á aquella isla, de hospitales, de casas de huérfanos y huérfanas, monasterios de monjas muy reformadas, de Montes de piedad y de otras obras para redimir cautivos, librar encarcelados y socorrer á todos los pobres y menesterosos; á las cuales asistió casi siempre el P. Jerónimo con gran cuidado y diligencia en los años que Juan de Vega y el duque de Medinaceli fueron virreyes, que fueron diez y ocho, que por ser tantas las casas no se pueden aquí contar con brevedad.

Fué Provincial de Sicilia muchas veces y muchos años: de todos sus súbditos y de los extraños era reverenciado por santo, y tenido por Padre.

Dió principio al colegio de Valencia, y, despues de la muerte de su padre, le socorrió con toda la renta que pudo, y á su suplicacion tambien le aplicó Su Santidad alguna renta eclesiástica.

Los años de 1551 y 1552 que estuvo en Valencia, gobernó y acrecentó mucho aquel colegio; y habiendo ganado muchos para la Compañía, y entre ellos al P. Benito Pereira, que despues fué Maestro y señalado intérprete de la Sagrada Escritura y entónces era muchacho de raro ingenio y amable condicion, volvió á Sicilia.

Fué Superior del colegio Romano y Prepósito de la Casa Profesa de Valencia, la cual por su buena diligencia y solicitud, demás del colegio que antes habia, se comenzó para beneficio de aquella ciudad.

En todas las partes donde estuvo siempre fué conocido y estimado por gran siervo de nuestro Señor y dotado de muy grandes virtudes.

Aunque las tuvo todas, las que más resplandecieron en su vida eran la humildad y mansedumbre, el celo de la gloria de nuestro Señor y de la salud de las almas, y una extremada compasion y misericordia para con los pobres, de la cual hay muchas memorias y ejemplos de grande edificacion y rara santidad.

Entre otras cosas memorables que le sucedieron, es una que, despues que dejó de ser Superior en la Casa Profesa de Valencia, andaba recogiendo secretamente los pedazos de pan y todo lo que podia para darlo á los pobres; y dábaselo con un afecto y piedad tan grande, que parecia que con la limosna les daba las entrañas; y nuestro Señor con algunas cosas maravillosas mostró cuán grata le era aquella solicitud y compasion del santo Padre.

En un año de mucha carestía, apretando los Procuradores la mano en dar la limosna de pan que solian, por parecerles que el trigo que tenian no era bastante para sustentar á los sujetos del colegio, el Padre puso gran fuerza y procuró que diesen la misma limosna, y áun más abundante que antes.

Y con haberse hecho así, no sólamente no hubo falta para la casa, ántes sobró para algunos meses más del año, juzgando y afirmando todos que milagrosamente multiplicó nuestro Señor el trigo ó pan.

Otra vez vino un pobre desnudo al P. Jerónimo Domenech, rogándole que le mandase dar una camisa vieja para cubrir sus carnes.

Fuése el Padre al ropero y pidióle que buscase alguna camisa para reme diar á aquel pobre.

Respondióle el ropero que no la tenia, y el Padre dijo: «Pues dadme una de las camisas que yo uso, que el Señor me proveerá á mí.»

Dió su camisa al pobre con más contento que el mismo pobre la recibió, y al dia siguiente una señora, inspirada del Señor, sin saber lo que el Padre habia hecho, le envió una docena de camisas nuevas; para que se entienda cuánto vale la compasion y cuidado de los pobres en los ojos de Dios, y que no se pierde, sino que se gana mucho en lo que ofrecemos por sus manos, aunque nos parezca que tenemos de ello necesidad.

Era purísimo de conciencia y de alma tan cándida y limpia, que resplandecia en el cuerpo la santidad de ella con notable edificacion de los que le trataban.

El amor á la Compañía y á su conservacion é Instituto era entrañable y ningun trabajo, que para el bien de ella tomase, le parecia dificultoso.

Solia decir nuestro P. S. Ignacio, hablando del P. Domenech: *Magister Hieronymus benemeritus de Societate terra et mari,* que quiere decir: *El Maestro Jerónimo es benemérito de la Compañía por tierra y por mar;* porque sin duda fué fidelísimo obrero y verdadero hijo de la Compañía por mu-

chos modos, en su persona y hacienda, en lo que hizo y en lo que padeció por ella, que fué mucho más de lo que en pocas palabras se puede decir.

Tuvo muy aventajado don de Dios en dar los ejercicios espirituales que usa la Compañía, y por este medio ganó muchos y excelentes sujetos para ella, y entre ellos á los PP. Diego Miron, Jerónimo Nadal y Benito Palmio.

En este don y gracia nuestro P. S. Ignacio le daba el segundo lugar entre todos los de la Compañía, y el primero al P. Maestro Fabro.

Tuvo el espíritu de Cristo con una singular mansedumbre y humildad, la cual fué tan grande y tan aborrecida de los demonios, que los malos espíritus salian de los energúmenos, forzados de la humildad de corazon de este siervo de Dios, dando clamores y publicando á voces que no podian sufrir ni resistir á su mansedumbre.

Una vez, preso de salteadores, estorbó que no les hiciese mal quien pretendia y pudiera hacerle, aunque le robaron totalmente y le dejaron desnudo toda la noche en el campo; mas no bastó esta injuria para que él les dejase de tratar con gran blandura y afabilidad.

Era tan dado á la oracion, que pasaba en ella las noches enteras, gastándolas con Dios, áun cuando hacia caminos y venia muy cansado á las hosterías.

Era grande estimador de la pobreza y obediencia, persuadiéndolas á todos con sus palabras y ejemplo.

Pedia muchas veces con gran gusto limosna de puerta en puerta, y comia con el mismo gusto los mendrugos que le daban por amor de Dios.

Tenia siempre presente la muerte, y, cuando se acostaba, hacia cuenta que se echaba á morir.

Habiendo, pues, llegado el santo Padre á los setenta y seis años de su edad, cargado de trabajos, buenas obras y merecimientos, amado, reverenciado y tenido por santo de toda la ciudad de Valencia, á los 5 de diciembre del año de 1592 le dió un recio dolor de ijada.

Habiéndose hallado aquella noche algo aliviado, el dia siguiente dijo Misa, como la habia dicho el dia antes, con tantas lágrimas y ternura que parece se despedia del Santísimo Sacramento del Altar, y que habia de ser la última Misa que de nuestra Señora habia de decir.

Así fué, porque á la tarde se halló tan postrado y con accidentes tan mortales de una detencion de orina y calentura, que luego se echó de ver que aquella enfermedad le habia de acabar.

Diéronle el Viático con mucho consuelo suyo, y el tiempo que le duró la enfermedad, que fué por espacio de quince dias, comulgaba casi al tercer dia

Confesóse largamente y de espacio con el P. Francisco Boldo, y manifes-

tóle que en cincuenta y tres años que habia estado en la Compañía, nunca, por la gracia de Nuestro Señor, habia caido en pecado grave.

Repetia muchas veces aquellas palabras que las personas espirituales suelen tener en la boca: «Hágase la voluntad de Dios *in tempore et in aeternitate.*»

Diéronle la Extremauncion y despues de ella estuvo tres dias como agonizando con tan vehementes dolores que ponian compasion, y con tantas muestras de humildad, paciencia y resignacion, que si hubiera sido hombre de vida muy escandalosa, no llorara más sus pecados, avivando la contricion una y muchas veces con coloquios amorosos con el Señor y con palabras que mostraban bien la luz interior de su alma, dando consejos á los Padres y Hermanos que estaban con él, como un S. Jerónimo.

Visitáronle el virrey, y Patriarca, y otros muchos caballeros, venerándole todos por varon santo.

Murió con grande olvido de todas sus buenas obras y menosprecio de ellas.

Antes de morir dijo que temia, y que, desconfiado de si, ponia los trabajos y dolores de su alma y cuerpo en las manos de su dulcísimo Salvador, confiando en su sola bondad y misericordia; y con esto acabó.

No sabemos que haya tenido revelacion de su muerte, pero tuvo una certificacion que seria presto, tan grande, que hizo algunas cosas por causa de ella, como hombre que no las habia de hacer más.

Entre ellas, la cuaresma de aquel año en que murió, cada noche, estando acostado, hacia echar sobre sí la ceniza que se habia bendecido el primer dia de cuaresma, acordándose de la muerte y aparejándose para ella.

Fué tanta su humildad, que deseó que le enterrasen en un muladar, y rogó é importunó mucho al Superior que no diese lugar á que en su entierro se hiciese cosa particular.

Pero, aunque el humilde Padre lo procuró, no se le concedió; porque los virreyes mandaron que, mientras el cuerpo estuviese en la iglesia, ardiesen veinte y cuatro hachas, y que antes de la Misa los cantores de la iglesia mayor le cantasen una letanía.

Enterráronle á veinte y uno de diciembre, dia de Sto. Tomé Apóstol, á la tarde.

Concurrió á su entierro una multitud innumerable de gente por besarle la mano y tocarle con sus rosarios.

Halláronse presentes los virreyes, y otros muchos señores, y señoras, y personas eclesiásticas y religiosas, pidiendo con grande instancia alguna cosa del bendito Padre, para tenerla por reliquia.

De manera que aunque murió el P. Jerónimo Domenech, siempre vivirá

su dulce memoria en la ciudad y reino de Valencia, y en el reino de Sicilia, y en toda la Compañía de Jesus, cuyo verdadero hijo fué, y excelente instrumento de la gloria del Señor.

P. NIEREMBERG.

P. MARTIN ALBERRO

I

NACIÓ el P. Martin Alberro año de 1526, en Ituren de la provincia de Guipúzcoa, no muy distante de Pamplona.

De siete años perdió padre y madre, y quedó en poder de una tia, la cual, por no tener con qué sustentarle, le puso con unos pastores.

Como un dia aconteciese no sé qué desastre en el ganado con pérdida de muchas reses, temeroso Martin del castigo, si el mayoral le imputaba á él la culpa, previno su indignacion con huirse, yéndose á Valencia, donde mudó ocupacion y se dió á las letras.

Habiendo aprovechado en ellas y en la Teología lo que le pareció conveniente para sus intentos, se ordenó de sacerdote.

Residia en la parroquia de S. Martin; su principal empleo era en la oracion y celo de las almas.

Acudian á sus piés muchas personas espirituales, para ser encaminadas por las sendas de la virtud, y hallaban en él guía segura, enseñándoles de palabra y más con el ejemplo de su vida.

Era devotísimo de la Vírgen nuestra Señora: procuraba plantar esta devocion por todos los caminos posibles.

En este tiempo supo que una doncella muy pobre estaba en gran peligro de perderse, y procuró con su oracion, prudencia y santo celo ganar aquella alma para Dios.

Y nuestra Señora, Vírgen de las vírgenes, quedó tan pagada de este trabajo, que se le apareció con rostro apacible y hermoso en su misma iglesia de S. Martin, mientras estaba ocupado atendiendo al remedio de aquella alma.

Lo que le dijo la Vírgen no se sabe; sólamente sabemos que de esta aparicion quedó movido á entrar en la Compañía de Jesus, segun que el mismo Padre lo confesó.

Por este mismo tiempo le visitó la misma Señora, estando el siervo de Dios en el campo teniendo oracion.

El año de 1556 entró en la Compañía en Valencia y pasó su noviciado con grande ejemplo.

Padecia mucho en el estar de rodillas, pero perseveraba con tanto teson que un Padre grave, deponiendo de esta constancia y mortificacion, dice que duraba de esta suerte en la oracion, *usque ad animi deliquium.*

Y como una mañana de invierno sintiese el cuerpo alguna repugnacia en levantarse de la cama, se arrojó de improviso desnudo en el suelo, y revolviéndose á una y otra parte, hablaba con su cuerpo y le reprendia.

En esta sazon sucedió la peste en la ciudad de Valencia, y pidió el Padre con mucha instancia servir á los apestados, y alcanzólo su mucho fervor.

Salia á todas horas á cualquier necesidad por la salud espiritual de sus hermanos.

Arrojábase animosamente á cualquier peligro por el bien de los prójimos; hacia las camas de los heridos más contagiosos, cómo si no estuvieran enfermos, y Dios nuestro Señor fué servido de guardarle, para que con los ejemplos de su oracion y mortificacion edificase á toda la provincia.

II

Su vida y virtudes religiosas.

Hizo á su tiempo los votos, y lo más de su vida pasó en la Casa Profesa de Valencia, dando singular ejemplo y señales de su gran santidad en todo ejercicio de virtudes.

Su pobreza era tal, que no se le pudo notar que usase de cosa que se pudiese llamar supérflua, llevando con gusto la falta de muchas necesarias.

Su castidad fué angélica, sin mancha entre tan inmundos pecadores que acudian á sus piés.

Alimentó esta hermosa virtud con su gran mortificacion y penitencia con que afligia rigurosamente su carne, si bien con otros era muy blando.

En la obediencia, así en la de entendimiento, como en la de voluntad, no se notó resabio alguno. Nunca le vieron enojado.

En medio de la alteza de muchas revelaciones y honras, sentia de sí bajísimamente, y se ponia á los piés de todos.

Servíale en su postrera enfermedad el H. Antonio Marin, y como por el alto concepto que tenia de su santidad no se pudiese contener que no le besase las manos, algunas veces el Padre con maravillosa paz le respondia: «¿Para qué hace esto, que soy un pecador?»

La caridad para con los prójimos fué infatigable; al más pobre acudia con más alegría; y como muchas veces ni se hallase silla ni banco, se asentaba en el suelo á la cabecera de la cama, aunque fuese muy asqueroso el enfermo; y no sólamente les consolaba espiritualmente, pero les buscaba limosna y regalos, y se los llevaba por sus manos.

En particular usaba esta caridad con algunos caballeros pobres y otras personas vergonzantes.

Tomó á su cargo socorrer á los niños expósitos, y persuadió á dos buenos casados, sus penitentes, se encargasen de criar estos niños, y el Padre les buscaba mantas, sábanas, camisas y otra ropa, y hasta lana hizo traer de Argel, con que se remediaron en aquella casa.

Era perpetuo confesor; recibia las almas que venian á sus piés con afabilidad; tratábalas con una santa llaneza, pero mezclada con tal fervor de espíritu, que las encendia en llamas de amor á la virtud.

Son innumerables los que salieron de su confesionario resueltos de hacerse religiosos, y era maravilloso el don que tenia de discernir espíritus diciendo «A vos os conviene esta Religion, y á vos esotra.»

Sóla la Cartuja gozó de cuarenta y tres sujetos criados á los pechos de su espíritu, y encaminados por él á tan santo instituto.

Cuando estaba cansado del confesionario, cárceles y hospitales, su descanso era la oracion, en la cual solia él mismo decir que se habia *passive*.

Guardaba exactísimamente aquella nuestra regla, que dice que en todas las cosas busquemos á Dios, y el Padre le hallaba, y de aquel interior abrasado en el fuego del amor divino salian las oraciones jaculatorias.

Aun cuando iba por las calles, notaron sus compañeros iba rezando salmos y cánticos espirituales en su corazon, saliendo los ecos á la boca.

Pero en la oracion retirada en el silencio de la noche, allí desplegaba las velas de su afecto, y se dejaba llevar del favorable viento del Espíritu Santo.

Estando un dia á las siete de la mañana un Hermano hablando con el Prefecto de espíritu, que era el P. Alanis, llegó el P. Martin de Alberro y dijo que tenia que hablar con el Prefecto de espíritu una palabra.

Retiróse el Hermano, y habiéndole á pocas razones despedido, volvió á entrar el Hermano, y díjole el Prefecto: «¿Qué piensa, Hermano, que queria el P. Martin? Sólo vino á darme razon de cómo estaba afligido porque esta mañana no habia aún tenido sino tres horas de oracion.»

Tomaba del sosiego de la noche largos espacios para vacar en quieto silencio á la contemplacion, como lo notaron algunos otros Padres, que en el propio tiempo hacian semejantes vigilias.

El mismo Padre, para consolar á una persona que padecia sequedades le

dijo así: «En la noche, como no puedo dormir casi toda ella por los grandes dolores que padezco, me pongo en oracion como un perrillo delante de su señor, que aguarda alguna migajuela; y cuando me hallo seco, doy algun grito pidiendo á Dios se apiade de mí, y Dios me da tanta consolacion, que á veces soy forzado á decir: «Señor, deteneos, que no tengo capacidad para tanto.»

Hallábanle las noches, despues de haber tocado á acostar, en una salica del coro, en pié, absorto en la contemplacion del Santísimo Sacramento, del cual fué sobremanera devoto.

Preguntándole un dia el P. Rector de Gandía qué ofrecia por el santo del mes, respondió: «Visitar siete veces á mi Amo cada dia.»

En los postreros años de su vida, molido de trabajos, oprimido de gravísimos dolores y acosado de enfermedades y achaques, afirma la relacion de su muerte que por particular merced del cielo alcanzó fuerzas para pasar largos ratos delante del Santísimo Sacramento, confortando su flaqueza aquel Pan de fuertes y robustos.

III

Es muy favorecido de Dios con visitas del cielo.

De la devocion que tuvo para con la Vírgen, queda aún la fama muy fresca en su provincia.

Pidió á los Superiores, áun en su última vejez, que pasó en la Casa Profesa de Valencia, dejasen á su cargo el recoger la basura de toda la casa, despues de haberla barrido los Padres y Hermanos dos veces cada semana, segun el uso de aquella provincia.

Condescendieron con sus humildes ruegos, y el Padre se empleó en este humilde oficio los catorce postreros años de su vida.

Cogiendo un dia la basura debajo de un naranjo que está en medio de los del patio de la portería, vió delante de sí á la Reina de los Angeles, la cual alargando su virginal mano se la llevó blandamente por el rostro con ternura de madre para con hijo querido, y mostrándole gran favor le dijo: «Martin, ¿sabes coger la basura? Hijo, mucho, mucho me agradas en esto; hazlo hasta que otra cosa sea de ti.»

Fué tanto el consuelo que sintió con estas palabras, que él mismo en cierta ocasion obligado confesó le habia durado más de un año aquel baño de dulzura que recibió con las palabras de la Vírgen.

En memoria de tan crecido favor y en reverencia de tan tierna Madre, de allí adelante siempre recogió arrodillado la basura de aquel puesto; y ahora

es el naranjo que tiene la señal azul, de cuyas hojas piden para enfermedades los devotos.

Una vigilia de la Asuncion se le apareció la misma Vírgen, y le dijo. «*Hijo,*» y esta palabra se le quedó tan impresa en el corazon, con tanto regalo y ternura, que le duró toda la vida.

Estando otra vez orando en su aposento, se le apareció la misma Vírgen, y le dijo era de su gusto y servicio le hiciese pintar una imágen de su Purísima Concepcion, de la misma idea y traza que se le representaba en aquella vision.

Vióla con un monjil blanco y manto azul, tendido el cabello por las espaldas, las manos juntas sobre el pecho, los piés sobre la luna; entre el Padre Eterno y el Hijo una corona que se la asentaban sobre la cabeza, y en lo alto en medio una paloma.

Florecia en Valencia Joanes, pintor aventajado; á este, que era su hijo de confesion, llamó el P. Martin y le dijo le habia de pintar una imágen de la Purísima Concepcion, delarándole la traza conforme el ejemplar que le habian mostrado en la oracion.

Fuése el devoto pintor, no ménos insigne en piedad que en este arte, y habiendo bosquejado en un papel lo que antes en su imaginacion, llevó el dibujo al Padre; viólo y dijo: «No está segun la idea, ni del modo que me ha dicho nuestra Señora; hacedla otra vez, confesad y comulgad con devocion antes que comenceis esta obra, y pedid á Dios y á la Vírgen favor para hacerla como conviene.»

Hizo Joanes puntualmente cuanto le dijo el P. Martin; no tomó jamás el pincel, á lo ménos para formar las facciones del rostro, que no fuese confesado y comulgado, hallándose con aliento y temple espiritual.

Aconteciόle volver al colegio de S. Pablo donde pintaba, y estarse parado mirando con grande atencion la obra por gran rato sin dar pincelada, por parecerle que le faltaba el espíritu y gracia que requeria aquella obra.

Pintóse en el colegio de S. Pablo antes que hubiese Casa Profesa en Valencia, y cuando la hubo, fué la más rica alhaja que se llevaron los nuevos pobladores de ella, digna de que se hiciesen copias para toda la provincia y áun para toda España; porque ni en todo el mundo hay imágen de la Concepcion que tenga tantas circunstancias de devocion, porque es hermosísima y sobremanera devota y grave, y calificada con la revelacion de la misma Vírgen á un hombre tan eminente en todo género de virtudes.

Tambien tuvo devocion el P. Martin con S. Bernardino de Sena, y el Santo le visitaba visiblemente muchas veces, tanto que el humilde Martin anduvo con recelos de la verdad de aquellas apariciones.

Acudió á su confesor, el cual le respondió: «Diga á ese que se le aparece que diga la confesion general, porque, si es el demonio, como tan soberbio, nunca se confesará por pecador.»

Tomó el consejo y fuese con ánimo de ejecutarle, y luego se le puso delante S. Bernardino de Sena, y, como quien sabia bien lo que habia pasado entre su devoto y el confesor, antes que el P. Martin le dijese palabra, previno lo que le habia de decir, hincóse de rodillas y dijo toda la confesion.

Pasó la amistad muy adelante; dábale el Santo muchos avisos y consejos espirituales, y no pocas veces le revelaba lo que le habia de suceder.

Tambien tuvo grande devocion á S. Vicente Ferrer, y muchas veces se le apareció, alcanzándole de nuestro Señor muchas mercedes.

Y el año de 1575, como el P. Lorenzo de S. Juan, muy parecido en el modo de predicar á S. Vicente Ferrer, estuviese muy cercano á la muerte, vió como entre sueños que un Padre de Sto. Domingo le ponia la mano en la frente y le decia: «Callad, hijo, que luego estareis bueno.»

Volviendo en sí, se halló sin peligro y le contó al P. Martin de Alberro, el cual le respondió tenia por cierto era S. Vicente Ferrer, al cual él le habia encomendado mucho su salud.

Tambien la señora del Alcudia escapó de un arcabuzazo por medio de S. Vicente y del P. Alberro.

Era así mismo muy devoto de S. Andrés Apóstol, y un dia de su víspera rogó al Señor le diese á sentir algo de lo que el Apóstol padeció.

Oyóle nuestro Señor, y al punto le pareció le atravesaban su cabeza con un grueso clavo, con tan vehemente dolor, como si pasara por ello; sabo reóse un rato con este regalo, y como tal lo estimó y agradeció al Apóstol.

IV

Señálase en espíritu de profecía.

El don de profecía que nuestro Señor le comunicó fué muy señalado, como se verá por los casos siguientes:

Cuando prendieron al Maestre de Montesa por la Inquisicion, vino su mujer la marquesa de Navarrens á consolarse con el P. Martin, por la opinion de santidad y espíritu de profecía que tenia; y el Padre le respondió con mucha resolucion: «El Maestre estará dos años y medio en la cárcel, y saldrá con honra.»

Divulgóse la profecía, y á su tiempo se cumplió puntualmente.

Esto atestiguó el P. Vellido, varon bien conocido en su provincia por su

oracion, mortificacion y gran fama de santidad, el cual supo la profecía antes de la libertad del Maestre, y notó que sucedió puntualmente en el año y dia que el P. Martin habia dicho.

La persona á quien el P. Martin habia encomendado la Casa de los niños expósitos, hacia algun exceso en penitencias y devociones secretas, y cuando se venia á confesar, le decia el Padre: «En esto y en esto habeis excedido, no lo hagais, porque no perdais la salud para servir á la casa de los niños.

Otra persona penitente del Padre, decia: «Voime algunas veces á confesar con otro confesor, porque, cuando he hecho alguna penitencia extraordinaria, luego me lo dice el P. Martin y me veda no la haga, diciendo que mis años y salud ya no son para tantos rigores y asperezas.»

Otra persona atestiguó lo siguiente: «Un año habia que ya no me confesaba con el P. Martin, y díjome estas palabras: «Esta noche estábades vos en oracion delante de vuestro altar, y despues os subistes á otro aposento y os disteis una disciplina que duró una parte de un rosario; no os deis tanto, bajasteis al altar y dijisteis: «Esposo mio, ¿no veis el trabajo de todo el dia, que cada noche he de aguardar á este hombre?»

«Entónces vuestro amo tocó á la puerta y dijo: «Si la señora pregunta a qué hora he venido, no digas á las tres, sino á la una; ella os lo preguntó, y vos dijisteis á la una, por no poner encuentro entre marido y mujer.»

Quedé maravillada de oir aquello, porque realmente pasó como él lo decia. Y añadió: «Mirad, esta noche una alma se paseaba por el cielo, y ha visto lo que habeis hecho; id y sed buena.»

Una mujer, hija de confesion del Padre, le dijo: «Padre, ruegue por estos dos hijos y por esta hija,» y el Padre respondió que los encomendaria á Dios y señalando al mayor, dijo: «De este perded cuidado, que nuestro Señor se lo llevará; el otro será religioso y mártir de trabajos, porque así lo he visto esta noche.»

Entónces dijo ella: «Querria que la niña fuese religiosa.» Respondió el Padre: «Yo he visto que Dios no quiere tome ese estado, sino que sea casada.»

Todo sucedió así: antes de los once años murió el primero; el segundo se hizo religioso, y por un falso testimonio que le levantaron, anduvo por cárceles veinte años y seis dias; la hija tomó estado de matrimonio, y todo por muy raros acaecimientos.

Una mañana, levantándose en Valencia, vió que un compañero suyo estaba con miedo por la fama que corria de que los moros se querian alzar y acometer á Valencia; el Padre dijo: «Hermano, no le dé pena eso, porque tiempo vendrá que los echarán del reino á todos, y no lo hará el rey que

vive ahora (reinaba Felipe II) sino el hijo que le sucediere en el imperio.»

El Maestro Villalba se confesaba con el Padre, y el siervo de Dios tuvo cierta vision que el Señor le queria para la Compañía.

Así se lo dijo, pero echóle muy léjos por entónces; mas finalmente se cumplió, y fué talento de púlpito y dos veces Provincial.

Acabado el segundo provincialato el año de mil seiscientos y cuatro, y partido de Valencia para Zaragoza, el P. Martin que vivia en la Casa Profesa de Valencia, dijo al P. Vellido: «Un difunto tenemos en casa.» ¿Soy yo? replicó el P. Vellido: «No, Padre,» respondió el P. Martin. «¿Será acaso V. R? replicó el mismo Padre. Tampoco, dice el P. Martin. «Sepa que el muerto es el P. Villalba, el cual vendrá de Zaragoza á esta Casa Profesa, enfermará luego y morirá.» ¿Cómo lo sabe V. R.? dijo el P. Vellido; respondió el P. Martin: «Levante ese cabo de manta,» y mostróle difunto al P. Villalba, como á él se le habia representado.

Todo se cumplió; vino el Padre á Valencia, enfermó, y á los veinte y nueve de agosto murió. Esta profecía tan evidente fué notoria en toda la provincia.

Encomendaba á Dios su siervo en la oracion á cierto Padre de la Compañía, y vió un fraile con una manga ancha, de la cual se caian unas lagartijas y dragoncillos muertos y otras inmundas sabandijas; entendió que aquel religioso deseaba pasar á otra Religion, y que no era para bien suyo, con lo cual el P. Martin le animó á servir al Señor; y el efecto mostró tener el siervo de Dios espíritu de verdad.

Cuando las guerras de Francia iban más sangrientas por los años de mil y quinientos y noventa y uno, le mostró nuestro Señor en qué habian de parar, con una vision de un rio de sangre.

Una vez vió que tres culebras se le enroscaban por el cuerpo y la mayor le ponia en grande aprieto. Fuéle revelado que eran tres tentaciones que le habian de acometer, y que la una le habia de poner en gran peligro, mas que de todas saldria vencedor.

Salia un dia el P. Martin de la tribuna de la iglesia vieja de la Casa Profesa de Valencia, encendido como unas ascuas; encontróle un Hermano y preguntóle: «¿Qué tiene P. Martin, de qué está tan encendido?» Respondióle el Padre: «He visto en el cielo las almas de los que están enterrados en esta iglesia, gozando de Dios.» ¿Cuáles, replicó el Hermano, las de la Compañía? «No, añadió el Padre, sino todos.»

El P. Baltasar Mas, que el año 1630 fué Procurador del Nuevo-Reino de Granada y despues su Provincial, pasó á Roma y testificó que antes de ir á las Indias le dijo el P. Martin: «Una revelacion he tenido, y es de esta ma-

nera. He visto una tierra, la cual sorbió el mar y cubrió de agua. Pero despues vi que poco á poco el mar se retiraba y dejaba libre la tierra, y que los chapiteles de las torres y las almenas de las ciudades asomaban y salian más hermosos que antes que el mar las sorbiese, y fuéme dicho que aquella era Inglaterra.»

Hasta aquí el Padre. Quiera el Señor signifique esta vision la restitucion de aquel reino á su antigua fe.

Otra profecía de este siervo de Dios refiere el muy R. Fr don Andres de Alvaro, Prior de Valdecristo y Visitador de la provincia de Aragon.

Dice así su relacion palabra por palabra, segun está en el archivo de la Cartuja de Valdecristo.

Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.

Fundacion de la Cartuja de Aracristi, junto á Valencia, en el término de la villa del Puche.

«Residiendo el inquisidor Micer Cristóbal Roig en una alquería que poseia delante del Puche, dos leguas pequeñas de Valencia, y residiendo conventual Fr. Sanchis en el convento de la Vall de Jesus, vió visiblemente un grande monasterio de Cartujos muy resplandeciente, que Jesucristo tenia fundado encima de la alquería de dicho Micer Roig en frente la misma casa.

»Y esto se lo ha oido contar al mismo Fr. Sanchis de su misma boca Pedro Muñoz, ermitaño de la ermita de S. Julian de Valdecristo, que hoy vive, y lo relató por cosa muy cierta, y por haber conocido y tratado con dicho Fr. Sanchis muy familiarmente. y haberle tenido él y cuantos le trataron siempre por santo, y muy penitente humilde, y que gastaba la mayor parte del tiempo en oracion, y dotado del espíritu profético, y cuando murió enseñó grandísimas señales de santidad.

»Mas dice el dicho Pedro Muñoz con su simplicidad y llaneza que, estando él en oracion en su oratorio (viviendo dicho inquisidor en la dicha alquería sano y bueno), y rogando á nuestro Señor para que acertase á disponer dicho inquisidor de sus cosas, harto tiempo antes que muriese le fué revelado que la alquería del dicho Micer Roig habia de ser casa de oracion.

»A quince dias del mes de noviembre, año de mil y quinientos y ochenta y tres, fue nuestro Señor servido que muriese dicho inquisidor, y dejó en su ultimo testamento dicha alquería á su hermana doña Elena Roig.

»Y la dicha doña Elena, ó por órden y devocion de su hermano, ó por su propio motivo y devocion (que era muy grande) deseando hacer donacion de dicha alquería á los Cartujos, para que allí se fundase monasterio de dicha Orden, comunicando dicho negocio con su confesor, que era un grande

santo Padre de la Compañía de Jesus, que se llamaba el P. Martin de Alberro, el cual era muy humilde y simplicísimo, teniéndole por tal toda la ciudad y todos los que le trataban, y en opinion de santo y muy grande penitente y dado á la oracion, en la cual Dios le revelaba muchísimas cosas venideras, y algunas que parecian imposibles; y al cabo de mucho tiempo sucedian de la misma manera, como él tenia dicho, que por no ser largo no las pongo.

»Rogóle dicha doña Elena á dicho su confesor, estando ella de asiento en Valencia, que le hiciese caridad de ir á ver el sitio de dicha alquería si era acomodado para fundar monasterio de Cartujos, y que señalase el dia, que ella procuraria de cabalgadura y criados que le acompañasen á él y á su compañero, y les llevarian provision de todo lo que fuese necesario.

»Respondió dicho Padre con los términos que acostumbraba hablar á todos, aunque fuesen duques. «No quiero, doña Elena, que hagais provision alguna, ni que venga nadie conmigo sino mi compañero. Yo me iré cuando tendré ocasion, y os advierto que no me envieis allá alguna persona, mientras yo tengo las llaves, porque me enojareis, y yo me llevaré recaudo para comer.»

»Luego al otro dia de mañana tomó dicho P. Martin las llaves, y con solo su compañero, ambos á pié fueron á decir Misa á la capilla que estaba en la dicha alquería con su buen aparejo.

»Y dicha Misa, se pusieron los dos en oracion, en la cual ocuparon la más parte del tiempo de tres dias que estuvieron en dicha alquería

»Y la provision que llevó para los dos fué un solo pan harto pequeño y un huevo, porque hacia cuenta se volveria el mismo dia á Valencia; y dice que con el auxilio del cielo le bastó para todos los tres dias dicha provision abundantemente.

»En estos tres dias dice que, estando en oracion, se le presentó visiblemente un pino grande, orgulloso, con grandes ramos, y delante de él cortaron todas las ramas y quedó solo el pimpollo de enmedio, el cual se subió muy alto, y tomó la forma de ciprés que le parecia llegaba hasta el cielo, muy verde y galano.

»Más, se le representó una iglesia pequeña muy pobre, con tres sillas muy rotas y pobres; y todo cuanto habia en dicha iglesia era tan roto y tan pobre, que parece se caia todo de vejez, y al cabo de gran rato delante de sus ojos se esparció y ensanchó y renovó de tal manera la iglesia, que vino á ser un gran templo muy suntuoso, y lo mismo sucedió de todas las cosas que en dicha iglesia habia.

»Las tres sillas particularmente quedaban muy suntuosas, todas doradas y muy resplandecientes, cada una de ellas como un sol.

Más, se le representó tres campos de trigo; el primero era bueno, el segundo ya mejor, y el tercero era tan galano, que no se puede explicar, y era un traslado de la gloria, tanto que siempre que pensaba en este tercer trigo, por triste que estuviese, recibia tan grande contento y alegría, que le parecia que salia de sí y que estaba en la gloria.

»Y suplicando á nuestro Señor le descubriese esta vision, le reveló cómo el pino era doña Elena en su juventud muy ufana, puesta en galas, honras y vanidades.

»Vino Dios, quitóle aquellos bríos y vanidades de su cabeza, y púsole una aficion muy grande á la Religion santa de la Cartuja, y trocóle el espíritu profano en espíritu de una verdadera cartujana, que significa el ciprés.

»Y fué tanta la aficion que, viviendo con entera salud, deseaba en tanta manera ver Cartujos en su nueva planta, que importunándoles les dijo: «Padres, no repareis en venir y tomar posesion de la casa, que si mi renta no bastare, yo tomaré un saco y cogeré limosna por Valencia; sólo yo vea Cartujos en mi casa.

»Y no fué Dios servido, porque murió antes de tomar posesion de la casa.

»El ciprés del patio denotaba la Religion de la Cartuja, de la cual se habia de fundar allí un monasterio de mucha observancia y recogimiento.

»La iglesia pequeña y muy pobre, con todo lo que habia en ella que era muy pobre y roto, denotaba que dicha casa habia de comenzar con mucha pobreza, y que el fundamento de ella habia de ser muy pobre, trabajado y perseguido, y cuanto mayores estos fundamentos, tanto mayor denotaba habia de ser el edificio, y que serian tales y tan grandes las persecuciones, que parecian tener ya la casa postrada, y que en este tiempo empezaria Dios á regirla y á prosperarla.

»Y así, por esta ocasion nunca permitió dicho confesor que doña Elena le dejase un dinero de renta á la casa y planta nueva de la Cartuja, aunque tenia cuatrocientos escudos de renta.

»Ni ménos quiso dicho confesor que de contado le dejase nada, aunque ella confesó tener doscientas dobletas de oro, y que las queria dejar para dicha casa de la Cartuja.

»Las tres sillas muy rotas y pobres denotaban tres religiosos que habian de padecer muy grandes trabajos en dicha casa, y que habian de ser muy grandes santos, canonizados por la Iglesia Católica, y resplandecientes como el sol cada uno de ellos en milagros y santidad.

»Mas los tres campos de trigo denotaban la Religion de la Cartuja, que hay tres maneras y suertes de religiosos, donados, frailes y monjes.

»El primer campo denotaba los donados, que son siervos de Dios, h

mildes, devotos y recogidos, apartados de las ocasiones y engaños del mundo.

»El segundo campo denota los frailes, que ya profesan más perfeccion de obediencia, pobreza y castidad, y nunca comen carne ni visten lienzo.

»El tercer campo de trigo denota los monjes, que son sacerdotes religiosos, que ya profesan más perfeccion que los frailes, más obediencia, recogimiento y santidad; y finalmente, son la nata de la Iglesia Católica y el trigo de mayor quilate.

»Murió dicha doña Elena, y dejó en su último testamento que luego fuese fundado el monasterio en su alquería, y, hecha que fuese la iglesia, trasladasen su cuerpo y le sepultasen en ella, y que el altar mayor fuese de la invocacion de la Concepcion de nuestra Señora.

»Tambien mandó el P. Martin, confesor de la dicha doña Elena, que se tomase en dicha casa por patrona á la gloriosa Santa Ana, por la cual habia de obrar Dios grandísimas maravillas.

»Lo cual se hizo así, y se ha visto por experiencia despues acá haber obrado Dios nuestro Señor por medio é intercesion de dicha Santa grandísimas cosas.

Y es cosa maravillosa, que habiendo tenido dicha casa desde el principio de su fundacion los más fuertes contrarios del mundo y mayores persecuciones que se pueden imaginar, siempre todos los Generales que ha habido en este tiempo, que han sido cinco con el presente, la han favorecido.

»Y aun unos Comisarios que vinieron de la gran Cartuja, los cuales traian plena potestad para poderla deshacer, llegados á ver el sitio de ella, quedaron tan contentos de él, que lo aprobaron por muy bueno.»

Hasta aquí el papel auténtico y profecía, que ya se ve cumplida, de la fundacion, y edificacion del convento, que á pesar de los contrarios vientos de persecuciones con que ha sido combatida, va subiendo.

Y como esto se ha cumplido, se cumplirá lo demás de esta profecía segun la disposicion y sentido divino, no segun la inteligencia humana y falibles interpretaciones de los hombres, que muchas veces hacen diverso juicio de las cosas divinas.

Despues de esto envió Dios á su siervo para ejercitarle una enfermedad, la cual tuvieron todos por cierto mensaje de su partida; hasta los médicos le daban por desahuciado, y trataban de darle la Uncion, sólo el P. Martin no se dió por entendido.

Estaban ya todos ocupados para ungirle con el ólio santo, y advirtiéndolo el Padre: «¿Piensan, dice, que tengo de morir de esta? Pues no me morire.» Y fué así, que cobró salud, y vivió largos años.

V

Su dichosa muerte y obras milagrosas.

Cuando quiso el Señor premiar á su siervo, dándole eterno descanso por sus trabajos, se lo quiso manifestar antes; y así, supo un mes antes de la boca de la Vírgen la hora de la muerte.

Estaba el Padre en su retiro un sábado, y á deshora vió delante de si á la Vírgen Santísima y oyó que le decia: «Martin, dentro de treinta quiero que premie mi Hijo tus trabajos.»

Dejóle así suspenso entre perplejidades si aquellos treinta eran años, meses, semanas ó dias.

Fué luego á comunicarlo á algunos Padres y Hermanos confidentes, muy siervos de Dios; uno de ellos fué el H. Pedro Juan Gana, Coadjutor temporal, el otro fué el P. Vellido, santísimo varon á quien comunicó esto diciéndole: «Padre, hanme dicho que dentro de treinta he de morir.»

Replicóle el P. Vellido: «¿Este treintenario de qué ha de ser, de años, de meses, ó de dias?» Respondió el P. Martin: «No lo sé, y no me lo han dicho.» Pues pídalo V. R. añadió el Padre, á nuestra Señora que se lo declare.

Retiróse el P. Martin al retrete de su oracion, para consultar otra vez el oráculo, y á poco tiempo volvió al P. Vellido y le dijo: «Ya se Padre el secreto, dentro de treinta dias he de morir.»

No hizo mudanza alguna de vida, porque toda ella fué preparacion para la muerte.

Siguió en todo la comunidad; acudia al confesonario, trato de prójimos y obediencias domésticas con la misma uniformidad que antes.

Llegándole los treinta dias, cayó en la cama con un recio accidente; apretóle con dolores fuertes, y á pocas horas le rindió su flaqueza.

Recibió los santos Sacramentos. Era grande la alegría de su rostro y mucha su paciencia, hasta que murió á las seis horas de la tarde, á primero de setiembre, dia de San Gil y á los treinta de su profecía, en la Casa Profesa de Valencia, año de 1596.

Cumpliéronse con esto puntualmente dos profecías; la una que habia de morir dia de un santo confesor, y la otra de los treinta dias que la Vírgen le señaló de plazo.

Honróle Dios con muchos sucesos maravillosos.

Testificó el P. Bautista Bordoy, que siendo Hermano estudiante y acompañando al P. Martin á visitar un enfermo tan furioso, que seis robustos hom-

bres no podian detenerle, llegó el Padre, y á la menor palabra que le dijo, sosegó al enfermo, y mandó que todos los circunstantes dijesen el Credo mientras él decia el Evangelio, y que sin falta quedaria luego sosegado; fué así, que al mismo punto se quietó, y quedó con mucha paz.

En la Casa Profesa de Valencia estaba el H. Juan Gana muy al cabo, de gravísimas calenturas.

Fuele á visitar el P. Martin, preguntó al enfermo si gustaria de morirse.

Respondió: «Que Dios hiciese su divina voluntad.» «Pues no morirá de esta, dice el Padre, vivirá años, y le enterrarán en la iglesia nueva que se ha de hacer.»

Es de advertir, que por entónces no se trataba de iglesia nueva, ni la Compañía tenia aquel sitio donde ahora está, porque estaba ocupado de tabernas; y el Hermano vivió cuarenta años despues de esta enfermedad.

Al P. Antonio Miron le derribaron en la cama unas recias calenturas, sobreviniéndole una maligna inflamacion en la garganta con muchas llagas, tales que en cinco dias apénas pudo pasar cosa.

Dábanle los médicos por desahuciado; fué á visitarle el P. Martin, y al fin de la visita, despidiéndose para ir á decir Misa, rogóle el enfermo que le encomendase á Dios muy deveras. «De muy buena gana,» dice el Padre.

Despues de dicha la Misa, vuelve al enfermo, y con mucha alegría y modestia entonó y cantó un cantarcito vizcaino, para alegrar al enfermo, al cual dijo por remate: «No tenga pena, que no morirá de esta enfermedad.»

Fué así, porque el Padre quedó luego sano y vivió muchos años con mucha edificacion y salud.

Fué este siervo de Dios muy honrado y venerado de todos, y tenido por santo, no sólamente de la gente plebeya, sino de los más nobles caballeros, así eclesiásticos como seglares, con tal veneracion, que cuando le encontraban por la calle, se apeaban de sus caballos y carrozas para besarle la mano y tomar su bendicion.

Está la vida de este siervo de Dios escrita más dilatadamente en la *Historia de Aragon*, y hácese particular mencion de él en el libro *De affectu erga Deiparam*, traducido en latin por Martin Sibenio.

P. NIEREMBERG.

P. ANTONIO CORDESES

POR boca de Jesus Sirach, en el cap. LIV del Eclesiástico nos exhorta el Espíritu Santo á que no dejemos perder la memoria de los varones esclarecidos, Padres y Maestros que nos enseñarón y rigieron, y nos dieron el ser espiritual que tenemos, porque en ellos y por ellos obró Dios cosas grandes y maravillosas en el mundo, eternizando en sus hijos su glorioso nombre; varones verdaderamente grandes en virtud, sabiduría y prudencia, dignos de ser comparados con los antiguos profetas.

Y no es justo que perdone nuestra lengua las alabanzas de aquellos que tanto merecieron con sus obras, y tanto bien nos hicieron con su doctrina y ejemplos, que duran en sus hijos con su nombre y durarán para siempre.

Este es consejo del Espíritu Santo, dignísimo de ser recibido y ejecutado de todos, ya por el agradecimiento que debemos á nuestros Padres espirituales, que nos reengendraron en Cristo, ya porque no sepulte el olvido sus esclarecidos ejemplos, sino que pasen á los venideros para su aprovechamiento, ya porque, como dice en el mismo lugar, sus mismos merecimientos claman y persuaden que honremos en la tierra á quien Dios honra en el cielo.

Y aunque esta doctrina conviene á todos los Padres y Maestros, muy especialmente habla con el venerabilísimo P. Antonio Cordeses, en quien se verifica todo lo que el Espíritu Santo dice de los varones esclarecidos, dignos de ser alabados y de que su memoria dure para siempre.

Porque sin duda fué uno de los varones más perfectos y consumados en todo género de virtudes que ha tenido la Compañía, honra de las provincias de España, hijo de la de Aragon, primera piedra fundamental de nuestra Religion en estos reinos, adornado de sabiduría, prudencia, celo de las almas, caridad y amor de Dios y de todas las virtudes que se pueden desear en un perfecto religioso y consumado Superior, lector que fué de Filosofía y Teología, y Superior más de cuarenta años, los doce Provincial de Aragon, seis de la provincia de Toledo, Visitador y Rector de varios colegios, y Prepósito doce años de Sevilla.

Recibió y crió en la Compañía los más ilustres sujetos que tuvo su siglo; y muchos alcanzó el nuestro, que han sido y son los maestros y prelados que la gobiernan, herederos de su espíritu y testigos abonados de su sabiduría y prudencia, que conservan la gloria de su nombre y hacen célebre su memoria.

Y porque no la borre el olvido, se escribe en esta historia, siguiendo el consejo del Espíritu Santo, en recompensacion del agradecimiento que le debemos.

I

Su patria, padres, educacion y progreso, hasta que entró en la Compañía.

Nació este venerable Padre el año de 1518, á los últimos de julio, en la noble villa de Olot en Cataluña, del obispado de Gerona.

Su padre se llamó Juan Cordeses y su madre Sebastiana Vicente, personas nobles y ricas y de lo granado de su pueblo; y, lo que es de mayor estima, de mucha virtud y ejemplares costumbres, en las cuales criaron á su hijo desde la cuna.

Su natural fué tan dócil y bien inclinado, que recibió como blanda cera los consejos y doctrina de sus padres.

Era muy hábil y de vivo ingenio; y habiéndole enseñado las primeras letras, le enviaron á Gerona á aprender la gramática y retórica, en que salió aventajado estudiante.

Cuando trataban sus padres de emplearle en el estudio de ciencias mayores, le atajó Dios los pasos con un infausto suceso, tomando este medio, á lo que despues pareció, para traerle á su servicio, como tomó la herida de la pierna en S. Ignacio para hacerle fundador de la Compañía.

El caso fué, que un tio suyo prebendado de la iglesia de S. Estéban de Olot, hirió en una pendencia á un caballero, el cual, sentido y afrentado del agravio, convocó su familia para vengarse del agresor, no sólo en su persona, sino en las de todo su linaje, tan bárbara como injusta costumbre de aquel tiempo: ruego á Dios que no llegue tambien al nuestro.

Con esta ocasion se hallaron obligados los padres de Antonio á retirarse de su tierra.

Los deudos se derramaron por varias partes, y Antonio con una hermana suya doncella aportó á Barcelona, adonde, hallándose pobre y sin arrimo, asentó plaza de escribiente en casa de un notario.

Como sabia latin y era de vivo ingenio y no divertido en mocedades como otros de su porte, aprovechó tanto en poco tiempo, que en breves dias salió un águila en los despachos.

Hacia cualquiera negocio con gran destreza, ordenaba las peticiones y cualesquiera escrituras tan bien como su maestro, el cual se pagó tanto de su buen natural, virtud y fidelidad, que sabiendo era hijo de nobles pa-

dres, trató de casarle con su hija y tener por hijo al que tenia por discípulo. Hízole examinar y aprobar para notario.

Si se efectuó el casamiento calla el historiador de su vida; la voz comun en la Compañía prevaleció siempre de que fué casado y se hace verosímil, conforme lo referido; y lo más cierto y verdadero es lo que se sigue.

El año de mil y quinientos y cuarenta y dos, y el segundo de la fundacion de la Compañía, vino á Barcelona el P. Antonio de Araoz, recien profeso, en compañía del P. Diego de Eguía, enviados por S. Ignacio nuestro Padre á echar las primeras líneas en aquella noble ciudad del colegio que se habia de fundar en ella.

Era á la sazon virrey de Cataluña el marqués de Lombay D. Francisco de Borja, que despues entró en la Compañía y la ilustró con su santidad, prudencia y autoridad, gobernándola muchos años y siendo General de ella.

El cual, viendo aquellos primeros Padres tan pobres y encogidos, como humildes y santos, de ejemplarísima vida, los acogió y favoreció con su acostumbrada caridad, y les hizo dar posada, y socorrió en lo necesario, con que pudieron dar principio al colegio, aunque con mucha pobreza.

Comenzó el P. Araoz á desplegar las velas de su espíritu al favorable viento del Espíritu divino con su fervorosa predicacion.

Movióse toda la ciudad; el séquito era igual á la opinion, correspondiendo el fruto á los dos.

Entabló la frecuencia de la confesion y comunion, muy olvidada en aquel tiempo y extrañada de muchos como cosa nueva; pero abrazada con grande devocion y fruto de la mayor parte de los del pueblo.

Dió á muchos los Ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre, oficinas de hacer santos y minas celestiales de fuego divino, que cuanto más ocultas emprenden los corazones, tanto con mayor fuerza vuelan las almas al cielo.

Las que este bendito Padre y apostólico obrero de la Iglesia del Señor ganó para Dios con estos y otros ministerios fueron tantas, que admiraron el mundo y engendraron en todos altísimo concepto de nuestra santa Religion, enviada al mundo para su reformacion en aquel tiempo.

Entre los muchos que hicieron los Ejercicios, fué uno nuestro Cordeses, el cual, como tan devoto, luego se prendó de los nuevos obreros del Señor, y se alistó por su discípulo.

Salió tan movido de ellos, que renunciando el mundo y cuanto podia esperar de él, se dedicó al servicio de Dios, y pidió al P. Araoz que le recibiese en la Compañía, y, segun dice su historia, fué el primero que en España fué alistado en su bandera.

Lo cierto es, que el año de cuarenta y dos, cuando sucedió esto, no le pu-

dieron dar la ropa de la Compañía ni admitirle en ella por la limitacion que habia del Pontífice de que no pasasen de setenta.

Y así, le recibió el P. Araoz para que estuviese en casa como en probacion y doméstico, viviendo como religioso en hábito secular, hasta que quitada la dicha prohibicion, fué recibido en toda forma el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, á 11 de octubre, siendo de veinte y seis años, como el mismo Padre lo dejó firmado de su nombre en el colegio de Gandía, donde se guarda hasta este tiempo su escritura.

II

Hace su probacion y votos en la Compañía, y las muestras que dió de su buen espíritu.

Tres años tuvo de probacion en la forma que se ha dicho, sirviendo en hábito seglar á los que habia y pasaban á varias partes de la Compañía por aquella casa ú hospicio, que no tenia aún forma de colegio, ni la tuvo hasta el año de cuarenta y siete, en que S. Francisco de Borja se la dió, dándole iglesia larga.

Cumplida probacion tuvo el siervo de Dios en este tiempo, en que era más rigurosa que en el nuestro.

Servia más como criado que como novicio.

Ejercitábale el P. Araoz en muchas y grandes mortificaciones para enseñarle á despreciar la honra del mundo y crecer en espíritu y en el desprecio de sí mismo.

Tenia largas horas de oracion, así mental como vocal.

Ayudaba á las Misas, guardaba mucho recogimiento, inviolable silencio, ejemplar modestia; trataba poco con los hombres y mucho con Dios.

Acompañaba y servia á los predicadores con igual diligencia y devocion.

Hacia oficio de enfermero, cocinero, portero y comprador.

Trabajaba incansablemente en el servicio de todos con tanto gusto y voluntad, que les robaba los corazones; que muchas veces obliga más el gusto con que se hace la obra, que ella misma, por buena que sea.

Teniendo tanto trabajo, le quedaban fuerzas y voluntad para macerar su cuerpo con ásperos cilicios, ayunos, disciplinas y con largas vigilias que gastaba en la oracion.

Si algo le quedaba de los ejercicios espirituales, le gastaba en tomar leccion de su santo Maestro, á quien miraba y obedecia como á Dios, cuya doctrina se le imprimió en el alma de manera, que era ejemplo y admiracion á todos los que le trataban.

Aunque no les causaba novedad su virtud, porque siempre le reconocieron con ella, admirábales su perfeccion, á cuya cumbre habia llegado en tan poco tiempo con el riego de la Religion.

Su modestia los edificaba, sus ejemplos los movian, y sus palabras los encendian en el amor de Dios.

El polvo de la antigüedad, que borra y sepulta muchas cosas dignas de eterna memoria, ha sepultado los heróicos ejemplos que en su noviciado dió este varon de Dios, y entre las cenizas de su olvido hallo uno bien notable que será como índice y muestra de los demás.

Envióle el P. Antonio de Araoz á comprar un pellejo de aceite para la provision de la casa, y aunque no le mandó que le trajese en sus hombros, no se lo negó.

El obediente novicio, estando en hábito de seglar como dijimos, en medio de la luz del dia, cuando hay por la calles mayor frecuencia de gente, logrando aquella ocasion para ganar el cielo y alcanzar gloriosa victoria de si mismo, tomó el pellejo sobre sus hombros y le trajo desde el muelle de la mar, como triunfando del mundo, con mucho espacio por las plazas y calles más públicas de Barcelona, y por donde los notarios sus compañeros, amigos y conocidos tenian sus oficios, con admiracion y espanto de verle hacer una tan rara mortificacion nunca vista en aquella ciudad, ensalzando hasta las nubes su espíritu y humildad.

No la estimó en ménos el P. Antonio de Araoz, conociendo por aquella accion los quilates de su desprecio y la grandeza de su mortificacion, prometiéndose de tan gloriosos principios gloriosísimos aumentos en la santidad y colmadísimos frutos de santas obras en los progresos de la Religion, como en la verdad los dió.

Y porque se vea el metal de su espíritu y el fuego de caridad y celo de aprovechar á sus prójimos que ardian en su pecho en aquel tiempo, pondré aquí una carta que escribió á unos amigos suyos sobre la perseverancia en la virtud, que es del tenor siguiente:

Al amado y en Jesucristo carísimo II. Maestro Pablo Mitia y Olot.

«Gratia et pax et charitas Domini nostri Iesu Christi sit semper in visceribus nostris. Amen.

»Por el Hermano nuestro, Maestro Gou, me fueron dadas saludes de parte vuestra, por donde me pareció que sin nota no pudiera dejar de escribiros, si bien conozco y digo mi culpa por no lo haber hecho hasta ahora, obligándome ya la caridad, de que pido perdon.

»Tiempo ha que por el mismo Maestro Gou y por otros he entendido la buena obra en que habeis insistido hasta ahora.

»Suplico al Señor que por su bondad infinita os dé fuerzas y perseverancia hasta el fin en tal ejercicio.

»Poco fuera haber comenzado la obra buena, si en ella no perseveráredes; ántes seria muy mal contado alzar mano de ella, y dar al mundo ocasion de hablar mal de obra del Señor tan santa.

»Yo creo no ignorais que no se da la corona á los que empiezan, sino á los que acaban; y que es mejor no comenzar que, despues de haber comenzado, dejarlo á la mitad del camino; ni ménos se os esconde lo que Jesucristo dice á S. Juan en el *Apocalipsis:* «El que venciere y conservare mis obras hasta el fin, será vestido y adornado de las vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida.»

»No puedo dejar de gozarme mucho en el Señor, sabiendo que en mi patria es santificado y bendecido el nombre Santo del Señor.

»Pocos dias ha que, trabando pláticas con un hombre de esa villa, me dijo que el Maestro Pablo Mitia y todos los de su Compañía se arrepentian ya de haber emprendido una obra de tanto trabajo y peligro, porque ya habia algunos domingos que no comulgaban.

»Si bien no dí crédito á sus palabras, no fué parte para que no me alterase algo.

»Deseo mucho saber lo que pasa, porque me alegraré en extremo de saberlo todo con certeza.

»Digo que me alteré, porque el enemigo es tan sutil y astuto en sus depravados intentos, que muchas veces con capa de humildad y pretexto de caridad fingida, persuade dejar la obra de que á él tanto le pesa.

»Creo, como es cierto, que una de las obras que más siente es la frecuencia de los Sacramentos; porque esta es la que le quita la ganancia de las almas, de las cuales anda tan hambriento.

»¡Ay Dios! ¡Cuánto nos hubiera de espolear á velar continuamente sobre nosotros el pensar que tantos enemigos están siempre velando en nuestro daño y destruccion, y nosotros por nosotros nos olvidamos de nosotros mismos!

»Hablo de experiencia, y os sé decir que de año y medio á esta parte he sido tan gravemente combatido de las tentaciones de los enemigos, que casi me han hecho despeñar; y los peores combates han sido con capa de humildad, que son más difíciles de conocer.

»Entre otros asaltos intentó derribarme con ilusiones nocturnas tres sábados, para impedirme la comunion del domingo; pero yo me resolví de no de-

jar de comulgar, para dejar burlado al enemigo, pues todo nuestro bien consiste en estar siempre unidos con nuestro Criador y Redentor como los sarmientos á la vid, lo cual no se puede hacer sino es guardando la pureza del corazon de toda mácula de pecado.

»Ya sabeis que todos los otros ejercicios, como son vigilias, ayunos, maceraciones de la carne, pobreza, castidad, obediencia, todos son medios para ese fin, y se han de estimar en cuanto nos llevan á la pureza del alma.

»Ya sabeis que para el alma pura y limpia compuso Salomon aquellos sus Cantares tan regocijados, y que, sin merecerlo nosotros, nos dejó el Redentor aquí su cuerpo hasta el fin de los siglos, siendo el camino, la verdad y la vida, camino por el cual caminásemos para vivir en nosotros, siendo así que no tiene más vida el alma que cuando está unida con su Criador y Señor, el cual nos importa frecuentar por ser tan inclinados de nuestra naturaleza al mal.

»Bien veis nuestra fragilidad en pecar y caer cada hora, la cual caida nos conviene á menudo reparar, si queremos ser participantes y compañeros de Cristo en la gloria perdurable.

»No puedo dejar de entristecerme pensando cuán olvidada está por todo el mundo esta medicina tan saludable, tomando la ponzoña de nuestros enemigos con tanto gusto, de que son buenos testigos las carnestolendas y comedias, etc.

»Creo que la causa es estar enfermos, porque los enfermos siempre apetecen lo que más daño les hace.

»Bien cierto es que, si tuviésemos el espíritu de S. Pablo, S. Agustin y otros Santos, conoceriamos que la suma miseria es no tener á Dios, y que el bien supremo consiste en poseer á Dios nuestro Señor, en quien están toda la gloria y las riquezas deseables.

»Ni nos puede ir bien, aunque tengamos todas las cosas, sin Él, porque todas son nada sin Dios, y no nos puede ir mal teniéndole á Él, con el cual tenemos todo cuanto podemos desear.

»Creo sabreis cómo me he dedicado á la Compañía de Jesus dias ha, pues ha querido el Señor llevarse al buen Hermano nuestro el Maestro Jonicot; santa gloria tenga.

»Será bien, que en lugar de aquel haya otro de Olot, aunque no tan bueno como él.

»Dios nuestro Señor por su infinita bondad me dé lo que sabe he menester, y cumpla en mí y en todos los demás su santa voluntad, y nos quiera dar su amor y gracia: *Quam repromisit diligentibus se.*

»De Barcelona á 4 de marzo de 1546.

»Vuestro menor Hermano en Cristo.—*Antonio Cordeses.*»

Esta carta, aunque algo larga, me ha parecido poner aquí, porque se vea el espíritu que este siervo de Dios tenia cuando era novicio, el celo de la gloria de Dios y provecho de las almas que ardia entónces en su pecho, los consejos tan espirituales y provechosos que daba á sus amigos y la destreza con que los encaminaba á la perfeccion, dignos de cualquiera Padre muy antiguo y diestro en las materias de espíritu, comenzando este santo varon por donde otros acaban despues de muchos años de ejercicios de virtudes, aspirando á la perfeccion.

Luego hizo sus votos con grande espíritu, ternura y devocion, rindiendo á Dios mil gracias por verse incorporado en nuestra santa Religion.

III

Sus estudios y progresos en ellos, hasta entrar en el gobierno.

El santo duque D. Francisco de Borja, movido del celo de la gloria de Dios y bien de los vasallos de sus estados, con el amor y estima que siempre tuvo de la Compañía, daba prisa con repetidas cartas á S. Ignacio nuestro Padre, pidiéndole sujetos de toda satisfaccion para fundar el colegio y Universidad de Gandía, así maestros que enseñasen, como discípulos que aprendiesen y estableciesen la doctrina.

Aprobando nuestro santo Padre su intento, escogió de los mejores sujetos que á la sazon tenia, y los envió á S. Francisco de Borja para primeras piedras de aquellos estudios.

Entre ellos nombró al H. Antonio Cordeses, de cuyo caudal y aventajado ingenio estaba muy satisfecho, señalándole para oir Filosofía.

Dióle por maestro al P. Manuel de Sá, uno de los primeros fundadores de aquella Universidad, bien conocido en el mundo por su gran sabiduría.

De tan insigne maestro salió tan aventajado discípulo, el cual ostentó su agudo ingenio en hacerse dueño de su doctrina, en que salió tan aventajado y erudito, que pudo pasar de discípulo á maestro.

Y así, le graduaron luego, sin esperar á más plazos, de bachiller y de maestro en Filosofía, y con el mismo aprovechamiento oyó la Teología y se aventajó de manera á todos sus condiscípulos, que le graduaron de doctor en acabando de oirla, habiendo hecho sus actos lucidísimamente con grande loa y aprobacion de todos.

Ordenóse de sacerdote con grande consuelo de su alma, para poder ejercitarse con más fruto en el provecho y bien de los prójimos.

Una cosa sucedió en aquel colegio de Gandía el año 1547, dos despues de

haber hecho los primeros votos el H. Antonio Cordeses, cuando oia Filosofía, digna de escribirse aquí, para que se vea el concepto que se tenia de su persona, de su religion y talento; y fué la eleccion del primero Rector de aquel colegio, la cual ordenó nuestro P. S. Ignacio que fuese por votos de los que en él se hallasen, así sacerdotes como no sacerdotes, que todos fueron diez.

Fué la primera y última eleccion de Rector, que se hizo en la Compañía en esta forma, como tambien el primero y último Superior, que tuvo nombre de Prior en ella.

Hízose la eleccion, como se refiere y halla escrita en los archivos de aquel colegio, con grande conformidad, habiendo dicho la Misa del Espíritu Santo, y teniendo oracion antes de votar, pidiendo á Dios luz para acertar en la eleccion de la persona que más convenia, como la hicieron los Apóstoles en la del Apóstol S. Matías.

Regulando los votos, tuvo nueve el P. Andrés de Oviedo, que fué el primero Superior de aquel colegio y murió Patriarca de Etiopía, y uno, que fué el del P. Oviedo, el H. Antonio Cordeses, en que declara el alto concepto que tenia de su mucha religion y buen talento; pues siendo Hermano, le antepuso á todos los sacerdotes y maestros, dándole su voto para que gobernase aquel colegio, y tenerle el P. Oviedo por Superior suyo.

Acabados sus estudios con tanto lucimiento y provecho, pasó de discípulo á maestro, leyendo en aquella Universidad un curso de Filosofía y despues una cátedra de Teología con igual crédito de aquellos estudios y aprovechamiento de los discípulos.

De las que entónces dictó, dejó escritas algunas materias tan aventajadas y eruditas, que á juicio de los que las han visto, son dignas de estar impresas para enseñanza de todos.

El cuidado de su alma fué siempre el mismo, y los ejemplos de su observancia y religion tales, que no enseñaba ménos á sus discípulos á ser santos con la edificacion de su vida, que á ser sabios con su doctrina.

Hacia á dos manos, como diestro capitan de esta santa milicia, enseñando en la cátedra, y predicando en el púlpito, y confesando á los que venian heridos del dolor de sus pecados.

Enseñaba la doctrina á los niños, preciándose tanto el sabio doctor de este humilde ministerio, como de la cátedra de Teología, imitando á nuestro Santo Padre, que siendo General, no dejó de predicar en las plazas y de enseñar la doctrina á los niños.

Y no paró aquí la humildad del P. Antonio Cordeses, sino que pasó adelante, y no se hallando en el colegio de Gandía, por la cortedad de sujetos que á la sazon padecia, quien fuese Procurador, como era tan entendido en

materia de papeles y tenia tan buena pluma, posponiendo todos los pundonores humanos, se encargó de la procuraduría.

De la cátedra bajaba á hacer las cuentas, y de la presidencia de los actos y argumentos de escuelas, quitándose la borla, venia á dar y á recibir lo que se ofrecia.

Caminaba á la plaza y á las aldeas y lugares á comprar y traer lo necesario para sustentar el colegio, con más gusto que á recibir los aplausos de los actos, y no con ménos provecho, así de su alma como de los que miraban á un tan señalado maestro, doctor en Teología, tan estimado en el mundo, olvidarse de sí mismo y ocuparse en oficios temporales de tanto trabajo y afan, pasando del noble estudio de las letras al tosco trato con los labradores y alcabaleros de la república y gente ordinaria del pueblo.

Y era tanta su humildad, que con el mismo gusto estudiaba en los libros de las cuentas, que en los de los santos Doctores y Maestros de la Iglesia.

Todo lo cual obligó á la Compañía á darle la profesion de cuatro votos, que es el supremo grado de ella, el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, cinco despues de haberse ordenado, y la hizo á seis de agosto, como consta de los libros de su provincia.

Pasemos ahora á ver cómo se hubo en el gobierno.

IV

Es electo por S. Ignacio, nuestro Padre, Superior del colegio de Valencia y Rector del de Gandía, á donde trabajó gloriosamente en la cura de los apestados.

Poco tiempo gozó el siervo de Dios del ejercicio literario de su lectura, porque habiendo conocido nuestro P. S. Ignacio el eminente talento que Dios le habia dado para el gobierno, cuando estaba más engolfado en su lectura haciendo y leyendo sus materias, le ordenó que fuese por Superior del colegio de Valencia.

El humilde y obediente Padre dejó luego la lectura, ejercicio muy de su gusto, y por mera obediencia salió de Gandía para el colegio de Valencia, el cual gobernó algun tiempo con título de Vicerector, con igual consuelo y aprovechamiento de los súbditos.

Su blandura, caridad y el ejemplo de su vida eran tales, que les hacia suave á todos el yugo de la Religion; y como el santo Superior era el primero que ponia el hombro á la carga, á todos se les hacia liviana y la llevaban con grande consuelo de sus almas, creciendo en espíritu y observancia con grande crédito de nuestra Religion.

Y aunque todos estaban muy contentos y deseosos de tenerle por Superior muy de asiento, no lograron su deseo, porque el colegio de Gandía, adonde moraban sus discípulos y era conocido y deseado, clamaron por tenerle consigo.

San Ignacio, atendiendo por una parte á su consuelo, y por otra á autorizar aquel colegio y Universidad que S. Francisco de Borja habia fundado, le ordenó que saliese de Valencia y viniese á ser Rector del colegio y Universidad de Gandía, á cuyo mandato obedeció al punto con la misma prontitud que al primero.

El gozo y alegría con que fué recibido en el colegio de Gandía y el alborozo que hubo en toda la villa con su venida fué á medida del deseo tan grande que habian tenido de gozarle y poseerle.

Entró en el colegio con tanto contento de todos, como si entrara un ángel del cielo, que como á tal miraban al que como ángel vivia en la pureza de vida y en la virtud y santidad.

Comenzó á gobernar no como Superior, sino como si fuera inferior y hubiera venido para servir á todos.

Sus entrañas eran de amorosísimo Padre; su caridad como de carísimo hermano; su blandura y mansedumbre como de piadosa madre.

Nunca mandaba, sino rogaba, ni decia *id*, sino *vamos* (como se cuenta de Cesar) en las cosas de trabajo.

Ninguna cosa tenia ménos de Superior que la superioridad, porque se abatia á los piés de todos y tomaba para sí lo más humilde y trabajoso por aliviar á los otros de el trabajo.

No era escaso ni menudo, ántes se inclinaba á liberal y tenia grande confianza de sus súbditos.

Y como de su natural era tan cándido y verídico, no sospechaba mal de nadie y creia que todos decian verdad.

Con los flacos era compasivo; con los enfermos muy caritativo y cuidadoso; con los negligentes vigilante, y con los protervos eficaz, no perdonando á medio ni á trabajo para corregirlos y enmendarlos.

Fué siempre celosísimo de la observancia regular con que su gobierno fue acepto á Dios y aplaudido grandemente de los hombres.

Siendo Rector de Gandía, sucedieron dos cosas en que hizo alarde de su talento y buen espíritu.

La primera fué la santa muerte de S. Ignacio nuestro Padre poco despues de haber entrado á ser Rector, con cuya ocasion se juntó la provincia; y aunque era mozo y no habia entónces hecho la profesion que hizo, como dijimos, el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, tres despues del glo

rioso tránsito de nuestro Padre; fué electo para ir á votar en la Congregacion general que se juntó en Roma, en que fué electo el venerable P. Diego Lainez por sucesor de S. Ignacio y General de toda la Compañía, el cual le confirmó en el oficio de Rector de Gandía, en que le habia elegido S. Ignacio, y quedó con tal concepto de su santidad y prudencia, que no le dejó descansar mientras vivió, ocupándole siempre en gobernar la Religion.

La segunda fué una peste general que el año de mil y quinientos y sesenta se emprendió en los reinos de España, cuyo furioso fuego se apoderó de Gandía, dándole Dios esta ocasion tan á mano al santo Rector, para que hiciese ostentacion de su valor y caridad.

En comenzando el fuego miró con prudencia los que podian ayudar en lo espiritual y corporal á los enfermos, y con acertada providencia se quedó en el colegio con estos, y á los demás que juzgó por ménos á propósito para este santo ministerio, los envió á donde estuviesen seguros del contagio.

Hecho esto, repartió sus soldados con buen órden como prudente y diestro capitan.

A unos encomendó el hospital de los apestados, para que los curasen y sacramentasen.

A otros puso en una ermita en el camino del hospital, para que confesasen á los que llevaban heridos, si alguno peligraba antes de llegar.

A otros repartió por los barrios de la villa, para que visitasen las casas de los enfermos y los socorriesen en lo espiritual y temporal, sacramentándolos y enterrando á los que morian.

El fervoroso Padre tomó para sí la superintendencia de todos como Maestro general, recogiendo aves, dulces y regalos, lienzos, camisas, medicinas y todo lo necesario para la cura de los enfermos, y proveyendo á todos con admirable caridad.

Su mayor vigilancia fué de que ninguno muriese sin confesion y comunion, acudiendo el primero á este ministerio sin recelo de que se le pegase la peste, ofreciendo á Dios su vida con grande gusto por la espiritual de sus prójimos.

Puso tambien grande cuidado en recoger los niños huérfanos y las doncellas que quedaban desamparadas, para que ni los unos ni las otras se perdiesen por falta de providencia y caridad.

Entre otras, le sucedió hallar una puerta cerrada y por un [illegible] de una criatura que lloraba, y, como llamando no respondiesen [illegible] ridad, ántes levantando mayores llamas de [illegible] por una ventana, venciendo muchas dificultades y [illegible] dres y la criatura llorando entre los dos cadáveres.

El fuego de caridad que ardia en su pecho arrojó por los ojos, mirando aquel lastimoso espectáculo, no centellas, sino piadosas lágrimas de amor, como las arrojó por los ojos de Cristo el fuego divino que ardia en su pecho, cuando vió muerto á su amigo Lázaro.

Luego el caritativo Padre dió órden de enterrar á los padres, y tomando al hijo en sus brazos, salió con él por las calles pregonando caridad.

Dios le deparó una mujer que criaba otro suyo, á quien pidió que se encargase de él. Ella respondió que lo haria de buena gana, pero que reparaba en el disgusto de su marido, que se recelaria de que se le pegase el contagio, habiendo aquel niño mamado leche apestada.

El buen Padre le aseguró con grande certidumbre que no se le pegaria, ni de la criatura ni de otro enfermo en el ínterin que la criase.

Fué tan cierta su promesa, que en medio de tan furioso incendio permaneció buena y sana ella y toda su casa, siendo la caridad que usaba con aquel huérfano antídoto y contraveneno de aquella infeccion universal.

La misma oferta hizo á otra piadosa mujer, á quien dió cargo de cuidar del hospital y repartirles los regalos que juntaba para los enfermos, y viviendo con ellos y acudiéndolos sin recelo como si no fuera contagiosa su enfermedad, ni se le pegó ni sintió el menor mal accidente.

La una y la otra vivieron muchos años despues, obrando el Señor estas maravillas para sacar verdaderas las promesas de su siervo y apoyar su caridad.

El que la tuvo tan grande con los de fuera, ¿cuál creemos que la tendria con los propios de su casa, á quienes miraba como á hermanos, amaba como á hijos y estimaba como á compañeros y consortes en su trabajo?

No se puede fácilmente decir las entrañas de amor, la solicitud y cuidado con que les acudió en salud y enfermedad, sirviéndolos, animándolos y esforzándolos cuanto sus fuerzas alcanzaban.

Todos enfermaron y todos murieron en tan santa y loable demanda, ofreciendo á Dios sus vidas por salvar las de sus prójimos.

El bendito P. Cordeses los sirvió á todos de médico, enfermero y cocinero, guisándoles y dándoles la comida con entrañable caridad, sacramentándolos y asistiéndolos en su muerte, y amortajándolos y enterrándolos en el silencio de la noche, por no dar nota ni ocasionar recelo á los seglares de acudir á nuestra casa á confesar.

Y le acontecia no pocas veces hallarse fatigado de trabajar todo el dia con los de fuera y venir á casa á curar á los de dentro, y á la media noche, cuando habia de reposar, llamarle para algun enfermo y partir con tanto aliento á sacramentarle y ayudarle, como si no hubiera trabajado y saliera de gran descanso.

Tal era la valentía de su espíritu y tal el fervor de su caridad, la cual procuró entibiar el demonio y acobardar con espantos; porque, habiendo muerto todos los del colegio y hallándose solo en él, bien entrada la noche, pero muy acompañado con Dios, á quien tenia en su corazon; bajó al refectorio á tomar una corta refeccion para volver al trabajo, y de repente hizo el demonio tal estruendo en lo alto de la casa, que parecia venirse todo abajo.

Algo le inmutó el repentino ruido á hora tan desusada; hizo sobre sí la señal de la cruz, y, despedido el temor, subió á donde sintió el ruido con tanta seguridad, como si fuera acompañado de todo el colegio.

Reconoció que fué hechizo para atemorizarle Satanás, y se volvió al refectorio á tomar su colacion y á reposar con mucha quietud y paz, la cuál como enseñaba S. Bernardo, tiene siempre la buena conciencia, y la mala está de todas partes alterada.

Para ayuda de su ministerio trajo á casa por compañero un piadoso seglar que le ayudó en el ínterin que llegaban otros de la Compañía, á quien envió á llamar, y Dios en premio de su caridad le dió fuerzas y salud para curar á los enfermos todo el tiempo que duró la peste.

V

Es electo Provincial de Aragon, y vá á Roma á la eleccion de San Francisco de Borja.

Cuando estuvo la primera vez en Roma y se vió despacio con él nuestro P. Diego Lainez, quedó el General tan pagado de sus buenas prendas y santidad y del talento tan aventajado que tenia para el gobierno de la Compañía, que mientras le duró la vida siempre le ocupó en los mayores cargos de ella.

Y en la peste de Gandía aumentó tanto su opinion con las heróicas obras que se han referido, que habiendo muerto el mismo año de 1560 en Múrcia el P. Juan Bautista de Barma, Provincial de aquella provincia, le eligió luego en su lugar, para que la gobernase con el espíritu y prudencia con que habia gobernado los colegios de Valencia y de Gandía.

Humilló el hombro á la carga el obediente Padre, que para su deseo de obedecer y no mandar fué bien pesada y más en la ocasion presente, en que halló la provincia poco ménos que arruinada con el estrago que habia hecho en ella la peste de aquel año, en que habian muerto la mayor y mejor parte de los sujetos que tenia.

Se halló forzado á traer religiosos antiguos de otras provincias que pobla-

sen los colegios y mantuviesen en fervor la obediencia, y no se relajase con los que de nuevo entraban, como ha sucedido á otras Religiones en semejantes casos.

Compuso el colegio de Gandía, que habia quedado desierto; y con su buena diligencia y el ayuda de S. Francisco de Borja, á la sazon Comisario de la Compañía en España, le resucitó como de muerte á vida.

Volvió á formar la Universidad con buenos maestros y discípulos, y restauró los ministerios con fervorosos operarios.

Lo mismo hizo en los demás colegios, restaurando los perdidos, con tanto ánimo y valor, que no le acobardando la necesidad presente, emprendió nuevas fundaciones, confiado en la providencia de Dios, que no falta á quien no le falta.

Entre ellas fué la de Mallorca, á donde envió algunos religiosos de espíritu y prudencia que diesen principio á la fundacion de aquel colegio, los cuales fueron recibidos como ángeles y trabajaron gloriosamente en provecho de las almas.

Ganaron tal crédito para la Compañía, que por tenerlos de asiento les fundaron casa, siendo el primer moble de esta obra con su fervor y diligencia el P. Antonio Cordeses.

En Barcelona, á donde fué su conversion y recibió la ropa de la Compañia, trató de levantar un cuarto, porque la habitacion de la casa era muy corta y no tenian á donde recibir los huéspedes que pasaban.

Aunque era grande la necesidad que padecian, era mayor su ánimo y confianza en la misericordia divina, la cual le socorrió, moviendo los corazones de personas devotas, que le dieron lo bastante para edificarles.

Pero en lo que más puso la mira fué en adelantar los ministerios y afervorizar las almas, que son los sólidos fundamentos con que la Compañía ha crecido en todas partes.

Para esto trajo de la provincia de Toledo al P. Dr. Juan Ramirez, predicador apostólico, discípulo que habia sido del santo P. Maestro Juan de Avila, el cual con la grandeza de su espíritu y su fervorosa predicacion movió toda aquella ciudad y convirtió innumerables almas, como se dice en su vida.

El P. Cordeses, con su santo celo y humildad, se encargó de hacer la doctrina á los niños, juntándolos todas las fiestas y domingos por las tardes en nuestra iglesia, á que concurria todo el pueblo á ver á un Provincial, doctor y catedrático de Teología, enseñar las oraciones y á persignarse á los niños de la escuela, con igual admiracion y edificacion de ver cosa jamás usada.

Y no fué pequeño el fruto, porque aprendieron grandes y pequeños los misterios de nuestra santa fe y las obligaciones que les corrian en sus estados.

Desterráronse muchas ignorancias, y con ellas las malas costumbres de jurar y maldecir y abusos perjudiciales, y quedó entablado este santo y útil ministerio para adelante, como al presente se guarda.

Fué de tanta edificacion esta obra, que la Audiencia y Consejo real de Barcelona dió á la Compañía la enhorabuena por medio de su embajador, y le pidió carta de Hermandad, para ser participante de todas las que hacian la Religion, ofreciéndose juntamente á favorecerla como hermanos en todo lo que se ofreciese, como lo ha hecho siempre, que fué cosa de mucha honra para la Religion.

Cinco años gobernó la provincia con suma paz y consuelo de todos y con grande aumento de los colegios y fundaciones que hizo nuevas.

Recibió muchos y muy aventajados sujetos, y con su espíritu y ejemplo afervorizó la observancia religiosa.

Dió realce á todos los ministerios, y como él iba en todo delante, seguíanle los demás con espíritu y aliento, cuando, visitando su ganado, vino nueva de que el P. Diego Lainez, General de la Compañía, habia pasado á mejor vida, y órden de S. Francisco de Borja, que habia quedado por Vicario General, para que los electores fuesen á Roma.

Como el P. Antonio Cordeses era uno de ellos por razon de su oficio, juntó luego Congregacion provincial, y elegidos los compañeros, partió con ellos á la Curia romana á la Congregacion general, que fué la segunda de la Compañía, en que fué electo S. Francisco de Borja.

El P. Cordeses fué una de las personas de quien más caudal se hizo en aquella Congregacion, porque fué electo en ella, con otros siete diputados, para examinar y proponer las dudas que se ofrecian acerca de las constituciones, que eran muchas y graves en aquellos principios de la Religion.

El P. Cordeses, como persona erudita, docta y versada en el Instituto nuestro, y experimentado en tantos años de gobierno, fué diputado para esto; y en todo lo que se trató en aquella Congregacion, tuvo su parecer el primero lugar, como tan prudente y desapasionado, porque siempre fué su blanco la mayor gloria de Dios y bien de la Compañía, tan desinteresado y con tan grande verdad, que si se perdiera en todo el mundo, se hallara en el P. Antonio Cordeses como en su esfera.

Concluida la Congregacion, pidió el humilde Padre al nuevo General por merced que le aliviase de la carga del provincialato.

San Francisco de Borja condescendió con sus ruegos por consolarle, y nombró otro Provincial de Aragon; pero no juzgó que cumplia con su conciencia dejando al P. Cordeses fuera del gobierno totalmente; y así, le nombró por Superintendente del colegio de Coimbra, el mayor y más autorizado que te-

nia en aquel tiempo la Compañía, y que necesitaba de persona tan grande como el P. Cordeses.

Tres años ejercitó este oficio, que no era el más fácil de la Compañía, con la satisfaccion que los demás, y como su provincia de Aragon sentia tanto la ausencia de su Padre, hizo repetidas instancias á S. Francisco de Borja para que volviese á ella.

Como el Santo era hijo y Padre de aquella provincia en que habia nacido y criádose, y entrado en la Compañía, gustó de consolarla; y así, le envió la patente de Provincial de ella, acabado el trienio de Coimbra.

El gozo con que fué recibido universalmente de todos, fué tan grande, que faltan palabras para poderle declarar, porque, si bajara un ángel del cielo, no parece que pudiera ser mayor; tan amado y bien recibido es un buen Superior, que es más Padre que Rector, cuanto suele ser aborrecido el que es más juez que prelado; el amor reconcilia amor, y el rigor y severidad, miedo, acedía y desamor.

Luego trató de visitar la provincia, y era tal el alborozo de los súbditos, que salian á los caminos á verle y recibirle, y á todos abrazaba con una boca de risa y con entrañable amor.

La pobreza y edificacion con que visitaba, ponia admiracion, porque iba solo, sin más compañero que el santo ángel de la Guarda, ni más prevencion de ropa ó comida que usaba de ordinario y hallaba en las ventas y mesones.

Nunca usó de defensa para el frio ni el calor, ni trajo más que su pobre manteo en las nieves y frios grandes de Aragon, y en los calores de Valencia y Cataluña, ni permitia ser regalado en los colegios, contento con lo que daban á la comunidad.

Visitó los de Mallorca y Cerdeña, que entónces estaban á la obediencia de Aragon.

En Mallorca puso tres cátedras de letras humanas, que perseveran hasta hoy; en Cerdeña puso Viceprovincial y dió muchos y muy cuerdas órdenes para gobernarse en adelante, con las cuales creció aquella viceprovincia y llegó á ser provincia formada, como lo es hoy.

VI

Vuelve á Roma á la eleccion del P. Everardo Mercuriano; es electo provincial de Toledo y para otros gobiernos.

Procediendo en su gobierno tan felizmente, con tanto consuelo de todos y aumento de la provincia, llegó el año de mil y quinientos y setenta y dos, infausto para la Compañía por haber perdido en él al Santo General S. Fran-

cisco de Borja, que lleno de merecimientos pasó de esta vida mortal á la eterna, con llanto universal de toda la Religion, y le pudo tener toda la Iglesia por haber perdido una de las más fuertes columnas que la sustentaban en la tierra, como lo testificó el Santo Pontífice Pio V, que lloró con lágrimas su pérdida.

Por su muerte fué necesario juntar Congregacion general en Roma para darle sucesor y hallarse en ella el P. Antonio Cordeses, como Vocal y Provincial y uno de los más antiguos profesos que se juntaron en aquella Congregacion, en que no tuvo ménos estimacion su voto que habia tenido en primera.

Como tan docto y versado en las constituciones y gobierno, llevó la mayor parte de los negocios que se trataron en ella, en la cual fué electo por General de toda la Compañía el P Everardo Mercuriano, Asistente por Alemania, de nacion flamenco, persona de tales prendas, que Gregorio XIII le dió su voto para General antes de ser electo, diciendo á los de la Congregacion que le juzgaba por digno de aquel oficio y dignidad, por la santidad y prudencia que habia conocido en su persona.

Con cuyo parecer se conformó la Congregacion, y con ella el P. Cordeses, y fué electo y obedecido de todos.

Como los nuevos Prelados afectan en el principio de su gobierno mostrarse benignos y hacer gracia á todos, nuestro Provincial, valiéndose de la ocasion, le pidió una, y fué, que le aliviase de su oficio y le diese á otro, atento que habia seis años que llevaba aquella carga y deseaba alguna quietud para atender á su alma, que debe ser en todos el primero cuidado y el principal ejemplo.

El General condescendió con sus ruegos y señaló otro Provincial de Aragon, y al P. Cordeses por Rector de la Penitenciaría, con designio de quedarse con él en Roma para valerse de su prudencia y talento en su gobierno.

El Padre obedeció, pero el General no logró su intento por la razon que aquí diremos.

Como el P. Antonio Cordeses fué tan acepto en su gobierno, todas las provincias de España le deseaban por su prelado.

La de Aragon hizo tan apretadas diligencias con nuestro P. General Everardo Mercuriano, que por provincia junta en Congregacion se le pidió por Provincial, que es cosa bien rara y pocas ó ninguna vez visto en la Compañía.

La de Toledo, recien desmembrada de la de Castilla, hizo tambien sus diligencias, alegando tantas y tan fuertes razones, que convencido de ellas el General, le sacó de la Penitenciaría y se le envió por Provincial.

Y habiendo cumplido un trienio en este oficio, le confirmó otro trienio á instancia de muchos de la provincia.

El bendito Padre era tan cuerdo y afable, tan solícito y diligente en su gobierno, y procedia con tanta verdad, amor y benevolencia, que robaba los corazones de todos, y Dios parece que ponia su mano adonde su fiel siervo ponia la suya, porque todo le sucedia felizmente.

Con su ejemplo afervorizaba á toda la provincia, la cual enriqueció de muchos y excelentes sujetos, que la honraron despues con su santidad, letras y gobierno, y muchos de ellos fueron Provinciales, y algunos Asistentes de que pudiéramos hacer cumplida lista, y hasta nuestro tiempo duran el fervoroso espíritu en que encendió á sus súbditos y las santas costumbres que introdujo en la provincia.

Llegó el año de mil y quinientos y ochenta, en que por muerte del P. Everardo se juntó la cuarta Congregacion general para darle sucesor.

Uno de los vocales fué el P. Antonio Cordeses, con cuya ocasion volvió la cuarta vez á Roma, y fué uno de los que eligieron por General al P. Cláudio Aquaviva, que gobernó treinta y cuatro años la Compañía.

Los más que de España fueron á la Congregacion habian sido súbditos suyos, y parte habia recibido en ella, parte sido sus discípulos y parte sus novicios, uno de los cuales fué el P. Diego de Acosta, Provincial de Andalucía, el cual, con el amor que como hijo le tenia y con el grande concepto de su santidad y prudencia, hizo instancia con el nuevo General, para que se le diese por Prelado á su provincia.

Ya que no pudo alcanzar que viniese por Provincial por no darle tanto trabajo, recabó que viniese por Prepósito de la Casa Profesa de Sevilla, con que el P. Acosta vino triunfante, juzgando que no podia hacer mayor bien á su provincia, que traerle un varon de tan ejemplar vida, que la edificase con su ejemplo, y la afervorizase con el fuego de su espíritu, y la enseñase con su santa doctrina, y la gobernase con su grande prudencia, y fuese como una antorcha resplandeciente que le diese luz y resplandor de santidad, puesto sobre el candelero de Sevilla.

Gobernó esta casa cuatro trienios continuos con sumo aplauso y consuelo de todos, pidiendo siempre los religiosos, cuando acababa el uno, que le confirmasen para otro en el oficio, en que cumplió doce años; y sino hiciera instancia con el General para que le aliviase de aquel cargo para atender a su alma en su vejez, hubiera perseverado en él toda la vida: tal eminencia le dió nuestro Señor en su gobierno, tal sabiduría y acierto para refrenar con suavidad á los osados, alentar á los tibios y adelantar á los buenos.

Sin duda se hallaron en supremo grado en este varon incomparable las

dos virtudes que tanto encomendó Cristo á sus Apóstoles, cuando los envió á convertir el mundo, que fuesen prudentes como las serpientes y cándidos como las palomas.

Su prudencia, cordura, sabiduría y discrecion para conocer y apartar lo malo de lo bueno, fué eminente: y tal cual lo manifiesta su acierto en cuanto puso la mano.

En más de cuarenta años de gobierno en diferentes provincias de opuestos naturales y condiciones, ninguno se quejó de él, ni se dió por sentido ni agraviado, ni juzgó mal de su gobierno: cosa que no la sabrán estimar como merece sino los experimentados en él y que saben la dificultad que tiene corregir yerros, avisar faltas y castigar á quien lo merece, de manera que no dañe y aproveche.

Pero templábalo todo la mansedumbre de paloma de que le dotó el cielo, porque fué cándido, sencillo, blando, amoroso y de una virtud columbina, sin hiel de amargura, ni pasion, ni tema ó enojo con alguno.

A todos amaba como á hijos, y trataba como á hermanos, y servia como si fuera su siervo, con que robaba sus voluntades, y con una dulce eficacia los traia á lo que queria, y hacia guardar la disciplina religiosa con igual fruto de sus almas y lustre de la Compañía.

Esta fué la causa porque anduvieron las provincias en competencia, pretendiendo cada una tenerle por Padre y Superior, persuadidos del grande interés que ganaban en su acertado gobierno.

El P. Francisco de Peralta, que fué su Ministro muchos años, testigo ocular de sus acciones, afirma en una relacion que hizo de su vida que nunca le vió airado, ni alterado, ni hablar una palabra más alta que otra, siempre de un temple y sazon, por más ocupado que estuviese, igual con todos y para con todos manso, suave y apacible.

VII

Su humildad y observancia religiosa.

Bien necesitó el lastre de la humildad contra los vientos de la vanidad nave que siempre navegó por el alta mar de tantos y tan honrosos gobiernos.

Pero el Artífice sumo que sabe resguardar á los suyos para que no zozobren en las tempestades del mundo y en las borrascas que los demonios levantan contra ellos, previno á este siervo suyo contra tales y tan importu-

nos enemigos con el lastre de profundísima humildad, cual la necesitaba para navegar seguro de las borrascas del mundo.

Fué uno de los varones más fundados en su propio conocimiento y más despreciadores de sí mismo, que conoció su siglo, de que fueron abonados testigos cuantos le trataron y conocieron.

Su verdad y sinceridad fué siempre como de un niño, sin pretension, ni ambicion, sin estimacion, ni malicia, en quien se verificó á la letra lo que nos enseñó Cristo, que el que se humillare en la tierra como un niño, seria el mayor en el reino de los cielos; porque al paso que el árbol ahonda las raíces en la tierra, descuellan las ramas hacia el cielo, y al paso que nos humillamos en la tierra, crecerán los merecimientos en el cielo.

Y sin duda fueron grandes los del P. Cordeses, pues se humilló como un niño pequeño en la tierra.

Jamás se le oyó palabra de loor ó alabanza suya, ni se le sintió resabio de vanidad, ni se vió en su persona accion ni movimiento de estimacion propia. Siempre hablaba bajamente de sí, con una verdad como si se viera con los ojos.

Superior y súbdito, daba siempre á todos el primer lugar, y tomaba el más bajo para sí, de que es buen testigo lo que sucedió en las Cortes de Monzon, en que se halló como Provincial, y dió á su compañero el primero lugar de la mano derecha, mandándole seriamente que disimulase porque no le hiciesen pasar al mejor.

A barrer y fregar, á servir en la mesa y á todos los oficios humildes, fué siempre el primero y el más puntual.

Tratándose un dia en su presencia del vicio de la vanidad, dijo el siervo de Dios, con la sinceridad y candidez columbina de que le dotó «*In rei veritate*, Hermanos (que era su modo de hablar) nunca he sabido qué cosa es vanidad.» Tan ajeno de manejar esta moneda, que ni la conocia ni estimaba su valor, que es ninguno en los ojos de Dios.

Por su grande virtud, con la luz que tenia del cielo, siempre afectaba lo más pobre y humilde, á ejemplo de Cristo nuestro Señor.

Testigos de esta verdad son todas sus obras, pues, siendo lector de Teología graduado de doctor en la Universidad de Gandía, fué juntamente Procurador y comprador.

Siendo Provincial, tomó por oficio enseñar la doctrina á los niños de la escuela.

Siendo Provincial de Toledo, y faltando maestro de gramática en un colegio, sustituyó por él, enseñando los rudimentos á los niños con tanta paz y gozo de su alma, como edificacion de los demás.

Del mismo afecto nacia caminar solo á las visitas, sin Padre ni Hermano

que le asistiese, escribiendo las cuentas y las cartas por su persona, y barriendo su aposento, y haciendo todo lo que era menester.

Y esto con tal teson, que siendo de ochenta y más años, no admitia compañero que le ayudase á nada, ántes él se ofrecia á servir á todos.

Con este afecto de humildad se dedicaba á confesar á los pobres y esclavos, y no gustaba de las personas grandes y puestas en dignidad, aunque á ninguna cerraba la puerta que viniese á confesarse con él.

Todo su gusto en los colegios era conversar con los novicios y con los Hermanos de más sinceridad.

Su vestido era siempre pobre, viejo y remendado, sin poderle vencer los roperos á que tomase otro mejor, despreciándose cuanto podia en los ojos de todos.

Llegando á estar el bonete á lo ropa, á juicio de algunos, indecente, aunque á los suyos muy decente y religioso, esperaban á que estuviese durmiendo, y entónces con sagacidad se le quitaban, y le ponian otro no nuevo, porque no lo admitiria, sino ménos malo con pretexto de remendar ó lavar el que traia.

A esta clase pertenece la humildad con que recibia cualquiera aviso que se le daba acerca de su gobierno, aunque fuese del más mínimo Hermano de la casa, agradeciéndolo y estimándolo, y poniéndolo en ejecucion si le parecia bien, juzgando que todos le podian enseñar, con ser él maestro de todos.

Por esto fué obedientísimo á cualquiera órden que le viniera de los Superiores, y deseando siempre antes obedecer que mandar: rehusó cuanto pudo las prelacías que le dieron, y las tomó por pura obediencia de los Superiores, y en ellas se portó más como súbdito humilde que como autorizado Superior.

Guardó las reglas de la Religion con exactísima puntualidad, sin tomarse licencia para nada, conservando toda su vida el porte y puntualidad que tuvo en el noviciado.

De cincuenta y ocho años de Religion y cuarenta de Prelado, nevado de canas y respetado de todos por su santidad y ancianidad, estaba tan humilde á la voz del Superior y tan puntual á la de la campana, que llamaba á cualquiera obediencia, como si aquel dia entrara en la Religion, procediendo en todo con obediencia ciega, sin más discurso ni inquerir que la persuasion de que era la voz de Dios, á quien miraba en todos los Superiores, aunque fuese un novicio de un dia, como tuviese sombra de Prelado ó Superior.

VIII

De su oracion y la luz que recibió del cielo para discernir espíritus.

Mucho pudiéramos decir de esta materia, si la humildad del P. Cordeses no hubiera ocultado las grandes mercedes que recibió de Dios y el alto grado de oracion á que su divina Majestad le levantó.

Lo que no pudo ocultar, fué las muchas horas que gastaba cada dia en este santo ejercicio.

Los vecinos á su aposento le sentian levantar á poco más de media noche, partiendo con Dios el tiempo que le daba la Religion para descansar, porque el mayor descanso suyo era el trato con nuestro Señor y con los santos del cielo.

Para gozarle con quietud, se levantaba á la una de la noche, y cuando más tarde á las dos, y se postraba de rodillas en medio de su aposento cruzadas las manos, y perseveraba en oracion hasta que tocaban á la Comunidad, y entónces proseguia con todos la hora que tenemos de regla.

Puedo decir sin faltar á la verdad que la proseguia todas las horas del dia, porque, como testifican los que escribieron su vida, en todas oraba levantando el corazon á Dios.

Las mercedes que recibió de nuestro Señor en ella fueron muchas.

El despertador le halló arrobado y suspenso de todos sus sentidos, despidiendo de su rostro rayos de luz y resplandor que bañaban todo el aposento y al mismo Hermano le dieron en los ojos de manera, cuando abrió la puerta, que le deslumbraron como si mirara al sol.

Tal era la abundancia de celestial luz que recreaba su alma, que derramaba por el rostro los rayos en lo exterior.

Siendo Rector del colegio de Gandía, fué fama constante que le apareció Cristo nuestro Redentor, y le recreó con su presencia, y le animó á proseguir el trabajo que habia tomado por su amor, el cual fué tan desmedido en la cura de los apestados, en que (como dijimos) murieron á sus ojos todos sus compañeros, que hubo bien menester el conforte que le dió nuestro Señor.

La Misa y las Horas canónicas decia con admirable ternura y devocion.

Gustaba mucho de la soledad y del campo, y salia á rezar entre los árboles, mirando al cielo y levantando el corazon de todas las cosas que miraba para bendecir á Dios.

Fué cosa muy notada, que en abriendo el breviario y comenzando en voz clara á rezar, bajaban los pájaros de los árboles al reclamo de su voz, y se le venian á la mano, saltaban por los hombros y el breviario gorjeando y ha-

ciendo coro con el siervo de Dios con la misma seguridad y muestras de contento que suelen cantar unos con otros.

Y no era maravilla que las aves sin malicia, símbolo de la sinceridad, viniesen al reclamo del que era una paloma sin malicia, y que alabasen á Dios juntamente con él.

Y no deja de ser gran testimonio de su mucha inocencia y calificada santidad; pues no sólo los hombres, sino los brutos ajenos de razon, la reconocian y daban de ella testimonio con accion tan extraña tenida por milagrosa y fuera del curso natural.

Causó grande edificacion el teson que guardó toda la vida en este porte y ejercicio de oracion.

Siendo de ochenta años, perseveró en levantarse á la media noche en el corazon del invierno, sin permitir un punto de remision, que es bastante testimonio de las misericordias y regalos que en la oracion recibia su alma.

Una entre otras, tuvo necesidad de salir á deshora del aposento, y, por no hacer ruido á los que dormian, dejó el báculo, que solia traer por una pierna que habia tenido quebrada, y con la mucha flaqueza rodó por una escalera.

Con el ruido despertaron los vecinos, y le hallaron lastimado y frio sin poderse levantar, con una boca de risa como sino se hubiera hecho mal.

Lleváronle en brazos á su aposento, y el Superior le ordenó que en adelante no se levantase hasta que la campana hiciese señal á todos.

El siervo de Dios obedeció, pero no dejó su oracion, porque á la hora acostumbrada de la una ó dos de la noche se medio vestia en la cama, y allí tenia sus horas de oracion, y de esta manera le hallaron siempre que le visitaron por órden del Superior.

De aquí nació la voz que corria en los colegios que no se sabia cuándo dormia el P. Cordeses, porque siempre le hallaban en oracion.

No fué menor testimonio de su alta oracion la luz que recibió en ella para discernir espíritus, y la destreza grande que tuvo en esta discrecion, conociendo con luz superior cuál era el malo y cuál el bueno y de Dios, por lo cual venian á él como á un oráculo ó profeta á consultarle de varias partes en negocios gravísimos y difíciles, y á todos respondia con mucho acierto y satisfaccion.

En esta provincia de Toledo hubo un Padre docto, grave y persona de oracion, siervo de nuestro Señor, el cual tuvo vehementes impulsos de pasar á la Religion de la Cartuja, con pretexto de mayor perfeccion.

Aferró más en su intento diciendo que Sta. Teresa de Jesus, que vivia en aquella sazon, habia tenido revelacion de Dios de ello.

El lo decia, pero no fué cosa cierta; los Superiores juzgaban que se enga-

ñaba, y que era tentacion del demonio para inquietarle y hacerle perder su vocacion.

Despues de muchas razones que hubo de una parte y otra, vino á partido y fué, que si el P. Antonio Cordeses y el P. Baltasar Alvarez juzgasen que su espíritu no era de Dios, desistiria luego de él.

Los Padres le oyeron y juzgaron unánimes y conformes, sin haberse visto los dos, que iba desacertado y que el espíritu que le movia no era de nuestro Señor, con que el buen religioso se quietó y perseveró en la Compañía, viviendo con mucho ejemplo y edificacion; tal era el concepto que se tenia de la discrecion de espíritus de que Dios le dotó.

En su tiempo sucedió el engaño de la monja de Portugal, que fingió las llagas en manos, piés y costado, y fué tan aplaudida su opinion de quien el P. Cordeses nunca sintió bien, aunque no la reprobó hasta ver el fin; pero espíritus tan campanudos y peregrinos nunca le parecieron bien.

Habia dos mesas en el colegio de Gandía cuando se fundó; en la una se daba la racion ordinaria para sustentarse con mucha limitacion, en la otra unos gazpachos á modo de migas, de mendrugos de pan desmenuzados y cocidos en agua simple sin género de aderezo ó especie que los pudiese sazonar, sin otra cosa alguna de comer.

A cada uno le era libre sentarse en la mesa que quisiese, y por su mortificacion eran más los que se sentaban en la de la abstinencia, que en la ordinaria de la Comunidad.

El P. Cordeses, que era uno de los súbditos, con la luz que tenia del cielo y el don de discrecion, no juzgó bien de esta mortificacion, y así lo dijo á los Superiores, porque impedia mayores bienes á la Religion, atenuando las fuerzas á los que habian de trabajar en los ministerios, y con lima sorda consumiendo poco á poco el hilo de la vida, como con efecto sucedió, porque todos los que frecuentaron aquella mesa enfermaron y murieron dentro de poco tiempo, sin poder ejercitar los ministerios, y conocido el inconveniente, se quitó.

Con la misma luz y espíritu de discrecion admitió algunos en la Compañía contra el parecer de los Consultores, reconociendo con luz superior que los traia la divina Majestad para santos y honra de la Religion, entre los cuales fué el H. Juan Jimeno, que vino á ser varon consumado, de grande espíritu y alta oracion, y otros semejantes á él, que honraron la Compañía.

Escribió así mismo con la luz de el cielo muchos tratados espirituales, que diremos despues, de grande enseñanza y espíritu para discernir entre el bueno y el malo, y guiarse en el camino de la perfeccion.

A muchas personas acosadas de escrúpulos, dió grande luz y enseñanza,

con que desterraron las tinieblas que los afligian, y vivieron en adelante en mucha tranquilidad.

Sus palabras eran de vida que inflamaban á los que las oian en el amor de Dios, y parece que brotaba centellas del fuego de su corazon.

El mismo se encendia de manera, que le aconteció tal vez, hablando con otro Padre de casa, quedarse arrobado y suspenso de los sentidos, y dejarle el compañero cerrada la puerta á gozar en quietud la divina consolacion.

Y si esto le sucedia en la conversacion ordinaria con los hombres, ¿qué debemos creer le pasaria en la oracion retirada con Dios?

IX

Su paciencia, mansedumbre y mortificacion.

No faltó á este santo Prelado el crisol de los trabajos en que refinar su virtud y hacer alarde de su paciencia y mortificacion.

No fué pequeña prueba la de cuarenta años de Superior, tan superior á todas sus pasiones, que ninguno le vió airado ni alterado, sufriendo con invencible paciencia la carga del gobierno, cuando era suma la pobreza de la Compañía y se iba fundando la Religion, padeciendo inmensos trabajos y aflicciones en los caminos y posadas, solo, desabrigado y pobre, y robado muchas veces de ladrones, cuyos malos tratamientos llevó con admirable paciencia, poniéndose á rezar por ellos cuando le estaban robando.

Entónces era mayor su consuelo cuando se hallaba pobre, penetrado del frio ó abrasado del calor, sin reparo ni cosa qué comer, logrando las ocasiones para padecer por Dios.

Fuera de las cuales le dió nuestro Señor otras no menores en que ostentar su virtud, porque dió dos grandes caidas, la una llegando á Sevilla al apearse en la puerta Reglar, que alterándose la mula, le derribó y lastimó de manera, que tuvo muchos dias que curar y sufrir vehementes dolores por amor de Dios.

La segunda fué mayor, porque, habiendo caminado de Sevilla á una obra de caridad á la villa de Marchena, á la vuelta cayó la cabalgadura con el Padre á la salida del lugar, y le cogió una pierna y se la hizo pedazos, quebrantándole los huesos sin poderse menear.

Tenia ya más de ochenta años, y aunque el espíritu estaba vigoroso, la carne estaba flaca y debilitada con la edad, con que pasó grandes martirios en la cura, porque le descarnaron la pierna para componerle los huesos, y despues de muchos dias, reconociendo los cirujanos que no estaban bien

concertados, aunque habia crecido la carne, los volvieron á descubrir para concertarlos bien con indecible dolor del siervo de Dios.

Y ni entónces ni en el discurso del tiempo que duró la cura, ni en el resto de su vida que perseveró el sentimiento en aquella parte, se quejó, ni se alteró, ni dió muestras de sentimiento, ántes siempre estuvo con invencible paciencia y con una boca de risa, animando á los cirujanos y consolando á los que, doloridos de su trabajo, lloraban de pura compasion, diciéndoles que no habia por qué llorar, pues aquel era regalo de la mano de Dios, y que como tal le recibia y le daba gracias por él: cosa que admiró á todos y les causó confusion.

Los meses que duró la cura los gastó en retirada contemplacion de las cosas del cielo y en dulces coloquios con Dios y con sus santos, en particular con la Beatísima Vírgen María, de quien fué muy devoto desde su tierna edad.

Siempre la tuvo por Madre y Maestra en su gobierno, valiéndose de su favor, y nunca le pidieron cosa en su nombre que no la concediese luego por su amor.

Y la misma Vírgen le pagó este filial afecto que la tuvo, apareciéndole muchas veces en el discurso de su vida, y haciéndole favores y mercedes como las mereció su devocion.

Viéndole padecer un Padre de casa con tanta alegría y constancia, admirado le dijo: «Verdaderamente que V. Reverendísima tiene una complexion y natural admirables, dignos de ser envidiados; pues en tan terribles tormentos no muestra más sentimiento que sino los padeciera.»

A que el siervo de Dios respondió con la sinceridad y verdad que siempre usaba: «Padre mio, V. Reverendísima no atribuya esto al natural ni á la complexion, porque, si me dejara llevar de la mia, diera gritos y voces que escandalizara la casa; pues de mi cosecha natural, soy todo amor propio inclinado á los regalos y pecados. La gracia de Dios me mantiene, y por ella puedo sufrir estos dolores callando: y crea V. Reverendísima que me cuestan muchas horas de oracion y muchos años de domar mi carne y resistir á mis apetitos.»

Y dijo una grande verdad, porque fué hombre muy mortificado, penitente y abstinente, y que vivió siempre con el cuchillo de la mortificacion en la mano, haciéndose guerra á sí mismo, negando á su cuerpo cuantos alivios apetecia, y cargándole de disciplinas, cilicios, ayunos, trabajos y continuas vigilias; y cuanto más anciano, cuando parece que por la flaqueza y la edad habia de remitir los rigores, entónces los doblaba.

Habiendo usado un poco de vino por la flaqueza del estómago, segun el

consejo de S. Pablo, los diez años últimos se le quitó y bebió sólamente agua.

Visto por el Superior el rigor con que se trataba y que forzosamente le acabaria la vida, le ordenó, áun siendo Prepósito, que en esta parte estuviese sujeto al P. Ministro, que era Francisco de Peralta, que lo escribió en su vida, para que no excediese en las penitencias que continuamente usaba, porque, aunque con todos era manso, benigno y blando, consigo fué siempre riguroso y áspero.

X

La caridad que tuvo con los pobres y el celo de las almas.

La caridad para con todos que tuvo este santo varon parece que nació con él, como la del Sto. Job, del vientre de su madre, porque siempre fué piadosísimo, compasivo, liberal y celoso de socorrer y remediar las necesidades corporales y espirituales.

Y, comenzando de aquellas, era tan liberal, que nada tenia suyo; todo era de los pobres.

Cuando entró á ser Prepósito de Sevilla, halló la casa empeñada en ocho mil ducados, y la ciudad muy necesitada, por haberse anegado los galeonos que traian la plata aquel año; y así, las personas de caudal que solian dar limosna, la pedian para sustentarse, porque las más habian quebrado.

No desmayó el animoso corazon del nuevo Prepósito y antiguo limosnero, ántes con alentadísimo corazon y grande confianza en Dios, llamó al Ministro, Procurador y portero, y les dijo: «Grande es la necesidad de esta casa, y no menor la de la ciudad; para que Dios nos dé, es menester que demos nosotros, porque escrito está: *Date, et dabitur vobis.*

«Palabras son de Cristo que debemos cumplir, y así ordeno á todos que no se vaya sin limosna de esta casa pobre que viniere á pedirla, y confiemos que por este camino nos socorrerá Dios.»

Como lo dijo se cumplió; porque cuanto más daba, tanto más le daba Dios. Habiendo dado un dia la limosna, llegó una mujer honrada á pedirla para sí y para dos hijas, que no tenian qué comer.

El Padre les mandó dar doblado que á los demás de lo que habia quedado para la Comunidad, y pagóle Dios tan de contado esta liberalidad, que entrando en su aposento, halló una bolsa con trescientos ducados sin saber quién ni cómo los habia echado allí, y los recibió como de la mano de Dios, á quien dió gracias por ello.

Los demás aumentos que hizo en la Casa Profesa por medio de las limos-

nas que dió, refiere el P. Francisco de Peralta en la relacion de su vida, que pondré aquí por sus propias palabras, que son del tenor siguiente:

«En su tiempo sustentó casi ochenta sujetos doce años que fué Prepósito.

»Compró una heredad y labró en ella noviciado, en que gastó cuatro mil ducados, y en la sacristía diez mil.

»Demás de esto, compró ocho ó nueve mil ducados de sitio, y labró un cuarto en que gastó más de veinte y cuatro mil ducados; y parece que todo lo multiplicaba Dios en sus manos.» Hasta aquí el P. Peralta.

El autor de su vida añade que el primer trienio desempeñó la casa y edificó la iglesia, que es obra tan grande, que en sólo echar los cimientos hizo mucho.

Este lucro tan copioso sacó de su limosna, y á la misma medida era la caridad que tenia con los enfermos así de casa como de fuera, y la compasion con todos, que parecia quererlos meter en sus entrañas.

Pero, si era grande su caridad con los que padecian necesidades corporales, mucho mayor era con los que las padecian espirituales, y el celo ardiente de su pecho por evitar pecados y convertir almas á Dios, tanto que, si le dejaran, se fuera por el mundo predicando penitencia, como otro S. Juan Bautista, y se entrara por la morisma y por la gentilidad, predicando la fe de Cristo como S. Francisco Javier.

Cuando decia Misa, especialmente en pueblos de labradores, si habia alguna gente, pedia una silla en acabándola, y les hacia una plática con tanto fervor, que movia sus corazones á contricion y lágrimas de sus pecados.

Y lo mismo hacia con las personas que le venian á visitar, hablándolas á todas de Dios, y metiéndolas con santas razones y buenos ejemplos en fervor y devocion.

Siempre que podia asistia en el confesionario, y los últimos años de su vejez con mayor cuidado y perseverancia, por hallarse libre de la carga del gobierno.

Las mañanas gastaba en oir confesiones, y las tardes en ir á confesar enfermos.

Hubo vez que contó su compañero diez y siete en partes diferentes que visitó y confesó en ménos de dos horas, porque nunca se detenia más que lo necesario para su consuelo.

Ni por esto olvidaba las cárceles y hospitales, porque á todos se extendia su caridad.

No dejaré en olvido lo que hizo en Gandía, no digo en la peste, que ya dejo referido, sino en una fiesta de toros, que en tiempo de grande jubileo se ordenó en aquella villa.

Sintieron mal los Padres celosos del colegio que, habiéndoles predicado penitencia y estando todos devotos y recien confesados, se trazase una fiesta profana en que suelen ocasionarse desórdenes é intervenir pecados de comidas y bebidas, vistas y profanidades contrarias á la devocion.

Para hacer punta al mundo y estorbar esta profanidad, se concertaron ocho sacerdotes y salieron vestidos de penitencia: uno llevaba una imágen grande de Cristo crucificado, que iba como estandarte delante; otro un *Ecce-Homo;* otros se iban azotando, otros con cruces y diferentes insignias; el P. Cordeses llevaba una calavera en las manos.

Con este disfraz entraron por la plaza antes de correr los toros, cuando estaban los tablados y ventanas llenos de gente.

Dieron una vuelta alrededor cantando con voz triste el *Miserere;* luego tomaron puestos, y, repartidos en diferentes partes, comenzaron á una á predicar penitencia y dolor de pecados, afeando aquella accion en tiempo tan santo, amenazando á todos con el juicio de Dios, con la muerte, el infierno y la justicia rigurosa de Dios, cuya espada las estaba amenazando.

El P. Cordeses con su calavera en la mano clamaba á voz en grito, ponderando la vanidad del mundo y las penas de los pecados.

Y nuestro Señor dió tal espíritu á los ocho predicadores, que atónita y espantada toda la gente, prorrumpieron en llantos y gemidos, y derramando arroyos de lágrimas, clamaron al cielo, hiriendo sus pechos, pidiendo misericordia y perdon de sus pecados.

Desistieron de la fiesta, y á pendon herido se vinieron con los Padres al colegio.

Esta demostracion hizo el P. Antonio Cordeses del celo que tenia de la gloria de Dios y salvacion de las almas, y todo fué una centella del fuego celestial que ardia en su pecho.

Mayor fué la última de su vida, en que la ofreció en holocausto por la salud espiritual de sus hermanos, siendo mártir de la caridad, como veremos en el último párrafo.

XI

Remata santamente su vida sirviendo á los apestados; su aclamacion en la muerte y sus milagros.

Llegóse el año de mil y seiscientos y uno, en que el fuego de la peste abrasó grande parte de España.

Sus llamas prendieron en la ciudad de Sevilla con tan grande furor, que en

poco tiempo enfermaron más de treinta mil personas y murieron las veinte mil, con llanto universal de aquella opulentísima ciudad.

El primero que se dedicó á servir á los apestados fué nuestro P. Cordeses, movido de su grande caridad, alegando muchas razones para alcanzar esta gracia de los Superiores, los cuales, viendo su ancianidad y poca salud, juzgaron aquel trabajo por desigual á sus fuerzas; y así, no se le concedieron.

Pero sus instancias fueron tales, que por consolarle, se le dió licencia de que tuviese en nuestra iglesia confesonario público, para oir de confesion á enfermos y sanos.

El Padre admitió esta obediencia con accion de gracias, bajando al amanecer y perseverando todo el dia, oyendo á todos sin distincion ni recelo del contagio, el cual le tocó dentro de pocos dias.

En sintiéndose herido, se retiró á su aposento, é hincadas las rodillas en el suelo, ofreció á Dios su vida, pidiéndole juntamente favor y gracia para morir santamente.

Acudieron los enfermeros, y hallándole herido de la landre, le dieron los Santos Sacramentos, que recibió con devocion admirable.

Dióle una tan recia calentura, que le ocupó la cabeza y le privó del juicio; y toda su tema era hablar de Dios y de la salud de las almas, brotando por la boca el afecto y el tesoro que tenia en su alma.

Al tercero dia espiró con la paz con que habia vivido, la cual conservó hasta la última hora, de ochenta y tres años de edad, cincuenta y nueve de Religion y cuarenta y dos de profesion, habiendo vivido siempre con opinion de santo.

Enterráronle en nuestra iglesia, depositando el cuerpo en una caja.

El tiempo y la enfermedad no dieron lugar al pueblo para hacer las demostraciones que hicieran de la estimacion de su santidad en tiempo ménos turbado.

Todos cuantos supieron su muerte le lloraron por ser su pérdida tan grande.

Todos le aclamaron por santo y digno de ser puesto como tal en los altares, y muchos contaban milagros que habia obrado.

Entre otros, un sacerdote de santa vida afirmó con juramento que diciendo Misa, le habia visto resplandecer el rostro y la cabeza como un sol, indicio de su santidad y de la pureza de su alma, la cual fué tal, que certificó á su confesor que en cuarenta años no habia sentido movimiento ni aun tentacion sensual, porque le alcanzó esta gracia una grande sierva de Dios, á quien asistió en su muerte y le pidió que la pidiese á Dios cuando se viese

en la bienaventuranza, y desde luego que murió, reconoció habérsela alcanzado.

Los nuestros de la Compañía certificaron que era en todas sus acciones un retrato de S. Ignacio, nuestro Padre, en el espíritu y compostura, en la modestia, templanza, prudencia, afabilidad y agrado, y en la devocion y santidad de su trato.

Su dichosa muerte fué á los diez y seis de mayo del dicho año de mil y seiscientos y uno, á las cinco de la mañana, tan llorada de los nuestros, como celebrada de los ángeles.

Algunos milagros se cuentan que obró en vida de salud que dió á enfermos, profecías y obras grandes que dejo por no estar del todo averiguados.

Sólo diré dos, como más ciertos, por tener testigos oculares que los testificaron.

El uno sucedió á un Veinticuatro de Sevilla, que habia estado catorce años sin hijos que sucediesen en su casa, y por esto muy desconsolado: dió cuenta de su afliccion al P. Cordeses, y él le consoló, ofreciéndole sucesion dentro de un año, y se cumplió, dándole Dios un hijo al término señalado, y otro tambien varon en el año siguiente, juzgando todos que con espíritu de Dios lo habia profetizado.

Del segundo fué testigo el H. Diego Zarzuela, Coadjutor temporal de conocida santidad, que pasó despues á las Indias: acompañó al P. Cordeses á confesar á una mujer en peligro de muerte de un parto trabajoso que la habia tenido cuatro dias penando.

Llamó la enferma al Padre para confesarse para morir; consolóla y confesóla, diciéndole que tuviese conformidad con la voluntad divina y confianza en Dios.

Díjole los Evangelios, y una mujer que la asistia tomó la mano al P. Cordeses y la aplicó á la enferma con la fe que tenia de que era santo, y al punto parió sin dificultad una criatura, quedando buena y sana, con admiracion de los presentes, que clamaron á voces: ¡Milagro! ¡Milagro!

El humilde Padre les dijo que diesen á Dios las gracias, que él era nada; y con esta persuasion de que era santo, corrian á besarle la mano los niños y los grandes, los hombres y las mujeres, cuando pasaba por la calle.

Y como por su humildad rehusase dársela, iban á oir su Misa para que les dijese los Evangelios, y les pusiese la mano en la cabeza como antídoto de sus enfermedades.

Sin duda el mayor de todos los milagros fué su santa vida, prolongada por tantos años con tan grande inocencia é integridad de costumbres, que es fama constante, y lo afirma el P. Felipe de Alegambe, que murió con la

gracia bautismal, sin haber cometido jamás pecado grave, aumentando cada dia el caudal de su santidad con muchas y grandes virtudes á que echó el sello su santa muerte.

Su vida escribió un Padre grave de su provincia, ocultando su nombre por modestia; llamábase Miguel Torbaci, historiador de Aragon, de donde esta se ha copiado.

Escribióla tambien el Prepósito de Sevilla, dando razon de su muerte á la provincia; el P. Francisco de Peralta, varias veces citado; la *Historia de la Compañía* en varias partes; el P. Pedro de Rivadeneira, *De los Escritores de la Compañía;* el P. Gabriel Alvarez en su *Historia,* lib. II., cap. 9; el P. Felipe Alegambe; el P. Juan Eusebio en el tom. III de los *Varones ilustres,* á donde pone un breve resúmen de sus virtudes, que su corta salud no le dió lugar á escribir su vida enteramente, como convenia.

Escribió muchos tratados espirituales, de los cuales se imprimió en Valencia el *Catecismo* con varios tratados de virtudes, y en Florencia, y despues en otras partes un libro de gran provecho, intitulado *Itinerario de la perfeccion cristiana.*

Dejó para imprimir un tratado de las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva, otro *De la mortificacion,* otro *De la oracion,* otro *De los siete Sacramentos,* otro *De los diez preceptos del Decálogo,* y otro intitulado, *Luz del alma,* otro para *Ayudar á bien morir,* de que muchos se han aprovechado.

P. ANDRADE.

H. DIEGO RUIZ

EL H. Diego Ruiz, castellano, fué Coadjutor temporal, muy pobre, humilde, amigo del trabajo y muy devoto en particular de oir Misas.

Siendo cocinero, disponia sus ocupaciones de manera que cada dia oia casi todas las Misas que se decian en el altar mayor, sin faltar á su oficio.

Pasó de esta vida temporal á la eterna en Mallorca á 1.º de junio de 1601.

El mismo dia en que murió, estando el santo H. Alonso Rodriguez rezando el rosario por su alma, le vió que estaba en el cielo con rostro apacible y risueño al lado de la Vírgen, de quien fué cordialísimo devoto.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO DEL VILLAR

Nació el P. Pedro del Villar el año de 1544 en Vililla, aldea á legua y media de Munebrega, jurisdiccion de Calatayud en el reino de Aragon, de padres nobles.

Su padre se llamó Miguel del Villar, y su madre María Hernando, matrona en piedad y prudencia igual á su marido.

Fué Pedro el primogénito entre sus hermanos y el mayor en virtud y religion.

Su natural era muy inclinado á la virtud, como lo daban á entender sus ocupaciones en esta tierna edad, que eran hacer altares, capas y casullas de papel, incensar y representar las acciones de los sacerdotes en el altar y en el púlpito las de los predicadores, llamando á los otros niños para estos actos.

Solia decir su madre, que desde sus primeros años le tuvo respeto por las costumbres que en él veia tan de anciano.

Vino por este tiempo á visitar al Obispo de Tarazona D. Juan Gonzalez, que residia entónces en Munebrega, un Canónigo de Sevilla, hombre insigne en letras y virtud: aposentóle en su casa Miguel del Villar su padre.

El Canónigo con su grande caudal descubrió luego el tesoro de virtudes que tenia Dios depositado en este niño, diciendo que habia de ser un grande siervo de Dios; y á otro hermanico suyo, llamado Martin, que le comprasen lanza y caballo, que habia de seguir las armas, como sucedió.

El Obispo D. Juan, como deudo más cercano de su padre, viendo un niño tan grave, tan modesto y amable, llevósele consigo.

Túvole en su casa más tiempo que el recogido mancebo quisiera, no por falta de favor, porque le hicieron mucho con esperanzas de valer, ni de virtud y ejemplo que imitar, sino porque no era para él la vida de palacio.

Nuestro Pedro con instancia y áun con lágrimas rogó á su padre lo sacase de allí y diese estudios.

Entendiólo el Obispo, y echando de ver la razon que tenia, se le aficionó más, y no sólo aprobó sus designios, sino que los alabó y los ayudó en todo.

De edad de diez y ocho años le enviaron á la Universidad de Lérida, donde estudió Filosofía y Leyes con grande ejemplo de virtud, aventajándose á todos sus condiscípulos en letras, modestia y honestidad, que ya entónces le tenian y respetaban por gran siervo de Dios.

Jamás los que estaban en su compañía le vieron imperfeccion alguna, sino la misma compostura que despues de religioso.

Esta modestia en sus costumbres, afabilidad en su semblante y viveza de ingenio, robaba los corazones de los que le veian y trataban.

Llegó en esta ocasion el P. José de Ayala, de nuestra Compañía, Rector entónces de Barcelona, en mision á la ciudad de Lérida.

Hizo tanta riza con la divina palabra en sus sermones, que no sólo arrancó los vicios en que estaban muchos, sino que tambien con particulares platicas que en la Universidad hizo á los estudiantes, encendió los corazones de muchos mancebos con deseo de mayor perfeccion, acogiéndose algunos á la Cartuja, otros á diversas Ordenes.

Nuestro Pedro y un amigo suyo llamado D. Rodrigo Zapata, semejante á él en costumbres, quedaron heridos con una misma saeta de amor y deseo de entrar en la Compañía.

Partiéronse entrambos con tan santa resolucion para Zaragoza.

No tuvo efecto la de D. Rodrigo, contentándose nuestro Señor con el deseo, y guardándole con particular providencia para que fundase con su hacienda el colegio de la Compañía de Calatayud.

Pedro del Villar gozó el cumplimiento de su pretension, y fué admitido por el P. Alonso de Roman, Provincial, en el colegio de Zaragoza por abril del año de 1567, habiendo oido el curso de Artes y tres años y medio de Leyes en Lérida.

Pocos dias despues de haber entrado en la Compañía este devoto mancebo, el inquisidor D. Martin Martinez del Villar, su tio, enviado del rey D. Felipe II al reino de Cerdeña para visitar el santo tribunal de la Inquisicion de aquella isla, y tomar residencia á D. Alvaro Madrigal, que habia sido virrey de aquel reino, pasó por Lérida pensando hallar al sobrino, en cuyo caudal y letras habia puesto los ojos, para valerse en aquella empresa en que se ocurrian negocios tan graves.

Pero halló burladas sus esperanzas no hallando al sobrino, y no con poco pesar mostró arrepentimiento de haber emprendido la jornada.

El mismo sentimiento hizo su padre; pero moderaron ambos cristianamente la pena con razones superiores que se les ofrecian de ser aquella la voluntad divina.

Este cristiano consuelo del padre y tio declaran dos cartas, cuyos originales están en el archivo de Valencia para el H. Villar. La del padre dice así:

«Muy amado hijo: Vuestra carta de 24 de noviembre recibí con un criado del Sr. D. Lope de Urrea, y muy gran contentamiento con ella vuestra madre y yo de que nuestro Señor os haya encaminado y querido para su san-

to servicio, de que le damos infinitas gracias, que cierto lo tenemos á muy mayor merced de lo que en esta os pudiera decir; y así, os ruego conozcais por vuestra parte cuán particular merced os ha hecho y le supliqueis os conserve y dé fuerzas para que le sirvais en todo y por todo.

»Y si pensais que al principio tuve alguna pena, cuando me dijeron el camino que habíades tomado, no fué de manera que verdaderamente me pesase de ello; porque, considerando que todo lo demás es aire, fuera de servir á Dios nuestro Señor, tengo por muy bien empleado cuanto he gastado y trabajado por vos, pues lo habeis tan bien dedicado.

»Pienso que con ello he atesorado en el cielo, y que en vos tenemos vuestro tio, y vuestros hermanos, y deudos, y yo una joya, para que por ella nuestro Señor tenga cuenta con todos nosotros.

»Por tanto, hijo mio, agradecedle mucho, y dad continuas gracias de que tan temprano os ha querido y llamado para sí, y por vuestra parte, con su gracia, procurad que sea cierta vuestra vocacion; y pues os dan estado de que he holgado mucho, haced que sea para honra y gloria de Dios, y no para vanidad y fausto del mundo.

»Y porque para esto y para lo demás que os conviene teneis tan buenos maestros y compañeros en esa santa Compañía, me parece que no os debo encargar más lo que os conviene, sino la paz y obediencia en Cristo nuestro Señor, el cual os guarde y acreciente en su santo servicio como yo deseo. De Munebrega á 21 de marzo de 1569.

»El que os ama como á sí mismo, *vuestro padre Miguel del Villar.*»

Del mismo modo escribe el tio otra, que por no alargarme no se pone aquí.

El gozo de la madre, matrona santa y de piedad singular, fué extraordinario de ver á su primogénito ofrecido á Dios en tan observante Religion.

En el noviciado fué recibido el H. Pedro del Villar con singular consuelo del P. Antonio Ibañez su Maestro, y por la noticia que tenia de su talento y virtud.

En los primeros ejercicios le comunicó nuestro Señor tales sentimientos de las cosas que meditaba, que en la consideracion de la muerte fué tan grande la aprehension de aquel paso temeroso, que el afecto interior prorrumpió en voces y gritos lo que Dios obraba en lo secreto de su coraron.

Despues nuestro novicio fué abriendo zanjas de humildad para levantar el alto edificio de virtudes, ejercitándose siempre en oficios bajos de la casa.

Para probarle más, envióle el Señor una enfermedad peligrosa, de la cual salió tan otro, que corria con mayor fervor á la perfeccion que de antes, campeando su virtud entre los demás novicios.

Este fervor de espíritu no se entibió con los estudios de Teología, en que

antes de acabar el noviciado le empleó la obediencia en el colegio de S. Pablo de Valencia, donde tuvo por condiscípulo al P. Matías Borrasa, el cual en una relacion que en sus últimos años hizo de lo que se acordaba de los Padres antiguos, dice así:

«El P. Pedro del Villar fué en Valencia mi condiscípulo de Teología, y siempre le conocí santo en las costumbres, humildad y mansedumbre; nunca le vi enojarse con alguno.

»Díjole un dia el P. Luis Santander, que era Rector del colegio de Valencia, estando enfermo: «H. Villar, H. Villar, mucha devocion y poca maña.»

»Fué muy señalado en la humildad y menosprecio de sí mismo.»

Hasta aquí el P. Borrasa.

Otros que le conocieron y trataron en su noviciado y estudios, afirmaron que jamás notaron se excusase, ni diese queja, ni descubriese rastro de desabrimiento ni con Superiores, ni con iguales, ni áun con el menor novicio.

Colérico ni alterado ninguno le vió; sufrido y callado todos.

Conservó toda la vida aquel altísimo aprecio de la Religion que concibió en su entrada, dando continuas gracias al Señor por haberle llamado á la Compañía de su Hijo Jesus.

Esto pedia á Dios, esto buscaba, habitar en la casa del Señor todos los dias de su vida.

Para alcanzarlo rezaba cada dia la oracion *pro perseverantia.*

Mostró bien esta estima siendo ya sacerdote, y áun habiendo sido Maestro de novicios; pues llegado á Zaragoza, cuando se trasladó allá el noviciado, habiendo encontrado á D. Rodrigo Zapata, su amigo y condiscípulo, se arrojó á sus piés, diciéndole: «Señor D. Rodrigo, por Vm. tengo tan gran bien como me ha hecho Dios en traerme á la Compañía.»

Mostró en este humilde reconocimiento el aprecio de su vocacion y la estima de la fiel y cristiana amistad de aquel devoto caballero; el cual quedó envidioso de la suerte de este Padre y confuso de ver tan agradecido y humilde afecto.

II

Ejercita santísimamente los ministerios de la Compañía, y varios cargos que tuvo.

Dió fin este insigne varon al curso de Teología, ordenándose de sacerdote, y principio a la salvacion de las almas, ocupándose en los ministerios de confesonario, púlpito, cárceles y hospitales.

Descubrió en ellos no sólo la doctrina aprendida en las escuelas, sino tambien el espíritu adquirido en la oracion.

En el púlpito más tiraba á herir el corazon que á agradar el oido.

Una persona principal de gran juicio, habiéndole oido en la Casa Profesa de Valencia un sermon de Carnestolendas, dijo con grande admiracion: «Verdaderamente que este hombre es santo.»

En otra ocasion dijo otro señor de no menor prudencia: «Todo lo de este Padre es grano.»

Lo mismo decian todos los prudentes, y los demás lo aclamaban por apóstol.

El santo patriarca D. Juan de Ribera, reconociendo el Espíritu Santo que hablaba por su boca, y que cuanto decia era en provecho de las almas, le daba muchas veces el púlpito de su Catedral.

Mostró este apostólico varon la fuerza de su espíritu y predicaciones en unos sermones que por las tardes, los domingos y fiestas de Adviento y Cuaresma, hizo en el hospital de Valencia, cuyo asunto fué de la sagrada Pasion de Cristo.

Como la tenia tan grabada y esculpida en el corazon, salíale de él lo que decia; y eran tan profundos los conceptos que de este altísimo misterio sacaba, que admiraba á los más doctos, y tal la ternura con que los decia, que derretia á los más duros.

Los concursos eran grandes y el fruto de los oyentes mucho mayor. Decian todos á voces: «Verdaderamente este Padre es santo,» y como á tal le veneraban.

En la misma ciudad, oyéndole ciertas personas devotas en un monasterio de monjas una plática, atónitas de su fervor, juzgando que este gran predicador era morada de Dios y varon santo, con disimulacion se acercaron á él, seguras que con el fervoroso enajenamiento no lo sentiria, le cortaron un buen pedazo de la sotana para venerarle y conservarle como á reliquia de varon apóstolico.

En estos ministerios de ayudar á las almas estaba empleado en Barcelona por los años 1575, cuando con un caso raro mostró Dios el agrado de verle ocupado en ellos.

Señalado un dia para fregar en la cocina, al tiempo que la Comunidad come en el refectorio, oida la señal, bajó para prevenirse.

Al mismo tiempo tocaron la campanilla de la portería, llamando á toda priesa un Padre para que fuese á ayudar á bien morir á un agonizante.

Hallándose allí el P. Rector, ordenó al P. Villar fuese luego; propúsole, conforme á la regla, el órden que tenia de fregar. «No importa, dijo el Superior, vaya V. R. que no faltará quien haga este oficio.»

Fue el siervo de Dios á cumplir su nueva obediencia, sustituyendo otro

en la otra, el cual estando actualmente ejercitando aquel humilde ministerio, se levantó una espantosa tempestad de truenos, relámpagos y rayos, y cayendo uno, entró furiosamente por la cocina y cayó en el fregadero donde estaba el Padre lavando los platos, y sin poder ser socorrido murió obedeciendo en tan humilde oficio.

Este fin tuviera sin falta nuestro P. Villar, si Dios con su sabiduría no trocara las suertes y librara tan suavemente al que tenia reservado para guia de tantas almas, enseñanza de tantos novicios y gobierno de toda la provincia de Aragon.

De aquí nació un concepto entre algunos Padres, que hallándose dentro de casa donde vivia el P. Villar, no temian los rayos.

Apénas habia pasado ocho años despues que este insigne varon dejó de ser novicio, cuando los Superiores echaron mano de él para hacerle Maestro de ellos.

Y aunque, al parecer, la poca edad era de algun impedimento, pero los rayos de su ejemplar vida, virtud rara y espíritu mayor, suplia aquel defecto de canas y experiencia.

Partióse para Gandía por febrero de 1577, donde con los novicios que habian venido de Zaragoza por dar lugar que se leyese un curso de Artes, y otros que halló allí, comenzó á ejercer su oficio con notable provecho de ellos, aplauso y consuelo de todos, hasta que el año de 1579, acabado el curso, se volvieron los novicios á Zaragoza, si bien el P. Villar se detuvo en Valencia dos ó tres meses, con cargo de Maestro de novicios y Vicerector del colegio de S. Pablo.

Partióse despues para Zaragoza por octubre en compañía de cuatro novicios en solas dos mulas, yendo á veces ya á pié, ya á caballo, siendo el humilde Padre el que más caminaba á pié.

Lograron mal estos novicios tan santo compañero y tantos ejemplos de virtudes como vieron en su Maestro, el cual no pocas veces se humillaba, echando la inconstancia de ellos en la vocacion á su mala doctrina y ejemplo.

Todos dejaron la Religion y volvieron atrás, mas ellos por providencia particular de Dios tuvieron desdichado fin.

Llegado, pues, este siervo de Dios á Zaragoza, trató luego de poner en órden el noviciado, separándole del colegio.

Entabló las pláticas y conferencias con los demás ejercicios en que cria la Compañía sus novicios, con la exaccion y puntualidad que de tan observante Maestro se puede creer, yendo él delante con ejemplos raros de virtudes.

Pareciéndole corto el empleo de Maestro de novicios á este fervoroso Padre para llenar los anchurosos senos de su caridad, salia fuera á cárceles, hospitales y plazas los domingos que no hacia plática á los novicios.

Enseñaba en el mercado la doctrina cristiana á los niños, y al fin de ella hacia una plática á los mayores con ganancia de muchas almas para Dios y crédito para la Compañía.

Un rústico labrador amigo de oir las doctrinas y pláticas de este fervoroso Padre, estando para dar el alma á Dios, mandó parte de su hacienda al colegio, no con otro motivo, sino que la dejaba á los que eran santos y enseñaban la doctrina cristiana en el mercado, que ni áun el nombre sabia.

No se pudo tampoco contener el fuego de su caridad en los términos de Zaragoza; fuera salieron las llamas de su celo.

Pidió licencia á los Superiores para ir en misiones á las montañas de los Pirineos, gente inculta y poco doctrinada.

Condescendieron con su peticion fervorosa, y, quedando en su lugar el P. Jaime Perez, se partió con el P. Pedro Sancho, muy conforme á su espíritu.

Hicieron asiento en la falda de los Pirineos, que dividen á España de Francia, en un valle que se llaman de Aran.

Dos meses estuvieron trabajando con la gente de este valle, desarraigando ignorancias, arrancando vicios, plantando buenas costumbres, y regándola no ménos con la pluvia del cielo, que con el sudor de su rostro, con los trabajos que padecieron.

Era dia muy regalado para ellos el en que se echaba un poco de tocino en la olla con algunas berzas ú otras yerbas.

Volvieron á Zaragoza estos humildes Padres á pié, acompañándoles un rústico con sólo un jumentillo que servia de llevarles los manteos y su pobre hato.

En Zaragoza renovó este infatigable obrero del Señor la tarea de las doctrinas y pláticas en el mercado, no hallando ménos el fruto que cogió en las montañas, por ocasion que de ellas bajan á aquel lugar no pocos de aquellos rústicos serranos, siguiéndoles la misma ignorancia que allá, y se juntan en el mercado aguardando á quien los alquile.

Al son de la campanilla y voces de los niños de la doctrina, acudian en gran número á aprenderla, y despues á oir la plática y ejemplo.

Siendo Provincial el P. Pedro de Villalba el año de 1588, como quien conocia bien las dotes aventajadas del P. Pedro del Villar, echó mano de él para tenerle por compañero y secretario en la visita.

Despues fué señalado de nuestro P. General por Rector del colegio de Calatayud, y, acabado su trienio, por Provincial de la provincia de Aragon.

Aquí fueron los sobresaltos de su humilde corazon, viéndose tan alto el que tan bajamente sentia de sí.

No pudo persuadirse estuviese bien informado nuestro P. General para aquel nombramiento, y, si se hallara cerca, se echara sin duda á sus piés, importunándole le aliviase de aquella carga, que imaginada le hacia ya gemir.

Pero viendo era lance forzoso, se rindió por entónces á la obediencia.

Pero parecióle obligacion representar á nuestro P. General la insuficiencia que en sí hallaba para aquel cargo.

Tomó la pluma y escribióle lo que refirió á cierto Padre, dándole direccion cómo se habia de haber para conservar la paz del alma, cuando juzgaba que su corto talento no alcanzaba á lo que la obediencia le mandaba.

«La primera vez (dice) que nuestro Padre me dió el cargo de la provincia, viendo que no podia rehusar la carrera, escribí á su Paternidad todas mis faltas, y le representé con muchas veras mi insuficiencia para aquel cargo, suplicándole con la eficacia que supe se sirviera de quitármelo y encomendarlo á otro.

»Y si su Paternidad áun con esto no era de parecer de librarme, le pedia con todo encarecimiento, que siempre y cuando por las informaciones que tendria (como por cierto tengo que las tendrá) juzgase que no era para aquel cargo, luego sin dilacion ninguna me privase del oficio, sin reparar ni en mi honra, ni en mi estima, ni en mi autoridad, ni en el qué dirán, ni otra cosa.»

Hasta aquí el humilde Superior, nunca más merecedor de la dignidad que cuanto más indigno se juzgaba.

El amor á la pobreza y el deseo de padecer inclinaron á este venerable Padre hiciese á pié la visita de la provincia, que tiene colegios bien distantes en los extremos de los tres reinos de Aragon, Valencia y Cataluña.

Declaró su intento al P. Diego Miravete, su compañero, el cual con prudencia le avisó no intentase lo que era sobre sus fuerzas.

Pero insistió en su parecer el mortificado Prelado, hasta que su compañero le atajó los pasos, llevándolo por conciencia y diciendo que no podia hacer aquella novedad, sin dar razon á los Consultores de la provincia, á cuyo parecer habia de estar, los cuales juzgaron no era servicio de Dios visitase á pié la provincia.

Recibíanle en los colegios como á santo, acudiendo á él como á Padre, y quedaban todos consolados y alentados á la perfeccion.

Desentrañábase por consolar un alma, sin perdonar trabajo para este efecto.

Suelen pocas veces pasar en persona los Provinciales á la isla de Mallorca para visitar el colegio que allí hay, por los peligros de la navegacion y falta

que entre tanto hacen en tierra firme, contentándose con enviar Visitador.

No reparó la caridad de este apostólico varon en estos inconvenientes para consuelo de aquellos Padres y Hermanos, que se alegraron mucho con su presencia y ejemplo.

Entre otros que dejó, fué uno, que estando todos en el refectorio, servia el mismo P. Provincial á la mesa, como solia muchas veces.

Advirtió que asentados los demás, se salió un Padre; preguntóle dónde iba, y por qué no se sentaba á comer; respondió que todos los asientos estaban ocupados. «Pues vaya, dice el humilde Provincial, siéntese en mi lugar.»

Rehusó la modestia del Padre tan comedido ofrecimiento, pero al fin hubo de obedecer y sentarse en aquel primer lugar, con lo cual descubrió este señalado varon su caridad, humildad y desprecio de preeminencias.

Allí dió principio á la gran fiesta que en nuestra iglesia se hace al Santísimo Sacramento en las octavas del Corpus, predicando él mismo dos sermones de numerosos y calificados auditorios que concurrieron á la fiesta, hasta entónces no celebrada en la isla.

Entre las cosas célebres que hizo en su provincialato, fué una trasladar el noviciado á casa propia de probacion; en esto puso la mira desde el principio de su gobierno.

Habíale enseñado la experiencia larga, que los novicios no se crian tan bien en los colegios, por más retirados que estén, como en casa aparte.

Hubo ántes muchas dificultades, pero venciólas todas el esfuerzo de este celoso varon, que lo habia tomado á pechos.

Aplicando cuanto pudo de rentas á la casa de Tarragona, y suplicando á nuestro Padre aplicase tambien lo que su facultad no alcanzaba, dióse tan buena maña y diligencia, que al segundo año de su gobierno, por mayo de 1556, se hizo la traslacion de los novicios desde Zaragoza á Taragona, lugar muy á propósito para todo.

Fué su gobierno muy acepto, de mucho consuelo y provecho de la provincia.

Era sobremanera solícito y vigilante en las cosas de su oficio, no perdonaba á trabajo á trueque de no faltar á sus obligaciones, consolando y esforzando á sus súbditos, mostrándoles entrañas de padre, y á su tiempo celo discreto de cuidadoso pastor, despidiendo de la Compañía sujetos, que si bien dotados de ingenio y otras prendas naturales, por no tener el alma y vida de virtudes que se requieren, como miembros inútiles, habian de ser de más daño que provecho á este cuerpo místico de la Religion.

Quien lo mirara con ojos humanos, tuviéralo por accion bien excusada privar á la provincia de tan lucidos talentos; pero la experiencia mostró ser este

siervo de Dios guiado por impulso divino; porque alguno de estos expulsos fueron acogidos en otras Religiones, las cuales, pensando habian hecho grande empleo al principio, despues se llamaron á engaño, viendo los trabajos que les causaron y que lo era muy grande querer lo que la Compañía desecha.

Acabó su trienio de provincial por agosto de 1597, y á 22 de setiembre, y por órden de nuestro P. General, trocó el oficio con el P. Juste, dándole el cargo de la provincia, y tomando el de Maestro de novicios que ejercia en Tarragona.

El cuidado que esta segunda vez puso en la educacion de los novicios tanto mayor fué, cuanto el trabajo que habia puesto en fundar aquella nueva casa.

Puso tanta eficacia y cuidado en las pláticas que hacia, que vino á echar sangre del pecho.

Sobrevino por este tiempo la Congregacion provincial en Zaragoza á los primeros de octubre de 1599; en ella eligieron por Procurador en primer lugar al P. Pedro del Villar.

Propuso el achaque de la sangre, y consultados los médicos, dieron por legítimo el impedimento, excusando la ida á Roma; y así, fué el P. Diego Miravete electo en segundo lugar.

El mismo accidente obligó al P. Provincial, Pedro Juste, á librarle del oficio de Maestro de novicios, y enviarle á Tarazona, tierra más fria, para que, mudando de aires, convaleciese.

Dentro de poco tiempo faltó Superior en el colegio, y el P. Provincial le nombró por Vicerector; pero su humildad y obediencia le movieron á hacer instancia para que le dejase gozar de la quietud de súbdito.

Condescendió el Provincial con su humilde peticion, y nombró Vicerector y despues Rector al P. Antonio Agustin, que habia sido novicio del P. Villar.

Aquí se descubrió la heróica virtud de este santo varon, y cuán buen Superior habia sido el que tan buen súbdito sabia ser.

Así miraba y respetaba al que habia sido su novicio, como si él lo fuera y el otro su Maestro.

Obedecia en cualquiera cosa que le ordenaba con puntualidad fervorosa; alababa sus dictámenes, si bien no por esto dejaba con caridad y libertad religiosa de avisarle de lo que se le ofrecia conveniente.

Rogándole el mismo Rector hiciese algunas de las pláticas que los Superiores suelen á los de casa, se excusaba, diciendo seria de más provecho cualquiera palabra del Superior, por mozo que fuese, que muchas suyas; tan bajamente sentia de sí y tan altamente de sus mayores.

Pidióle muchas veces con instancia y afecto le diese penitencias públicas

en el refectorio, y procurando el Rector y Ministros buscarle algunos descuidos ó faltillas para condescender con su humildad, jamás hallaron de dónde asir.

Hizo aquí una vida tan rendida y mortificada como si fuera de un fervoroso novicio.

Cada semana salia con disciplina pública en el refectorio; comia en el suelo; tendíase como muerto en la puerta para que todos le pisasen.

Estaba en el colegio un H. Coadjutor tísico, sin levantarse de la cama, y el siervo de Dios se anticipaba cada dia á limpiarle los vasos más inmundos.

Con estas mortificaciones y ejemplos, no dejaba los empleos de fuera de casa.

Predicaba, y algunos de los sermones en la iglesia mayor, con admiracion y aplauso de aquel Cabildo y de toda la ciudad que le tenia por santo.

Hacia pláticas en la Congregacion con su acostumbrado fervor y celo, y cogió de ellas copiosos frutos.

El mismo espíritu y tenor de vida santísima guardó en Valencia, donde fué tambien Rector y en otros cargos que tuvo de Rector, Provincial y Procurador á Roma, para lo cual fué dos veces elegido, como tambien señalado dos veces por Provincial, y en la última que lo fué, le cogió la muerte.

III

Algunas virtudes de este siervo de Dios.

Fué cierto que en este apostólico varon se hallaron todas las virtudes en grado superior.

Esmeróse lo primero en el despego de sus parientes y deudos.

Así como oyó la primera voz del que le llamaba á vida más retirada y perfecta, los puso en perpetuo olvido, y si alguna vez los visitó, fué forzado de la caridad y obediencia.

Mostróse en este desvío tan constante, que á algunos les parecia demasiada extrañeza. Por eso solia decir el P. Pedro Villalba que el P. Villar era otro S. Hilarion en el rigor.

Caminando de Valencia á Zaragoza en la traslacion del noviciado con los cuatro novicios, vivia en Vaguena, lugar de Daroca, su hermana Teresa del Villar, matrona de virtud y oracion, que despues murió con opinion de santa.

Pasando, pues, el P. Villar por este lugar y sabiendo que su hermana tenia casa capaz para hospedarse con sus compañeros, y ella y su marido gran

caridad para hospedar cualesquier religiosos, no quiso detenerse allí, ni áun ver á su hermana.

Otra vez, estando esta señora gravemente enferma y el Padre en parte donde podia ir á verla con facilidad, nunca pudieron alcanzar de él fuera a visitarla, excusándose con que su ida era inútil, pues no podia darle ningun remedio: tan libre estaba de amor de deudos y tanto sentia el verse fuera de su celda.

Otro caso le sucedió, en que no pudo una vez excusar de visitar á su hermana.

Llegó á Vaguena, y apeóse en su casa ya de noche, y lo primero que le dijo que á la mañana se habia de partir.

Aguóse el contento de la sierva de Dios viendo tan corto el plazo de su consuelo: valióse de ruegos y lágrimas, instando que siquiera un dia se detuviese y predicase un sermon para provecho de todo el pueblo.

Estaba de bronce el venerable Padre á estos ruegos, insistiendo siempre que no habia de quedar más de aquella noche; contienda bien parecida á la de Sta. Escolástica con su hermano S. Benito, sucediendo lo mismo en ésta que en aquélla.

Estaba á este tiempo el cielo claro y sereno; pasó la noche y amaneció nevando reciamente, de manera que no pudo irse; y rendido á la voluntad de su hermana, entendiendo que era la de Dios, fuese á la iglesia y predicó con fruto y consuelo del auditorio.

Ablandó el tiempo, y el religioso Padre se partió por la tarde, si bien fué necesario abrirle el atajo, ciego con la nieve, hasta topar con el camino real.

Tampoco pudo excusar el ir algunas veces á Munebrega para consuelo de su madre: particularmente, cuando murió su padre, estuvo en su casa algunos dias.

Todo este tiempo le empleó en predicar de noche y de dia; de dia á los de fuera, de noche á los de su casa, enseñándoles la doctrina cristiana y contando ejemplos varios para apartar á todos del vicio y aficionarlos á la virtud.

Jamás quiso admitir ningun divertimiento, aunque honesto: su regalo era hablar de Dios con todos los que á él acudian.

Cuando no hallaba quien gustase de estas pláticas, se recogia á su aposento á hablar con Dios, sin acostarse en la cama que le habian hecho.

Habiendo ido otra vez por órden de los Superiores á la misma casa de sus padres para visitar á su hermano y cuñado, dijéronle en cierta ocasion delante de su compañero, que todo aquello que tenian hubiera sido suyo, y que lo era.

Mesuróse el santo varon y con rostro severo dijo: «Nada es mio, ni lo

quiero,» teniendo por agravio de la pobreza que profesaba aquel debido y cortés cumplimiento.

Edificáronse los presentes, y su hermano Martin quedó admirado de tan sólida virtud, el cual solia contar que, habiendo sido el P. Pedro el mayor á quien se debia el mayorazgo de su casa que poseia; cuando iba á ella, se trataba con tanta extrañeza, como si fuera un pobre advenedizo.

Franqueándole cuanto habia en ella, él á puras importunaciones tomaba lo necesario para su sustento.

Añadia que estaba allí con tanto encogimiento como si estuviera en la casa del más extraño, sin pedir cosa.

Una noche de colacion, con otras ocupaciones se olvidaron de llevársela ó llamarle para hacerla. Estúvose quedo en su aposento sin abrir la boca para pedir un bocado de pan.

Cuando advirtieron el descuido, acudieron al aposento y le hallaron disciplinándose reciamente. Acabada la disciplina, á puros ruegos tomó cuatro almendras.

Castigaba su cuerpo este religiosísimo Padre con continuas abstinencias y asperezas.

Ceñia sus carnes con tan áspero cilicio, que pidiéndoselo emprestado otro religioso, apénas le tuvo puesto, cuando, no pudiendo sufrir su rigor, se vió obligado á quitárselo el mismo dia.

Corrido de su flaqueza y reprendiendo su poco sufrimiento, probó otro dia; pero tambien le hubo de rendir su aspereza y darle luego de mano segunda vez.

En Calatayud, tierra de las más frias de Aragon, en lo más recio del invierno metia las manos en un barreño de hielos, y despues así mojadas las extendia al aire, diciendo: «Si este frio tanto se siente, ¿cómo se pasará el del infierno?» y á este modo usaba de otras muchas mortificaciones.

Quien fué tan grande maestro de espíritu, no podia ser sino gran discípulo en la escuela de la oracion.

Daba á este ejercicio santo todo el tiempo que podia y le concedian sus ocupaciones, hurtando muchas horas al sueño.

Atestiguó un Hermano portero, que siendo este siervo de Dios Rector de Calatayud, viniendo á llamar á algun Padre para ayudar á bien morir, iba á su aposento á darle razon y buscar las llaves, y siempre le topaba con ellas, bajando él mismo á abrir; y de ordinario cuando iba con otros recaudos á su aposento, le hallaba de rodillas, ó rezando ú orando.

En Valencia, siendo Rector de aquel colegio, acostados los demás, salia muchas noches á disciplinarse y tener oracion delante del Santísimo Sacra-

mento, donde le oian prorrumpir en afectuosos y tiernos suspiros, indicios ciertos de la abundancia de los divinos favores que gozaba su alma.

Estaba tan inmoble, tan enajenado y embebido en la contemplacion, que ni inclemencias del tiempo, ni incomodidades de lugar, ni otros accidentes eran bastantes para inquietarle, permaneciendo de rodillas ó en pié con las manos levantadas y la cabeza descubierta, con tanta devocion, que la causaba en el más tibio que lo miraba.

Su modo de orar era ajustado á las reglas que da nuestro Santo Padre en los Ejercicios, y con esta doctrina criaba á sus novicios y súbditos.

La presencia de Dios que él tenia noche y dia era una oracion sin intermision. Cualquier cosa le era motivo para alabar á Dios.

En los caminos cuanto topaba y veia en los campos le era recuerdo para levantar el corazon al Criador.

Traia siempre la aljaba de su memoria llena de oraciones jaculatorias, que envueltas en tiernos suspiros y encendidas con afectos amorosos, arrojaba muy frecuentes al cielo.

Esta familiaridad con Dios le abria puerta franca para recurrir á Él en todos sus trabajos y aprietos, confiado de salir bien despachado.

Siendo Rector y Maestro de novicios en Tarragona, afligiéndose el Procurador, viendo no tenia qué gastar, ni ménos sabia dónde acudir en tales aprietos; frecuentaba la oracion este insigne varon, y lleno de confianza animaba al Procurador á tenerla, y entrambos experimentaron el efecto, porque, sin saber cómo, se hallaba remediada la necesidad y abastecida la casa.

En los negocios árduos que en el gobierno le tenian dudoso, acudia á Dios para que le manifestase su voluntad, y el Señor ilustraba su entendimiento para elegir lo más conveniente.

Esto ejecutaba con diligencia, aunque á veces á los ojos humanos no pareciese tan acertado, si bien el efecto desengañaba.

Dudábase de cierto sujeto si convenia despedirle de la Compañía. Consultólo con Padres graves y se quedó así indeciso el negocio, dilatando la resolucion para otra consulta; pero consultó este venerable Padre mejor oráculo, y por la mañana, en saliendo de oracion, llamó al sujeto y le despidió.

Supo la repentina ejecucion un Padre grave y fuese al siervo de Dios para saber cómo habia sido aquello: respondióle que no podia hacer otra cosa. El acierto se vió despues, con que todos juzgaron habia sido con particular ilustracion del cielo la resolucion del P. Provincial.

Quien trataba tan familiarmente con Dios no trataba con los hombres, sino por Dios y de Dios.

De esto eran sus pláticas; rebosaba por la boca la abundancia del corazon.

Era singular su destreza en entablar coloquios familiares de cosas espirituales áun con los seglares, tomando ocasion de cualquier cosa para traerles á su intento.

Siempre hablaba seriamente, nunca de burlas, si bien tal vez sabia dejar caer un grano de sal con gracia y donaire santo, y dar algun ensanche al rigor del espíritu, y no hacerse pesado ni fastidioso á nadie, sino á todos afable, para ganarlos para Dios.

Sus palabras eran fuego que derretian al helado, al tibio afervorizaban y al fervoroso abrasaban.

Un Padre, que fué el último con quien antes de caer enfermo trabó estas pláticas celestiales, experimentó en sí esto. «Yo fuí (dice) el último con quien habló, y di cuenta muy larga de mi conciencia, y en mi vida estuve más consolado ni contento interior y exteriormente y con deseos mayores de servir de veras á Dios, que cuando me hubo hablado.

Nunca le vieron enojado á este humilde Padre, siendo de su natural muy colérico; ni le faltaron ocasiones en su gobierno de tantos años para ello.

Dióle una no pequeña un Hermano de la tercera probacion, que despues no perseveró en la Compañía.

Era entónces el P. Villar Maestro de novicios, y reprendióle con caridad cierto defecto.

El Hermano, ciego con la pasion, le dijo: «Ya es V. R. tenido por riguroso, y en cosillas por muy menudo, y aún por eso el P. Provincial ha escrito á nuestro Padre para que le quite el cargo de Maestro de novicios.» «Por cierto, Hermano (respondió el humilde Padre con toda mansedumbre) que se lo agradezco muchísimo que me avise de mis faltas, no habiéndomelas advertido mi Superior.»

Otro Padre le dijo: «V. R. es austero y melancólico.» Sonrióse el P. Villar, Provincial entónces, y respondióle: «Padre, ¿qué se puede hacer? *Ipse fecit nos, et non ipsi nos.*»

Con estos humildes desvíos moderaba su ánimo y edificaba los ajenos; otras veces sufria callando semejantes injurias.

Siendo Rector de Valencia, hallándose en una consulta con otros Padres, uno de ellos comenzó á quejarse de que en cierto caso habia usado con él de mucho rigor.

No habló palabra el humilde Padre, como si no se dijera contra él la queja; mas el Provincial volvió por él.

Otra vez, siendo Rector de Calatayud, le habló con harta libertad un hom-

bre; no se turbó ni indignó el P. Villar, ni le habló palabra, ni mostró disgusto ni mal semblante.

Otra vez en Zaragoza, siendo Maestro de novicios, habíase tocado á plática: acudió el P. Villar con la puntualidad con que solia obedecer.

Antes que trujeran luz, tomó asiento en un cabo de banco. En esto entró un novicio, y como la pieza estaba oscura, sin reconocer á su Maestro, asentóse á su lado, y pensando que seria otro novicio, con demasiada llaneza le dió un envion con el codo, diciendo: «Apártese, Hermano, déjeme arrimar, que vengo cansado.»

El Padre sin hablar palabra apartóse, y dióle lugar. Cuando vino la luz, vió la descortesía y libertad que habia usado con su Maestro, fuése afligido á él, y pidióle perdon.

El le abrazó con mucha benignidad como Padre, y dióle el aviso necesario como Maestro.

No ménos se descubrió su afabilidad y mansedumbre en otra ocasion.

Siendo Provincial, hizo una plática; contó en ella un ejemplo; contentóle mucho á un H. Coadjutor, y deseoso de tenerle escrito para su consuelo, váse con santa simplicidad al mismo P. Provincial, y dice le haga caridad de escribírselo para su provecho.

El santo Padre tomó luego la pluma, y le escribió el ejemplo y dióselo. Reconoció el Hermano la letra, y como no acertase á leerla, fuése á un Hermano estudiante para que se lo trasladase de mejor letra.

El estudiante que entendió el caso, reparando en el raro ejemplo que allí estaba encerrado, respondió que lo haria con condicion que le diese el original. Concedióselo libremente, estimando más la copia legible que el original de mano de un santo.

Esta mansedumbre se trocaba en santo celo, cuando se atravesaba la honra de Dios y de la Compañía, si bien con tal moderacion, que parece no era de suyo el rigor, sino prestado.

Siendo Rector de Calatayud, habia un H. Coadjutor que al principio mostró ser devoto; despues vino á presumir de sí, y mostrándose muy bachiller en romance, recogió un libro de coplas con ánimo de imprimirlo.

Hizo lo que pudo el P. Villar para con suavidad reducirle á más humilde espíritu; usó de los medios que la caridad de Padre le dictaba.

Quitóle el libro, pero viendo que no aprovechaba la blandura, reprimio con severidad su dureza y altivez.

Finalmente, fué despedido de la Compañía como incorregible, y el que no se quiso valer de la benignidad de su Padre, sintió el rigor de la mano de Dios.

Llevóle el Ministro la ropa secular, y viéndole con deseos de irse presto, díjole movido de lástima: «Hermano, aquí le traigo esta ropa que se ha de poner para irse al siglo; ántes quisiera fuera la mortaja, porque Dios le ha de castigar, y dia vendrá que le pese sin provecho.»

Fuese el despedido, y al cabo de poco tiempo, estando en Barcelona nadando, sin decir Jesus quedó ahogado.

Cuando murió D. Rodrigo Zapata y mandó su hacienda al colegio de Calatayud, de donde era Rector este siervo de Dios, imputáronle que él habia sido la causa la hubiese quitado á sus deudos por darla á extraños; hablaban descubiertamente contra el inocente Padre, con deshonor de la Compañía y de su oficio.

Entre otras cosas, le levantaban que, habiéndole pedido sus deudos como tan amigo y confesor, que rogase á D. Rodrigo hiciese el testamento en favor de ellos, el Padre con cautela no habia hecho aquel oficio, para que valiese el que tenia hecho en Zaragoza, en que dejaba por heredero al colegio de Calatayud.

Esta calumnia llevó el religioso Padre con grande paciencia; pero porque no padeciese la Compañía aquella nota, fuese un dia á la casa donde más se murmuraba esto, y puesto delante del señor de ella, quitado el bonete é hincadas las rodillas en tierra y los ojos en el cielo dijo así:

«En todos los dias de mi vida he jurado; pero ahora me es fuerza hacerlo por descargo de mi Religion y mio.

Por el Criador de cielo y tierra, Dios poderoso, cuyo sagrado Cuerpo hoy he consagrado y recibido, digo, que ni cuando murió D. Rodrigo Zapata, ni cuando le confesé y ayudé á morir, hasta despues de su muerte, no supe, ni entendí de él ni de otro hombre alguno lo que contenia el testamento que habia hecho en Zaragoza, ni á quién dejaba sus bienes; porque ni me hallé en él, ni tal me dijo, ni le persuadí jamás lo hiciese; ántes bien, por dar contento á sus deudos, le pedí muchas veces hiciese testamento, y me respondió que ya lo tenia hecho de la manera que convenia á su alma, y que no le cansase ni hablase más de aquello.» Hasta aquí el Padre.

Quedó admirado el señor, y dijo que así lo creia. No hizo sentimiento el santo varon en esta y otras borrascas que por entónces se le levantaron contra él.

Cuando murió D. Rodrigo, tomando todos los presentes algun espolio de su hacienda, el devoto Padre se abrazó con un crucifijo, diciendo: *Dominus pars haereditatis meae, tu es qui restitues haereditatem meam mihi.*

Cuanto más superior se vió en los cargos que tuvo en la Religion, tanto más bajo se hundia en el abismo de su propio conocimiento.

Siendo Provincial, ya que no pudo salir con lo que pretendia de visitar la provincia á pié, no quiso admitir un Hermano que lo habian menester sus achaques para que le aliviase por los caminos, contentándose con solo el compañero sacerdote que le servia de secretario, y el humilde Padre á él de mozo.

Ordenóle seriamente que no significase ni mentase que era Provincial, y él lo daba á entender bien por las posadas, que en apeándose cargaba sobre sus hombros el hato, sin pedir á los huéspedes ayuda.

A la partida él mismo sacaba de la caballeriza la mula y la ensillaba. Los mismos oficios hacia con los huéspedes, cuando venian á los colegios.

Siendo Rector, se echaba á cuestas las maletas y alforjas de los huéspedes y las bajaba de los aposentos hasta donde habian de subir á caballo, lo cual viendo una vez un Hermano, llegó á quererle quitar la carga, pero jamás permitió desasirse de ella.

Con este oficio humilde de caridad, siendo Provincial, entendiendo habia falta de aposento para un Padre huésped, que habia llegado á la Casa Profesa de Valencia, con toda sinceridad dijo al H. Sotoministro que lo alojase en el suyo, porque á él cualquier rincon de casa le sobraba.

No habia oficio humilde para él, siendo Superior, á que no se abalanzase; en barrer la casa, en servir á la mesa, en fregar en la cocina era el primero.

Y cuando era Rector de Calatayud, no reparaba, á trueque que descansase un Hermano, tener las llaves de la portería ó suplir oficios semejantes, como despertar por la mañana á sus súbditos dándoles luz por los aposentos.

Habia entónces en el colegio un Hermano enfermo de larga y asquerosa dolencia; á éste servia y limpiaba como si fuera enfermero, y los dias de fiesta, ántes que se levantasen los demás, él solo con el sacristan le daba la comunion.

En el mismo colegio, siendo Rector, le venia el turno de fregar; seguíale como los demás; el que avisaba era un Hermano novicio, y díjole: «P. Rector, hoy ha de fregar V. R.» «De muy buena gana», le respondió, y ejercitando el oficio, dijo al mismo Hermano, que era cocinero: «Mire, carísimo, si está bien fregada esta olla.»

El buen novicio, con no ménos imperio y simplicidad que el que mandó al Santo P. Francisco de Borja volviese presto de palacio, adonde habia ido llamado de la princesa doña Juana, le dijo: «No está bien fregada, vuélvala á fregar.»

Sonrióse el humilde Padre y volvióla á fregar segunda vez con igual humildad suya y edificacion de los presentes.

Las veces que se empleaba en este ejercicio, no se contentaba con lavar

los platos y escudillas que allí traian, sino que iba por los rincones de la cocina buscando alhajas sucias para limpiarlas, comenzando siempre por las ollas y cazuelas más trabajosas.

En Valencia, siendo Rector, bajaba al ejercicio corporal con los Hermanos estudiantes, y como uno de ellos se cargaba á cuestas los haces de leña.

Lució su humildad, acompañada de prudencia y caridad, en un hecho ejemplar en Zaragoza.

Descuidóse un novicio de levantar y componer su cama, segun la regla, un dia de asueto.

Advirtió á la noche la falta, y estimulado del escrúpulo, fuese á su Maestro el P. Villar á decirle su culpa y pedir penitencia.

El prudente Padre le dijo: «Vaya, Hermano, y levante la cama, y arrime las tablas y bancos á la pared, y duerma esta noche en el suelo.»

Obedeció el Hermano, y en tocando á acostar se echó en el duro suelo, como se lo habia ordenado su Maestro.

Pero como no pretendia sino probar la fineza del novicio, apénas habia pasado medio cuarto de hora, cuando se fue á su aposento, y hallándole acostado en la tierra, con apacible semblante le dijo: «¿Hermano, hace bien en dormir en el suelo?» «Padre, sí, respondió el novicio, pues V. R. lo ha ordenado.»

Entónces el humilde Padre arma la cama y compone la ropa de ella, y manda al Hermano se asiente en la silla para ayudarle á descalzar.

Confundióse el novicio, y rehusando accion á su parecer tan excusada, porfió un rato, hasta que le dijo: «Hermano, pues ha obedecido en lo primero, obedezca en lo segundo; y diciendo y haciendo le descalzó y ayudó á desnudar y mandó acostar en la cama.

Siendo Rector de Calatayud, y saliendo á los pueblos cercanos de la ciudad á predicar y algunas veces al de Munebrega, su patria, yendo en una cabalgadura, mandaba al compañero subiese en ella y fuese á caballo todo el camino, y él iba á pié como mozo de mulas; y estando ya cerca del pueblo, porfiando el compañero que subiese el Padre y entrase como convenia á su persona y oficio, no habia remedio.

Hasta al mozo de mulas hacia subir á caballo, yendo él á pié.

Haciendo esto con un criado de su hermano Miguel Martinez del Villar, en cuya compañía caminaba, tomaba por achaque unas veces que se cansaba de ir á caballo, otras que en tiempo de frio era mejor caminar á pié; pero bien se entendia que todo nacia del espíritu de humildad, estudio de la mortificacion y deseo del mal tratamiento de su cuerpo.

Todo cuanto se hallaba en este apostólico varon olia á humildad; su vestido, su semblante y su trato.

Habiendo llegado á un colegio, fué á visitar á una persona de calidad, devota de la Compañía, que viendo lo exterior del Padre tan pobre y humilde, creyó era algun Hermano ó Padre ordinario recien venido.

Aunque con la plática descubrió más fondo de doctrina, y espíritu, y prudencia, nunca dió en la cuenta de que fuese el Provincial, hasta que se hubo despedido.

Quedó tan edificado de su modestia, y con tanta estima de su santidad, que otras veces él prevenia la visita, é iba á comunicarle las cosas de su alma.

Era en tal extremo este abatimiento de sí mismo, que otra persona sierva de nuestro Señor y devota de la Compañía, preguntada en cierta ocasion qué sentia del P. Villar, lo declaró diciendo era un *Domine, non sum dignus.*

No se dejó llevar de vanas alabanzas; afligíase si alguna vez llegaban a sus oidos.

En Gandía, siendo Provincial, habiendo hecho una plática en la plaza despues de la doctrina con grande espíritu, un Padre alabóle mucho con llaneza, cuán á propósito habia platicado.

El humilde Padre, como si le dijeran alguna injuria, paróse con rostro severo y más enojado que de su blandura se podia aguardar, y díjole, reprendiéndole aquella accion: «¿Tambien es V. R. de los que lisonjean?»

Compuso su hermano el Dr. Miguel del Villar, Regente en el Supremo de Aragon, un *Tratado del patronato de Calatayud,* en el cual, viniendo á tratar de los varones ilustres que de aquella comunidad habian salido, contaba entre los de Munebrega al P. Pedro del Villar, como varon tan insigne.

Súpolo el Padre, y sintió tanto aquella loa, que como si hubiera escrito contra él algun libelo infamatorio, tomó la pluma, y con palabras severas le rogó borrase su nombre antes de imprimir el libro, y no le diese aquel disgusto; y si no, procuraria haber á las manos cuantos ejemplares pudiese y los haria quemar.

El Regente, viendo la afliccion de su humilde hermano, por la reverencia que como á mayor le tenia, imprimió el libro, quitando del todo lo que tocaba á sus alabanzas.

De esta humildad nació tambien el cuidado en sepultar los favores que Dios le hacia y el recato en descubrir cosa que tocase en su alabanza.

Por lo cual se saben tan pocas cosas de las que Dios interiormente le comunicaba, teniéndose sólamente noticia de los actos heróicos de virtudes exteriores, que como tales, era imposible esconderlos.

IV

Sus virtudes religiosas.

Amaba tiernamente este religiosísimo Padre la santa pobreza; en el vestido y en la comida lo mostraba bien.

Siendo Provincial, visitó el colegio de Gerona, y entrando en el refectorio, se le notó recogia de paso los mendrugos de pan de las mesas de los Hermanos, y los ponia en su lugar para comerlos y saborearse con ellos por lo que sabian á pobreza.

Su gala fué llevar el vestido raido y pobre, los zapatos remendados.

Siendo Rector de Calatayud, usaba de un manteo muy corto y raido, que á los PP. Consultores les pareció no era conforme al decoro de su persona.

No hubo remedio por más que se lo dijeron, hasta que con industria el ropero lo tomó del aposento y le puso otro mejor en su lugar y, siendo Provincial, jamás le pudieron persuadir usase de un bonete nuevo.

Electo Procurador para Roma, ordenó el Superior le hiciesen manteo y sotana; cuando se lo llevaron, así lo sintió como otro á quien los salteadores robaran el vestido.

Volvióse con semblante severo al Hermano que se lo traia, y con palabras de disgusto le dijo: «Hermano, Dios se lo perdone, ha pensado hacerme placer, y me ha dado muy grande pesar:» y, apelando al P. Provincial, recabó de él quedarse con sola la sotana.

Hasta las plumas de que se servia eran las más ruines, y del papel aprovechaba los más pequeños retazos.

Cuando usaba de alhajas en los colegios ó de ajuar en los caminos, todo era pobre y remendado, limpio y aseado.

En su muerte se echó bien de ver, pues apénas hubo que repartir de sus despojos para los que como reliquias deseaban enriquecerse de ellos.

Todo pregonaba pobreza, la cual pobreza deseaba estampar en los corazones de los novicios y súbditos, exhortándoles con grande afecto en las pláticas y conversaciones familiares á ser verdaderos pobres de Cristo.

Intentaban sus deudos la primera vez que fué Provincial comprarle una cabalgadura para la visita de la provincia.

Parecíale á este insigne varon desdecia esto al espíritu de pobreza que profesaba, por lo cual jamás consintió tal cosa.

Habia ido en compañía de otro Padre á Munebrega, su tierra, estando de vuelta para Zaragoza; ofreciéronle unas mulas, ni una siquiera fué posible

admitir; con sola una caña en la mano se partió á pié, despedido de los parientes y conocidos, que hasta salir del pueblo, bien contra su voluntad le acompañaron.

Determinó hacer aquella jornada pidiendo limosna por todos los pueblos por donde pasaba.

En el primero iba ya mendigando de puerta en puerta, cuando un clérigo, conocido suyo, admirado de su pobreza y humildad, les impidió el que pasasen adelante, sino que fuesen á hospedarse á su casa.

Aquí fué la santa contienda entre la humildad del P. Villar y la caridad del sacerdote; al fin se rindió al convite, con que les dejasen despues proseguir en aquel santo ejercicio de pobreza.

Vino bien el clérigo en la condicion por no perder tan buenos huéspedes; pero usó de otro ardid, que fué adelantarse por las calles donde habia de pedir, á prevenir á los vecinos bajasen del pan más floreado para darlo á unos Padres santos.

Así como oyó esta palabra, juzgó por menor inconveniente no ejercitar aquel acto de pobreza, que oir pregonarse por santo, hasta que se alejase de aquel lugar, como lo hizo, siendo su posada los hospitales.

La pureza que tuvo este siervo de Dios fué de ángel, la cual conservó entera toda su vida con grandísimo recato y guarda de sus sentidos, áun antes de entrar en la Religion.

Siendo estudiante de pocos años, traíale como ayo un hombre honrado mayordomo de la casa de su padre; llegaron á Munebrega muy tarde, tanto que al hombre le pareció no subir aquella noche á la casa de sus padres por no inquietarlos, sino quedarse en la suya.

Despues de haber cenado, díjole que, pues no habia otra comodidad, se acostase en el aposento donde él y su mujer estaban, la cual le habia criado desde niño como hijo.

Rehusó el casto mozo el puesto que con tanta llaneza le ofrecian; importunáronle muchas veces, pero no se quiso desnudar, ántes con mucha resolucion les dijo: «Yo no me he de acostar aquí, porque hay mujer; porque jamás he dormido donde la hubiese, ni ménos me he desnudado, ni lo tengo de hacer en mi vida; yo pasaré la noche en cualquiera rincon de casa y no aquí.»

Viendo el hombre el teson del honesto mancebo, y la necesidad que tenia de cama y de descanso por el largo camino, hizo salir á su mujer del aposento, y de este modo, muerta la luz, se desnudó y echó en la cama.

Por las calles iba con los ojos clavados en tierra y el corazon en el cielo.

En Zaragoza le encontró su hermano Martin del Villar, teniente entonces

de la Justicia de Aragon, y pasó el P. Villar con tanta modestia, que no vió ni advirtió si era su hermano, el cual, edificado, disimuló y fué despues al colegio á visitarle.

A esta modestia acompañaba una gravedad no afectada, sino devota y apacible, que en los que le miraban engendraba amor y respeto.

Su venerable aspecto á todos componia, áun á los Padres más graves y Superiores.

El recato con las mujeres fué singularísimo; yendo á visitar una vez una enferma, entró en el aposento y vió no estaba tan compuesta como su honestidad quisiera y luego, como si pisara una víbora viva, ó un basilisco, ó topara con el demonio; así volvió el paso y se salió del aposento todo alterado y lleno de confusion.

Huia del ocio y del regalo como fomentadores del amor torpe.

Para él no habia Pascuas, recreacion ni hospedaje; todo lo llevaba por igual, sin admitir jamás un extraordinario; y si admitia algunos presentes de personas devotas, los mandaba repartir en la Comunidad.

En la Casa Profesa de Valencia envió un devoto nieve para dar un refresco en el refectorio; súpolo el mortificado Padre, que era Provincial, y mandó echarla en el pozo.

El Arzobispo de Zaragoza fué un dia á holgarse á Jesus del Monte, y llevó la comida para todos los Padres, digna de su liberalidad y magnificencia.

Despues de ella hallaron á este venerable Padre paseándose solo, y que decia entre sí: «Ahora todo se ha perdido.» Con otros afectos con que mostraba cuán poco gusto recibia de semejantes recreaciones.

Ayunaba cada semana algunos dias, y los demás comia tan moderadamente que admiraba.

Siendo Maestro de novicios y Rector de Tarragona, mandó al refitolero que algunos dias de la semana le pusiese encubiertamente un pedazo de pan basto, que para los criados se amasaba.

Siempre dejaba en el plato algo de lo que le ponian delante, y era el mejor bocado, y con este espíritu criaba á sus novicios.

Aconsejábales tambien lo que él ejecutaba, que no habiendo necesidad, se mortificasen en no echar en la comida sal, naranja y otros sainetes incitadores del apetito y de la gula.

Nunca se le oyó hablar de comer; y en los súbditos le ofendia lenguaje semejante.

Procuró desterrar del refectorio comidas extraordinarias, que la devocion de personas seglares solia introducir en fiestas principales; y, si por ser de

calidad y obligacion no se podia excusar, moderábalas en que los manjares no fuesen regalados, sino regulados con la templanza religiosa.

Con estas y otras mortificaciones conservó la flor de la castidad, de la cual escribió un erudito tratado.

Siendo Provincial la primera vez en Gandía, publicando un órden de nuestro P. General acerca de esto, dijo que, aunque viviese los años de Matusalen, no daria la mano á besar á mujer ninguna.

La primera vez que despues de ser religioso vió á su madre, se arrodilló a besarle la mano: ella con afecto materno quiso abrazarle; pero él no lo permitió, ni aun dar la mano á la hermana, que con instancia se lo pedia.

Estando en casa de su hermano, no consintió que la cuñada entrase en su aposento; desde la puerta la hablaba.

Desde la cabeza á los piés era un retrato de modestia.

Contó un Padre que, siendo novicio y este insigne varon su Maestro, viendo en él tanta modestia, creyó que todo aquello era fingido para que lo estimasen; y observando sus acciones con particular curiosidad y deseo de notarle algun defecto que desdijese de lo que mostraba, duró esta curiosidad más de un año, y viendo que nunca pudo hallar en él cosa digna de reprension, quedó admirado y confuso, y le comenzó á venerar por santo al que temerario juzgó por hipócrita.

En la obediencia fué este venerable Padre insigne, y como supo bien mandar, supo bien obedecer.

En ambos estados de súbdito y Superior la ejercitó sin recelo de juicio propio.

Si se le ofrecia alguna dificultad en lo que se le ordenaba, lo representaba con la eficacia que el caso requeria pero con grande resignacion.

Siendo Maestro de novicios en Zaragoza, subordinado al Rector, era forzoso ocuparle algunos novicios con detrimento de la observancia religiosa.

Propuso este inconveniente algunas veces; pero, viendo un dia que el Padre Ministro le ocupaba unos novicios, movido de un celo santo y casi con lágrimas en los ojos, dijo: «Al fin ya está propuesto, hágase la voluntad de Dios.»

Aun siendo Superior, era observantísimo de la disciplina religiosa, guardando las más mínimas reglas exactísimamente.

Acudia con grande puntualidad, áun siendo Provincial, á la señal de la campana, sin que este teson le interrumpiese negocio ninguno.

Estaba una noche escribiendo á nuestro P. General, siendo Superior, negocios de importancia, y oyendo tocar á exámen, dejó la letra comenzada, y acabando el exámen, volvió á tomar la pluma y proseguir su carta.

Otra vez habia comenzado á tratar un negocio con un Padre grave, oyó la campanilla para exámen y al punto interrumpió el negocio, remitiéndolo para otra hora.

Al fin, traia sus acciones tan reguladas que no perdian un punto de su regla ó Instituto.

Siendo Rector del colegio de Valencia y convaleciente de una enfermedad grave, era tan puntual en la obediencia al Hermano enfermero, que le pedia licencia para bajar al jardin.

V

Sus trabajos y ministerios de la Compañía, y su gran vigilancia y prudencia.

Jamás estuvo ocioso este santo Padre.

El órden que guardaba cada dia en la distribucion del tiempo lo dejó escrito, y me ha parecido poner aquí, el cual dice:

«JESUS

»Procuraré de tener la oracion con toda exaccion.

»Aparejarme he para ella desde la noche, no dando lugar á pensamientos inútiles.

»La oracion ha de ser más por afecto de amor; y por entónces encomendar á Dios nuestro Señor todos los negocios, sin dar lugar á pensamientos de ellos.

»Leer cada dia alguna cosa espiritual, y podrá ser proseguir lo que he comenzado del libro.

»No dejar por la mañana las oraciones *pro perseverantia.*

»Encomendar al Señor los que están á mi cargo y pedir gracia para hacer bien mi oficio.

»Al principio y fin de las horas hacer lo que dice Blosio.

»Andar en la presencia divina y proponerla cada dia al fin de la oracion.

»Enmendarme acerca de las faltas en la obediencia, procurando que sea tal, cual en las reglas.

»Velar en hacer con exaccion mi oficio, y, cumpliendo con lo que es de mi parte, no me turbaré por cualquiera cosa que acontezca.

»Proponer y callar.

»Exámen particular cerca de la paz interior.

»Trataré con amor y mansedumbre á los Hermanos.

»Notaré con cuidado las faltas y veré despues de qué manera se dirán para más aprovechar.

»No reprenderé ordinariamente cuando hacen la falta, sino que buscaré mejor sazon.

»El tiempo que me sobrare estudiaré casos.»

Hasta aquí el papel y ejercicio cuotidiano del P. Villar.

A esta ordinaria tarea añadia los ministerios de confesar, predicar, enseñar la doctrina cristiana, consolar afligidos, visitar cárceles y hospitales, no dejando pasar parte del dia sin empleo en la salud de las almas.

Siendo Rector de Calatayud se partió de Munebrega en compañía de su hermano dos horas antes del dia en el mayor rigor del invierno, caminando entre escarcha y viento frio, y helándose los demás, el humilde Padre como si se paseara entre una suave marea, jamás en todo el camino hizo otra cosa que hablar de Dios y tratar cosas espirituales, dando saludables documentos á sus compañeros.

Llegó de esta suerte á Calatayud, y cuando los otros medio yertos se acogieron al fuego, el fervoroso Padre, en cuyo pecho ardian incendios de caridad, se fué inmediatamente derecho con mucha alegría al confesonario á oir de confesion á muchos penitentes, que por ser dia de fiesta habian acudido, y estuvo allí hasta que salió á decir Misa, que admiró no poco á su hermano y compañeros.

Y en Valencia, siendo Rector, mandó al portero que cualquiera que le llamase para confesarse, le avisase; y bajaba con tanta puntualidad, que admirados los mismos seglares, á voces decian que en la Compañía no habia hombre de más caridad.

Sabiendo que en Rusafa, pueblo muy vecino á Valencia, habia falta de doctrina y de quien alentase la frecuencia de los Sacramentos, emprendió él mismo esta mision.

Iba los dias de fiesta por la tarde, y, antes de subir al púlpito, corria las calles convidando á los niños con la campanilla y cantando la doctrina, y á vueltas de ellos acudian los mayores, y aprovechábanse todos de sus pláticas, que en breve tiempo se trocó aquel pueblo de tal manera, que parecia otro.

En este loable empleo era tal su fervor, que muchas veces, lloviendo, iba en busca de la gente y la traia á la iglesia, y acabada la plática quedaba á veces tan movida, que sin reparar en lluvia ni lodos, muchos se venian con el Padre al colegio de S. Pablo á tomar disciplina.

Los cargos de Maestro de novicios, Rector y Provincial, que con tanta satisfaccion ejercitó, acreditan su gran prudencia.

Mostróla singular en corregir á sus súbditos, particularmente á las novicios, que como plantas más tiernas requieren más cuidado.

Sabia que la medicina aplicada sin tiempo era veneno; ponderaba con madureza todas las circunstancias, y acudia con el remedio que ordinariamente sentia buen efecto, sin desabrimiento del corregido.

A algunos novicios que eran molestados del sueño en la oracion, los hacia venir á su aposento á tenerla, para que la presencia de su Maestro les avivase los sentidos y despidiesen el sueño.

Andaba con grande recato en no descubrir las faltas de los súbditos, sino precisamente á las personas que eran necesarias para su remedio.

Cuando alguno le proponia muchas cosas juntas, de todas tenia memoria, y las remediaba y proveia á su tiempo; y esto era de modo, que parecia imposible acordarse un hombre de tantas.

No se le pasaba nada por alto; á todo se extendia su providencia, y esto con un cuidadoso descuido, hallándose con disimulacion prudente donde ménos los súbditos pensaban. Prevenia los daños sin engendrar resabios de sospechas, aunque se admiraban, pensando tenia espíritu de profecía, como verdaderamente le tuvo.

Siendo Rector de Valencia, dió licencia á dos Hermanos para salir fuera de casa: ya que estaban en la portería, se les hizo encontradizo, y tomando á parte al uno, le dijo que no pasase por tal parte, de lo cual no poco se admiró el Hermano, porque así lo tenia determinado.

La discrecion de espíritus y don señalado de quietar las conciencias fué singular en este prudente Padre.

Estaba un novicio turbado de una recia tormenta de escrúpulos que le combatia, con una gran vergüenza de no descubrir su inquieto corazon al Superior.

Rompió, en fin, con su encogimiento, fuése á su santo Maestro, descúbrele su pecho.

Entónces el Padre le dijo: «Bien ha merecido, Hermano, haber pasado todo este tiempo en estas aflicciones; quiétese, que no es nada.» ¡Cosa maravillosa! estas solas palabras fueron bastantes á sosegar repentinamente aquella tempestad.

Otro al primer año de su noviciado fué tan tentado de volverse al siglo, que continuamente andaba con vehementes impulsos de salirse de la Compañía, y, á su parecer, á empellones le arrojaban de ella.

Aplicaba remedios el Padre alentándole para resistir tan fuerte combate, el cual le duraba siempre.

El P. Ministro, que sabia la batería y flaqueza del novicio, fuése al pru-

dente Maestro instándole por el remedio, pero con mucho sosiego le dijo: «No tenga V. R. pena, que por más tentado que ese Hermano esté, no saldrá de la Compañía; y en prueba de esta seguridad, no obstante la tentacion que padecia el novicio, no reparaba en enviarle por la ciudad de Tarragona, ni dudaba ponerle en otras ocasiones, en que, si queria, podia con facilidad muy á su salvo irse; tan seguro estaba de su vocacion.

Llamóle un dia, pidióle entera cuenta de su conciencia, y, dándosela con toda verdad y llaneza, le dijo: «Padre mio, siempre que hablo con V. R. acerca de esta tentacion me parece que aquí en la oreja tengo uno que me está diciendo: «Mira que este Padre te engaña, dale de coces, porque te engaña:» y allá interiormente he sentido muchas veces unos deseos muy grandes de ponerlos por obra y salirme luego de la Compañía.»

Entónces el humilde Padre con extraordinario fervor le dijo: «¿Cómo no lo ha hecho hasta aquí? Si lo quiere hacer, ahora puede muy á su salvo, pues estamos los dos solos.»

Acto verdaderamente heróico que bastó á quitar al novicio aquella vehemente tentacion, quedando desde aquel punto libre de ella y con gran perseverancia en su vocacion.

En otras cosas se echó de ver el espíritu profético y comunicacion familiar con Dios, con que era este su siervo ilustrado con divinas revelaciones.

Sólo diré un caso que refiere el Maestro Lorenzo Perez, el cual leia gramatica en Calatayud antes que entrase en la Compañía.

Llamóle el P. Villar, Rector de aquel colegio, y preguntóle si conocia a cierto sacerdote; respondió que sí. «Id., pues (prosigue el Padre), y decidle que una mujer que ha traido á su casa no la tenga esta noche.»

Fue con el recado, y el sacerdote admirado: «No es posible, dice, sino que por arte del demonio ó inspiracion de Dios se sepa que esta mujer entra mi casa, con tanto recato como yo me la he metido en ella: no la tengo de echar sino es que me digais por qué camino se ha sabido.»

Volvió el mensajero con la respuesta al Padre, el cual le dijo: «Volved allá y decidle que no se sabe por arte del demonio, sino por buen camino, y que no la tenga esta noche, que le ha de suceder un gran trabajo.»

Obedeció, y luego echó la mujercilla, y veneró como á ministro de Dios á aquel que con espíritu del cielo habia descubierto lo secreto de sus dañados intentos.

Esta luz sobrenatural, que tenia este siervo de Dios para bien de los seglares, no fué menor para el de sus novicios y súbditos, cuyas almas gobernaba con gran prudencia, no humana, sino del Espíritu Santo.

Vinieron al noviciado dos estudiantes; el uno retrocedió luego y volvióse á su casa.

Fué el prudente Padre á dar razon de esto al otro, para prevenirle la tentacion que el mal ejemplo del compañero le podia causar.

Díjole que se habia retirado de la Religion por no atreverse á guardar las reglas.

De aquí tomó el demonio ocasion para tentar al que quedaba, el cual cargó la consideracion sobre que las reglas eran difíciles de guardar, y si el otro no se atrevia á pasar por el rigor de ellas, ménos él.

Cavó en este pensamiento tanto, que estuvo ya para salirse. Fuése con esta perplejidad á su Maestro, el cual le dijo: «Hermano, si con sólo sus fuerzas habia de guardar las reglas, sobrábale la razon; mas si esto ha de ser primeramente con la gracia divina, ¿de qué se espanta?»

Esta sola razon quietó luego al novicio, y desde entónces no se le ofreció semejante dificultad.

Seria nunca acabar referir casos semejantes, que descubren el singularísimo don que Dios habia comunicado á su siervo, tan necesario para un Maestro de novicios.

Con todo referiré algo, en que se verá no ménos la discrecion de espíritus del Padre, que el castigo de un novicio que retrocedió, el cual se resfrió en su vocacion, y vencido de la tentacion, un dia, sin decir palabra á nadie, se salió.

Halló ménos este siervo de Dios á su novicio, averiguó la fuga, mandóle volver, y, hallado, con mucho amor le dijo por qué habia ejecutado de aquella manera su salida, que de buena gana le hubiera dado su bendicion si se lo hubiera dicho; y mandándole acomodar de vestir y de viático, le remitió á su casa.

Pero logró mal sus intentos, porque un tio suyo no hizo caso de él, y dentro de pocos dias enfermó, y, llevado al hospital, murió miserablemente.

Tambien daba consuelo este siervo de Dios á los que se lo pedian con la caridad y amor que siempre, como se mostró bien en una carta que escribió al P. Juan Rico, Rector del colegio de Mallorca, cuyo traslado me pareció poner aquí, y dice así:

«PAX CHRISTI

»Con la carta de V. R. de veinte y cuatro de diciembre, me he compadecido de los trabajos de V. R. de manera que no he tenido ánimo para tomar la pluma y responder á ella hasta ahora, que me ha parecido seria faltar mu-

cho á lo que V. R. debo, si no escribiese siquiera unos cuantos renglones, diciéndole lo que siento, y representando á V. R. brevemente lo que podia ser de algun alivio para los desconsuelos que á V. R. se le ofrecen.

»Bien sé por experiencia la dificultad que consigo trae el gobierno, y que sin duda es carga pesada; y así, no es maravilla que se sienta, pues no somos compuestos de bronce fuerte, sino de carne flaca.

»Pero supuesto que es necesario que se lleve á cuestas, y que V. R. no se la ha buscado, sino que Dios nuestro Señor por medio de sus ministros se la ha impuesto, conviene en todo caso animarse V. R. mucho para pasar adelante, *in nomine Domini exercituum*, huyendo todo lo posible de lo que tiene experiencia le causa desmayo y dando lugar á lo que puede alentar el corazon; que no son contrarias confianza en Dios y humildad, ántes son hermanas inseparables, teniendo grande cuenta que ni la confianza despunte en presuncion, ni la humildad en pusilanimidad, sino que como buenas hermanas se vayan dando la mano y ayudándose la una á la otra.

»Y conviene mucho, luego que V. R. sintiere movimientos de pusilanimidad, no escucharlos; que la experiencia enseña que, si se les da lugar, se castillan en el corazon de suerte que no hay poderlos echar, si no es con mucho trabajo y pérdida.

»Para cerrar este portillo, ayudará tener V. R. en sana paz bien consideradas algunas razones que despiertan la confianza y magnanimidad de corazon.

»Tambien tener *prae manibus* algunos lugares de la Escritura, que hay muchos que ayudarán para despertar este santo afecto; y entre los libros que para esto mismo pueden ayudar, me parece muy á propósito el de Blosio, que hace muchos tratados para este efecto.

»Esta razon me hace fuerza para entender y persuadirme que los yerros en el gobierno se han de sentir con moderacion y no afligirse un Superior por ellos, supuesto que sienta en sí deseos verdaderos de acertar, como V. R. por la bondad del Señor los tiene.

»Y es, que lo que Dios nuestro Señor nos pide, es que en las cosas dudosas (que en las claras no hay sino ejecutar) consideremos lo que debemos hacer con recurso á Su Divina Majestad.

»Y si la calidad del negocio lo pidiere, consultarlo; y hecho esto, determinarse en lo que tuviere por más acertado; pues es necesario que una cosa ú otra se haga.

»Y en estas cosas morales no se nos pide evidencia, sino que, pesadas *coram Deo* las unas razones y las otras, se eche mano de lo que juzgare por más conveniente.

»Y es cosa cierta que, aunque se yerre, es culpa levísima delante de Dios, *Qui novit figmentum nostrum, et quia incertae sunt providentiae nostrae; si dixerimus quia peccatum non habemus, ipsi nos seducimus,* etc.

»Tambien deseo que con grande confianza tome V. R. para este fin por abogado *coram Deo* á nuestro Santo P. Ignacio, suplicándole le alcance del Señor anchura de corazon y gracia copiosa para ser digno Superior en la Compañía; que de mejor gana intercederá por esto que por cura de enfermedades corporales: que si para los extraños es favorable, más lo será para con sus hijos.

»Esto se me ha ofrecido y lo digo con llaneza, como á Padre mio que sabe mi corazon, deseoso de ver á V. R. muy consolado, para con más fruto trabajar en la viña del Señor, el cual sea en guarda y proteccion de V. R. Amen.

»Yo, aunque indigno, no dejaré de hacer lo que debo con mis pobres oraciones, esperando retorno de las de V. R. De Valencia y mayo ocho de mil y seiscientos y uno.—PEDRO DEL VILLAR.»

VI

Casos milagrosos.

Señalóse tambien este siervo de Dios en algunas maravillas que exceden las fuerzas de la naturaleza, y en él obró nuestro Señor con milagrosa providencia.

Un Padre de mucha autoridad, letras y virtud, dijo que, si el P. Villar viviera en tiempo que fueran necesarios milagros para la gloria de Dios, los hiciera de los mayores que se han hecho en la Iglesia; porque en él (decia) se hallaban en grado eminente todas las cosas que se requieren para esta gracia.

Con todo eso, para declarar su santidad, no dejó Dios de obrar en él y por él algunas cosas maravillosas y tenidas comunmente por milagros.

Era Rector del colegio de Valencia este admirable Padre, y saliendo de él una mañana para visitar la granja de S. Miguel, apénas la cabalgadura habia puesto los piés en el camino, cuando, viendo á unos hombres, se espantó de modo, que le derribó de la silla.

Quedó el Padre colgado de un estribo, y la cabalgadura dió á correr á toda priesa arrastrándole.

Vió este espectáculo una mujer muy sierva de Dios, que se confesaba con el Padre: turbóse en gran manera por ver á su confesor en aquel peligro; intentó detener la mula, mas no pudo resistir su furia.

Siguióle buen rato, creyendo llegaba hecho pedazos, pero no sin admiracion le halló sano y sin lesion alguna.

Preguntóle que si sentia algo; respondió que ningun mal se habia hecho.

Otra vez, haciendo una plática en un convento de monjas junto al altar, que tenia tres gradas, de la más alta cayó con la silla, y en la caida recibió un gran golpe, que pensaron quedaria muerto ó sin sentido; mas con espanto de todos, que lo atribuyeron á milagrosa providencia, al puntó se levantó y prosiguió su plática.

Habia muerto su hermana Teresa del Villar: quedaba su marido con su pérdida muy afligido y áun enfermo.

Fué el P. Villar á consolarle, y dándole cuenta de su enfermedad, y cómo los dolores que padecia eran vehementes, y que los médicos le habian aplicado muchos remedios sin provecho, por tanto le suplicaba le dijese los Evangelios, é impusiese las manos sobre él, que de esta manera alcanzaria salud.

Vino en ello el siervo de Dios, díjole los Evangelios, y desde aquel punto no sintió dolor.

Un hombre llamado Bernardo Francés, antiguo devoto y penitente del P. Villar en Zaragoza, llegó una vez de una enfermedad á punto de muerte, y desahuciado de los médicos, vino el siervo de Dios á visitarle y consolarle.

El enfermo le pidió que le encomendase á nuestro Señor, porque tenia confianza que por medio de sus oraciones alcanzaria salud.

Díjole que lo haria, aunque indigno: apénas habia vuelto las espaldas, cuando el enfermo sintió notable mejoría, y al tercero dia se halló del todo bueno, de modo que pidió un báculo y fué á oir la Salve á nuestra Señora del Pilar.

Llegando allá, no pudiendo entrar impedido de la gente, acudió á él un mancebo muy hermoso, y desembarazándole el paso, hízole lugar para que entrase.

Oyó la Salve, y, acabada, el mismo mancebo le trabó del brazo, y escudereándole por las calles, lo guió á su casa, y todo esto sin hablar palabra, al cual ni antes ni despues pudo conocer, teniendo por cierto fué algun ángel.

Y el mismo Bernardo Francés refirió que siempre que acudia al P. Villar por remedio en lo espiritual ó temporal, le hallaba, haciendo lo que él le aconsejaba.

Un novicio lastimado de sabañones en las manos, padecia vehementes dolores: el P. Villar le hizo la señal de la cruz sobre ellos, y luego se halló sano.

El P. Maestro Fr. Pedro Pablo del Villar, religioso de S. Agustin y sobrino de nuestro P. Villar, hallándose en la India acosado de una grave en-

fermedad, acordándose de la santidad de su tio, valióse de su intercesion llamándole en su ayuda, y al punto le vió delante de sí, y con esta visita se halló sano.

VII

Su dichosa muerte y señales de su grande gloria.

Resplandecia mucho este siervo de Dios con grande fama de santidad y ejemplo de sus heróicas virtudes, y estando ya muy sazonado para el cielo le quiso Su Divina Majestad premiar y dar descanso de sus muchos trabajos.

La ocasion de su muerte fué no dejar la Misa un dia que, siendo Provincial de Aragon segunda vez, partió por el mes de agosto desde Zaragoza á Tarazona.

Porque, habiendo partido de aquella ciudad antes de las cuatro de la mañana, llegó á las ocho á Lucerni, donde pensaba decir Misa y reposar hasta pasar el calor de mediodia; mas una morisca, oyendo queria decir Misa, dijo: «No está el Rector en el lugar, y se ha llevado la llave de la iglesia.»

Por lo cual, sin dejar averiguar si era así ó no, sabiendo no habia sino una legua hasta el otro lugar, quiso pasar á él, y llegando á las diez, dijo Misa, y habiendo comido, caminó para Tarazona, á donde cayó enfermo la misma noche que llegó, en aquel mismo dia.

Pero era tanto el fervor de este religiosísimo Padre, que luego por la mañana dió principio á su visita, hablando en particular á cada uno, y haciendo á todos fervorosísimas pláticas.

La última fué de la obediencia; ponderó con grande espíritu aquel lugar de S. Pablo: *Obedite Praepositis vestris,* echando el resto en las últimas palabras: *Ut cum gaudio hoc faciant,* mostrando el aprecio de esta virtud, y que no sólo moria hecho obediente hasta la muerte, mas áun predicando obediencia.

A los veinte de agosto le derribó el accidente en la cama, y el siguiente dia se descubrió ser una ardiente fiebre con tanta vehemencia de crecimientos, que algunos le duraron veinte y seis horas: hizo rapto á la cabeza con un profundo letargo, que no habia remedio de despertarle.

Cuando volvia, daba raros ejemplos de agradecimiento á los que le visitaban, recibiéndolos á todos con un semblante risueño y apacible, como solia.

Mostró admirable paciencia en los remedios tan fuertes que le aplicaban; no se le oyó quejar, sino con suave ternura invocar el dulcísimo Nombre de Jesus.

La resignacion en las manos de Dios fué extraordinaria, y no ménos la

obediencia al enfermero y médico, al cual, habiéndole informado en la primera visita de su enfermedad, dijo: «Segun esto, corte Vm. por donde mandare, que yo obedeceré con puntualidad,» y cumpliólo como si fuera un novicio muy mortificado. Habíale dicho el médico que convenia no dormir, y era cosa maravillosa ver la fuerza que hacia para vencer el sueño; abria los ojos con violencia para cumplir lo que se le habia ordenado; pero, viendo que no podia más, toda su instancia era rogar á los presentes que le ayudasen á estar desvelado y cumplir su obediencia.

Fué tan importuna esta modorra, que apénas le dió lugar para recibir los Sacramentos.

Estábanse lamentando de esto tres Padres arrimados á la ventana de su aposento, bien descuidados de pensar habian de ser oidos del enfermo, el cual, como hombre que recuerda y vuelve en sí, con sereno rostro enclavó en ellos los ojos.

Acercóse uno de ellos y le preguntó si gustaba recibir el Viático: respondió con mucha paz y alegría que sí.

Túvose por merced particular del Señor, que quiso no se fuese sin el refresco del Pan del cielo, para el corto plazo de su peregrinacion que le quedaba.

Fueron á toda diligencia á traer el Santísimo Sacramento.

Luego que vió entrar las luces, hizo ademanes de levantarse y ponerse de rodillas para recibir al Señor.

Reprimiéronle su devoto fervor diciéndole no convenia moverse; y así comulgó, con tal afecto, devocion y reverencia, que compungió á los presentes.

Pidiéronle nombrase sucesor en el oficio, hízolo con mucho gusto y acierto, señalando por Viceprovincial al P. Melchor de Valdedrosa.

Juzgaron los médicos esta mudanza por mejoría extraordinaria, y dándole al venerable Padre el parabien de ella, respondió: «Es verdad que dicen los médicos que estoy mejor, pero no hay que fiar.»

Tuvo este apostólico varon prenuncios de su muerte, porque Dios le habia dado prendas de su dichoso tránsito; y así, luego que tomó el cargo de Provincial esta segunda vez, escribió al P. Hernando Ponce, que estaba en Roma, rogándole procurase concluir presto los negocios y volver á la provincia para poder suplir sus faltas, como pronosticando su muerte, cierto de que le habia de suceder en el oficio; pues dentro de pocos dias vino de Roma, y fué Provincial inmediato al P. Pedro del Villar.

Cuando se partió de Zaragoza y se despidió para la jornada de Tarazona de su hermano el Dr. Miguel Martinez del Villar, fué la visita tan alegre y con tanto júbilo, que el gozo rebosaba por los ojos y rostro, diciéndole:

«Hermano, de Roma he venido, no le traigo riquezas, que jamás las tuve del siglo, pero traígole otras que debe tener en mucho.

«Nuestro P. General me ha hecho merced de admitirlos por hermanos y partícipes de los bienes espirituales de la Compañía á vos y á vuestro hermano Martin del Villar.

«Esto es lo que de mí podian esperar, y lo más que les puedo dejar es buenos consejos, sobre todo tema á Dios en sus juicios y cosas.

«Juzgue bien en el cargo que tiene, que él le sacará de todos los trabajos que por ello padeciere.»

Con esto se despidió de él y de su mujer é hijos, dándoles su bendicion y exhortándoles á servir á Dios; y advirtió la mujer que le habia tratado en aquella despedida de otra manera y por muy diferente lenguaje y término que otras veces, diciendo: «Qué es esto, que á todos nos deja el P. Villar más tristes que nunca, viendo el amor, ternura y alegría de corazon con que nos ha hablado y se ha despedido.»

Luego, al principio de su enfermedad, tratándole ciertos Padres de la visita de un colegio, les dijo: «Otro le visitará,» como cierto de que no habia de salir de aquel en que se hallaba, sino para el cielo.

Con los indicios que tuvo de su partida, estaba el venerable P. Villar muy apercibido aguardando la hora, cuando, despues de haberse armado con los Sacramentos, al cabo de tres dias dió su espíritu al Señor con mucha paz y sosiego, si bien, agonizando en el combate último, se echaba de ver padecia mucho, para que el premio fuese mayor.

Al punto de espirar, abrió los ojos, y fijos en el cielo donde tenia ya su corazon y habia de hallarse el alma en un instante, falleció á las dos y media despues de media noche, entrando el último dia de agosto del año de 1604, habiendo vivido santamente los sesenta, los veinte y tres en el siglo y los treinta y siete en la Religion, siendo profeso de cuatro votos.

Quedó el cuerpo con un semblante tan apacible, que infundia un alegre consuelo en quien le veia.

Cierto personaje dijo que en toda su vida habia osado mirar cuerpo difunto por el horror y espanto que le causaba; mas el del P. Villar le convidaba á su vista, por lo cual le miraba no sólo sin recelo, pero sin satisfacer á los ojos de su aspecto.

Por ser de noche no se hizo ruido ni clamor de campanas hasta la mañana.

Adornóse el venerable cuerpo con ornamentos sacerdotales y muchas flores, y se puso en medio de un salon grande del colegio, donde concurrió tanta muchedumbre de gente, cuando supieron la muerte del santo varon, para visitarle y besarle las manos y piés, que no cabian las avenidas de gen-

te, que como olas iban y venian, sin que se viese vacía la sala todo el tiempo que estuvo en ella.

Entre otras personas graves que acudieron, fué una el Obispo de aquella ciudad, D. Diego Yepes, confesor que fué de Sta. Teresa de Jesus y del rey D. Felipe II.

Dijo Misa por el difunto en la iglesia, y despues, acompañado de muchas personas de lustre, se fué al salon donde estaba el santo cuerpo, y acercándosele, y las rodillas en tierra, con abundancia de lágrimas de devocion rezo el salmo *De profundis*, y al fin un responso.

Levantóse y, quedando en pié grande rato, clavados los ojos en el cuerpo, estuvo contemplándole atentísimamente.

Despues se hincó de rodillas y le besó el rostro y manos, diciendo: «Habemos perdido un muy grande siervo de Dios.»

Dilatóse el entierro para las seis de la tarde; volvió el Obispo con muchos canónigos, el Justicia y jurados de la ciudad con los caballeros, ciudadanos y pueblo innumerable.

Mostraron grande afecto y devocion á este santo varon los Padres de San Francisco, pues vinieron en forma de Comunidad con Cruz levantada.

Este lucido acompañamiento llevó el cuerpo á la iglesia, donde le aguardaban á deseo muchas señoras principales con otra muchedumbre de piadosas mujeres.

Acabado el oficio y ceremonias eclesiásticas con la solemnidad posible, colocaron el cuerpo en un ataud con el nombre, dia, mes y año de su nacimiento.

Así como pasó este santo varon á mejor vida, acudieron todos á sus despojos para venerarlos como á reliquias.

Repartiéronse á los de casa hasta el menor hilo de su ropa, que tocaba á santidad y pobreza.

La misma camisa con que murió fué necesario hacerla pedazos para satisfacer á la devocion de muchos; y no faltó quien con devota osadía se atrevió á cortarle un pedazo del dedo segundo del pié derecho, que guardó con reverencia, y dió despues como prenda y rica joya.

Los seglares que no podian tener parte en este repartimiento, se contentaban con tocar sus rosarios al santo cuerpo, y coger algunas flores para adorno.

No faltaron testimonios muy auténticos de la santidad de este siervo de Dios, que dieron muchas personas de conocida virtud, y aun de sus grandes.

El Sto. Fr. Luis Beltran, de la Orden de Santo Domingo, estando en

tida para el cielo, estimó mucho la visita que le hizo el P. Villar, y se regocijó con él, y alabó mucho su espíritu y santidad.

El bendito H. Fr. Francisco del Niño Jesus, Carmelita Descalzo, tuvo altísimo concepto de la virtud del P. Villar, y frecuentaba á menudo el colegio de S. Pablo de Valencia, de donde era Rector, para gozar de su santo trato, y comunicar con él cosas de su espíritu.

Un Padre grave de la Compañía gran siervo de Dios, preguntado qué sentia del P. Villar, le dió todos estos epitetos: «Hijo verdadero de la Compañía, en quien se hallaron todas las señales y obras de verdadero hijo de ella, varon de Dios, un Evangelio vivo, un retrato de Cristo nuestro Redentor, y concluyó: ¿Si los que guardan nuestras reglas y consejos evangélicos son santos, quien perfectamente lo guardó todo, qué tan grande santo será?»

El regente Miguel del Villar, su hermano, afirmó que, cuando supo de cierto tan dichosa muerte, tuvo por tan cierta su salvacion, que no se atrevió á rogar por él á Dios, pareciéndole no lo habia menester.

El otro H. Martin del Villar, que fué gran siervo de Dios, decia que el corazon le daba no rogase por él, sino que lo pusiese por intercesor.

Tambien fué gran testimonio de la virtud y gloria de este siervo de Dios una vision que tuvo Sor Hipólita de Torrijos, religiosa de grande virtud, y refiere ella por estas palabras:

«Poco ménos de un dia antes de su glorioso tránsito (habla del P. Villar) estando en oracion y encomendándole á nuestro Señor, rogando por su salud, con la vista intectual del alma me enseñó el Señor una senda muy apacible y que llegaba hasta un hermoso asiento, á donde habia de reposar una alma santa; yo admirada, inqueria quién pudiera ser.

»Fuéme dado á entender ser el alma del P. Villar, que con grande contento la esperaban los cortesanos del cielo.

»Entendí no escaparia de aquella enfermedad, y en lo uno y en lo otro quedé con grande satisfaccion, y túvela de que no estuvo en purgatorio.» Hasta aquí esta sierva de Dios.

Otra persona de semejante crédito padeció por algunos dias unas graves aflicciones y tristezas nacidas de ciertas causas justas, y más por venirle de personas que no las podia excusar.

Una noche, estando durmiendo comenzó á afligirse gravemente, soñando que no tenia con la reverencia debida una reliquia ó cosas que le habian quedado del P. Pedro del Villar, á quien tenia particular amor, aficion y devocion; y alargándose para quererla adorar, la misma reliquia se extendió como en forma de una mano: así lo refiere él mismo, hablando de sí:

«Desperté, dice, con esta afliccion y espanto tan desmayado y tan impe-

dido de los brazos y manos, que no podia hacer la señal de la santa Cruz en la frente, ni áun en el corazon, porque me parece no me cabia en el cuerpo, dándome golpes, palpitando por todo el pecho.

»Cosa fué para mí rara, porque en mi vida habia sentido tal cosa; al fin, como pude comencé interiormente á llamar al santo P. Villar, y como pude tomé la reliquia que tenia en la cabecera, y apliquéla al corazon y al punto quedé quieto, aunque bien cansado y sudado.

»Comencé con este favor presente á llamarle más de veras y á ponerle delante todas mis tristezas, y, al parecer, agravios que me hacian, lastimándome de algunos trabajos y desconsuelos como vivia en el estado presente.

»Decíale yo que, si él viviera, de otra manera se hubiera conmigo.

»Iba siguiendo este mi razonamiento un temor y respeto grande á este santo Padre y á todas sus cosas, que aunque me parece le tenia presente en el aposento á él y á otros que no pude distinguir quién fuesen, hallándome por indigno de mirarle, me tapé el rostro, no pudiendo sufrir el respeto que interiormente comunicaba á mi alma.

»Y cesando yo de hablar porque no podia, oia dentro de mí que me decian que el P. Villar estaba en el cielo con mucha gloria, y que bien me podia encomendar á él y llamarle como á santo.

»Sentia en mí que todas las penas y tristezas que me afligian antes y entónces desaparecian y dejaban libre, dándome una resignacion grande en la voluntad de Dios, y que entendiese que todo aquello que padecia lo disponia Dios así por mi mayor bien; y que en esto me trataba como á muy querido hijo, fiando de mí un grandísimo tesoro y piedra preciosísima, para que luciese en lo que deseaba yo que me ordenasen, que presto tendria resolucion de ello.

»Cumplióse esto de allí á siete dias, porque tantas jornadas habia desde donde yo estaba hasta Valencia, de donde llegaron las cartas escritas y fechas la misma noche que sucedió lo dicho.

»Quedé con esto quieto, sin padecer más aquellas aflicciones, resignado en todo á la voluntad de Dios nuestro Señor, y muy de veras confirmado en la devocion del santo Padre, teniendo cada dia mayor certidumbre interior que estaba gozando de Dios; y esto no sólo desde este dia, mas áun desde el dia que murió tuve esta certidumbre con grande júbilo de mi alma.

»Sucedió lo dicho el año de mil y seiscientos y cinco, á los veinte y dos de noviembre. La vida de este religioso varon escribió el P. Miguel Torbaci.

P. NIEREMBERG.

P. MIGUEL DE FUENTES

NACIÓ el P. Miguel de Fuentes en la ciudad de Valencia el año de 1538, de padres piadosos y ricos, siendo testigo de esta piedad y riqueza una fiesta fundada por ellos en el hospital general de aquella ciudad, en que ha de predicar uno de sus descendientes.

Tambien consagraron la casa en que nació nuestro Miguel de Fuentes, en la que es ahora de penitencia y clausura á las mujeres arrepentidas.

Mamó en la primera leche esta piedad, y con ella deprendió las primeras letras, aunque despues con el fervor de la juventud se inclinó á algunos entretenimientos de mozo inquieto; pero Dios (que le guardaba para mayores empresas y que llevase su santo Evangelio por la gentilidad), le detuvo los pasos para que no cayese en mayores vicios.

Salió una noche con su espada y broquel por algunas calles de la ciudad, cuando á deshora oyó una voz que le dijo: «¿Dónde vas triste y desventurado? ¿dónde vas?»

No hizo por entónces caso de este temeroso aviso; pasó adelante, y á poco rato oyó segunda vez la misma voz.

Amedrentóle algo, aunque no tanto que le atajase los pasos que llevaba.

Prosiguió atribuyéndolo á cobardía si no lo hacia, cuando tercera vez oyó la voz del cielo que le decia: «¿Dónde vas, desventurado de ti, que te vas á perder?

Con esto echó de ver que iba de veras; volvió atrás, arrimó las armas, y entrándose en el patio del convento de S. Francisco en una capilla dedicada á nuestra Señora de los Desamparados, pasó allí toda la noche, suplicando á la Vírgen Santísima le tuviese de su mano y le defendiese de semejantes peligros, como lo hizo dándole á entender en los que andaba.

Trató Miguel de Fuentes desde aquel punto de enmendar su vida y seguir la senda de la virtud.

Predicaba á la sazon en Valencia un grande predicador con espíritu apostólico y fruto de los oyentes; y sabiendo los intentos de Miguel una devota mujer, gran sierva de Dios, le rogó fuese á oir al predicador.

Alcanzólo despues de vencidas algunas dificultades que el demonio le proponia.

Fue el mozo, áun no desasido del todo de las cosas del mundo; oyó su sermon, y salió de él tan determinado de mudar de costumbres, que sin más di-

lacion se desnudó de los vestidos de gala, y en su lugar se vistió un sayo raido, ciñéndose con una soga de esparto.

Con este traje andaba de dia por las calles y plazas de aquella populosa ciudad; deseaba hallarse en los mayores concursos de gente para ser despreciado de los que antes le conocieron muy preciado de galan y presumido.

Iba una vez, acompañado de la modestia y devocion que aquel traje pedia, á un santuario de nuestra Señora del Socós, muy frecuentado, fuera de los muros de Valencia; viéronle unos amigos suyos, y vuelto el uno al otro, dijo: «¿No veis á Miguel de Fuentes, que se ha tornado loco?» y aunque Miguel lo oyó, no hizo caso dê ello, sino de agradar á Dios.

Así se mortificaba de dia con otras penitencias; y de noche dormia en un pobre jergon de paja.

Llevaba ya este siervo de Dios atravesado el corazon con la saeta del divino amor; y así, como ciervo herido, buscaba la fuente de aguas vivas de alguna Religion donde pudiese hartar la sed de su espíritu y curar las heridas de la vida pasada.

Con esto sentia vehementes inspiraciones para que, rompiendo con algunas razones y dificultades que se le ofrecian, entrase en la Compañía.

Hacia Miguel del que no atendia á estos toques con decir tenia tres hermanas, las cuales quedaban huérfanas con su ausencia.

Consideraba que el retiro era bueno para su alma, pero peligroso para sus hermanas.

Parecíale que ponerse él en salvo era dejar aquellas tres doncellas en manifiesto riesgo.

Entre estos pensamientos con que divertia la luz de su vocacion, entró el Señor que le queria sacar á puerto seguro, y dió traza con que quedase libre su siervo de estos tres estorbos.

Casóse una de las tres hermanas, la otra se entró monja, y la última se la llevó para sí.

Con esto quedó desembarazado para ofrecerse en sacrificio á Dios; pero no convencido ni determinado á poner por obra su vocacion.

«Los estados, decia, no son malos si los hombres no usan mal de ellos; en el siglo santo puedo ser, ya que no con tanta seguridad, quizá con más victorias, por las muchas batallas que en él se ofrecen.»

En esta ocasion pasando un dia por la calle, cayó de lo alto de una casa un grande peso, y con estruendo vino á dar tan cerca de su cabeza, que casi le tocó la falda del sombrero.

Asombróse Miguel con tan repentino caso, y vueltos los ojos al cielo, dijo: «Ya os entiendo, Señor, ya os entiendo;» y sin más dilaciones vase á la Com-

pañía, y con grande instancia pide ser recibido en ella, lo cual se hizo luego, sin entretenerlo con esperanzas largas para mayor prueba de su constancia; porque con Miguel de Fuentes se atropelló con todo, por la seguridad y abono de virtud y ejemplar vida que de su parte estaba.

Recibióle el P. Dr. Bautista de Barma, segundo Provincial en la provincia de Aragon, á 8 de febrero de 1559, de edad de veintiun años.

Con mucho mayor fervor de espíritu y mortificacion que siendo seglar pasó su noviciado, y fué bien menester prevenir con ella los golpes de tentaciones que padeció su virtud, y que Dios acudiese con grandes socorros, para que no se rindiese al enemigo comun, el cual intentó enflaquecer las fuerzas de nuestro novicio, entibiándole en la vocacion.

Hacíale pesada la cruz de la Religion, con que comenzó á flaquear.

Hacia su probacion en el colegio de Gandía, siendo Rector y Maestro de novicios el P. Antonio Cordeses, el cual confesaba á Sor Isabel Tejera, mujer recogida en la casa de nuestra Señora de Loreto, que hay en aquella villa.

Era gran sierva de Dios, y florecia con ejemplos raros de virtudes y fama de santidad, favorecida de Dios con visiones y revelaciones divinas: una fué del peligro en que la tentacion tenia puesto á nuestro H. Miguel.

Vió, estando en oracion, á Cristo Señor nuestro, llevando una pesada cruz á cuestas, y tres Hermanos del colegio en su compañía. El uno siguiendo sus pisadas, abrazado con la cruz, se la ayudaba á llevar: el otro con solo el dedo la tocaba.

El tercero, más desviado, ni tocaba la cruz ni ponia los piés en las huellas de Cristo, mirándoselo de léjos.

En esta ocasion fué á la casa de Loreto donde vivia esta santa mujer el H. Miguel de Fuentes; en viéndole, sin haberle conocido antes ni sabido el nombre, le dijo: «H. Fuentes, persevere en la Compañía, créame, persevere.»

Maravillóse el novicio le llamase por su nombre, con que dió ocasion á Sor Isabel para que contase la vision, y cómo Dios le habia declarado que aquel Hermano que con tanto fervor seguia á Cristo ayudándole á llevar la cruz, habia de ser gran siervo de Dios y habia de hacer mucho fruto en las almas.

El segundo, que con solo el dedo tocaba la cruz, era el H. Fuentes, el cual padecia entónces recia batería de tentaciones en la vocacion, y estaba á pique de salirse de la Compañía.

El tercero, que de léjos y de mala gana seguia á Cristo, era un Hermano mal amoldado al Instituto, poco observante y tibio en el camino comenzado de la perfeccion. Añadió, que presto se veria el efecto de esta flojedad.

Fué así, que en breve salió de la Compañía, y nuestro H. Miguel quedó alentado para abrazarse apretadamente con la cruz de Jesucristo, y seguir sus pasos en su compañía.

Cesó con esto el combate, acabó su noviciado, y hechos los votos de religioso, prosiguió sus estudios, que acabó felizmente, ordenándose de sacerdote.

Así como se ordenó el P. Fuentes, se entregó á los ministerios de la Compañía de confesar y predicar, talentos en él aventajados y dignos de verse empleados en entrambos mundos; y así, fué nombrado para ir á las Indias entre otros muchos.

Púsose luego en camino en cumplimiento de la obediencia, que tan asida estaba á su fervoroso espíritu.

Estando ya de partida, fué á despedirse de una religiosa que florecia en opinion de santidad, la cual, ya que se iba el P. Miguel, para consolarle y alentarle á los trabajos que le aguardaban, le aseguró que era de los predestinados y que habia de salvarse.

Esto dejó escrito el gran siervo de Dios, P. Vellido, como testigo abonado por su gran virtud.

Con estos alientos celestiales, junto con sus compañeros, se hizo el P. Fuentes á la vela á 2 de noviembre de 1567, tomando la derrota para el Perú.

Y no es poca gloria de este santo varon haber sido de los fundadores de aquellas provincias tan extendidas, no perdonando trabajo ninguno para desarraigar vicios de los cristianos españoles, que con la falta de doctrina del cielo y sobra de riquezas de la tierra, habian echado hondas raíces, y plantar la fe de Cristo en los corazones de los indios gentiles.

En todas estas obras heróicas se ejercitaba este operario evangélico.

Crecian con su industria aquellas nuevas plantas, y criábanse tan robustas, que no faltaban en cosa grave en la ley de Cristo.

Un dia confesando una india y preguntándola si habia hecho cierta cosa en materia de pecado mortal: «¡Jesus, Padre!» respondió, ¿siendo yo cristiana habia de hacer eso?»

Procuró grandemente este apostólico varon plantar tambien en los corazones de aquellos bárbaros la devocion de la Vírgen Santísima, enseñándoles cómo habian de rezar el Rosario, meditar sus misterios y servir á esta Reina.

Confirmóse con un prodigio esta devocion de Nuestra Señora que predicaba su siervo, el cual, yendo caminando por unos montes á deshora, se revolvió el tiempo y sobrevino una grande tempestad de truenos, relámpagos y rayos, con mucha abundancia de agua.

Hallóse nuestro caminante en grande aprieto de perecer en aquel camino; fué fuerza guarecerse en una cueva que estaba allí cerca; acompañábanle cinco indios ya cristianos.

Acudió este insigne varon á la oracion, y, á su ejemplo, dos de aquellos indios tomaron sus cuentas y se pusieron á rezar devotamente el Rosario de la Vírgen Santísima, cuando de repente cayó un rayo, y entrando en la cueva abrasó á los otros tres indios que no rezaban el Rosario.

Con esta maravilla la Reina del cielo encendió el fervor de este fervoroso Padre, para que arraigase más la devocion del santo Rosario en aquel nuevo jardin de la Iglesia.

Padeció este siervo de Dios en aquel nuevo mundo muchos trabajos y aflicciones por convertir á Dios las almas de aquellos bárbaros indios.

Mas, como su humildad y encogimiento fué grande, los encubrió cuanto pudo; mas no fué tanto que no se manifestasen, así por lo que dejó escrito, atribuyendo estos premios y glorias á sus compañeros, como por lo que ellos dijeron.

Lo que fué cierto, que padeció este apostólico varon gravísimos trabajos, no sólamente corporales de largas peregrinaciones por tierras ásperas, con falta de lo necesario para la vida humana, sino aflicciones interiores del espíritu, tanto más penosas, cuanto es más delicada la parte que las padece.

Todas las llevó con generoso ánimo, alentado del cielo con favores no pequeños.

Estuvo una vez apretado de una grave enfermedad, la cual se aumentaba más con la falta de remedios, de que se carece en aquellas partes tan remotas.

Visitóle S. Vicente Ferrer, cuyo devoto era é imitador en la predicacion y vida evangélica; consolóle y agradecióle la devocion que á él y á otros santos de su Orden tenia.

Alabóle la empresa de seguir sus pisadas en la conversion de las almas; aseguróle que no moriria por entónces, que se queria servir Dios de sus trabajos.

Sintió luego el efecto de esta visita celestial, hallándose con entera salud para proseguir lo comenzado en la conversion de aquellos infieles.

Afirmaba habia recibido de este glorioso santo singularísimos favores, y no fué el menor haber rezado el Santo con el P. Fuentes el Oficio divino.

Otra vez, cuando volvió de las Indias, siendo Procurador de la Casa Profesa de Valencia, no tenia un dia cosa ninguna para el sustento de los religiosos; acudió á su íntimo devoto S. Vicente Ferrer, y lleno de confianza, salió á la plaza á buscar algun remedio para aquella necesidad que se le ofrecia.

Lo primero fué encontrar un caballero que no conocia, ni lo habia visto jamás, y antes de hablarle palabra, le dijo: «¿Falta algo?»

Descubrióle el P. Fuentes su necesidad. Replicó el caballero: «Pues sígame.» Llevóle á su casa y le dió buena cantidad de dinero, añadiendo si habia menester más. «Sobra esto,» dijo el religioso Padre, y agradecido le preguntó que cuándo queria le volviese aquel dinero. «No hay que tratar, dijo el liberal caballero, de volverlo, que yo graciosamente lo doy.»

Pero volviendo á las Indias donde le dejamos, fueron increibles los trabajos con que nuestro Señor le ejercitó peregrinando por tierras bárbaras y no conocidas, por reducir á los indios al yugo del santo Evangelio.

Fatigado de tantos caminos, paró este siervo del Señor en un pueblo, donde le derribó otra enfermedad grandísima.

Hallábase en un hospital anegado en abismos de tristezas, desamparado áun de los de la Compañía, en medio de gente extraña y naciones belicosísimas; añadíanse á esto grandes escrúpulos de conciencia sobre si Dios le habia perdonado sus pecados.

Entre estas aflicciones y congojas, no perdió un punto el ánimo y esperanza en su Criador.

Apareciósele Cristo enclavado en la cruz, coronado de espinas, derramando copiosos arroyos de sangre, aunque en medio de divinos resplandores; el cual Señor abriendo sus amorosos labios, le habló de esta manera: «¿Miguel, no ves cómo yo estoy ofreciendo esta mi sangre por ti á mi Eterno Padre, y dudas del perdon de los pecados? No sólo te son perdonados, sino te salvarás y vendrás á mi gloria sin entrar en el purgatorio.»

Este regalo del dulcisimo Jesus alivió las penas de su imitador.

Quedó notablemente consolado en el espíritu y confortado en el cuerpo, que, libre de la enfermedad, convaleció presto.

Afirmó el P. Vellido que le oyó decir que, cuando se le ofrecia ver algunas imágenes de Cristo crucificado, las estaba mirando con particular atencion, y nunca vió otra de la manera que se le apareció aquella vez.

Y en agradecimiento de este beneficio, todos los lúnes del año, que fué el dia en que recibió esta merced, comia en el suelo en el refectorio, y antes ó despues fregaba los platos y escudillas en la cocina.

Semejante á este le hizo otro favor la Vírgen Santísima.

Estando padeciendo trabajos y aflicciones, se le apareció entre luces celestiales, y despues de haberle consolado con su presencia y alentado con sus palabras á pasar aquellos trabajos, le ratificó la promesa de su Hijo diciéndole, que las penas que padecia eran las que habia de pasar en el purgatorio.

Veinte años trabajó en la provincia del Perú este apostólico varon, vién

dola criada con buen número de colegios, en cuyas fundaciones y misiones empleó lo mejor de su vida, y prosiguiera hasta la muerte, si varias causas no le llamaran á Europa y le obligaran á volver á su provincia de Aragon.

Puso por obra su partida el año de 1585 á tiempo que su hermano el P. Gregorio de Fuentes, gran siervo de Dios, hacia jornada para la bienaventuranza.

Estaba ya con el Viático y Extremauncion, en el último trance de su vida, en el colegio de Calatayud.

Dióle antes de espirar un largo parasismo, y vuelto de él con el rostro muy encendido, dijo: «Váyase, váyase, vuélvase, vuélvase.»

Hallóse presente el P. Francisco de Torres, que entónces no era aún sacerdote. Preguntóle si decia por él aquellas palabras. Respondió el enfermo que no. Replicó segunda vez si hablaba con el demonio, que en aquella hora importuna acude á dar batería á las almas. «Ménos» respondió el Padre.

Instóle el Hermano le declarase á quién decia se volviese. «A mi hermano el P. Miguel de Fuentes» dijo: «¿Pues no está en las Indias? replicó el Hermano ¿qué, vuelve por ventura?» «Sí,» respondió el agonizante, y á poco rato dió el alma á su Criador.

Sin duda ninguna se lo reveló Dios nuestro Señor á este su siervo la vuelta de su hermano, aunque nadie sabia se tratase de su vuelta; mas en breve llegó á su provincia.

Refiriéndole el P. Francisco Gutierrez el caso, dijo reconocia haber misterio en las palabras de su hermano; porque estaba muy arrepentido de haber dejado el empleo que tenia en las Indias.

Oyéronle decir, que el mayor yerro que habia hecho en su vida era haberse venido dejando tan gloriosa empresa, y que de muy buena gana volviera á ella cargado de años, exhortando continuamente á todos á estas misiones, teniendo siempre el corazon clavado por el desamparo de tantas almas, que por falta de obreros evangélicos no recibian la luz del cielo.

Pero Dios dispuso su venida para remedio de otras muchas almas perdidas que remedió en Europa; que sabe sacar de los yerros aciertos, y dirige los pasos de sus siervos para mayor gloria suya.

Porque no vino de las Indias el P. Miguel de Fuentes para descansar en la provincia de Aragon, sino á trabajar con el acostumbrado celo que tenia de la salvacion de las almas, no contentándose de mostrarlo en las ciudades y pueblos cercanos á ellas, sino que hacia misiones extraordinarias á los más apartados y ménos cultivados.

Estas hacia con extraordinario fervor y copioso fruto.

Andaba todos los lugares, por distantes que estuviesen, á pié, y lo mismo

hacia con las Congregaciones provinciales, y en la última que se halló en Barcelona, caminó cincuenta leguas á pié, siendo ya de sesenta años; ejemplo raro de humildad, mortificacion y deseo de padecer.

Predicaba infatigablemente en las iglesias, cárceles, hospitales y plazas, con tanto fervor y espíritu, que apénas se le pasaba dia sin sermon, plática ó ejemplo.

Nunca se hallaba para este ministerio ocupado ni desapercibido.

Si á caso, ó por enfermedad ó por descuido tal vez faltaba algun predicador de casa, mandaba el Superior predicase el P. Fuentes; él no hallaba dificultad, aunque no tuviese sino media hora de preparacion.

Esta la hacia hincado de rodillas delante de un crucifijo, donde le infundia Dios tal espíritu, que el sermon más parecia estudiado de muchos dias que predicado de repente.

Buscaba el provecho de sus oyentes más que el aplauso; con tanto fervor predicaba á diez que á diez mil.

Yendo camino, no perdia ocasion de aprovechar las almas, ni de sembrar la palabra divina.

Llegó este siervo de Dios á una ciudad, aunque de paso, y quiso en ella predicar un sermon.

Acertó tambien á pasar por allí otro religioso de grande virtud que no tenia noticia del P. Fuentes, pero diósela nuestro Señor del premio que habia de tener en el cielo.

Preguntó quién era aquel Padre que habia predicado; respondiéronle que era un Padre de la Compañía, que iba camino. «Pues habeis de saber, dice, que Dios me ha revelado que ese Padre está predestinado.»

El tiempo que en la Casa Profesa de Valencia tuvo á su cargo la Congregacion de la Santísima Trinidad, floreció sobre manera en piedad y ejemplo de virtudes, frutos todos de los continuos trabajos del P. Miguel de Fuentes, que todos los domingos con pláticas, los viérnes con ejemplo y disciplina, la procuró levantar y adelantar en espíritu y devocion.

Su caridad no sólo se extendia á ayudar á las almas en estos ministerios, sino á socorrer los cuerpos de los pobres, compadeciéndose mucho de sus miserias, y principalmente de aquellos que se vieron en prosperidad, y la vergüenza les cerraba la puerta para andar mendigando.

A estos socorria con secretas limosnas con más cuidado y diligencia.

Resplandeció este insigne varon en todo género de virtudes; en la mortificacion fué raro ejemplo.

Maceraba su cuerpo con abstinencias y ayunos continuos; enfrenaba el apetito de la carne con la guarda de los sentidos y con ásperas disciplinas.

Con estar ya cansado con las peregrinaciones largas de las Indias y de la Europa, solia comer en tierra, y hacer otras mortificaciones publicas en el refectorio.

Fregaba los platos en la cocina, ejercitándose en estos y otros oficios humildes con particular gusto.

En la castidad se esmeró tanto que, áun andando en las Indias y solo entre mujeres desnudas, como la bárbara costumbre de aquella gente permite, ni aun pensamiento ménos honesto admitió en su alma.

Con la mortificacion acompañó la oracion. Dos horas tenia antes que los demas se levantasen, y con la de la Comunidad eran tres ordinariamente, regalándole en ella nuestro Señor con extraordinarios consuelos.

Decia cada dia Misa y oia otra. Era cordialísima la devocion que tenia al Santísimo Sacramento del Altar.

En sus trabajos este era su único alivio; visitábale á menudo con tiernos coloquios.

Cuando no le era posible gozar de su presencia, adorábale volviéndose hacia la iglesia ó sagrario donde sabia que estaba.

Notóse que en su aposento tenia siempre la cama de tal manera, que acostado en ella, estuviese el rostro vuelto hacia este divinísimo Señor.

Amaba tiernamente á la Vírgen Santísima, y pagábale ante todas cosas luego por la mañana el tributo de su devocion, rezándole el Rosario.

De este trato tan familiar con Dios y con su Madre, nacia alcanzar con facilidad cuanto pedia, y áun descubrírsele lo venidero.

Sor Isabel de Ribellas, monja en el convento de Santa Isabel de Barcelona, que antes de serlo fué hija de confesion del P. Miguel Fuentes, hallándose el año de 1597, cuando el Padre fué á pié á la Congregacion provincial de Barcelona, muy afligida de ver á una sobrina suya, tambien religiosa, divertida en ciertas pláticas y aficiones que desdecian á su profesion, llamó á este prudente Padre, comunicóle su pena y rogóle tomase á su cargo la cura de aquella alma.

Habló el P. Fuentes varias veces á la sobrina, sin hacer mella en su corazon.

La tia, con doblado sentimiento volvió al Padre á decirle mirase por su sobrina, el cual entónces con espíritu profético, le aseguró el remedio diciendo: «No tenga pena, que presto la curará Dios con una gravísima enfermedad que le dará y con ella tanta luz, que no sólo aborrecerá sus conversaciones, sino que será una gran sierva de Dios, y ha de sentir mucho que las otras monjas anden divertidas en semejantes conversaciones.

Fué así, que presto el médico del cielo la visitó con una peligrosa enfermedad, cumpliéndose en todo lo que el varon de Dios habia dicho.

Llegó el tiempo en que nuestro Señor quiso galardonar los heróicos trabajos del P. Miguel de Fuentes, y llevarle á la patria celestial despues de tan largas peregrinaciones.

Vivia en la Casa Profesa de Valencia ocupado en los buenos empleos que dijimos, cuando una grave enfermedad le cortó el hilo de sus trabajos, y á pocos dias el de su vida.

Durmió en el Señor recibidos los Sacramentos con la devocion y ternura que se puede creer de tan santo varon, á 11 de febrero de 1606, de edad de sesenta y ocho años, treinta y siete de profesion de cuatro votos, despues de haber logrado los cuarenta y siete en la Compañía.

Así como se divulgó la fama de su dichosa muerte, concurrió á su entierro innumerable gente de todos estados, que no contenta con venerar el cuerpo de un tan grande siervo de Dios, tomaba con igual porfía y reverencia cuanto podia de sus reliquias.

Las revelaciones dichas, que afirmaban ser este insigne varon del número de los predestinados, y las palabras que la Vírgen y el mismo Cristo le dieron de su salvacion sin pasar por purgatorio, eran prendas seguras de su gloria.

Pero abónala del todo una vision de una persona de crédito y muy calificada, la cual refirió con juramento ante juez legítimo.

Creó la santidad de Paulo V el año de 1606 juez remisorial, para abrir el rótulo y formar el proceso de la canonizacion de nuestro P. San Ignacio, al Patriarca D. Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia, el cual, ejecutándolo, entre otros testigos que examinó, fué al P. Guardian del convento de frailes Descalzos de San Francisco, varon de excelentes virtudes.

Este, pues, recibido juramento de su Ilustrísima y de su acompañado el Obispo Chinerbinense, de la Orden de San Francisco, atestiguó cómo habiendo muerto en Valencia un religioso, vió que su alma subia al cielo y que la salian á recibir la Vírgen Santísima, nuestra Señora, S. Pedro y S. Juan, y el Sto. Ignacio, Fundador de la Compañia de Jesus, y que la Vírgen le puso una corona sobre su cabeza.

Calló allí el santo Guardian el nombre del religioso; pero el Patriarca, deseoso de saberlo, llamo aparte al P. Guardian y preguntóle quién era aquel religioso á cuya alma habia hecho tan insigne favor la Vírgen y los cortesanos del cielo.

Respondio que era la del P. Miguel de Fuentes, de la Compañía de Jesus.

Alabó el piadoso Prelado al Señor que es glorioso en sus santos, y dió muestras de sentimiento de no haber tratado, pues pudiera, una alma tan pura que merecio le saliese a recibir á las puertas del cielo la Reina de los angeles con tan lucido acompañamiento, y coronarle de su mano.

Tambien fué tenida por cosa milagrosa, que teniendo á su cargo este santo varon la Congregacion de la Santísima Trinidad de los oficiales, cuando estos vieron muerto á su santo Padre, deseando algunos para su consuelo quedarse siquiera con la imágen y retrato muerto del que tanto amaban vivo, llamaron á un pintor para que lo retratara.

Pero como el Padre estaba ya enterrado, y el pintor jamas le habia visto, hallóse confuso cómo haria el retrato.

Animóle la devocion de los que le tenian vivo en su corazon, diciéndole que la relacion supliria la falta de original.

Puso mano en la obra, y el retrato salió tan al natural, como si lo hubiera copiado del rostro vivo, lo que se atribuyó á milagro y prodigio.

La vida de este siervo de Dios escribió el P. Miguel Torbaci.

P. NIEREMBERG.

H. ANTON CANSADO

EL H. Anton Cansado, Coadjutor temporal formado, fué natural de Cetina en Aragon, modelo de todas las virtudes propias de su estado, humildad, sencillez, pobreza, devocion, observancia de reglas, obediencia á los Superiores, reverencia á los sacerdotes y respeto á todos, por las cuales fué tenido de los domésticos y seglares por santo.

Señalóse en hacer con gran puntualidad y perfeccion los oficios que le encomendaban.

Tuvo grande aprecio del agua bendita, y muchísimas veces al dia se santiguaba con ella, llevándola siempre consigo para darla á los seglares.

Algunas horas antes de morir, estaba casi siempre haciéndose cruces, alargando la mano en el aire, como quien tomaba agua bendita; tan habituada tenia esta santa accion.

Era tambien devotísimo del *Agnus Dei*, que comunicaba á todos con liberalidad.

Estando un hombre seglar razonando con otros de las virtudes de este Hermano ya difunto, y particularmente de esta devocion, diciendo cómo se habia ido al cielo sin desempeñar la palabra de un *Agnus* que le habia prometido; volviéndose al lado, vió sobre el poyo en que estaban asentados un

papel doblado y dentro un *Agnus* hermosísimo, en figura ovada, quedando el y los circunstantes admirados, juzgando que el siervo de Dios para desempeño se lo habia enviado del cielo.

Tambien el dia que le enterraron curó repentinamente á un hombre que se encomendó á él, de un vehemente y habitual dolor de la rodilla.

Fué su muerte en el colegio de Gandía, Sábado Santo, á veinte y cinco de marzo de mil y seiscientos y seis.

P. NIEREMBERG.

P. GABRIEL VASIA

FUÉ este insigne varon, natural de Ripoll en Cataluña, muy eminente en la erudicion de letras humanas y divinas, muy perito en lenguas y mucho más en la griega, de que son testigos la acertada traduccion y notas á S. Dionisio Areopagita, de quien fué devotísimo y aprendió la mística Teología, que tenia embebida en su espíritu, y rebosaba á la boca, hablando altísimamente de ella, y saliéndole á las manos con actos de heróicas virtudes.

Fué perfecto dechado de todas, en particular de mansedumbre, humildad, paciencia y devocion.

Esmeróse en la de la Vírgen, á quien saludaba é invocaba frecuentemente con aquel verso: *Monstra te esse Matrem.*

Habiéndose olvidado de hacerlo en cierto aprieto de enfermedad, se le apareció la Reina de los Angeles, reprendiendo amorosamente su descuido.

Durmió en el Señor en Gerona á 11 de junio de 1607, siendo profeso de cuatro votos.

Despues de muerto, se apareció á una persona penitente suya gravemente enferma que le habia invocado, y la consoló dándole la salud entera.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO VELLIDO

ESTE venerable Padre nació en Velilla de Ebro, en Aragon, pueblo bien conocido por el milagroso sonido de su campana, que sin ajeno impulso se ha tañido por sí misma en varias ocasiones, pronosticando calamitosos sucesos.

Siendo de tierna edad, daba muestras de lo que en adelante habia de ser, comenzando á ensayarse en los ejercicios de mortificacion y penitencia, que con tanto fervor habia de abrazar despues en la Religion.

Porque se iba en esta edad á la bóveda de la iglesia, y en unos pilares sobre que cargaba el tejado de ella, ponia en cada uno de ellos una imágen de algun santo, despues se desnudaba y hacia las estaciones por aquellos pilares, disciplinándose reciamente. Tornaba luego á recoger aquellos papeles.

Enviáronle sus padres á estudiar á Zaragoza donde entró en la Compañía á la edad de diez y ocho años.

Siendo ya religioso, tendió las velas de su fervor al viento del Espíritu Santo, con deseo de llegar á puerto de salvacion muy rico de merecimientos, continuando el ejercicio de la mortificacion y penitencia con mucho mayor rigor.

Sus disciplinas fueron muy continuas y rigurosas, hasta derramar sangre.

Nunca le faltó un cilicio á raíz de sus carnes, aun siendo de edad de setenta años.

En la comida echaba agua y otras veces sal y ceniza por quitar el sabor y mortificar el apetito de la gula.

Muchos años le duró el no beber sino á la comida, aunque más calor hiciese; de ordinario bebia agua.

En los dias de ayunos comia una vez al dia muy parcamente, sin tomar colacion á la noche.

En tiempo de invierno, por muy riguroso frio que hiciese, jamás le vieron llegar á la lumbre á calentarse.

Perpetuamente estuvo enfermo este siervo de Dios en la Compañía, padeciendo siempre un corrimiento en un ojo, con otras enfermedades; y así, tenia el sujeto muy extenuado, el semblante de la cara más de hombre muerto que de vivo.

Fué rara su modestia; jamás levantó los ojos de la tierra sino es en oca-

siones forzosas que no podia excusar; y en las que se le ofrecieron de disgusto, no le vieron alterado ni impaciente.

La oracion de este insigne varon fué igual á su mortificacion, de tal manera que no parece que vivia de otra cosa.

A las dos de la mañana se levantaba, y la remataba con la de la Comunidad: de forma que, antes de entrar en las ocupaciones del dia, ya el fervoroso Padre habia asegurado el acierto de ellas con tres horas de oracion y trato con Dios.

A las tardes se recogia tambien y tenia algunas horas de oracion, segun que la obediencia y ministerios le daban lugar.

Su oracion era comenzar por la Pasion de Cristo nuestro Señor, y luego daba en los atributos divinos, en la cual no procedia por vía de discursos sino de afectos amorosos, desapegamiento de todo lo criado, sin imágenes ni figuras, acompañando todo esto un abismo de resignacion.

Y era tan perfecta su resignacion como la pinta S. Antonio Abad, y la trae Casiano, cuando dijo que no era perfecta la oracion, en la cual el hombre tenia memoria de sí ó de lo que pasaba por sí.

Diversas veces le sucedia, acabada la oracion, ir tan absorto, que más parecia morador del cielo que de la tierra, que no acertaba á su aposento sin saber adónde estaba.

Y uno de los efectos que experimentaba de esta su continua oracion, era que, cuando salia de ella, sentia grande luz y conocimiento de los misterios de nuestra santa fe.

Fué este devoto Padre muy versado en leccion de libros espirituales, y de esta materia dejó escritas muchas cosas.

Verdaderamente sabia por experiencia la mística Teología de S. Dionisio y tenia don de consejo en materia de oracion; y así, imponia á muchas personas en tenerla.

Confesaba todas las que podia y le daba lugar su salud, y de ordinario eran almas aprovechadas.

A cualquiera que se queria confesar con él lo admitia; y era tan obediente y pronto en bajar á confesar cuando le llamaban los porteros, como si un ángel de parte de Dios viniera á llamarlo.

Tambien de la oracion sacaba luces para caminar con acierto y seguridad en todos los pasos de la vida espiritual.

De estas luces interiores con que Dios le ilustraba dieron testimonio los resplandores exteriores con que le vieron, saliendo de oracion, que arrojaba de su rostro, y por medio de la oracion recabó de Dios este su siervo grandes cosas.

Morando el P. Vellido en el colegio de Zaragoza, en cierta ocasion que llegaron á pedir un Padre para confesar una mujer muy enferma, fué enviado este siervo de Dios, el cual ni conocia á la mujer ni sabia su casa.

Llegado allá, se informó del estado en que se hallaba la enferma: respondiéronle que les daba cuidado, y que parecia no estar en sí, porque habia dado en decir: «Quítenme este Vellido, no me traigan á Vellido.»

Disimuló el santo varon, y acercándose á la cama de la enferma, comenzó á consolarla y á exhortarla á la confesion; mas ella respondió que no queria confesarse.

El Padre viendo la resolucion de la enferma, llamó á su compañero y díjole: «Hermano, aquí es menester acudir á Dios y orar por el remedio de esta mujer,» y así, se retiraron ambos á un rincon del aposento, y pasada una hora de oracion, volvió el Padre á la enferma, instándola de nuevo se confesase, pues de esta diligencia pendia su salvacion.

Hallóla tan dura como la primera vez; y así, no pudo obrar nada por más razones que le puso delante del peligro de condenarse en que se hallaba.

Volvieron otra vez el Padre y el Hermano compañero á retirarse al mismo rincon, y habiendo hecho oracion otra hora, para que Dios ablandase el corazon de la enferma, tornó el Padre á continuar sus exhortaciones y baterías.

Pero siempre respondia con la misma cancion, que no se cansase ni perdiese tiempo, porque no se habia de confesar por más que la predicasen.

Acordó el santo Padre con su compañero de estrecharse más y apretarse con Dios, estando en oracion toda la noche hasta la mañana con ánimo de no soltar á Dios hasta conseguir el remedio de aquella alma.

Así fué, porque á la mañana comenzó la enferma á levantar la cabeza, como quien la sacaba de un abismo de engaños y miserias en que la tenia sumida el demonio, y á voces comenzó á pedir confesion.

Acudió el P. Vellido gozoso de haber ganado aquella alma; confesóla y consolóla. Y tuvo tan buen suceso esta diligencia, que no sólamente cobró la enferma la salud del alma, pero tambien la del cuerpo; pues aquella misma mañana se pudo vestir y venir á comulgar al colegio, con admiracion de todos los que la asistian, que apénas lo podian creer.

Como era tenido en opinion de santo, los que le conocian y trataban tenian grande fe de la eficacia de sus oraciones; y así, le hacian repetidas instancias para que les encomendase á Dios.

Un caballero le pidió instantemente rogase á nuestro Señor muy de veras por el buen suceso de un negocio que seguia, de grande importancia para los aumentos de su casa.

Estando en oracion este insigne varon instando á Dios sobre este negocio, se le apareció un bulto negro con una mano caida hacia tierra y otra levantada en alto.

No alcanzaba el alma y misterio de esta vision, hasta que, habiendo suplicado á Dios se lo declarase, le habló el bulto diciéndole: «Avisa á ese hombre por quien ruegas, que se disponga de su parte mejorando su vida y haciendo algo por Dios, si desea conseguir lo que pretende.»

Habló el Padre con el caballero, y le dijo que se viniese con él; siguióle, y el Padre le llevó á un confesionario, donde, afeándole su mala vida, le dió á entender lo poco que importaba que otros hiciesen oracion por él, si él no hacia nada de su parte, que por más que otros levantasen las manos al cielo, si él tenia las suyas caidas hacia la tierra sin obrar nada con ellas, no conseguiria lo que deseaba.

Con esto el caballero hizo una confesion general, mejoró de vida y alcanzó más de lo que pretendia.

El don que tuvo el P. Vellido de discernir espíritus y penetrar lo interior de los corazones, fué admirable.

El P. Ignacio Blanc, gran predicador evangélico, confesó de sí que, cuando se veia fatigado de alguna afliccion interior, acudia al P. Vellido por remedio y consuelo, y que le sucedia, antes de hablarle palabra, prevenirle del caso á que iba, dándole el remedio tan ajustado, que igualmente admirado y consolado se partia de su presencia.

Y añade el P. Blanc en un testimonio que dejó escrito de su mano, que por tener tanta experiencia de lo bien que le iba á su alma con el magisterio y enseñanza del santo P. Vellido, acudia á su aposento frecuentemente á buscar alivio en sus penalidades y consejo en sus dudas.

El santo P. Martin Alberro tambien comunicaba sus cosas interiores, luces, visiones y profecías con el P. Vellido, porque se hallaba muy bien con su magisterio; grande argumento de la santidad de este siervo de Dios, que un varon tan perfecto le fiase cosas tan grandes como pasaban por su alma, entre las cuales le sucedió esta.

Habiendo acabado el P. Villalba, Provincial de Aragon, su segundo provincialato, el P. Martin Alberro, que vivia en la Casa Profesa de Valencia, dijo al P. Vellido: «Un difunto tenemos en casa.» ¿Soy yo? replicó el P. Vellido, ¿ó será acaso V. R? A que respondió: Ni uno ni otro; sepa que el muerto es el P. Villalba, el cual vendrá de Zaragoza á esta Casa Profesa, enfermará luego y morirá. ¿Cómo lo sabe V. R.? dijo el P. Vellido. Respondió el P. Martin: «Levante ese cabo de manta; y mostróle difunto el P. Villalba, como á él se le habia representado.

Todo se cumplió, vino el P. á Valencia enfermo, y á los veinte y nueve de agosto murió; tan familiarmente se comunicaban las cosas de su espíritu, y el Señor tan fácilmente se comunicaba á entrambos por su grande humildad y méritos.

En la ciudad de Daroca hubo una doncella, hija de padres humildes y pobres, llamada María Montero, moza de soldada en una casa particular, en la cual comenzó á ejercitarse en obras de devocion, en ayunos y otras penitencias, dando á estas cosas todo el tiempo que podia.

Pasó tan adelante en ellas, que vino á tener en la ciudad y en su comarca gran opinion de santidad; porque el vulgo en estas cosas la pone.

Con esta opinion vino á quedar señora de sí y del tiempo, sustentada liberalmente con las limosnas de muchísimas personas aficionadas á su virtud, y ella toda se empleaba en oracion y vigilias muy largas, ayunos, disciplinas y otras grandes asperezas y obras de misericordia con los prójimos, socorriendo á muchos en las necesidades del cuerpo con limosnas que fácilmente alcanzaba, y á otros muchos en las necesidades del alma, apartándolos de la mala vida con sus exhortaciones, y moviendo á otros á mejorarla; y pasaba más adelante á descubrir algunos de sus pecados secretos.

Sudábale la cabeza sangre, mostraba en los piés y manos llagas en la apariencia semejantes á las de Cristo nuestro Redentor, que en hecho de verdad comunicó al glorioso P. S. Francisco.

Con esto se extendió mucho más la fama de su santidad, y conforme á ella era la veneracion en que todos la tenian.

D. Andrés Santos, Arzobispo de Zaragoza, de cuya diócesis es la ciudad de Daroca, como Prelado prudente y celoso que sabia el engaño que podia haber en esta parte, por ser el demonio tan astuto y tan enemigo del género humano; quiso muy despacio y muy de propósito se examinasen las cosas y espíritu de María Montero.

Para este efecto la mandó traer á Zaragoza y aposentar en su propia casa, para que estuviese recogida y no pudiesen acudir á ella cualesquiera personas; porque en Daroca eran muchos los que acudian, y le eran grande ocasion de desvanecerse.

Y aun era visitada y consultada de señores principales que pasaban por Daroca, yendo y viniendo de la corte.

Unos venian á pedirle parecer y consejo en sus negocios; otros á rogarla que los encomendase á Dios; los pobres y miserables á pedirle remedio; otros á poner en sus manos cosas de grandísima importancia, y algunos á verla por sola curiosidad.

Traida, pues, á Zaragoza, el Arzobispo, deseoso de apurar las cosas de

María Montero, quiso que los Padres de la Compañía tomasen este asunto.

Este se encargó al P. Pedro Vellido; y lo primero que pidió fué que no se diese lugar á que personas seglares acudiesen á tratar con ella, como acudian en Daroca, y así se hizo.

El Arzobispo mandó á un criado suyo de confianza que no la dejase ver á persona alguna, sino á los que al P. Vellido pareciese.

Pero, aunque cesaron las visitas y comunicacion de los de fuera, no cesaron las demostraciones de santidad; porque de las llagas manaba sangre, y quien podia alcanzar un pañito teñido en ella, lo tenia por gran reliquia.

Arrebatábase muy á menudo, particularmente despues de la comunion y cuando veia cosas coloradas.

En el rapto le oian grandes y tiernos coloquios con Dios nuestro Señor, con mucho fervor de espíritu.

Salíale de la boca muy de ordinario un olor muy suave. Decia ser molestada de los demonios, y que para hacerlos huir, tenia una campanilla que le habia dado S. Antonio.

Todas estas cosas y otras semejantes causaban gran duda, si eran de buen espíritu.

Para salir de ella el P. Pedro Vellido, iba muchas veces á casa del Arzobispo á verse con María Montero en diversas ocasiones.

Hacíale muchas y varias preguntas, y con mucha sagacidad espiritual conferia las respuestas entre sí, dadas en diferentes tiempos y ocasiones, para ver la consonancia y proporcion de ellas; porque el espíritu de Dios en todos tiempos y en todas cosas es verdaderísimo, uniforme y siempre el mismo.

Escuchábala el Padre con mucha atencion y sin ser sentido en aquellos coloquios de sus arrobamientos.

En conclusion, como buen Maestro de discernir espíritus, no dejó tecla que no tocase para descubrir si habia disonancia y disconveniencia entre lo interior del alma y aquellas cosas exteriores que en los ojos de los hombres tanto resplandecian.

Y al fin, con la divina gracia se llegó al fondo, y al cabo de cuatro meses averiguó que todo aquello era ficcion y engaño, y ella misma, aunque al principio estuvo muy cerrada, con la destreza de este prudente maestro convencida, lo vino á confesar por su propia boca, y tambien la raíz y principio de todo aquel embeleco, que fué haberla el demonio engañado con el cebo tan comun de la vanidad y apetito de ser tenida y venerada por santa.

El olor de la boca salia de que se ponia en ella estopa con ámbar ó al mizcle, la sangre de la cabeza era postiza y las llagas hechizas.

Y es de advertir, para nuestro escarmiento, que esta mujercita en Daroca,

cuando comenzó á servir á Dios, comenzó de veras y con sencilla intencion; pero, viendo que la estimaban en algo, comenzó á desvanecerse mucho, y el demonio que vió la suya, aprovechóse de la ocasion y derribóla en el profundo de la vanidad y engaño que habemos visto.

Finalmente, María Montero se reconoció y arrepintió; y así, la penitencia que le impuso el Arzobispo, no fué igual á lo que merecia.

Mandóle volviese á Daroca remitida á la obediencia y direccion de un sacerdote ejemplar y prudente, y que sin su licencia no comulgase entre año, para que así, aquel pueblo que la habia visto y venerado por santa con engaño, la viese reconocida y humillada.

Pero de este particular desengaño resultó el general de muchísimos que se habian pagado tanto de aquellas exterioridades que la comenzaron á imitar.

Dijo tambien el P. Vellido muchas cosas ocultas y por venir.

Al P. Agustin Bernal, bien conocido por sus escritos, le avisó el P. Vellido un dia rezase el Rosario, porque se le habia olvidado y era ya tarde.

Otro Padre se olvidó de rezar Completas, y á las ocho y media de la noche le hizo el P. Vellido memoria del olvido para que lo enmendase.

Maravillado el Padre que habia faltado, preguntó al siervo de Dios cómo lo sabia, el cual luego mudó de plática.

A la madre de tres religiosos de la Compañía profetizó antes de tener ninguno, que tendria algunos, y tres de ellos entrarian en la Compañía, y así sucedió.

El año de quince, en que murió el P. Vellido, aconsejaron los médicos al H. Luis Puyol, que estaba enfermo en Valencia, mudase de aires y se pasase á los naturales de Cataluña.

El enfermo temia su mucha flaqueza y lo recio del estío, procediendo su enfermedad de calor.

Fuese á consultar y consolar con el santo varon, el cual dijo: «No tema, Hermano, póngase en camino luego y fie de Dios, porque apénas habrá llegado á Barcelona, cuando se hallará con buena salud.» Así se cumplió todo.

Como hacia tanta guerra á los demonios y á todo el infierno con la santidad de su vida, tambien le perseguian los enemigos sin cesar. Tuvo grandes luchas y peleas con ellos.

Una vez vió un Hermano que le sacaron de la cama y le arrastraron furiosamente; acudió el Hermano, y hallándole muy maltratado y fatigado, le preguntó si queria tomar alguna cosa de sustento.

Respondió con sencillez: «No es negocio de cuidado, sino que los demonios me querian obligar á que hoy dejase de decir Misa; pero no saldrán con su intento, por más que me hayan maltratado.»

En cierta ocasion le quisieron ahogar, y quedó con el cuello inclinado y torcido de la violencia que le hicieron.

Otra vez le hallaron casi muerto y sin aliento; llamado el médico, dijo que aquel accidente no le parecia natural, sino que seria alguna lucha de las que el Padre solia tener con el demonio.

El Hermano que estaba vecino á su aposento, sentia golpes y tal vez ruido de pedradas con que los enemigos le inquietaban y maltrataban.

No fué ménos admirable este insigne varon en las virtudes religiosas; porque en la obediencia muy puntal; tenia por voz de ángeles, no sólo la de los Superiores, sino la de los porteros que le llamaban para cualquier ministerio.

En la pobreza fué tambien extremado: su aposento era verdaderamente como de un pobre religioso, sin cosa alguna curiosa.

Lo mismo predicaba su persona en el vestido y en el modo, como una cosa muy dejada.

En la pureza y castidad fué un ángel. Andando por la calle le llamaron de una casa, entró con sencillez y sin recelo de peligro.

Hablóle allí una mujer en secreto, descubriéndole sus lascivos y torpes intentos, y solicitándole á mal con palabras tan sucias y deshonestas, como se puede creer de quien se arrojaba á semejante maldad.

El castísimo Padre, cubierto el rostro de virginal vergüenza, luego al punto se salió como un rayo de la casa.

Otra vez le acaeció lo mismo con otra mujer, y se hubo de la misma manera que con la primera. Preguntándole despues si habia tenido en estas ocasiones sentimiento alguno, respondió que no más que si fuera de mármol.

Verdaderamente fué el P. Pedro Vellido varon perfecto y consumado en todo género de virtudes, sin que jamás se le notase cosa que desde léjos oliese si quiera á imperfeccion ó quebrantamiento de la regla más mínima que la Compañía tiene, con haber muchas bien menudas.

Un Padre muy grave, que vivió harto tiempo en la Casa Profesa de Valencia en compañía de este siervo de Dios, anduvo muy atento á ver si le podia notar algo de lo dicho, y nunca pudo, sino muchas virtudes heróicas y dignas de imitar y de admirar.

Todos le llamaban el santo á boca llena, sin saber algunos su nombre.

En la Compañía sirvió, antes y despues de ser sacerdote, de Ministro, en el cual oficio era muy exacto; ejercitaba á los que tenia á cargo muy bien con grande paz y quietud.

Tambien fué Procurador en diversas partes con notable satisfaccion de los de dentro y fuera de casa; y no era poco hacerlo con paz y alegría, porque

por otra parte era su inclinacion tan grande al recogimiento, que el hacer este oficio se le habia mucho de agradecer.

Como la antorcha que cuanto más cerca está de su fin arroja mayores rayos de luz, así este venerable Padre, cuanto más vecino á su muerte, despedia mayores luces y resplandores de virtud.

Profetizóla claramente; porque, partiéndose á Barcelona el H. Luis Puyol, le rogó el P. Vellido que, cuando se hallase á vista de la montaña de Monserrate, dijese tres Salves por su intencion á la Vírgen, para que le alcanzase de su Hijo buena muerte, porque ya le quedaban pocos dias de vida.

Esto pasó á 8 de agosto de 1615, y á 27 de octubre del mismo año murió.

La enfermedad que le acabó fué muy larga; y así, tuvo ocasion de mostrar la paciencia y resignacion con que llevaba tan prolijo accidente.

Preguntóle un Padre tres dias antes que muriese cómo se sentia, respondió: «Mas aliviado parece que me hallo, con todo, espero que en breve he de mejorar de aires y partir á mejor vida.»

Rogó antes de morir le pusiesen á vista un crucijo muy devoto, para contemplarlo siempre hasta los últimos alientos, y confesó que en presencia de aquella devota imágen habia recibido de Dios singularísimos favores, la cual le habia hablado en varias ocasiones.

Sabiendo toda la ciudad que estaba enfermo y que se moria, fué grande el concurso de los que le visitaron para besarle la mano y tomar su bendicion, particularmente los de las Congregaciones, que un domingo entraron juntos los de la una, setenta ó ochenta.

Entre otros fué de los primeros el marqués de Caracena, virrey de aquel reino, el cual arrodillado le besó la mano, y á la tarde le envió algunos regalos, y despues fue otras muchas veces á hacer lo propio. Pasaba el siervo de Dios por estos favores como si no fueran.

Las angustias que padeció en esta enfermedad eran tan grandes, que decia á su Superior que no faltaba sino el morir, y esto con tan grande sosiego, paciencia y alegría, que le preguntó si habia en aquello engaño.

A lo cual le respondió que no, sin darle otra razon de propósito; porque fué toda su vida atormentado de escrúpulos, y á semejantes siervos de Dios suele darles el Señor una muerte muy pacífica y alegre.

A los 27 de octubre, pasado mediodia, habiendo recibido el Viático y la Extremauncion, respondiendo al sacerdote con los demás que se hallaron presentes, le tomó un paroxismo, y pensando acababa, acudieron todos los de la casa á decirle la recomendacion del alma.

Volvió en sí como si tal cosa no hubiera pasado, con grande serenidad y

paz, y diciéndole muchas veces *Sursum corda,* respondia: «Ya está allá,» y esto mismo dijo varias veces en su enfermedad.

Aquella misma noche, dadas las diez y cuarto, un poco antes de espirar alzó la cabeza, y mirando al cielo se quedó quieto, dando su alma al que le crió y redimió.

Quedó su cuerpo despues de muerto tan blando y tratable, como si estuviera vivo.

Una noble señora le cortó el dedo pequeño de la mano derecha, y lo conservó como gran reliquia, segun lo dá á entender el adorno y veneracion con que lo puso, y por su medio ha obrado Dios algunos milagros.

En su muerte fué aclamado por santo el que lo habia sido en vida.

El concurso á su entierro fué numeroso, y fué tal el deseo de llevarse algo por reliquias, que le quitaron las medias y zapatos, de suerte que porque no pasasen adelante, abreviaron el entierro.

Todos entendieron de su grande santidad que se iria derecho al cielo sin pasar por el purgatorio, lo cual confirma el caso siguiente.

Habia una grande sierva de Dios que amó grandemente á la Compañía, devotísima de nuestro P. S. Ignacio, el cual en espacio de muchos años se le apareció muchas veces, y siempre con grande acompañamiento de ángeles, y abierto el pecho y en él grabado el nombre de Jesus con letras de oro, la cual sierva de Dios fué muy conocida por su santidad, y de ella se hace mencion en la vida del Patriarca D. Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia.

Hallándose, pues, un dia de la octava del Santísimo Sacramento en nuestra casa á la tarde, cuando salen todos á encerrarle con velas encendidas; como amó tanto á los de la Compañía y deseó su salvacion, pidió á nuestro Señor si se salvarian todos los que estaban allí de la Compañía, y le respondió: «Todos los que están aquí se salvarán.»

Pasó adelante y dijo al mismo Señor, si pasarian por el purgatorio; respondiole que algunos entrarian y estarian poco, y de tres que estaban allí presentes, le dijo que, sin ir al purgatorio, los llevaria á su gloria.

Era uno de ellos el P. Pedro Vellido, y antes que muriese se lo dijo su Superior, y respondió con *Gloria Patri, et Filio,* etc.

El dichoso tránsito de este siervo de Dios fué en la Casa Profesa de Valencia, á 27 de octubre del año de 1715, siendo de edad de sesenta y tres años, y cincuenta y cinco de Compañía, y profeso en ella de tres votos, en tiempo de Pio IV.

De él se escribe en la *Historia de Aragon* y en el *Menologio* de aquella provincia.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO GIL

En pocos renglones resumiré gran suma de virtudes del P. Pedro Gil, el cual fué de nacion español, de patria catalan, y nació en un lugar del arzobispado de Tarragona.

Entró en la Compañía de edad de veinte y tres años, á 4 de marzo, año de 1574, siendo ya muy buen filósofo.

Graduóse de doctor en Teología en Gandía, y leyó esta sagrada ciencia en Barcelona por espacio de veinte años.

Allí fué tres veces Rector del colegio y una del de Mallorca, y últimamente fué Provincial del reino de Aragon.

Señaló la Inquisicion de Barcelona á este Padre por Calificador, y ejerció este oficio cuarenta años que fueron los que allí estuvo.

Fué confesor de los virreyes y de todos los Obispos de aquella ciudad, los cuales tomaban su parecer y consejo en los negocios públicos y particulares que se ofrecian; tanta era la fama de sus letras, piedad y prudencia.

Desde que entró en la Compañía, fué ejemplar de todas las virtudes, sin permitir jamás la menor falta en el instituto que profesaba.

Hallaba sumo contento en emplearse en los ministerios que acostumbra la Compañía, y en especial en aquellos que tenian mayor trabajo y humildad.

Salia á enseñar la doctrina cristiana á los niños, visitaba las cárceles, las galeras y los hospitales, y con mucho gusto gastaba el tiempo con las personas de baja suerte que le habian menester.

Con el mismo asistia á los condenados á muerte, y estaba tan léjos de juzgar esto por menosprecio, que de mejor gana acudia á estas personas que á los muy nobles y ricos.

Tenia dicho al portero, que todas las veces que se llegasen á buscar algun Padre para el consuelo ó ayuda de alguno, por desvalido que fuese, que antes le llamase á él que á otro, para el socorro de aquella necesidad.

Los señores y príncipes le honraban mucho con notables demostraciones; pero el siervo de Dios no se dejaba llevar de sus caricias, sino conservaba siempre una severa entereza, no queriendo jamás admitir dádiva alguna, porque no le pusiesen freno al justo celo con que reprendia sus vicios.

Cuando fué el duque de Maqueda por virrey de Sicilia, quiso llevarle por su confesor, y procuró que, antes de embarcarse, mudase los vestidos que traia, porque estaban muy viejos y rotos; mas el Padre dijo con claridad, que

ó no habia de ser su confesor, ó no habia de mejorar de vestido; y lo observó con tan religiosa puntualidad, que no se puso otra sotana hasta que volvió á Barcelona.

No habia para él mayor pena que sentarse á la mesa con los príncipes; y para excusarlo, cuando caminaba con ellos, salia uno ó dos dias antes ó despues.

Era tan grande su amor á la pobreza, que pudiendo remediar la necesidad de sus parientes sólo con hablar una palabra á los virreyes, por lo mucho que le estimaban, nunca les dijo cosa alguna con que ellos pudiesen conocerlo.

En los caminos tan trabajosos y largos que hizo por España, Italia y Francia, no tuvo sino una capa muy rota para defensa del agua por espacio de treinta años, y un sombrero que remendaba él muchas veces, hasta que de puro gastado no pudo servir.

Siempre se vestia de lo que desechaban los demás religiosos, y en particular en el tiempo que era Rector de los colegios.

Entónces estaba más contento cuando era el vestido más tosco y gastado, de que hay muchos ejemplos, con los cuales causaba justa admiracion, no sólo á los príncipes y señores del siglo, sino tambien á los religiosos más observantes.

En la última enfermedad, de que murió, cuando veia que le aplicaban medicamentos costosos, como pedian su edad y penosos accidentes, procuraba cuanto podia negociar con los médicos le ordenasen los más comunes y viles.

Era este siervo de Dios severísimo alcaide de sus sentidos. En tantos años como vivió, no conocia á mujer ninguna por las señas del rostro, y lo que es de notar, tenia horror de tocarse á sí mismo.

Daba á Dios muchas gracias porque le habia hecho muy corto de vista, porque con esto excusaba muchos peligros contra la castidad.

Era tan amador de la obediencia, que la misma que procuraba en sus súbditos, ejercitaba él con mucha puntualidad.

Estaba notablemente sujeto al sacritan y portero, y en cualquier tiempo que le llamasen, acudia con gran presteza, interrumpiendo todas las ocupaciones, por graves que fuesen.

Cuando era Superior, se vestia de grande mansedumbre y benignidad, y con esto sólo hacia de los súbditos todo lo que queria.

Cuando le acaecia impensadamente alguna cosa de pena ó cuidado, era tan excelente su resignacion y sosiego, que parecia tener muertas ya las pasiones.

A todos los súbditos trataba con igualdad prudente, haciendo que en todos resplandeciese la religiosa modestia; y finalmente, con sus acciones y ejemplo los animaba para cumplir con su obligacion.

Amaba con mucho afecto á la Compañía, y para solidar más su aficion renovaba todos los dias los votos cuando decia Misa.

Era tan observante de su Instituto, que jamás omitió cosa alguna que le violase, aunque estuviese muy cargado de oficios, ocupaciones y años; y así, en medio de los cuidados de Provincial acudia tan puntual á enseñar la doctrina y á oir confesiones, como si no tuviera otra cosa que hacer.

Procuraba con estudio devoto el aumento del culto divino, instruyendo en los ritos y ceremonias eclesiásticas no sólo á los de casa, sino tambien á otros muchos clérigos seglares.

No era menor el cuidado que tenia de fomentar la devocion de la Vírgen Santísima.

A su piedad y diligencia verdaderamente se debe el voto que hizo la Universidad de Barcelona, de defender siempre el privilegio de su Purísima Concepcion.

Su ordinaria conversacion estaba tan llena de religiosa pureza, que atraia con suavidad las voluntades de todos.

Nunca hablaba palabra que no la sintiese tambien en su corazon, y pensaba que los demás trataban con la misma llaneza; y así, no se persuadia á que los hombres trataban con dolo, si no hubiera manifiestas señales para creerlo.

En las juntas á que asistia daba siempre su parecer ajustado á los niveles de la razon y verdad, con que alcanzó tanto nombre, que decian que excedia á los demás en los dones de prudencia y consejo.

Finalmente, tuvo tan gran pureza de vida, que daba á todos admiracion, cómo no sólo la conservaba en medio de tantos negocios y ocupaciones, sino que la aumentaba cada dia con las virtudes que ejercitaba en las ocasiones; y lo continuó de manera que los que le trataban familiarmente, y muchos prelados eclesiásticos y Obispos que le comunicaban graves negocios, siempre hallaron en él una santidad singular, purísima vida y confianza casi increible, juzgándole por digno de que, áun viviendo, le venerasen por santo.

Luego que dejó el cargo de Provincial se partió á toda priesa á Barcelona, aunque padeció muchas descomodidades y calores en el camino; y cuando llegó hizo un concierto con el portero y con los que cuidaban de las cárceles y hospitales, pidiéndoles que siempre le llamasen en cualquiera ocasion que se ofreciese, aunque fuese de mucho trabajo.

Al P. Ministro del colegio le pidió encarecidamente con lágrimas que no permitiese que le diesen cosa particular en la comida más que á los demás.

Estas cosas habia asentado el devoto Padre con deseo de que se las cumpliesen.

Pero llegósele presto el fin de sus muchos trabajos, porque del gran can-

sacio y descomodidades del largo camino le sobrevino una enfermedad que á los nueve dias le privó de la vida, á 15 de setiembre año de 1622, á los setenta y dos de su edad, cuarenta y nueve de Religion, y treinta despues de haber hecho los cuatro votos.

Causó gran sentimiento su muerte no sólo á los nuestros, sino á todos los seglares, los cuales asistieron en gran concurso al entierro con muchas lágrimas.

Las obras que escribió este siervo de Dios refiere el P. Felipe Alegambe, que tambien hizo esta resunta de su vida.

P. NIEREMBERG.

H. MIGUEL BONFIL

ESTE santo Hermano, Coadjutor temporal, fué natural de Rublicos, obispado de Teruel y Procurador de la casa de novicios de Tarragona, Sotoministro y Sobrestante de los Hermanos novicios, con raro ejemplo de todas las virtudes, humildad, pobreza, mansedumbre, prudencia y celo de la disciplina religiosa, criando los novicios con verdadero espíritu de hijos de la Compañía.

Tenia particular gracia en hablar de Dios, y con pláticas espirituales alentar á la perfeccion, y engendrar altísimo concepto de la Compañía, en particular en los Hermanos Coadjutores, un amor grande á su humilde estado, mostrando el contento que tenia en su suerte de Marta, respetando con reverencia no sólo á los sacerdotes, sino á cualquier Hermano estudiante.

Pasaba largos ratos de la noche en oracion retirada, y de dia delante del Santísimo Sacramento con tiernísima devocion, que con coloquios amorosos al Señor, envueltos en sollozos y lágrimas, manifestaba, particularmente despues de la comunion, oyendo dos y tres Misas en accion de gracias.

Una vez, estando oyendo Misa, una partícula de la Hostia se le vino á la boca y le comulgó; favor fué este semejante al que se hizo á S. Buenaventura.

Cogió Dios á este santo Hermano como fruta madura en el jardin del noviciado de Tarragona, á 16 de marzo de 1632, y le trasplantó en el paraíso de su gloria.

P. NIEREMBERG.

P. JOSE DE CALATAYUD

El P. José de Calatayud fué natural de la villa de Valtierra, en el reino de Navarra, obispado de Pamplona.

Siendo aun niño y sin malicia, yendo por un camino solitario, intentaron quitarle la vida ciertos hombres de quien se revistió el demonio, comenzando tan temprano á perseguirle el que fué homicida *ab initio,* deseoso, si pudiese, de atajar la mucha gloria que habia de dar á Dios este su siervo.

Pero guardóle Su Majestad con especial providencia para su mayor pesar y confusion.

Dió principio á los estudios de Gramática en el colegio de Soria.

Aquí comenzaron á fraguarse los deseos de entrar en la Compañía, para emplearse en la conversion del nuevo mundo entre gentes bárbaras y fieras, por lo cual intentó otra vez el demonio malograr estos deseos.

Y para matar, no su cuerpo, sino su alma, que es el peor género de muerte, se valió de la libertad de un estudiante.

Estando el santo mozo en la cama, le trajo el desalmado condiscípulo una ocasion en que arriesgase la honra y alma con una vilísima ofensa de su Dios.

Invocóle afectuosamente el casto estudiante, é infundióle Su Divina Majestad al punto en una grande ilustracion tan alto concepto de lo que es su ofensa, que le selló con ella el alma de manera, que áun en los dias postreros de su vida, aseguraba haberla tenido presente toda ella; añadiendo que reconocia este por el mayor de los muchos favores que Dios se habia dignado concederle, por ser como manantial de todos los demás.

Desamparó á Soria el castísimo José y vínose á estudiar á Tarazona, donde fué admitido en la Compañía, dando el cielo en su entrada señaladas prendas de la santidad á que habia de subir con este caso prodigioso.

Reparando el P. Provincial en el recibirle, por verle ya hombre y de estatura muy pequeña, deseando verse libre de su fervorosa instancia, determinó desengañarle con cautela.

Despachóle con una carta á Zaragoza, en la cual ordenaba al Maestro de novicios desengañase al portador en recibiéndola, procurando desistiese de su intento, con la resolucion cierta de no querer admitirle en la Compañía.

Diéronle la carta entendiendo él que con ella llevaba su buen despacho.

Dió la carta al Maestro de novicios, y leyó, no lo que escribió el P. Pro-

vincial, sino lo que en su lugar habia impreso el dedo de Dios, y era lo siguiente: «Vuestra Reverencia en recibiendo esta, sin más dilacion, reciba al portador.»

Obedeció el Padre, y tomándole á su cargo, dió aviso al P. Provincial de su recibo, el cual quedó admirado del hecho, cuando lo supo, y, profetizando, dijo: «Sin duda Dios le ha recibido para santo.»

Cumplióse la profecía, como lo publicaron sus maravillas.

Dió fin á su fervoroso noviciado en Zaragoza, de donde fué al colegio de S. Pablo de Valencia; de allí al de Calatayud, despues al de Gandía, en que vivió cuarenta años muy favorecido de Dios y edificando á todos con sus santos ejemplos y heróicas virtudes.

Y aunque fué tan solícito el desvelo que tuvo en encubrirlas y tan continuo al cuidado de ser desconocido, que imposibilitó el notarlas todas para gloria de Dios, consuelo y edificacion de todos; referiré algunas brevemente.

Esmeróse desde los principios en la perfeccion de su grado, cooperando espiritualmente en el ayuda de las almas.

A este fin se entregó del todo al confesionario y á las misiones.

Premióle Dios la asistencia en el confesar con un claro testimonio de su agrado.

Acertó con su confesionario un hombre de vida tan rota, que siete años habia dilatado el confesarse; postróse á los piés del Padre, puso el alma en sus manos y los ojos tan fijos en su rostro que, reparando en ello, con una amorosa reprension le dijo: «Hermano, corregid esa postura y clavad con más humildad los ojos en el suelo.» «No puedo hacer más, respondió el hombre, porque me tiene atónito la desmedida luz que veo salir de su rostro.»

Atajóle el confesor diciendo mirase al suelo, sin dar crédito á semejantes imaginaciones; pero el hombre se aseguró bien presto que no era sino ilustraciones soberanas que le comunicaba el cielo.

Porque, dejándose por olvido algunas culpas graves por ser la confesion de tantos años, le hizo de ellas memoria y cargo el Padre, leyendo su vida á la luz de aquellos rayos que manifiestan lo más escondido del corazon.

Salió de allí mejorado el penitente, y aunque el siervo de Dios le conjuró que no divulgase el caso, no quiso encubrirlo á personas fidedignas que despues lo atestiguaron.

Fué incansable el P. José en este ministerio, celando de continuo la santidad de sus penitentes, venerando aquel puesto sin admitir en él palabras de cumplimiento y atajando con destreza las que perteneciesen á otros negocios que al espíritu, con que el del Padre granjeaba en todos mayor estima y veneracion.

Ejercitó las misiones tanto tiempo, con celo tan divino y fruto tan colmado, que sólo semejante ministerio era suficiente á acreditarle de santo.

Era tanto la aficion que las tuvo hasta su cansada vejez, que pasados los setenta años de su edad, se ofrecia al Superior diversas veces con gran instancia para tan trabajosa ocupacion.

Siempre que de ellas se recogia á casa, afirmaba quedar con un cariño tierno del trabajo y provecho que experimentaba en su ejercicio.

Fueron singulares los sucesos que le acaecieron en este santo empleo, dignos todos de su abrazado celo y apostólico espíritu; pero cuidó de sepultarlos el Padre, hasta que Dios haga teatro patente al mundo del premio grande de sus muchas obras buenas.

Sólo para aficionar á todos los de la Compañía á este ministerio, solia referir que, entrando él en un lugar para dar principio á la mision, se le opuso un hombre de este siglo, que armado de su poder y autoridad, resistió tan obstinadamente, que le fué forzoso retirarse, desamparando el puesto.

Hízolo sacudiendo primero el polvo de los piés como verdadero discípulo de Cristo, y citando al hombre para su presencia y juicio.

Apénas se apartó del Padre, cuando le cortó Dios de repente el hilo de la vida, compareciendo el desventurado en el tribunal para que le habia citado.

Acudieron despavoridos á dar la triste nueva los vecinos del lugar al Padre, sin resistir más á sus intentos santos á vista de tan público escarmiento.

No le permitia su mucha humildad pasar en silencio otro caso bien raro en la misma materia de misiones.

Ocupáronle los Superiores en la conversion de los moros del reino de Valencia; hízoles por obediencia mision un año entero, llevando intérprete que en arábigo explicase lo que el Padre predicaba.

Y siendo su espíritu tan ardiente y tan eficaz su ejemplo en tan largo tiempo y prolijo cansancio, no hubo ni uno sólamente que dejase su perfidia, reduciéndose por los celosos sermones del siervo de Dios.

Contaba esto el Padre para que le tuviesen por inútil, sin hacer mencion de los infinitos sudores y desprecios sufridos de aquella obstinada gente, los cuales remuneraria nuestro Señor, sin duda, ciento por uno con grande copia de divinos consuelos.

Solia decir que para su alma, de todas las misiones que hizo, que llegaron á treinta, aquella fué la mejor, pues le enseñó Dios cuán agradable le era el regar un año entero por obediencia un palo seco con tanto trabajo.

En otras misiones y ministerios fué incomparable el fruto que hizo, porque, fuera del fervor de su predicacion, fué admirable el ejemplo de sus raras virtudes y edificacion de su santísima vida.

Dióse á tan continua oracion, que parece se alimentaba de ella. El trato con Dios era incesable, la presencia de Su Majestad perpetua.

Proseguia en ella tal vez, aun durmiendo, con tan fervorosos afectos, que en cierta ocasion descubrió á su confesor gozaba cada noche de sueños tan divinos, que hacia en ellos actos más fervorosos que en la oracion.

Comunicósele sin duda Dios tan á todas horas al P. José de Calatayud, para que con verdad se pudiera decir de él lo que admira la Iglesia en su santísimo Patron: *Ecce Angelus Domini apparuit in somnis Ioseph.*

Despues de haber tocado á dormir, perseveraba más de una hora en la oracion, ajustando despues cuentas con Dios, como si aquella noche hubiera de ser la última de su vida.

Levantábase tambien á oracion otra hora antes que la Comunidad, prosiguiendo entre dia con muchas otras, aún en el último tercio de su santa vejez.

Tuvo los ejercicios de nuestro santo P. Ignacio todos los años con exactísima observancia siempre de sus advertencias y adiciones.

Preguntado de su Superior pocos dias antes de su muerte, si gustaria de entrar con los Hermanos en ejercicios, respondió con la risa en los labios y candidez de un ángel: «Yo, Padre, siempre los tengo, pero haré lo que vuestra reverencia me mandare.»

Hubieron de hospedarse en cierta mision en un propio aposento el Padre y su compañero, el cual advirtió que el P. Calatayud nunca se acostaba.

Quiso averiguar cómo y en qué pasaba las noches; y estando despierto y con atenta curiosidad acechando desde su cama, vió como, apagada casi del todo la luz, se puso en oracion en esta forma.

Subióse en una arquilla, sobre ella puso el un pié, y el otro en el aire, para no dormirse, la cara vuelta á la pared para que si acaso le venciese el sueño, le sirviese de despertador el golpe que contra ella diese la cabeza; y cuando rendido del cansancio, tal vez se entregaba al sueño, despertando con el golpe, se reprendia diciendo: «Traidor, traidor, ¿esto es estar en la presencia de tu Dios?

No pudo más disimular quien le miraba, sin que le dijese: ¿Es posible, P. Calatayud, que quiera V. R. pasar así las noches?

Corrióse á estas voces el humildísimo Padre, y muy afligido le pidió con el encarecimiento posible no lo dijese á alguno.

Estaba en la oracion tan absorto y puesto en Dios, que nada le inquietaba.

Oraba con tal reverencia y atencion, que habiendo caido un rayo en el aposento vecino al suyo, y alterádose los de casa por juzgar se venia toda á tierra; él se quedó puesto en la oracion, no le inquietando el rayo, que

llenó la casa de humo, ni el ruido espantoso del trueno que la estremeció.

En este trato tan familiar con Dios le comunicaba Su Divina Majestad ciencia de lo por venir.

Cierta señora, antigua penitente suya, de vida ejemplar y santa fama, tenia un hermano sacerdote en la ciudad de Valencia, de cuyo estado quiso informarse el Padre en una visita que la hizo; mas no pudo ella responderle cosa cierta, por ser ya muchos los dias que no sabia de su salud.

Dijo entónces el P. José: «Tratemos, pues, todos de encomendarle á Dios.»

La repentina pregunta por su hermano puso en nuevo cuidado á la mujer, persuadiéndose no haber sido hecha del santo varon sin misterio.

Presto echó de ver que lo habia, con el aviso cierto que tuvo el mismo dia de haber enfermado en la dicha ciudad, si bien no de peligro, ántes estando convaleciente ya, pedia fuese á ayudarle otro hermano suyo á la conclusion de sus negocios.

Dió al punto la mujer noticia de esta determinacion al P. José, en la cual no vino bien el siervo de Dios, ántes la ordenó le escribiese se viniese él á Gandía.

Hallábase dificultad en la ejecucion, por instarle el Arzobispo fuese á servir sin dilacion alguna la Vicaría de Alcira.

Pero allanóla el Padre con la opinion de su santidad y crédito de sus palabras, porque dijo: «Déjelo todo y véngase, que habrá menester el tiempo para aparejarse á bien morir.»

Cumplióse esto con mucha brevedad, pues apénas vino, cuando habiéndose dispuesto cristianamente para el trance de la muerte, remató su vida como el siervo de Dios habia profetizado.

La madre del difunto, con tan repentino suceso tuvo grande afliccion por la pérdida del hijo y juntamente nueva fe en las oraciones del Padre, en las cuales, despues de Dios, determinó fiar su salvacion, y con gran afecto le dijo: «Padre, en sus manos me pongo, mire por mí, y asegúreme el morir con Sacramentos.» «Póngase Vm. en las de Dios (respondió él) que es tan bueno, que yo de su parte le prometo morirá con ellos.»

En breves dias hubo de hacer cama con ocasion de unas tercianas, que por no ser maliciosas la dejaron presto libre.

El dia antes al que despues de convalecida determinaba ir á la iglesia, fué á consolarla en su casa el siervo de Dios.

En el discurso de la plática se introdujo la del Santísimo Sacramento, y cómo presto vendria á dos enfermos que estaban peligrosos en la misma calle. «Si eso es así, á mí parece, dijo el Padre, comulgase Vm. tambien.»

Admiróse la mujer porque se sentia buena; pasmóse tambien la hija, muy

temerosa del suceso de la madre, porque la fe que ambas tenian en el siervo de Dios, les obligaba á dudar áun de lo que veian con los ojos.

Obedeció la madre y confesóse al punto por la resolucion con que el Padre le dijo ser aquello lo que le importaba.

No quiso aguardar al Santísimo Sacramento en la cama, por no sentirse enferma ni con señal de calentura.

Llegó el cura con la salud del mundo, y maravillado de que la mujer estando con ella quisiese el Viático, casi ofendido, preguntó por el médico que habia dado tal órden.

Supo ser el médico espiritual, y este el P. Calatayud, con lo cual calló, obedeciendo á su mandato.

Comulgó la piadosa señora, y al punto sintió en el cuerpo un destemplado calor, que avivándose con grandes crecimientos, en breve la llevó al eterno descanso.

Estando el H. Miguel García, Coadjutor temporal, en el colegio de Gandía gravísimamente enfermo con quince sangrías y sin esperanzas de vida; visitándole el P. Calatayud, se las dió con palabras tan amorosas, que no sólamente pronosticaron la mejoría, sino que fueron principio de ella, certificándole que habia de trabajar aún muchos años en servicio de la Compañía, sucediendo todo como el P. José dijo.

De estas y otras muchas profecías con que prevenia el Padre á los enfermos del suceso de sus males, llegaron en toda aquella tierra á ser tenidas sus palabras por oráculo, hasta que, reparando en ello, anduvo de allí adelante con singular advertencia en lo que decia.

Vivió en Oliva, una legua distante de Gandía, una mujer de grande espíritu y perfeccion, la cual confesaba deber á la comunicacion con el santo Padre.

Era de tan rara abstinencia que en diez y siete años no gustó pan. Su ordinaria comida entre semana eran yerbas, y los domingos por regalo garbanzos cocidos con agua y sal.

Estando esta sierva de Dios cercana á la muerte, sin tener aviso humano de su peligro, movido el Padre de impulso divino, pidió licencia para ir á Oliva; y ordenando el Superior se le buscase una mula, dijo que no sufria el negocio tanta dilacion.

Partió luego en compañía de un Hermano, y siendo este mozo y robusto, caminaba el Padre tan á largos pasos, que no podia atener con ellos.

A la entrada de la villa dijo el P. Calatayud á su compañero: «Poca suerte ha sido la nuestra, Hermano mio, ya es muerta la persona por cuyo respeto hemos hecho esta jornada.»

Y en llegando á casa de la difunta, las rodillas por el suelo le besó los piés, que para su extremado recato fué accion bien notable; y pudo tanto su testimonio con todo el pueblo, que le mereció á la difunta un solemnísimo entierro.

Partió de la provincia de Aragon un religioso á las Indias: fué su viaje muy de corrida por Gandía, y con ser persona á quien el P. Calatayud jamás habia tratado, leyéndole el alma, le exhortó diciendo que, si vencia tal pasion que le afligia, le saldria felizmente tan apostólico empleo.

Confesó en esto el otro le habia adivinado lo que más le molestaba interiormente, y dado nuevo aliento para la jornada.

La misma queria emprender el P. Raimundo Roig, estudiando las Artes en el colegio de Gandía.

Vino para ella señalado de Roma al P. Crispin Lopez, entónces Provincial, el cual le escribió de su propia mano hasta el sobrescrito una carta, en que le avisa en secreto que en otra le respondiese acerca de su determinacion.

Para acertar en ella, fuese á consultarla con el P. Calatuyud. Entró en su aposento y, antes de manifestarle á qué venia, con luz superior le dijo: «Bien puede Hermano ir á las Indias; responda que sí, que Dios se servirá de ello.» Con lo cual tuvo su vocacion por divina, y para corresponder á ella, rompió con animosa resolucion por muchos inconvenientes.

Cosas más particulares le pasaron con el siervo de Dios Diego de Saura, siendo en Gandía Hermano estudiante, á cuyo espíritu ayudó grandemente nuestro P. José.

Penetrábale los pensamientos, revelando nuestro Señor al P. Calatayud cuanto pasaba por el alma del H. Saura.

Levantábase este Hermano antes de todos á tener oracion, pero sucedió que una mañana no lo hiciese, sin culpa suya á su parecer; luego se lo advirtió el P. Calatayud, á quien Dios se lo habia revelado.

En una plática que hizo el mismo Padre habló al corazon de lo que habia menester el mismo Hermano, exhortándole á que prosiguiese en una devocion que habia tomado de renovar sus votos cada cuarto de hora, de lo cual no habia hablado palabra.

Otra vez, andando el H. Diego con muy fervorosos deseos de pasar á las Indias, y habiendo hecho grandes ofrecimientos y holocaustos de sí á Dios, andando en estos pensamientos y coloquios, salió el siervo de Dios José de su aposento, y llamando al H. Saura le dijo: «Venga acá Hermano, sepa que le pagará muy bien nuestro Señor esos ofrecimientos que ahora ha hecho, muy bien se los pagará.»

Con lo cual quedó el Hermano muy consolado y admirado de la divina sa-

biduría de su Padre y Maestro de espíritu, pues no se le escondian los pensamientos de sus hijos espirituales.

Rezaba este santo varon el Oficio divino con profundísima atencion, experimentando en él no pocas veces ilustraciones soberanas.

Dijo sola una para consolar á dos hermanas, cuyos nombres eran María y Aparicia Calderon, íntimas devotas suyas é insignes bienhechoras de la Compañía.

Quiso aliviar su pena y enjugar las lágrimas que, hechos sus ojos fuentes, derramaban por la muerte de su madre, y con extremada candidez las dijo: «Ea, señoras, alégrense, que ayer, estando en mi aposento rezando el Oficio divino, vi una luz extraordinaria que subia hasta el cielo, y en medio de ella con una cara llena de risa á su santa madre. Saludóme y dejándome bañado de un celestial consuelo, desapareció; cesen las lágrimas y procuremos merecer su compañía.»

Era en la Misa igual á su encendida devocion la reverencia y compostura que guardaba; entre otras prevenciones para tan alto ministerio, era infalible cada dia la de la confesion sacramental.

Fué dotado por muchos años de un divino afecto y dulcísimo don de lágrimas desde la consagracion hasta el consumir, inflamando en fervor á los circunstantes, que muy devotos atendian á la quietud y silencio con que destilaba dulcemente de los ojos gran copia de lágrimas, teniendo la rienda al sentimiento, para que no prorrumpiese en notables suspiros.

Suspendióle nuestro Señor este exceso los postreros años de su vida, por estar ya casi del todo privado de la vista, de que sumamente sintiera carecer, si se hallara imposibilitado para ofrecer tan divino sacrificio, el cual ofreció hasta el dia que la última enfermedad le postró en la cama.

Empleaba en su celebracion por lo ménos la media hora de regla, con exactísima constancia.

Pasando en cierta ocasion el virrey visitando la costa á toda priesa, hubo de ser su capellan el Padre, y rogado de muchos por órden de su Excelencia abreviase algo, por importarle la jornada, respondió con una modesta majestad de razones y santa libertad no faltaria en aquello al gusto de su Dios por todo el mundo, añadiendo aquellas palabras de S. Juan Crisóstomo, en autoridad del sacerdocio: *Maiorem illo potestatem habes.*

Recogíase para las gracias como los demás á la tribuna, á donde no excedia su detencion la ordinaria de los otros.

De allí, por huir la nota de singular, se retiraba á su aposento, y, cerradas puertas y ventanas, proseguia en aquel incendio de su fervoroso espíritu todo el tiempo que se lo permitian las confesiones.

El concepto grande de la majestad de este misterio, despertaba en su corazon tanto respeto y temor que, comunicado al cuerpo, le hacia temblar un rato antes y despues de comulgar, con tanto exceso, que los que le asistian quedaran persuadidos ser algun mal, á no estar ya enterados de su causa.

Un dia, celebrando, se cubrió de un copioso sudor acabadas las palabras de la consagracion, de modo que, bañados todos los vestidos, le fué forzoso mudarlos, quedando el amito despues de algunas horas, como si lo sacaran de un baño.

Fácil es de colegir lo penoso de la agonía que le obligaba á tal sudor, pero encubriólo su humildad y el cuidado que tuvo siempre de ocultar los celestiales dones con que estaba su alma enriquecida.

Otra vez, estando muy cuidadosas las dos hermanas arriba nombradas por la detencion de ciertos hombres que de Toledo las habian de traer tres mil ducados, desconfiadas ya casi del suceso, determinaron consolarse con el Padre; díjoles que oyesen su Misa y lo encomendasen á Dios.

Apénas la acabó de celebrar, cuando, sin quitarse aún los ornamentos, envió al ayudante con una alegrísima embajada para ellas, en que les prometió llegarian los hombres y el despacho aquella tarde.

Partiéronse muy contentas de la iglesia, y á pocas horas vieron en su casa á los que el P. Calatayud tanto antes mereció ver desde el altar.

A este divino Señor sacramentado se habia dedicado por esclavo.

No se contentaba con estar delante de Él largos ratos cada dia, sino que casi todas las horas de él le visitaba.

Siempre que faltaba de su aposento ó confesionario, era infalible hallarle en el coro ó tribuna, donde con grande avenida de tiernísimos afectos se entendia á solas con Su Divina Majestad, afervorizando á cuantos de la iglesia le escuchaban sollozar tan dulcemente.

No sufrian sus ojos ver la más mínima indecencia en el altar: era de suerte que, con ser su mayor gusto asistir á muchas Misas, se privaba de él cuando reconocia, andando en las misiones, menor reverencia ó atencion á tan divino sacrificio y sacramento.

Y la suma veneracion que le tenia mostró bien en que, con tener diversos penitentes de virtud muy sólida y ejemplar vida, á ninguno concedió licencia de comulgar todos los dias.

El fervor de su oracion se descubria en la mortificacion continua de sus sentidos y penitencias exteriores, las cuales era tan cuidadoso de hacer como de encubrir.

Cumplidos ya los setenta años, ejercitaba cada semana las del refectorio;

servia en él y fregaba los platos, áun cuando no podian sustentarle sus cansados piés.

Tomaba cada dia una rigurosa disciplina y muchos dos, hasta que por sus grandes achaques en los últimos años se le ordenó pusiese término á semejantes rigores.

El cilicio parecia ser continuo, compuesto de alguna soga, segun la disposicion del vestido.

Tenia á raya valerosamente su apetito. Ayunó por espacio de más de quince años enteros.

Nunca aderezó las viandas con sainete alguno, mezclando en las yerbas ú otro manjar sal, vinagre ó aceite, hasta que el P. Visitador, Jorge Emelman, ordenó se conformase en la comida con los demás, atendiendo en esto á sus muchos años y trabajos.

Treinta años y más usó de una sillita tan baja en el confesionario, que puesto en ella el más alto apénas podia llegar con la cabeza al rallo, siendo fuerza estuviese con notable pena el Padre por su estatura tan pequeña, hasta que, còmpadecido de tanta incomodidad otro, le hizo aliñar el confesionario y levantar sobre una tarima la sillita.

Dormia de continuo, áun en su flaca vejez sobre las duras tablas.

En una ocasion se le renovó el colchon y, pasado más de un año, lo hallaron como se lo dieron, con claras señales de no haberlo estrenado.

Padecia con mucho gozo y agrado las inclemencias del tiempo, y á quien se mostraba en ellas mal sufrido, diciendo que hacia mal dia, reprendia con el dicho de S. Agustin: «No querais gobernar á Dios, tomad de su mano lo que os diere.»

Hízolo así el siervo de Dios en admitir como de la suya la molesta afliccion de unos escrúpulos que por tres años enteros le atormentaron en tan excesivo grado que, con ser modestísimo en sus palabras y nada encarecedor de sus penas y trabajos, dijo, áun despues de pasados, que si Dios le hubiera dado á escoger el rigor del infierno ó el de los escrúpulos, escogiera aquel y lo tuviera por alivio.

Tenia enfrenados los sentidos no apeteciendo, ántes rehusando cuanto pudiera divertirlos.

Nadie le vió jamás ir por su voluntad por la huerta ó galería.

Nunca se asomó á la ventana de su aposento, aunque tenia muy apacibles vistas, así del mar como de la tierra.

Cuando el Católico rey Felipe III, de gloriosa y santa memoria sacó de España los moriscos, salieron los primeros muchos pueblos vecinos á Gandía.

Hicieron su viaje todos por delante la ventana de su aposento, pero la novedad del caso no fué bastante á persuadirle se asomase.

Perseveró en su constancia en otra ocasion que en el propio puesto se dispuso un lucidísimo escuadron, que para solemne recibimiento de un gran príncipe hizo formar el duque de Gandia, y el tiempo en que todos los lugares se despoblaron por verle, le empleó él en ir á visitar un Padre enfermo, aliviándole con su dulce conversacion y compañía.

Una vez, convidado á comer de una Religion muy observante, en tiempo de la comida se arrobó en el refectorio un religioso, y tuvo suspensos á todos la novedad del rapto.

Sólo el P. José, atento siempre á su mortificacion, se privó del consuelo que sacara de su vista, la cual daba siempre á entender la tenia muy corta, y con esta aparente disculpa se conservó en su modestia.

Algunas veces le traia á términos de dar el alma la vehemencia del dolor, con que un grave y peligroso accidente le atormentaba, el cual se le originó del fervor con que en un sermon exhortó á los oyentes á estimar la grandeza de la gloria con el lugar de S. Pablo: *Momentaneum et leve tribulationis nostrae aeternum gloriae pondus operatur in nobis.*

De la fuerza en su ponderacion quedó sentido de ambas partes.

El agudo dolor de este accidente, que de ordinario le dejaba sin aliento y pulsos, le asaltaba no pocas veces en el silencio de la noche, y el penitente Padre callaba toda ella por no inquietar á nadie, hasta que con el despertador á la mañana avisaba al enfermero, el cual halló dos veces al santo viejo desnudo y casi yerto de frio, tendido en el suelo, adonde le habia arrojado de la cama la vehemencia del dolor; y pudiendo con una sola voz que diera al del lado tener quien le diera algun remedio, queria antes carecer de él por interrumpirle al otro su reposo.

La humildad de su corazon fué tan grande, como él se tenia por pequeño y vil, que lo hizo con extremo, siéndole los desprecios materia de contento y las afrentas de honor.

Juzgábase por indigno de servir á los de casa. Deseaba con ansias le tuviesen en bajísimo concepto, al cual contribuia de su parte con baldones de suma abyeccion.

Si se ofrecia, estando con otros sacerdotes, llamar el Superior á alguno, él se comedia el primero, aunque hubiese otros más mozos.

Publicaba su corto caudal con dar á entender no le habian querido admitir en la Compañía por verle inhábil, si bien callaba el milagro referido de su entrada.

Prefirió para ser religioso la Compañía á otras Religiones, movido de un

celo ardentísimo de pasar á las Indias á la reduccion de aquellas bárbaras naciones al suave yugo de la religion cristiana; pero siempre se juzgó por tan inútil é imperfecto, que nunca tuvo aliento para pedir le empleasen en tan gloriosa empresa.

Del grado de Coadjutor espiritual que tuvo se tenia por indignísimo.

Consultóle en una ocasion cierta persona grave sobre los arrobos y revelaciones de otras; mas el prudentísimo humilde, conocida la dificultad de la pregunta, dió la respuesta conforme á su grande humildad, y dijo: «Señor, yo creo que todos son santos, como dicen, pero nosotros somos tan pecadores, que áun no merecemos ponernos en la boca cosas tan divinas.

Comunmente preguntaba á los de casa si les causaba asco con su vista, siendo así que era bastante á robar las voluntades de todos el agrado de su presencia y santidad de su trato.

El dia antes al de su glorioso tránsito, hallándole el médico nada peligroso, ántes casi libre, juzgando seria prolija la convalecencia, mandó le bajasen á otro aposento más cercano á las oficinas, para acudirle con mayor puntualidad.

Cuando se ejecutó el órden, pedia el Padre con grande ahinco le mudasen á la caballeriza, diciendo: «Llévenme, Hermanos, al establo; no teman, que poco durará esto.»

Y aunque no salió con su intento, salió con su profecía; pues el dia siguiente espiró.

Estando enfermo, le quiso descalzar el P. Jorge Emelman, Visitador de la provincia. Porfiaron los dos en santa competencia; hubo de ceder en ella el P. Visitador, viendo la suma afliccion que ocasionaba al enfermo.

Dió la vela de la fundacion á los duques de Gandía en cierta ocasion que se halló Vicerector, y viendo ser aquel colegio fundacion de santos, ponderó con tanto espíritu la poca virtud del Vicerector presente, abatiéndose en presencia de una gran muchedumbre, que todos se enternecieron y edificaron mucho de tanta humildad, y muchos de los circunstantes no pudieron reprimir las lágrimas, sabiendo el concepto que hacian todos de su santidad.

Tenia el humilde Padre grande horror á los gobiernos, y todos los dias daba gracias á Dios por haberle librado de esta carga.

Significóle una vez el P. Provincial, Diego Escriba, habia de encargarse del colegio.

Postrósele luego á los piés el santo Padre, suplicándole con amargas lágrimas le echase preso todo ese tiempo con una cadena en un calabozo, que seria para él señaladísimo favor á trueque de no ser Superior.

Otra vez, ausentándose del colegio el P. Rector de Gandía, le señaló por órden del P. Provincial por Vicerector.

Afligióse el siervo de Dios sobremanera con nueva tan contraria á su gusto, y, muy determinado, dijo iria con una caña á proponer al P. Provincial á Zaragoza.

Y hubiéralo cumplido á no tener órden del P. Rector de mandárselo aceptar en virtud de santa obediencia, á la cual se rindió posponiendo su voluntad á la divina.

Decia frecuentemente en las conversaciones de esta materia: «Religioso soy y no puedo decir *no quiero;* pero para no ser Superior, todo lo que es de ahí abajo digo, y escogiera remar toda la vida por no serlo.»

Temíalo, segun decia, por no saber cómo habia de hermanar una suavidad apacible é indulgencia paternal, que no ocasionase libertad para el quebrantamiento de las reglas, con una severa gravedad que no pecase en sobrado rigor.

Mostró ser verdaderísimo religioso en la observancia de los votos.

Guardó consigo extremado rigor de pobreza, contentísimo siempre con lo peor. Jamás pidió cosa alguna para sí á sus penitentes.

Cuando el P. Ministro con el ropero iban á reconocer si le faltaba ropa, el Padre la escondia, dando á entender que le sobraba todo.

Como nunca pidiese la interior, sospechó el Superior le faltaria jubon; pidióle se quitase la sotana, y, aunque con muy encarecidas palabras procuraba persuadir tenia vestido competente, hubo de obedecer.

Quitósela y hallaron que, por habérsele acabado y hecho mil pedazos el jubon de lienzo, él mismo se habia cosido otro de guadameciles viejos que encontró desechados en un rincon; estos, juntos con hilo de palomar, á modo de saco con dos agujeros para sacar los brazos, se ajustó el buen Padre, que mostró en la resistencia del dejarlo cuán contento estaba con sus viles andrajos.

En su aposento, fuera del breviario y diurno tan viejos y usados que apénas se podia rezar en ellos, sólo habia tres ó cuatro libros.

Eran estos las obras de S. Bernardo, las del P. Maestro Avila, los Ejercicios de nuestro P. S. Ignacio y un libro de Teología moral.

Su pureza fué de un ángel, fruto de su grande recato y extremada penitencia.

Murió tan puro y vírgen como nació; y de quien generalmente le confesó la última vez, se supo conservó hasta el fin la gracia bautismal.

Valióse para ello de su gran circunspeccion, no mirando en toda su vida el rostro de mujer.

Solia decir se habian de desvelar los Maestros por establecer la modestia

de sus novicios, por ser ella muro de la perfeccion y guarda fidelísima de la castidad.

Exhortaba á ello con el ejemplo de S. Juan Evangelista, de quien se escribe goza en el cielo de extraordinarios resplandores en los ojos, en premio y recompensa de su castísimo recato.

Invocaba en su favor á la soberana Reina de los cielos, divina protectora de las almas castas.

Fué su capellan devotísimo, empleando con ella largos y dulcísimos coloquios. Llamábala de ordinario la *gran Señora.*

Una vez que atormentaba el demonio á una persona con tentaciones feísimas, fuese al confesonario de este santo varon y, hallándole vacío, besaba los ladrillos en que solia tener los piés, suplicando á Dios le otorgase el don de la pureza por los merecimientos del P. Calatayud.

Concedióselo nuestro Señor, amainando luego aquella tempestad, salvándole de ella la constancia de su fe.

Veneró este siervo de Dios á sus Superiores siempre como á Dios, siéndole como precepto áun la menor señal que veia de su voluntad; dejábase regir y gobernar como si fuera un cuerpo muerto.

El aprecio de las reglas fué grandísimo, por no contravenir á ellas.

Jamás reprendió á nadie, con ser Padre de espíritu de todos y de su natural tan fogoso, que á la menor ofensa de Dios parecia deshacerse.

Tocaba siempre á la puerta de la cocina, por no entrar en las oficinas ajenas sin licencia del que las tiene á cargo.

Cuando forzosamente habia de comunicar á otro, y no tenia licencia de hacerlo en su aposento, quedaba á la puerta con tan exacto cuidado de la regla, que ni aun la punta del pié pisaba en el lindar.

En la regla del silencio fué tan observante que nadie le notó falta contra ella, y sí, ocupado en las confesiones de casa, daban señal á la letanía y no tenia ya la licencia de antemano, lo dejaba al punto y por sí mismo iba á alcanzarla para proseguir adelante.

Tal era su desvelo en cosas tan menudas, cierta señal de la observancia en las mayores.

Coronó la caridad á tanta perfeccion de virtudes. Llegábale al alma la menor falta é incomodidad en sus prójimos, deseando, si pudiese, padecerlas todas.

Lastimábale la perdicion de tantos que, esclavos de sus vicios, miserablemente se sujetan al demonio.

De ver la obstinacion, que no pudo convencer á costa de tantos afanes en los moriscos, le quedó un ardentísimo celo de negociar con Dios su conversion.

Hacia por ella oracion muy fervorosa todos los dias, y cuando hablaba de esta gente, parecia tener clavado el corazon, viéndola tener las puertas tan cerradas á la luz del Evangelio.

Persuadia á muchos alcanzasen de Dios eficaz remedio para una nacion tan perdida y grande, añadiendo con lágrimas llenas de compasion: «Muchos años ha que están ciegos y lleva camino de durar: supliquémosle á Dios en víe presto remedio.»

Procuraba grandemente alentar el estudio de la perfeccion en los de casa, porque fué Prefecto de espíritu muchos años, á cuyo espíritu y desvelo se debe atribuir la perfeccion de muchos que le supieron imitar.

Fué, entre unos, el P. Alonso Hernandez, varon de tan grande virtud y santidad como es notorio en la provincia de Aragon.

Era el P. José muy celoso de las almas de sus prójimos; procuraba muchas veces el remedio del cuerpo, para atajar infinitos males del espíritu.

Iba frecuentemente de puerta en puerta mendigando por amor de Dios para el alivio de los pobres.

Un año esterilísimo, siendo el hambre mucha y mayor el número de quien la padecia, salió el verdadero Padre de los pobres medio año continuo con la mochila al hombro recogiendo por las puertas el sustento para muchos que carecieran de el, á no ser su caridad tan solícita en buscarlo.

Cuando le veian ir á visitar á los duques, ya todos se persuadian iba á pedir limosna para remediar á los pobres ó á negociar el perdon de algun delito, mostrándose siempre solícito y compasivo en el remedio de sus miserias.

Solia decir, que para desempeño de los colegios era el más eficaz remedio dar mucha limosna.

No salia vez de casa que no reconociese, antes de volver á ella, la cárcel y hospital, donde apenas hubo pobre enfermo á quien no asistiese, consolando con su presencia y remediando con algo su incomodidad.

Y así, descubrieron en su preciosa muerte las lágrimas que todos los pobres derramaban, el grande amor que le tenian, siendo sus llantos públicos pregones de su encendida caridad, mostrando con su comun sentimiento el que les causaba la pérdida de quien siempre reconocieron por amoroso Padre y solícito procurador en sus trabajos.

Extendíase su caridad á los difuntos, cuidando de las ánimas del purgatorio, ofreciendo por ellas de ordinario muchas Misas y todos los dias las estaciones en la iglesia, á cuya devocion exhortaba siempre á sus penitentes, deseando aliviasen de sus penas las almas que tan rigurosamente son atormentadas por las culpas que en esta vida cometieron.

Por cada uno de los religiosos que en la provincia moria, decia tres Misas

por lo ménos, juzgando debian igualarse en esto con los fundadores de los colegios, pues si estos ofrecieron voluntariamente sus haciendas, que es lo ménos, los otros consagraron liberalmente á la Religion sus vidas, que es lo más.

Tuvo siempre grande cuidado de visitar los enfermos, animándoles con palabras santas en el rigor de sus dolencias, sin desampararlos en ellas hasta morir.

Una vez ayudaba á morir el santo Padre con su abrasado espíritu á una mujer, la cual habia ya perdido algunos sentidos y carecia totalmente de la habla.

Pasada la media noche entre las congojas y trasudores de la muerte, dió muestras con el rostro y labios que deseaba hablar y no podia.

Acudieron los circunstantes al remedio, y, para aliviarla en aquella agonía, la ayudaron á mover y levantóse algo, y medio sentada alargó la mano y alcanzó el bonete del P. Calatayud, el cual quedó espantado y muy encogido de tan inopinada accion.

Aplicóselo la enferma á la cabeza y luego comenzó á mover los labios á semejanza de quien reza; quietóse por un rato, y á medio cuarto de hora comenzó á pronunciar distintamente, reconciliándose aquella misma noche con el santo Padre.

Vino á la mañana á visitarla el médico, que la noche antes la habia dejado sin esperanzas de vida, y hallándola libre y sin peligro, maravillado de suceso tan maravilloso, atestiguó por milagrosa la salud de la enferma.

Esto mismo le acaeció al P. Calatayud con muchos otros.

Con esta tela tan rica de virtudes urdió la de sus años este santo varon, hasta que el año de mil y seiscientos y treinta y seis, á los quince de julio, lleno de virtudes y dias, le llamó Dios para descansar en su gloria eternamente y premiar los trabajos de su vida.

Fué toda de setenta y ocho años, de los cuales vivió en la Religion lon cincuenta y ocho con la perfeccion que hemos dicho.

Estaba pocas horas antes de su muerte, al parecer de todos, bueno y sin otro achaque que los ardientes deseos de verse libre de la vestidura de su cuerpo, para ir á gozar de la inmortal y gloriosa en la presencia de su Dios.

Y advirtió un Padre que le hacia compañía y estaba muy atento á todas sus acciones, cómo despues de haber callado un rato, estuvo mirando con mucha atencion al cielo, y, fijos en él los ojos, arrojó un suspiro amoroso con tanta fuerza de voz como pudiera echarla en el púlpito el más fervoroso predicador, y dijo: «¡Ay Dios, qué grande lástima y desventura!»

Preguntóle quien le asistia: «¿Qué es la desventura, P. Calatayud?» «Que esta alma, respondió, que habia de estar entre los serafines, viendo á Dios y

alabando su grandeza, se esté hecha una bestia dentro de este cuerpo miserable.»

Añudósele con esto la garganta, cerró de allí á un poco los ojos y faltáronle los pulsos, efectos todos de una repentina y maliciosa apoplejía, que apoderándose de su penitente cuerpo, en breves horas le privó de aquella santísima alma, colocándola en las moradas eternas de la gloria, descanso que le merecieron sus trabajos y premio que le alcanzaron sus heróicas virtudes.

Aquí fueron las vivas señales del aprecio con que generalmente se respetaba su santidad.

Apénas se tuvo aviso de su glorioso tránsito, cuando toda Gandía y los pueblos circunvecinos acudieron desalados á su entierro, juzgándose por dichosos de asistirle y venerar despues de muerto como á santo al que áun viviendo reconocieron por tal.

Húbose de tener cerrado su santo cuerpo por el innumerable concurso de la gente, que con grande afecto y devocion pretendia llevar de él reliquias para memoria de su santa vida y seguro patrocinio en los infortunios que les ocurriesen.

El cabildo de aquella ciudad acudió de su bella gracia con mucha música á celebrar las exequias, dando señaladas muestras del amor que le tenia.

No permitieron llevasen al difunto otros hombros que los suyos; y así, cargaron con él los capitulares, sin dejarle, hasta que le depositaron en el lugar donde se habia de colocar.

Seis Padres apénas pudieron en la iglesia defenderle, satisfaciendo á los que venian á besarle la mano y pedir medidas de su cabeza y estatura: fueron estas tantas, que su número excedió á muchos millares.

Vinieron tambien los duques de Gandía al entierro de su antiguo y devoto capellan, asistiendo á él los primeros con tan cristiana nobleza y amoroso afecto, que descubrieron bien estar muy vivo en sus pechos el que de honrar siempre á los hijos de la Compañía heredaron con la sangre de sus santísimos mayores.

Ha obrado este siervo de Dios, despues de muerto, muchas maravillas, confirmando nuestro Señor cuánto le agradó su santísima vida, la cual escribió el P. Jaime Alberto, Rector del colegio de Gandía.

P. NIEREMBERG.

FIN DEL TOMO VII

INDICE DEL TOMO VII

ANDALUCÍA

	Páginas.
P. Basilio de Avila	7
P. Juan Pablo	15
P. Antonio de Córdoba	17
P. Hernando Guillen	23
P. Francisco Gomez	26
P. Ignacio de Fonseca	30
P. M. Juan de Albotodo	32
H. Diego de Yébenes	36
H. Rodrigo de Flores	39
P. Jorge Alvarez	40
P. Rodrigo Alvarez	48
P. Juan de Frias	57
P. Diego de Avellaneda	60
P. Pedro de Monroy	70
P. Antonio Sanchez	77
P. Pedro Bernal	82
P. Francisco Arias	87
P. Juan Jerónimo	95
P. Diego de Guzman	98
P. Tomás Sanchez	105
P. Antonio de Cárdenas	121
P. Francisco Suarez	134
P. Diego Granado	149
P. Diego Ruiz de Montoya	162
P. Pedro de Leon	181
P. Juan de Pineda	195
P. Agustin de Espinosa	203
P. Francisco de Aleman	217
P. Pedro de Urteaga	227
P. Juan de Casarrubios	237
P. Alonso de Medrano	250

ARAGON

H. Diego Sarabias	279
H. Francisco Hernandez	280
H. Pedro Aldea	281
H. Juan de Baños	291

P. Gaspar Loarte 294
H. Juan Jimeno 297
P. Diego Borrasa 312
P. Doctor Miguel Gobierno 312
P. Mateo Albenoza 326
P. Jaime Benedicto 327
P. Diego Miron 331
P. Domingo Simon 334
P. Jerónimo Domenech 335
P. Martin Alberro 342
P. Antonio Cordeses 356
H. Diego Ruiz 388
P. Pedro del Villar 389
P. Miguel de Fuentes 427
H. Anton Cansado 437
P. Gabriel Vasia 438
P. Pedro Vellido 439
P. Pedro Gil 449
H Miguel Bonfil 452
P. José de Calatayud 453

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Autobiografía de la B. Margarita María Alacoque, traducida del original francés por el P. Angel Sanchez Teruel, de la Compañía de Jesus.

Esmerada edicion en 8.º de 253 páginas, á dos tintas y en excelente papel.

Lleva ademas un exquisito grabado *al agua fuerte*, copia exacta del retrato de la B. Margarita, segun se venera en Paray-le-Monial.

Precios: En rústica, 2 pesetas; en tela, 3.

Tres niños admirables: José D.***—Alejandro Bercio.—San Pelayo, mártir.—Un tomo en 8.º de 120 páginas.

Precios: En rústica, 1 peseta; en tela, 1,50.

Los Angeles custodios, por el P. Rafael Perez, de la Compañía de Jesus, con una heliografía del Angel de la Guarda.

Precios: En rústica, 1,25 pesetas; en tela, 2.

Alianza de amor con el Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Precios: en rústica, 1,50 pesetas; en tela, 2.

Mes del Corazon de Jesus, por el P. Francisco Javier Gautrelet, traducido por el P. Francisco de P. Maruri, ambos de la Compañía de Jesus. Va precedido de la Vida de dicho P. Gautrelet, fundador del Apostolado de la Oracion.

Precios: en rústica, 1 peseta; en tela, 1,50.

Vida del P. Bernardo Francisco de Hoyos, de la Compañía de Jesus, arreglada y aumentada de como la escribió y dejó inédita el P. Juan de Loyola, por el P. José Eugenio de Uriarte, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 4 pesetas. A todos los suscritores de EL MENSAJERO les ofrecemos un ejemplar á 3 pesetas

Tesoro escondido en el Corazon de Jesus, por el P. Juan de Loyola, de la Compañía de Jesus.

Precios: en rústica, 0,75 pesetas; en tela, 1,25.

El País de la Gracia, cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas, por el P. José María Castillo, de la Compañía de Jesus.

Contiene: La Vírgen de la Vega —Mala-lengua.—El Farolon.—Doble conquista *(diálogo edificante)*.—La niña penitente.—Corazon de oro *(leyenda)*.— El aprendiz de Santo.—Navarra por Santa María ó Apóstoles y Cruceros *(tradiciones españolas)*.—Pepe bronce *(simple historia)*.—La Pascua en Taravilla *(cuento provenzal)*.

Precio: en rústica, 1 peseta.

Reseña histórica de los Mártires ingleses de la Compañía de Jesus, cuyo culto ha sido recientemente aprobado por el Sumo Pontífice Leon XIII, escrita por el P. Cecilio Gomez Rodeles, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 1,50 pesetas.

Meditaciones del Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida al castellano por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Contiene esta obra tres novenas de meditaciones, que con otras tres forman un *Mes del Corazon de Jesus*.

Precio; en tela, 1,50 pesetas.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

form 410